

## CRISOSTOMO- 2 HOMILIAS

### SAN JUAN CRISOSTOMO HOMILÍAS, HOMILÍAS ENCOMIÁSTICAS O PANEGÍRICOS

I. Homilía Primera del Crisóstomo, predicada cuando fue ordenado sacerdote; y trata de sí mismo, del Prelado que lo ordenó y de la multitud del pueblo.

II. Discurso acerca del bienaventurado Abraham. -Que la ancianidad no obsta para el ejercicio de la virtud. -Cuál sea el premio de la obediencia en Abraham. -Por qué se guardó de comunicar su determinación a su mujer y a sus criados. -Su gran afecto paterno. -El sacrificio de Isaac figura del de Jesucristo, como lo fue también el del Cordero pascual.

III. Homilía primera acerca de Anna. -Que es conveniente acordarse del ayuno también después de Pentecostés y en otro tiempo cualquiera, porque el ayuno es útil no solamente cuando se presenta sino también cuando se recuerda; y acerca de la providencia de Dios y que grande parte de ella está, entre otras cosas, en el amor de los padres para con sus hijos; y que no solamente a los padres sino también a las madres se les ha puesto el precepto de educar a sus hijos; y finalmente acerca de Anna.

IV. Homilía segunda acerca de Anna. -De la fe de Anna, y de su sabiduría y moderación de ánimo, y de su modestia, y de honrar a los sacerdotes, y de hacer oración al principio y al fin de las comidas.

V. Homilía tercera acerca de Anna. -Sobre la educación y la lactancia de Samuel, y que es útil que los partos sean tardíos, y que es peligroso descuidarse de los niños.

VI. Homilía cuarta acerca de Anna. -Cemita, los que, tras de abandonar las reuniones sagradas, se van a los teatros; y que no solamente es más útil entrar en la iglesia que en el teatro, sino también más agradable; y acerca de la segunda parte de la oración de Anna; y que conviene orar sin, intermisión y en todo "lugar, aun en la plaza y en los caminos y en el lecho.

VII Homilía quinta acerca de Anna. -Contra los que solamente acuden a la iglesia en las fiestas, y qué cosa sea una festividad; y contra los que acusan a la divina providencia porque en esta vida unos son ricos y otros son pobres; y que la pobreza es utilísima; y que en todas partes ella trae consigo gozo y seguridad, más que las riquezas; y finalmente acerca de Anna.

VIII. Homilía acerca del hieromártir Babylas. -Que la parte de la vida y consagración episcopal del mártir la tratará el prelado Flaviano; y que él va a tratar de las hazañas del mártir después de su muerte; y de la persecución de Juliano el Apóstata y cómo mandó retirar de Dafne la urna del santo, y cómo esto no solamente no le valió al demonio sino que ha sido en mayor confirmación del poder del mártir. .

IX. Discurso acerca del bienaventurado Babylas y contra Juliano y contra los gentiles. - De cuan grande es el poder de mostrativo de los milagros verdaderos para la fe; y de la malignidad del rey que asesinó al joven que tenía en rehenes y enseguida quiso entrar en la iglesia; y de cómo San Babylas se lo impidió y por este motivo fue martirizado; y de cómo el mártir después hizo enmudecer el oráculo de Apolo en Dafne; y del fin desastrado de Juliano y sus auxiliares. .

X. Homilía encomiástica acerca del hieromártir BarlaánQue se ha de imitar a los mártires dominando las concupiscencias; y cómo el mártir mantuvo en la mano el fuego para no ofrecer sacrificios a los demonios; y que debemos mostrar fortaleza en la batalla espiritual y apartarnos de los deleites.

XI. Homilía en el día de la Conmemoración de san Bassos, mártir. -Que los mártires no necesitan de nuestras alabanzas; y del recuerdo de la misericordia de Dios en el aniversario del gran terremoto; y cómo en medio de su furor Dios de mostró su mucha

mansedumbre.

XII. Homilía encomiástica en honor de las santas mártires Bernice, y Prosdoce, vírgenes, y Domnina su madre. -Que la muerte, por medio de la cruz se ha tornado amable y no temible como antes lo era, como se ve en Abraham y Elias y Jacob en contraposición con Pablo; y cuan grave fue la persecución en el tiempo de estas mártires; y cómo se arrojaron al río antes que sufrir la deshonra; y que debemos confiar mucho en las reliquias de los mártires.

XIII. Homilía primera acerca de David y Saúl. -Que es necesario al predicador insistir por algún tiempo en la misma materia para lograr el fruto y que ahora lo hará sobre la ira y el perdón de los enemigos; y de la mansedumbre de David ante su enemigo Saúl desde la batalla contra Goliath hasta cuando se encontró con su enemigo en la caverna. . .

XIV. Homilía segunda acerca de David y Saúl. -Que es un gran bien no solamente ejercitar la virtud sino también alabarla; y de que David erigió un trofeo más espléndido perdonando a Saúl que postrando en tierra a Goliath; y que haciendo eso más aprovechó a sí mismo que a Saúl; y de las excusas que presentó a Saúl; y que así ganamos más nosotros con nuestros enemigos para conseguir la vida eterna. .

XV. Homilía tercera acerca de David y Saúl. -Que es peligroso asistir a los espectáculos; y que esto hace consumados adúlteros, de donde nacen la tristeza y los altercados; y cómo David, en todo lo que hizo por Saúl, superó todo género de paciencia; y finalmente que el llevar en paz el robo de los propios bienes no es menor virtud que el dar limosna. . . .

XVI. Encomio de Diodoro, Obispo Tarsense. -Humildad del Crisóstomo, quien durante los elogios que Diodoro le tributaba, estaba pensando en el día del juicio; y que la corona de alabanzas no le viene bien a él sino a Diodoro; y que aun que Diodoro lo comparó con Juan el Bautista, no lo merece sino más bien el mismo Diodoro. - Fragmento de Otra Homilía. -Que Diodoro realmente mereció la corona del mar tirio aunque no derramó su sangre.

XVII. Encomio de la santa y gran mártir Drosis. -Que es un deleite salir fuera de la ciudad a los sepulcros de los mártires; y de la grande utilidad del recuerdo de la muerte de los mártires; y que su combate es un gran excitante para el ejercicio de la virtud; y como santa Drosis padeció el martirio por el fuego; y de no andar cuidando en exceso de nuestros cadáveres para después de la muerte.

XVIII. Homilía encomiástica en honor de nuestro Padre entre los santos Eustacio, Arzobispo de la Gran Antioquía. -Que no conviene alabar a los que aún viven, conforme al testimonio de Salomón; pero que esto no se dice para que se aborrezca la vida presente sino para que se viva bien; ejemplo del mártir Eustacio y cómo mereció la corona del martirio sin derramar su sangre; cómo se opuso a las herejías que llegaban desde Egipto; cómo fue desterrado y murió en el destierro; y por qué permitió Dios que este santo fuera desterrado.

XIX. Homilía en honor del bienaventurado Filogonio. -Que de abogado fue hecho obispo; y acerca de que nada nos hace tan aceptos delante de Dios como el ser cuidadosos de las cosas que conducen a la utilidad pública; y que quienes se acercan a los divinos misterios con negligencia sufrirán un gravísimo castigo, aunque solamente una vez en el año cometan este crimen.

XX. Homilía en honor del hieromártir Focas. -Y contra los herejes; y acerca del salmo CXLI que dice: "¡Clamé al Señor con mi voz, con mi voz he rogado a Dios!"; que es necesario acompañar toda la festividad que va a celebrarse allá al otro lado del mar; y que los herejes eunomeos no tienen razón al hacer al Hijo de Dios menor que el Padre; y que todos lleven a sus casas el recuerdo de la doctrina en señalada.

XXI. Homilía encomiástica en honor del santo hieromártir Ignacio Deífero, consagrado

Obispo de la Gran Antioquía. Que la iglesia sirve ahora un nuevo banquete espiritual con el combate de este mártir; y que a este combate se admite toda clase de gente sin distinción de edad ni de sexo ni de fortuna; y de las coronas que obtuvo Ignacio por causa de su cargo episcopal; y de su brillante martirio en Roma; y del regreso de sus cenizas a Antioquía.

XXII. Homilía encomiástica en honor del santo mártir Juliano. -De los grandes honores de los mártires en el cielo y cómo Dios tiene una deuda con ellos; y por qué Dios adelantó en esta vida los sufrimientos y dejó la felicidad para la otra; tormentos y muerte del mártir metido en un saco lleno de arena y reptiles venenosos y arrojado al mar; y que no se profane la memoria del mártir con los desórdenes de! su burbio de Dafne; y que todos se empeñen en estorbarlos. . .

XXIII. Homilía encomiástica en honor de los mártires bien aventurados Juvencio y Maximino. -Que la belleza de los mártires no se marchita; y cómo fueron aprehendidos los dos mártires por los soldados; y cómo fueron encarcelados y dieron testimonio de la fe; y cómo fueron r. acados de noche y degollados y quedaron con el rostro luminoso; y que conviene visitar con frecuencia su sepulcro.

XIV. Homilía encomiástica en honor del santo mártir Luciano. -Que no dejará su exhortación a pesar de la escasez de oyentes; y que los bienes espirituales son de muy distinta naturaleza que los temporales; y de las bendiciones que llevarán los que acudan al sepulcro del mártir; y del horrible tormento del hambre a que sujetaron a Luciano; y cómo murió clamando "¡soy cristiano!".

XXV. Homilía Primera en honor de los santos Macabeos y en alabanza, de su madre. -Que el esplendor de los mártires alegra la ciudad y los cielos; y que no obstó a la madre de los mártires su edad avanzada para entrar valerosamente en el certamen; y que no descansó hasta ofrecer las siete víctimas; y que ya nadie podrá excusarse alegando la edad y sus debilidades para no ejercitar la virtud.

XXVI. Homilía segunda en honor de los santos macabeos. Dificultad de agotar las alabanzas de estos mártires; y que ahora alabará al séptimo y más joven de los hijos; pero habrá de reservar una buena parte a las alabanzas de la madre por su heroísmo y entereza.

XXVII. Homilía tercera en honor de los mártires Macabeos. Que dada la inmensa concurrencia es preferible omitir la acostumbrada instrucción y ocuparse de los mártires; y que se va a fijar en Eleazar; y luego en los otros siete mártires y su madre de ellos; y que se haga a Dios el sacrificio de la limosna.

XXVIII. Fragmento de otra Homilía sobre el mismo asunto, perdida. -Que la materia no es la que da valor a las imágenes sino la figura que representan.

XXIX. Homilía acerca de Eleazar y los siete jóvenes Macabeos. -Que después de haber predicado un presbítero anciano debería el predicador joven guardar silencio, pero que se doblega a la voluntad de los mismos oyentes; y de la docilidad del auditorio en los días precedentes; y que es mayor la gloria de estos mártires por haber luchado cuando aún no estaba dada la ley de gracia y los ejemplos posteriores; y que en verdad murieron por Cristo.

XXX. Homilía primera en honor de todos los santos Mártires. -Que el defecto de nuestra mortalidad fue convertido en lucro y ventaja para los mártires; y que el martirio es una batalla verdadera entre los tiranos y las víctimas; cuáles fueron los tormentos de éstas; cómo triunfar en el cielo; cómo debemos imitarlos.

XXXI. Homilía segunda sobre todos los santos Mártir es. -Que son dispares las fiestas del teatro y las de los mártires; y por qué sus reliquias están fuera de la ciudad, en el campo; y que se las debe honrar para no dar justo motivo de queja a los santos de allá; y por qué motivo nos dejó Dios en el mundo las reliquias de los mártires; y que es

necesario recurrir a sus sepulcros y aborrecer el pecado; y de los grandes bienes de la penitencia y de adornar el alma con las virtudes.

XXXII. Homilía tercera en honor de los santos Mártires. -En qué consiste propiamente la celebración de la festividad de los mártires; y de cómo ante los sepulcros de los mártires huyen todas las tentaciones y vicios y contra los desórdenes subsiguientes a la celebración de la festividad en la campiña, en particular contra los ebrios.

XXXIII. Homilía encomiástica en honor de los mártires egipcios. -Que ya Egipto también ha tenido sus mártires y en tal abundancia como para repartir a las otras ciudades; y que las reliquias de los mártires son la mejor muralla de defensa de las ciudades; y cuan excelsas son las victorias de los mártires; y cómo fueron al fin condenados a las minas; y que debemos imitarlos y esforzarnos.

XXXIV. Homilía encomiástica en honor de nuestro bien aventurado Padre Melecio, Arzobispo de la Gran Antioquía. Del fervor grande de los que han concurrido a la celebración; y del cariño grande de los antioquenos a su antiguo prelado; y de su destierro; y de su regreso y ministerio episcopal; y de su ida a Constantinopla y su muerte; y cómo Dios proveyó un sustituto digno en Flaviano.

XXXV. Homilía primera en honor del santo apóstol Pablo. Que el alma de Pablo es un prado de todas las virtudes; y que ahora lo alabará por ser superior a todos los demás: Abel, Abraham, Isaac, Jacob, José, Job, Moisés, Elías y el Bautista; y finalmente aun a los coros celestiales es superior.

XXXVI. Homilía segunda en honor del santo apóstol Pablo. Que Pablo no era de distinta naturaleza que la nuestra; sino que abrazaba fervorosamente todas las dificultades de la virtud; y del grande celo y caridad del apóstol; y por qué no se encomendó a los ángeles el ministerio de la predicación; y que imitemos al santo apóstol.

XXXVII. Homilía tercera en honor del santo apóstol Pablo. Que Pablo ejercitó todas las virtudes; en especial con los judíos y con los pecadores; y que no descuidó las obras de misericordia corporal.

XXXVIII. Homilía cuarta en honor del santo apóstol Pablo. Acerca de la vocación de Pablo; y del misterio inescrutable de la vocación; y cómo unos corresponden y otros no; y del maravilloso apostolado de Pablo; y de los impedimentos que se le opusieron.

XXXIX. Homilía quinta en honor del santo apóstol Pablo. Que no debemos quejarnos de nuestros cuerpos corruptibles sino de nuestros vicios; y que la variada manera de proceder de Pablo no implica contradicciones sino adaptación a las necesidades espirituales: ejemplos de esto en lo tocante a la Ley, a la circuncisión, a la vanagloria.

XL. Homilía sexta en honor del santo apóstol Pablo. -Que Pablo fue excelente aun en aquellas cosas que algunos le achacan como defectos; por ejemplo que pareció temer los azotes, la muerte; que pareció irritarse; que injurió al sumo sacerdote en Jerusalén; que se negó a llevar en su compañía a Juan para el apostolado; y que en todo esto mantuvo el término medio y nos enseñó a usar de los afectos pasionales discretamente.

XLI. Homilía séptima en honor del santo apóstol Pablo. -Que Pablo es el portandarte de la cruz; y es el gran imitador de Cristo; y de su grande celo y caridad en varios pasos de su vida y en su muerte; y que en todo esto debemos imitarlo.

XLII. Discurso acerca del apóstol Pedro y del Profeta Elías. -Que el ser pecador no excusa de acudir a la iglesia, puesto que los sacerdotes mismos son pecadores; y que por esto permitió Dios que Pedro pecara negándolo, para que este apóstol fuera luego humano con los pecadores; y que lo mismo" sucedió en el caso de Elías, quien huyó cobardemente de la reina Jezabel; y que no hay que desesperar si se cae en pecado.

XLIII. Homilía primera en honor de la santa mártir antioquena Pelagia. -Que la muerte, gracias a Cristo, no es ya temible; y que la santa Pelagia la afrontó con suma alegría; y

cómo procuró alcanzar las dos coronas del martirio y de la virginidad; y del santo engaño con que logró burlar a los esbirros; y contra la embriaguez y desórdenes subsiguientes a la festividad; y que todos se apresten a evitarlos.

XLIV. Homilía segunda encomiástica acerca de la santa mártir antioquena Pelagia. - Que los cuerpos de los mártires se hacen superiores a todos los tormentos; y que esta santa hizo burla grande del demonio; y que debemos imitarla en la continencia.

XLV. Homilía primera encomiástica en honor del santo mártir Romano. -Que la gloria de los mártires es común a todos nosotros como miembros de un mismo cuerpo; y de la grande caridad del mártir Romano en ayudar a los demás en la persecución; y del tormento de cortarle la lengua y el milagro de seguir él hablando sin ella; y que debemos felicitar al mártir e imitar su fortaleza.

XLVI. Homilía segunda encomiástica en honor del santo mártir Romano. -Que el recuerdo de los mártires arma contra las pasiones; y de la terrible persecución contra la Iglesia; y cómo el mártir acudió al testimonio de un niño que luego fue también martirizado; y de la libertad de espíritu del mártir y su tormento.

XLVII. Homilía encomiástica en honor de la santa protomártir y apóstol Tecla. -Que las fiestas de los mártires nos refrescan la memoria de sus combates; y que es muy difícil el combate por la virginidad sobre todo durante la juventud; y que la virginidad es mucho más excelente que el matrimonio; y de las luchas de Santa Tecla en su hogar y con sus pretendientes; y cómo salió libre de los tribunales y partió en busca del apóstol Pablo; y de la tentación que le salió al paso en ese camino. (Incompleta).

## Sumario

### 1001

### OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO

#### INTRODUCCIÓN GENERAL

#### 1002 LA BELLA ANTIOQUÍA

#### 1003 LOS ANTIOQUENOS

#### 1004 LOS DISIDENTES

#### 1005 LOS ERRORES EN ANTIOQUÍA

#### 1006 EL ARRIANISMO ANTIOQUENO

#### 1007 EL Cisma ANTIOQUENO

#### 1008 MIRADA DE CONJUNTO

#### 1009 SOL QUE SE LEVANTA

#### 1010 EL PREDICADOR DE ANTIOQUÍA

#### 1011 CONSTANTINOPLA

#### 1012 COMIENZA EL CALVARIO

#### 1013 EL ASUNTO DE EUTROPIO Y OTROS

#### 1014 LA TORMENTA FINAL

1015 EL ARTE DEL CRISÓSTOMO

1016 EFEMÉRIDES

1

## HOMILÍAS ENCOMIÁSTICAS O PANEGÍRICOS

I HOMILÍA PRIMERA del Crisóstomo, predicada cuando fue ordenado presbítero.

2 II HOMILIA DISCURSO acerca del bienaventurado ABRAHAM.1

3 III HOMILÍA PRIMERA acerca de ANNA:

4 IV HOMILÍA SEGUNDA acerca de ANNA:

5 V HOMILÍA TERCERA acerca de ANNA:

6 VI HOMILÍA CUARTA acerca de ANNA:

7 VII HOMILÍA QUINTA sobre ANNA:

8 VIII HOMILÍA acerca del sagrado mártir BABYLAS.

9 IX DISCURSO acerca del bienaventurado BABYLAS:

10 X HOMILÍA encomiástica en honor de SAN BARLAÁN, mártir.

11 XI HOMILÍA en la conmemoración de SAN BASSOS:

12 XII HOMILÍA encomiástica en honor de las SANTAS MÁRTIRES BERNICE y PROSDOCE vírgenes y DOMNINA su madre.

13 XIII HOMILÍA PRIMERA acerca de DAVID Y SAÚL.

14 XIV HOMILÍA SEGUNDA acerca de DAVID Y SAÚL.

15 XV HOMILÍA TERCERA acerca de DAVID Y SAÚL:

16 XVI ENCOMIO DE DIODORO, Obispo Tarsense.

17 XVII ENCOMIO de la SANTA Y GRAN MÁRTIR DROSIS:

18 XVIII HOMILÍA encomiástica en honor de nuestro Padre, entre los santos EUSTACIO, Arzobispo de la gran Antioquía.

XIX HOMILÍA en honor del bienaventurado FILOGONIO.

20 XX HOMILÍA en honor del sagrado MÁRTIR FOCAS:

XXI HOMILÍA encomiástica en honor del santo HIERO MÁRTIR IGNACIO.

22 XXII HOMILÍA encomiástica en honor del santo MÁRTIR JULIANO.

23 XXIII HOMILÍA encomiástica en honor de los santos mártires JUVENTINO y MAXIMINO

24 XXIV HOMILÍA encomiástica en honor del santo mártir LUCIANO.

25 XXV HOMILÍA primera en honor de los santos MACÁBEOS y en alabanza de su madre.

26 XXVI HOMILÍA segunda en honor de los santos MACABEOS.

27 XXVII HOMILÍA tercera en honor de los mártires MACÁBEOS.

28 XXVIII Fragmento de una HOMILÍA perdida, sobre el mismo asunto.

29 XXIX HOMILÍA acerca de ELEAZAR y los siete jóvenes.

30 XXX HOMILÍA encomiástica en honor de todos los santos que en todo el orbe



de la tierra han padecido el martirio.

- 31 XXXI HOMILÍA segunda pronunciada en la ciudad en honor de los mismos santos mártires
- 32 XXXII HOMILÍA tercera en honor de los santos mártires.
- 33 XXXIII HOMILÍA encomiástica en honor de los mártires egipcios.
- 34 XXXIV HOMILÍA encomiástica en honor de nuestro santo Padre MELECIO, arzobispo de la gran Antioquía;
- 35 XXXV HOMILÍA primera en honor del santo apóstol PABLO.
- 36 XXXVI HOMILÍA segunda en honor del santo apóstol PABLO.  
XXXVII HOMILÍA tercera en honor del santo apóstol PABLO.
- 38 XXXVIII HOMILÍA CUARTA en honor del santo apóstol PABLO.
- 39 XXXIX HOMILÍA quinta en honor del santo apóstol PABLO.
- 40 XL HOMILÍA sexta en honor del santo apóstol PABLO.
- 41 XLI HOMILÍA séptima en honor del santo apóstol PABLO.
- 42 XLII DISCURSO en honor del apóstol PEDRO y del profeta ELIAS.
- 43 XLIII HOMILÍA primera encomiástica en honor de la santa mártir PELAGIA.
- 44 XLIV HOMILÍA segunda encomiástica en honor de la santa mártir PELAGIA.
- 45 XLV HOMILÍA primera encomiástica en honor del santo mártir ROMANO.
- 46 XLVI HOMILÍA segunda encomiástica en honor del santo mártir ROMANO.
- 47 XLVII HOMILÍA encomiástica en honor de la santa protomártir y apóstol TECLA.

# **OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN**

## **CRISOSTOMO**

1001

### **INTRODUCCIÓN GENERAL**

CLÁSICO en el más bello sentido de la palabra, rico y perpetuamente novedoso en la invención, armado con el conocimiento a fondo de las más altas verdades católicas, conocedor como pocos de los abismos y de las alturas a donde puede ir el corazón humano, popularísimo en su psicología, lleno de fresca naturalidad en sus movimientos pasionales, encantador en su poética imaginación creadora, selecto en su dicción y preparado en las aulas del más notable retórico del siglo IV d.C, es San Juan de Antioquía, apellidado el Crisóstomo desde el siglo VIII, a causa de su maravillosa elocuencia, una de las más altas cumbres de la humanidad en los mundos de la oratoria en general y de modo muy especial en los de la oratoria sagrada. Y para más gloria suya, no es su elocuencia un arte encajonado en las leyes de las preceptivas que tanto abundaron a partir de la Escuela aristotélica, a fines del siglo IV a.C, hasta ir a desembocar como en un golfo en la famosísima de Quintiliano, para derivarse luego a través de los siglos y venir a formar en el siglo XVIII la complicada y artificial red de minucias que acabaron por ahogar la espontaneidad y los vuelos libres del genio. La elocuencia del Crisóstomo brota de la naturaleza misma y responde a la humanidad nueva sacada de los sucios fondos del paganismo por el aliento creador de las doctrinas y la moral cristianas: sociedad llena de vigor juvenil y de sinceridad profunda, a la cual no se la podía ya satisfacer con las inconsistentes fábulas antiguas ni tampoco adormecerla con el artificioso ropaje de la elocuencia pagana: la nueva efervescencia necesitaba de nuevos odres para vaciar su contenido revolucionario; y a esta necesidad correspondió la creación de un género nuevo de elocuencia, al que se ha dado el nombre de homilético. Género que no fue invención del Crisóstomo sino de la Iglesia acuciada por la necesidad de exponer la verdad y defenderla del error.

Tampoco fue el Crisóstomo el único en usar de la Homilía en la predicación. Desde los primeros tiempos del cristianismo este género se establece como la auténtica expresión de las direcciones nuevas. Famosas fueron las magníficas Homilías del fecundísimo Orígenes, nacido en Alejandría el año 185; famosas en el siglo IV las de San Basilio Magno y las de muchos otros predicadores del dogma y de la moral. Pero tocó al Crisóstomo llevar a su más alta cumbre este género y quedar constituido en maestro de la Iglesia universal. De él dice el historiador de la Iglesia Fernando Mourret (tomo II, pág. 378) que fue "letrado, político y director de almas; y en una palabra, orador a la manera antigua en toda la fuerza del término en el grado más elevado. Fue el director de conciencia de Antioquía, de Oriente y en cierto modo de la Iglesia toda", a fines del siglo IV d.C.

Por lo demás el homilético es un género que se presta para tratar toda clase de materias



y aprovechar toda clase de recursos oratorios. En su origen, la palabra griega *ófxikía* significaba una reunión, asamblea, tropa, compañía, sociedad, visita, relaciones familiares, conversación y aun empleo ordinario de alguna cosa. Poco a poco se fue concretando y vino a significar, en un sentido filosófico, la conversación familiar entre el profesor y los alumnos, aquél enseñando y éstos aprendiendo. Por su parte, la Iglesia naciente, siguiendo la costumbre de los rabinos judíos de explicar todos los sábados la Ley al pueblo, instituyó la frecuente predicación, bajo el mismo método familiar de los rabinos. Coincidió así el método eclesiástico con el filosófico. Pero todavía en el sentido eclesiástico se han distinguido la Homilía patrística o conversación desde el pulpito de los Padres de la Iglesia con los fieles para irles explicando las sagradas Escrituras o bien algún tema moral o comentar algún suceso del día; la Homilía eclesiástica o conversación desde la cátedra sagrada del Obispo con sus fieles para instruirlos en todo lo necesario a la vida cristiana; y la Homilía moderna o breve explicación del Evangelio del día, hecha durante la santa Misa por el sacerdote celebrante u otro en su lugar.

Desde los primeros tiempos, la materia de las Homilías fue variadísima: explicar un pasaje del antiguo o del nuevo Testamento; aclarar en forma exegética algún texto de la sagrada Escritura; comentar algún suceso importante y relacionarlo con el dogma o la moral; hacer un breve panegírico de personas notables o de santos y mártires; corregir un error o una costumbre inconveniente que se va extendiendo entre los fieles; consolar y levantar el ánimo de los oyentes afligidos por alguna pública desgracia. Si para exponer la Sagrada Escritura se echa mano de toda clase de erudición (ciencias, filosofía, teología, artes, etc.) dicha Homilía suele llamarse Lección Sacra; y si se endereza antes que nada, pero en la misma forma, a combatir el error y preparar las almas para la fe, se denomina Conferencia.

La forma externa o disposición es sumamente sencilla y sin las complicaciones estudiadas de la oratoria pagana. La pieza tiene de ordinario una Introducción o comienzo; un Desarrollo o cuerpo de la pieza; y una Exhortación dirigida a los oyentes para su provecho espiritual. La Introducción, como es natural, sigue las leyes de los Exordios; la Exposición o Desarrollo puede seguir un orden lógico, un orden exegético, un orden pasional. La Exhortación hace las veces de la peroración. Pero con frecuencia nos encontramos con que los santos Padres, de modo muy especial el Crisóstomo, invierten ese orden en la forma que mejor les conviene o que les imponen las circunstancias. Los tres elementos de la Homilía admiten toda clase de adornos literarios. Resulta así un género oratorio riquísimo.

Hablan con frecuencia los autores —y nosotros mismos hemos empleado el término— de una oratoria antigua y otra moderna. En el fondo, la distinción es muy superficial. No existe sino una oratoria, que es el arte de arrastrar la voluntad del oyente y decidirla a poner en práctica lo que el orador quiere. Este arte único, cuyas bases las puso Dios al crear al hombre y cuyas leyes son tan inmutables como todas las leyes que el Creador impuso a la naturaleza, puede aplicarse a una materia u otra, de un modo o de otro; y esto es lo que da origen a los diversos géneros oratorios. Radicalmente hay dos: el profano y el sagrado. La distinción fundamental entre ellos depende de tres ¡de sus elementos: la persona del orador, la autoridad con que ¡habla y el fin que pretende.

En la oratoria sagrada, el orador es un delegado oficial de Cristo que habla, por consiguiente, con autoridad suprema y definitiva y pretende únicamente el bien sobrenatural de las almas. Esta posición del orador sagrado hace que el elemento de la

santidad y el de la santa libertad de expresión sean esenciales en la oratoria sacra. Al mismo tiempo impone al orador sagrado una especial presentación que ha de traducirse en profunda humildad, convicción total, modestia exterior sin afectación. Por esto indicábamos al principio de esta Introducción general, que la Iglesia y el cristianismo crearon una nueva forma de elocuencia no conocida de los antiguos oradores, aunque aprovechando cuanto pudieron las formas antiguas.

"Entre los romanos y los griegos, dice el discreto Ozanam (*La Civilisation au Siécle II*, pág. 156, cita de Weiss), se había • establecido de qué manera el orador debía presentarse en la tribuna, frotarse las manos y la frente, mirarse a las manos, hacer crujir los dedos; cómo debía adelantar el pie izquierdo separando los brazos un poco del tronco; cómo, acalorándose en el decurso de la declamación, con calculada negligencia debía desenvolver los períodos concienzudamente trabajados, y mostrar cierta inseguridad en los pasajes en donde más seguro estaba de su memoria; y cómo, finalmente, para muestra de su apasionamiento, debía echar hacia atrás la toga, con premeditado desorden".

El mismo autor sigue diciendo cómo en la oratoria cristiana í esas posiciones estudiadas, esos períodos calculados, aquellos in-, teresados apasionamientos muchas veces postizos, y aquel andar i buscando (como ya lo advertía San Agustín) algunas fuentes ? de argumentos capciosos para alabar, defender, acusar, etc., no tenían lugar, porque la verdad y el sentimiento piadoso lo eran todo. Había en la nueva oratoria toda la sinceridad del llamamiento de Cristo: "¡Venid a Mí todos!" Cicerón cuidaba hasta de un mínimo pliegue de su toga, y de las arrugas de su frente y de las posiciones de su cuerpo, brazos, piernas y dedos. Demóstenes hacía particularísimos estudios de la declamación y preparaba sus discursos frase por frase, puliéndolas para cautivar. San Juan Crisóstomo se preparaba pasando a veces la noche entera en vigiliass y oración y comunicación con Dios, y días enteros de estudio de las Sagradas Escrituras. ¡Como se ve, la diferencia era excesivamente pronunciada!

Teniendo en cuenta lo que precede, al querer profundizar algún tanto en las piezas oratorias y demás escritos del Crisóstomo (que fue orador en todo cuanto escribió), necesitamos echar una mirada a los varios elementos que le ayudaron en su formación de orador, a las circunstancias de la sociedad en que vivió y se manejó, y finalmente a su propio arte de arrastrar a las multitudes. De ahí los párrafos que siguen, dedicados a conocer su patria, Antioquía, el carácter de la población, su mentalidad respecto de los dogmas y la situación general de la época. Y después de considerar, en cuanto podamos y en cuadro de conjunto, el manejo de los elementos que forman al orador, en el caso concreto del Crisóstomo, pondremos un Elenco de sus obras y alguna somerísima advertencia sobre el trabajo de nuestra versión.

Téngase en cuenta desde el principio la finalidad a donde vamos. Queremos con este trabajo ayudar en alguna manera a la piedad de las almas mediante la lectura de estos documentos maravillosos de dogma y de moral; y también a los predicadores de la palabra de Dios que encontrarán en la obra total del santo Doctor, no un libro sino una biblioteca, como se expresaba el ilustre Fr. Bernardo de Montfaucon. Omitiremos, por lo mismo, ya desde los párrafos especiales de esta Introducción que luego siguen, todo exceso de erudición, y seleccionaremos aquello solamente que parezca conducir más a la claridad del pensamiento del santo y al conocimiento de su personalidad.

## LA BELLA ANTIOQUÍA

Capital de Siria y patria del inmortal Crisóstomo, Antioquía era, en el siglo IV d.C, una de las más bellas y ricas ciudades del Imperio de Oriente, y aun de todo el Imperio Romano. Su importancia dependía de ser el cruce de los caminos del Eufrates al Mediterráneo y de Siria al Asia Menor. Por estar situada en las orillas del Orontes, a unos 19 kilómetros de la desembocadura, podía recibir en su seno las mercancías de todas las regiones que comunica entre sí el mar Mediterráneo.

Por otra parte se encontraba rodeada de esplendorosas bellezas naturales, esparcidas en sus montes vecinos, en su vega fecunda y en su ancho río y precipitados torrentes. Su población abigarrada y pintoresca mezclaba las tradiciones clásicas con las costumbres indígenas sirias y con la ligereza y voluptuosidad de los grandes centros comerciales de Oriente, sin dejar por eso de tener un espíritu práctico y serio en el manejo de los negocios. Y como precisamente sobre este fondo nació, se desarrolló y maduró el genio oratorio del Crisóstomo, nos parece imprescindible su estudio, aunque sea somero, para comprender mejor algunos aspectos de esa alma inmensa cuya oratoria encanta a cuantos se ponen con ella en contacto.

Desde luego, la geografía del siglo IV nos presenta varias Antioquías como son: la de Caria, en las riberas del Meandro; la de Pisidia, en los bordes del río Ancio; y esta de Siria, que es de la que nos ocupamos, situada en las márgenes del Orontes, en la parte septentrional de la región, en un valle relativamente estrecho, pero largo de unos 38 kilómetros. Según los eruditos, su nombre significa Monte de Oro. Los comienzos de Antioquía se debieron propiamente a la fundación de Antigonía, en 306 a. C, por Antígono Monoftalmos. Luego, en 301, tras de la victoria de Ipsos, Seleuco I Nicátor trasladó a los habitantes de Antigonía al sitio de la actual Antioquía, a la que puso este nombre para honrar con él la memoria de su padre Antígono.

Poco a poco la ciudad quedó formada por una tetrápolis. Porque a la primitiva Antioquía, fundada por Seleuco I Nicátor, quien transformó la vecina montaña en Acrópolis para la defensa de la población y la llamó Iópolis, se añadió una nueva ciudad construida por Calínico, al oriente. Esta muy pronto se juntó, al ensancharse, con la primera barriada o ciudad denominada Antigonía y luego con Antioquía, que quedaba al lado sur del Orontes, siguiendo la montaña que por este lado vino a servir de defensa para las tres ciudades reunidas. Más adelante Antíoco Epífanés fundó otra al lado norte de las tres, habiendo, para eso, abierto un canal, indicado ya por una pequeña desviación de la corriente del río, con lo que formó una isla. Ahí edificó los palacios reales, el Basileion o palacio de justicia y otra cantidad de edificios, cuyo conjunto recibió el nombre de Ciudad Nueva. Las cuatro ciudades conservaron sus propias defensas ; pero luego quedaron encerradas en la defensa común o muro romano que Justiniano restauró en el siglo VI. Todavía después fuera del muro y del lado oriente de las dichas ciudades, se construyó un quinto cuartel o barriada, en las pendientes del monte Estauris. También había una serie de Villas de recreo como la Tiberiana al poniente y la Agripina al oriente, cubiertas de jardines.

Como en todas las ciudades antiguas, no podía faltar la leyenda acerca de su fundación.

Contaba ésta, respecto de Antioquía, que, como Seleuco quisiera asegurar el dominio de la Siria Septentrional, anduvo en busca de un sitio en donde fijar la capital de esa región. Y para mejor acertar ofreció sacrificios a Zeus en el monte Casio, luego en el monte llamado Silpio en donde Zeus era venerado con el epíteto de Keraunio, y finalmente en el de Antigonía, montecillo pequeño junto al Orontes. Y sucedió que una águila bajara y arrebatara algo de las carnes del sacrificio y dejara caer una parte junto a la cuenca del Orontes, en donde se fundó Seleucia, y otra parte junto al monte Silpio, en donde se construyó Antioquía. Y por esto, la ciudad grabó primitivamente en sus monedas el águila. Escogido el lugar, el sacerdote Anfición procedió a inmolar una doncella de nombre Aimatea, sobre cuya sangre quedó asentada la nueva población.

En los tiempos del Crisóstomo, el aspecto general de la ciudad era el helenístico: calles largas, más o menos rectas, de ellas unas pocas bastante anchas, y éstas flanqueadas por bellos pórticos sostenidos sobre magníficas columnatas, iban a cruzarse con otras en ángulos a veces irregulares, buscándose siempre con más frecuencia la facilidad topográfica que la presentación artística.

El panorama desde el monte Silpio era fantástico. Se abarcaba desde ahí la construcción del circo en los suburbios al norte del Orontes; luego el curso serpenteante del río, no muy caudaloso pero sí muy ancho con su puente romano de arquería; el grupo sorprendente de los palacios y edificios oficiales en la Ciudad Nueva o isla del río; seguía al sur la ciudad de Nicanor, en la que, un poco al norte de la Gran Vía, que la cruzaba desde la Puerta de San Pablo hasta la de los Querubines, de oriente a poniente, se veía la iglesia de la Madre de Dios, y en el borde sur de dicha Vía, más al poniente, la Basílica Rufina. En la misma ciudad de Nicanor, en el cruce de la Gran Vía con la ancha calle que bajando de las estribaciones del Silpio, corría hasta desembocar en el Orontes, otro grupo de construcciones bellísimas llamaba la atención: era, entre el Agora y el río, el llamado Ninfía o Ninféon, en las orillas mismas del Orontes. Era el Ninféon un edificio semicircular cubierto de flores en donde, por un artificio, hilillos de agua caían constantemente en cristalinas cascadas por delante de las estatuas de dioses diversos. Al sur del Ninféon estaba el Agora, en donde se agitaban los mercaderes y el pueblo bajo, mientras en la parte inferior del Ninféon vagaban algunos poetas recitando sus composiciones a los oyentes desocupados, y en el Museum, reconstruido por Tiberio, algunos retóricos daban lecciones de elocuencia. En los baños y exedras, edificadas en diversos lugares, también se encontraban algunos filósofos con su cortejo de discípulos, ya en las salas o ya al aire libre.

La Gran Vía o Avenida de los Pórticos era la más ancha de todas y la mejor adornada: grandes pórticos sostenidos sobre columnatas que recordaban y aun superaban a las de Gerasa o de Palmira corrían a lo largo de los cuatro kilómetros de su longitud. Se decía que esta Gran Vía la había terminado Hero-des el Grande, quien para corresponder a la benevolencia de los antioquenos para con los judíos la había hecho pavimentar toda de mármol blanco y adornarla de pórticos. Una vez cruzada la Gran Vía, caminando al sur, se entraba en la Ciudad de Epífanes, en donde había otra calle llamada Avenida de Tiberio, casi igual de ancha pero menos hermosa y que se tendía por casi toda la falda de la montaña del Silpio. Una tercera calle, también lujosa, era la que ya mencionamos. Descendiendo del monte Silpio, penetraba en la ciudad por la Puerta de Hierro, en donde Tiberio había hecho colocar las estatuas de Rómulo y Remo amamantados por la loba; y luego corría hacia el norte cortando en ángulos, bajo arcos de triunfo de cuatro caras recubiertas de esculturas, tanto la Vía de Tiberio como la de los Pórticos, y

desembocaba junto al Ninféon en el borde del Orontes. Esas eran las calles principales y su vista deleitaba y asombraba cuando desde el Silpio se las abarcaba en conjunto. En la ciudad de Epífanos, se levantaban, cada vez más al sur, el teatro, el anfiteatro y la Necrópolis. Y entre el teatro y el anfiteatro, estaban las estatuas colosales, que hizo erigir Tiberio, de los Dioscuros, Anfión y Zeto, sobre blancos caballos, y una gigante imitación de la obra de Apolonio y de Taurisco de Tralles.

No era menos maravilloso el panorama de los suburbios y de las Villas que se extendían en especial al oriente y al poniente de la ciudad. Sobresalían entre las Villas por su lujo la Tibe-riana y la Agripina. Por el lado poniente lo más llamativo era el suburbio denominado Dafne, famosísimo por el notable santuario dedicado a Apolo, para conmemorar su hazaña de la persecución de la ninfa Dafne en Tesalia. El tipo de este suburbio era totalmente heleno. Al lado del santuario de Apolo estaba el de las Musas sus compañeras. Se decía que anteriormente el dios daba ahí sus augurios y se oía su voz. Los cristianos, para contrarrestar aquel culto, en exceso licencioso, levantaron un templo al arcángel San Miguel y luego trasladaron allá también, a un martirio o Capilla, las reliquias de San Babylas. Y se aseguraba que desde entonces el augurio y las voces de Apolo habían enmudecido. El suburbio estaba unido a la ciudad por caminos bordeados de rosas y jazmines, y todo él se encontraba ceñido por un bosque de sagrados cipreses, seculares y umbrosos, que la ley prohibía cortar. Una fuente perenne daba frescor al sitio del santuario. Infinidad de callecillas convidaban a espaciarse. El Dafne resultaba así un lugar de cita para el culto del dios y de los placeres.<sup>1</sup> De él había dicho el gran retórico Libanio en su Canto Antióquico: "¡Si los dioses descendiesen a la tierra elegirían a Dafne por morada".

Y todo aquel bellísimo conjunto de la ciudad estaba dominado por dos figuras colosales: la de una mujer en forma de cariátide y la de una gran cabeza, de cuatro metros de alto, esculpida en la roca abrupta de uno de los flancos salientes del Silpio, de orden de Antíoco Epífanos, y que ahora se ha identificado con el dios Caronte, protector de la ciudad. Porque, en efecto, le profesaban ahí los paganos un culto especial, por creerlo talismán seguro contra la peste y también para lograr que se mostrara menos apresurado en hacer cruzar a sus devotos el famoso río infernal. Además de Caronte la diosa Tyque tenía ahí una especial veneración, quizá porque interesaba a los comerciantes tenerla favorable en sus operaciones.

(1) Fernando Mourret, Hist. Gen. de la IgL, vol. II, p. 201.

Cuanto a la gran muralla, era una línea de formidables fortalezas. Para construirla se utilizó armoniosamente la configuración del terreno y se aprovecharon los torrentes, como el Onopnietas, el Firmio y el Toibas, lo mismo que los picos abruptos y montecillos allanados, e igualmente el Orontes y su isla artificial. A partir de la puerta de San Pablo, por el lado oriente, se iba elevando hacia las crestas del Estauris, descendía luego a una profunda cañada para elevarse de nuevo en cremallera, a través del barranco de las Puertas de Hierro, enlazaba la antigua ciudadela y corría hacia la cima del Silpio, con dirección al occidente, alcanzando una altura de 300 metros sobre la ciudad, llegaba a las extremidades del Orocasiades, y finalmente doblaba de repente y descendía a la llanura. Su longitud total era de 30 kilómetros y estaba guarnecida por 360 torres cuadradas. Su alto era de no menos de 17 metros y su ancho de 5.

Como datos curiosos hay que agregar que el valle todo del Orontes se encontraba

cubierto de exuberante vegetación y que el clima de la ciudad, gracias a una constante y salutífera brisa que soplaba desde las gargantas de los collados vecinos, era muy agradable y sano. Bajo los limpios y profundamente azules cielos de Oriente, el monte Silpio, el más alto de los que circundaban la ciudad, parecía tener mayores tamaños. Desde la llanura se iba escalonando, sombrío y surcado de rojizas líneas de rocas calcáreas, que parecían quemadas por el rayo; y ofrecía, entre las peñas, algunas grutas, a manera de sepulcros, en donde, en los tiempos del Crisóstomo, corrían los monjes a esconderse para llorar sus pecados, hacer penitencia y dedicarse, en la soledad y el recogimiento, a los estudios teológicos.

El terreno se hallaba expuesto a continuos terremotos, de algunos de los cuales hará mención el santo en sus Homilías. Por lo menos cada siglo ha sufrido la ciudad alguno más intenso. Esto ha hecho que las construcciones antiguas hayan ido quedando sepultadas bajo sus propias ruinas en capas de diverso espesor. Ahondando en ellas era frecuente hasta hace poco descubrir piedras preciosas, brazaletes, perlas, obras de arte y objetos de oro y plata. De las bellas columnatas erigidas en las amplias calles, de los templos, basílicas, arcos de triunfo, teatros, hipódromos y edificios públicos, sólo quedan restos que, particularmente por el lado de levante, cubren el suelo con innumerables trozos de mármol. El Orontes y el Onopnietas, cuando salen de madre, al arreciar las tempestades, exhuman a veces columnas de pórfido, sarcófagos espléndidos y gran cantidad de objetos de lujo.<sup>2</sup>

**1003**

## **LOS ANTIOQUENOS**

Oscuros son aún los orígenes de la población antioquena. Los habitantes aseguraban descender de helenos, ya fueran chipriotas, atenienses, cretenses o argivos o mezcla de todos. Algunas de las barriadas llevaban nombres macedónicos, como Iópolis y Bot-tia. Abundaban también los nombres netamente helenos, como Castalia, Peneo, Orestes, Dafne, Triptólemo, Inaco. La ciudad andando el tiempo acuñó moneda al modo ateniense con la Atena por una cara y la lechuza por otra. En cambio, los nombres de los suburbios daban a entender que, aunque la ciudad estaba prevalentemente habitada por helenos, pero las campiñas en torno lo estaban por indígenas sirios no helenizados, que conservaban aún su propio idioma. Así había la Charandama, la Ghisira, la Gandígora, etc. Estos indígenas acudían a veces a la ciudad en grupo considerable, y más de alguna vez corrió el Crisóstomo a saludarlos en una Homilía especial.

Ciertamente la población helena era, según parece, bastante densa. Abundaban también los judíos y una buena masa de orientales de todas las regiones dedicados al comercio. Pero los sirios formaban el fondo de la población, aunque no la caracterizaban. El número de habitantes se hacía llegar a 300,000; y si se contaban los esclavos, que los había en buenas cantidades, podía hacerse subir hasta medio millón. Por esto se consideraba a Antioquía como una de las mayores ciudades de Oriente y aun del mundo. Pero sus riquezas prodigiosas y su enorme comercio hicieron que muy pronto se desplegaran en la ciudad el lujo y un refinamiento verdaderamente oriental. Por hermosos caminos le llegaban numerosas caravanas con ricos cargamentos; y numerosísimas embarcaciones, bajando por el Orontes, navegable en aquellos tiempos, hasta el puerto de Seleucia, en la desembocadura, intercambiaban los productos de Oriente y Occidente, y hacían de la ciudad un vasto almacén.



(1) Monseñor Le Camus, *Los Orig. del Crist.*, vol. I de la Parte 2a., pp. 257-262. Para las reconstrucciones de Antioquía, lo mismo que para las de Constantinopla que vienen después, hemos echado mano de diversos autores de entera fe, en especial como visitantes de los sitios aludidos.

Los antioqueños mostraban en general un carácter ligero y voluptuoso. Famosa era, como sitio de reunión de los desocupados, la gran Avenida de Herodes o de los Pórticos. Allí concurrían los paseantes del gran mundo y era el centro de una agitación febril. Por ella desfilaban los carros, que torciendo luego al norte, subían hacia el circo; sobre ella piafaban los soberbios caballos del desierto haciendo resonar el enlosado de mármoles; por ella conducían los esclavos en literas a sus señores; en ella, a la puesta del sol, las mujeres exhibían, con todo el lujo y coquetería de Oriente, sus joyas mejores.

Junto a las numerosas termas, en donde la más refinada elegancia iba a buscar, según la expresión de Apolonio de Tyana, en el abuso de los baños prolongados la decrepitud de una vejez prematura, había histriones que ejecutaban representaciones grotescas y obscenas; había tocadores de flauta que se entregaban a danzas lascivas; había cantores de numen siempre insolente que recitaban las groserías más bajas. El ansia del placer acuciaba a las multitudes, que corrían desaladas a donde podían encontrar alguna satisfacción a sus pasiones. Las carreras de caballos, las danzas y las bacanales se sucedían sin cesar; y los famosos partidos de azules y verdes perturbaban con acaloradas disputas y muchas veces con riñas sangrientas la pública tranquilidad.

Porque aquella población ligera tenía sobre todo sus predilecciones en los teatros y en los juegos públicos. Se apasionaba por un actor, por un bestiario, un auriga, y no vacilaba incluso en amotinarse en honor de una hetaira. Ciertamente que sentía la necesidad de la religión, pero se fabricaba una religión a su medida, y el placer era uno de sus cultos más arraigados. Sus alegres hetairas, conducidas por los más honorables ciudadanos, iban con frecuencia al suburbio de Dafne, para entregarse, al venerar a Apolo, a los más infames misterios, entre los mirtos y laureles de los bosquecillos y al abrigo de los seculares cipreses. Las fiestas de Dionisos y Afrodita y Maiuma autorizaban las exhibiciones más indecentes y las más desenfrenadas orgías, que duraban a veces semanas enteras. La inmoralidad más escandalosa florecía bajo aquel clima delicioso, favorecida por la grande mezcla de razas, hasta el punto de que Roma llegó a quejarse de que Antioquía enervaba a sus soldados.

Por otra parte, la depravación de costumbres había hecho que se introdujera un gusto universal por las supersticiones y hechicerías. La cultura intelectual parece que era más brillante que profunda, y no era lo suficientemente sólida para preservar de la ciega credulidad. Aun el famoso Germánico, por otra parte tan serio y digno, no pudo resistir, en aquel medio ambiente, a la sugestión general de usar de los amuletos. A las puertas de los santuarios, delante de los altares situados en las encrucijadas de los caminos o de los cruces de las calles, nunca faltaban magos que ansiaban comunicar a las multitudes, con fingidas reservas, sus secretos; y tampoco algunos caldeos charlatanes que vendían remedios infalibles para conjurar al viento Aquilón, las fiebres, los mosquitos y los escorpiones.<sup>3</sup>

Políticamente Antioquía era un municipio autónomo que tenía bajo su jurisdicción 18

demos y se gobernaba por un cuerpo de Decuriones que fueron al principio 1,200, pero que luego se fueron reduciendo hasta quedar en 200, en los tiempos del Crisóstomo, según anotaba Libanio. Pompeyo en 64 a.C. redujo Siria a provincia romana; mas, por hacer honor a los habitantes de Antioquía, que se gloriaban de ser descendientes de atenienses, les dejó su autonomía. Después, cuando la elección de Septimio Severo, la ciudad sufrió una *deminutio capitis* y se la hizo depender de Laodicea, por haberse mostrado contraria a dicha elección. Más tarde recobró su autonomía y fue la capital de Siria, y los Gobernadores romanos pusieron en ella su residencia.

En lo religioso, Antioquía se desenvolvió al principio fervorosamente y se formó en ella un notable centro de cristiandad. Más tarde hubo de participar en la tragedia de las herejías. Como sede, tuvo desde el primer siglo cristiano una muy particular importancia por haber predicado ahí el Evangelio san Pedro. Como sucedió en aquellos principios, las Comunidades cristianas que de ella dependían la veneraban como a Iglesia-madre. Una vez que el cristianismo logró la paz pública y aun el favor imperial, el Concilio de Nicea (325) reconoció como legítimos los derechos primaciales de que gozaban (a semejanza de Roma) Alejandría en Egipto, Libia y la Pentápolis, y Antioquía en la diócesis imperial de Oriente. No se sabe exactamente en qué fecha los obispos de Alejandría y Antioquía comenzaron a titularse Patriarcas. Cuanto a Constantinopla, con ocasión del Concilio ahí reunido en 381, pretendió atribuirse la primacía, después de Roma, "por ser la Nueva Roma", cosa que ni el Papa ni los prelados de Alejandría y Antioquía admitieron. Sin embargo, el prestigio imperial de la ciudad acabó por imponerse; y el Concilio de Calcedonia, en 451, reconoció el título de Patriarca, en Oriente, a los prelados de Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén.<sup>4</sup>

(3) Monseñor Le Camus, *ibid.*

(4) Mansi. Conc. amplias, coll. XXI, 991. Una nota brevísima, pero con la claridad que el autor acostumbra, puede verse en Olmedo, S. J., *La Iglesia Católica en el mundo greco-romano*, pág. 248. Algunos autores (como Stein, pág. 199 del vol. I) creen que la oposición del prelado de Alejandría a san Gregorio Nacianceno y a la elección de Flaviano para Antioquía fue el motivo de que los prelados de la jurisdicción de la sede constantinopolitana, procuraran que el Concilio estableciera la dicha primacía, porque temieron que Alejandría quisiera ocupar en el imperio de Oriente el puesto que el Papa ocupaba en el de Occidente, cosa que los molestaba. Cuando el Crisóstomo sea consagrado obispo de Constantinopla, en 398, se encontrará delante de estas rivalidades tan humanas.

En la ciudad de Antioquía el número de católicos no era pequeño, sino que en cuatro siglos la levadura del Evangelio había penetrado ya profundamente las capas sociales, y existía viva y fervorosa debajo de las gruesas costras de liviandad y ligereza de espíritu. No conocemos con exactitud el porcentaje de cristianos, pero ciertamente había una muy buena cantidad de excelentes familias en torno del Obispo y sus auxiliares, que practicaban a fondo la doctrina de Cristo. Alguna idea nos puede dar, hasta cierto punto, de la amplitud del catolicismo en aquella ciudad, el número de iglesias y santuarios. Las principales eran las siguientes: el *Dominicum Aureum*; el martirio o Capilla de san Babylas; la iglesia de los Macabeos; el templo de nuestra Señora; el de los santos Cosme y Damián; el de san Casiano; el de san Ignacio mártir, que antiguamente estuvo dedicado a la diosa de la buena fortuna, o Tyque; la iglesia del protomártir san Esteban, que quedaba al oeste de la ciudad; el martirio de san Leoncio; la iglesia de santa Tecla;

la de san Romano; la de san Simeón; la del obispo Paulino, situada en la ciudad Nueva o isla del Orontes; la de san Juan, que estaba excavada en la roca; la de san Julián, en uno de los suburbios; la del Pródromo, con su Bautisterio, que se encontraba en la Villa Tiberiana; y la de san Miguel, que se construyó en Dafne para contrarrestar al santuario de Apolo. Abundaban otros sitios de oración.(5)

(5) Puede consultarse, a este propósito, v.gr.: Malala, Cronograph, X, etc.

Dos cosas mantenían vivo el espíritu cristiano en Antioquía, como en otras ciudades de Oriente: la práctica de los Sínodos y el desenvolvimiento de la vida monacal. Hubo Concilios ecuménicos y Sínodos locales o regionales en muchas regiones de la cristiandad. Cada dignatario jerárquico juntaba en torno de sí a su Clero y aun a sus fieles para orar y trabajar en común con ellos. Cuando, con ocasión de las grandes festividades o de algún suceso particular, se reunía cantidad de prelados, brotaba inmediatamente la idea de celebrar un Sínodo. En estas reuniones conciliares o sinodales, se estudiaban detenidamente los asuntos referentes a la fe y a las costumbres de la Iglesia o de la región. Y de tal manera se fue reglamentando la vida cristiana y se fue reduciendo a fórmulas exactas la profesión de la fe, que Kurt no duda en afirmar que si se estudiara despacio la serie de Concilios y Sínodos, "se asistiría día por día a todas las fases de la educación del género humano".(6) Claro está que, como empresas humanas que eran, hubo también sus abusos con reuniones clandestinas y apasionadas; pero la resultante final fue brillantísima.

(6) Godofredo Kurt, Los Orig. de la Civil. Moder, vol. II. Puede verse ahí mismo un brillante resumen de esta actividad de la Iglesia.

Por lo que mira al movimiento monacal en Antioquía, no tenemos datos exactos. Pero nos puede dar una idea lo que en general estaba sucediendo en todo el Oriente. La libertad concedida por Constantino a la Iglesia y el favor oficial que le dio, hizo que bandadas enteras de paganos corrieran a alistarse en las filas del catolicismo, sin haber renunciado al paganismo en su corazón. Esto llevó sus consecuencias a las costumbres de los fieles: hubieron de bajar considerablemente en calidad. Y muchos de los fieles verdaderos y de los que deseaban una mayor perfección, optaron por huir a los desiertos, para alejarse, ya no del peligro de las persecuciones sino de otro mucho más grave: la molicie, las riquezas y el atractivo del mundo. Fueron muchos miles los que llenaron las cuevas y cavernas y sitios solitarios, en donde llevaban una vida de penitencia, oración y estudio. Lo que no les impedía bajar a las ciudades, cuando era necesario para apaciguar los ánimos y consolar a los afligidos. Así sucedió vg. cuando la sedición de Antioquía, de la que luego habremos de ocuparnos. Aunque también emprendieron ese género de vida muchos que no tenían el espíritu de anacoretas y ocultaban con frecuencia debajo de sus hábitos las más bajas pasiones. No era, pues, todo ligereza y voluptuosidad en la ciudad de Antioquía: quedaban dos grandes elementos de seriedad. Había un activo hormiguero de hombres de negocios que ponían la nota del trabajo grave, reflexivo y maduro; y había un notable fermento de sólido cristianismo que hacía a las almas pensar en la virtud y en la eternidad. Con todo, entre estas últimas se desarrollaba un cuadro desolador en los tiempos del Crisós-tomo, al que debemos volver los ojos para completar el panorama antioqueno; y esto, con tanta mayor razón, cuanto que delante del Crisóstomo y desde muy temprano hubo de desplegarse aquel cuadro, y más tarde hubo el santo de tomar parte en él como actor. Nos referimos a los disidentes de la fe.

## **LOS DISIDENTES**

Por lo que llevamos dicho, puede el lector formarse una idea del medio ambiente en que nació, se desarrolló y maduró el genio oratorio de san Juan Crisóstomo. Fue el siglo IV de la Iglesia un siglo de continuo batallar, pues de todos lados la amenazaban los peligros: el paganismo que solapadamente se infiltraba en sus filas, la corrupción de costumbres subsiguiente a esa invasión de paganos, los sacerdotes indignos y los monjes turbulentos. "El sacerdocio, dice Amiano Marcelino, se veía invadido por multitud de clérigos indignos y las sedes episcopales estuvieron deshonradas por diversos prelados que rivalizaron en abyección con los eunucos, y reunían conciliábulos, y apoyaban a los herejes, y se dejaban llevar de la simonía y el aulicismo".<sup>7</sup> Porque otro grave riesgo que la Iglesia corrió en esos años fue el ansia de los emperadores por inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos, y el ansia de los eclesiásticos por inmiscuirse en los asuntos políticos y temporales.

(7) Marcelino Amiano, *Rerum Gestarum*, Lib. XXVII, 3, 12.

Pero todos esos peligros, por graves que fuesen, dejaban aún intacta la doctrina y constitución de la Iglesia, y consiguientemente a ésta con la suficiente fuerza para renovarse por sí misma. En cambio, hubo otro peligro enorme, al que aludíamos con el título de este párrafo, que asestaba el golpe a la raíz misma de la Iglesia; porque mientras los criterios no se han torcido, la reforma moral viene tarde o temprano; pero una vez que se tuercen, todo se pierde, pues no queda luz ni dirección. Contra todos los peligros dichos hubo de luchar san Juan Crisóstomo, pero muy de veras hubo de hacerlo con este de los disidentes en la fe. Fueron principalmente los antitrinitarios anomeos a quienes combatió, aunque también a los maniqueos y a otros herejes. Mas, como para comprender esas batallas es necesario ir más a fondo en las doctrinas que los disidentes profesaban, preferimos tratar este punto con mayor detención, antes de entrarnos por la sencillísima biografía del santo orador.

Reunidos en el gran Imperio Romano todos los dioses y diosas de los pueblos subyugados y todas sus creencias, supersticiones y hechicerías, poco a poco, sobre todo ya desde los tiempos de Octavio Augusto, el espíritu humano instintivamente procedió a mezclar y confundir todos aquellos elementos, que finalmente iban confluyendo a la idea de la existencia de un solo Dios o Theos, cuya esencia, según las creencias paganas, era comunicable y divisible. Se llegó, pues, a la creencia de que en realidad esa esencia divina estaba comunicada y dividida primero entre todos los dioses mitológicos, luego también entre las almas de los héroes. A este sistema religioso se le denominó sincretismo greco-romano.

Pero, muy pronto, el espíritu de orgullo por una parte y por otra el de adulación, hizo que aquella esencia divina se creyera participada aun por los emperadores y reyezuelos, y, en actos de locura, hasta por los caballos y otros animales. Este mal tan grave, tuvo con todo una feliz consecuencia: que se esparciera por todas partes la creencia en la posibilidad de las teofanías o manifestaciones sensibles de la divinidad, una vez así compartida.<sup>(8)</sup> Por otra parte, se avivó y despertó mucho la creencia en la inmortalidad de las almas, puesto que se las iba considerando como partículas de la divinidad.<sup>(9)</sup>

Además, la serie inmensa de misterios y purificaciones paganas cultivaron la idea de que era posible expiar las culpas ya en esta vida, mediante las taurobolías, criobolías, etc., que hacían del iniciado un *in aeternum renatus*.(10)

(8) Tixeront, *Hist. des Dogm.*, vol. I, pp. 18-21.

(9) La idea de la inmortalidad del alma humana, vulgarizada ya en los tiempos de Octavio Augusto, tenía dos modalidades, como puede verse, v.gr.: en Virgilio (*Eneida*, VI, 724-751). Según esa idea, eran las almas partículas del inmenso espíritu que llenaba el universo, aprisionadas en la materia de la que dependían todas sus miserias; partículas que incluso estaban repartidas por todos los animales, como los caballos, las aves, los peces. Al morir el cuerpo, esas partículas no podían por sí mismas despojarse de todo lo malo que la materia les había comunicado, y por esto era necesaria una expiación de ultratumba. Por lo demás, si acaso en esa expiación quedaban completamente limpias, iban a refundirse ya directamente en aquel mismo espíritu inmenso y primitivo. Pero, si la expiación de ultratumba no era suficiente, tenían que regresar al mundo y entrar en otros cuerpos de hombres o animales para completar su purificación. Como se ve, en estas ideas del vulgo andaba una mezcla curiosa de los varios sistemas filosóficos a que en seguida nos referiremos.

(10) Eran las taurobolías y las criobolías unos ritos repugnantes de purificación. El que había de purificarse se tendía en una fosa excavada en la tierra y capaz para que él pudiera estar ahí acostado. Encima se colocaba una tabla con rendijas o agujeros, sobre la cual se degollaba un toro (tau-robolía) o un cordero o chivo (criobolía), de manera que la sangre cayera en chorros sobre el que había de purificarse y quedara bañado en ella. Se le decía al pecador que con esa purificación alcanzaba a renacer para siempre, o sea que era interior y eterna. Puede verse el *Corpus Inscript.* Lat., 510.

Finalmente, el culto de Mithra, muy popular en Roma desde fines de la República, abrió además las inteligencias a otra idea: la de un redentor y mediador entre el hombre y la divinidad. Por esa idea este culto estableció una jerarquía, un sacrificio, un bautismo y una cena misteriosa en la que el iniciado comía un pedazo de pan y bebía un vaso de agua.(11) De manera que en conjunto, se puede asegurar que las almas paganas ya entonces andaban buscando una purificación y una expiación no puramente externas, sino interiores y para siempre, y esto mediante un redentor o mediador.

(11) Nos ha conservado noticias sobre esto Justino, *Apol.* I, 6; Otto, I, 182; Dial, cum Triph., 70, etc., etc.

Entre ese torbellino de religiones, iniciaciones, magias, supersticiones y prácticas ocultas, se movía todo un pueblo de filósofos que por su parte trataban de llegar científicamente al conocimiento de la verdad así filosófica como religiosa. Los principales sistemas de ideas y más en boga eran el pitagórico, el estoico, el platónico y el aristotélico. Y también, en todos estos sistemas, la metafísica tendía cada vez más a afirmar la unidad de un Dios, el cual había de ser el principio de todas las cosas; y había de ser algo sutil, espiritual y que se infiltrara por todo el universo: la materia ha salido del dios y un día el dios la absorberá de nuevo.(12) Era necesario que de él salieran todas las actividades y energías, si no era que en realidad éstas se confundían con él y eran él mismo. Debía haber un Logos *Spermatikós* del universo que lo gobernara según sus leyes. Pitagóricos, platónicos, aristotélicos y estoicos iban convergiendo a esa idea central.

(12) Zeller, La Filos. Grec, vol. III, p. 136, nota.

En cuanto a Platón, es cierto que había abierto un abismo entre el dios y la materia, pero había imaginado un alma del universo de la que se derivarían las almas de los hombres y de los astros.(13) Esa alma del universo sería una Mente divina, superior al alma humana pero inferior a la Idea de por sí subsistente del Bien. Platónicos posteriores distinguieron entre ese dios supremo o Bien y su Dynamis, que sería la que propiamente compenetrara el universo. Así venían a coincidir con el alma divina o dios de los estoicos, y a sumarse, en cierto modo, a la idea pitagórica de la divinidad que andaba en la misma lucha por compaginar las dos ideas de la materia y la divinidad en sus mutuas relaciones. Los aristotélicos, en cambio, mantenían la unicidad de dios, pero hacían de él y de la materia dos principios eternos y coexistentes, por no poder llegar a la idea de la creación de los seres sacándolos de la nada.

(13) Puede consultarse sobre esto Fouillée, La Philosoph. de Platón, II, 203, 4.

Las aplicaciones de estos sistemas a la moral, iban siendo idénticas en muchos puntos sustanciales. Todos acudían en concreto a un dios único, inconfundible, distinto del universo y del hombre, justo juez y premiador y castigador, cuya voluntad era necesario acatar. Por lo mismo, a él se debía suplicar y orar. Un paso más dieron los estoicos en su anhelo por llegar a la verdad: colocaron entre el dios superior o supremo y el universo toda una serie de Dynameis, de las que unas eran adversas y otras propicias al hombre, pero todas venerandas. En cambio, la virtud había que ejercitarla por su propio valor y no por otro motivo, con lo que ponían una moral sin suficiente fundamento.

Otro conjunto de ideas andaban en movimiento en el Oriente, que eran las ideas judías. El judaísmo estaba en posesión de ciertas verdades como la unicidad de Dios; la existencia de los ángeles, de los que unos habían sido fieles en la prueba que Dios les puso, y otros no y se habían convertido en demonios, y así unos eran auxiliares del hombre para la virtud y otros le eran adversos; la creación del hombre en estado de felicidad y su caída por el pecado, lo que explicaba la presencia del dolor en el mundo y la necesidad de la expiación y de un Redentor, Rey del universo y Juez último de todos. De este modo, al comenzar la predicación evangélica, vino a presentarse tanto a los cristianos como a los judíos el terrible problema de catolizar o judaizar los sistemas filosóficos helenos, o paganizar el catolicismo y el judaísmo. El catolicismo iba a tropezar con el problema correspondiente de o judaizarse o convertir a los judíos: era una gigantesca lucha de ideas provocada por la Buena Nueva.

El gran exponente del esfuerzo judío para sincretizar el judaísmo con el paganismo fue Filón.(14) El estableció la idea del Dios único, pero entre él y el universo colocó una serie de ideas-fuerza que correspondían a las dynameis paganas y a los ángeles bíblicos. Tales ideas operan, pero su operación necesariamente es imperfecta, pues no son Dios, y esa imperfección es el origen del mal. El conjunto de dichas ideas forma el Logos, que viene a ser el representante de Dios en la creación, su imagen, su sello; es un hijo de Dios, o una especie de segundo Dios, pero ese Logos, intermediario entre Dios y los hombres, ni es Ingénito como Dios ni es engendrado como los hombres.

(14) Zeller, La Filos. Grec, 1. c, n. 2.

Filón no tiene idea de la Trinidad y hasta parece admitir una materia eterna sobre la que



trabaja Dios mediante el Logos intermediario; pero para Filón, toda materia es mala. Ese Logos intermediario antes que nada crea los ángeles, que son de tres clases: unos que andan muy cerca de Dios, otros que andan muy cerca del mundo y son las almas de los hombres, y otros que andan muy abajo y participan de lo grosero y sensual y son los demonios. Las almas se propagan por generación como los cuerpos. Filón nada sabe del pecado original. Por lo mismo, su moral echó por el camino de los estoicos, pero exigió para poder ejercitar la virtud el auxilio y cooperación de Dios. La virtud, según él, no tiene otro objeto que "llevar al alma gradualmente a la contemplación directa de Dios". Contemplación que puede elevarse hasta el éxtasis; pero éste es herencia de sola una porción escogida de la humanidad que son los filósofos.

Como se ve, la predicación evangélica planteó al mundo toda una serie de problemas a los que era necesario responder, o por lo menos discutirlos, ya que la nueva doctrina se presentaba hablando "tamquam auctoritatem habens". Van a bajar a la palestra los más grandes ingenios y se van a mezclar en la disputa también muchas mediocridades. Tal fue el principio y razón de las herejías. San Juan Crisóstomo, sin ser polemista nativo ni apologeta, ni siquiera teólogo original, va a poner su granito de arena así en Antioquía como en Constantinopla; y lo pondrá con una fuerza oratoria apenas igualada en la historia.

De entre los disidentes del catolicismo, fueron los judíos los primeros en entrar en la liza. Muy numerosa era en Antioquía y disfrutaba de especiales privilegios la colonia judía, a causa de que los Seléucidas, lo mismo que los Ptolomeos, habían reconocido en los hebreos un precioso auxiliar para el desenvolvimiento comercial y los manejos políticos.(15) Tenían los judíos en Antioquía un Magistrado o Alabarco, bajo cuya jurisdicción o dirección un Consejo de ancianos o Sinedrio gobernaba la colonia según sus propias leyes. Se les había devuelto parte de los vasos sagrados que anteriormente arrebatara de Jerusalén Antíoco Epífanes, y ellos los guardaban cuidadosamente. Dos Querubines de oro, que los opresores habían transportado a Antioquia, adornaban una de las puertas de la ciudad y le daban su nombre. Según parece había en la ciudad varias sinagogas, una de las cuales funcionaba cerca de Dafne.(16)

(15) Flavio Josefo, B. ), VII, 3, 3; Filón in Flac, S. X; etc.

(16) Malala, X, etc.

Había, como dijimos, entre ellos y los otros antioquenos, muchas almas deseosas de conocer la verdad.(17) Por esto, allá a los comienzos del cristianismo, apenas recibida la Buena Nueva, los prosélitos abundaron y los Apóstoles enviaron a Antioquia a Bernabé para encauzar el movimiento. Este se asoció a Pablo de Tarso para la empresa. Ambos hicieron de Antioquia un centro de irradiación misional sobre el Asia Menor, Grecia y Macedonia. Una tradición antigua señalaba en Antioquia la calle de Sangón, no lejos del Panteón o templo de todos los dioses, como el sitio en que Pablo solía predicar a los gentiles. Quizá en ese lugar se levantó luego la iglesia llamada Palaia o Antigua, en donde varias veces predicó el Crisóstomo. En cambio el sitio en donde solía reunir a los discípulos parece haber sido cierta gruta de que hablan Teodoreto y Malala.(18) La Iglesia antioquena incluso ayudó con sus limosnas a la jerozolomitana cuando el hambre de los años 46 y 47, al final del Gobierno de Cuspido Fado y al principio del de Tiberio Alejandro, judío renegado, hijo del Alabarco de Alejandría.(19)

(17) Monseñor Le Gamus, 1. c.

(18) Malala, 1. c, dice, tratando de la predicación de san Pablo: "praedicantem illie primum verbum in vico dicto Sigonis, próximo Pantheoni..."

(19) Eusebio, Compend. de Hist. Ecc, II, 11; Chronicon, p. 79.

El Crisóstomo recordará en diversas ocasiones a los antioquenos la particular gloria que les venía de haber comenzado en su ciudad a llamarse cristianos los discípulos de Jesús.(20) Siguióse luego en Antioquia una sucesión de célebres prelados, entre los que descuella san Ignacio, llevado a sufrir el martirio a la ciudad de Roma, en 110, más o menos, bajo la persecución de Trajano. Ya este prelado en sus cartas, excepto la dirigida a los Romanos, tiene como fin precaver a los fieles contra el docetismo judaizante y es el primero de quien nos consta que llamó a la Iglesia de Cristo con el apelativo de "católica".(21)

(20) Creyeron algunos, como Malala en su Chronographia, X, y Suidas II, 3930 (en la ed. Gaisford), que fue Evodio, primer obispo de Antioquia, quien designó con el nombre de cristianos a los discípulos de Jesús. Otros aseguraban haber sido el mismo Cristo, como Tácito en sus Anuales, XV, 44, en donde afirma que "auctor nominis huius Christus, Tiberio imperitante, per Procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus..." Según san Epifanio uno de los nombres más antiguos de los cristianos fue el de Iessaioi o sea Jesuítas (Haeres. XXIX, 4). En los Hechos de los Apóstoles el nombre cristianos solamente se emplea dos veces (XXV, 28 y XI, 26). Quizá, dice Monseñor Le Camus, de quien es la nota, con mayor probabilidad se ha señalado como origen de este nombre la apelación que la policía romana o la administración civil les habría dado para contradistinguirlos de otros grupos. O tal vez los llamó así la población antioquena "dispuesta siempre a mostrar su espíritu burlón y fastidiada de encontrar incesantemente el nombre de Cristo en los labios de los prosélitos". Tácito, en el sitio anotado, parecería indicar el origen burlón de la palabra cristiano, pues dice "quos per flagitia invisos, vulgus Christianos appellabat". De suyo la palabra griega Xeio'ciavóq es híbrida, o es un neologismo. Su forma correcta debía ser XQiaTivóq o bien XQiaxrjvóq. Aunque es cierto que este y otros mil neologismos eran ya de uso común en la época en la lengua vulgar. Más tarde se imaginó otra etimología y se supuso que los cristianos se llamaban así porque eran ungidos (que eso significa la palabra griega xsiar<sup>o</sup> de Xóico)> del Señor. Así san Jerónimo sobre el salmo CV, 15; san Ambrosio, de Obitu Valent.; Tertul. Apolog. III; Theophilact. ad Antolyc, I, 12; etc.

(21) Olmedo, La Iglesia Católica en el Mundo Greco-Romano, p. 88.

Porque uno de los primeros errores, de origen judaizante, fue el docetismo. Según los docetistas, el Verbo divino no habría tomado un cuerpo real para redimirnos, sino uno aparente. Junto a este error andaba el de los nicolaítas, llamado así del nombre de su jefe. Estos distinguían entre Dios y el Demiurgo, o Logos de Filón. Y este Demiurgo habría sido, y no Dios, quien habría bajado al mundo; y no para encarnar en una naturaleza humana sino únicamente para unirse a Jesús, simple mortal, hijo de María y de José, a partir del bautismo en el Jordán; y luego lo habría abandonado al acercarse la pasión: porque no podían entender que Dios se humanara y padeciera. Las ramas de este error fueron muchas con diversos matices: ebionitas, nazarenos, esenios, elkasaitas, judaizantes gnósticos y aun semiarrianos. En realidad la doctrina evangélica sufrió poco la influencia del medio ambiente judaico palestino; y ésta no pasó más allá del siglo II. En adelante las luchas dogmáticas se centraron en torno del gnosticismo, el maniqueísmo y el arrianismo. Sin embargo, san Juan Crisóstomo, en vista de lo

numeroso de la colonia judía de la ciudad, atacó varias veces sus errores casi más que todo ridiculizándolos.(22) Mucho más influyó el judaísmo filoniano o alejandrino, particularmente a través de la gran escuela teológica de Alejandría, en donde enseñaron maestros muy ilustres, como Clemente y sobre todo Orígenes. Antioquía estaba demasiado cerca geográficamente de esa otra ciudad en la que se formó algo así como el nido o plantel de todas las herejías, a causa de la sobresaliente herencia heleno-filosófica que de allá se derivó, desde el siglo III a. C.

(22) Puede verse en varias Homilías, como lo haremos notar al calce de su versión.

1005

## LOS ERRORES EN ANTIOQUÍA

Comencemos por dar una ligerísima idea de los tres grandes errores que ya mencionamos: gnosticismo, arrianismo y maniqueísmo. Poca influencia tuvo en Antioquía el error de los maniqueos, y por esto diremos sólo la idea fundamental que perseguía, pues el Crisóstomo la toca algunas veces en su predicación y escritos.

Sostenía una doctrina dualista. El principio del bien y el del mal son distintos, eternos y contrarios, y dan origen a dos reinos también eternos, distintos y contrarios, que son el reino de la luz y el de las tinieblas. Estos reinos se yuxtaponen por su parte superior e inferior, pero sin llegar jamás a mezclarse. De entre los elementos del reino de las tinieblas nació Satán; y éste es el que produce la confusión entre ambos reinos. Satán se reviste de cinco elementos: tinieblas, humo, combustión, oscuridad, viento cálido y niebla. Pero Dios, como jefe del reino de la luz, para resistir sus ataques creó o produjo el primer Eón o Madre de la vida y juntamente un primer hombre, el cual, armado de los cinco elementos puros (que son el soplo ligero, el viento, la luz, el agua y el fuego) debe defender al reino de la luz. Pero ese primer hombre fue vencido y hecho prisionero. Dios lo libró. Mas, en las acometidas de Satán, los elementos puros se mezclaron con los tenebrosos y de esa mezcla apareció una materia mixta. De ésta formó Dios el mundo actual con el fin de ir librando los elementos puros que quedaron en él encerrados y volverlos al reino de la luz. El sol y la luna son instrumentos de liberación, aunque el hombre debe a su vez prepararse para esa liberación. Porque Satán y sus ministros, que son los que han formado al hombre actual, han aprisionado en él, en su organismo material, los elementos de la luz, y le han puesto al lado a la mujer, como elemento de seducción para continuar, mediante la generación, ese aprisionamiento.

En la lucha por la liberación, ayudan los ángeles, quienes han enviado profetas especiales para ello, como son Buda, Zoroastro, Jesús, pero sobre todo a Mani (el fundador del maniqueísmo). Para lograr la liberación es necesario sujetarse a una serie de privaciones y a un ascetismo rudo. Con eso los Elegidos o Verídicos (los que cumplan estrictamente con dicha ascesis) irán directamente al reino de la luz; los Oyentes o Pecadores andarán errantes y pasando por una serie de purificaciones hasta el fin del mundo, y al fin serán lanzados al infierno. El cuerpo no tendrá glorificación alguna; como elemento que es del reino de las tinieblas allá volverá. La secta se extendió sobre todo por Asia, Capadocia y África. Con razón el Crisóstomo se ríe de sus sueños: pruebas de su verdad no las tiene.

Muy grande importancia tuvo en cambio el gnosticismo, padre verdadero de casi todos

los errores de los siglos III y IV. Históricamente tuvo dos grandes períodos: uno el de los tiempos de Adriano y Antonino (117-161), con sus jefes Menandro, Saturnino, Basílides, Valentín, Carpócrates, que fueron varones de , cierta altura así intelectual como moral. El segundo período comienza con el siglo III, en el que pululan las divisiones y subdivisiones de las sectas que en vez de filosofar se lanzan al abismo de los ensueños e imaginaciones y sus jefes son gente desconocida y moralmente nada apreciable. Los autores han preferido dividirlo geográficamente y no por sus intrincadas ideologías. Del gnosticismo Sirio, en donde entraba Antioquía, fueron representantes los jefes antes nombrados y tuvo alguna elevación.

Los principios fundamentales del gnosticismo eran los siguientes. Hay una ciencia inferior de los dogmas, que es la fe común del vulgo y se llama fe o pistis; y hay otra superior, que se llama gnosis o verdadero conocimiento. De manera que el gnóstico será el hombre que verdaderamente ha comprendido los misterios. El gnóstico sabe que existe un solo Dios, supremo y único que vive en las alturas solitario. Pero de él emanan tres personas o a lo menos lo rodean. Esas tres personas son el Padre (o primer hombre), el Hijo (o segundo hombre), y el Espíritu Santo (o sea la primera mujer). Entre todos forman el Primer principio o Dios Supremo, Padre de todas las cosas, pero del todo desconocido en el mundo inferior. Más: aun para los seres más cercanos a Él, es un verdadero Abyzós o Abismo: algo así como un caos de cosmogonías hesiodeas en donde no hay luz ni orden pero que es la fuente del universo.

Entre ese Dios supremo y el mundo inferior hay un mundo intermedio suprasensible, divino también, destinado a llenar el abismo entre el mundo de las tres Personas y el mundo inferior. A ese mundo intermedio se le llama por esto Pleroma y también Ogdoada. Este Pleroma se compone de seres reales y concretos (gnosis siria y antioquena), o bien de abstracciones y pasiones personificadas que se presentan dos a dos formando syzigias o pares: elemento masculino y femenino: gnosis neoplatónica. Y todos esos seres de ese mundo intermedio se llaman Eones, o emanaciones. Hay un Eón principal, que es Cristo, el cual bajó como Redentor al mundo inferior. Porque el alma y la materia son dos elementos contradictorios que mutuamente se excluyen. El espíritu es bueno, la materia es mala. Como el Eón demiurgo había creado la materia, necesariamente era malo, y ese era el Dios de los judíos al cual había que combatir, lo mismo que a su ley, la de Moisés.

Un día, sin que ese Demiurgo lo supiera, el Dios supremo dejó caer en el mundo inferior otro Eón bueno, germen que se ha esparcido por todas las criaturas, pero que sufre prisionero en la materia, y el Demiurgo lo persigue e intenta destruirlo. La mayor o menor participación de ese rayo divino o Eón bueno, divide a la humanidad en diversas categorías, en las que la salvación personal no es resultado del esfuerzo propio sino una consecuencia involuntaria de esa participación. Así, los hombres quedan automáticamente divididos en Pneumáticos o espirituales, Psíquicos y Materiales. En los primeros domina el elemento aquel divino y no pueden pecar; su salvación está asegurada y pueden hacer cuanto quieran, y son los verdaderos gnósticos; los segundos son los cristianos ordinarios de la pistis o fe; en los terceros predomina el elemento de la materia y están irremisiblemente condenados al infierno, como son los paganos y los judíos, y muchos que se llaman cristianos.

La caída original no fue sino el aprisionamiento de aquella chispa vital o Eón bueno en la materia, y su liberación la hace un Salvador. Aquí la concepción gnóstica se divide en

tres opiniones. Para unos ese Salvador era simplemente un ser superior a los otros en justicia y santidad; para otros, eran dos seres unidos accidentalmente, uno divino y el otro humano; para los terceros era una simple apariencia la de su cuerpo (docetismo). Más aún: algunos afirmaban ser verdadero cuerpo el del Salvador, pero bajado del cielo a través de María, y no de materia ordinaria. Pero la redención no se opera por los padecimientos del Salvador, sino por el conocimiento del Dios supremo o gnosis que el Salvador nos trajo. La resultante moral tuvo dos matices: para unos, los ascéticos, la materia era mala y había que maltratarla y destruirla como mala; para los otros, los licenciosos, había que mancharla con todo vigor, pues era simplemente indiferente para la gnosis o conocimiento. De aquí el desbordamiento increíble que dieron éstos a sus pasiones. Naturalmente tampoco admitían la resurrección. El fin del universo vendría por la impotencia de su Demiurgo para alimentarle la vida y por el regreso sucesivo de las chispas divinas o celestes, esparcidas en el universo, a su punto de origen.

Como se ve, debajo del gnosticismo andaba el problema de cómo concordar la unidad de Dios con la divinidad de Jesucristo. El gnosticismo rehuía identificarlos en modo alguno y se echaba por las regiones de los ensueños neoplatónicos, al estilo de Plotino. Otros ingenios echaron por el camino del adopcionismo, trillado ya en parte por los gnósticos. El más notable, y como fundador de los adopcionistas, fue Artemón o Artemas, quien parece haber sido profesor en Roma por el año 235. El, Sabelio y Cleomenes, según parece, querían que "idem Pater et Filius habeatur". Así lo afirmó Tertuliano (en su *Adver. Pra-xean*, 5). Entonces en realidad no existe el Verbo ni se distingue del Padre y el primer capítulo del Evangelio de san Juan ha de entenderse como una simple alegoría. Y en consecuencia lógica, fue el Padre quien descendió al seno de María. Los llamarán Monarquistas y también Patrip asíanos. Jesús, en su sistema, era simplemente hijo adoptivo del Padre, de mayor virtud y gracia que los demás hombres.

Por su parte Novaciano se atuvo a la doctrina de que, siendo el Verbo engendrado del Padre tenía que ser inferior, así como el Espíritu Santo lo había de ser al Verbo. Esta doctrina, llamada subordinacionismo, muy pronto se identificó con el arrianismo. Por lo que mira a Antioquía, ya en el siglo II un tal Saturnil quiso convertir el catolicismo en gnosticismo. Pero no tuvo especial influencia hasta que apareció Pablo de Samosata, del cual tenemos noticias por la *Historia Eclesiástica* de Eusebio (VII, 27-30). Fue electo obispo de Antioquía en 260, a la muerte de Demetriano. Era un carácter mundano y violento. Su doctrina se reducía al adopcionismo de Teodoto y Artemón, pero lo presentaba con mayor brillo y apariencia de sabiduría. Afirmaba que hay un solo Dios personal; pero que en Él se puede distinguir un Logos y una Sofía que no tienen subsistencia propia sino que son más bien simples atributos. El Logos es engendrado, es decir proferido desde la eternidad, pero es siempre impersonal como el logos o palabra humana. Jesús no es sino un hombre a quien el Logos ha inspirado en grado mayor que a los otros profetas; y se le ha unido de un modo exterior, por modo de habitación en él. Jesús, al ser ungido por el Espíritu Santo en el bautismo alcanzó la máxima perfección moral, por lo que Dios le concedió el don de hacer milagros; y por su unión indisoluble con Dios, ahí alcanzada, fue constituido Juez de vivos y muertos y revestido de una dignidad divina. Este modo de explicar la unión del hombre Jesús con el Logos preludia ya el error de Nestorio.

Entre los años 263 y 268 se reunieron en Antioquía tres Sínodos contra Pablo de Samosata. Los dos primeros los presidió Firmiliano de Cesárea, pero no tuvieron

resultado práctico. El tercero finalmente lo excomulgó (267-268), sobre todo por obra de Malquión, antiguo jefe de los sofistas, ya convertido, y ahora sacerdote en Antioquía. Pablo fue depuesto de la sede antio-quena, pero no la abandonó gracias a la protección de la reina de Palmira, Zenobia. Sólo bajo el imperio de Aureliano fue depuesto definitivamente. Tras de Pablo de Samosata siguió su discípulo Luciano, de quien se dudaba razonablemente si en realidad incurrió en error.<sup>23</sup> Se dice que su prelado lo excomulgó, por lo que él volvió al recto camino y finalmente murió mártir en 312. Con todo, Pablo de Samosata había dejado abundante semilla que luego iba a fructificar. Pero esto necesita de párrafo aparte.

1006

## EL ARRIANISMO ANTIOQUENO

La brillante figura del presbítero Luciano le atrajo muchos discípulos como Eusebio de Nicomedia, Leoncio de Antioquía, Teognis de Nicea. Pero ninguno iba a causar tanto revuelo en el mundo doctrinal como el famoso Arrio. Tenía este hombre unos sesenta años de edad cuando comenzó a llamar la atención. Era originario de Libia, de costumbres austeras, de exterior imponente, de espíritu sutil, brillante y obstinado. No tenía rival, según se decía, en el manejo del silogismo. Había sido partidario de Melecio de Lycomedia, el rigorista. Se apartó de él en 311; y ocupó la importante parroquia de Bocal, en Alejandría. Como a los ocho años de su ministerio, comenzaron a llegar rumores de que sostenía una doctrina nueva: que el Verbo era inferior al Padre y tenía su substancia propia, de manera que "hubo un tiempo en que no existía". Con su actividad y métodos de propaganda se atrajo a Eusebio de Nicomedia y luego a Eusebio de Cesárea; y compuso infinitud de cantos populares para difundir su error.

De suyo era Antioquía un campo poco fértil para aquellas discusiones, de sabor neoplatónico, más propias de Alejandría.

(23) Para el resumen que precede, puede consultarse Tixeront, o. c, vols. I y II. Cuanto al presbítero Luciano actualmente se cree que no incurrió propiamente en error, sino que tuvo expresiones atrevidas en las que por defender la unidad de Dios se acercó al sabelianismo; y que esto indujo al error a algunos de sus discípulos. Ciertamente el Crisóstomo en su panegírico no hace referencia a ningún error que profesara. Santa Elena, cuando visitó el Oriente, fue a Antioquía a ver el sepulcro de este mártir y le edificó una suntuosa basílica. (Véase Mourret, o. c, vol. II, p. 21).

Sin embargo, el brillo del Presbítero Luciano, de quien Arrio había sido discípulo, hizo que se diera entrada a sus errores. Para mejor entender la situación debemos decir una palabra sobre las dos grandes escuelas teológicas formadas en aquellas partes del Oriente: la antioquena y la alejandrina. La antioquena reconocía como fundador al gran maestro Luciano. Esta escuela se apoyaba sobre todo en la filosofía aristotélica y sostenía que en la Sagrada Escritura había un sentido único literal, aunque no negaba que hubiera, también en diversos pasajes un sentido alegórico o típico como se dice en el lenguaje teológico. Además, prefería la moral a la mística e insistía en la real distinción de las tres Personas divinas en la Trinidad, dentro de la unidad de Dios, y en la real distinción entre la naturaleza humana y la divina de Jesucristo, cosa que luego se exageró y dio origen al nestorianismo. Los discípulos y profesores posteriores de Antioquía siguieron esas líneas para sus estudios.



En cambio, la escuela alejandrina, que tuvo como principales fundadores y maestros a dos figuras de inmensa talla, Clemente y Orígenes, quiso, para sistematizar en un conjunto colosal todas las verdades católicas, basarse casi simplemente en la exégesis alegórica de la Sagrada Escritura. Fue una sobreestimación del sentido espiritual y moral sobre el literal e histórico, que algunas veces incluso le parecieron a Orígenes inadmisibles. Como era natural, cayó en diversas exageraciones y errores que se designaron con el nombre de origenismo. Había debajo del origenismo un neoplatonismo subyacente y se daba la primacía a la contemplación de Dios; había una insistencia demasiada sobre la unidad de Dios con peligro de sabelianismo; había una tendencia a divinizar de tal modo a Jesucristo que la sagrada Humanidad viniera a quedar en la sombra.

A pesar de las diferencias, como decíamos, Antioquía recibió la influencia de los arrianos. El Concilio ecuménico de Nicea, en 325, condenó las doctrinas de Arrio, pero éste no cedió. Pronto, para distinguirse de los católicos optaron los arrianos por encerrar en una palabra lo central de su pensamiento y escogieron la palabra *homoiousios* (Σμοιοιοιοσ) para significar que el Verbo tenía una substancia sólo semejante a la del Padre y le era inferior, mientras que los católicos sostenían la palabra o fórmula *homoousios* (ομοουαιος) o sea consubstancial con el Padre y por lo mismo igual a El.

Apoyaron a Arrio algunos discípulos de Melecio, obispo intruso de Licópolis, en Egipto. Este Melecio, con cuatro presbíteros y tres diáconos de Alejandría y 29 obispos de Egipto, formó una Iglesia aparte, y su partido se sumó al de los arrianos. Por otra parte muchos de los intelectuales encontraban en la concepción arriana un modo fácil de acomodar el cristianismo a sus concepciones filosóficas. Arrio murió en 335. Sus adeptos, a fuerza de astucias, embustes y politiquerías, de tal manera se fueron imponiendo por todas partes, sobre todo en Oriente, que llegó a decirse que todo el era arriano.

En Antioquía, cuando comenzó a difundirse el arrianismo y llegaron a la ciudad las primeras novedades, se le condenó y rechazó. La escuela antioquena no tenía clima para esas formas de error de cuño alejandrino. De todos modos, no dejaron de hacer adeptos gracias al fermento que habían dejado en la ciudad los gnósticos. Sucedió que Eustato, obispo de Antioquía, hiciera presión sobre los otros preladados con el objeto de que se diera cumplimiento a las determinaciones del Concilio de Nicea en contra de las doctrinas arrianas. Entonces los partidarios de Arrio pasaron a los fraudes y violencias y se coligaron contra Eustato. Lograron finalmente que fuera condenado por un Sínodo y depuesto de su sede y desterrado. Murió en el destierro. Inmediatamente, por medio de una elección turbulenta fue designado obispo de Antioquía Eufronio, que era del partido de Eusebio de Nicomedia. Con esto, los arrianos triunfaron en Antioquía suficientemente y la ciudad pareció ser arriana por el espacio de 30 años, o sea hasta los primeros de vida del Cri-sóstomo.

Volvamos un poco atrás. Cuando Constancio llegó a ser el amo del Imperio, se sometió a las influencias arrianas a causa de su mujer, a la que prácticamente gobernaban Eutocio y Eusebio de Nicomedia, arrianos. Pero, en ese tiempo, los arrianos se dividieron en dos facciones: los de derechas que aceptaron el símbolo del Concilio de Nicea, pero sin la palabra *homoousios* o consubstancial, y los de izquierdas que no solamente rechazaban el símbolo del Concilio, sino que ni siquiera admitían ya la

fórmula homoiousios, que había sido la tésera desde los principios. A éstos se les nombró anomeos, porque optaron por la palabra anomoios (ávόfιοιog), o sea ni siquiera de substancia parecida. Contra este grupo de arrianos en especial combatirá el Crisóstomo; de manera que, según parece, fue la rama que más quehacer dio en Antioquía y luego en Constantinopla al santo Doctor de la Iglesia. A estos herejes a veces se les denomina aecianos y a veces también eunomianos a causa de los dos jefes principales Aecio y Eunomio.

Propiamente los arrianos no comenzaron a reunirse en Iglesias separadas, hasta el año 338. Sucedió, pues, que por el estío del 341 tuviera lugar en Antioquía una solemnísimas fiesta, con ocasión de dedicarse o consagrarse el famoso templo llamado Dominicum Aureum. Asistieron unos 97 obispos, todos orientales. Había entre ellos una minoría de semiarrianos muy hábiles y activos, entre los que se contaba Eusebio de Nicomedia, entonces obispo de Constantinopla. También estaba ahí Acacio, obispo de Cesárea. Se reunieron, pues, como era costumbre, en Sínodo, al cual llamaron in encaeniis o sea de la dedicación. Con este Sínodo comenzó la era de las definiciones en fórmulas dogmáticas para bien determinar las posiciones doctrinales. Esto fue un gran paso para dividir los campos y evitar confusiones entre los fieles.

Con todo, aunque Antioquía se encontrara bajo la presión de los arrianos, no adelantaban éstos mucho. Hasta que un obispo amano, de nombre Esteban, puso todo su empeño en propagar la secta. Entonces sí pareció que toda Antioquía era amana. El emperador Constancio, en las fiestas de Pascua de 344, hubo por esto de convocar un Sínodo en la ciudad con toda urgencia, para sujetar a juicio al obispo Esteban, que se mostraba fervoroso anomeo. Esteban fue depuesto por el Sínodo, que redactó la fórmula llamada macróstijis, en la que algunos creyeron notar resabios subyacentes de sabelianismo. Pero, prácticamente desde la expulsión del valeroso obispo Eustato, la ciudad continuó bajo el dominio de los arrianos. Al fin, la masa de la población acabó por hacerse del partido de ellos. No se nos han conservado los nombres de los obispos de la secta en esos 30 años. Un pequeño grupo mantuvo íntegro su catolicismo y nunca quiso reconocer a los intrusos, sino que continuó practicando el culto católico en casas particulares. A estos fieles se los denominó eustatianos.

**1007**

## **EL CISMA ANTIOQUENO**

Todavía durante la infancia del Crisóstomo otro suceso agravó más la situación religiosa de Antioquía. Era el año 360. Los arrianos, en plenas actividades conmovían el Oriente. Entre otras cosas lograron llevar a la importantísima sede de Constantinopla al obispo arriano Eudoxio que gobernaba a los arrianos en Antioquía. Y se fijaron para llenar la sede vacante en un hombre de carácter apacible y benigno, pues vieron que ese candidato era acepto al emperador. Se llamaba Melecio. Había sido obispo de Sebaste. Ignoramos por qué motivos había renunciado a su sede y se había retirado a la vida privada. Los amigos de Eudoxio lo aceptaron entre otros motivos porque pensaron que dado su carácter les dejaría manos libres en sus actividades y no se metería en los alborotos de las cuestiones dogmáticas.(24)

(24) Acerca de este prelado Melecio, dice Olmedo, o. c, p. 204: "Para sucederle fa Eudoxio) fue nombrado Melecio, a quien, elegido obispo de Sebaste años atrás, no

habían querido recibir en esa sede. Había tenido la debilidad de firmar la fórmula hornea (de los arrianos), pero al tomar posesión de la sede de Antioquía, en un discurso público ante el mismo Constancio tuvo el valor de afirmar la divinidad del Verbo, mereciendo por ello, apenas pasado un mes, el destierro". No hemos intentado historiar el arrianismo. Por esto nuestra narración quizá deje en los lectores alguna oscuridad. . . Recomendamos para una exposición más completa, la excelente obra de Olmedo, S. J. La Iglesia Católica en el mundo greco-romano, pp. 117-208. Edit. Jus, 1956.

Pero sucedió lo imprevisto. El día mismo de su toma de posesión, Melecio afirmó claramente sus posiciones y se declaró por el dogma católico integralmente. Sostuvo en la cátedra que el Verbo eterno era consubstancial y coeterno con el Padre y condenó el arrianismo. El emperador Constancio, que favorecía a los arrianos, lo hizo desterrar inmediatamente; y antes de los 30 días de haber tomado posesión hubo de tomar el camino del destierro. Lo reemplazó un obispo netamente arriano, de nombre Euzoio. Los herejes se arremolinaron en torno de Euzoio, mientras los católicos se dividían en bandos a causa del destierro de Melecio.

Con esto, al subir al trono Juliano llamado el Apóstata, en Antioquía existían tres partidos: el de los arrianos, el de los melecianos y el de los que no quisieron reconocer a Euzoio ni a Melecio y conservaron su título de eustatianos. A estos últimos, como no tenían obispo a quien reconocer, comenzó a administrarlos un piadoso sacerdote de nombre Paulino. Pero Juliano, en su lucha contra la Iglesia, entre los varios métodos astutos que empleó, echó mano de uno que dio lugar a tremendos desórdenes: en 362 dio un decreto por el cual levantaba el destierro y concedía una amnistía general a todos los desterrados por cuestiones religiosas. Su pensamiento era por este medio promover escándalos dentro de las creencias religiosas, para así mejor dominarlas e imponer el neo-paganismo con que soñaba. Con esto los obispos destituidos comenzaron a regresar a sus diócesis.

En 362, bajo la dirección de san Atanasio, se había reunido un Sínodo en Alejandría, y uno de sus primeros cuidados fue dirigir a los antioquenos una exhortación a la concordia. San Atanasio, Eusebio de Vercelli y Asterio de Amasea redactaron la extensa carta, y los dos últimos recibieron la misión de hacerla llegar a los destinatarios. Por desgracia se les había adelantado Lucífero de Cagliari, uno de los desterrados por Constancio a causa de su firmeza en sostener la llamada fórmula de Sirmio, primera de ese nombre, irreprochable desde el punto de vista de la ortodoxia. Este prelado, cuando regresó de su destierro, se mostró sumamente intransigente con los que habían flaqueado en la defensa de la fe, y al fin rompió, por ese motivo, con el Papa Liberio, que era mucho más indulgente. Así formó una secta de tendencias rigoristas, a la que se dio el nombre de los luciferianos. Este obispo fue a Antioquía y consagró obispo, sin tener ningún derecho, a Paulino, a quien favorecían los latinos; y declaró herejes a Melecio y sus partidarios. Melecio había ya vuelto a Antioquía, merced al edicto de Juliano, y aun había sido recibido con grande entusiasmo. Los de Alejandría, ofendidos y todo, reconocieron a Paulino juntamente con los occidentales; los orientales en cambio se declararon por Melecio.

Intervino en favor de Melecio el gran obispo san Basilio Magno, y aun escribió al Papa Liberio, pero no logró convencerlo. Con la intromisión de Lucífero quedaron en Antioquía cuatro grupos: los partidarios de Euzoio el arriano, los melecianos, los eustatianos y los paulinianos o luciferianos. Por su parte Juliano se dedicó a ayudar a los

anomeos del partido de Aecio y desencadenó la persecución contra los católicos. Hubo entonces en la ciudad mártires como san Teodoreto, presbítero condenado a muerte por Juliano, tío del emperador, y como san Teodoro, que fue sorprendido cerca del santuario de Dafne en los momentos en que oraba sobre la tumba del mártir Babylas.

Llovían las pruebas sobre la Iglesia de Antioquía. Precisamente en esa época fue cuando Juliano hizo una visita a la ciudad, el año 362, por el mes de agosto. Llegó en los momentos precisos en que los paganos celebraban la fiesta de Apolo en Dafne. Pero fue grande su decepción. El santuario del dios estaba casi solo. Como ya referimos, los cristianos habían levantado enfrente del santuario un templo cristiano en honor de san Miguel y un martirio o Capilla a san Babylas, y desde entonces había enmudecido el oráculo de Apolo y su culto había venido a menos.(25) Juliano penetró al santuario, y de pie junto a la estatua del dios, dirigió a los pocos asistentes una especie de exhortación piadosa, cuyo texto no nos es conocido. Y desde ese momento pensó en dedicar sus energías a reanimar aquel oráculo que era uno de los más famosos del oriente griego, y a resucitar aquel culto que, según él afirmaba, había sido la gloria de Antioquía.

(25) As! lo afirman Sozomeno, Sócrates el historiador y san Juan Crisóstomo en una Homilía o Tratadito sobre san Babylas y contra Juliano. !º San Juan Crisóstomo, *ibid.*, 14. "T Libanio, *Epitaph. Ivían*.

Varios meses estuvo en la ciudad. Pero su presencia en nada sirvió para sus planes. Había querido instituir una especie de sacerdocio o Clero pagano, pero sólo encontró para eso "gentes que se morían de hambre, fugados de las cárceles y de los baños, que se vieron de pronto exaltados a los más altos honores".(26) Confió la administración y la política a diversos sofistas ineptos.(27) Cierta día los antioquenos pudieron contemplar una procesión o desfile presidido por el emperador en persona, y vieron que "jóvenes afeminados y cortesanos sacados de sus tabucos, sostenían conversaciones sumamente licenciosas".(28) La comitiva misma del emperador se permitía toda clase de promiscuidades, y se cargaba de prácticas supersticiosas y de sacrificios incesantes a los dioses. Con semejantes elementos no era posible establecer ninguna religión nueva.

(28) San Juan Crisóstomo, *Homil. en honor de san Babylas*.

Además, por el mes de octubre de ese año, "en una noche sin nubes", dice Libanio,(29) prendió, sin saberse cómo, un incendio en el santuario de Apolo de Dafne. Unos lo atribuyeron a fuego bajado del cielo; otros a alguna chispa que inopinadamente prendió en el maderamen. Lo cierto es que el incendio alcanzó la parte alta del edificio, y las vigas, ya inflamadas, se desprendieron sobre la gran estatua del dios, que muy pronto quedó consumida. Los sacerdotes dieron aviso al pueblo, que luego concurrió; llegó también a toda prisa el emperador. Pero hubieron de contemplar el incendio "como se asiste a un naufragio desde la orilla, sin poder prestar auxilio".(30)

(29) Libanio, *Monodia super Daphniae Templum*.

(30) Libanio, *ibid.*

Juliano atribuyó el incendio al fanatismo de los cristianos, y en represalia se siguió el pillaje de la principal iglesia de Antioquía y del martirio o iglesia de san Teodoreto. Pero Juliano, temeroso, no intentó ya renovar aquel culto, o por miedo a los cristianos o al fuego del cielo o al mártir san Babylas.(31) Menos de un año después moría Juliano

en Persia, tras de una batalla, según parece asesinado por uno de sus soldados.(32) Tenía para entonces el Crisóstomo unos nueve años de edad, y sin duda debió de impresionarle mucho aquel suceso. Más tarde, en una Homilía o más bien Tratadito acerca de san Babylas y contra Juliano, lo recordará largamente.

(31) P. Allard. Julien l'Apostat, t. III, p. 82.

(32) Pueden verse los pormenores en Amiano, Libanio y Marcelino. Aquello de que muriera herido en la batalla y de que tomando un puñado de sangre lo lanzara al cielo gritando al mismo tiempo: "¡Venciste, Galileo!"

Todavía hubo el Crisóstomo de contemplar en su juventud otro escándalo, por haberse mezclado en la cuestión del cisma antioqueno la del apolinarismo. Apolinar, obispo de Laodicea, advirtió en la expresión preferida por la escuela antioquena es una simple fábula respecto de Jesucristo "Hombre-Dios" el peligro de hacer de Cristo dos. Y deseoso de salvaguardar la unidad de Cristo, comenzó a defender que Cristo era un hombre en el que el Verbo se había unido a un cuerpo mortal y sensible compuesto de carne (ffágf) y de alma animal wvX'ñ), en el cual ejercía las fŚÍi, porque ponían en el hombre tres partes, oágg, v y vovg; y de éstas daban al Verbo dos terceras partes, que en griego se dicen Sifioígai,

Pero, en el ardor de la polémica teológica, algunos obispos antioquenos insistieron tanto en la doble naturaleza de Cristo que llegaron a afirmar que en realidad Cristo era un hombre completo con su propia personalidad en el que el Verbo simplemente habitaba. Así, por ejemplo, Diódoro de Tarso, que era uno de los maestros del Crisóstomo, y Teodoro de Mopsuestia. Ciertamente es que ambos prelados renunciaron a sus errores y murieron en paz en el seno de la Iglesia Católica, aquél en 392 y éste en 428. Pero el apolinarismo en Antioquía acabó por convertirse en un verdadero partido, cuando un amigo de Apolinar, de nombre Vidal, presbítero de Melecio, quiso pasarse al bando del famoso Paulino. Paulino se resistió a recibirlo entre los suyos por creerlo imbuido en el apolinarismo o a lo menos con resabios de ese error. Por su parte Melecio a su vez se negó a recibirlo de nuevo a causa de su defección en favor de Paulino. Y el resultado fue que Vidal organizó su Iglesia aparte. Con esto hubo en Antioquía simultáneamente cuatro obispos, cada uno con su partido: Paulino, Melecio, Vidal y Euzoio. Y todavía se complicó más el asunto y el escándalo, cuando Paulino, ya en el lecho de muerte, por sí y ante sí y sin asistencia de nadie, consagró como sucesor suyo a un tal Evagro. Semejante irregularidad y el hecho mismo de que Evagro fuera electo por Paulino, motivó que Evagro fuera rechazado por Flaviano, sucesor de Melecio, quien murió en Constantinopla al asistir al Concilio de 381. Más aún: a pesar de los esfuerzos del emperador Teodosio, el cisma antioqueno sobrevivió aun a la muerte de Evagro y de Flaviano. Terminó totalmente en 415.

Y san Juan Crisóstomo, recién bautizado, hubo de contemplar todas aquellas miserias humanas que en nada ayudaban al fervor de los neófitos.(33)

(33) Es notable que la vista de tales miserias sólo influyera en él para comprender mejor que la Iglesia es una obra divina. Esto se debió, sin duda, aparte de su espíritu práctico, a su profunda vida de fe.

## MIRADA DE CONJUNTO

Con lo que precede tenemos, en resumen, todos los antecedentes necesarios para centrar el trabajo del Crisóstomo en su ministerio de la palabra en Antioquía. De su labor pastoral en Constantinopla nos ocuparemos luego. Pero, antes de emprender la pequeña biografía del santo Doctor, se hace indispensable echar una mirada sobre el conjunto de aquella situación enmarañada del siglo IV, siglo a la vez de las grandes herejías y de las grandes definiciones de la verdad, siglo como pocos ha vivido la Iglesia de Dios.

Quien ponga sus ojos únicamente en el cuadro que presentan las herejías, o mejor dicho los heresiarcas y sus satélites en acción, quizá se sienta inclinado a tener un concepto menos exacto de la marcha de la Iglesia en aquellos tiempos. Pero se equivocaría lamentablemente. En realidad, "el siglo que sigue a la paz otorgada por Constantino a la Iglesia es sin género de duda el más fecundo y el más brillante de la Antigüedad Cristiana, pues ningún otro vio florecer tantos genios, ni aun vio salir a luz tantas obras maestras. San Atanasio, seguido más tarde por san Basilio, los dos Gregorios, de Nissa y de Nazianzo, y san Juan Crisóstomo, son los grandes luminares del Oriente, mientras que el Occidente puede gloriarse de san Hilario, san Ambrosio, san Jerónimo, y al finalizar el siglo IV y alborear el V, del más genial de todos, san Agustín... Los Padres de esta época estaban formados en la mejor tradición de la cultura grecolatina". De ahí su clacismo y elegancia en la presentación de la doctrina de la Iglesia. Por otra parte tenían un "pensamiento vigoroso, gracias a la firmeza y sinceridad de la fe cristiana y a la profunda cultura filosófica de donde emanaba". Y finalmente, tenían un verdadero "enciclopedismo, podríamos decir, pues los Padres se mueven con grandísima facilidad y acierto en todas las formas y en todas las materias del saber humano de entonces: exégesis, apologética, dogmática, moral, controversia, ascética, historia, elocuencia y aun poesía".(34)

(34) En muy breve resumen lo trata Olmedo, o. c, p. 212.

Más o menos contemporáneos del Crisóstomo fueron además otros notables hombres que brillaron con su brillo propio cada uno en su esfera, como san Epifanio, san Paulino de Nola, Dídimo el Ciego, Casiano, Rufino, etc. Unas pocas líneas sobre los principales completarán el cuadro, pues junto a ellos es como mejor se aprecia la altura del Crisóstomo. Porque precisamente para contrarrestar los gravísimos peligros enumerados ya, que cercaban a la Iglesia, suscitó el Señor toda una pléyade de grandes Pastores, hombres a la vez prudentísimos y sapientísimos, que sostuvieron el choque de las herejías, de los emperadores, del paganismo renaciente, de la perversión de costumbres, y sacaron a flote la nave de Pedro, en cuanto el hombre sirve de instrumento al poder divino, de aquella fea encrucijada. Parecían "personajes casi sobrenaturales, cuyas virtudes, talentos y sufrimientos imponían respeto aun a sus enemigos".(35)

(35) Godofredo Kurt, o. c, vol. II, p. 238.

Allá en Oriente y cerca del Crisóstomo, brilló desde luego el gran Basilio. Nacido en 330, murió en 379. Fue abogado. Su hermana Macrina lo enderezó hacia el fervor y la santidad. Recibió el bautismo a los 27 años y viajó por Siria, Mesopotamia, Palestina y Egipto. Luego se hizo monje y se entregó al trabajo manual juntamente con san Gregorio Nacianceno. Se ordenó sacerdote en 370. Le entusiasmaban los Clásicos y dedicó una de sus bellas Homilias a explicar a los jóvenes el modo de sacar provecho de



la lectura de los autores profanos. Finalmente fue consagrado obispo de Cesárea. También fueron obispos sus dos hermanos: Gregorio, de Nissa, y Pedro, de Sebaste. La elegancia de su estilo suele compararse con la de Pericles, Lisias, Isócrates y Demóstenes.(36)

(36) Editó sus obras Paul Allard, Saint Basile, 4a. ed. París, 1903.

Brillaba también san Gregorio de Nazianzo, llamado el Teólogo. Nació en 330 y murió hacia el 390, cuando el Crisóstomo era ya famoso en la predicación sagrada. Estudió en Cesárea de Capadocia, luego en Alejandría y por último en Atenas, al lado de san Basilio. Se bautizó en 357, se ordenó sacerdote en 362 y fue consagrado obispo, contra su voluntad, en 372. Como Juliano el Apóstata prohibiera la enseñanza de la religión a los neófitos, él, para suplir de alguna manera la deficiencia de instrucción cristiana, se dedicó a componer poemas que, aprendidos de memoria, se recitaran y se cantaran. Su poesía está llena a la vez de imaginación y de sanas reflexiones. En 381 Teodosio lo llevó a Constantinopla, en donde fue consagrado arzobispo, pero después de algunas peripecias, se retiró a su patria, Arianzo, y ahí acabó sus días entregado al cultivo de un huertecillo.(37) Amaba tan sinceramente la elocuencia que escribiendo a Juliano le decía: "¡Todo lo demás os lo abandono: riquezas, nacimiento, gloria, prestigio. . . pero la elocuencia, ésa la reivindico; no me duelen los afanes y trabajos, los viajes por mar y tierra que empleé en adquirirla. En todas partes la he buscado: en Occidente, en Oriente, pero sobre todo en Atenas, ornamento de Grecia, y por largos años trabajé en adquirirla".(38)

(37) Se conservan suyos 45 discursos y 500 poesías, además de 243 Cartas. Para su vida y obras, puede verse Guignet.

(38) Gregorii Opera Omnia, I, 132, Orat. 4.

Por su parte, en Oriente llevaba a cabo una obra parecida a la de san Ambrosio en Occidente, san Gregorio de Nissa. Nació en Nissa de Capadocia y vivió entre los años 335 a 394. Era hermano de san Basilio. Al principio se dedicó al estudio de la Retórica y contrajo matrimonio. A la muerte de su esposa abandonó el mundo. En 371 fue consagrado obispo de Nissa, y luego fue metropolitano de Sebaste, en el Ponto, en 379. Asistió al Concilio de Constantinopla del año 381 al lado del Nacian-ceno. Y como teólogo y filósofo se le tiene por superior a Basilio y a Gregorio, su coterráneo. Se le llegó a llamar Pater Patrum y fue autor de diversas obras exegéticas al modo de la escuela de Alejandría.(39) Una intriga arriana lo expulsó de su pequeña diócesis de Nissa, y anduvo errante y lleno de penalidades. A la muerte de san Basilio, como los arrianos, coléricos contra tan temible adversario, pusieran mácula en sus escritos, el de Nissa tomó la pluma y completó el Hexámeron de su hermano Basilio y escribió la defensa de éste y luego sus Libros contra Eunomio. "Se complacía en los análisis sutiles y dejaba a su razón avanzar cuanto era posible por entre las tinieblas del misterio".(40) Focio decía de él, más tarde: "ningún retórico tiene palabra tan brillante, tan blanda a los oídos, como el hermano del gran Basilio".(41)

(39) Mourret, o. c, vol. II, pp. 300-301.

(40) Mourret, *ibid*.

(41) Focio, *Patrol. Graec*, vol. XLVI, *Opera*. Cita de Mourret.

Mucho podríamos decir de otros grandes hombres que por entonces florecían, pero lo

omitimos y nos remitimos a los tratadistas especiales de la materia. Apuntaremos solamente un rasgo que nos dará a conocer lo que eran aquellos hombres con quienes se pareaba el Crisóstomo. Nos lo ha conservado san Gregorio Nacianceno. Cuando san Basilio hubo de enfrentarse con el emperador Valente, arrianizante, por motivo de la cuestión religiosa, tuvo con Modesto, Prefecto del Pretorio de dicho emperador, el siguiente diálogo: "¿Con qué derecho, le preguntó Modesto, rechazas la religión del emperador? —El emperador es una criatura de Dios, como yo; y yo no adoro a ninguna criatura. —¿Teme el castigo de tu audacia! —¿Cuál? •—¿La confiscación de tus bienes, el destierro, la muerte! —¿Amenázame con otras cosas! ¡No tengo nada qué perder, porque no poseo más que mi manto y algunos libros! En cuanto al destierro, soy extranjero en la tierra y en todas partes soy huésped de Dios. Por lo que toca al cuerpo, tras de los primeros golpes quedará insensible a los sufrimientos. La muerte será para mí una bendición, puesto que me acercará más presto a mi Creador. —¿Nadie se ha atrevido a hablarme así, a mí, investido con la autoridad de Prefecto! —¿Es, por lo visto, que no te has encontrado nunca con un obispo!"(42)

(42) Discurso XLIII, 48-51. Lo tomamos con pequeñas variantes para abreviar, pero conservando estrictamente todo el sabor y todo lo sustancial.

Iba, pues, a desarrollarse la vida del Crisóstomo al lado de preciosas bellezas naturales que informarán su imaginación ardiente y le darán alas para acumular tropos sobre tropos en el ansia de aclarar a sus oyentes las verdades cristianas. Al lado del vocerío de las turbas frenéticas ante los juegos y los espectáculos del circo, en donde se permitían toda clase de desórdenes y tumultos. Junto a una cantidad de hechiceros y supersticiosos que vagaban por las calles y las plazas engañando con sus embustes a los crédulos antioqueños. En medio del barullo sordo del enjambre de negociantes que andaban a caza de ganancias más o menos justas y honorables. Delante de oficiales y cortesanos empeñados en la adulación y en el fausto, a veces de simple relumbrón. Muy cercano al calor de los hogares cristianos en donde la piedad y la virtud tenían su refugio. Y en un siglo de discusiones tormentosas en que el ingenio se agotaba para defender las propias apreciaciones con un calor que con frecuencia daba lugar a verdaderas matanzas. Pero también, ante el espectáculo sublime de aquellas grandes luminarias de la Iglesia que sostenían, con la firmeza que da la santidad, el Tabernáculo de Dios en la tierra, y además lo paseaban en triunfo entre persecuciones, destierros y muertes. Hombres a quienes se les podía aplicar hasta cierto punto la frase que del gran Basilio escribiera el gran Gregorio de Nazianzo: "¡Ah! —exclamaba al recordar los días que con san Basilio había pasado en Atenas estudiando la elocuencia—: ¿Cómo recordar aquellos días sin derramar lágrimas?... Únicamente conocíamos dos caminos: el primero y el predilecto, el que nos conducía a la Iglesia y a sus Doctores; el otro, menos elevado, el que nos conducía a la escuela y a sus maestros".(43)

(43) Citado por Mourret, p. 205, /. c.

1009

## **SOL QUE SE LEVANTA**

Nació san Juan Crisóstomo en la ciudad de Antioquía, según la fecha más tardía en 354.(44) Imposible actualmente localizar la barriada y menos la casa en donde vio la luz aquel niño que había de llegar a ser "la mayor lumbrera del mundo" como orador, según

el juicio de sus contemporáneos.(45) Nobles eran sus padres y de muy cristiana familia. El se llamaba Segundo y era Prefecto de las milicias de Siria; ella se llamaba Antusa y tenía fama de virtud en la ciudad, como se desprende de un incidente que más tarde recordará san Juan en referencia a Libanio. Tuvo una hermana mayor que él, cuyo nombre no se nos ha conservado.

(44) Actualmente la crítica se va fijando definitivamente en esta fecha. Anduvieron los autores vacilando entre 343, 345, 347 y 354.

Segundo murió muy pronto, pero su viuda Antusa ya no contrajo segundas nupcias sino que se dedicó totalmente a la formación de sus hijos y a la administración de sus bienes. Ignoramos cuándo murió aquella hermana mayor del santo, pero debió de ser también muy pronto, pues la historia no vuelve a mencionarla.(46) Entonces todo el cariño y cuidados de Antusa se concentraron en su hijito Juan. Años más tarde, cuando san Juan Crisóstomo escriba su Tratado A una Viuda Joven, hará memoria de la sólida virtud de su madre. Cuenta en él que un día Libanio, que era su maestro, gentil y supersticioso, preguntó a algunos quién era la madre de aquel su notable discípulo Juan. Le contestaron que era una mujer viuda. Preguntó de nuevo cuántos años tenía esa mujer. Le dijeron que era viuda desde los veinte y que ya tenía cuarenta. Libanio, admirado, exclamó: "¡Qué mujeres tan excelsas hay entre los cristianos!" (47)

(45) San Nilo, monje. Epístola 279, en el Libro III de la edic. de Roma, 1668, p. 435. La frase es *xbv fiéyiaxov (pcoazijga rfjt; oíxovfiévrjg*.

(46) Para la vida de san Juan Crisóstomo puede consultarse como una de las más autorizadas entre las antiguas la *Sancti Ioannis Chrysostomi Vita*, nunc primum adórnala del R. P. Bernardo de Montfaucon, O.S.B. en su *Opera Omnia Sancti Ioannis Chrysostomi*. Entre los modernos, Puech, *Saint Jean Chrysostome*, París, 1900; o Baur o Barty (1937).

(47) Se hablaba también de una tía del santo, de nombre Sabiniana, a la cual se supone escrita la Carta así titulada del santo. Véase Montfaucon, vol. III, p. 189. Se afirmaba de ella haber sido Diaconisa en la ciudad de Cúcuso, a donde llegó el santo cuando fue desterrado de Constantinopla; pero ya entonces ella estaba "*senectute quidem et aerumnis pene obruta, sed tanta animi alacritate, tanto erga Chrysostomum affectu praedita, ut se paratam esse diceret etiam in Scythiam profiscisci: rumor enim erat Chrysostomum illo amandandum esse. . . Putat autem Tillemontius eam ipsam Sabinianam esse fortassis, quam amitam Chrysostomi fuisse narrat Palladius in historia Lausiaca*".

Con ese ejemplo en su hogar, Juan se acostumbró al ejercicio de la virtud desde pequeño. Se mostraba inclinado a la piedad, y era tan recto e inflexible en el cumplimiento de sus deberes que algunos lo tuvieron por arrogante. Era además muy franco en reprender los vicios y en decir la verdad. Uno de sus mejores biógrafos dice: "Antusa no tuvo que trabajar como Mónica en atraer de nuevo a su hijo a la fe y a la sabiduría: no hizo sino asistir en cierta manera al desenvolvimiento armonioso de una alma candida, a la que según parece no perturbaron nunca las pasiones mundanas".(48) Ella le procuró los mejores maestros que en aquel tiempo había en la ciudad: en Retórica, Libanio; en Filosofía, Andragacio. Y el joven Juan sobresalió en ambas materias, que eran las que entonces formaban a un orador.

(48) Puech, *Saint Jean Chrysostome*, París, 1900, p. 3.

Poquísimas son las noticias fidedignas que de las mocedades de san Juan nos han quedado. Ciertamente a eso de los 20 años era un muchacho muy equilibrado y virtuoso, pero nada encogido. Se gozaba con los triunfos oratorios y alardeaba de ingenioso en las disquisiciones filosóficas. Le encantaban, como buen anífoqueno, las funciones del teatro. Recorría a una y otra parte la bella patria en donde le había tocado nacer. Y con el sutil espíritu de observación de que estaba dotado en todo se fijaba. ¿Cruzó por su camino alguna joven que atrajera sus cariños? No tenemos noticias seguras en concreto. Pero no sería extraño que su corazón veinteañero, rebosante de salud, lleno de las ilusiones del foro, halagado por los triunfos de la oratoria, se hubiera dejado llevar del natural amor a alguna de las hermosas jóvenes orientales que abundaban en Antioquía. Eso sí, si tal cosa hubo, debió de ser siempre dentro de los límites que prescribe la ley cristiana, pues ni el ejemplo de su madre ni el ejercicio previo de la virtud pueden dejar que otra cosa supongamos.

Escogió, por de pronto, la carrera de abogado, y comenzó a ejercitarla delante de los tribunales con mucho éxito. También aprovechaba otras ocasiones para demostrar su arte; de manera que su fama comenzó a divulgarse en Antioquía, como la de Cicerón, jovencito aún, se divulgó por Roma. Una curiosa anécdota se nos ha conservado a este respecto. Escribió Juan en cierta ocasión un discurso laudatorio de los emperadores, y tal que a él mismo le pareció una pieza maestra. Entusiasmado, no dudó en enviarle copia a su maestro Libanio. Este le contestó: "En cuanto hube recibido tu grande y elegante discurso, lo leí a algunas personas de las que se ocupan en la oratoria; y no quedó una que no saltara de gozo y lanzara exclamaciones e hiciera cuanto suelen hacer los que se llenan de admiración. Por mi parte, como era razón, me llené de alegría de que para demostrar tu arte en el foro te emplees además en otros ejercicios. Y por cierto, te juzgo feliz de poder alabar en la forma en que lo haces, y también a aquellos que tal pregonero de su alteza han encontrado, como son el padre que dio a sus hijos el Imperio y los hijos que de él lo recibieron".(49)

(49) Montfaucon, o. c, vo!. XIII, p. 104. Con todo algunos pensaban que esas palabras de Libanio se referían a otro Juan. No podemos menos de detenernos un poco en la figura de este Libanio, maestro de san Juan Cri-sóstomo en la elocuencia o mejor dicho en la retórica. De sus obras se nos han conservado unas que son didácticas y poco originales, pero que, en cambio, resumen las ideas del siglo IV en asuntos de oratoria. Otras son oraciones o discursos. Poseemos 143 Ejercicios Preparatorios y 51 Declamaciones (él las llamó *fiéXérai*), sobre temas ficticios; también un buen número de descripciones, caracterizaciones y argumentos. Estos últimos, llamados *Hypótesis*, versan sobre Demóstenes y son notables por su concisión y los datos que aportan. Los compuso juntamente con una vida (filog) del gran orador, para el Procónsul Montius, quien era un admirador de Demóstenes. Entre sus obras históricas, descuella una Apología de Sócrates, que viene siendo una apología del paganismo. En esta obra Libanio se cree el más sublime representante de dicha religión y aun llega a contraponerse a Jesucristo, aunque sin decirlo claramente (véase sobre esto O. Apelt, versión alemana de la Apología de Sócrates de Libanio, Leipzig, 1922). Sus Cartas y Discursos, todos referentes a sucesos contemporáneos, son de grande interés para la historia. Se han conservado 64 Discursos, de los que el más interesante es el 59, correspondiente al año 348. El Epistolario consta de 1,544 Cartas auténticas y 397 que en el siglo XV fabricó a su nombre el humanista véneto P. Zambeccari, como lo demostró Foster en 1876. Es el Epistolario más abundante de la antigüedad clasicista.

Parece claro que Libanio al escribirlas pensaba ya en que la posteridad había de leerlas; y a pesar de todo, dejan ver bien las cualidades y defectos del autor. Libanio conoció como nadie los autores helenos. Reiske afirma de él que si se quisieran editar críticamente sus obras sería necesario saber de memoria, como un *minimum*, todos los discursos de Demóstenes, a quien Libanio continuamente imita. Su lenguaje es puro, sus giros castizos, aunque quizá no tan naturales. Tal fue el gran maestro que Dios deparó para el gran Crisóstomo. Y Stein (Vol. I, pág. 242) asienta: *et sa maîtrise en rhétorique surpassasse même celle de son maître, le païen Libanius*.

Era el profesor Libanio una de las grandes figuras del Imperio de Oriente. Nacido en Antioquía, mostró desde joven un ardor inmenso por el estudio; hasta el punto de que para dedicarse a él, se privaba de las carreras de caballos y las fiestas del circo, lo que para un antioqueno era el *summum*, de las privaciones. Pagano por determinación firme de su voluntad, nunca quiso saber nada del cristianismo. Sus autores favoritos eran Hornero, Hesíodo, Demóstenes, Lisias, Herodoto, Tucídides, los grandes trágicos helenos, Píndaro, Platón, Aristóteles. Porque, aunque tan bien dotado, tenía un curioso esnobismo literario: solamente leía autores griegos y nunca latinos.

Se trasladó a Atenas en 336, cuando tenía 22 años, para oír las lecciones del retórico Aristodemo; pero allá los compañeros lo persuadieron a que oyera las de Diofantos. Luego viajó por Corinto, Esparta, Argos, y regresó a Atenas, en donde pleitos y envidias escolares le causaron profunda desilusión. Partió a Constantinopla. Brilló allá como profesor; pero de nuevo la envidia lo obligó a desterrarse y fue a establecerse a Nicomedia en 344. Permaneció ahí cinco años, con orgullo de la ciudad, que por sólo tenerlo en su seno se consideraba superior a Constantinopla. Ahí se encontró con Juliano el Apóstata. Después el emperador lo llamó de nuevo a Constantinopla; pero con licencia suya, por sentirse enfermo, regresó a su patria Antioquía, tras de 16 años de ausencia. Se agravó en Antioquía y sus amigos lograron que el emperador revocara la orden que le había dado de regresar a Constantinopla.

Para entonces su fama llenaba el Oriente. "Los helenos se aprendían de memoria los principios de sus discursos y los cantaban en vez de sus ordinarias canciones". — Cuando en 362 Juliano fue a Antioquía, lo primero que hizo fue visitar a Libanio. Murió en su ciudad natal ya anciano. Su muerte debió de acaecer por el 393. Se cuenta que estando para morir, como sus discípulos le preguntaran a quién dejaría él su cátedra, contestó: "A Juan si los cristianos no me lo hubieran arrebatado". Se refería al Crisóstomo.

Tenía Juan un amigo de nombre Basilio que era muy piadoso. Este, al notar que Juan se iba desviando del recto camino, hasta abandonar los antiguos ejercicios de piedad, procuró apartarlo del foro y hacer que se dedicara al estudio de la Sagrada Escritura. La reacción de Juan fue violenta.<sup>(50)</sup> Dejó los vestidos propios del foro y comenzó a darse a una vida de retiro en su hogar. Apuntaban ya los deseos de la vida monástica, pero su madre le rogó que no la abandonara, y él obedeció. Era entonces obispo de Antioquía Melecio, del que ya hemos hablado. Este, apenas se dio cuenta de las egregias dotes del joven Juan, comenzó con él una amistad que no se interrumpiría ya hasta el sepulcro. Frecuentemente lo llamaba y tenía con él largas conversaciones piadosas; hasta que al cabo de tres años, logró que se bautizara; porque siguiendo una costumbre muy de la época el bautismo solía retrasarse muchísimo, a veces hasta la hora de la muerte.

(50) Montfaucon advierte: "De animo eius ad iraní, magis quam ad vere-cundiam prono, hoc ex alterius testimonio refert Sócrates, qui pergit et ait: 'Et ob vitae sanctimoniam non ita cautus (fuit Chrysostomus) circa futura; ob simplicitatem vero, aditu facilis. Immodica etiam libértate in colloquiis utebatur. Et in docendo quidem multum iuvabat ad informandos audito-rum mores; in congressibus vero arrogantior videbatur iis qui ipsius animum non noverant'."

Se bautizó Juan según parece el año 369. Melecio en seguida lo ordenó de Lector, porque el fervor del neófito no encontraba descanso sino en el servicio divino. Juan tomó muy a pechos su nueva profesión de cristiano aceptada y confirmada por el bautismo; y dicen testigos que lo conocieron que desde ese día nunca más se le oyó mentir ni jurar ni detraer la fama de los otros, ni proferir imprecaciones, cosas todas tan en boga en aquella sociedad antioquena. Se aseguraba que ni siquiera era capaz de tolerar en su presencia los gracejos fútiles con que otros se divertían. Fue, pues, una conversión radical a Dios nuestro Señor.

Como Basilio viera a su amigo tan adelantado en la virtud, le propuso que entre ambos tomaran en alquiler una casa aparte en la que pudieran vivir en plena soledad, a la manera de los monjes. Se opuso Antusa y su hijo la obedeció. Se desquitó en cambio entregándose en su propia casa a toda clase de penitencias corporales, como ayunos, vigiliass, disciplinas, cilicios y dormir en el suelo. El defecto que por entonces más combatía el santo era el de la vanagloria. Con todo, no se mostraba misántropo ni retraído, sino que cultivaba las relaciones sociales propias de su posición social, en especial las de su amigo Basilio y las de sus condiscípulos de la escuela de Libanio.

En seguida se despertó en él el celo de las almas. Y logró persuadir a dos de sus condiscípulos, Teodoro y Máximo, a que le siguieran en su modo de vivir. Los cuatro amigos llegaron a ser obispos: Juan lo fue de Constantinopla, Basilio de Rafanea en Siria, Teodoro en Mopsuestia y Máximo en Seleucia de Isauria. Por algún tiempo Teodoro dejó el camino de la perfección y se volvió a las vanidades del mundo. Pero Juan insistió con él en varios escritos hasta que logró que volviera al buen sendero. Conservamos sus dos Tratados a Teodoro Caído.

Por ese mismo tiempo, tuvo Juan como maestro en la santidad y en las ciencias sagradas, aparte del obispo Melecio, a Diodoro de Tarso y al notable Carterio, quien dirigía en la ciudad una "escuela de ascetas".(51) Diodoro era uno de los grandes maestros de la escuela teológica antioquena, cuyos principios luego exageró Teodoro de Mopsuestia. Su modo de pensar y sus métodos influyeron en san Juan Crisóstomo, y su huella se reconoce aún en las Homilías que el santo compuso, en su mayor parte en forma de Comentarios a la Sagrada Escritura. Pero el buen sentido de Juan y su profunda humildad lo preservaron de los errores que entonces por todas partes pululaban. Bajo la influencia de Carterio, san Juan se enamoró más aún de la vida monástica, pero no pudo entregarse a ella hasta el año 374. De esta época de su vida se nos han conservado dos incidentes.

(51) Así la llama Sozomeno, H. E. L. VIII, cap. 2.

Fue uno de éstos que, como el año 370 Melecio fuera de nuevo llevado al destierro, y además vacaran algunas diócesis en el intermedio de dicho destierro corrió el rumor de que tomarían a Juan y lo consagrarían obispo, lo mismo que a su amigo Basilio.\*

Basilio, con la persuasión de que el rumor acerca de su persona no habría llegado a Juan, se decidió a consultarlo sobre lo que debería hacer en el caso de que en realidad fuera electo, porque creía que era del todo indigno de semejante cargo. Juan, que lo conocía bien, le aconsejó que de ninguna manera fuera a oponerse, puesto que nada necesitaba entonces tanto la Iglesia como obispos dignos, y que él tenía todas las cualidades, y que no se precipitara en dar una negativa. Aceptó con humildad Basilio el consejo. Y como supiera Juan que las cosas se ultimarían de un día para otro, se ocultó. De manera que cuando fueron por él los que querían elegirlo y llevarlo a la consagración, solamente encontraron a Basilio y a éste lo llevaron y lo hicieron obispo. Basilio, apenas consagrado, fue en busca de Juan y se le quejó amargamente de que lo había engañado. Pero Juan se contentó con decirle que le había dado aquel consejo porque reconocía en él todas las cualidades que ha de tener un prelado.

\* Melecio congregó un Sínodo en Antioquía en el otoño de 379 con 153 obispos. El Sínodo adoptó los decretos romanos enviados por el Papa Dámaso (Bardy).

El otro incidente tuvo lugar a las orillas del Orontes. Había ordenado el emperador Valente que se hiciera una requisa general de autores y libros que trataran de hechicerías. Y a fin de que ningún culpable pudiera escapar de la ciudad, ésta quedó rodeada de guardias. Había un cierto individuo que era autor y había escrito un libro de magias, y temeroso de ser descubierto fue y arrojó su libro al Orontes. Con todo, por diversos indicios, se le descubrió y fue aprehendido. Los soldados le exigían que entregara el libro que había escrito. El decía no tenerlo ni haberlo escrito. A pesar de todo, porque los indicios lo condenaban, fue entregado a la muerte. Como el libro estaba en pergamino, comenzó a flotar sobre las aguas al tiempo en que Juan y un compañero suyo iban a visitar la Iglesia de los Mártires, y acertaban a pasar por la orilla del río.

El compañero de Juan, al ver el pergamino, se bajó a recogerlo, mientras Juan jocosamente le decía: "¡Cuidado, eh! ¡que a mí me toca parte del hallazgo!" En esto vieron a uno de los soldados que pasaba frente a ellos y enmudecieron de temor. Porque el libro, que ya iban desplegando, desde la primera página todo era de hechicerías. No sabían qué hacer. Porque si de nuevo lo arrojaban al río, lo notaría el soldado y ellos serían condenados a muerte como autores de hechicerías, y lo mismo les sucedería si lo guardaban. Pero el soldado pasó de largo sin caer en la cuenta, con lo que ellos arrojaron de nuevo el libro al río.

Finalmente, pudo, como indicábamos, poner san Juan en obra su proyecto de retirarse a la soledad, en 374. No se ha conservado ni siquiera en la tradición el sitio a donde se retiró. Sólo sabemos que perseveró en él cuatro años entregado al estudio de las Sagradas Escrituras, a la meditación y a la penitencia. Sin duda que tendría a la mano las obras de los grandes escritores de su tiempo y quizá también las de Orígenes. Pero es muy de notar que en sus escritos y Homilías no hace alusión ni cita a esos autores y comentaristas. Habla siempre de lo que él ha estudiado y meditado, y lo hace tamquam auctoritatem habens, y como con particular luz del cielo.

Al cabo de los cuatro años, tal vez porque su fama atraía a diversos visitantes y descoso de una mayor soledad se refugió en una caverna en donde permaneció por otros dos. Quizá haya sido alguna de las del monte Silpio, abiertas en la roca calcárea. Desde ahí tendría a sus pies el ingente movimiento comercial de la ciudad y su loco barullo, sin que le estorbaran en sus ejercicios de santificación. A éstos se entregó con tan excesivo

fervor, que su salud falló; y extenuado por las penitencias, hubo de regresar enfermo a Antioquía. Dios nuestro Señor lo destinaba a otra empresa gigante. Era el año 380, y en la gran Antioquía hacían gran destrozo la ligereza, la voluptuosidad, los trastornos cismáticos y las herejías. Era necesario un hombre de la talla del Crisostomo para restaurar las ruinas y enseñar de nuevo a todo el universo los caminos del servicio de Dios.

1010

## EL PREDICADOR DE ANTIOQUÍA

Melecio, que había vuelto de nuevo a su sede antioquena, apenas vio que san Juan regresaba del desierto y de la caverna, se puso en contacto con él; y como lo advirtiera perfectamente preparado, lo ordenó de Diácono en 380 o comienzos del 381. Ya había escrito el Crisostomo su primer libro, que fue el De la Compunción, rogado por su amigo Demetrio, mientras estaba en la soledad de los montes cercanos a Antioquía. Por otra parte, el emperador Valente, ya desde la muerte de su hermano Valentiniano en 374, se dio a perseguir a los católicos, y sobre todo a los monjes; y ordenó que muchos fueran arrojados de sus monasterios, inscritos en la milicia o encarcelados. Antioquía quedó llena de terror. Con esa ocasión, un amigo de Juan fue a la soledad y le rogó que escribiera en defensa de los monjes. Redactó entonces su Tratado Contra los Opugnadores de la Vida Monástica. Y luego otro A un padre infiel y finalmente, un tercero A un padre fiel. Por ese mismo tiempo redactó el otro de la Comparación entre un Rey y un Monje.(52) También había escrito el Libro de la Consolación a Estelequio, y otro al energúmeno Estagirio, y los acerca Del Sacerdocio. De estos primeros libros dice Dom Ceillier: "El estilo florido y las citas frecuentes de ejemplos tomados de autores paganos que en ellos se encuentran, no permiten dudar de que san Crisóstomo los escribiera siendo todavía joven".(53)

(52) Aprovechó san Juan la soledad para estos escritos. Otros, según parece, los escribió poco antes de retirarse a la soledad. Pueden verse acerca de esto los especialistas; y en breves introducciones a las piezas que vamos a traducir algo diremos de cada una. Parece que san Juan, una vez que se retiró a la soledad de los montes vecinos a Antioquía, se encontró con un Superior de nombre Siró, "severissimae disciplinae senem", dice Montfaucon. Anciano de severísima disciplina. Con él estuvo el santo cuatro años. Según ese autor se acogió a la soledad a pesar de los ruegos de su madre que aún no había muerto. La forma de vida de aquellos solitarios la refiere el mismo Montfaucon sacándola de las descripciones del Crisostomo: "Mucho antes del amanecer se levantaban para orar en común. Luego cantaban Maitines deteniéndose en esto largo tiempo. Después se entregaban al trabajo manual. Unos cavaban la tierra, otros cuidaban de las legumbres y hortaliza, otros acarreaban el agua, otros tejían espuelas y cestillos y cilicios, y no faltaban quienes se ocuparan en escribir libros o en copiarlos. Parte de la mañana la dedicaban a la lección de las Sagradas Escrituras. Y todos en absoluto estaban obligados a un estricto silencio. Pero si los visitaban los seculares, entonces les hablaban de la vida futura y de las cosas de Dios. Y sucedía que a veces los que habían ido de visita, movidos de aquellos ejemplos se quedaban a vivir ahí. Dividían el día en cuatro partes, mediante el canto de las Horas sagradas. Ayunaban todo el día, y la cena era pan con sal, algunos añadían un poco de aceite y los ancianos y enfermos acostumbraban comer legumbres. Bebían sola agua. Seguía una colación espiritual de cosas de la virtud, y luego, en esteras, dormían sobre el suelo. Su vestido era de pelo de



cabra o camello o de pieles ya gastadas. De su trabajo comían y hacían limosnas y lavaban los pies a sus huéspedes". El Crisostomo dudó algún tiempo en abrazar tan estrecha vida.

(53) *Histoire Générale des Auteurs sacres*, París, 1861, t. VII, p. 18.

Pero Melecio hubo de asistir, ese año de 381, al Concilio de Constantinopla, ordenado por Teodosio, y aun hubo de presidirlo a causa de que Timoteo de Alejandría, por varios motivos, sufrió un retraso en su viaje. Apenas iniciado el Concilio, murió Melecio y en su lugar fue electo en la ciudad de Antioquía el virtuoso Flaviano. Este, que también conocía perfectamente al Crisostomo, no dudó en ordenarlo de presbítero en 386. Inmediatamente le encomendó la predicación, pues él, por su edad y por carecer de dotes oratorias no podía desempeñarla. Para entonces en Antioquía todos llamaban a Juan el venerable. Su preparación había sido la más propia de un orador sagrado: conocimiento del arte oratorio, ciencia eclesiástica y santidad. La primera vez que subió al pulpito fue para predicar sobre su propia ordenación de presbítero. Y con esa Homilía abriremos nosotros la versión de sus obras.

El Crisostomo y san Jerónimo ocupan, según los autores, un puesto principal o mejor dicho excepcional en la reforma de las costumbres en el siglo IV.<sup>54</sup> Pero el Crisostomo "había nacido orador y es uno de los más grandes maestros de la elocuencia ya profana ya sagrada".<sup>(55)</sup> El Crisóstomo "pretende más celebrar e inspirar la virtud que demostrar el dogma... Es familiar, adaptado al auditorio. Tan pronto lo alaba por su piadosa atención como lamenta su frialdad o sus frecuentes ausencias. Combina la acción del tribuno popular con la del confesor. Es el foro y el santuario juntamente. Es la unión de lo que hay de más elevado en la palabra oratoria y de más insinuante en la dirección de las almas".<sup>(56)</sup> "Predicó, casi sin interrupción, con un talento inagotable y una preocupación constante de ser eficaz, de no dejar de combatir ninguna de las debilidades o de las supersticiones contemporáneas, en Antioquía doce años consecutivos, del 886 al 398, y luego, en Constantinopla, durante otros seis, del 398 al 404".<sup>(57)</sup> Y nunca perdió de vista ante todo el bien de las almas.

(54) Mourret, *Historia General de la Iglesia*, vol. II, pp. 307-28.

(55) Mourret, o. c., vol. II, p. 337.

(56) Villemain, *Tableau de l'éloquence chrétienne au IV<sup>e</sup> siècle*

(57) A. Puech, *Saint Jean Chrysostome*, p. 34.

El nuevo predicador hizo, en lo referente al mensaje evangélico, las veces de su prelado anciano y achacoso. Subía al pulpito semanalmente y con frecuencia diariamente y aun dos y tres veces al día, y siempre parecía nuevo y nunca cansaba a su auditorio. Sus Homilías nos han llegado tales como fueron por él pronunciadas y recogidas de su boca por los estenógrafos; porque el santo jamás se preocupó de revisarlas y menos de pulirlas. Y durante todo ese tiempo fue el Crisóstomo "el director de conciencia de Antioquía, de Oriente, y en cierto modo de toda la Iglesia".<sup>(58)</sup> Solamente Orígenes supera al Crisóstomo en fecundidad. Apenas se hace creíble la cantidad inmensa de escritos que brotaron de su pluma y los discursos que brotaron de su boca, siendo así que anduvo, casi siempre enfermo y ocupado en muchas otras cosas tocantes al ministerio sacerdotal primero y luego episcopal. Y sus Homilías y escritos coman por todo el Oriente y después por toda la Iglesia a la par de los de Basilio, los dos Gregorios, Ambrosio y los demás grandes Padres de la Iglesia. Solamente para el lapso del siglo VIII al XVI, calcula Baur que se copiaron 1,917 manuscritos de las obras de

este santo.

58 Mourret, / . c, p. 341. Weiss en su Historia Universal, vol. III, p. 231, asegura que a veces el Crisóstomo tenía hasta 100,000 oyentes.

Tranquilo e inflamado de celo iba desarrollando el ministerio de la palabra en Antioquía. Pero Antioquía era, como tantas ciudades de Oriente, una ciudad turbulenta. Llevaba el Crisóstomo apenas un año en su predicación, cuando hacia fines del invierno del 387, se suscitó una conmoción terrible. Ya fuera por motivo de la celebración del quinto aniversario de haber sido proclamado Augusto el joven Arcadio, ya para solemnizar los diez años de imperio del gran Teodosio, o ya finalmente para subvenir a las necesidades de la guerra contra el tirano Máximo, o ya en fin por motivo de diversas necesidades públicas, hubieron de agravarse las ya pesadas contribuciones que agotaban a los antioqueños. Los más comedidos de entre los ciudadanos, acudieron al Prefecto de la ciudad, y con lágrimas en los ojos, se quejaron del monto exorbitante de los impuestos, al mismo tiempo que en las iglesias se imploraba el auxilio divino en semejante calamidad.

Con esta ocasión, una turba de circunvecinos, extranjeros y ciudadanos de la ínfima plebe, se lanzó al desorden y a la rebelión. Destrozaron el baño público, fueron luego a la casa del Prefecto y forzaron la entrada y la invadieron. Con alguna dificultad se les echó de ahí. Entonces se lanzaron sobre las imágenes de los príncipes que estaban pintadas en tablas, y las lapidaron, las mancharon y las echaron por tierra. Todo entre insultos al Augusto y a Eudoxia. Finalmente, derribaron las estatuas del Emperador Teodosio y de su esposa Flacila, que ya había muerto, y las arrastraron. Comenzaba la destrucción en grande cuando el Prefecto echó sobre la plebe un escuadrón de saeteros que la dispersó.(59)

(59) La mejor reconstrucción de este episodio es sin duda la que el mismo Crisóstomo fue haciendo en el curso de las veinte Homilías que dijo al pueblo antioqueño para calmarlo y consolarlo con esta ocasión.

A la sedición se siguió el terror, hasta el punto de olvidarse de las contribuciones, por miedo al castigo de Teodosio; y muchos se fugaron a los montes y a los desiertos. Se temía que Teodosio, en venganza, arrasaría la ciudad y condenaría a muerte a muchos de los ciudadanos. Teodosio estaba entonces en Constantinopla. Ante la urgencia de las circunstancias y los apremios de los ciudadanos, el virtuoso obispo Flaviano, aunque cargado de años, con la salud quebrantada, y dejando a su hermana enferma y que le suplicaba no la abandonara hasta ver su muerte, se marchó a Constantinopla con el objeto de entrevistar al emperador. También acudieron los monjes de las vecinas soledades a consolar a los afligidos, y todo era llantos y temores en el foro y en las casas. Entre tanto Flaviano siguió su camino, y en una entrevista conmovedora, aquel venerable prelado, con lágrimas y ruegos alcanzó de Teodosio el perdón para la ciudad y que solamente fueran castigados los que se comprobaran culpables de la sedición. El mismo Teodosio no pudo contener sus emociones al contemplar postrado a sus plantas aquel hombre en que la santidad se reflejaba, y al que luego la Iglesia daría el nombre de santo. Refiere el Crisóstomo la entrevista en una de sus Homilías, la que predicó cuando regresó el Prelado con la noticia de que el emperador Teodosio se había conmovido y había concedido cuanto se le pedía en favor de la ciudad. Los antioqueños empavesaron el foro, encendieron luminarias y el gozo fue general. Así terminó aquella

rápida tormenta.

Pero ella dio ocasión al Crisóstomo —quien mientras iba Flaviano a Constantinopla había quedado al frente de la iglesia de Antioquía— para predicar una veintena de Homilías, con las que mantuvo levantado el ánimo de la población durante toda la cuaresma del año 387. Son también del tiempo de su estancia en Antioquía las 32 Homilías sobre el Génesis; el comienzo del Comentario sobre los Hechos de los Apóstoles; la explanación del Evangelio de San Juan; las elegantísimas Homilías sobre la Epístola de san Pablo a los romanos, sobre las dos Epístolas a los de Corinto, la de los Gálatas, la de los Efesios, la de Timoteo, la de Tito, y las noventa preciosísimas sobre san Mateo; aparte de otra gran cantidad de Homilías referentes a las festividades de los santos, a asuntos morales y varios Tratados. Increíble parece que un solo hombre pudiera llevar tan enorme trabajo, y más cuando con frecuencia su salud no era del todo satisfactoria.

En párrafo aparte trataremos de la oratoria del Crisóstomo, sus cualidades y los defectos que se le achacan. Por ahora es necesario que no interrumpamos el hilo de su vida. Su fama de incomparable orador corrió por todo el Oriente y creció tanto que se aseguraba haberse congregado no pocas veces la ciudad entera para escucharlo, con auditorios que llegaron a alcanzar la cifra de 100,000 oyentes. Quizá se tratara de algo sobrenatural, como ha sucedido algunas veces con otros predicadores de la palabra de Dios, especialmente misioneros. Lo cierto es que el Crisóstomo, que solamente buscaba la gloria de Dios y la salvación de las almas, predicaba hasta tres Homilías el mismo día, en diversas iglesias, llevado de su celo y su fervor, y en algunas se alargaba mucho porque los fieles no se cansaban de oírlo. Con frecuencia acababa ronco, y a pesar de la ronquera continuaba el ministerio de la predicación por ser oficio que el Prelado le tenía encomendado; como le sucedió, por ejemplo, un poco después de las Homilías sobre las Estatuas, cuando el alboroto de los antioquenos contra el emperador Teodosio.

Así las cosas, sucedió que el día 17 de septiembre de 397 muriera el obispo de Constantinopla, Nectario, quien gobernaba aquella sede desde el 381, como sucesor de san Gregorio Na-zianzeno. A la muerte de Nectario se siguió una indigna competencia entre muchos eclesiásticos, que no dejaron piedra por mover para conseguir cada cual ser elevado a esa sede constanti-nopolitana. Pero la parte más seria de los ortodoxos anhelaba un Prelado digno. Rogaron entonces al emperador Arcadio que tomara este negocio a su cargo. Arcadio tenía en la corte un valido que prácticamente lo manejaba, pues él era de carácter débil. Se llamaba Eutropio.(60)

(60) Olmedo, o. c., p. 225, pinta a los dos jóvenes emperadores Arcadio y Honorio, hijos de Teodosio el Grande y Flacila, sucesores el primero en el Imperio de Oriente y el otro en el de Occidente, con una sola expresión que los caracteriza perfectamente: "Con el advenimiento al trono imperial en 395 de dos príncipes adolescentes, 'flores de gineceo', incapaces de reinar por sí mismos, Arcadio y Honorio, la decadencia del gran Imperio Romano se precipita". Mourret amplía más las noticias. "Arcadio, a quien correspondió el gobierno del Oriente, contaba justamente 18 años. Honorio, para quien fue el de Occidente, no había cumplido los 11. Arcadio, de carácter débil, vivió, durante los trece años de su reinado, dominado sucesivamente por el gascón Rufino, por el eunuco Eutropio, por el General godo Gainas, y por la emperatriz Eudoxia, quienes desplegaron su actividad en la exclusiva satisfacción de sus ambiciones, intereses y rencores... El niño Honorio no salió de su infantilismo, según las apariencias, durante

los diez y ocho años de su reinado. Tuvo por tutor al General vándalo Estilicen, quien, soldado hábil, consiguió contener algún tiempo a los bárbaros". (O. c, vol. II, pp. 431-432). Puede verse sobre estos hombres Stein, cap. VI del vol. I. Sin dificultad podemos imaginar la contrariedad que significó para el Crisóstomo el verse arrancado de pronto y como a traición de su ciudad y su auditorio. En adelante no volverá a pisar el suelo de Antioquía ni podrá visitar, como solía hacerlo fervorosísimamente, aquellos martirios e iglesias, en cada uno de los cuales quedaba resonando el eco de su palabra. En especial aquel templo, encanto suyo, edificado, según se decía, sobre una antigua iglesia demolida en la persecución de Dioclesiano, pero reconstruida después por Constantino, y que por tener la cúpula toda revestida de laminillas de oro fue llamado por el pueblo el *Dominicum Aureum*. Su planta era octogonal y había sido consagrada en 341 bajo el reinado de Constanzo II. Tenía la particularidad de que su altar no estaba vuelto al occidente, como era la costumbre de las iglesias orientales, sino al oriente.

En un viaje que Eutropio hizo al interior del imperio, conoció al Crisóstomo. Y comunicó al emperador que no había otro más digno de ocupar la sede constantinopolitana. Pero, como por una parte se temía que el pueblo antioqueno se negara a dejar salir a su elocuentísimo predicador, del que se gloriaba delante de todas las ciudades, y aun suscitara un tumulto para impedir su viaje; y por otra se juzgara que el mismo Crisóstomo huiría o se escondería, por tenerse como indigno de semejante honor, Eutropio aconsejó al emperador una astucia: que ordenara al Prefecto de Oriente un viaje por Antioquía con un pretexto cualquiera, y que dicho Prefecto sacara al Crisóstomo de la ciudad sin ruido, y lo remitiera a Constantinopla. Una vez recibida esta orden, el Prefecto se dirigió a Antioquía y en una buena ocasión rogó al Crisóstomo que lo acompañara a visitar la Iglesia de los Mártires, que quedaba fuera de la población en un suburbio. Cuando estaban ahí, de pronto se presentó un militar, con la orden del emperador; y sin más detuvo al santo, lo hizo subir a una posta pública y lo remitió a Constantinopla. Así comenzó el doloroso calvario que sólo había de terminar con la muerte.

1011

## CONSTANTINOPLA

Digna es también esta ciudad, nuevo campo del gran Crisóstomo, de que nos detengamos un poco a considerarla. Fue fundada por Constantino el Grande entre los años 324 y 330. En estos siete años el emperador hizo llevar allá materiales de todas partes y en forma regia. Se levantó un sinnúmero de construcciones, como termas, templos, edificios oficiales, etc. En una palabra se creó artificialmente toda una ciudad por el mandato y bajo la vigilancia del más grande monarca de la tierra, quien no omitió gastos para satisfacer sus deseos.

Propiamente fue construida sobre la antigua Bizancio, ciudad situada en el estrecho del Bósforo que separa Europa de Asia. Bizancio había sido capturada entre el 312 y el 313 por Maximino. Hacia el 323 la ocupó Licinio, quien en parte la destruyó. Luego Constantino la amplió a tres kilómetros al occidente. Se la llamó Konstantinov pólis o bien, uniendo los dos nombres Konstantinoupolis o sea Ciudad de Constantino o Constanti-nopla. Su historia puede dividirse en cuatro períodos: el heleno-dórico que va desde su fundación primitiva hasta el 330 d. C; el greco-romano, que llega hasta el advenimiento al trono de Justiniano en 527; el bizantino, que va del 527 a 1453 en que

cayó en manos de los turcos; y el turco, desde 1453 hasta nuestros días. Al dividirse el Imperio romano, fue capital del Imperio de Oriente. Después fue la capital de Turquía.(61) A nosotros nos interesa el período greco-romano; y éste solamente entre los siglos IV y V.

(61) El nombre Constantinopla en turco es Istanbul o Estambul. Se cree haberse derivado de la frase con que los habitantes de la campiña solían invitarse para ir a la ciudad, es decir: *eiq rrjv nóXivl*: ¡a la ciudad! Es esta una frase elíptica, en la que ha de suponerse un verbo, por ejemplo etc.

La ciudad se extendía del lado del Mar Mármara o brillante; pero abarcaba también la entrada al Mar Negro o Ponto Euxino. Entre esta entrada y la ciudad había una bahía grande llamada Cuerno de Oro, por su forma, que la separaba de la Gaiata. Sobre la bahía se habían tendido dos puentes. San Juan Crisóstomo con alguna frecuencia hubo de cruzarla para ir a predicar al otro lado. Atravesaba la ciudad un torrente llamado Lycus, famoso por los milagros de san Gregorio Taumaturgo, quien vivió de 213 a 270 y tuvo como una de sus discípulas en la santidad a santa Macrina, abuela de san Basilio Magno. El Lycus corría de noroeste a sureste. Iba a desembocar al Cuerno de Oro; y los mejores edificios se levantaron no sobre las orillas de éste, a pesar de sus bellas colinas, sino sobre las pendientes que daban al Mar Mármara.

Se amplió el Agora y se la denominó Augusteon y se la rodeó de pórticos y columnatas. Ahí se colocó una estatua de santa Elena, la madre de Constantino. Las termas de Zeuxipos se adornaron con mármoles, columnas y estatuas y se ensanchó el Hipódromo de Septimio Severo, que era el centro de la vida pública y social. Al oriente del Augusteon se elevó el edificio del Senado o Buleuterion y se le dio la forma de basílica, con su pórtico y sus estatuas y un ábside terminal. Al sur, sobre el flanco del Hipódromo se levantó la residencia imperial o Sacro Palacio. Atribuía además la tradición a Constantino la fábrica de catorce iglesias dentro del recinto urbano. Las más importantes fueron las de santa Irene y la de los Apóstoles. La de Santa Sofía fue bastante vulgar, y su esplendor se debió a Justiniano.

El perímetro constantiniano quintuplicó el área de la antigua Bizancio, y a pesar de todo ya en el siglo IV no era suficiente para contener la nueva población. De manera que la ciudad llegó a ocupar las siete colinas que se hallan casi todas entre el Lycus y el Cuerno de Oro; y para los constantinopolitanos aun esto fue un cierto modo de parearse con Roma. Luego se la cercó con una muralla. Antes de Constantino parece que no tenía más allá de 30,000 almas; pero ya en el siglo V se llegó a estimar el número de sus habitantes en 500,000. Podían distinguirse en ellos tres clases: el elemento griego, que era el más abundante, con mucho, los colonos latinos y una grande cantidad de bárbaros. Sus turbas eran indisciplinadas, volubles e impulsivas. Con excesiva frecuencia se entregaban a conmociones populares sangrientas y devastadoras por el más leve motivo, v.gr., una controversia religiosa, una diferencia de los partidos del Hipódromo, un desastre militar, un tratado que se celebrara con los enemigos, una concesión que se hiciera a comerciantes extranjeros. Tenía un Demarco, pero ni la aristocracia ni la plebe se le sujetaban y apenas si podía dominar un poco a la Clase media.

Como dijimos, el emperador Constantino saqueó materialmente las ciudades griegas y los templos paganos para embellecer su nueva ciudad: Atenas, Chipre, Cízico, Cesárea,

Creta, Esmirna, Nicea, Bitinia, Cilicia, Rodas hubieron de sentir la mano del emperador. La ciudad llegó a tener hasta 26 templos en sus arrabales. Solía decirse que en Constantinopla había tres grandes construcciones: "Dios tiene la Santa Sofía, el Emperador el Sacro Palacio, el pueblo el Hipódromo". Y en esas tres construcciones estaban también simbolizados los tres grandes poderes de la ciudad.

El Clero constituía una Clase privilegiada y numerosa, pero había una confusión demasiado peligrosa entre la religión y la política. El Estado se aprovechaba del Clero para sus fines, y el Clero, a su vez, hacía lo mismo con el Estado. Y esta mutua ingerencia fue creciendo. Con el tiempo, el Patriarca llegó a ser el jefe de una Iglesia, la Ortodoxa, y quiso imponer su autoridad a los emperadores. Añadíase a esto la influencia de los monjes, que eran numerosísimos y muy venerados. Ya en tiempo de Teodosio II (408-450), llegaron a contarse hasta noventa monasterios. Algunos poseían muy grandes riquezas. Por su ascetismo, los monjes eran los directores más buscados para las conciencias, sobre todo entre la aristocracia femenina. Aparte de esto, los iconos o imágenes veneradas y con fama de milagros, mantenían en torno a los monasterios una atmósfera de veneración. Pero la turba de los monjes con frecuencia era tumultuosa y perturbaba la paz de la ciudad y llegaba en su alboroto hasta el Sacro Palacio.<sup>(62)</sup> A veces los emperadores la emprendían contra los monjes; pero en general eran éstos los que mantenían a buena altura los estudios sagrados.

(62) Véase Diehl, Byzance, p. 113.

Cierto es que los bizantinos no se señalaron por la originalidad de pensamiento ni crearon en literatura obra alguna de arte inmortal, pero se les atribuyen dos méritos: iniciaron en la vida espiritual a muchos pueblos del Oriente y mantuvieron a través del medioevo la tradición de la cultura griega antigua, y así traspasaron ese patrimonio al Renacimiento italiano y a las demás sociedades modernas. Por otra parte, el genio griego ya para entonces había contraído una grave enfermedad: a fuerza de jugar a lo sofista con lo verdadero y lo falso, sin otro fin que hacer brillar la sutileza de su ingenio, se había hecho incapaz de soportar el peso de cualquiera doctrina seria llevada a sus consecuencias. Y así, cada artículo de la fe revelada se convirtió en Constantinopla en asunto de mil controversias en las que se aprovechaban las ocasiones de deslumbrar, pero sin seriedad: eran auténticos descendientes espirituales de Gorgias y de Carneades.

A este propósito es curiosa la etopeya que nos transmitió San Gregorio de Nissa, sobre el barullo que traían en Constantinopla los anomeos. "En todas partes, dice, en las plazas públicas y en las encrucijadas, en las calles y en los callejones, se veía el transeúnte asaltado por personas que le comenzaban a perorar a troche y moche sobre la Santísima Trinidad. Iba uno a cambiar moneda. Al punto, la cuestión del Engendrado y del no Engendrado. Se preguntaba a un panadero respecto al precio del pan y respondía: 'El Padre es mayor y el Hijo le está subordinado'. Se dirigía al baño público, y el bañista anomiano le decía: 'A mi parecer el Hijo procede sencillamente de la nada'. ¿Debemos decir que todos estaban locos? ¡Por lo menos a todos la herejía les había trastornado la cabeza!" (63) También los novacianos contaban con numerosos adeptos.

(63) Sobre la divinidad del Hijo y del Espíritu santo en Patrol. Graec, vol. XLVI, col. 557. .

Al mismo tiempo, el atractivo más ordinario de los constantinopolitanos eran las

carreras de caballos en el Hipódromo. Esas frívolas diversiones se hacían cuestiones de Estado. Para defender la causa de un auriga favorito se demostraba un valor y un vigor increíbles, y se ponía el alma entera en estos graves debates, y se sabía derramar la sangre por un caballo. Hubo tumultos en el circo que costaron la vida a millares de hombres y que comprometieron la existencia misma del trono. Las discusiones de azules y verdes, nacidas en las cuadras, dividían al Imperio de Oriente y daban nombre a sus contiendas. Según que uno pertenecía a los azules o a los verdes, así se deducían sus opiniones políticas y aun sus creencias religiosas. Los soberanos aumentaron la importancia de estos bandos y reglamentaron sus actos y hasta sus palabras.(64) El circo era una institución oficial en donde reinaba la más sacrílega mezcolanza de puerilidad y religiosidad: "Todos están en oración en el circo, decía el Por-firogeneta; se balbucean Oremus hasta en las cuadras de los caballos; los Demarcas y otros dignatarios hacen grandes signos de la cruz sobre las bestias y las gentes; y la multitud, en el momento de partir los carros, asedian con sus súplicas a Dios y a la Santísima Virgen, para que los caballos de su partido obtengan el triunfo".(65)

(64) Puede verse acerca de esto a Constantino Porfirogeneta, *De Caeremoniis aul. byzant*, I, 10, 55, 56, 70, etc.

(65)Constantino Porfirogeneta, *ibid*.

Desde los días de Constantino, dice otro autor, la moralidad pública no había hecho sino bajar y bajar, y de caída en caída llegó al punto más bajo. Para aquella población movediza y voluptuosa no había responsabilidades; vivía a merced de sus preocupaciones o de sus pasiones o de los caprichos del Poder. La anulación del sentido moral se caracterizaba en ella por la ignorancia de lo que cada cual a sí mismo se debía y también a los demás; y por una indiferencia absoluta en la elección de los medios de medrar; y un ridículo despliegue de entusiasmo y esfuerzos para alcanzar los objetos menos dignos; y en fin, y sobre todo, por un grado inaudito de servilismo y de abyección con relación al Poder.(66)

(66) Godofredo Kurt, o. c, vol. II, cap. VI.

Al principio Bizancio dependió de la sede episcopal de He-raclea de Tracia y aun parece que no tuvo algún obispo propio hasta el 211 ó 217. La serie de obispos aparece, como cosa regular, desde el 307. La leyenda del apostolado ahí de san Andrés es muy posterior y data del siglo V o comienzos del VI; y parece que se la inventó para justificar las pretensiones de gran ciudad y primacía eclesiástica de Constantinopla.

Al tiempo del Crisóstomo luchaba por imponer su primacía sobre varios Exarcados. El santo siguió esa línea política que coincidía con la de los emperadores. Por otra parte, su sede constituía la manzana de la discordia entre Antioquía y Alejandría, ansiosas de dominar en Bizancio. Y sobre todas esas dificultades estaba la de la grande cantidad de herejes, especialmente arríanos, bajo el nombre de eunomeos. Estos tuvieron como jefe a Eunomio, quien era "un hombre de cepa rural, basto y contrahecho, que tenía su rostro corroído por una especie de lepra".(67) Pero cuando repetía los sonoros períodos de Platón o exponía los sueños místicos de Plotino se transformaba. El, Aecio y Asterio trabajaron a la par y pusieron de moda la palabra Ingénito en vez de Dios y al Verbo lo hicieron engendrado por Dios pero como simple criatura. Ya dijimos cómo en 360 el obispo amano Eudoxio que estaba en Antioquía fue trasladado a Constantinopla por los arríanos. Luego éste fue desterrado y ocupó la sede un semiarriano, Macedonio.

Continuaron los ires y venires de los herejes.

(67) Rufino, H. E., L. I, cap. 15 asegura de Eunomio que "regio morboborabat".

Cansados pueblo y Clero de tanto desbarajuste, suplicaron al emperador Teodosio que se les pusiera como obispo al célebre y piadosísimo Gregorio Nacianceno. Este, a la muerte de san Basilio, había determinado retirarse a la soledad totalmente. Pero ante la voluntad del emperador fue a Constanti-nopla. Los arrianos estaban aún en posesión de todas las iglesias, por lo que hubo de hospedarse en la casa de uno de sus parientes. Pronto, con su santidad y su elocuencia, logró algo así como resucitar la Iglesia de Constantinopla, hasta el punto de que él mismo a la capilla o local en donde predicaba la denominara la Anástasis o Resurrección. Todo iba, pues, viento en popa, como suele decirse.

Pero en la fiesta de la Pascua del 379, una turba de arrianos, conducida por agitadores, se dirigió a la Anástasis y apedreó a los fieles. Ahí hirieron a san Gregorio y mataron a uno de sus compañeros al grito de: "¡Mueran los adoradores de tres dioses!" Por su parte san Gregorio se mostró lleno de bondad, sencillez y candor, y ni siquiera quiso acudir al emperador, que era Teodosio.

Un día llegó a Constantinopla un hombre raro. Vestía manto blanco y usaba gran bastón y largos cabellos teñidos de rubio, a guisa de filósofo cínico. Se llamaba Máximo y pertenecía efectivamente a una secta que usaba la indumentaria que él llevaba. Decía que profesaba el más puro cristianismo y que había confesado la fe en una de las persecuciones. El santo se dejó persuadir y aun sentó a su mesa al extranjero y le hizo toda clase de honores y hasta pronunció en público su elogio.(68) Pero aquel hombre al mismo tiempo iba urdiendo contra Gregorio un complot, porque ambicionaba suplantarlo en la sede metropolitana. Para eso se había ganado la confianza de Pedro, Patriarca de Alejandría, y se hizo enviar desde Egipto siete hombres escogidos que salieran garantes de sus títulos. Se ganó además a un buen número de marinos de la flota imperial y sobornó con oro abundante a muchos de los servidores de Gregorio. Finalmente se aprovechó de un día en que Gregorio estaba enfermo en su lecho, se introdujo en la Anástasis y procedió a su propia consagración como obispo, con grande escándalo y tumulto del pueblo. Este acudió enseguida en masa y Máximo hubo de refugiarse en la casa de un flautista, en donde se dio fin a la ceremonia de su consagración.

(68) Gregorii Opera, Diálogo XXV: Elogio del filósofo Herón vuelto del destierro.

El santo Gregorio se echó a sí mismo la culpa de todo y quiso inmediatamente volverse a su soledad; pero el pueblo lo conjuraba a continuar al frente de la sede y le decía: "Si te vas, la Trinidad se va contigo!" Por fin en 380, el 24 de noviembre, el emperador se presentó en Constantinopla y presidió en persona la toma de posesión de Gregorio, tras de haber intimado al obispo arriano Demófilo que con todos los suyos abandonaran todas las iglesias. Estos se negaron y el emperador los hizo salir a viva fuerza; y condujo a Gregorio, rodeado de una gruesa escolta, a Santa Sofía, el 26 de ese mes por la mañana. "Una densa niebla se extendía sobre la ciudad", dice el mismo Gregorio. Los herejes estaban furiosos, los católicos cantaban victoria. Desde entonces comenzó a predicar en Santa Sofía.



Teodosio, queriendo arreglar las cosas, ordenó la reunión de un Concilio para el año de 381 ahí en Constantinopla, e invitó a todos los obispos, incluso a los herejes. Ya dijimos que este concilio lo presidió al principio Melecio, el obispo de Antioquía. El Concilio antes que nada declaró la nulidad de la ordenación de Máximo y pensó que la autoridad de san Gregorio serviría en gran manera para solucionar el cisma antioqueno, a que ya hemos hecho referencia. Pero los griegos, menos Timoteo de Alejandría, estaban por Melecio y los latinos con el Papa Dámaso se inclinaban a Paulino. Melecio murió en 381, a los comienzos del Concilio. Según parece, Melecio y Paulino habían celebrado un contrato por el cual aquel que sobreviviera al otro tendría el derecho legítimo de obispo. Aunque san Gregorio tenía no pocas cosas de qué resentirse respecto de Paulino, con todo lo sostuvo, apoyando la validez del contrato.<sup>(69)</sup> Pero parece que cometió el error de aludir al apoyo que Paulino tenía de los occidentales, lo que sublevó a los miembros jóvenes del Concilio que eran orientales, por lo que el Concilio le rechazó su solución. El Concilio nombró obispo de Antioquía al virtuoso Flaviano contra el parecer de Timoteo. Otros dicen que la elección no fue en el Concilio sino en Antioquía. Pero Gregorio renunció en seguida a la presidencia del Concilio y luego a la sede constantinopolitana y se retiró a Arianzo, su pueblo natal, en donde murió. Le sucedió en la sede Nectario, que todavía era catecúmeno, en 381; y la gobernó hasta su muerte el 17 de septiembre del año 397.

(69) Lo confiesa él mismo en su poesía XII. Gregorio renunció porque los obispos egipcios y macedonios contradijeron la validez de su elevación a la sede de Constantinopla como contraria a un canon del Concilio de Nicea. Véase Stein, vol. I, pág. 198.

1012

## **COMIENZA EL CALVARIO**

Se ve, por lo dicho, que no iba san Juan precisamente a un lecho de rosas. Con todo, fue fortuna para él haber entrado a gobernar en tiempo del débil Arcadio, pues aún no se acentuaba en demasía la corriente que andando los años haría de aquella sede casi una dependencia de los emperadores. Por lo demás, las ambiciones de Alejandría sobre la primacía en Oriente, que aprovecharon la debilidad de Arcadio, las susceptibilidades y el carácter altivo de la emperatriz Eudoxia y las pasiones de los validos del emperador, le iban a causar graves molestias, el destierro dos veces y finalmente la muerte lejos de Constantinopla.

Con la desaparición de Nectario se desató un torrente de ambiciones en torno a la sede vacante. Paladio lo describe ampliamente. Sacerdotes y laicos se movían y nada dejaban por hacer: unos adulaban a los magistrados, otros presentaban dones al emperador, otros procuraban captarse el favor de las turbas; y aun los presbíteros andaban con procedimientos indignos: yovvnerovvTeg dice Paladio, o sea implorando la sede de rodillas. Uno de los más activos intrigantes fue Teófilo, que gobernaba la sede de Alejandría desde 385. Anhelaba poner un prelado que pudiera manejar a su antojo. Pensó en un presbítero de nombre Isidoro y lo envió a Constantinopla con ricos presentes para Arcadio. Juntamente le dio dos cartas en las que declaraba todo su plan a Isidoro.

Pero aconteció que un Lector que acompañaba a Isidoro le sustrajo las cartas e hizo

público el plan. Isidoro aterrorizado huyó rápidamente y se regresó a Alejandría. Entonces se presentó en Constantinopla personalmente Teófilo. Este hombre, de quien dicen los historiadores antiguos que era vafer et callidus y que conocía a los hombres por el solo aspecto, se encontró con que el Crisóstomo no era un hombre a quien él pudiera manejar; y se negó en absoluto a consagrarlo. Entre tanto, varios de los Obispos congregados con esa ocasión, sabedores de las ambiciones de Teófilo, escribieron diversos libelos acusándolo. El valido Eutropio reunió los libelos y se los presentó al mismo Teófilo y le puso la disyuntiva de o consagrar al Crisóstomo o presentarse ante los tribunales para responder de aquellas acusaciones. Teófilo prefirió consagrar al santo, el 26 de febrero de 398; pero inmediatamente se regresó a Alejandría.

San Juan Crisóstomo, apenas consagrado obispo se dedicó fervorosamente al oficio de la predicación. La primera Homilía que dijo ya consagrado se ha perdido. La segunda fue en lucha contra los anomeos. Así continuó su combate contra diversos herejes, como los marcionitas, los maniqueos, los valentinianos y los judíos, aparte de la ordinaria instrucción de sus ovejas. Trabajó además en desarraigar ciertos vicios muy extendidos en la ciudad. Encontró, entre otros, que grande cantidad de doncellas hacían profesión de virginidad; pero hombres mal intencionados las inducían a vivir en sus casas de ellos como si fueran sus hermanas y las vestían esmeradamente y convivían con ellas, de donde se seguían males sin cuento y muy vergonzosos. También halló algunos clérigos que hacían lo mismo con las dichas doncellas, y trató de corregirlos, con lo que se echó encima su enemistad. Persiguió tenazmente toda clase de vicios, pero en especial la adulación, el robo y la avaricia. Y para dar ejemplo, comenzó él mismo por examinar las cuentas episcopales; y todo cuanto en ellas le pareció excesivo ordenó que se distribuyera a los hospitales, de los que levantó un buen número. Al frente de los hospitales puso a presbíteros, dos en cada hospital, y señaló médicos, cocineros y todos los demás servicios necesarios. También fijó su atención en las viudas, que en aquel entonces tenían cierta como dignidad en la Iglesia, y a las que encontró demasiado libres en sus costumbres les aconsejó la oración y el ayuno. Creció la enemistad de algunos clérigos contra él a causa de que, en un exceso de fervor, les ordenó hacer oración durante la noche, cosa que ellos no acostumbraban, y aun habían olvidado los deberes de su estado. Procuró finalmente que se estableciera algo así como un Colegio de Propaganda Fide para enviar misioneros a las regiones de los bárbaros, en especial a Fenicia.

Con estos trabajos, muy pronto la veneración de los fieles constantinopolitanos por su prelado subió a un grado muy notable: se le estimaba como santo, como orador y como prudente en su gobierno. Y no era fácil la tarea. Muchos obispos, en aquellas épocas, ventilaban y juzgaban las causas eclesiásticas y religiosas de su provincia, y también las civiles cuando las partes acudían a ellos para eso. Ya en tiempo del Crisóstomo los fieles se inclinaban ante el obispo para recibir su bendición, y los predicadores se la pedían para subir al pulpito. El prelado usaba el báculo, el anillo y la mitra, que se reducía a una cinta de metal que le ceñía la cabeza, como insignias de su cargo. Lo rodeaban diversos oficiales como los arcedianos, los arciprestes, los corepíscopos, los sincleras o comensales, los notarios, los abogados, los archiveros, los sacristanes y los mansionarios: formaban todos una verdadera corte eclesiástica que servía así para el despacho de los negocios como para el debido esplendor y autoridad de los prelados. Los Concilios de Gangres en 364, Laodicea e Hipona en 393, prohibieron los ágapes o comidas en reunión que habían perseverado hasta entonces en forma de comidas funerarias, a las que a veces tenía que asistir el prelado, en las fiestas de los mártires.

Prohibieron además la costumbre de llevar las Sagradas Especies a las casas particulares o al ir de viaje y ya en el siglo cuarto acabó por desuso semejante costumbre. Nectario, en 396, prohibió en Constantinopla la costumbre de la confesión pública de los pecados, y esta disciplina eclesiástica se extendió después por todo el Oriente.

Celosamente cuidaba el Crisóstomo de todo esto y muy en particular de ir extirpando los abusos que se cometían en el Hipódromo y en el circo. Se aprovechaba además de los sucesos ordinarios y de las calamidades públicas para multiplicar su predicación y aconsejar y exhortar a todos a la penitencia y a la virtud. Muy particular ocasión le dio el terremoto que en 398 sacudió la capital; y lo mismo la inundación del año siguiente a causa del exceso de lluvias, cuando se temió que las aguas arrasaran los campos. Como buen Pastor, se puso el santo al frente de su pueblo y de su Clero, y salió en públicas rogativas hasta la iglesia de los Apóstoles. Cesaron entonces las lluvias, pero no el terror de la gente; por lo cual el santo organizó una procesión a la iglesia de san Pedro y san Pablo, que estaba al otro lado del Bosforo. La procesión se llevó a cabo cruzando todos en barcas el brazo de mar, de modo que al mismo tiempo fue un espectáculo muy devoto y muy vistoso.

Con todo, el pueblo de Constantinopla no dejaba de ser el que era, y con su ligereza de carácter dio más de una vez buenos disgustos al celo del Crisóstomo. Así, por ejemplo, precisamente al tercer día después de las inundaciones, que fue el 6 de abril, como se tuvieran unas carreras de caballos, la gente se fue toda en montón a presenciarlas y dejó solo al santo en la iglesia, con el agravante de que ese día era la fiesta de la Parasceve, una de las más solemnes. Y para colmo, al siguiente día, Sábado santo, la multitud de nuevo, en vez de acudir a la iglesia, se fue al teatro al espectáculo que presentaban unas meretrices. Amenazó entonces el santo a los prevaricadores con la excomunión y el pueblo se compungió, y al siguiente domingo acudió en masa a la iglesia. Pero como ese día asistiera a la reunión un Obispo más anciano que el santo, éste le cedió la palabra. El pueblo, ansioso de oír a su propio prelado y orador, se disgustó y fue necesario que el santo lo calmara.

**1013**

## **EL ASUNTO DE EUTROPIO Y OTROS**

Así caminaban las cosas, cuando aconteció un suceso que vino a conmover a toda la ciudad. Como ya indicamos, el carácter de Arcadio era débil, y siempre estuvo sujeto al arbitrio de sus validos y de la emperatriz Eudoxia, su esposa. Uno de estos validos era Eutropio, el mismo que había llevado al Crisóstomo a la sede arzobispal de Constantinopla. Había nacido en Armenia, a la orilla del Eufrates, y era esclavo e hijo de esclavos. Su amo, de nombre Abundancio, era oficial del Emperador Teodosio. Abundancio, al notar las buenas cualidades de su esclavo, le dio la libertad y lo inscribió en el cuerpo de Guardias. Muy pronto Eutropio se rodeó de secuaces y admiradores de entre los cortesanos, y su fama fue creciendo hasta llegar a los oídos del príncipe. Teodosio le encomendó en varias ocasiones algunos asuntos espinosos y Eutropio se manejó a satisfacción del emperador. Con esto, en tiempo de Arcadio, pasó de siervo y amigo de los emperadores a favorito y privado. Se le designó claviculario del palacio, y el emperador despachaba grande cantidad de negocios por medio de su favorito, o por mejor decir, todos los negocios del Estado comenzaron a pasar por las manos de Eutropio.

Se constituyó entonces en centro de un enjambre de parásitos y aduladores, y sus banquetes y fiestas no tenían fin. La historia le atribuye también una grande influencia sobre la emperatriz Eudoxia, cuyo casamiento con Arcadio él había ayudado. Engreído con su bonanza, abusó de su fortuna para vengarse de sus enemigos y llenó el palacio real de truhanes y eunucos. Y sus venganzas alcanzaron a su mismo primitivo amo, Abundancio, a quien debía los cimientos de su encumbramiento. Había una ley por la cual las iglesias eran lugar seguro de asilo para los hombres perseguidos por la justicia. Eutropio, en el ansia de vengarse de sus enemigos, arrancó al emperador la anulación de dicha ley. Viendo estas cosas, san Juan Crisóstomo lo amonestó muchas veces, pero todo en vano, pues Eutropio se le mostraba cada vez más enfadado y enemigo.

Hacia la mitad del año 399, el emperador elevó más aún al favorito y de la dignidad de patricio lo ascendió a la de cónsul. Esto lo malquistó más con el pueblo, que ya no lo soportaba por sus excesos. Por otra parte, Eutropio acusó falsamente delante de Arcadio a la emperatriz Eudoxia, para suplantarla también a ésta en su privanza. Eudoxia comenzó a odiarlo. Y lo aborreció todavía más cuando cierto día Eutropio se extralimitó hasta echarle en cara su ingratitud, ya que gracias a su intervención había ella conseguido el casamiento con Arcadio; y, según se cuenta, llegó a amenazarla con la muerte. Eudoxia corrió a contarle todo al emperador y añadió otras intrigas que de Eutropio sabía. Arcadio, conmovido, pasó, como suelen los caracteres débiles, de un extremo al otro; y de golpe privó a Eutropio de todos sus honores, cosa que el favorito no se temía. Intervino además una exigencia de Trebigildo.

Sabedor el pueblo de la disposición del emperador, con la volubilidad propia suya, exigió inmediatamente que se le entregara al malvado para darle muerte. Eutropio hubo de correr y refugiarse en la iglesia catedral y suplicar al prelado lo salvara. El pueblo furioso invadió el recinto de Santa Sofía, mientras Eutropio se acogía al altar mismo. El Crisóstomo subió al pulpito a los pocos días. Y con absoluto dominio de sí mismo y de los circunstantes, resistió a las turbas, a los soldados y al edicto imperial, en una Homilía que ha venido a ser una de las piezas maestras de la oratoria mundial. Comenzó como quien da la razón a los amotinados y poco a poco, en unos cuantos minutos, fue de tal manera cambiando los ánimos que les arrancó lágrimas de compasión y los exhortó a ir a pedir al emperador perdonara al reo.

Un pelotón de soldados adictos a Trebigildo se presentó en la iglesia con la orden imperial de que se le entregara el reo, pero el santo no accedió y logró que el emperador concediera que la santa catedral sirviera de refugio inviolable al fugitivo, a pesar de haber sido éste quien derogara la ley de asilo para las iglesias. Pocos días después, Eutropio, renunciando a ese asilo seguro, se huyó de la catedral. Lograron capturarlo y fue desterrado a Chipre. No mucho tiempo después fue trasladado a Calcedonia y allá se le condenó a morir. Entonces Gainas, uno de los que ocultamente habían ayudado a Trebigildo, y había alcanzado en parte con dolo y en parte con violencia la caída del favorito, comenzó a mostrarse cada día más insolente.

Llegó a tanto el atrevimiento de Gainas que con las armas en la mano y la amenaza de no deponerlas hasta conseguir sus intentos, exigió del emperador las cabezas de tres de los más encumbrados personajes del imperio: dos de ellos eran Saturnino y Aureliano. El débil emperador accedió a todo. Pero apenas lo supo el Crisóstomo, personalmente fue a visitar a Gainas, y logró de él que se contentara con la pena de destierro para los

dos nobles, como se hizo a los comienzos del año 400. Aplacado Gainas con esto, tuvo una plática con el emperador junto a la iglesia de la mártir santa Eufemia, que quedaba en las afueras de Calcedonia. Ahí, tras de deponer las armas, como lo había prometido, y jurar fidelidad al emperador, recibió el mando de las fuerzas de infantería y caballería con el grado de Magister Militiae. Engreído de nuevo con estos altos honores, siguió tramando intrigas; porque él seguía el partido de los arrianos, cuyo obispo residía en Constantinopla. Entonces, varios obispos de la secta le pidieron que obtuviera del emperador una iglesia para ellos. El emperador, lo mismo que sus cortesanos, temía a Gainas; y, como no se atreviera a negarle lo que pedía, dio largas al asunto, en espera de poder arreglarlo mejor y más convenientemente después.

Sabía el emperador el inmenso influjo del Crisóstomo. Lo llamó y le expuso el negocio y se quejó con él del poderío que había alcanzado Gainas, y le urgía a que condescendiera en ceder alguna iglesia a los arrianos. San Juan se negó en absoluto. Pero aconsejó al emperador que se celebrara una junta entre Gainas y el mismo Crisóstomo, para ver de disuadir suavemente a aquel hombre de sus intentos. Al día siguiente se tuvo la entrevista, en la que el santo, a base de razonamientos venció a Gainas. Pero éste, lleno de furor por la derrota y fiado en su poderío, intentó, según corrió la voz pública, robar los tesoros de la ciudad y entregarla al incendio por católica, o a lo menos incendiar los palacios reales. En realidad, lo que hizo fue fugarse de Constantinopla, juntar un ejército y presentar batalla formal en la que fue vencido; y poco después lo asesinó Uldino.

Así terminaron los asuntos relacionados con Eutropio, asuntos que dieron ocasión a algunas preciosas piezas oratorias del santo. Pero en ese mismo año de 400 se ofreció otro negocio no menos espinoso. Se habían reunido, por el mes de mayo, varios obispos en la ciudad: todos ellos eran asiáticos. Ante ellos y otros de los residentes en la capital, Eusebio, obispo de Valentinópolis, presentó un libelo de acusación contra Antonino, que lo era de Efeso. Sospechó san Juan Crisóstomo que aquellas acusaciones eran hijas de puro apasionamiento y rogó a Eusebio que se moderara. Pero, un día, en los momentos en que el santo iba a celebrar el sacrificio de la Misa, Eusebio se presentó, y delante de todo el pueblo, conminó gravemente al Crisóstomo a que lo escuchara en sus acusaciones. Algo se alteró el santo con aquella actitud descomedida; y por esto decidió no acercarse a los divinos misterios hasta haber apaciguado su propia disposición de ánimo; pero comisionó a Panso-fio, obispo de Pisidia, para que los celebrara y el pueblo no quedara privado de ellos.

Finalmente hubo de recibir el libelo que Eusebio le presentaba; y como no hubiera testigos de aquellas acusaciones, decidió el santo emprender personalmente un viaje al Asia para hacer las debidas investigaciones. Antonino en realidad era culpable. La acusación central se contraía al crimen de simonía, es decir á que recibía dineros por la administración de los bienes espirituales y los había dado para lograr su promoción eclesiástica. Por esto Antonino cuidó de que un individuo de la Nórica impidiera el viaje del Crisóstomo. La ocasión fue que Antonino administraba en Asia los predios de ese hombre, y así logró interesarlo en el asunto. Este acudió a la corte y logró que intervinieran el emperador y la corte, y así san Juan desistió por entonces del viaje. En cambio, hizo llamar testigos de Asia sobre el negocio.

A su vez Antonino procuró que dichos testigos no se presentaran, porque estaba persuadido de que podía dominar a todos o con el dinero o con las amenazas. El santo

no por eso desistió, sino que hizo reunir un Sínodo de los obispos que él, como arzobispo de Constantinopla, tenía bajo su jurisdicción, y deliberó con ellos quién iría a Asia a examinar allá a los testigos. Fueron electos tres: Sinclecio, de Trajanópolis, Hesiquio de Parios y Paladio de Helenópolis. Estos debían ir a Hypepis, ciudad de Asia. Como delegados, promulgaron un decreto por el cual quedaban excomulgados todos cuantos debiendo testificar en el asunto, no se presentaran en dicha ciudad en el término de dos meses.

Sinclecio y Paladio se dirigieron a Esmirna, pero Hesiquio, que era amigo de Antonino, pretextó una enfermedad y no salió con ellos. Los dos primeros comunicaron por cartas a Antonino y a su acusador Eusebio, que debían presentarse en Hypepis. Pero, entre tanto, Antonino se había ganado también al mismo Eusebio, ya haya sido mediante alguna suma de dinero o de otra manera. Con esto, tanto Antonino como Eusebio se dedicaron en Hypepis a eludir en lo posible a los jueces designados. Alegaron desde luego que los testigos no podían comparecer por haber emprendido un largo viaje a causa de ciertos negocios personales. Los jueces apuraron a Eusebio a declarar dentro de cuánto tiempo podían presentarse los testigos; y éste, pensando que el excesivo calor, pues estaban en pleno verano, haría que los jueces se dispersaran, se comprometió por escrito a presentar los testigos en el término de cuarenta días, o si no a sufrir las penas impuestas por los cánones.

Entonces, los jueces dejaron en libertad a Eusebio para que fuera a buscar los testigos; pero él lo que hizo fue dirigirse a Constantinopla y ocultarse ahí. Los jueces esperaron en vano los cuarenta días; y como Eusebio no compareciera, dictaron contra él la pena de excomunión como desertor del tribunal y calumniador. Esperaron aún otros treinta días y al fin se regresaron a Constantinopla. Allá se encontraron de pronto con Eusebio y le echaron en cara su grave crimen; pero él pretextó una enfermedad y volvió a prometer que presentaría los testigos que se le pedían. Entre tantas esperas, murió Antonino.

A los comienzos del 401, recibió san Juan Crisóstomo un escrito del Clero y los Obispos de Efeso, en que le exponían, bajo fe de juramento, el desbarajuste en que aquella iglesia se encontraba a causa de los arrianos por una parte, y por otra a causa de los avaros y ambiciosos del mando. Y le rogaban que pasara personalmente a poner algún orden. Además, el día 7 de febrero se presentó en Constantinopla san Porfirio, el obispo de Gaza, con su metropolitano, el obispo Juan, de Cesa-rea. Venían a visitar al emperador y suplicarle que en Gaza no solamente se cerraran los templos de los ídolos, sino que fueran destruidos. Y rogaron al Crisóstomo que los ayudara en este asunto. Pero el santo no quiso visitar personalmente al emperador a causa de que ya la emperatriz Eudoxia se le mostraba hostil y había predispuesto en su contra el ánimo imperial. Con todo, los encaminó al Chambelán del emperador que era Amancio, hombre profundamente cristiano y muy amigo del Crisóstomo. Tras de algunos días, Amancio aprovechó las alegrías del palacio por el nacimiento y bautismo del futuro Teodosio II, que por entonces tuvieron lugar, y alcanzó de Eudoxia y de Arcadio lo que los prelados de Gaza tanto deseaban.

Terminado felizmente este negocio, el santo, aunque estaban en pleno invierno y él sentía quebrantada su salud, se embarcó hacia Efeso, en donde seguía urgiendo su presencia. Soplabla un viento muy fuerte y los marineros temían que arrastrara la embarcación hacia el Proconeso. Por este motivo, abatieron las velas y a fuerza de remo

rodearon el promontorio de Tritón, y ahí echaron anclas para esperar un viento sur y poder dirigirse hacia Apamea. Cuando llevaban ya dos días de ayuno, mientras la barca era continuamente agitada por el embate de las olas, llegaron por fin a esa ciudad, en donde esperaban al Crisóstomo los obispos Pablo, Cirino y Paladio, a quienes el mismo santo había escogido como compañeros para el resto del viaje. En Efeso se reunieron hasta 70 obispos de Lidia, Asia Menor y Caria, y se trató en seguida de las ordenaciones que se habían verificado.

La cantidad de gente que se reunió, ansiosa de ver al elocuentísimo prelado de fama universal, fue inmensa. Entre aquellas multitudes de pronto se acercó también Eusebio, el obispo de Valentinópolis, a suplicar al santo se le levantara la excomunión en que había incurrido por el caso del obispo Antonino. Pero, al mismo tiempo, acusaba a otros seis obispos de los mismos crímenes. Varios obispos se le opusieron y lo trataron de sicofanta; pero él continuó sus súplicas. Al fin el Sínodo se determinó a oírlas. Los seis obispos quedaron convictos y confesos, pero alegaron que ellos habían pensado de buena fe que la simonía entraba en la costumbre pastoral, y suplicaron que se les dejara seguir ejerciendo su ministerio o se les reintegraran los dineros con que habían comprado la dignidad episcopal. El Crisóstomo ordenó que se les reintegraran por parte de los obispos que los habían ordenado o de sus herederos. Aceptaron ellos la sentencia, pero quedaron depuestos.

En lugar de aquellos obispos simoníacos, eligió el santo otros no contaminados, que no habían contraído matrimonio y que eran aptos así por su ciencia como por su virtud. Entre otros depuso a Geroncio, quien malamente había usurpado la sede de Nicomedia. Sólo que con éste hubo que proceder con más cuidado. Su pueblo lo quería mucho porque era buen médico y ejercitaba su arte con pobres y ricos sin distinciones. Con todo, no cedió san Juan Crisóstomo. De esta aparente dureza se valdrán más tarde sus enemigos para acusarlo de inmisericorde. Finalmente echó de varias iglesias a los usurpadores no-vacianos y a los cuartodecimanos y acabó con los misterios e iniciaciones de Midas en Efeso y con los de Cibeles en Frigia. Tras de esta brillante actuación, y de tres meses de ausencia, regresó a Constantinopla, en donde le esperaba lo más duro de su cruz. No faltaron quienes pensaran que el santo se había extralimitado de su jurisdicción, al extender así sus actividades pastorales hasta Efeso y el Asia Menor (Stein).

**1014**

## **LA TORMENTA FINAL**

Mientras el santo andaba en Efeso, sus enemigos habían trabajado fuertemente en la corte contra él. Desde luego, Severiano, obispo de los Gabalos, a quien el santo había encomendado la administración de su iglesia de Constantinopla durante el tiempo de su ausencia, trató de ponerlo en mal con el pueblo, movido de la ambición de suplantarlo en la sede de la capital. Era este Severiano de origen sirio y tenía una elocuencia que los historiadores han calificado de áspera. Entre él y el obispo de Ptolemaida, un tal Antíoco, tramaron la conjura, y fueron luego los más acérrimos enemigos del Crisóstomo. Por su parte Severiano se había ganado la voluntad de la emperatriz Eudoxia, que ya estaba inclinada contra el santo a causa de la franqueza de éste en reprender los vicios de la corte. El pueblo, en cambio, ansiaba la vuelta de su Pastor. A su regreso el Crisóstomo, averiguado todo el fondo del asunto, expulsó de la capital a

Severiano, quien se hubo de marchar a Calcedonia. Pero la emperatriz lo hizo volver a la corte.

Como era natural, el santo no quería volver a recibirlo en su amistad; pero hubo muchos que se lo rogaron, y finalmente la misma Eudoxia, llevando consigo al pequeño Teodosio, fue personalmente a rogárselo. Accedió el Crisóstomo. Mas no tardaron mucho en coaligarse contra él Teófilo —el obispo de Alejandría que ya mencionamos y que va a tomar la dirección de la batalla contra el santo—, Acacio de Beroea, Antíoco de

Ptolemaida, y el propio Severiano. Entre todos encabezaron un partido contrario al Crisóstomo, al que se unió la parte del Clero que no soportaba las admoniciones del santo prelado. También de entre los palaciegos se unieron contra él dos o tres de los más principales. Engrosaron el partido algunas mujeres, como Marsa, esposa del Promotor; Castricia, esposa de Saturnino, y Eugrafia, que era la más furiosa. La causa que éstas tuvieron fue que sus maridos les habían dejado en herencia muchos bienes robados, lo que el santo no podía aprobar. Añadió leña al fuego un consejo que dio el Crisóstomo a una joven viuda y muy rica de nombre Olimpias, que hacía muchas limosnas a los pobres; pero entre éstos los había no tales, y el santo le indicó que solamente a los comprobados diera sus limosnas, con lo que se atrajo la cólera de los que de esa viuda recibían donativos sin ser pobres. Teófilo de Alejandría encabezó el Partido.

Es bueno hacer notar para bien entender lo que sigue, que los emperadores en Oriente se encontraban de ordinario rodeados por una corte de prelados que iban a negociar asuntos de sus diócesis pero luego se quedaban ahí largas temporadas. De manera que ya para el tiempo de Nectario (381-397), se había formado en Constantinopla algo así como un Sínodo permanente (70) o Asamblea de los obispos presentes en la capital del imperio. Ellos motu proprio o bien por excitativa del emperador tomaban parte en los varios asuntos que se ofrecían y daban sentencias, aunque no definitivas; porque quedaba siempre libre el recurso al Papa de Roma; derecho que se reconoció ya desde el año 343. Con esto se explica la abundancia de obispos que van a intervenir en la causa contra el Crisóstomo. El obispo nombrado ya por un Sínodo ya por el emperador, inmediatamente enviaba al Papa y a los demás obispos unas *Lit-terae Synodicae* que equivalían a una profesión de fe. Pero, como era obvio, si el nombramiento había sido borrascoso, injusto, anticanónico o se creía amenazada la fe o las costumbres, al punto se suscitaba un conflicto que aprovechaban para sus fines los ambiciosos.

(70) Se la llamaba propiamente Sinodos endemos, o sea Sínodo endémico o popular o que vive entre el pueblo.

Tal le sucedió al Crisóstomo apenas adelantado un poco el año 402. La ocasión la presentó la llamada controversia origenista. Tenemos que tocarla un poco más largamente. Los trastornos que se siguieron a la muerte del gran Teodosio dieron alas a varios agitadores herejes. Y a este propósito se suscitó la controversia que se ha denominado origenista. San Jerónimo tenía un amigo íntimo que se llamaba Rufino y era presbítero de Aquilea. Ambos se entregaron con sumo ardor al estudio de Orígenes pensando encontrar en él la satisfacción total de su espíritu y de su corazón. Pero sucedió que san Jerónimo disentía de Orígenes en diversas cuestiones, v.gr.: la preexistencia de las almas. Esto enfrió el entusiasmo de san Jerónimo, no así el de su amigo Rufino. La diversidad de caracteres vino a sumarse y se produjo una escisión, a



fines del año 394.

Por ese tiempo llegó al Oriente un monje llamado Aterbio, imbuido según parece en errores antropomorjistas, y que aborrecía a Orígenes y a los origenistas. Entonces, al saber que en los monasterios de Palestina se estudiaba a Orígenes, se indignó y fue a protestar delante de Juan, obispo de Jerusalén; y ahí denunció como fautores de los errores de Orígenes a los dos jefes del cenobitismo de Palestina, que eran Jerónimo y Rufino. Jerónimo rechazó, con el ardor que en sus polémicas lo caracterizaba, aquella acusación. Pero su refutación fue a dar de rechazo contra Rufino y el Prelado, que no se habían cuidado de la denuncia. A ese tiempo llegó desde Chipre san Epifanio, tocado según se decía del error de los antropomorfistas, quien iba con el objeto expreso de investigar personalmente los rumores que acerca del origenismo le llegaban. El personalmente consideraba el origenismo como la ruina del dogma a causa de la exégesis fantástica en que se metía.

San Epifanio predicó en la iglesia de la Resurrección o Anás-tasis un sermón en que atacó el origenismo. Por la tarde de ese día el Prelado de Jerusalén, de nombre Juan, predicó a su vez contra quienes suponen que Dios tiene pies y manos y ojos y oídos, o sea contra los antropomorfistas. Epifanio siguió hacia Belén para conferenciar con san Jerónimo. No se pusieron de acuerdo, y san Epifanio por una parte escribió a Juan que condenara las teorías origenistas y por otra escribió a san Jerónimo y a sus monjes para ponerlos en guardia contra dichos errores y contra las simpatías origenistas de Juan. Jerónimo quiso parlamentar, pero Epifanio se negó. Más aún, ordenó de presbítero, casi por la fuerza, a Pauliniano, hermano de san Jerónimo, quien había ido con la legación para parlamentar, a fin, decía, de que los monjes de Belén pudieran recibir de su mano los auxilios espirituales y no tuvieran que recurrir a Juan. Juan entonces dispuso que se negara la entrada a la iglesia del Nacimiento, en Belén, a cualquiera que tuviera por verdadero presbítero a Pauliniano. Más aún: para buscar la paz en su jurisdicción hizo que el Prefecto de Jerusalén diera la orden de destierro contra Jerónimo.

Se procuró un arbitraje, pero Jerónimo prefirió acudir al metropolitano de Cesárea, de quien dependía eclesiásticamente Palestina, o bien al de Antioquía, de quien dependía, según estaba él persuadido, todo el Oriente. Por su parte Juan y Rufino prefirieron acudir al patriarca de Alejandría, que era amigo de ambos; esperando además que éste, que se llamaba Teófilo, por ser patriarca de Alejandría no sería contrario a Orígenes, gloria de aquella ciudad. Por desgracia los contendientes llevaban así sus querellas a un terreno espinosísimo, como era el de las mutuas ambiciones y candentes rencillas antioqueno-alejandrinas. Epifanio prefirió elevar la causa al Papa Siricio, que entonces gobernaba la Iglesia universal. Después, por mediación de Melania y santa Paula, se reconciliaron Rufino y Jerónimo, en la Pascua de 397. Entonces Rufino partió para Roma, en donde se puso en relación con Macario, quien andaba tratando de vindicar el dogma de la Providencia divina contra los paganos, y buscaba un sabio que le suministrara argumentos así escriturarios como filosóficos para su demostración.

Macario ignoraba el griego, y Rufino le tradujo para su uso particular la Apología de Orígenes, del mártir Panfilo; luego otro Tratado de Orígenes titulado *peri arjon*, pero suprimiendo en la traducción las proposiciones origenistas que eran contrarias al Concilio de Nicea, y declaró en el Prólogo que esto lo hacía siguiendo el ejemplo de san Jerónimo. Fue una imprudencia hacer esa versión precisamente en los momentos en que diversos herejes andaban tratando de alegar a Orígenes en defensa de varias

proposiciones heréticas, porque Rufino no suprimía otras que sí eran peligrosas. Entonces Jerónimo, como una protesta, tradujo el *peritoma*, pero en toda su integridad. El obispo Teófilo de Alejandría, que se había enemistado contra Jerónimo por haber éste acudido al metropolitano de Antioquía, tomó parte en la campaña origenista y se valió de ella para intentar un golpe contra el Crisóstomo e imponer su influencia propia en Constantinopla.

Rufino trató de sincerarse, pero de una manera poco noble: acusó a Jerónimo de detractor de san Ambrosio, de Roma y de toda la cristiandad y además de ser un clasicista en el sentido peyorativo. Finalmente el Papa Anastasio, en 390, condenó abiertamente la obra de Orígenes y a su traductor, y enseguida, por un decreto imperial, la obra de Orígenes fue proscrita en todo el imperio. Semejante condenación acrecentó sobre manera el poder e influjo de Teófilo de Alejandría, quien arremetió contra los origenistas en forma nada caritativa. Un cierto número de monjes se negaron a entregarle los libros de Orígenes, y alegaron que ellos estaban capacitados para discernir por sí mismos lo verdadero de lo falso en esos libros. Teófilo entonces desplegó contra ellos una verdadera persecución. En especial se ensañó contra cuatro de los monjes, a quienes por ser de procera estatura se les denominó los Hermanos Grandes. Eran Dioscuro, Ammonio, Eusebio y Eutimio. Muchos de los monjes al fin se sometieron a Teófilo, pero los cuatro Grandes huyeron a Palestina y luego se embarcaron y se refugiaron en Constantinopla, seguidos de otro medio centenar de anacoretas en 401 ó 402.

Parece que luego se reunieron ahí unos doscientos más. El Crisóstomo, sin aceptar las doctrinas origenistas, formado como estaba en la escuela antioquena, y por su excelente sentido crítico de las Escrituras, con todo ofreció prudente y caritativamente un refugio a los perseguidos, en una de las dependencias de la iglesia llamada la Anástasis desde san Gregorio Nazianceno. Buscó luego informes acerca de ellos en Alejandría y al mismo tiempo entabló negociaciones con Teófilo para ver de llegar a una avenencia y al perdón de aquellos desdichados. Fracasó. Entonces los Grandes pensaron en dirigirse a Eudoxia. Esta al principio los favoreció y movió a Arcadio a convocar un Sínodo que fallara sobre el asunto de los origenistas y considerara las acusaciones que contra los Grandes formulaban otros monjes que llegaron para eso desde Alejandría enviados por Teófilo.(71)

Aumentaba el furor de Teófilo porque la influencia del Crisóstomo, gracias no únicamente a su elocuencia, sino sobre todo a su santidad, se iba extendiendo enormemente no sólo entre los católicos, sino también entre los grupos arrianos, novacianos, judíos y bárbaros de la ciudad y de sus contornos.<sup>72</sup> Teófilo estaba muy al tanto de la enemiga de Eudoxia contra el Crisóstomo, en particular desde que éste, contra el parecer de aquélla, salvó la vida a Eutropio y lo recibió bajo su protección en la iglesia catedral. Ahora, la cuestión de los origenistas presentaba a la emperatriz una buena ocasión de litigar contra el prelado; pero mucho mejor la presentaba a Teófilo. Este, llamado por Arcadio para esclarecer la situación, se trasladó personalmente a Constantinopla en la primavera del año 403. Llevó consigo un imponente cortejo de obispos egipcios; y sin siquiera saludar al Crisóstomo, logró instalarse en el palacio imperial. Inmediatamente se dedicó a reunir cuantos testimonios de personas ofendidas encontró contra el Crisóstomo. Se le unieron los Prelados sufragáneos con quienes Juan se había mostrado severo y los diáconos que había depuesto de su grado a causa de su vida desordenada.

Entonces logró Teófilo del emperador un edicto conforme al cual debía sujetarse el Crisóstomo al juicio de un Sínodo, con lo que, a sabiendas y con malicia, mezclaba la causa del santo con la de los origenistas. La mano de Eudoxia andaba en todo esto. Pero Teófilo no se atrevió a reunir el Sínodo en la ciudad misma de Constantinopla, temeroso de que el pueblo se agitara en favor del prelado y de que sus enredos fueran descubiertos con mayor facilidad. Esperó, pues, unas tres semanas, y finalmente se trasladó con todo su cortejo de obispos a una suntuosa casa de campo que había en las afueras de Calcedonia, llamada La Encina, en latín Quercus. Bajo la autorización de Arcadio se juntaron ahí 36 obispos presididos por Teófilo; entre los cuales estaba el obispo mismo de Calcedonia, Cirino. Había una iglesia dedicada a los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y en ella se tuvieron las reuniones en septiembre de 403.

(71) Puech, o. c, pp. 117-154.

(72) Puech, *ibid.* Para más pormenores de la persecución contra el Crisóstomo, véase el Apéndice en este volumen.

El conciliábulo celebró trece sesiones. En él, presentó el diácono Juan, de la Iglesia de Constantinopla, contra su Prelado, el Crisóstomo, nada menos que veintinueve acusaciones. Con esto, el Sínodo ilegal citó a comparecer al Crisóstomo para que se defendiera. Contestó el santo que estaba pronto a comparecer y justificarse, con la condición de que eliminaran de la reunión a los que fueran manifiestamente sus adversarios, por ser notorio que ellos no podían ser jueces en su causa. Además alegó que el Sínodo era ilegal, puesto que lo había convocado Teófilo, cuya jurisdicción estaba en Alejandría. Entonces el Sínodo decretó depuesto de su sede al Crisóstomo por pertinaz en no presentarse. Eudoxia apoyó el decreto y empujó al débil Arcadio a que hiciera lo mismo.<sup>73</sup>

Al saber el pueblo de Constantinopla la determinación del Sínodo de Quercus, amenazó con un grave motín y formó guardias populares para custodiar a su prelado e impedir que lo sacaran al destierro. Mas, como el emperador persistiera en su determinación, al tercer día, a trasmano de la multitud, el mismo santo se entregó a los soldados, en previsión de males mayores. Ellos lo condujeron al puerto llamado Hierón y de ahí a los campos de Preneste, en Bitinia, que quedaban enfrente de Nicomedia. Una vez ido al destierro san Juan, se presentó en la ciudad el obispo Severiano, y, defendido a mano armada por el emperador, entró en la iglesia metropolitana y sede del santo patriarca. El pueblo en tumulto se dirigió en grandes masas al palacio a pedir la vuelta del Crisóstomo. En eso un fuerte terremoto sacudió la ciudad, y Eudoxia, aterrorizada, escribió de su propia mano al santo, suplicándole que regresara. Más aún: se le enviaron legados que lo llamaran; y era tanto el terror, que a éstos siguieron otros y luego otros.<sup>(74)</sup>

(73) Además le impidieron presentarse 40 obispos que habían llegado a Constantinopla expresamente para defenderlo, al parecer sin que él los convocara.

(74) Algunos dicen que fue solamente una legación y no tres. La emperatriz escribió de su puño y letra al santo al día siguiente del terremoto suplicándole regresar a su sede.

Estos movimientos del Poder y del pueblo no eran desconocidos para el Crisóstomo, quien desde sus mocedades en Antioquía se había acostumbrado a contemplarlos y valorizarlos. Por esto, con toda mansedumbre, volvió a su sede. Salieron las

muchedumbres a su encuentro. El se negaba a tomar de nuevo posesión de su sede hasta que un Sínodo declarara su inocencia; pero el pueblo impaciente no esperó a eso y lo obligó a entrar a su iglesia. No desistió el santo en su deseo de que, por la dignidad arzobispal, un Sínodo estudiara su caso imparcialmente; y logró del emperador un decreto para que se convocara. Los obispos adversarios suyos, ante esta perspectiva, todos huyeron de la ciudad acosados de su mala conciencia.

Pero la paz no duró más allá de dos meses. Había entre la iglesia de Santa Sofía y la plaza una estatua de plata que representaba a la emperatriz Eudoxia. Solamente el ancho de la calle la separaba de la iglesia. Pues bien: conforme a la costumbre del pueblo, se celebraron juegos delante de aquella estatua. Pero había en esos juegos diversas cosas que desdecían de la piedad y del nombre cristianos. Como el santo advirtiera que tales juegos se hacían precisamente delante de las puertas mismas de la iglesia, no pudo contenerse, y predicó un sermón u Homilía vehemente contra aquel abuso, que le parecía una grave profanación.<sup>(75)</sup> Eudoxia tomó aquello como una provocación personal, y llena de ira dio los pasos para la reunión de otro Sínodo. Se acusó al Crisóstomo de haber exclamado con ocasión de esos juegos o después de ellos y de su sermón: "¡Todavía queda algo de la raza de Jezabel! ¡La hija de Herodes pide de nuevo la cabeza de Juan ! ¡Si danza es para perpetuar semejante infamia!" Pero la Homilía que contiene esas exclamaciones es ciertamente apócrifa.

(75) Otros asientan que fueron precisamente las damas y cortesanos de palacio quienes, en un acto de adulación, para desagraviar a Eudoxia por las injurias que se decía le había inferido el Crisóstomo, organizaron la fiesta en el otoño de ese año, y que su principal ceremonia debía ser la inauguración de la estatua de la emperatriz en una de las plazas principales de la ciudad; inauguración que ciertamente se llevó a cabo con danzas y cantos naturalmente al estilo de los constantinopolitanos.

Cierta o no esta última acusación, Teófilo, que estaba a la mira y en su resentimiento no perdonaba al santo la humillación sufrida, emprendió una nueva campaña, pero ahora la dirigió desde Alejandría, su sede. Insinuó, pues, a la emperatriz que, apoyándose en el canon IV del Concilio de Antioquía, del año de 341, se podía condenar de nuevo al Crisóstomo. El Concilio, en efecto, prohibía que cualquier obispo depuesto por un Sínodo reasumiera en modo alguno sus funciones ministeriales. Ya en las Navidades del 403, el emperador había tomado cartas en el asunto, movido por Eudoxia; y en ese día avisó al prelado que no recibiría de su mano la sagrada comunión si primero no se justificaba de sus crímenes. Finalmente se reunió en Constantinopla una grande cantidad de obispos y se celebró el Sínodo por orden del emperador. Muchísimas acusaciones se profirieron en contra del santo, que prácticamente se reducían a una sola: haber vuelto a ocupar su sede contra la prescripción del Concilio de Antioquía. Pero el Crisóstomo contestó al Sínodo que su sede la había recibido de Dios y que solamente Dios podía impedirle el ingreso a su iglesia.

No cedió el emperador, y en la Pascua del 404 hizo detener por la fuerza al prelado en su palacio arzobispal. En la vigilia de la festividad el pueblo invadió la iglesia, pero se le dispersó. Entonces se dirigió la multitud a otro local para la celebración, y una vez más entró en acción la fuerza armada y corrió la sangre. El santo se limitó a escribir lo sucedido al Papa Inocencio, que entonces gobernaba la Iglesia universal. El Papa trató de que se reuniera un Concilio ecuménico de Oriente y Occidente, y habló para ello al emperador Honorio. Pero las artimañas de los adversarios de san Juan Crisóstomo

fueron postergando esa reunión, que al fin no se llevó a efecto. El santo permaneció aún en su sede unos dos meses, a pesar de que varias veces sus enemigos intentaron asesinarlo. Mas, al fin, para calmar aquella tempestad, tras de recibir del emperador la orden de destierro, por segunda vez se puso a disposición de los soldados; y bajo la custodia de una fuerte escolta partió a donde quisieran llevarlo. Salió por el lado oriente de la ciudad, después de ordenar que su cabalgadura fuera conducida al lado de occidente, con el objeto de que el pueblo hacia allá se agolpara y no lo encontrara. Se le embarcó en una nave pequeña y se le condujo a Bitinia. Salió de Constantinopla el día 20 de junio del año 404 para no volver más en su vida. Se le tuvo en Nicea de Bitinia hasta el 4 de julio. A esa misma ciudad fueron llevados los obispos Ciríaco de Sinnade, en Frigia, y Eulisio de Apamea, en Bitinia, atados como si fueran criminales, por ser amigos del Crisóstomo; pero ahí se les dejó libres.

El pueblo constantinopolitano se enfureció, y aun algunos se organizaron para resistir al emperador, y se les apodó los juanistas. Uno de los días siguientes al destierro del santo, se produjo un incendio en la iglesia de Santa Sofía, el cual se comunicó también a las habitaciones del Buleuterion, que estaba adjunto. Eudoxia se valió de eso para declarar la persecución contra los juanistas como responsables del incendio. Pero éstos le hicieron frente y no pasó ella a mayores cosas. En cambio, el día 27 de junio, hizo sustituir en la sede de Juan a Arsacio, hermano del difunto Nectario, a la edad de ya ochenta años. Se procedió a los interrogatorios acerca del origen del incendio y fueron atormentados para que declararan dos diaconisas, Olimpías y Pentadía, un diácono y otras varias personas, pero todo resultó en vano. Arsacio murió al año siguiente y se le dio como sucesor a un tal Ático. Los juanistas no reconocieron ni al uno ni al otro y se mantuvieron en correspondencia con el santo; y la ciudad se dividió en partidos.

Por ese tiempo acontecieron diversos sucesos que el pueblo tomaba como castigo de Dios. Uno de ellos fue la muerte de Eudoxia en los dolores de un parto. Entre tanto, san Juan fue conducido a Cúcuso, sitio solitario y lejano, señalado por la misma Eudoxia, temerosa, como los demás adversarios de Juan, de su influencia y correspondencia. El viaje se hizo por Cesárea de Capadocia; pero todavía antes de llegar san Juan a esa población estuvo a punto de ser asesinado por sus enemigos. En Cúcuso se dedicó, en cuanto lo permitía su ya muy gastada salud, pues de Cesárea hubo de salir conducido en una litera, a consolar a sus amigos y cuidar todavía, con sus cartas, en cuanto le era posible, de su rebaño.

Cuando llegó el invierno el santo estuvo a punto de muerte, pero con la primavera se recuperó suficientemente. Entre tanto emisarios a la vez de san Juan Crisóstomo y de Teófilo fueron al Papa Inocencio I, para ponerlo al tanto de todo. Inocencio anuló todas las determinaciones del conciliábulo de Quercus y escribió a Teófilo una muy seria amonestación y negó la comunión a todos los adversarios del Crisóstomo. Pero ni la decisión del Papa ni la muerte de Eudoxia trajeron la paz. El Papa y Honorio habían enviado emisarios a Constantinopla con el fin de lograr un entendimiento, pero fueron mal recibidos (comienzos del 406).

Ahí en Cúcuso, de la Armenia Menor, en los confines de Cilicia, siguió Juan su apostolado mediante la correspondencia, y escribió a diversas personas que bien le querían para consolarse y consolarlas. Escribió además dos opúsculos durante su destierro. El concurso a Cúcuso de muchas personas deseosas de recibir de san Juan Crisóstomo instrucción y dirección espiritual, hizo que sus adversarios, envidiosos y

temerosos de que pudiera regresar a Constantinopla el odiado Pastor, le hicieron salir de Arabisos —a donde se le había trasladado— a un castillo bien fortificado a causa de las incursiones de los isáuricos. En ese castillo permaneció destituido de toda clase de auxilios. Se dedicó a escribir diversas cartas a los obispos de Occidente y a los Legados que de parte de Inocencio y de Honorio habían ido a Constantinopla. También escribió al mismo Inocencio y a varios amigos suyos. Los soldados que lo sacaron de Arabisos lo llevaban con suma precipitación y alegaban ser tales las órdenes recibidas de Constantinopla.

El sitio designado para su nueva residencia era Pityunte, lugar sumamente desierto, en las riberas del Mar Negro. A pesar de haberse desatado una fuerte lluvia cuando lo conducían, los soldados siguieron su camino, de manera que el agua escurría por el pecho y las espaldas del santo. Ni se le cuidaba del excesivo calor del sol, ni se le permitía descanso alguno en los pueblecillos por donde habían de pasar. El viaje con todo era lento a causa de que las fuerzas del prelado estaban agotadas. El 13 de septiembre del 407, llegaron a la ciudad de Comana, pero pasaron los soldados de largo por la población y fueron a detenerse en una iglesia dedicada a los mártires, que estaba como a unas cinco o seis millas de distancia. Durante la noche oyó el Crisóstomo la voz del santo mártir Basilisco, cuyo martirio ahí se veneraba. Había sido martirizado siendo obispo de Cómanos de Nicomedia, en Bitinia, bajo el imperio de Maximino, juntamente con el presbítero Luciano de Antioquía. San Basilisco le dijo al Crisóstomo: "¡Confía, hermano Juan! ¡mañana estaremos juntos!" 76 La tradición añadía que el mismo mártir había ordenado al presbítero que estaba de servicio en la iglesia: "¡Prepara el sitio para Juan, porque ya se acerca!"

(76) Hubo sobre esto una doble tradición. Según unos la visión fue en estado de vigilia del santo, según otros fue solamente en sueños.

Confiado san Juan Crisóstomo en aquellas palabras, rogó a los soldados que permanecieran ahí hasta la hora quinta del día; pero ellos, sin hacer caso de sus ruegos, partieron. Habían caminado apenas unos 30 estadios desde la iglesia de san Basilisco, cuando hubieron de regresarse porque la enfermedad de su víctima llegaba a los últimos extremos. Sentía el santo un dolor terrible en la cabeza, y era tal que ya no podía soportar los rayos del sol. Volvieron pues a la iglesia del mártir. Entonces san Juan pidió unas vestiduras y se revistió de ellas, de manera que incluso se cambió las sandalias. Las vestiduras que había llevado puestas las repartió entre los que estaban presentes. Recibió los últimos auxilios de la santa Madre Iglesia y recitó delante de todos su postrera oración. Luego, al decir, como tenía por costumbre: "¡gloria a Dios en todo!", se signó con la cruz, y en la palabra "amén", pasó al Señor. Era el 14 de septiembre.(77)

(77) Dadas las diversas variantes, de poca importancia para el caso, dejamos al buen juicio del lector los pormenores.

Fue sepultado en la misma iglesia del mártir san Basilisco, y a su entierro acudió mucha gente de los alrededores, y una numerosa turba de vírgenes y monjes. Más tarde, su cuerpo fue trasladado a Constantinopla con inmensa pompa y concurso de fieles, el año 438. Añade Teodoreto que en esta ocasión el joven emperador Teodosio II aplicó sus ojos y su frente al féretro que conducía las cenizas del santo y oró así un buen espacio de tiempo, pidiendo perdón por las faltas de sus padres. Tal fue el fin de uno de los más

grandes oradores que registra la historia.<sup>78</sup>

(78) Los constantinopolitanos comenzaron a darle culto aun antes del trasarte de la oratoria más se aventajaron, pueda parearse con los grandes oradores cristianos, en especial con los que llamamos santos Padres. Muy lejos nos llevaría una comparación o paralelo entre ambas oratorias. Pero algo sí tenemos que decir para poder apreciar el arte oratorio de san Juan Crisóstomo.

1015

## EL ARTE DEL CRISÓSTOMO

Es necesario convenir en que el cristianismo introdujo una nueva clase de oratoria desconocida del mundo pagano. No creemos que orador alguno, latino ni griego, que fueron los que en el lado de sus restos a esa capital. Por lo que cuentan todos los historiadores, el pueblo nunca estuvo de parte de los que perseguían al santo.

Por definición, la oratoria sagrada tiene por objeto arrastrar al oyente a que acepte las verdades de la doctrina de Cristo y ponga en práctica sus preceptos. Por otra parte, el orador sagrado se presenta a hablar como legado y representante de Dios y su Enviado Jesucristo y por lo tanto con la autoridad que le da esa delegación oficial que tiene para anunciar la doctrina de Cristo. Así el cristianismo introdujo en el mundo una forma de oratoria que se distingue de todas las otras por el fin, por la persona del que habla y por la autoridad con que lo hace. Con esto se ve ya que las fuentes de la predicación cristiana son también esencialmente distintas de las de la oratoria profana: son en primer lugar las Sagradas Escrituras y todo lo que ayuda a completarlas o esclarecerlas, como son la Tradición, los santos Padres, los Concilios, los Teólogos. Como confirmación de sus argumentos puede echar mano de las razones filosóficas, pero no está en ellas su fuerza ni su base. Y para no errar en todo esto debe atenerse estrictamente al magisterio de la santa Iglesia que Jesucristo instituyó en la tierra como fiel e infalible intérprete de su pensamiento y sus mandatos.

Las anteriores afirmaciones en modo alguno significan que el orador sagrado haya de despreciar o a lo menos prescindir de los elementos humanos que Dios puso a disposición de los hombres para persuadir unos a otros. Al revés, ha de emplearlos del mejor modo posible, con tal de que no desnaturalice la oratoria sagrada. La verdad, el afecto, la pasión, la fantasía e imaginación, la sensibilidad o corazón, la presentación misma exterior han de ayudar para mejor persuadir al oyente; y esto con tanta mayor necesidad cuanto que han de arrastrarlo a cosas que de suyo le son muy cuesta arriba, como es el dominio de sus pasiones y el ejercicio de todas las virtudes. En consecuencia aquel que mejor funda en una sola unidad ambos elementos, divino y humano, ese será el mejor orador sagrado.

Naturalmente que no vamos a iniciar un estudio comparativo de los grandes oradores sagrados. No lo intentamos y sería cuestión de todo un Tratado. Nos ceñiremos por consiguiente a unas cuantas indicaciones que abran camino para comprender en alguna manera el arte maravilloso del Crisóstomo. Tampoco vamos a estudiar la fuerza particular que a sus palabras comunicaba ese otro elemento decisivo en la oratoria sagrada, al que llamamos santidad o sea el ejercicio heroico de la virtud. Quien pueda comprenderlo que lo comprenda. Esa santidad era la que en el Crisóstomo añadía tan

especial elemento de autoridad a sus palabras, aparte del que ya naturalmente llevaban por hablar él en nombre y como legado y embajador de Cristo y de Dios. Todo eso salta a la vista y no necesita de mayores considerandos. La materia misma de su elocuencia es común a los otros santos Padres, hablando en general: todos, en esa época, más o menos estaban empeñados en el estudio e interpretación de las Sagradas Escrituras así para mejor comprender los dogmas como para mejor refutar las herejías. En cambio, nos interesa mucho la forma con que el Crisóstomo las expone y el modo con que aprovecha los humanos recursos naturales de la elocuencia para arrastrar a sus oyentes.

Debe advertirse desde luego que, como acabamos de indicar, la oratoria sagrada se distingue de la profana por razón de la persona que habla, de la autoridad con que habla y del fin que se propone; pero cuanto al arte de persuadir, si descartamos el elemento de la santidad que tanto ayuda al orador sagrado, en lo demás no se distinguen ambas oratorias: echan mano de los mismos elementos: claridad en el fin propuesto y recta disposición así del elemento intelectual como del volitivo y pasional para llegar a ese fin, y conveniente presentación ante el auditorio. Son pues estos los elementos que someramente estudiaremos en el Crisóstomo.

Y comenzando por el elemento intelectual, la primera observación que se ofrece es que san Juan Crisóstomo no es ni el teólogo que expone secamente, escuetamente las verdades, ni tampoco es un polemista dedicado a defenderlas: es, antes que todo, un expositor de ellas, de manera que toma todos los medios para explicarlas y hacerlas inteligibles a sus oyentes. De paso es como de ordinario toca la parte apologética y polémica del cristianismo, excepto en algunos Tratados y Homilías como las dirigidas contra los Anomeos. Pero como no explica las verdades únicamente para que bien se entiendan, sino para que el oyente se decida a poner en práctica las consecuencias que ellas tienen para la vida, con mucha frecuencia deriva su discurso y enfoca las ideas a moralizar. Tanto que no han faltado quienes se lo noten como un defecto: las aplicaciones morales y la exhortación al bien vivir llenan a veces la mayor parte de sus discursos.

Esta misma tendencia, juntamente con el total desprecio de las alabanzas mundanas y del amor y estima propia, hacen que repetidas veces en una sola Homilía toque temas muy diversos y sin conexión lógica entre sí, hasta el punto de que no han faltado quienes aseguren que "hay en él más calor que lógica, más imágenes que argumentos".(79) Lo que significa que va constantemente en persecución del bien moral de los oyentes, y prescinde de las formas hechas del discurso clásico. Mas no significa que la argumentación del santo sea floja o inepta: eso no le acontece nunca. Incluso a veces le sucede proponer tres partes en que dividirá el discurso, que luego en la Homilía se reducen a dos o se extienden a más. Aunque siempre claro tanto en la idea como en las divisiones y subdivisiones, toma esto como elemento secundario y propio de retóricos. Le importan más las almas que la distribución proporcionada de su pieza oratoria.

(79) Villemain atribuye precisamente a ese predominio del afecto sobre la lógica, a que "hay en él más calor que lógica, más imágenes que argumentos", el que sea el Crisóstomo "tan familiar, persuasivo y adaptado a su auditorio". (*Tableau de l'éloquence chrétienne au IV siècle*, pp. 149-181) Nos permitimos disentir de su afirmación. La lógica del Crisóstomo es férrea, aunque se presenta a veces como diluida entre jardines de flores retóricas orientales. Cuando expone su pensamiento y lo razona lo hace de tal



modo que, como dice Montfaucon (Prefacio a Sancti Ioannis Chrysostomi Opera Omnia), parecería que no es posible encontrar un modo más apto de presentar y razonar la verdad. Es cierto que la imaginación de san Juan desborda "hasta causar náuseas a algunos la ininterrumpida continuidad de los tropos y comparaciones", pero debe advertirse que esto generalmente sucede cuando el lector se dedica a leer de corrido y sin interrupción las Homilias del santo, sin recordar que no fueron pronunciadas sino una tras otra con intervalos de tiempo más que suficientes para que los auditorios renovaran su atención y descansaran. Por otra parte, al orador hay que considerarlo en su conjunto y no en alguna que otra cosa que pueda parecer defectuosa. Finalmente es del todo necesario no perder de vista la esencia de lo oratoria sagrada.

Finalmente, expone la doctrina con claridad y generalmente bajo el sentido literal, tan propio de la escuela teológica y escriturarla de Antioquía. De manera que de ordinario toma el texto de la Sagrada Escritura y lo va comentando y desenvolviendo y aplicando por lo que dice, por la comparación con otros sitios paralelos de las mismas Escrituras, por el obvio sentido de las frases o las palabras, o por raciocinios humanos perfectamente seguros. Al modo de los otros santos Padres, rarísima vez cita a los otros Doctores; tiene su mirada fija antes que en otro alguno en el gran Doctor de las gentes, Pablo. A éste estudia, a éste alaba sin descanso. Llegóse a afirmar que el mismo Pablo le dictaba sus sermones y que se le había visto muchas veces conversar con él familiarmente. No pasa eso de una leyenda, pero confirma lo que veníamos diciendo. Podemos pues decir que la fuente de su hermenéutica se encuentra en sus profundas meditaciones.

Aunque tan segura en su catolicismo la doctrina del Crisóstomo, todavía, en el fervor de su predicación tuvo a veces algunas expresiones que sus enemigos podían torcer en mal sentido. Famosa es la que dijo acerca de la penitencia: "¡No te traigo yo al medio de tus consiervos ni te obligo a revelar tus pecados a los hombres! ¡despliega tu conciencia delante de Dios, muéstrale a El tus llagas, a El pídele el remedio". Se quiso entender esto como si el santo no estimara ni quisiera la confesión con el sacerdote. Pero no es exacto. Aparte de que en otros muchos sitios alaba y exige la confesión con el sacerdote, la expresión referida está en conexión con la nueva disciplina de la Iglesia, introducida por Nectario en Constantinopla, por la que se vedó desde entonces la confesión pública de los pecados por las graves dificultades que ella ocasionaba.

Mucho más grave fue la cuestión que se suscitó sobre la acción de la gracia y la actividad del libre albedrío en los últimos años de su vida. Juliano y Aniano, pelagianos, repetían que el Crisóstomo los favorecía; y aun se tuvo a Casiano, uno de los discípulos del Crisóstomo en Constantinopla, por los años de 401, como autor del semipelagianismo. Ciertamente en sus escritos y Homilias dejó caer el Crisóstomo frases que sin duda él mismo habría puntualizado de haber existido ya la cuestión teológica sobre las relaciones entre la gracia y el libre albedrío. Tenemos que detenernos un poco más en esto.

En la Homilía sobre el texto de san Pablo: "Teniendo el mismo espíritu de fe", etc., dice: "Porque quería declarar (el Apóstol) que el comienzo de creer y obedecer al que llama toca a nuestra buena voluntad; pero, una vez que se han puesto ya los fundamentos de la fe, entonces es necesario el auxilio del Espíritu Santo a fin de que permanezca ella en nosotros inconcusa e inexpugnable. Porque ni Dios ni la gracia del Espíritu Santo se adelantan a nuestro propósito. Pues, aunque Dios llame, pero espera a

que espontáneamente y por propia voluntad nos acerquemos; y cuando finalmente nos acercamos, entonces nos da por entero su auxilio".

Cosa parecida afirma en la Homilía sobre san Juan, cuando explica el texto: "Como Jesús se volviera y los viera que le seguían, les dijo: ¿qué es lo que buscáis?" "Por aquí nos enseña, dice el santo Doctor, que Dios no previene nuestras voluntades con sus dones, sino que una vez que nosotros hemos comenzado, cuando hemos echado por delante nuestra voluntad, entonces es cuando El nos ofrece muchísimas ocasiones de salvación". Y en la Homilía 59 sobre el Génesis, usó de un lenguaje verdaderamente confuso. Hablando ahí de Jacob, el hijo de Isaac, dice: "Aunque se había apoyado en el auxilio de arriba, pero con todo él primero puso de su parte lo que le tocaba. Pues del mismo modo, debemos nosotros persuadirnos de que, por más que nos esforcemos millares de veces, nada podemos hacer si no es ayudados por el auxilio de arriba. Porque así como no podemos obrar nada recto si no gozamos de ese auxilio, del mismo modo, si no ponemos lo que está de nuestra parte no podremos alcanzar el auxilio de lo alto".

Creemos ser necesario tomar en el mejor sentido posible estas y otras expresiones del santo. En primer lugar porque la Iglesia aún no había tratado de propósito esa cuestión del libre albedrío y la gracia, de suyo oscurísima. Por otra parte, el santo tenía que improvisar constantemente, y como dijimos mantenía fija su mente más en el provecho de los oyentes que no en las disquisiciones teológicas. Además, el mismo, refiriéndose al monje Pelagio, que todos creen ser el mismo autor del pelagianismo, pues éste comenzó a extender sus errores en el último año de la vida del santo, dice: "Muy grandemente me duelo del monje Pelagio. Piensa tú de cuántas y cuan grandes coronas se han hecho dignos quienes esforzadamente permanecieron firmes en el combate, cuando varones que habían vivido en tan grande piedad, paciencia y ejercicio de virtudes, vemos que nos son arrebatados por el demonio con engaño". (Carta IV a Olimpias).

Cuanto a sus interpretaciones del texto escriturario, ciertamente son muy acertadas y forman autoridad en la Iglesia, pero es necesario siempre cotejarlas con las de los otros santos Padres; y sobre todo tener en cuenta los datos modernísimos de los estudios bíblicos: no se le podía pedir al santo Doctor una ciencia superior a la edad histórica que vivía. De vez en cuando intercala algunas consejas que andaban validas entre el pueblo y que en manera alguna son verdaderas. Conviene advertir que el Cri-sóstomo nunca se dedicó a la erudición profana después de su conversión. Así, por ejemplo, de la inmensa erudición dialéctica y retórica que acopió en la escuela de Libanio, apenas aparece nada en sus obras: se diría que hay un corte total en su vida, desde el momento en que se entregó a Dios. En Antioquía estaba muy en auge en su tiempo la erudición clásica y los recuerdos del paganismo muy vivos, y con todo, por el Crisóstomo no nos enteramos de las fábulas de los dioses ni de las teorías de los filósofos salvo raras veces. Usaba de esos elementos única y exclusivamente en cuanto le servían para el bien de sus oyentes.

Lo mismo debe decirse acerca de las consejas a que aludíamos. Las refiere para sacar de ellas lecciones morales y nada más, sin preocuparse de su verdad histórica. Así, por ejemplo, cuando habla del estiércol en que se revolcaba el santo Job, afirma: "Muchos hay ahora que emprenden una larga peregrinación transmarina desde los confines de la tierra hacia Arabia para ver el estiércol, y cuando lo han visto, besan la tierra que recibió sobre sí la sangre derramada en la batalla por aquel vencedor, más preciosa que todo el

oro". Acerca del arca de Noé dice que "aún se conservan sus reliquias en los montes de Arabia hasta nuestros días". Refiriéndose al Mar Muerto, explica: "Pero esta (tierra) es ahora la más desierta de todos los desiertos. Porque tiene árboles y éstos producen sus frutos, pero esos frutos son un memorial de la ira divina: hay ahí espléndidos granados que a los que lo ignoran dan buena esperanza por su aspecto, pero cuando sus frutos se toman en la mano y se parten, presentan en su interior no fruto alguno sino ceniza y abundante polvo".

También en lo tocante a la cosmología, el santo es un hombre de su tiempo. Nos habla de los cuatro elementos de que están compuestas todas las cosas y otras opiniones de este jaez. Sin embargo ni en esto tampoco se detiene ni hace gala de alguna erudición. Como dijimos su mente permanece enclavada en el pensamiento de Dios y en la palabra de Cristo y todo su anhelo es ayudar a bien vivir a sus prójimos. De otras ciencias apenas parece tener noción y muy vagamente las aplica, por ejemplo de la medicina. Del argumento histórico, que tanto explotaron Demóstenes y Cicerón, el Crisóstomo solamente hace uso tomándolo continuamente de las Sagradas Escrituras, lo mismo que los ejemplos: parece sabérselas de memoria, según es la facilidad con que las cita y las maneja.

La forma retórica es sin duda de las más atrayentes en el Crisóstomo : todas las galas del estilo están al servicio de la idea, así como la idea lo está al servicio de la doctrina y de la moral de Cristo. Se suceden sin interrupción las antítesis, las comparaciones, los ejemplos; tropos de todas clases se atrepellan por salir de aquella boca de oro, y van brotando con una naturalidad y fluidez que espanta. Su imaginación trabaja sin trabajo alguno y encuentra siempre la más adecuada imagen para explicar la idea. El espíritu de observación es finísimo: delante de él van discurriendo y pasando todas las bellezas naturales de la bella Antioquía, como su río y sus torrentes, sus montes y sus cavernas, sus prados y sus muros, sus flores, sus jardines y sus frutos, su cielo y su atmósfera, sus tempestades y sus calmas, las lejanías de sus horizontes que aparecen desde las cumbres del Silpio y las inmensidades del mar situado no muy lejos de la ciudad. Y todo esto con el pormenor, muy instructivo, de que no localiza tales bellezas ni alude al sitio en donde se encuentran, salvo raras ocasiones. No oímos en sus Homilías ni el nombre del Silpio ni el del Estauris, ni el del Orantes; y sin embargo los estamos viendo en las descripciones y comparaciones que el santo emplea para explicar su pensamiento.

Ese mismo espíritu de observación hace que a su ojo perspicaz no pase inadvertida ni una sola de las costumbres antioqueñas o constantinopolitanas. Desde las carrozas reales, las galas del vestido imperial, las armaduras de las cohortes, el oropel de la corte y sus vicios profundos, hasta la soberbia de los filósofos, las mil trampas de los comerciantes, las hechicerías de las barriadas, los festines y los pordioseros, toda aquella sociedad antioquena, o por decir mejor oriental, del siglo IV, la podemos reconstruir a través de las pequeñas o largas descripciones y etopeyas de los discursos del santo, en imágenes llenas de colorido que, como decíamos, se atrepellan unas a otras, hasta el punto de que a veces se encuentran sobrepuestas, y no ha terminado una cuando ya aparece la que la sigue. Imaginación netamente oriental que se desborda empujada por el celo de las almas, y que a veces, como ya se ha hecho notar por algunos autores, salta los límites de la ordinaria concepción en prosa para entrarse por los campos de la poesía.

Ese encanto aumenta sobre manera con el de la expresión misma verbal que va

siguiendo todas las sinuosidades del pensamiento con una fidelidad que nada tiene que pedir a Cicerón o a Isó-crates. El estilo es a veces cortado, casi sacudido, por medio de interrogaciones, dialogismos, sentencias o breves reflexiones. Otras veces avanza con la calma del Orontes y con su misma solemnidad, y se va desarrollando en frases de amplitud varia que rematan en una cadencia inesperada o en un corte brusco, a la manera de quien se asomara a la boca de un precipicio del Silpio. De vez en cuando, muy pocas por cierto, el empuje brioso del pectus oratorium es tal que habiendo comenzado el período en forma de prótasis, se va enriqueciendo hasta perderse, como en amplias espirales, en un bosque de incisos, y acaba por producir sorprendentes anacolutos así gramaticales como de idea.

Por todas partes aparece, pero revestida de aquel continuo fervor de espíritu y ánimo apostólico, la forma pulcra y la abundante exposición de que tanto se admiraban sus contemporáneos, en especial su profesor Libanio. Aquella formación clásica fue la base humana del orador sagrado. Pero, mucho más que en la exposición de la doctrina, con tanta claridad y de modo tan apto para la instrucción de los fieles; y mucho más que en el dominio absoluto de los secretos del arte retórico, es admirable san Juan Crisóstomo en la vida interna que sabe comunicar a cuanto dice. Nada hay frío; todo está lleno del calor divino de la santidad y juntamente del entusiasmo humano que necesariamente se comunica a los oyentes cuando es sincero y con ellos acopla.

No es posible que nos detengamos a hacer un estudio pormenorizado del manejo del elemento pasional en la predicación del santo. Mejor será que quien quisiere comprenderlo y copiarlo se dedique a examinarlo cuidadosamente en sus obras. Ciertamente todos los autores han alabado su íntima compenetración psicológica con el auditorio, al cual mueve y conmueve con una natural facilidad que parece de milagro: lo lleva a donde gusta y lo reviste de los afectos que desea. Maravillosa es la manera con que hace saltar los primeros pródromos de gozo, de terror, de compasión, de ira santa, de vergüenza: no hay alguna clase de afectos que no sepa magistralmente despertar, llevarlos a emociones y convertirlos, si a bien le viene, en pasiones activísimas. Ligeras observaciones acerca de este arte consumado nos permitiremos en algunas de sus Homilías, como de paso. Por ahora, basten estas brevísimas indicaciones.

No le faltan defectos en su oratoria, pero el conjunto de ella era tan conmovedor que, según testimonios contemporáneos del todo seguros, el hipnotismo que producía el santo al hablar a sus feligreses con mucha frecuencia los llevó a aplaudirle en la iglesia, interrumpiéndolo en su predicación; y el mismo santo tuvo no pocas que contener a quienes lo aplaudían. Como decíamos no faltan defectos en sus Homilías si se las considera a la luz de las preceptivas de la Retórica, y bien está que también en esto nos fijemos, para que el cuadro sea completo. Muy bien los reúne Fray Mateo, O.S.B., en una nota que nos han transmitido los reeditores de Montfaucon (Vol. XIII, págs. 212-213), y que vamos a copiar. Con ella cerraremos este párrafo, tan incompleto, que hemos dedicado a la oratoria del santo.

"De dos géneros son las Homilías del Crisóstomo. Porque en unas trata continuadamente y por su orden libros íntegros de la Sagrada Escritura. Y en este género, propone en cada Homilía una parte del Libro y la explica en la parte primera de la Homilía y a veces dos y tres la vuelve a tratar (a). Pero la segunda parte de la Homilía la dedica toda entera a dar la doctrina moral sobre las costumbres, y toma la materia o bien del texto que ha explicado (y esto es ordinariamente de unos pocos textos o de uno

solo), o de las circunstancias de tiempos, lugares, personas y sucesos que en esos días se traían entre manos; hasta el punto de que a veces parece forzado el discurso y como traído por los cabellos. En esta forma tiene frecuentes invectivas contra los teatros, los juegos del circo, las artes mágicas, los juramentos, las supersticiones, la voluptuosidad y el lujo, y contra los que se ponían a charlar dentro de la iglesia o se reían alto o bailaban, y contra los ladrones corta-bolsas, y contra los demás vicios de aquel siglo desenfrenado que corría a su ruina, vicios increíbles y que sobrepasaban toda medida.

"El segundo género de Homilías o bien exponía las Lecciones que se tenían en ese día, tomadas de los Evangeliarios, o del Apóstol san Pablo; o bien celebraban ciertas festividades o tiempos del año, o se tenían en circunstancias especiales, por determinados acontecimientos. En este segundo género, la elocución es más solemne y pomposa; y por lo que hace a la invención nadie ciertamente echará de menos el ingenio del Crisóstomo, sino más bien lo reprenderá por su estilo lujurioso y que sobrepasa el modo debido, y aun deseará una mayor probabilidad y verosimilitud en diversas ocurrencias de su inventiva.

"Como ya dije, las Homilías del primer género tienen todas una misma disposición. En cambio de las de este segundo, son poquísimas las que tienen una disposición conforme a las reglas del arte. No raras veces el orador cambia de proposición y da a las palabras de ella una interpretación o más amplia o más estrecha de lo que permiten. Añádase que con frecuencia, mientras va tratando el argumento, se desvía a cosas ajenas de él, porque con dificultad puede refrenar su propio ingenio llevado del entusiasmo. Y por lo que mira al aparato oratorio, es decir al floreos y al colorido, el orador por todas partes avanza rodeado de ellos: se diría que es un General que, habiendo conquistado a Constantinopla, vuelve llevando consigo todas las abundancias de su regia opulencia y todo la magnificencia de sus lujos.

"También se le reprende al Crisóstomo la desproporción de las partes. Porque a veces el Exordio llena la mitad del discurso. Otras veces, apenas ha tratado brevemente el argumento, cuando continúa con una extensa charla con sus oyentes. En el primer género de Homilías, al explicar las sentencias de la Escritura, la elocución de vez en cuando no es tan elaborada y perfecta, cosa que sería mucho de alabar, sino que más bien es lenta, descuidada y negligente, con lo que causa fastidio por las muchas repeticiones. En el segundo género, repetidas veces la elocución es rebuscada y llena de continuos tropos no todos del mismo valor, y recargada de floreos exorbitantes y de variados colores que no dicen entre sí; y más parece ordenada a hacer ostentación de sí y a dar gusto a los oídos del auditorio; porque es, en la cantidad, excesiva e inflada y llena de hinchazón; y para usar de las palabras mismas del Crisóstomo es briouosa, brithousa, xomosa.

"Cuanto a las Cartas del Crisóstomo, no las recomendaría yo a nadie con excesivo empeño, sino únicamente a quienes desean conocer por ellas la historia. Sobresalen entre las demás, las pocas y largas dirigidas a Olimpías, pero éstas sobrepasan el modo epistolar, y la mayor parte son muy parecidas por sus sentencias y aun por sus palabras. Aquel \*b rjdxón (sentimiento suave) que antes que otra cosa alguna da valor a las cartas familiares, en éstas aparece unas veces como de solas palabras y fórmulas vulgares y otras como algo rebuscado y fingido, que por lo mismo desagrade.

"Pero todo esto sea dicho queriendo buscarle sus defectos, que en realidad están

compensados con excelentes virtudes, que se encuentran casi en cada período. Porque unas veces enseña con profundidad, otras combate con firmeza; a veces se expresa con profundidad y elegancia, otras se explaya en ornatos oratorios; en unas partes deleita con la agudeza del ingenio y en otras aterroriza al modo del relámpago y del rayo. Añádase a esto la dignidad con que trata las costumbres cuando las toca en sus discursos y el peso y la alteza de sus sentencias y su ánimo despreciador de los vicios, los deleites y las vanidades del mundo, y a la vez piadoso y sumamente cuidadoso de la unción y la devoción (b). Y a la verdad: si este orador hubiera hablado en Atenas o en Roma, a hombres llenos de modestia y de morigeradas costumbres, y delante de oyentes llenos de gravedad y justos estimadores de la elocuencia, lo compararíamos con Esquines o con Cicerón, tras de los cuales, obtener él el segundo o el tercer lugar, todavía es un honor".

Hasta aquí el juicio, netamente retórico, de Fray Mateo, quien, como se advierte, ha procedido, conforme a las reglas de la Retórica clásica, a examinar la Invención, la Disposición y la Elocución. Por su parte, los reeditores de Montfaucon añaden las dos observaciones que hemos marcado con a) y b). a) Quanto al primer género de Homilías, "se aparta el Crisóstomo de esta norma en muchas de las Homilías sobre el Génesis. Porque en ellas, el Exordio y la Peroración están dedicadas a tratar de las costumbres y el cuerpo del discurso expone la sentencia o *Q<sup>ot</sup>* de la Escritura. A veces en el Exordio recopila lo ya tratado antes. En las Homilías sobre los salmos, va recitando las palabras, las explica brevemente, y en seguida a cada explicación añade una exhortación moral. Esto hace que en cada Homilía topemos con muchos y disímbolos argumentos morales, b) Así como entre los oradores no cristianos ninguno hay que supere a Isócrates en el decoro al recomendar las virtudes cívicas, así el Crisóstomo, después de Cristo y de los Apóstoles, al hablar de las virtudes cristianas no tiene ni superior ni igual, por el peso y profundidad de sus sentencias, entre los oradores cristianos griegos, para no hablar de los latinos".

Repasando los escritores autorizados que desde la antigüedad se han ocupado de la elocuencia del Crisóstomo, podríamos amontonar testimonios contestes de la admiración universal que siempre ha despertado, a pesar de los defectos que se le pueden y deben señalar. De modo que, por encima de las apreciaciones personales, la voz universal lo ha proclamado uno de los grandes genios de la oratoria así en el sentido profano como en el sagrado. Su lectura y sobre todo su estudio será siempre un elemento indispensable para todo predicador que quiera llenar su oficio con perfección.

Tratándose, en particular, de la oratoria sagrada, pensamos nosotros que no hay testimonios de mayor peso que las palabras de los Romanos Pontífices, de las cuales podríamos también aquí acumular muchas y muy elogiosas. Pero no lo haremos para no alargarnos excesivamente. Baste con recordar cómo la Sagrada Congregación de Obispos y religiosos, a 31 de julio de 1894, afirmaba: "A la piedad y a la virtud cristiana debe ir unida la ciencia... pues está demostrado por una constante experiencia que en vano se esperará una predicación sólida, ordenada y fructuosa de parte de aquellos que no se han nutrido con buenos estudios, principalmente sagrados, y que, confiados en cierta locuacidad natural, suben temerariamente al pulpito o con poca o ninguna preparación".

Teniendo pues en cuenta esto, y que el Crisóstomo es no un libro sino toda una biblioteca sacra, con mucha razón León XIII, en la sala ducal del Vaticano, el 4 de julio

de 1880, decía a los Párrocos y Predicadores y Teólogos: "Para responder a vuestros deseos, ponemos a los oradores sagrados bajo la tutela y patrocinio de san Juan Crisóstomo, a quien proponemos como ejemplar al que todos imiten. El es, sin dificultad, como a todos es manifiesto, el príncipe de los oradores cristianos: el áureo río de su elocuencia, su invencible fuerza en el decir, la santidad de su vida, cosas son que con sumas alabanzas celebran todas las naciones". Y luego Pío X oficialmente a este supremo orador cristiano "Caelestem oratorum sacrorum Patronum declaravit atque constituit".(80)

(80) Palabras del Oficio eclesiástico del día.

**1016**

## **EFEMÉRIDES**

Escritos del santo antes de su diaconado

Años entre el 343 y el 354: nace san Juan en Antioquía.

Año 369. Terminados sus estudios de elocuencia, comienza los de Sagrada Escritura bajo el magisterio del Obispo Melecio, y es bautizado por éste y luego ordenado Lector.

Año 372. Hacia los comienzos, abandona el Crisóstomo el magisterio de Melecio y toma como maestros a Carterio y a Diodoro; y poco después atrae a la escuela de éstos a Máximo y a Teodoro.

Año 373. Escribe sus dos primeros opúsculos, o sea sus dos Tratados a Teodoro Caído.

Año 374. Hacia este año se le busca para hacerlo obispo, pero él lo evita ocultándose; y a comienzos del año siguiente o fines de éste abraza la vida monástica en la soledad.

Año 375. Hacia este año escribe los seis Libros sobre el Sacerdocio.

Año 376. Escribe los tres Libros contra los que atacan la vida monástica; y quizá no mucho después, probablemente aún en la soledad, escribe el otro de la Comparación entre un Rey y un Monje. También en la soledad escribe el Libro a Demetrio sobre la Compunción, y luego otro sobre el mismo tema a Es-telequio.

Año 377 o 378. Probablemente escribe los tres Libros para consolar al energúmeno Estagirio.

Escritos durante su diaconado

Año 380. Hacia el fin o comienzos del 381, tiene que regresar de la soledad a Antioquía en donde es ordenado de diácono.

Año 381. Escribe el Libro a una Viuda joven; y probablemente para la misma escribe no mucho después el otro acerca de no contraer nuevas nupcias. Probablemente en ese mismo año escribe el Libro sobre la Virginidad.

Año 382. Compone el Libro en alabanza de san Babylas y contra Juliano y los gentiles. También durante su diaconado escribe la Sinopsis sobre varios Libros de la sagrada Escritura, aunque ésta no es toda de él, a lo menos tal como la publicó Montfaucon.

Primer año de presbiterado

Año 386. Hacia los comienzos de este año es ordenado de presbítero y comienza el oficio de predicar. Pronuncia su primera Homilía. Entre enero y febrero pronuncia otra sobre Ozías, o sea la que en los impresos se halla como segunda sobre ese argumento. Siguiéron luego, antes de la cuaresma, otras tres Homilías sobre Ozías o de los Serafines, es a saber la tercera, quinta y sexta de los impresos. Al principio de la

Cuaresma comenzó los ocho Sermones sobre el Génesis. Durante la misma Cuaresma, en el mes de marzo, según parece, pronunció las otras cinco, o sea dos sobre la oscuridad de los Profetas, la tercera contra los maniqueos que dicen que los demonios gobiernan el mundo, la cuarta contra la pereza y la quinta acerca del demonio como tentador. En el mes de mayo verosíblemente, predicó la Homilía sobre el obispo Melecio.

Verosíblemente en ese mismo año enfermó el santo y tuvo la Homilía acerca de aquello del Apóstol: "Hoc autem scitote..." En agosto predicó la primera Homilía contra los anomeos, y a fines de agosto o principios de septiembre comenzó las disputas contra los judíos y tuvo los dos primeros discursos sobre ese tema, y quizá otros dos que se han perdido. En noviembre continuó la discusión con los anomeos, y en este mes y el siguiente pronunció las Homilías segunda, tercera, cuarta y quinta sobre el Incomprensible. Parece que después de la tercera predicó la Homilía sobre el Anatema; y tras de la quinta parece que se siguieron otras dos: la de Acerca de no divulgar las faltas de los hermanos y la de Acerca de que no se debe desesperar. El 20 de diciembre tuvo la Homilía sobre san Filogonio. El 25 de ese mes la Homilía sobre la Natividad del Señor; según parece, al terminar el año, la Homilía sobre el dicho del Apóstol: "Sive per occasionem. . ."

#### Segundo año de presbiterado

Año 387. El 19 de enero predicó la Homilía Acerca de las Kalendas, y el día 2 la Homilía I sobre Lázaro y el rico. Luego, durante el mes, tuvo las otras dos sobre el mismo tema. El día 6 probablemente, predicó la Homilía Acerca de la Epifanía, y al día siguiente la de san Luciano. El 24 dijo la Homilía en honor de san Babylas, y poco después la otra en honor de los santos Juventino y Maximino; siguió la cuarta Acerca de Lázaro y el rico; luego otra Acerca de aquello del Apóstol: "De dormientibus..." En el mes de febrero comenzó de nuevo el ataque contra los anomeos y predicó sobre esto cinco Homilías: primero la que en los impresos es séptima, luego otra, luego la que es octava, luego la nona y tras de éstas la que es décima, probablemente. Interpuso la Homilía sobre la Resurrección de los muertos; y tal vez hay que poner en este mismo mes la Homilía Acerca de las Viudas y la Homilía sobre el Terremoto y las que le siguen en el tomo primero de los impresos.

Antes de la Cuaresma tuvo la Homilía contra los Cuartodecimanos llamada también Tercera contra los Judíos; esto hacia fines de febrero. A fines de febrero o comienzos de marzo, predicó la Homilía acerca del dicho del Apóstol: "Módico vino utere..." Hacia los principios de marzo brotó en Antioquía la gravísima sedición en la que fueron echadas por tierra las estatuas del emperador Teodosio. Predicó entonces las Homilías llamadas de las Estatuas. La primera fue la que se llama segunda y la tuvo un poco antes de la Cuaresma; luego siguieron las otras por este orden: en la dominica de Quadragésima, 14 de marzo, la tercera; luego la cuarta, la quinta, la sexta, la séptima, la octava, la decimaquinta, todo en los seis días subsecuentes de la primera semana de Cuaresma. El lunes siguiente predicó la novena y finalmente la décima al día siguiente. Tras de esto el santo se vio obligado a interrumpirlas a causa del excesivo terror de los antioquenos, por lo que en los primeros días de esta segunda semana tuvo la primera de las Catequesis.

El 26 ó 28 de marzo, tuvo la Homilía decimasexta de las Estatuas, cuando aún no



habían comenzado los enjuiciamientos. Tras ellos se siguió la diecisiete, o sea el día 2 o el 3 de abril, y también la segunda de las Catequesis. Se siguieron la 18, 11, 12, 13 durante los días siguientes; y tras de uno o varios días pronunció la 14. Cerca del domingo de Palmas, o quizá en ese mismo día, 18 de abril, tuvo la 19, tras de haber sufrido una enfermedad. En la Semana Santa dijo la 20, llamada también 22. En la fiesta de Pascua, el 25 de abril, dijo la 21. Después de la Pascua dijo algunas otras que se han perdido. En los meses de mayo y junio, predicó los Sermones sobre Anna la del antiguo Testamento, de los que solamente nos han llegado cinco. Los demás, juntamente con la Homilía predicada el día de Pentecostés, se han extraviado.

Hacia fines de junio padeció el santo otra enfermedad bastante larga. Pero apenas se alivió un poco y pronunció la Homilía sobre el Deudor de los diez mil talentos. En seguida, otras tres sobre el rey David; y parece que poco después la Acerca de amar a los enemigos. Hacia el mes de agosto dio a luz el libro contra los judíos y los gentiles, para probarles la divinidad de Jesucristo. En los meses de septiembre y octubre pronunció los cinco Sermones posteriores contra los judíos. Pasada la mitad de octubre tuvo la Homilía sobre el Salmo LXI. Y desde noviembre en adelante hasta la Cuaresma del año siguiente (o sea el 388), han de ponerse las cinco Homilías siguientes: Sobre la Limosna, tres sobre el dicho de san Pablo: "Habentes eundem Spiritum fidei. .."; finalmente la otra sobre lo del mismo Apóstol: "Utinam sustineretis modicum quid. .."

#### Tercer año de presbiterado

Año 388. El 17 de febrero, o sea en la dominica antes de Cuadragesima, pronunció la Primera Homilía sobre el Génesis. Las siguientes las predicó a continuación casi cada día, aunque interrumpiéndolas de vez en cuando con otras Homilías que no se nos han conservado. Así pronunció seguidas las 32 primeras. De modo que la última tuvo lugar el miércoles 5 de abril. Al día siguiente, Jueves Santo, tuvo la de Judas Traidor, luego la de la Cruz y la de la fiesta de Pascua titulada contra los Ebriosos. Luego predicó seguidas las cinco sobre el principio de los Hechos de los Apóstoles, a partir de la siguiente dominica, 16 de abril. A continuación dijo la sobre Mutatione nominum, y probablemente continuó tratando la misma materia hasta Pentecostés; de manera que parece que la última de esta serie la predicó al día siguiente de Pentecostés. Probablemente intercaló la Homilía sobre la Ascensión del Señor y otra también sobre la fiesta de Pentecostés. Hacia el mes de junio reasumió el tratado sobre el Génesis, cuyas Homilías continuó hasta terminarlas por septiembre u octubre. Quizá hacia fines del año, predicó las dos Homilías acerca del dicho del Apóstol: "Salutate Priscillam et Aquilam. . ."

#### Tiempo restante del presbiterado: 388 a febrero de 398

Hacia fines del 388 o comienzos del 389 hay que colocar el principio de la Exposición sobre San Juan, la que parece terminó durante ese año. En 389 o 390 comenzó las Homilías sobre san Mateo y las terminó en 390 o 391. En 391, según parece, hizo la Exposición de la Epístola a los Romanos. Por el 392 hay que colocar la Exposición de las dos Cartas a los Corintios. Desde 393 hasta 397 parece que compuso la interpretación sobre las Cartas de san Pablo a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, las dos a Timoteo, la de Tito y probablemente la a Filemón. Por esos mismos años compuso y predicó ante el pueblo la Exposición sobre los Salmos. Y en 397 probablemente, se ha de colocar el comienzo de la Exposición sobre los primeros

capítulos de Isaías, que parece ser su última obra del tiempo del presbiterado.

De fecha incierta en absoluto

Al tiempo de su predicación en Antioquía, o sea desde el comienzo del 386 hasta los últimos meses del 397, especialmente durante los dos primeros años, parece que tuvo las siguientes Homilías: Sobre la reprensión a Pedro; siete Homilías sobre las alabanzas del Apóstol san Pablo; nueve Homilías sobre la penitencia; la del Cementerio y la Cruz; a los veinte días, tuvo otra sobre las santas mártires Bernice, Prosdoce y Domnina; y luego una segunda sobre las mismas santas; la Homilía sobre Judas el traidor; la de la Cruz y el buen Ladrón; la de la Ascensión; dos sobre Pentecostés que no se sabe en absoluto de cuándo son; las Homilías sin fecha tenidas en Antioquía, los panegíricos, dos Homilías sobre santa Pelagia, una sobre san Ignacio mártir, una sobre san Eustacio y dos sobre san Romano; la Homilía sobre las palabras de Jeremías: "Domine non est in manu hominis. . ."; dos Homilías sobre los Macabeos, aparte de una tercera dudosa; la Homilía sobre todos los santos Mártires, a la que se siguió la otra en que demuestra que no se ha de predicar por alcanzar el favor de los oyentes; otra sobre todos los santos Mártires; una sobre san Juliano Anazarbeno; una sobre san Barlaam; una sobre aquel dicho del Apóstol: "Nolo vos ignorare fratres. . ."; una sobre la santa mártir Drosides; otra sobre los santos Mártires Egipcios; otra sobre los Mártires en general; la Homilía con ocasión del terremoto; otras de tiempo aún más incierto y dudoso; y el discurso en alabanza de Diodoro de Tarso.

Primer año de su episcopado

Año 398. Se ha perdido su primera Homilía al pueblo. La segunda fue contra los anomeos y lo mismo la tercera. Siguióse la Homilía sobre lo del paralítico descolgado por el techo; y poco después otra sobre las palabras de Cristo: "Pater! si possibile est. . ." Es verosímil que el santo cayera enfermo ese año de 398. Pero después de su enfermedad pronunció la Homilía sobre las palabras del Apóstol: "Scimus quoniam diligentibus Deum..." Parece que en ese mismo año fueron compuestos dos opúsculos: uno Contra los Clérigos que cohabitan con vírgenes y otra Contra las Religiosas que habitan con varones. Con ocasión de la traslación de unas reliquias con asistencia del emperador y la emperatriz y ser al día siguiente festividad en la que estuvo presente el emperador, el santo predicó algunas Homilías y luego la de san Focas mártir y otras dos. Ese mismo año o a comienzos del 399 comenzó el santo la Exposición de la Epístola de san Pablo a los Colosenses.

Año 399. Pronunció el santo la Homilía en favor de Eutropio, y después de algunos días la otra sobre Eutropio capturado. En el mes de febrero pronunció la primera de las nueve Homilías que se publicaron últimamente; y verosíblemente en ese mismo año predicó la cuarta, quinta, sexta, séptima y octava. En la Pascua dijo la Contra los Juegos y los Espectáculos y finalmente la nona de las últimas publicadas en el volumen XII de Montfaucon, y probablemente también la décima y la once.

Por el mes de julio, tras de la rebelión de Gainas, tuvo el santo la Homilía sobre la liberación de Saturnino y Aureliano. Pero parece que ya antes de ir a esa legación había predicado las otras dos: sobre la vanidad de las riquezas y sobre aquellas palabras: "Ne timueris cum dives factus fuerit homo. . ."

Años 400-403. Al regresar a Constantinopla, tras de su viaje a Efeso, predicó la Primera Homilía después del regreso. Luego el pequeño discurso para reconciliar con el pueblo al obispo Severiano, a petición de Arcadio. Verosímilmente, en el año de 400 expuso al pueblo las dos Epístolas de san Pablo a los Colosenses, pero una parte al menos de ellas la expuso después de su viaje a Efeso. El año 401, en la Pascua comenzó la Exposición de los Hechos de los Apóstoles; y por el 402 expuso la Carta a los Hebreos.

Escritos de fecha incierta

Ciertamente antes de su primer destierro, pero no se sabe en qué año, tuvo la Homilía sobre aquello del Apóstol: "Si esurierit inimicus tuus..."; las Homilías primera y cuarta acerca de los Serafines; y otras tres que siguieron una a la otra acerca de las Nupcias y del Matrimonio. Otras Homilías hay que se ignora si las pronunció en Constantinopla o en Antioquía. Son: sobre la Puerta angosta y la Oración dominical; de la gloria en las tribulaciones; sobre aquello del Apóstol: "Oportet haerese esse. ."; otra acerca de la Viuda y Elias; otra sobre la felicidad futura y la vanidad de las cosas presentes; otra sobre la Semana Mayor; otra sobre aquello del Señor: "Ego Dominus feci lumen et tenebras. . .", contra los Maniqueos en especial; otra sobre la caridad perfecta; otra sobre la continencia; y dos sobre el consuelo de la muerte. Luego la Homilía pronunciada antes de que lo echaran de su sede; Homilía breve pronunciada el día de su regreso del primer destierro; al día siguiente otra Homilía; después de algunos días o semanas, la Homilía sobre la Cananea.

En el destierro segundo, a partir del 20 de junio, 404

La carta 11 escrita después de algunos días a Olimpias. A fines de junio la carta 118 a los Obispos y presbíteros encarcelados con ocasión del incendio de la Catedral y el Buleuterion. El 3 de julio escribe desde Nicea la carta 10 a Olimpias. Ahí mismo, según parece, escribe la 174 a los detenidos en la cárcel. Ahí también, el 28 de junio o más probablemente el 4 de julio, la 221 a Constantino, presbítero de Antioquía. Desde Galacia o Capadocia, la 121 a Arabio, la 8 a Olimpias, y probablemente la 119 al presbítero Teófilo. Hacia el fin de julio, antes de llegar a Cesárea, la 9 a Olimpias, cuando se sintió enfermo mientras lo trasladaban a Cesárea. En Cesárea la 120 a Teodora y la 12 a Olimpias, cuando el santo estaba ya enfermo.

Carlas desde Cúculo, en el destierro

La 13 a Olimpias a fines de agosto o comienzos de septiembre; la 234 a Brisón, la 193 a Peanio. Tal vez por este tiempo envió la tercera a los detenidos en la cárcel, que luego se imprimió fuera de numeración. Verosímilmente por ese mismo tiempo escribió la 194 a Guemello, la 196 a Aecio y la 143 a Polibio, la 236 a Carterio, Prefecto de Cesárea, la 81 a Hymnetio, la 228 a Teodoro (tanto Hymnetio como Teodoro eran médicos de Cesárea), la 80 a Firmino, la 82 a Cyterio, la 83 a Leoncio, la 84 a Faustino, la 172 a Heladio, la 173 a Evencio (que eran amigos suyos en Cesárea). Por el mismo tiempo escribió a muchos obispos: la 87 a Eulogio de Cesárea que ocupaba la sede en Palestina, la 88 a Juan el patriarca de Jerusalén, la 89 a Teodosio Escitopolitano, la 85 a Lucio, la 86 a Marín, la 90 a Moisés (todos estos obispos), la 235 a Porfirio Rósense, la 111 a Anatolio Adanense (obispos de Cili-cia), y la 112 a Teodoro Tyanense de Capadocia.

No mucho después de su llegada a Cúculo, por el mes de septiembre, escribió la 108 a Urbicio obispo, la 109 a Rufino, la 110 a Bassos, la 30 a Heorcio, la 26 a Magno, la 27 a Domno (todos obispos), la 223 a Hesiquio y no mucho después la 74 al mismo, luego la 73 a Agapeto, la 42 a Candidiano, la 224 a Marciano y Marcelino, y poco después a los mismos la 226. La 188 que fue para otro Marcelino, la 242 a Caleidia y Asyncritia, y no mucho después la 77 a sola Asyncritia. Luego siguió la 133 a Adolia, la 115 a Teófilo presbítero. En el mes de septiembre todavía, la 227 a Cartería, la 75 a Hermacio, la 1 a Olimpias, y por cierto hartó larga; luego la 64 a Ciricio obispo, y la 134 a Diógenes. Antes de terminarse el mes de septiembre, según parece, la 129 a Marciano y Marcelino nuevamente, la 34 a Cartería, la 2 a Olimpias también muy extensa.

Otras cartas de ese año y algunas tal vez del siguiente

A los comienzos de octubre, la 114 a Elpidio obispo, la 3 y la 14 a Olimpias, la 207 a los monjes Godos y la 204 a Peanio. En octubre o noviembre la 232 a Cartería, la 225 al presbítero Constancio, distinto del anterior, la 229 a Severa, la 231 a Adolia, la 230 a Elpidio obispo, la 17 a Olimpias, la 94 a Pentadia, la 103 a Amprucla, y poco después a la misma la 191 y la 95 a Peanio. Por el mes de noviembre la 24 a Hesiquio, la 65 a Marciano y Marcelino, la 122 a otro Marciano. En seguida la 211 a Timoteo presbítero, la 200 a Calístrato obispo de Isauria, la 206 a Teódulo diácono, la 5 a Olimpias, la 104 a Pentadia, la 96 a Amprucla, la 210 a Teodoro, la 230 a Salustio presbítero, la 212 a Teófilo presbítero, la 147 a Antemio, la 218 a Eutimio presbítero, la 213 a Filipo presbítero, la 97 a Hypatio presbítero, la 180 al mismo, la 199 a Daniel presbítero, la 44 a Teódoto diácono y probablemente la 43 a Bassiana.

El año 404. La 45 a Symmaco presbítero, la 47 a Nemea, la 178 a Eutalia, la 32 a la misma, la 186 a Alipio, la 187 a Pro-copio, la 189 a Antíoco, la 36 a Marón presbítero y monje, la 37 a Tranquilino obispo, la 38 a Mymnecio médico, la 190 a Brison, la 195 a Claudiano, la 219 a Severina y a Rómula, la 58 a Teodosio (¿uno de los jefes que lo llevaron al destierro?), la 201 a Herculio, la 113 a Paladio obispo, la 197 a Estudio prefecto de la ciudad, la 217 y la 116 a Valentino, la 124 a Guemello, la 205 a Anatolio (uno de los prefectos), la 144 a Diógenes. En 404 o 405: la 39 a Caleidia, la 220 a Peanio, la 222 a Casto, Valerio, Diofantos y Ciríaco, la 93 a Aftonio, Teo-doto y Quereas, monjes y presbíteros.

Año 405. A los comienzos el santo cayó en una grave enfermedad que le duró hasta la primavera o comienzos del estío. Luego, aún no bien convalecido, por abril o mayo escribió la 6 a Olimpias, la 7 y la 10 a la misma señora. Este mismo año, la 138 a Elpidio obispo, la 59 a Teódoto, diácono, y en seguida la 67 y la 137 al mismo; la 61 a Teódoto varón consular, la 62 a Casto, Valerio, Diofantos y Ciríaco. Luego, en invierno, a estos mismos las 66, 130, 107 y 22, y la 91 a Romano presbítero. También se interesó mucho el santo en la conversión de los gentiles de Fenicia y con esa ocasión escribió muchas cartas.

Además, a Teódoto, Nicolao y Quereas presbíteros y monjes, la 146, la 145 a Nicolao presbítero, la 126 a Rufino presbítero, la 54 a Geroncio presbítero, la 21 a Alfio y luego al mismo la 72, 35 y 49; la 123 a los presbíteros y monjes que predicaban la fe en Fenicia, la 23 a Basilio presbítero, la 55 a Simeón y Mari presbíteros y monjes, y la 56 a Rómulo y Byzos monjes. Finalmente, en ese mismo año, la 175 a Agapeto, la 100 a Marciano y Marcelino, la 31 a otro Marcelino, la 60 a Calcidia y Asyncritia, las 99 y

106 a la misma Asyncritia, la 76 y la 105 a Calcidia, la 185 a Pentadia, la 41 a Valentino, la 79 y la 132 a Guemello, y las 50 y 51 a Diógenes. Hacia el fin del año el santo se vio obligado a cambiar de residencia y sufrió gravísimas penas.

Año 406. Desde Arabisos escribió la 136 a Teódoto lector y también la 102 al mismo, la 141 a Teódoto varón consular, las 23 y 78 a Romano presbítero, la 127 a Polibio, la 128 a Ma-riniano, la 69 al presbítero Nicolao, la 70 a Aftordo, Teódoto y Quereas, la 131 a Elpidio obispo, las 140, 135 y 68 a Teódoto diácono, la 15 a Olimpías. En este año escribió además para Olimpías el Libro en que demuestra que nadie puede ser dañado sino por sí mismo, y poco después el otro sobre los que han padecido escándalo por su causa; también la carta 4 a Olimpías y la 142 a Elpidio obispo. Dio varias cartas para los Legados enviados de Roma a Constantinopla; escribió las 156, 157, 158 y 159 para los obispos; la 160 a un obispo, la 161 a los presbíteros romanos que iban con los Legados, la 162 a Anysio tesalonicense, la 163 a todos los obispos de Macedonia, la 164 a Alejandro obispo de Corinto, la 155 a Cromado de Aquilea. Luego, habiendo entendido el mal éxito de la Legación, escribió directamente al Papa Inocencio; después la 182 a Venerio mediolanense y con mayor probabilidad la 183 a Hesiquio salonense, la 184 a Gaudencio brixense, la 149 a Aurelio cartaginense, la 150 a Máximo obispo, la 151 a Áselo obispo, las 152, 153, 154 y 181 a varios obispos, la 148 a Ciríaco, Demetrio, Paladio, Eulysio obispos de oriente, la 168 a Proba matrona romana, la 169 a Juliana nuera de Proba, y la 170 a Itálica también noble matrona.

Algunas cartas de fecha más incierta

De tiempo incierto son: la 48 a Arabio, la 192 a Onesycracia, la 46 a Rufino, la 63 a Tranquilino, la 117 a Artemidoro, la 71 a Maleo, la 92 a Moisés presbítero, la 101 a Severo presbítero, la 139 a Teodoro varón consular de Siria, la 171 a Mondo, la 208 a Acacio presbítero, la 209 a Salvión o Galbión, la 214 a Sebastián presbítero, la 215 a Pelagio presbítero, la 216 a Musoino y la 117a Teodora.

El año 414, por urgencias del Papa Inocencio, el nombre del Crisóstomo fue insertado en los sacros dípticos o listas de obispos legítimos, primero por Alejandro antioqueno, luego también por Ático constantinopolitano y todos los demás obispos de Oriente. El obispo de Alejandría, Cirilo, fue el último en aceptar la inscripción, hacia el 419 (Bardy) o 429 (Baur). Antes del año 438 comenzó ya a celebrarse la festividad del santo por los habitantes de Constantinopla. El 438 su cadáver fue trasladado con solemne pompa desde la iglesia del mártir san Basilisco, cerca de Comana del Ponto, en donde se le inhumó enseguida de su muerte, a la capital del imperio de Oriente.<sup>81</sup>

(81) Resumen del catálogo de Estiltingio, Montfaucon, vol. XIII, pp. 413 a 419. El autor va intercalando ahí algunos de los principales sucesos de la vida de san Juan Crisóstomo.

N. B. Estas efemérides de los escritos del santo nos dejan ver que los compiladores para nada tuvieron en cuenta la cronología. Tampoco la habían tenido en cuenta los estenógrafos. Pero además nos espanta el considerar la actividad literaria de este hombre ocupado en tantos negocios y con frecuencia enfermo: poseemos cerca de 900 piezas suyas auténticas, unas pocas dudosas y unas 300 espurias.

NUESTRA VERSIÓN

Atrevimiento y no pequeño fue necesario de nuestra parte para emprender la versión completa de las obras de san Juan Crisóstomo. Y esto no únicamente atendiendo a la dificultad de pasar al castellano la bellísima forma helena de sus Homilías, Sermones y Tratados, sino también a la inmensa cantidad de ellos y muy en particular a lo enmarañado que andan aún los críticos para discernir cuáles obras son auténticas y cuáles dudosas o ciertamente espurias.

Con todo, nos decidimos a emprender este largo trabajo movidos del anhelo de ayudar a las almas deseosas de la virtud y no menos a los predicadores de la palabra de Dios, poniéndoles en las manos en nuestra lengua esos tesoros de piedad y ciencia encerrados en las obras del Crisóstomo. Naturalmente que en cuanto a trasvasar el arte con que brotaron de los labios o la pluma del santo esas obras, algunas de ellas monumentos perfectos de elocuencia, hemos hecho lo que en nuestras posibilidades estuvo, y no tenemos sino pedir perdón por lo que no alcanzamos.

Por lo que mira a la cantidad grande de Homilías, Sermones, Tratados y Cartas del santo, no nos ha arredrado la mole inmensa, y esperamos ir cumpliendo nuestro empeño hasta darle cima en no muy largo tiempo, puesto que gracias a una preparación previa muy laboriosa, muchas de las dificultades que podíamos encontrar las solucionamos de antemano. En cambio, por lo que hace a la discriminación entre lo auténtico y lo dudoso y lo simplemente espurio, no somos nosotros quiénes para acometer empresa que entre muchos van llevando a cabo con muy graves trabajos y sin lograr aún, en muchos casos, llegar a resultados del todo satisfactorios.

Por esto, hemos preferido atenernos al buen criterio de la colección hecha por el benemérito Padre Bernardo de Mont-faucon, O.S.B.; y por consiguiente dar la versión de todas aquellas obras que pone como ciertamente propias del santo y las que pone como dudosas. La razón de incluir estas segundas es que quizá la crítica acabe por adscribirlas con certeza al santo o por lo menos tienen el suficiente mérito para haber alcanzado la gloria de que se las pudiera atribuir al Crisóstomo; aparte de que todas ellas contienen siempre algo y aun mucho aprovechable para el doble fin que nos proponemos, que es el de ayudar a las almas deseosas de ejercitar la virtud y a los predicadores del evangelio. Cuanto a las obras ciertamente espurias hemos preferido no recargar con ellas los volúmenes de esta versión, por no haber especial razón que a ello nos indujera.

También hemos creído conveniente poner al calce de las páginas los sitios de la Sagrada Escritura que el santo cita o va explicando. Ayudará esto a quien con más espacio desee internarse en el pensamiento del santo Doctor. Además hemos juzgado oportuno anotar al calce en cada Homilía, cuando ella da lugar, algunas advertencias, aclaraciones o referencias que ayuden a la mejor inteligencia ya del texto ya de la posición del orador o de los oyentes y sus diversas circunstancias: todo esto según nuestra finalidad y posibilidades. Lo demás quedará al prudente lector.

La edición sobre cuyo texto vamos a trabajar nuestras versiones, decíamos, es la del P. Bernardo de Montfaucon, presbítero y monje de la Orden de San Benito, de la Congregación de san Mauro reimpressa en 1839. Nació este Padre el 17 de enero de 1655 en el castillo de Soulage, de una familia antigua y noble. Abrazó al principio la vida militar. Pero la muerte de sus padres le hizo reflexionar sobre las vanidades del

mundo y por esto poco después dio su nombre a la Orden Benedictina, el año 1675, cuando tenía 20 de edad. Muy pronto la fama del nuevo religioso voló por toda Europa, como un portento de memoria y como un verdadero tesoro de doctrina. En especial se alababa la claridad de juicio y la agudeza de su ingenio. En 1698 fue a Italia con el objeto de examinar los más antiguos Códices de las bibliotecas allá existentes. Tenía 43 años de edad.

Estando en Roma, en el oficio de Procurador de su Orden ante la Santa Sede, defendió con todo éxito, contra las acometidas de los enemigos, la edición benedictina de las Obras de san Agustín. Con grande benevolencia lo trataron los Papas Clemente XI y Benedicto XIII, lo mismo que el emperador Carlos VI. Regresó a París el año 1701, y su vida se prolongó hasta los 86 años de edad, siempre con muy buena salud. Con todo, apenas es creíble que pudiera dedicarse a preparar tantas y tan importantes obras como trajo entre manos: la Ana-leda Graeca en un volumen greco-latino, en 1688; el Diario Itálico en un volumen, en 1702; la Colección de Antiguos Escritores Griegos en dos volúmenes bilingües, en 1706; la traducción francesa de la obra de Filón Sobre la Vida Contemplativa en un volumen; la Paleografía Griega en un volumen en 1708, obra excelente en donde se encuentra un espécimen de los varios caracteres que los griegos usaron en la escritura; la Hexapla de Orígenes en dos volúmenes, en 1713; la Biblioteca Coisli-niana en un volumen y la Antiquitas Explánala en 10 volúmenes, en 1719; añadió un Suplemento en cinco volúmenes en francés, en 1724; la Biblioteca Nueva de las Bibliotecas de Manuscritos, en dos volúmenes, en 1739; finalmente la edición del Opera Omnia de san Juan Crisóstomo que trabajó durante veinte años, del 1718 al 1738. Y a cada una de esas obras añadió un aparato crítico. Le ayudaban en su empresa cinco de sus Hermanos de Religión. Murió santamente en París el 1 de diciembre de 1741 y fue sepultado en la Iglesia de san Germán del Prado.

El trabajo meritísimo de este benedictino solamente puede apreciarse si se tienen en cuenta las innumerables dificultades que hubo de superar. Desde luego, los manuscritos de las obras del santo Doctor anduvieron esparcidos, por manos de estenógrafos y copistas, por todo el Oriente, de donde pasaron, sin orden ni concierto, a las varias Bibliotecas de Europa. De manera que, como el mismo Montfaucon advierte,(82) muchas veces le sucedía que tras de andar a caza de alguno de los manuscritos de una obra del Crisóstomo y haber recorrido las Bibliotecas europeas en vano, lograba al fin en un rincón de alguna topar con lo que buscaba. Para este trabajo hubo de ponerse en correspondencia con infinidad de personas que en esto le ayudaran. Y así descubrió muy buena parte de las obras del santo Doctor que habían quedado hasta entonces en la oscuridad.

(82) Montfaucon, vol. XIII, pp. 212-213.

Por otra parte, en semejante labor hubo un aspecto curioso poco conocido. Fue necesario emprender críticamente una revisión del material una vez encontrado y rehacer diversas piezas que estaban destrozadas, separar las espurias (sobre todo mediante el trabajo de crítica interna) y desenmarañar otras que habían sido fabricadas valiéndose de trozos surcidos de piezas auténticas. Porque hubo cantidad de griegos y también de otras naciones que por esos medios lograron hacer dineros vendiendo como de san Juan Crisóstomo discursos por ellos fabricados. Además, se encontraban muchas Homilías que solamente se diferenciaban en las primeras palabras o introducción, pero los interesados las vendían como si fueran entre sí diferentes. Más aún: aparecieron

piezas que llevaban el nombre ya de uno de los Padres de la Iglesia ya de otro y aun de dos y de tres a la vez; y fue necesario ir delimitando autores y propiedades.

Para acabar de complicar el negocio, hubo también numerosos predicadores de mediana y aun ínfima talla que, para hacer vender sus obras y cobrar fama, las prohiaron al santo y les dieron su nombre de él aun viviendo todavía el Crisóstomo. Siempre fueron los helenos poco escrupulosos en estas artes y legaron así a los críticos un excesivo trabajo. La razón fundamental de estos atrevimientos estuvo en la inmensa fama de aquel orador que "plus habet nativae elegantiae quam artificiosae diligentiae: sicubi arte utitur, ita rem temperat, ut íateat semper artificium et quadrandae orationis industria",<sup>(83)</sup> y que "inventio-ne, quam ex ingenii felicitate nascitur, universos quotquot hactenus fuere oratores longe retro reliquit".<sup>(84)</sup>

(83) Montfaucon, *ibid.*

(84) Montfaucon, *ibid.*

Sin embargo, no se crea que Montfaucon fue el primero en acometer tan magna empresa. Lo habían precedido ya muchos trabajos en torno al Crisóstomo. En cuanto se descubrió el arte de la imprenta, aparecieron innumerables ediciones de los opúsculos del santo así en Italia como en Francia, Alemania e Inglaterra. Algunos editores daban únicamente la versión latina, otros solamente el texto griego; algunos juntaron, en edición bilingüe, el texto griego y la versión latina. Montfaucon utilizó todo ese material. Y él mismo nos da un elenco de las antiguas versiones del Crisóstomo.<sup>(85)</sup> Una segunda edición de la Colección por él preparada se hizo en 1839 (que es la que nosotros seguiremos); y luego la aprovecharon los que dieron a la pública luz la Colección de ambas Patrologías, latina y griega, aunque no con todo el cuidado que hubiera sido deseable. De manera que la Colección del P. Bernardo de Montfaucon queda aún como *Editio Princeps*, si así puede decirse. Ciertamente se están actualmente haciendo excelentes trabajos de confrontación y crítica, pero no sabemos que exista todavía una Colección crítica, completa y expurgada del *Opera Omnia* del Crisóstomo. Trabajos parciales sí hay en cantidades abrumadoras, porque constantemente se están haciendo referencias a este inagotable manantial de doctrina así dogmática como moral.

(85) Montfaucon, vol. I, Prefacio, p. IV.

Todavía una última advertencia. En esta versión que al público presentamos, no seguiremos el orden de las Colecciones ya existentes. Dividiremos nuestros volúmenes en otra forma que nos parece más práctica para la consulta como lo irá viendo el lector. Desde luego, es inútil pensar en un orden cronológico, porque apenas si hay fechas seguras para las obras del santo. En las Colecciones ya publicadas tampoco se ha seguido un orden razonado. Se han atendido más bien a aquel en que las piezas se fueron descubriendo. Así, por ejemplo, Montfaucon inserta en su volumen XIII y último, once Homilías entonces recientemente descubiertas en Inglaterra, y que le fueron remitidas cuando ya su edición estaba por ver la luz pública.

Pondremos, pues, en primer lugar, las Homilías panegíricas, o sea en honor de varios mártires y otras personas santas del Antiguo y Nuevo Testamento. En seguida las que versan sobre algunos pasos de la vida del Salvador. Luego irán todas las piezas (Homilías, Tratados y Cartas) tocantes en algún modo a las convulsiones político-religiosas de Antioquía y Constantinopla, a que el santo hizo alguna referencia. En



cuarto lugar, las Homilías que tratan de diversos pasos del Evangelio y algunas virtudes morales. En quinto lugar, los Tratados especiales como el del Sacerdocio, etc. Finalmente acometeremos la ardua tarea de traducir las Homilías exegéticas sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Para comodidad de nuestros lectores, al fin de cada volumen pondremos un índice Analítico breve, pero suficientemente claro que ayude a localizar las principales materias expuestas por el santo en cada Homilía o Tratado. Quiera el Sagrado Corazón, a quien hemos consagrado este trabajo, bendecirlo para mayor gloria suya.

#### ALGO DE BIBLIOGRAFÍA GENERAL (pag 123)

N. B.-Señalaremos algunos de los principales autores para consulta, con el objeto de que puedan ahondar los que lo deseen en los temas apenas apuntados en nuestra Introducción. Estos autores y otros, que oportunamente iremos señalando, nos servirán también para diversas anotaciones que habremos de hacer con ocasión de una o de otra de las obras que vamos a traducir. Cuando no señalemos autor, la anotación será personal nuestra. Actualmente se está revisando todo el trabajo de Patrología y Patrística y existe una inmensa cantidad de escritos de puntos particulares. Solamente sobre la Homilía en favor de Eutropio conocemos más de 20 autores que de ella se han ocupado. Siendo pues las piezas del Crisóstomo cerca de 900, ya puede el lector imaginarse la bibliografía inmensa que se podría acumular.

Acta Apostolicae Seáis. Acta Pii Papae X, et Benedicti XV.

Allard Paul, Saint Basile, París, 1903, 4a. ed.

•— Julien l'Apostat. Quae supersunt opera, París, 1906-1910, 3a. ed. en 3 vols.

Amiano Marcelino, Rerum gestarum, Libri XXXI.

Antioquía, ciudad de. Pueden recogerse datos interesantes en Apiano, Juliano, Polibio, Diodoro, Josefo, Estrabón, Libanio, y muchos a través de las Obras de san Juan Crisóstomo, en especial sobre las costumbres.

Apelt O. Versión alemana de la Apología de Libanio sobre Sócrates, Leipzig, 1922.

Athanasii Opera omnia. Patrología Griega de Migne, tt. XXV-XXVI.

•—• En especial Historia de los Arríanos escrita para los monjes de Egipto,

Patrología Griega, Migne, t. XXV.

Bardenhcwer O., Les Peres de VEglise, París, 189, en 3 vols.

Basilio el Grande. Opera omnia. Migne, Patol. Graec, t. XXVII.

Baur Crisóstomo, Sain Jean Chrysostome et ses oeuvres dans l'histoire lit-teraire. Essai présenté a l'occasion du XV Centenaire de Saint Jean Chrysostome, Lovaine et París, 1907, fase. 18.

— Der Heilige Johannes Chiristostomos und seine Zeit, Munich, 1929-1930.

Obra fundamental en 2 vols.

Bevan, The House of Seleucus, London, 1902.

Bidez, J., La Vie de l'Empereur Julien, París, 1930.

Boulanger, A., Historia de la Iglesia. Versión del francés y adaptación al

español por A. García de la Fuente, O.S.A., Barcelona, 1936. Broglie, A. de, L'Eglise et l'Empire Romain au IV<sup>e</sup> siècle. Cavallera, Le Schisme d'Antiochie, París, 1905.

— Saint Athanase, París, 1908. Textos y estudios.

Ceillier, Histoire Générale des Auteurs Sacres, edic. Vives, París, 1861.

Cirilo de Alejandría (san), Refutación de los errores de Juliano, en la Patrología Griega, Migne, t. LXXVI.

Chrysostomi, Joannis. Opera omnia, en la Patrología Griega, Migne, t. XLVII; o bien en Montfaucon, Bernardo, París, 1718-1738 en 13 vols.

Corpus Inscriptionum Latinarum et Graecarum. Academia de Berlín, 1829 a 1877.

Delahaye, R., Les Origines du culte des martyrs, Bruxelles, 1912.

Diccionario de Teología Católica, París, 1903-1950, Art. "Juan Crisóstomo", por Vacant, Mangenot y Amann.

Diehl, Byzance, contiene historia y descripciones.

Eusebio de Cesárea, Historia Eclesiástica, Cronicón, Los Mártires de Palestina, Contra Hierócles, Apología, Contra Porfirio, Onomasticón, Contra Marcelo, De la Teología Eclesiástica, Vida Constantino en V Libros. Es llamado el Herodoto cristiano. Sus obras en Migne, Patrología Griega, t. XX.

Ebersolt, Le Grand Taláís de Constantino pie et le livre des cérémonies, París, 1910.

Esiguio, Patria Kipóleos, Les Origines, Preger, Teubner, Lipsia, 1901-1907.

Evagrio de Antioquía, Historia Eclesiástica.

Filón el Hebreo, Contra Flaco, Legación a Cayo, y otra cantidad de obras casi todas resúmenes de otros filósofos o interpretaciones alegóricas del Antiguo Testamento.

Filostorgo, Historia Eclesiástica, en Patrología Griega, Migne, t. LXV.

Flavio Josefo, Antigüedades judías, Guerra judía, Autobiografía y Contra Apión.

Estudio por H. St. J. Thackeray: Iosephus, the man and the historian, London, 1929.

Fouillée, La Philosophie de Platon.

Glötz y Cohén, Histoire Générale, Roma y la Edad Media, París, 1925 y sigts. (en curso de publicación).

Gregorius Nazianzenus. Opera omnia en Patrología Griega, Migne, t. XXXV.

Gregorius Nissenus. Opera omnia, en Patrología Griega, Migne, t. XLVI.

Graffin y Nau, Patrología Orientalis, en 14 vols.

Grapin E., Historia Eclesiástica de Eusebio, París, 1905-1914, en 3 vols.

Grousset et E. G. Léonard, Histoire Universale sous la direction de, París, 1960.

Guignet Marcelo, Gregorius (Nazianzenus) et son temps, París, 1930.

— Gregorius (Nazianzenus) Orateur et Epistolier, París, 1911.

Hefele-Leclercq, Histoire des Conciles, París, 1908.

Hieronimus (s.). Opera omnia en la Patrología Latina, Migne, t. XXII.

Ireneo (san). Adversus Haereses, etc., en la Patrología Latina, Migne, t. . . .

Korolewsky, C, Histoire des Patriarches Melkites, en especial vols. II y III, Roma, 1910 y 1911.

Kurt Godofredo, Les Origines de la Civilisation moderne, París, 1898.

Largent, Saint Jean Chrysostome et la critique contemporaine, París, 1892.

Le Camus (Mnsr.), Los orígenes del cristianismo, en especial la parte 2a. del vol. I. Hemos utilizado la versión española del Dr. D. Juan B\* Codina y Formosa, Pbro., Barcelona, 1900. Obra muy buena para las reconstrucciones topográficas.

Leclercq. Monumenta Ecclesiae Liturgia.

Libanio. Para sus Hipótesis a los Discursos de Demóstenes y la Vida de este Orador, puede verse el texto en Budé, Colección de las Universidades de Francia, al frente de cada discurso. París, 1947.

Foster, R., Quae supersunt Libanii, Leipzig, 1903. Con índices hechos por E. Richtsteig.

Malala, Cronographia.

Mansi, Conciliorum amplissima Collectio, París, 1900; sobre todo los tomos III y IV (2a. ed. París, 1902 y sigts.).

Migne, Patrología Latina, París, 1844-1864, en 221 vols. y Griega, París, 1857-1866, en 161 vols. A estas colecciones se les han hecho algunas observaciones en lo referente a san Juan Crisóstomo, excepto en las Homilías de San Mateo, cuyo texto tomó Migne del establecido por Field. Cambridge 1839. Añadió a la Patrología un Suplemento que se tiene como poco crítico.

Millingen, A., Byzantine Constantinople, London, 1899.

Moehler, J. A., Athanasius le Grand et l'Eglise de son temps, versión al francés por Cohén, París, 1840, en 3 vols. Muy útil para el estudio del arrianismo en todas sus formas.

Montfaucon, Bernardo (O.S.B.), Sancti Patris nostri Ioannis Chrisostomi, Opera omnia quae exstant, París, 1718-1738, en 13 vols. La 2a. ed.

(que es la que usamos para nuestra versión), fue de Gaume, París, 1834-1839: Editio Parisiana altera emendata et aucta. La prepararon Sinner, Fix y Dübner, también en 13 vols.

Mourret, Fernando, Historia General de la Iglesia, versión al español del R. P. Fr. Bernardo de Echalar, O.M.C., de la 5a. ed. francesa. Barcelona, 1918. Obra en 9 vols. Véase en especial el II "Los Padres de la Iglesia".

Müller, O., Antiquitates Antioquenses, in Comm. Societ. reg. Scient., Gottinga, VIII, 1841.

Olmedo, Daniel, S. J., La Iglesia Católica en el Mundo Greco-Romano, México, edit. "Jus, S. A.", 1956. Excelente mirada de conjunto y de muchos pormenores, magnífica sobre todo por su crítica y la abundante lectura que supone de fuentes y autores, con varios mapas e ilustraciones.

Oncken, G., Historia Universal, versión de Fernando Cuesta, Barcelona, 1890. Obra en 13 vols., ya un tanto anticuada.

Onrubia, Patrología o Estudio de la vida y obras de los Padres de la Iglesia, Palencia, 1911.

Ozanam, Federico, La Civilisation au II siècle.

Plácido, Meester de, La divine liturgie de saint Jean Chrysostome, París, 1907.

Porfirogeneta Constantino, De caerimoniis aulicorum byzantinorum, Bonn, 1829-1830.

Procopio, Periktismatōn, Lipsia, 1913.

Puech Aimé, Histoire de la Littérature Grecque chrétienne, París, 1947.

— Sainte Jean Chrysostome, París, 1900.

—• Un reformatteur de la société chrétienne au IV siècle.

— Saint Jean Chrysostome et son temps, París, 1891.

Ricciotti Guiseppe, Juliano el Apóstata, versión al castellano de Lorenzo Plaja Pervaerrer, Barcelona, 1959.

Rufino, Historia Ecclesiástica, Apología in Hieronimum. En la Patrología Latina, Migne, t. XXI.

Sievers, Libanius, Vida de, Berlín, 1868.

Sócrates, Historia Ecclesiástica, en Patrología Latina, t. XLVII. Es prácticamente un continuador de Eusebio.

Sozomeno, Historia Ecclesiástica, IX Libro, en Patrología Graeca, t. LXVII. Se le suele llamar el Herodoto cristiano. Su nombre completo era Solano Hermias Sozomeno. Editó sus obras también Hussey, Oxford, 1860.

Stein, Ernest, Histoire du Bas-Empire - De l'Etat Romain a l'Etat Byzantin (284-476). Desclée de Brouvier, 1959. Hemos utilizado esta edición hecha en francés por Jean-Remy Palanque.

Suidas, Lexicón o Enciclopedia, en Müller, Fragmenta Histórica, Col. Fermín Didot, París; o bien en Gaisford, 2a. ed.

Tácito Cornelio, Historiae, Aúnales. Escribió además el Dialogus de Orato-ribus, Vita Cn. Agricola, Germania.

Talbot, Oeuvres Completes de l'Empereur Julien, París, 1863.

Teofilacto (el Simocatta), Fue un historiador del tiempo bizantino, pero muy aprovechable por sus datos y precisión. Publicó sus obras J. Pon-tano, Ingolstadt, 1604.

Tertuliano. Quinto Septimio Florente. Escribió una Apología y Adnotationes, etc. Puede verse un estudio sobre este ardoroso apologista, montañista y convertido, en Ramorina, Milán, 1923, o en Bayard, París, 1930.

Thamin, Raimundo, Saint Jean Chrysostome et les moeurs de son temps, París, 1891.

Teodoreto, Historia Ecclesiástica, en Patrología Latina, Migne, t. LXXXIII. Este escritor antioqueno nació cuando ya el Crisóstomo estaba casi para

ser Arzobispo de Constantinopla y tomó parte en las luchas arrianas. Escribió muchos comentarios sobre libros de la Sagrada Escritura y también de apologética y dogmática, en especial Curación de las enfermedades paganas, la última y más hermosa apología de la antigüedad cristiana. Esta la editó Raeder en Leipzig, 1904.

Tixeront, J., Histoire des Dogmes dans l'antiquité chrétienne, París, 8a. ed., 1905.

— Curso de Patrología, versión española de la 6a. ed. francesa por Serra y Esturí, Barcelona, 1927.

Weiss, J. B., Historia Universal, versión al castellano de la 5a. ed. alemana, por el R. P. Ramón Ruiz Amado, S. J., Barcelona. Obra en 24 vols., muy anecdótica, 1927-1933.

Zeller, Edoard, La Filosofía del Greci nel suo sviluppo storico, versión al italiano y notas por Rodolfo Mondolfo, Florencia, 1951.

Villemain, Tablean de l'Eloquence chrétienne au IV siecle, París, 1856.

# **HOMILÍAS ENCOMIÁSTICAS O PANEGÍRICOS**

1

## **I HOMILÍA PRIMERA del Crisóstomo, predicada cuando fue ordenado presbítero,**

y trata de sí mismo, del prelado que lo ordenó y de la multitud del pueblo.<sup>1</sup>

¿SON POR VENTURA REALES las cosas que me están sucediendo? ¿De verdad acontecieron las que se han llevado a cabo y no nos hemos engañado? ¿No son noche y ensueño las que ahora tenemos delante, sino que es de día y estamos todos despiertos? Pero ¿quién podría creer que, siendo de día y estando todos los hombres despiertos y en vigilia, un pobrecillo" y despreciado y de ínfima clase, ha sido encumbrado a tan grande altura de dignidad? ¿Que esto suceda durante la noche, no es increíble! Porque algunos mutilados del cuerpo y que apenas tienen, por la escasez de sus recursos, lo necesario para vivir, se ven entre

1 Las Homilías llevan con mucha frecuencia alguna indicación de la materia que tratan. A veces también, aunque poquísimas, una breve nota acerca del sitio en donde fueron predicadas y aun alguna indicación vaga cronológica. Estos títulos son de los estenógrafos. La presente Homilía tuvo lugar al comienzo del año 386, cuando el Crisóstomo contaba unos 32 años de edad. El sitio pudo ser la santa Iglesia Catedral. La Homilía abunda en recursos retóricos y no faltan quienes la tachen de excesivamente floreada y con demasiado sabor de las Preceptivas escolares. Puede, por ejemplo, notarse una reminiscencia de Demóstenes en el párrafo que comienza: "Por lo cual os ruego a todos vosotros. . ." Compárese con el Exordio del Discurso por la Corona.

1 Hemos traducido el epíteto fteigaxíoxov como pobrecillo, atendiendo más al sentido que a la letra, que sería mozuelo o jovencito. Pero adviértase que este epíteto no puede servir de base cronológica. También a su madre, aunque apenas andaba en los 47 años, la llamó en otra parte 'veyTjgaxvíav o sea anciana y aun cercana al sepulcro. Es una

forma de modestia oratoria. Aunque es verdad que en comparación del obispo Flaviano, que era el consagrante, podía el Crisóstomo sin mucho forzar el sentido de las palabras llamarse ¡Eiga>tLaxov, sueños con sus miembros renacidos, y que son hermosos y que participan de la mesa de los reyes. Pero semejantes visiones eran engaño de los ensueños. Puesto que tal es la naturaleza de los ensueños: ser astuta y obradora de prodigios y que se deleita en las paradojas.

Pero lo que ahora sucede nadie creería jamás que se verificara en la realidad de los acontecimientos durante el día. Y sin embargo, ¡ahora todo eso se ha realizado, y aconteció y se llevó a cabo, como lo estáis presenciando, y es más increíble que las visiones de los ensueños! ¡Una ciudad de tanta grandeza y tan populosa y un pueblo tan admirable, se desvive por la pequeñez mía, como si fuera a escuchar de mis labios alguna cosa notable y preclara! Mas he aquí que aunque de mí brotara, al modo de los ríos perennes, el discurso, y aunque estuvieran en mi boca las fuentes de la elocuencia, todavía, por el miedo a este concurso de tan inmensa multitud que corre a escucharme, se detendría la corriente y los ríos se volverían hacia atrás.

Ahora, en cambio, como esté yo tan lejos de la abundancia de los ríos y de las fuentes que ni siquiera llego a lo exiguo de una mediana llovizna ¿cómo puede suceder que no se extinga necesariamente mi pequeño caudal, desecado por el temor, y que no me suceda exactamente lo que en lo corporal suele sucedemos? ¡Que muchas veces, precisamente por el temor, se nos caen de las manos las cosas que en ellas tenemos y con los dedos apretamos, porque se nos aflojan los nervios y el cuerpo todo se nos relaja en su vigor! ¡Este es el miedo que yo tengo ahora: que los discursos que con tanto trabajo he preparado, aunque sean verdaderamente humildes y de ninguna importancia, se me olviden con el temor y se me evaporen y se me vayan y dejen desierto mi espíritu!

Por lo cual, os ruego a todos vosotros por igual, a los que tenéis el mando y a los que al mando obedecéis, que, cuanta fue la ansiedad en que nos colocasteis por vuestra presura en venir a escucharnos, tanta sea la audacia que ahora nos inspiren vuestras oraciones con su diligencia; y que supliquéis al que da a los que anuncian la Buena Nueva palabras de grande virtud, nos las proporcione también a nosotros y sea El quien abra nuestra boca.<sup>3</sup> ¡Ningún trabajo será para vosotros, tantos y tan esclarecidos varones, levantar el ánimo de un pobrecito, decaído a causa del temor! ¡Más aún: es cosa conveniente y justa que nos concedáis lo que ahora os pedimos, ya que en favor vuestro y sólo por vuestro amor, hemos afrontado el éxito de este discurso;<sup>4</sup> motivo el más fuerte y poderoso que otro cualquiera, puesto que a nosotros, que no tenemos excesiva experiencia en el hablar, ha logrado movernos y nos ha arrastrado al pulpito, y nos ha hecho salir al medio en el estadio de la enseñanza, a pesar de que anteriormente no habíamos aprendido este género de certámenes; sino que, colocados perpetuamente en las filas de los oyentes, habíamos gozado sin trabajo de completa tranquilidad.

Alusión al Salmo LXVII, 12 y a Ejes., VI, 19.

Pero ¿quién será tan duro y tan intratable que guarde silencio delante de vuestro concurso; y que habiendo encontrado un auditorio tan inflamado en el deseo de escuchar, permanezca callado, aun en el caso de ser el hombre más imperito en los discursos?. . . Quería, pues, yo, la primera vez que hubiera de hablar en la iglesia, consagrar las primicias y comienzos míos a Dios que me ha dado esta lengua, por ser conveniente que así lo hiciera. Porque no solamente de la era y del lagar se han de

ofrecer las primicias, sino también de la palabra; y aun mucho más de ésta que no de las gavillas. Pues así como el fruto de aquélla es más propio nuestro, así es más agradable a Dios, a quien se honra. El racimo y la espiga de su seno los brota la tierra y los alimenta el riego de la lluvia y los cultiva la mano del agricultor, mientras que al himno sagrado lo engendra la piedad, lo alimenta la buena conciencia y lo recibe en sus graneros celestiales Dios. De modo que cuanto es más excelente el alma que la tierra, tanto mejor es este provecho que aquél.

Por esto, un varón grande y admirable de entre los profetas, llamado Oseas, a quienes habían ofendido a Dios y se preparaban para hacérselo propicio, los exhortaba a llevar consigo no manadas de bueyes ni tantas más cuantas medidas de flor de harina ni tórtolas ni palomas ni otra alguna cosa a éstas seme La frase del Crisóstomo EJiel nal SI yfia.q xbv xvéov avegQÍtpa/ÁEV TOVTOV a la letra dice: puesto que por causa vuestra hemos arrojado este dado. Es decir hemos echado suertes, nos hemos arrojado a esto como a ver qué salía. La palabra xvSoq significaba un dado de seis caras, a diferencia del astrágalo en el que solamente cuatro caras eran valederas.

jante, sino ¿qué?: ¡Llevad con vosotros, dice, palabras! 5 Pero, preguntará alguno ¿qué clase de sacrificio son las palabras? ¡Grandísimo es y muy excelente, mi muy amado! ¡y más precioso que otro cualquiera! Y ¿quién es el que lo dice? Uno que conoce a fondo y con exactitud estas cosas; es a saber, aquel grande y magnánimo David. Porque éste, como en cierta ocasión inmolará víctimas de acción de gracias a Dios por una victoria que había alcanzado, dice así, poco más o menos: ¡Alabaré el nombre de mi Dios con un cantar, lo engrandeceré con alabanzas!6 Y luego, declarando la excelencia de este sacrificio, añade: ¡Agradará a Dios más que el novillo tierno que va echando cuernos y pezuñas! ""

Por todo esto, deseaba yo en este día ofrecer víctimas de esta clase y ensangrentar el altar espiritual con este género de hostias. Pero ¿qué haré? Porque un varón sabio me cierra la boca y me aparta de esto, diciendo: No es preciosa la alabanza en la boca del pecador.8 Porque, así como en las coronas no basta con que las flores sean puras, si no es también pura la mano que las entreteje, así también en los himnos sagrados es necesario que no solamente las palabras sean piadosas, sino también el alma que los canta. Pero yo... ¡la tengo manchada, vacía de confianza y llena de infinitas maldades!

Y a quienes así se encuentran no solamente esta ley les cieña la boca, sino también otra más antigua y promulgada antes que ésta. Porque también David, aquel que ha poco nos hablaba de los sacrificios, estableció otra. Puesto que una vez que dijo: ¡Alabad al Señor desde los cielos! ¡alabadle desde las alturas! ; cuando poco después añadió: ¡Alabad al Señor desde la tierra!9 e invitó así a todas las criaturas, las de arriba y las que están acá abajo, las sensibles y las intelectuales, las que se ven y las que no se ven, las que están en los cielos y las que están debajo de ellos, y de ambos géneros constituyó un coro solo, y ordenó que de este modo fuera celebrado el Rey del universo, no invitó en modo alguno al pecador, sino que también acá le cerró las puertas!

Y para que veáis con mayor evidencia esto que os digo, voy a leeros el salmo desde sus comienzo. ¡Alabad al Señor en los cielos; alabadlo en lo alto! ¡Alabadlo vosotros, sus ángeles todos; alabadlo vosotras, sus milicias!10 ¿Ves a los ángeles alabándolo? ¿ves a los arcángeles? ¿ves a los Querubines y a los Serafines y aquellas Potestades sumas? ¡Porque cuando dice todas sus milicias, abarca a todo el pueblo celestial! Pero ¿ves en



alguna parte al pecador? —Mas, responderá alguno: ¿cómo puede ser que lo vea en el cielo?— ¡Ea, pues! ¡bajemos a la tierra y pasemos a la otra parte del coro, y aquí tampoco encontrarás al pecador. ¡Alabad, dice, al Señor desde la tierra los dragones y todos los abismos y las bestias feroces y todos los ganados, los reptiles y las aves aladas! "...

¡No en vano ni sin razón, mientras esto estaba diciendo, callé un poco! Mi pensamiento, allá en mi interior, quedó confuso por el miedo y reciamente me empujaba a las lágrimas y los gemidos. Porque, pregunto: ¿qué cosa puede haber más miserable? ¡Los escorpiones, las serpientes, los dragones son invitados a alabar a Aquel por quien fueron criados, y solamente el pecador queda excluido de este coro sagrado, y con muy justo derecho! ¡Mala y cruel bestia es el pecado y que no daña precisamente los cuerpos de los consiervos, sino que levanta su malicia contra la gloria del mismo Dios. ¡Por vosotros, dice, mi nombre es blasfemado entre las gentes! 12

Pues por esto el profeta al pecador lo alejó, como de una patria sagrada, del orbe de la tierra, y lo obligó a desterrarse. Y así como un citaredo excelente arranca de su cítara la cuerda que desentona, a fin de que no eche a perder la armonía de las otras voces, y el médico perito en el arte al miembro corrompido lo amputa para que su humor maligno no se pase a los otros miembros que están sanos, del mismo modo el Profeta procedió al apartar del cuerpo que forman las criaturas todas al pecador, como a cuerda disonante y a miembro contagiado.

¿Qué habremos, pues, de hacer? ¡Una vez que hemos sido rechazados, una vez que hemos sido cortados! ¿convendrá que en absoluto nos callemos? Pero, dime, te ruego: ¿callaremos? ¿nadie nos permitirá celebrar a nuestro Dios con nuestros himnos? ¿Acaso hemos implorado en vano el auxilio de vuestras oraciones, y en vano nos hemos acogido a vuestro patrocinio? ¡De ninguna manera ha sido en vano! Porque en esta duda, yo he encontrado ya, he encontrado otro modo de glorificar a Dios, modo que ha brillado como un relámpago en medio de las tinieblas, y esto por vuestras oraciones. ¡Alabaré a mis consiervos! ¡Porque lícito es alabar a nuestros consiervos! ¡Alabándolos a ellos sin duda que su gloria redundará en gloria de su Señor! Y que esto redunde en gloria del Señor, nos lo enseña Cristo cuando dice: ¡Brille vuestra luz delante de los hombres a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre vuestro que está en los cielos!13 ¡He aquí, pues, otro modo de glorificar a Dios que sí puede usar el pecador, sin que por ello viole la ley!

Oseas, XIV, 3. Salmo, LXVIII, 31. Ibid., LXVIII, 32. Ecles., XV, 9. Salmo, CXLVIII, 1.

M Ibid., 2.

11 Ibid., 10.

u Isaías, LII, 5 v Rom., II, 24.

¿A cuál, pues, a cuál, pregunto, de los consiervos alabaremos? ¡A cuál otro sino al común Maestro de esta patria, y por medio de esta patria Maestro también de toda la tierra! Porque a la manera que él os enseñó a permanecer firmes hasta la muerte en defensa de la verdadera fe, así vosotros enseñasteis eso mismo a los demás hombres; o sea, que antes es preferible perder la vida que no la piedad. ¿Queréis, pues, que partiendo de aquí le tejamos una corona de encomios?

Pero advierto que el asunto de sus virtudes es un piélago insondable en sus profundidades, y temo no sea que nuestro discurso, una vez sumergido hasta el fondo, se encuentre débil para de nuevo aflorar a la superficie. Porque va a ser necesario referir sus hechos antiguos, sus peregrinaciones, sus vigiliias, sus presentaciones ante los jueces, sus luchas, y sus victorias y trofeos acumulados sobre otros trofeos y victorias. En una palabra: ¡las empresas que llevó a cabo superan no solamente nuestro lenguaje sino el de todo el universo, y necesitan una voz inflamada en celo apostólico, que sea capaz de demostrarlo y explicarlo todo!

Por esto, dejando a un lado esta parte de su elogio, vengamos a la otra, que presenta menos escollos, y puede, por lo mismo, navegarse en una humilde barquilla. ¡Ea, pues! ¡encaminemos el discurso a su templanza, y de qué manera tuvo a raya su vientre y despreció los placeres, e hizo a un lado las mesas suntuosas; y esto, habiéndose educado en un hogar notable por su esplendor. Porque, a la verdad, no es cosa de admiración que quien ha vivido en pobreza llegue hasta ese extremo de vida ruda y austera, puesto que ha tenido a la estrechez por compañera durante todos los días de su vida y ha peregrinado juntamente con él, con lo que la carga se le hizo día a día más llevadera. Pero quien fue dueño de abundantes riquezas no se libra fácilmente de su abrazo: ¡tan enorme es el enjambre de codicias que en torno del alma revolotean! ¡Las desordenadas aficiones, a la manera de una inmensa y caliginosa nube, le oscurecen los ojos del pensamiento y no le permiten levantar sus miradas al cielo, sino que la obligan a inclinar la cabeza a la tierra y andar anhelando lo terreno!

Porque ¡no hay! ¡no hay nada que más impida el camino del cielo como las riquezas y los males que de ellas se siguen! Y no es esta palabra mía, sino que proviene semejante sentencia de labios del mismo Cristo: Es más fácil, dice, que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos}\* Pero he aquí que lo que era difícil, o por mejor decir imposible, se ha hecho posible; y aquello de que en otro tiempo Pedro dudaba y quiso saber del Maestro, ahora todos lo sabemos por experiencia, y sabemos más aún que eso. ¡Porque ya no solamente sube al cielo el que es rico, sino que además introduce consigo en el cielo a un pueblo tan grande! ¡y esto a pesar de tener, aparte las riquezas, otros no menores impedimentos que ellas, como es el ser joven y el haber quedado en la horfandad prematuramente! ¡cosas que por sí mismas podían llevar el engaño al ánimo de cualquiera de los hombres! ¡tan inmenso encanto poseen! ¡tan dulce es el veneno que ofrecen!

Pues todas estas cosas, éste las venció; y comprendió lo que vale el cielo y se dedicó a la celestial sabiduría; y no consideró ni el esplendor de la vida presente ni el lustre de sus progenitores, sino que más bien atendió a la nobleza más brillante y mucho mayor, no ciertamente de estos a quienes la naturaleza lo unió con los vínculos del parentesco, sino de aquellos otros que viven unidos con los lazos de la piedad, y con esto se modeló a sí mismo tal como ellos habían sido. Miró al patriarca Abra-ham. Miró al gran Moisés, que habiendo sido educado en el palacio del rey y hallándose acostumbrado a una mesa sibarítica, y habiendo vivido entre el estrépito de los egipcios y su alboroto — ¡sabéis bien vosotros de qué calidad son las costumbres de aquellos bárbaros y cómo están llenos de fausto y arrogancia !—, despreció todo eso, y voluntariamente se entregó a los trabajos de la arcilla y del lodo, y prefirió ser del número de los siervos y de los esclavos, él que era rey e hijo del rey.

a Mat., V, 16.

14 Ibid., XIX, 24.

Mas por esto precisamente regresó después con mayor dignidad de la que antes tenía y había rechazado. Porque después del destierro y de la servidumbre en la casa de su suegro, y de los trabajos tolerados allá lejos, volvió como señor de su mismo príncipe; y más aún, hecho en verdad como el Dios de aquel reino: Te he hecho, dice el Señor, dios de Faraón}5 Y sin portar corona ni vestido de púrpura ni ser llevado en carro de oro, sino habiendo conculcado todo ese fausto, resplandecía ahora más que el mismo rey. Porque toda la gloria de la hija del rey es interior.16

Regresó con un cetro mediante el cual había de mandar no solamente a los hombres sino también a los cielos y a la tierra y al mar y al aire y a la naturaleza de las aguas y a las lagunas y a las fuentes y a los ríos: ¡porque los elementos se convertían en lo que él quería, y en sus manos la naturaleza de las criaturas de nuevo se transformaba, y a la manera de una criada presta y laboriosa que ha visto llegar a un amigo de su amo, así en todo le obedecía y en todo se mostraba dócil, como si él fuera el señor de ella.

Mirando, pues, éste que ahora queremos alabar, a ese Moisés, se hizo semejante a él cuando era joven, si es que alguna vez fue joven, cosa que no creo: ¡de tal manera su pensamiento estaba maduro ya desde sus pañales! Pero, en fin, cuando conforme a la cuenta de los años, era joven, se aplicó a toda sabiduría. Y en cuanto conoció ser la naturaleza del hombre a manera de una heredad y campo silvestre, cortó, mediante la oración y la piedad, como con una hoz, fácilmente todas las enfermedades del alma; y así presentó al agricultor purificados los campos para que en ellos depositara él la semilla. Y una vez recibida ésta, la ocultó en lo más profundo, a fin de que enraizada allá abajo, no cediera ni a los rayos del sol urentes y violentos, ni tampoco fuera malamente sofocada por las espinas.

a Exod., VII, 1.

M Salmo, XLIV, 14.

¡En esta forma cuidó de su alma! En cambio, las concupiscencias de la carne las curó con los remedios de la templanza, e impuso a su cuerpo, como a un corcel rebelde, el freno del ayuno, y así lo obligó a caminar en sentido contrario de sus propios deseos; y esto hasta tal punto que a causa del conveniente régimen y gobierno, llegó a ensangrentar las bocas mismas de las concupiscencias. Sólo que no atormentaba al cuerpo de tal manera que por afligirlo sin moderación lo volviera corcel inútil para los ministerios, ni tampoco de tal manera que éste se volviera excesivamente obeso, ni se le insubordinara de nuevo, a causa del indebido desarrollo, contra los dictámenes de la razón que empuñaba las riendas. De manera que al mismo tiempo tuvo cuidado de la salud y de la templanza.

Ni tampoco tuvo este cuidado únicamente cuando era joven y lo abandonó una vez salido de la edad aquella; sino que aún ahora, asentado ya en la ancianidad como en un puerto seguro, observa continuamente aquel mismo régimen de vida. Porque es la juventud, hermanos carísimos, a manera de un piélago enfurecido y lleno de la aspereza de las olas y de los vientos malignos; mientras que la ancianidad tiene ya ancladas las almas de los ancianos en un como puerto seguro y sin olas, y les concede gozar

tranquilos de los placeres propios de esa edad. Y, como os decía, éste, sentado ya en el puerto seguro, y gozando de él, con todo prosigue solícito su régimen de vida.

Semejante cuidado y temor lo aprendió de san Pablo, quien aun habiendo sido arrebatado al tercer cielo, como de allá tornara a la tierra, decía: ¡Temo no sea que tras de haber predicado a otros yo mismo me haga reprobó! ([1Co 9,27](#)) En ese santo temor se ha afianzado siempre éste para poder vivir en continua confianza, y para poder sentarse al timón, no precisamente para observar el nacimiento de los astros ni los escollos que ocultos yacen debajo de las aguas, sino los asaltos y engaños del demonio y las luchas entabladas en el pensamiento, y para observar por todas partes su ejército y mantenerlos a todos en seguridad. Porque él no mira únicamente a que no se hunda la navicilla, sino además a que ninguno de los pasajeros que consigo lleva le sea arrebatado en algún asalto, como por unos piratas; y así, nada deja por hacer y nada tanto procura como esto. ¡Por él y por su sabiduría, navegamos todos nosotros con próspero viento y con las velas de la nave totalmente desplegadas!

Por cierto que cuando perdimos a nuestro Padre anterior,(18) ese que nos engendró a este otro, nuestros asuntos se encontraban en grave dificultad. Y por esto, nos lamentábamos amargamente, como quienes no esperábamos que este trono fuera ocupado por otro varón a él semejante. Pero, una vez que éste vino y en plena luz se nos manifestó, hizo que toda aquella angustia pasara de largo a la manera de una nube, y que todas las penas se disiparan. Y nos libró de aquel nuestro luto no con lentitud, sino de una manera tan repentina, como si aquél hubiera vuelto redivivo a esta su sede por segunda vez, habiendo abandonado el sepulcro.

(18) Alusión a la muerte del obispo Melecio, en Constantinopla. Véase la Introd. Gen., n. 9. •

Mas, sin darnos cuenta, llevados del cariño y con el anhelo de referir los hechos preclaros de nuestro Padre, hemos ido alargando en demasía nuestro discurso. Y no digo en demasía por lo que mira a las empresas que éste llevó a cabo, ya que de ellas ni siquiera comenzábamos a hablar; sino decimos en demasía en atención a nuestra poca edad. ¡Ea, pues! ¡de nuevo dejemos descansar nuestra palabra en el silencio como en un puerto; aunque ella se niega a terminar y lo lleva con dificultad y se indigna, a la manera de una fuente deseosa de henchir todo el prado! ¡Mas esto es imposible, hijos míos! ¡Desistamos de perseguir lo que es imposible de alcanzar y basten para nuestro consuelo las cosas ya dichas! ¡Al fin y al cabo, aun tratándose de los ungüentos más preciosos, no solamente quien vacía todo el vaso, sino también aquel que apenas toca con la punta de sus dedos la superficie, llena el ambiente de un aroma nuevo, y envuelve con la suavidad de su fragancia a todos cuantos se hallan presentes !

Esto es lo que ahora ha sucedido, y no precisamente por la fuerza de nuestra elocuencia sino por la virtud de las buenas obras de éste. ¡Apartémonos, pues! ¡apartémonos, y acojámosnos a la oración, y reguemos a Dios que éste, que es a manera de una madre común, permanezca incommovible y firme; y que a este nuestro Padre, Doctor, Pastor y Gobernante, le prolongue la vida. Y, si acaso os interesáis también un poco por nosotros, porque en verdad no nos atrevemos a colocarnos entre el número de los presbíteros, puesto que no es lícito contar a los abortivos entre los hijos legítimos y perfectos; si, pues, digo, en algo os interesáis por nosotros, como por un feto abortado, rogad que de los cielos nos venga una gran fortaleza.(19)

Cierto que anteriormente, cuando vivíamos solos y apartados de los negocios, también necesitábamos de defensa; pero ahora que hemos sido traídos aquí en medio de vosotros (no sabré decir si por favor humano o por beneficio divino, porque no quiero ahora entrar en discusiones acerca de esto con vosotros, para no parecer que hablo con ironía y disimulo); pues, ahora que hemos sido traídos aquí en medio de vosotros, y hemos recibido este recio y pesado yugo, necesitamos el auxilio de muchas manos y de infinitas oraciones, para poder devolver íntegro el depósito, en aquel día en que aquellos a quienes se les confiaron los talentos serán citados para comparecer a juicio y dar cuenta de su administración.

¡Orad, pues, para que no nos acontezca lo que a quienes fueron atados y luego arrojados a las tinieblas exteriores, sino más bien que seamos del número de los que podrán alcanzar algún perdón, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder y la adoración, por los siglos de los siglos. Amén.

2

## **II HOMILIA DISCURSO acerca del bienaventurado ABRAHAM.1**

¿HABÉIS VISTO UNA CANICIE llena de vigor y una vejez florida? ¿Habéis visto a un generoso atleta que lucha contra la naturaleza y sus sentimientos? ¿Habéis visto a un varón más firme que el diamante, aunque ya en su extrema ancianidad? ¡Las fuerzas de su cuerpo se habían debilitado, pero el vigor de su fe se había robustecido! Porque tales son los hechos preclaros de la Iglesia: es a saber, que la debilidad del cuerpo no daña al fervor de la fe. Ornato es de la Iglesia una ancianidad postrada por tierra juntamente con una fe que goza de alas. Y de esto es de lo que más se alegra la Iglesia.

19 Alusión a J Cor., XV, 8, donde san Pablo se llama apóstol abortivo. 1 Antiguamente se creyó que esta Homilía o Discurso, estaba trunca del

Porque en los asuntos profanos, el anciano es ya un inútil que no sirve para cosa alguna, aunque en todas partes se le juzga como digno de disculpa, puesto que por su debilidad no puede ser útil para nada a sus parientes. Por ejemplo: el anciano no puede presentarse en la batalla durante la guerra, no puede subir a caballo, ni blandir la lanza, ni menear el escudo, ni soportar el ardor del sol, ni los largos caminos, ni la aspereza del hambre, ni tolerar el exceso de los tumultos; sino que, confiado bajo el amparo de sus canas, se sienta solo en un lugar tranquilo.

Y lo mismo se puede observar en la navegación: no puede ya manejar el timón, ni surcar los mares, ni empuñar los remos, ni tender las velas, ni hacer frente a los vientos contrarios, ni soportar los rigores del frío, ni llevar a cabo cosa alguna parecida; sino que permanece sentado en la nave; pero todo se le perdona a causa de su edad. Y lo mismo se puede ver entre los agricultores: porque el anciano ya no puede arrastrar el arado, ni ahondar los surcos, ni hacerse domador de caballos, ni afrontar el vigor de los robustos bueyes, ni lo pesado del calor, ni la dureza del estío, ni el peso de la azada, ni hacer cosa alguna de cuantas son necesarias para el cultivo de la tierra; sino que se está

sentado en su casa y se defiende bajo la excusa de sus canas que le hacen las veces de abogado.

Las cosas de la Iglesia, en cambio, van por otro camino. Porcomienzo y del fin. Y respecto del fin así era, hasta que nuevos manuscritos la dieron íntegra. Respecto del comienzo, no parece que estuviera trunca; sino que sus primeras palabras se refieren, probabilísimamente, a un pasaje de la Sagrada Escritura que acababa de leerse, o bien a alguna Homilía precedente de inmediato. A algunos les ha parecido el estilo redundante, vulgar y desprovisto de energía. Otros, al revés, juzgan que sí responde al estilo del Crisóstomo. Por esta razón Montfaucon la ha colocado entre las dudosas. Con esta ocasión advertimos a nuestros lectores que vamos a seguir el orden alfabético de los santos celebrados en las Homilías, ya que otro orden, sea de materias, sea cronológico, es imposible.

que una vez que llegan a la ancianidad aquellos que han pasado su vida en el ejercicio de la virtud, entonces se vuelven más útiles; puesto que no se buscan las fuerzas del cuerpo sino la excelencia de la fe. Así era Abraham, cuyas fuerzas se habían debilitado, mientras que él se había afianzado en el vigor de su fe. Anciano era, pero en lo avanzado de su ancianidad pugnaba contra la naturaleza y lograba un triunfo preclaro: anciano era pero más robusto que el hierro y más firme que el diamante. Y ciertamente esto no lo hizo por estar en plena juventud; sino que, cuando ya su edad estaba casi consumida y terminado su curso, entonces fue cuando logró la victoria.

Estaba ya totalmente encanecido, pero las canas no le ponían impedimento. Y, como Dios conociera su firmeza, se le apareció y le dijo: ¡Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre y ven a la tierra que yo te mostraré! 2 Obedeció Abraham a pesar de que ya estaba muy anciano y débil de cuerpo, y no dijo: Pero en mi extrema ancianidad ¿a dónde podré ir? ¿He de abandonar la casa de mi padre y la tierra en que nací y en donde están mis riquezas y mis nobles antepasados, y en donde están mis opulentas posesiones y la comodidad de mis abundantes relaciones sociales?

Y por cierto, hacía ya tiempo que padecía enfermedades dolosas, pero no rehusaba obedecer. Como amante de su patria, se dolía de abandonarla; pero como hombre piadoso amador de Dios, obedecía y se sujetaba. Y lo más admirable es que Dios no le indicó el sitio a que debería ir; y así, con no designarlo, tentaba su ánimo y lo ejercitaba en la virtud. Porque si le hubiera dicho: voy a conducirte a una tierra que mana leche y miel, sin duda que Abraham no habría obedecido a la voz divina, sino encontraríamos que solamente había preferido una tierra a otra. ¡Salió, pues, Abraham sin saber a dónde iba! ¿Ves a la ancianidad esclarecida por sus hechos gloriosos? ¡Pues esto es, como ya antes dije, lo propio nuestro: no deprime a la ancianidad la debilidad, no la debilita el transcurso del tiempo! Porque la ancianidad no es asunto del cuerpo sino del alma, de manera que resulta, por lo mismo, que no envejece.

- Gen., XII, 1.

Salió, pues, Abraham, sin llevar nada consigo, porque habitaba aún en tiendas de campaña, y no fue incrédulo ni dudó, sino que tuvo como prenda suficiente la voz de quien lo había invitado. Ya no era capaz de engendrar y no tenía hijos, ni Sara tampoco, que era su esposa. Y por la promesa recibió al hijo Isaac. Cuando ya la naturaleza había defeccionado entonces la gracia le entregó ese don. Recibió la conveniente merced por

su obediencia pero sin él saberlo: ¡si lo hubiera sabido, nada preclaro habría en lo que hizo! Y para que veas que esa fue la razón de que obedeciese, mira cómo no se negó a obedecer cuando le fue ordenado sacrificarlo, sino que despreció el afecto natural para abrazarse con el amor de Dios; despreció sus entrañas de padre y no se apartó de Aquel que lo había llamado.

¿Qué es pues lo que dice Dios? ¡Abraham, Abraham! Y éste: ¡Aquí estoy! y Dios: ¡Toma a tu querido hijo, al que has amado, Isaac, ofrécelo en sacrificio sobre uno de los montes que yo te mostraré! Y no le dijo el nombre del monte, sino que por la incertidumbre del monte, le infundió una tristeza mayor. Pero nada de eso conturbó a Abraham. ¡Es decir, sí lo conturbó! Porque sufrió, como hombre que era, pero no cometió pecado. Lo agitaron las olas, como padre que era; pero no se hundió, como amante que era de Dios. Se le quemaban las entrañas, pero vencía la fe.

Porque no vayas a decir que Abraham nada sufrió. Considera, más bien, cómo en sus entrañas ardía conmovido; pero advierte también su sabiduría. ¡Ni siquiera a Sara le notifica el caso, porque temió no fuera a ser que ella impidiera el misterio que se consumaba! Si se lo indicara, era verosímil que ella lo contradiría, y le diría: "¿A dónde llevas al hijo que concebí contra toda esperanza? ¿al que recibí conforme a la promesa? ¿al que obtuve en gracia de la hospitalidad? ¿al que Dios me concedió en el extremo de la vejez? ¿a dónde lo llevas, a dónde lo arrebatas? ¡Nadie se te ha aparecido! Porque, ¿cómo puede ser que Dios se te aparezca y venga a exigirte el hijo que contra toda esperanza me dio? El me lo dio ¿y ahora me lo quita? ¡Si para quitármelo me lo dio, mejor hubiera sido que no me lo diera; porque no es tan doloroso el no tenerlo como el perderlo!"

Considera a Sara ardiente, inflamada de amor, sacudida por el afecto natural y su vientre estremecido y sus entrañas convulsas, porque fácilmente se conmueven las mujeres en casos semejantes. Y cuanto era más delicada y afectuosa tanto más habría disputado con Abraham, y le habría impedido aquel sacrificio, y el misterio habría quedado sin consumarse. Porque ¿qué no hubiera dado Sara por apartar de él a su hijo? ¡No habría podido soportar una tan grave cosa como el que se diera muerte al hijo que le había nacido cuando no lo esperaba, y que se inmolará al que se le había dado ya en la ancianidad, ni que las manos mismas del padre inmolaran al hijo! ¡Sara no habría soportado cosa semejante, sino que habría movido contra Abraham una guerra sin medida! Y, una vez suscitada la lucha, tenían que seguirse las astucias, y tras de las astucias se habría impedido el sacrificio.

Por esto Abraham nada le dijo a Sara su mujer, a fin de que no se produjera algún altercado y el altercado llegara hasta la riña, y la riña, pasando adelante, llegara a un rompimiento a causa del hijo, y llegado el rompimiento por causa del niño, se retardara la promesa, y retardada la promesa el asunto quedara impedido por algún engaño, y finalmente el misterioso sacrificio no llegara a su cumplimiento.

Pero aquel prudente Abraham, aquel atleta que luchaba contra su naturaleza y contra sus entrañas, armado contra la naturaleza no se negó a obedecer; sino que, atendiendo al mandato divino, obedeció a lo que se le mandaba, y al punto tomó al hijo. Con gusto me detengo en estas palabras: ¡Toma al hijo amado tuyo, al que tanto quieres, Isaac; y ofrécemelo en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré! Y Abraham, habiendo tomado a Isaac y una asna y a dos criados, se echó al camino. Y como llegara

a cierto sitio, dijo a los criados: ¡Permaneced aquí vosotros. En cuanto a mí y al pequeñuelo, iremos hasta allá, y una vez que hayamos adorado a Dios, regresaremos a vosotros! 5 ¡Profetizaba Abraham sin saberlo, cooperando a ello la gracia divina! ¿Vas a sacrificar a tu hijo y dices regresaremos? ¡Intentando ocultar el negocio a los criados se vuelve profeta!

Y puso la leña sobre los hombros de Isaac, y habiendo tomado el cuchillo y el fuego, subió a la montaña. Y ¿qué decía

Gen., XXII, 2.

' Ibid.

5 Ibid., XXII, 5.

Isaac a su padre?: "¡Padre!" Y aquél: "¿Qué quieres, hijo?" Y di cele: "he aquí el fuego y la leña; pero ¿en dónde está la oveja para el sacrificio?" Entonces aquél: ¡Dios proveerá, hijo mío, de oveja para el holocausto! ° ¡He aquí otra profecía! ¡No puedo pasar en silencio esas palabras ni ir de ligero sobre esos acontecimientos! ¡Considera las palabras que muy pronto van a quedar privadas de sentido real por los hechos! Así aquél llama a su padre y éste a su vez a su hijo: Por el momento aquellas palabras eran como un velo, pero muy pronto debía descorrerse.

Considera lo que sufriría Abraham, siendo padre, al oírse llamar así por Isaac, al que iba a degollar. ¿Cómo pudo suceder que sus rodillas no se doblasen? ¿Cómo sus miembros no se destrozaron? ¿Cómo no perdió el uso de la razón cuando su hijo Isaac lo llamaba con tales palabras? Y con todo, lo ofreció a Dios, lo ató y arrebató el cuchillo con su diestra para dar muerte a su hijo. ¡Oh diestra aquella armada contra el hijo! ¡no sé cómo expresar con palabras aquel hecho! ¿Cómo no se le entorpeció la mano? ¿Cómo no se le cayó de las manos la espada? ¿Cómo todo él no perdió las fuerzas y quedó yerto? ¿Cómo pudo ver a Isaac atado y seguir él viviendo? ¿Cómo no murió instantáneamente? ¿Cómo soportaron sus nervios? ¿Cómo no le faltó el ánimo? ¡No encuentro modo de expresar aquel suceso con palabras! ¡Vosotros, padres y madres que estáis presentes, venid todos, extended vuestra mano, ayudad a mi discurso, porque los hechos superan a mis palabras! ¡Perdonadme, o mejor aún, vosotros mismos socorredme!

Con frecuencia tiene cualquiera de vosotros cinco o seis hijos e hijas. Y si acaso uno de ellos enferma, el padre da vueltas por todo el aposento, besa al hijo en los ojos, aprieta sus manos, el día le parece noche y la luz tinieblas; y esto no porque trastrueque los elementos, sino porque a causa del acerbo dolor no se deleita en ellos. Se preparan lechos blandos, los médicos están en derredor, mucha guardia se hace al enfermo, y el padre queda al fin del todo yerto. Aunque abunden las riquezas, le parecen repugnantes; aunque esté comido de cuidados, los rechaza todos; y como embriagado por el exceso de la tristeza en

' Ibid., XXII, 7-8. 144

absoluto no puede entrar en templanza: ¡para él, el mundo entero sufre de enfermedad incurable! Y del mismo modo la madre, va y viene, como loca, perturbada, inflamada de cariño, y busca el modo de compartir el dolor del enfermo, o mejor aún de tomarlo todo



íntegro para sí, a fin de que el hijo doliente quede libre de la enfermedad. En nada se tiene la vida presente ni la futura; sino que más deseable que todas esas cosas le parece el poder padecer ella la enfermedad íntegra del hijo. ¡No tengo palabras con qué describir aquel amor!

Pues pon ante tus ojos a Abraham así afectado por el dolor, pero él sabiamente pondera las cosas y obedece al mandato. ¡Dominaba a la naturaleza y la orden recibida superaba al cariño de las entrañas! Pero todo esto, como ya antes dije, lo sufría como hombre que era; mas, como amante de Dios discurría sabiamente. ¡Ahí podía verse al mártir Isaac vivo y no vivo! ¡muerto y no muerto! Por lo que mira al propósito de su padre, muerto está; pero por lo que hace a la divina bondad, no está muerto. Era él imagen y figura del Señor: llegó pues la figura, pero inmediatamente la siguió la verdad. Isaac es atado, pero no degollado. Porque de lo alto viene una voz llena de benignidad y misericordia que detiene al Patriarca, ya atento y preparado para llevar a cabo aquella muerte. Y la voz le dice: ¡Abraham! ¡no pongas tus manos en el chicuelo! 7 Y ¿por qué no dice en el niño, sino en el chicuelo? Porque así, parece hablar con cierto desprecio. Pues porque el chicuelo era hombre y el negocio que se trataba era propio del Hijo de Dios y no de un niño; no de un criado sino del verdadero Hijo Unigénito, enviado por el Padre para nosotros, le dice: "¡No pongas tus manos en el chicuelo!" ¡Pues te contentó la figura, recibe ahora la verdad!

De manera que Abraham verdaderamente profetiza cuando engaña a sus criados. Yo veo ahora que se cumple la verdad, conforme a sus palabras. Porque ¿qué había dicho?: ¡Esperad aquí con el asna. En cambio yo y el niño iremos hasta allá; y una vez que hubiéremos adorado a Dios, regresaremos a vosotros! s No dijo esto porque así lo sintiera, sino que sucedió luego como lo decía y no como lo sentía. Dejó ahí a los criados

7 Ibid., XXII, 11-12. \* Ibid., XXII, 5.CIO

a fin de que no le impidieran por fuerza aquel mandato de Dios. No fuera a suceder que los criados, creyendo que él, a causa de su ancianidad, quería mal a su hijo, le impidieran su arrojo en degollarlo y dijeran: ¿Qué haces, señor? ¡Inmolas al hijo que recibiste por promesa, al amado, al recibido de Dios, al nutricio de tu ancianidad, al heredero, al sucesor tuyo, al hijo de Sara! ¡Mira lo que haces! ¡da cuenta a tu esposa del negocio, engendradora común y que con tan graves dolores lo dio a luz! ¡degüéllanos primero a nosotros y luego a tu hijo! Por esto, aquel prudente anciano no los llevó consigo, pues le habían de impedir; sino que ordenó que la víctima misma cargara con la leña y fue así figura del Salvador cargando con la cruz.

Y el hijo, cargado con la leña, habló a su padre y lo conmovió, pero no logró apartarlo del amor divino. Porque ¿qué dice?: "¡Padre!" Quiero que consideres esta palabra padre. Porque también nosotros, cuando queremos matar un cordero o algún otro animal, y lo oímos balar y emitir aquella su voz mansa, nos movemos a misericordia, aunque no profiera palabras articuladas. Quiero, pues, que pienses qué habría logrado esta oveja si hubiera hablado a un hombre cobarde: ¡Padre! ¡he aquí el juego y la leña! ¿dónde está la oveja para el sacrificio? 9 ¡Pero aquel que hablaba era, precisamente por decreto de su padre, la oveja, la cual trataba de mover a misericordia al sacerdote sacrificador! Porque aún no estaba bajo la enseñanza de Cristo, que dice: El que ama a su padre o a su madre o a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí.<sup>10</sup> Sino que imitaba al Padre, del

cual se dijo: No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros.<sup>1\*</sup>

"¿Dónde está la oveja?" —pregunta el hijo prudentemente—. Y ¿qué le responde el padre?: ¡Dios proveerá de víctima para el holocausto, hijo mío!<sup>12</sup> ¡No proveerá con un criado, sino con su Hijo. Aquél era unigénito, también el Hijo de Dios es Unigénito. Aquél llevó en sus hombros la leña, Cristo la cruz sobre sus hombros. Aquél no habiendo cometido culpa iba a ser inmolado, y el Hijo de Dios, no habiendo cometido pecado, fue crucificado. Aquél fue degollado y no degollado, y también el Hijo de Dios fue degollado y no fue degollado, muerto y no muerto. Porque aquél, por lo que mira a la determinación de Abraham, murió; pero por lo que hace a la realidad, no murió. Y el Hijo de Dios murió según la carne, pero según la divinidad ¡imposible permaneció!

9 Ibid., XXII, 7.

10 Mat., X, 37.

11 Rom., VIII, 32.

12 Gen., XXII, 7-8.

Siempre que Dios quiere llevar a cabo entre los hombres alguna cosa de maravilla, la da a entender de antemano, y primero pinta una como sombra de ella; a fin de que cuando llegue la verdad no le nieguen los hombres su fe, y habiendo precedido la imagen no se aparten de creer en la verdad. Por ejemplo, la Virgen Santísima había de dar a luz, y esto parecía cosa increíble. Porque ¿cómo podía dar a luz una virgen siendo esto en contra de las leyes de la naturaleza? ¿Uno que así fuera engendrado, nacería en contra del orden natural! ¿Quién en todos los siglos había visto una virgen que diera a luz? Pues, con el objeto de que los judíos no cayeran en una grande incredulidad, previno Dios y figuró la verdad en Sara; a fin de que, cuando pusieran la dificultad de cómo una virgen había engendrado, más bien, recurriendo a la memoria, exclamaran: ¿Cómo engendró Sara? O mejor aún: "¿cómo la tierra, siendo virgen, engendró?"

Porque no existía aún la azada, no había labrador que la cultivara, no había caído la lluvia, no había germinado en ella la hierba, no tenía surcos, árida estaba y no había recibido simiente ni la había alegrado el rocío. Respóndeme, pues: ¿cómo siendo virgen engendró tan variados géneros de hierbas? Y como no lo puedes explicar, dices: ¡pues como Dios lo quiso! Del mismo modo, cuando respecto de la Virgen te llegue la duda, aprende a no inquirir con curiosidad lo que hace Dios. ¡No preguntes si la cosa va conforme a la naturaleza cuando el que la hace es el mismo Creador de la naturaleza. No te metas en muchas cuestiones. Dijo El: ¡Germinen la tierra!<sup>13</sup> Y al punto aquella palabra penetró en las entrañas de la tierra y las incitó al parto, y así dio a luz la que era virgen. Una fue la palabra que brotó, pero hizo germinar infinitos géneros de hierbas; y por esa palabra la tierra se vistió de su propio ornato.

Gen., I, 11.

Y era cosa de ver a la tierra agitarse en movimiento: es decir en las aves, en los animales acuáticos y terrestres, en los prados, flores, árboles, en la vid, el olivo y mil otros géneros de plantas, así las que producen frutos precoces como las que los producen estacionales y a su tiempo, las que viven en las llanuras y las que viven junto

a los mares y los lagos y los ríos y las fuentes y las montañas. Una palabra era la que obraba y toda la tierra se cubría de su ornato. ¡Explícame esto, oh judío, cómo pudo ser! ¡pero no lo podrás! ¿Veis cómo el error por sí mismo es combatido y es vencido?

Escucha con diligencia. Porque, como ya dije, cuando quiere Dios llevar a cabo alguna cosa que habrá de parecer increíble a los hombres, echa por delante una sombra y figura de ella, a fin de que la verdad, por llegar de repente, no los arroje a la incredulidad. Necesario era que el Hijo de Dios viniera y bautizara a todo el género humano, y renovara al hombre viejo, y sumergiera en las aguas al que pretendía renovar del pecado,<sup>14</sup> y trajera las bendiciones, y borrara la maldición, y nos diera la justicia, e hiciera de los hombres ángeles. Había de recibir al hijo adulterino y hacerlo, como lo hizo, hijo legítimo; y al que no era digno ni siquiera de este suelo hacerlo digno del cielo. Y como esto para muchos había de ser cosa increíble y de milagro, es a saber, que una misma naturaleza a un hombre lo ahogue y lo justifique, y borre el pecado y traiga al mundo de nuevo la verdad, a fin de que no dijeran los judíos que las palabras de los cristianos no son sino fábulas, porque ¿cómo puede ser que una misma agua ahogue y justifique, y siendo una pueda tener dos operaciones contrarias?, pues para que esto no hicieran, ¿qué hace El para redargüir la impudencia de los judíos?

Los hijos de Israel estaban oprimidos en Egipto con trabajos y aflicciones con aquella ocupación de hacer ladrillos, y con llanto clamaban y decían: ¿quién nos librará de la esclavitud de los egipcios? ¡Pereceremos! ¡somos destruidos en trabajos injustos!

Es decir al hombre viejo. Quizá el pensamiento está un tanto alambicado. Lo explica más abajo con la doble virtud del agua del Mar rojo, que a la vez salvó y ahogó.

¿Qué sucedió? Los oyó Dios y envió a Moisés armado de milagros y prodigios. Llegó, pues, Moisés llevando súplicas contra Faraón y metió en el país un ejército de langostas destructoras; ordenó a la langosta sin alas y ésta se presentó; cambió en sangre las aguas; hizo brotar llagas en los hombres y en las bestias cuadrúpedas. Y como Faraón ni ante tantas plagas cediera, finalmente mandó Dios la muerte sobre los primogénitos. Y luego (para darme prisa, no sea que entreteniéndome en estas cosas no cumpla lo prometido), por fin salieron de la tierra de Egipto y llegaron hasta las orillas del mar.

Envió Faraón en pos de ellos su ejército con muchedumbre de carros y jinetes; y al contemplar Israel semejante ejército, se llenó de pavor. Pero, cuando llegaron a la playa, Dios dijo a Moisés: ¡Por qué clamas a Mil lo Ciertamente Moisés no había dicho nada. Pero Dios añadió: "¡Soy Dios que oye no solamente las cosas que se profieren con los labios, sino que conoce lo que hay en los corazones"; a fin de que adviertas que la oración no consiste en el clamor de los labios, sino en el impulso del corazón. "¿Por qué clamas a mí?" ¡No clamaba con los labios pero sí clamaba con el corazón! Porque lo que se necesita es la oración que nace de la bondad del alma y no de grandes clamores. "¿Por qué clamas a mí? ¡Extiende sobre el mar la vara que llevas en la mano y crúzalo tú y todos los hijos de Israel!" Y extendió Moisés su vara que llevaba en la mano y golpeó el mar. Entonces el desordenado ímpetu de las aguas se acabó y deshizo, y se olvidó de su propio natural.

Porque así es ese elemento: cuando se presenta la voluntad de Dios, se olvida de su propio natural y encadena sus propias operaciones. Pues a la manera de una sierva cariñosa, cuando el mar vio al siervo de su Señor, cedió y obedeció. Y obedeció no

porque temiera aquella vara seca sino en reverencia del que había de ser clavado en la cruz. Vio la figura y al punto reconoció la verdad, y obedeció y se apartó: "¡Pasa, dijo, tú y todos los hijos de Israel!" Y pasó luego él y todo el pueblo de Israel. Y los egipcios los siguieron en persecución: es a saber, Faraón y sus carros de guerra y sus jinetes. Y una vez que los israelitas habían pasado, se echó encima el agua y ahogó a los egipcios.

15 Exod., XIV, 15.

Explícame, pues, oh judío ¿cómo es que el agua que los sumerge ejerce dos operaciones y tiene una doble virtud, de manera que al uno lo ahoga y al otro lo vivifica? Explícame ¿cómo el mar aquel, siendo uno solo según su naturaleza, a unos los salvó y guardó con vida y a otros les dio muerte, a unos los ahogó y a otros les dio paso franco, a pesar de ser uno solo y desordenado el ímpetu de las aguas? ¿Cómo a unos los reverenció como un siervo mientras que contra los otros imitó las costumbres de los bárbaros? ¡Explícame esto, oh judío, que aún no crees en la cruz, y cómo una misma agua a unos los ahogó y a otros los salvó!

Una era el agua y uno era el mar; y con todo, de unos ni siquiera mojó los pies, y de los otros ni siquiera dejó señal, sino que a todos juntamente los cubrió con sus olas, y a todos los egipcios y a su pueblo les prestó una sepultura común. ¡Explícame cómo fue esto! ¿Ves cómo precedió la figura a fin de que la, verdad encontrara fe? Y ¿cómo aquello era la sombra y esto es la verdad; aquello la figura y esto la realidad? ¿Ves cómo, según ya lo dije, cuando Dios quiere llevar a cabo alguna obra maravillosa, envía por delante figuras y sombras para que así la verdad que luego se presenta fácilmente sea recibida? Pero es necesario que la figura sea inferior a la realidad; porque si fuera en sí perfecta ya no fuera figura, sino que ella misma fuera la realidad. Precedió la sombra y luego llegó la verdad con todos sus colores y así resultó clara la imagen. Aquellos eran simulacros, esta es la realidad: exactamente como sucedió con el cordero.

Había de suceder que con la sangre de Cristo el orbe se justificara y quedara libre de la maldición. Pero como también esto era un gran milagro y parecía increíble a la estulticia de los judíos, Dios, por medio del cordero, lo previno y prefiguró de antemano. Porque cuando se preparaba a borrar de la vida a los primogénitos de los egipcios, a fin de que no perecieran juntamente los hijos de Israel ¿qué hizo? Con el objeto, dice Moisés, de que no suceda que al herir el ángel destructor, hiera también a los primogénitos de los hijos de Israel, ¿qué acontece?: le dice Dios: "Avisa a los hijos de Israel que tomen un cordero sin mancha, de sexo masculino, de un año de edad, conforme a sus familias; y si acaso alguna familia no basta para comerlo, el vecino invite a su vecino y una familia invite a otra familia". "Y así, dice, si tomáis un cordero sin mancha, de sexo masculino, de un año de edad, matadlo según las familias y casas de las tribus; y comed sus carnes asadas al fuego, y no se dejará nada de ellas. Mas con la sangre untad las puertas de vuestras casas. Y lo comeréis con los lomos ya ceñidos y con el calzado en los pies, a la manera del ajuar de los que van de camino, y estad con vuestras lámparas encendidas".

Y todo esto ¿por qué? ¡Porque se les echaba encima la tarde! Y ¿por qué lo habéis de comer a la manera de quienes salen de viaje? ¿por qué? ¡Yo os lo diré: tanto por la figura como por la realidad! Porque Faraón había sido herido muchas veces, pero no los dejaba partir. Y Moisés les aseguraba: ¡Hoy será herido y os dejará partir! (Exod., XI, 1)

Y era herido y no los dejaba salir. Por la novena vez fue herido y no los dejó ir. Pero a la décima plaga sí los dejaría ir. Por esto dice Moisés: ¡Tomad traje de caminantes; porque una vez que comáis ya nada habrá de común con Egipto (Exod., XII, 11) Tomad, pues, les dice, un cordero sin mancha, de sexo masculino, de un año de edad, y matadlo y con su sangre ungid vuestros dinteles, a fin de que al venir el ángel, si por motivo de aquéllos no os perdonare, por esta sangre y señal os perdone.

Pero estas cosas no fueron hechas por motivo del ángel sino de la sangre que me libró. ¿Acaso el ángel no podía distinguir qué era lo que diferenciaba a los judíos de los egipcios? El, que conocía a los primogénitos, ¿no podía distinguir a los egipcios de los hebreos? Así pues: cuando un judío se burle de ti y te diga: "¿En la sangre esperas?", respóndele: "¡También tú esperaste en la sangre de un cordero! ¿Y no te avergüenzas, oh impudente? Tú fuiste salvo por la sangre de un cordero y yo ¿no seré salvo por la sangre del Señor?"

Así pues, el judío, una vez que comió, se apresuró a salir de Egipto; y el cristiano, una vez que come, se apresura a salir de este mundo. Porque te lo amonesta Pablo: ¡Permaneced revestidos de la loriga de la justicia y calzados los pies en preparación del Evangelio de la paz.(Ep 6,14-15) Allá calzados y aquí calzados. Allá una vara, aquí una loriga. Moisés habla a quienes se preparan para emprender un camino, y Pablo ordena a quienes han de emprender una batalla. Aquéllos de una tierra partían para otra y por esto eran caminantes; pero yo marché de la tierra al cielo, y por esto soy soldado. ¿Por qué? Porque mi camino por los aires está infestado de ladrones, y los demonios me salen al paso. Por esto llevo, como una espada desnuda, la confianza; por esto visto la loriga de la justicia; por esto me ciño con la verdad.

Porque no soy solamente caminante, sino además milite: ¡Angosto y estrecho es el camino que conduce a la vida! ([Mt 7,14](#)) ¡Mira, pues, cómo Pablo habla de las realidades y Moisés de las figuras! ¡mira cómo se tienen las cosas sensibles y cómo las espirituales! Procuremos, pues, también nosotros, oh carísimos, imitar a Abraham, a fin de que nos reciba en el hospedaje de sus senos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

3

### **III HOMILÍA PRIMERA acerca de ANNA:**

que es conveniente acordarse del ayuno también después de Pentecostés y en otro tiempo cualquiera, porque el ayuno no solamente es útil cuando se presenta sino también cuando solamente se recuerda; y acerca de la providencia de Dios, que gran parte de ella está, entre otras cosas, en el amor de los padres para con sus hijos; y que no solamente a los padres sino también a las madres se les ha puesto el precepto de educar a sus hijos; y finalmente de Anna.<sup>1</sup>

1 Acerca de cuándo hayan sido predicadas estas Homilías, solamente se puede decir que lo fueron enseguida de la dedicada a los rústicos que acudieron en gran número el domingo V después de la Resurrección, o sea el precedente a la Ascensión del Señor. Y esto, según todos los datos, sucedía el año 387, es decir después de que fueron predicadas las veinte sobre las estatuas, con ocasión de la sedición antioquena, de que

hablamos en la Introducción, en el número 9. Parece que la primera corresponde al lunes antes de la fiesta de la Ascensión, la segunda al viernes siguiente a la dicha fiesta, la tercera al lunes siguiente; la cuarta, que no se nos ha conservado, al miércoles siguiente; la quinta (que ahora va numerada como cuarta), al viernes de esa misma semana, y la sexta (ahora numerada como quinta), ya pasada la fiesta de Pentecostés. Para más pormenores, puede consultarse a Montfaucon, vol. IV, Prefacio, págs. XII-XVI, y págs. 808-809 del mismo volumen.

CUANDO A ALGÚN PEREGRINO que se ha hospedado con nosotros lo hemos acogido con toda benevolencia y lo hemos hecho partícipe de nuestras conversaciones y de nuestra mesa, y al fin nos despedimos de él, al sentarnos a la mesa, al día siguiente de su partida, al punto lo recordamos y también la conversación que con él tuvimos, y con mucha caridad lo echamos de menos. Pues esto mismo tenemos que hacer respecto del ayuno. Porque él se hospedó entre nosotros durante cuarenta días y lo recibimos con toda benevolencia y con la misma lo hemos despedido. Ahora, pues, cuando se nos va a disponer la mesa espiritual, acordémosnos de él y de todos los bienes que nos trajo. Porque no solamente la presencia del ayuno sino también su recuerdo puede sernos de grande utilidad. Pues así como aquellos a quienes amamos no sólo cuando están presentes sino también cuando los recordamos nos causan grande placer, del mismo modo el ayuno juntamente con las colectas y las comunes reuniones, y todos los demás bienes que por beneficio del ayuno hemos recibido, aun con sola su memoria nos deleitan; y así, si las recordamos, obtendremos de ellas grande ganancia aun en este tiempo.

Y no digo esto porque quiera yo obligaros al ayuno, sino para persuadiros que no os dejéis llevar de vuestros deseos, ni estéis en la disposición en que muchos hombres suelen estar (si es que pueden llamarse hombres quienes demuestran tan grande pusilanimidad); que, como si salieran de una cárcel y de sus pesadas ataduras, hablan entre sí y dicen: "¡Por fin hemos salido de ese mar del ayuno molesto!" Y algunos que están en peor disposición y son más débiles, incluso se aterrorizan por la futura Cuaresma. Esto les acontece porque durante todo el resto del tiempo se entregan a los deleites, a la lujuria y a la crápula. Porque si durante los demás días nos acostubrámolos a llevar una vida casta y moderada, echaríamos de menos el ayuno pasado, y recibiríamos con grande regocijo al que luego vendrá. En efecto: ¿qué bienes nos vinieron por medio del ayuno?

Ahora todo está en tranquilidad plena y en serena calma. ¿Acaso las mansiones no han quedado libres de los alborotos, de las vueltas y revueltas y de toda perturbación? Más aún: más que las mismas casas, los ánimos de los que ayunaron gozan de esa paz, y la ciudad toda imita esa moderación que se ve en todos los ánimos y en todos los hogares. No se oyen ahora por las tardes hombres que se dediquen a cantares escandalosos, ni quienes anden ebrios durante todo el día, ni que vociferen, ni que pleiteen, sino que por todas partes puede observarse cómo reina una completa paz.

Pero apenas ha pasado el ayuno y ya no es lo mismo. Desde que nace el sol comienza la grita y andan las turbas agitadas y se apresuran los cocineros y se levantan grandes humaredas así en los hogares como en las mentes, al suscitarse en nuestro interior la pugna de afectos que enciende la llama de las torpes codicias, empujadas por el ansia de los deleites. ¡Echemos pues de menos el ayuno, puesto que era él quien todo eso lo mantenía reprimido! De manera que aunque ya nosotros nos hayamos despedido de su

trabajo, no echemos de nuestras mentes su deseo ni su recuerdo. Sino que cuando tú vinieres al foro, una vez que has comido y te has despavilado, y observares que el día va ya declinando hacia la tarde, entra en esta iglesia; y habiéndote acercado al santuario, acuérdate del tiempo del ayuno; del tiempo aquel en que veíamos la iglesia repleta con la reunión de los fieles, y todos andaban encendidos con el deseo de escuchar la palabra divina, y había grande regocijo, y todas las mentes andaban levantadas al cielo. Y, meditando todo esto en tu interior, acuérdate de aquellos deseables días. Y si vas a sentarte a la mesa, saborea tus alimentos con este recuerdo; y así nunca podrás deslizarte a la embriaguez.

Porque así como los que han tomado en matrimonio a una mujer casta, honesta y no de servil condición, y se han inflamado vehementemente en su cariño, ni aun estando ella ausente pueden encariñarse con una meretriz y perdida, porque aquel su amor les tiene preocupadas las mentes y no permite la entrada a otro amor alguno, así te sucederá respecto del ayuno con la embriaguez. Si de aquél, casto y honesto, nos acordamos, fácilmente rechazaremos a ésta, meretriz pública y madre de toda torpeza, digo a la embriaguez; porque el recuerdo del ayuno rechazará la impudencia de la crápula con mayor fuerza que otra mano cualquiera.

Por todas estas razones, os ruego que recordemos los días aquellos. Y para ayudar también yo de alguna manera a ese recuerdo, me esforzaré en proponeros ahora la misma materia que entonces iba a tratar, a fin de que la semejanza de la doctrina suscite en vosotros el recuerdo de aquellos días. Quizá vosotros la habéis olvidado ya por haber nosotros interpuesto grande cantidad de sermones sobre otras materias. En efecto: habiendo regresado nuestro Padre de aquella lejana peregrinación, fue necesario conmemorar lo que entonces aconteció en su acompañamiento;<sup>2</sup> y luego en seguida, fue necesario emprenderla con los gentiles, a fin de que, a quienes la fuerza de la calamidad había vuelto a mejores proceder y habían abandonado sus errores paganos y se habían sumado a nosotros, según nuestras fuerzas los confirmáramos en la fe y los instruyéramos acerca de la inmensa luz a donde se habían acercado, libres ya de las tinieblas.<sup>3</sup> Tras de esto, por muchos días disfrutamos de la festividad de los mártires; y no habría sido oportuno que, encontrándonos vecinos a los sepulcros de los mártires, nos alejáramos luego sin haber participado en las alabanzas que a los mártires les son debidas.<sup>4</sup> Vino luego la exhortación para que os abstuvierais de los juramentos. Porque, habiendo nosotros advertido la inmensa cantidad de rústicos venida de los contornos a la ciudad, pensamos ser bueno despacharlos bien abastecidos con ese viático.<sup>5</sup>

1 Como indicamos en la Introducción, el Crisóstomo, atento siempre al bien de las almas, no se cuida, sino raras veces, de las preceptivas retóricas; y el caso de esta Homilía es uno de aquellos en que habla de las diversas materias útiles a los oyentes, sin otro plan que el de una charla amena y espiritual. Para la alusión cronológica véase la Introducción, n. 9. Se trata de cuando el anciano obispo Flaviano fue a ver al emperador para alcanzar el perdón de la ciudad.

\* En efecto, la grande influencia del obispo Flaviano ante el gran emperador, conmovió a muchos gentiles que pidieron hacerse cristianos.

Las fiestas de los mártires, subsiguientes a los días de Resurrección, se celebraron estando ausente san Crisóstomo por una enfermedad a la que el santo no hace alusión. Quizá predicó en ellas Flaviano.

5 Véase la Introducción n. 2.

Tal vez, a causa de esta multitud de materias, no os será fácil recordar la disputa que entonces sostuvimos contra los gentiles. Pero yo, por estar continuamente ejercitándome en estas cosas y aplicándome a este combate, sin trabajo alguno, con repetiros algunas pocas cosas de las que entonces dije, podré refrescar en vuestra memoria la materia de todo mi discurso. ¿Cuál fue, pues, esa materia? Nos preguntábamos de qué manera, allá a los principios, proveía Dios al género humano, y de qué manera le enseñaba lo que le había de ser útil, ya que entonces no había aún letras, ni se nos habían comunicado las Sagradas Escrituras.

Demostramos entonces que el hombre era conducido al conocimiento de Dios mediante la contemplación de las criaturas. Y habiéndoos tomado, no con mi mano, sino por medio del pensamiento, os hice recorrer todo el universo de las criaturas; y os mostré el cielo, la tierra, el mar, los lagos, las fuentes, los ríos, las inmensas llanuras, los prados, las huertas de árboles fructíferos, las mieses florecidas, los arbustos inclinados al peso de sus frutos y las cumbres de las montañas cubiertas de encinas; y luego, diserté largamente acerca de las semillas y de las verduras, y de las flores y de las plantas, así las que producen fruto como las que son estériles, y de las bestias, así de las domésticas como de las agrestes, y de las aguas y de la tierra, y de los anfibios que habitan en ambos elementos, y de las aves que cortan el aire con sus alas y de los animales que se arrastran por la tierra, y de los elementos constitutivos del mundo. Y en cada uno de esos seres, todos a la vez aclamábamos a Dios, porque nuestro pensamiento no podía abarcar tan infinitas riquezas: ¡Cuan excelentes son, Señor, tus obras! ¡todo lo has hecho con sabiduría!e

Y admirábamos la sabiduría de Dios no solamente por la multitud de los seres, sino también por estas dos cosas: que había criado hechuras tan grandes y bellas, y que les había dejado muchos indicios de la misma debilidad de ellas, embebidos en las cosas que contemplamos; y esto, tanto para que alabáramos su sabiduría de El y las criaturas nos atrajeran a darle culto, como también para que no sucediera que aquellos que observaran la grandeza y la belleza de las criaturas, tras de abandonar al Criador de ellas, fueran a adorar, en lugar de Dios, esas criaturas colocadas delante de sus ojos; puesto que la debilidad que en ellas aparece puede corregir error semejante.

## 6 Salmo XCI. 6.

Y vimos de qué manera toda criatura está sujeta a la corrupción, y cómo luego será llevada a mayor belleza y gozará de una gloria mayor, y cuándo y por qué motivo, y por qué causa ha quedado sujeta a la corrupción. Todas estas cosas las discutíamos entonces delante de vosotros, y ahí demostrábamos el poder de Dios que ha puesto tan grande hermosura en cuerpos corruptibles, como, por ejemplo, la que desde el principio dio a las estrellas, al cielo y al sol. Porque de verdad podemos admirarnos de que, a pesar de haber transcurrido ya tan grande cantidad de años, no hayan sufrido nada de lo que suelen sufrir nuestros cuerpos; ni la ancianidad las haya hecho más débiles, ni por alguna enfermedad o accidente se hayan desmejorado; sino que perennemente conservan su vigor y su belleza, aquella, que, como ya dije, Dios les comunicó desde el principio. Y ni se ha consumido la luz del sol, ni se ha oscurecido el esplendor de los astros, ni se ha deteriorado el brillo de los cielos, ni se han cambiado los términos del mar, ni se ha extinguido la virtud generativa de la tierra, con dar a luz, año por año, sus



Y que todas las cosas estén sujetas a la corrupción, lo de mostramos tanto por la luz de la razón como por las Sagradas Escrituras. Y que sean bellas y espléndidas y que conservan su perenne vigor, lo testifican las diarias miradas de los que las observan: en todo lo cual sobre todo ha de ser admirado Dios, puesto que El desde los principios así las creó. Pero ¿por qué cuando nosotros eso decíamos, algunos se nos oponían, y decían: entonces de todas las cosas visibles la más vil es el hombre; puesto que la masa del cielo, y la del sol, y la de la tierra, y la de las estrellas han durado tanto tiempo, mientras que el hombre, después de los setenta años, se disuelve y perece?"

Por nuestra parte, afirmamos, en primer lugar, que no todo el ser viviente se disuelve; sino que la parte principal y más necesaria, que es el alma inmortal, permanece para siempre, y que ella no está sujeta a ninguna clase de corrupción. Y en segundo lugar, que precisamente esto sucede para mayor honor nuestro.

' Como se ve, el santo se atiene a las nociones generales de aquellos tiempos respecto de la Cosmografía.

Porque no al acaso y sin justo motivo, sino con toda justicia y en favor nuestro, sufrimos la ancianidad y las enfermedades. Con justicia, porque caímos en pecado; en favor nuestro, para que así rectifiquemos la soberbia, nacida en nosotros a causa de nuestro descuido, oponiéndole la consideración de estas enfermedades y defectos.

De modo que Dios permitió que esto fuera así no porque quisiera hacernos injuria. Si nos la hubiera querido hacer, no habría hecho inmortal a nuestra alma. Tampoco hizo así nuestro cuerpo porque El fuera impotente; puesto que si hubiera sido débil no habría podido mantener en su naturaleza los cielos, las estrellas y la masa de la tierra. Lo hizo para volvernos mejores y más modestos y más obedientes a El; y esto nos da ocasión de plena salud espiritual.. Por lo mismo hizo que ni vetustez ni enfermedad ninguna afectaran al cielo, porque éste, como carece de libre albedrío y no tiene alma, no puede ni pecar ni obrar rectamente en lo moral; y por esto no necesita de correctivo. En cambio nosotros, dotados de cuerpo y alma, necesitábamos que, mediante estas debilidades y enfermedades, se nos ingiriera la modestia y la humildad, puesto que ya desde el principio y antes que todo, el hombre se elevó en soberbia. Por lo demás, si el cielo estuviera constituido de la misma manera que nuestros cuerpos y se encontrara sujeto a la vejez, muchos habrían acusado al Criador de debilidad e impotencia, ya que no había podido conservar un cuerpo a través del círculo de muchos años. Ahora, en cambio, les ha quitado esa ocasión, puesto que a través de tan largos tiempos su obra permanece.

Añádase a lo que ya dijimos, que nuestras cosas no se contienen dentro de los límites del tiempo presente ni a ellos se circunscriben; sino que, una vez que hayamos sido bien probados en esta vida, nuestros cuerpos resucitarán con una gloria mayor, y se verán más que el cielo espléndidos, más que el sol y que los otros seres, y pasarán a otra condición y suerte mejor.

De manera que hay un camino para el conocimiento de Dios por medio del universo; y hay otro, en nada inferior, que es el que nos ofrece nuestra propia conciencia, camino que entonces expusimos largamente. Al mismo tiempo demostramos cómo la naturaleza

misma nos ha dotado del conocimiento de las cosas buenas y malas y cómo la conciencia interiormente nos dicta todo eso. Porque desde el principio la naturaleza nos dio dos preceptores: las criaturas y la conciencia. Estos sin palabras nos adoctrinan a todos. Porque las criaturas, admirando con sola su figura a quien las contempla, a ése, que todo lo observa, lo van llevando a la admiración de Aquel que las crió. Y la conciencia, resonando interiormente, nos sugiere todo lo que debe hacerse, y por la vista misma de las cosas, venimos al conocimiento de sus juicios y su fuerza. Pues ella, al acusarnos interiormente de pecado hace que aun exteriormente el rostro decaiga y lo llena de tristeza. Y cuando nos vemos cogidos en alguna cosa torpe, nos vuelve pálidos y temerosos: ¡no oímos su voz, pero por el aspecto exterior contemplamos la interior indignación que en ella se ha engendrado!

Demostraba también el discurso que además de estos dos maestros, la providencia de Dios había añadido un tercero; y éste, no ya mudo, al modo de los dos anteriores, sino tal que con su palabra, amonestación y consejo, corrigiera nuestras almas. ¿Cuál es ése? ¡El padre que a cada uno se le ha dado al nacer! Porque por esto hizo Dios que fuéramos amados de nuestros padres para que tuviéramos en éstos preceptores de la virtud. No el solo engendrar hace al padre, sino el educar rectamente; ni el dar a luz tan sólo, sino el bien educar hace a la madre. Y que esto sea verdad, y que no sea la naturaleza la que hace al padre sino la virtud, lo confesarán los padres mismos. Porque muchas veces, cuando ven a sus hijos con depravadas costumbres, y que han degenerado hacia la maldad, los echan de entre los consanguíneos suyos y los desconocen, y adoptan como hijos a otros que no estaban unidos a ellos con ningún parentesco.

¿Puede haber cosa más admirable que ésta, que a los que ellos engendraron los echen de sí, y en cambio adopten a los que no engendraron? Y no sin motivo voy diciendo estas cosas; sino para que veáis que es mayor la fuerza del libre albedrío que la de la naturaleza; y que es aquélla y no ésta la que hace a los padres. Pero esto, obra es de la providencia divina; es a saber, que ni dejara a los hijos destituidos del natural afecto de sus padres, ni, por el contrario, todo lo encomendara al afecto. Porque si los padres hubieran de amar a sus hijos, sin ser compelidos por ninguna natural necesidad, sino únicamente llevados por la probidad de sus costumbres y de sus buenas obras y habríais visto a muchos arrojados de la casa paterna por causa de su maldad, y aun a todo el mundo lo veríais destruido y desgarrado. Y si, por el contrario, todo lo hubiera encomendado a la fuerza de la naturaleza, y no hubiera permitido odiar ni siquiera a los malvados, sino que los padres, tras de sufrir infinitos males e injurias de parte de sus hijos, no cesaran con todo de acariciarlos a causa del vínculo natural, al mismo tiempo que eran respecto de ellos contumeliosos e insensatos, entonces el género humano habría llegado al colmo de la injusticia.

Pues si ahora, cuando los hijos no pueden enteramente fiarse de las leyes de la naturaleza, sino que saben que muchos, por ser depravados, han sido echados de sus casas y despojados de los bienes paternos, con todo, fiados en el amor de sus padres los colman de injurias, si Dios no hubiera permitido que éstos, encendidos en ira, se vengaran arrojando lejos de sí a los hijos que se han convertido, en malvados, ¿con qué perversidades no se habría ya contaminado el género humano? Por esto quiso Dios que el amor de los padres se apoyara a la vez en la necesidad natural y en la probidad de los hijos en sus costumbres; para que cuando los hijos cometieran faltas más leves, el amor natural invitara a los padres a darles el perdón, y en cambio, a los ya depravados y corrompidos con una enfermedad insanable, los castigaran; de manera que no —por su

indulgencia— les hicieran fáciles mayores vicios si acaso la natural necesidad los venciera y los obligara a acariciar a esos hijos suyos, a pesar de haberse convertido en unos malvados.

¡Cuan grande providencia, os ruego lo consideréis, es ésta! Puesto que manda amarlos, pero pone límites a ese amor y además constituye premios para la excelente educación de la prole. Y para que entiendas que se ha propuesto el premio no únicamente a los varones sino también a las mujeres, oye cómo, en muchos sitios, a ellos y a ellas les habla la Escritura, y no menos a ellas que a ellos. Pues habiendo dicho Pablo: La mujer seducida cayó en la prevaricación\* añadió pero se salvará por la generación de los hijos. Lo cual significa: ¿te dueles de que la primera mujer te arrojó a los dolores del parto y a los trabajos de una larga gestación? Pues no te irrites. Porque no es tanto lo que sufres con los dolores del parto y sus trabajos, cuanto es lo que ganas, si lo quieres, cuando tomas de eso ocasión para buenas obras, mediante la recta educación de tus hijos. Puesto que esos niños que te han nacido, si tuvieran una recta educación y por tus cuidados se formaren en la virtud, te darán una ocasión magnífica de salvarte. Y recibirás un gran premio, aparte de tus otras buenas obras, por el cuidado puesto en ésta.

8 I Tim., II, 14-15.

Y para que entiendas que no es el parto lo que constituye a la madre, y que no es a esa obra material a la que se le ha propuesto el premio, en otro sitio Pablo, hablando a una viuda, le dice: ¡Si educó a los hijos!<sup>9</sup> y no dice: "¡si engendró hijos!", sino "¡si educó a sus hijos!" Porque lo primero es cosa que pertenece a la naturaleza, pero esto otro es lo propio del libre albedrío. Y por lo mismo ahora, cuando dijo: "se salvará por la generación de los hijos", no se detuvo en eso; sino que, como quisiera manifestar que lo que nos acarrea la merced no es el haber engendrado hijos, sino el haberlos educado rectamente, añadió: Si permaneciere en la fe, en la caridad y en la castidad acompañada de la modestia.<sup>10</sup>

Y el sentido de estas palabras es como sigue: entonces recibirás un gran premio si los hijos que has procreado permanecen en la fe, en la caridad y en la castidad. De manera que si tú los incitas y amonestas, y los enseñas y los ayudas con tus consejos, por esa diligencia te está reservada delante de Dios una grande merced. No tengan, pues, las mujeres por cosa ajena de ellas el cuidar así de las niñas como de los niños. Porque en esto Dios no hizo distinción de sexos. Puesto que en el otro lugar de la Escritura dijo: "Si educó a sus hijos", y en éste añade: "Si permanecen en la fe y en la caridad y en la castidad". De manera que es necesario tomar sobre sí el cuidado de los hijos de ambos sexos. Y esto, tanto más toca a las mujeres cuanto que son ellas las que con mayor frecuencia residen en la casa.

Porque a los varones muchas veces los viajes y los cuidados del foro y los negocios políticos los apartan; mientras que la mujer, a quien ha tocado en suerte la inmunidad de semejantes cuidados, más fácilmente podrá, por tener tan grande descanso, ocuparse de los hijos.

8 Ib id., V, 10. w Ibid., II, 15.

Así lo hacían las mujeres antiguas. Porque, lo repito, no solamente de los varones se pide esto, sino también de las mujeres: el que eduquen a sus hijos y los inciten a la

virtud. Y para que conste ser esto verdad, os referiré una historia antigua. Hubo entre los judíos cierta mujer de nombre Anna. Esta mujer sufrió por mucho tiempo la esterilidad; y, lo que es más grave aún, su émula era madre de muchos hijos. Sabéis bien cuán intolerable cosa sea ésta, tanto por su naturaleza misma como por lo que ella es en sí, para las mujeres. Porque cuando se añade el que la émula 'tenga hijos, se hace mucho más pesada la carga; puesto que por la felicidad de ésta, mejor comprende aquélla su desgracia. Lo mismo que sucede con los que andan oprimidos con la extrema miseria: que más fuertementejite se duelen cuando se acuerdan de los ricos.

Ni fue la única calamidad el que la émula tuviera hijos y la otra no, sino que además se añadió el que fuera su émula; y no solamente que lo fuera, sino que además la provocara a cólera mediante los desprecios. Y Dios, aunque veía esto, lo dejaba ir. Y Dios no le concedió hijo, dice, según su tribulación y según la tristeza de su alma.<sup>11</sup> ¿Qué significa eso de "según la tribulación suya"? No puede decirse, sugerirá alguno, que mirándola Dios cómo llevaba con ánimo tranquilo y pacífico su calamidad, le impidió los partos; sino que, aunque la veía destrozada, afligida, adolorida, con todo no apartó de ella la tristeza, con el fin de llevar a cabo una obra más grande.

No escuchemos esto como si estuviéramos ocupados en otra cosa, sino aprendamos de aquí una excelente sabiduría. De manera que si alguna vez cayéremos en algún mal, aunque sintamos dolor, aunque nos lamentemos, aunque nos parezca insoportable el padecimiento, no nos precipitemos, no decaigamos de ánimo, sino confiemos en la providencia de Dios. Porque El sabe muy bien cuándo ha de apartar de nosotros aquello que nos engendra tristeza, como le aconteció a esta mujer. Pues no porque la aborreciera y la odiara le había Dios cerrado la matriz, sino para abrírnos las puertas de la sabiduría con que procedía aquella mujer y de que estaba dotada, y para que pudiéramos así contemplar las riquezas de su fe, y conociéramos que mediante esto El la había hecho más preclara aún.

Pero escucha lo que sigue. Y así lo hacía, año por año, desde tiempos atrás, cuando subía ella a la casa del Señor. Y se entristecía y lloraba y no comía."<sup>2</sup> Intenso era el dolor, continua la tristeza, y no de un solo día, ni de dos, ni de tres, ni de veinte, ni de ciento, ni de mil, ni de dos tantos más: durante muchos años se dolía aquella mujer y era atormentada. Porque esto es lo que significa aquello de "desde hacía mucho tiempo". Pero ella no lo llevó con impaciencia, y la larga duración del tiempo no venció a su sabiduría, ni aun los insultos y burlas de su émula; sino que asiduamente oraba y suplicaba. Y lo que es más que todo, y mejor nos declara su amor a Dios, es que no simplemente pedía un hijo, sino que deseaba dedicarlo y entregarlo a Dios, apenas hubiera salido de su vientre, para lograr de este modo ella misma el premio de aquella preclara promesa.

¿Cómo nos consta esto? Por las palabras que siguen. Todos vosotros sabéis cuán intolerable es para las mujeres la esterilidad, por motivo de sus maridos. Porque hay hombres tan brutales que aun reprochan a sus mujeres como una falta el que no engendren hijos, e ignoran que eso de engendrar trae su origen de lo alto y de la providencia de Dios, y que no basta para eso la sola naturaleza de la mujer, ni el coito ni otra cosa alguna de por sí. Y con todo, aun sabiendo que injustamente las acusan, muchas veces las insultan, y con frecuencia las rechazan y no se deleitan con su convivencia.

Veamos, pues, si acaso a esta mujer le sucedió eso mismo. Porque si la ves despreciada y humillada e insultada por su esposo, y que no encuentra gracia delante de él, y que él no le dispensa benevolencia alguna, podrás por ahí conjeturar que tal vez por ese motivo era por lo que deseaba ella tener un hijo, con el objeto de alcanzar así grande confianza y libertad, y hacerse más agradable a su marido. Pero si, al revés, encuentras que era ella más grata a su esposo que la que tenía hijos, y que éste le mostraba mayor benevolencia, de aquí aparecerá que ella deseaba tener hijos, no por algún afecto meramente humano, ni para ganarse más el cariño de su esposo, sino por el motivo que ya dijimos.

11 I Samuel, I, 6.

12 Ibid., I, 7.

¿Cómo quedará esto más claro aún? Oye al autor sagrado que dice esto mismo. Porque no lo escribió al acaso, sino para que conozcas la virtud de esta mujer. ¿Qué es pues lo que dice?: Porque amaba Elcana a Anna mucho más que a Fe-nena}3 Y luego, como viera él que ella no comía sino que lloraba, dice: ¿Qué es esto que te sucede para que estés llorando, y por qué no comes, y por qué motivo está acongojado tu corazón? ¿Acaso no soy yo para ti mejor que diez hijos? " ¿Adviertes cuan unido estaba a ella, y como más bien se dolía por causa de ella, y no porque ella no tuviera hijos, sino porque la veía consumida en el abatimiento y en la tristeza? Con todo, logró persuadirla que echara de sí la tristeza. Porque no era ese el motivo por el que ella andaba en busca de un hijo, sino para ofrecer a Dios algún fruto suyo.

Y continúa: Y después de que habían comido en Silo y habían bebido, fue a presentarse delante de Dios.<sup>15</sup> Pero tampoco esto se ha dicho al acaso: "una vez que habían comido y bebido", sino para que entiendas que el tiempo que otros emplean en deleites y pasatiempos, ella lo gastaba en oraciones y lágrimas, por encontrarse bien alerta a causa de la moderación y templanza. "Y se presentó delante del Señor". Y el sacerdote Helí, añade, estaba sentado en su silla en el dintel de la casa de Dios. Y tampoco esto está escrito sin motivo, que "Helí, el sacerdote de Dios, estaba sentado en los dinteles del templo del Señor", sino para que entiendas cuánto era el fervor de aquella mujer.

Porque a la manera que una mujer viuda, cuando está destituida de todo auxilio y abandonada y cubierta de contumelias y varias injurias, sucede con frecuencia que si está para llegar el emperador no se aterroriza por los guardias ni por los soldados que portan escudo ni por los jinetes ni por toda la comitiva de siervos que le preceden, ni echa por delante ningún patrono, sino que ella misma, con inmensa confianza y atravesando por entre todos, se llega y habla al emperador en persona y le llora su calamidad, movida por su propia desgracia a semejante coloquio, del mismo modo, en verdad, esta mujer no se avergonzó ni se apenó de pedir directamente a Dios, aunque el sacerdote estaba en su silla, ni de acercarse con grande confianza al Emperador mismo; sino que llevada de su deseo y con el pensamiento clavado en el cielo, como si viera al mismo Dios ahí presente, así le hablaba con sumo fervor.

Y ¿qué es lo que le dice? Pues en realidad ni siquiera le dice una palabra de antemano, sino que hace exordio de su llanto y derrama fervorosos ríos de lágrimas. Y así como cuando descenden las lluvias aun la tierra de suyo más dura, regada y reblandecida se excita a sí misma a producir con mayor facilidad los frutos, así sucedió en esta mujer. Porque su matriz, como reblandecida con sus lágrimas a la manera de una cierta lluvia,

y como recalentada por el dolor, comenzó a excitarse para este preclaro parto de los hijos. Mas, oigamos sus palabras mismas y su bellísima oración: Llorando lloró, dice la Escritura, e hizo voto al Señor diciéndole: ¡Adonai Domine Eloí Sabaot 11B ¡Palabras tremendas y que causan abundante pavor! ¡Y muy bien hizo el autor sagrado en enquistarlas a nuestro idioma, puesto que no hubiera podido pasarlas a la lengua griega y al mismo tiempo mantenerles su propia fuerza! Y no lo llamó la mujer con una palabra sola, sino con varias que se le aplican, con el objeto de manifestarle su amor y lo ardiente de sus deseos.<sup>17</sup>

13 Ibid., I, 5.

14 Ibid., I, 8.

15 Ibid., I, 9.

16 Es de notar que el estenógrafo pone las palabras hebreas con letras griegas, o sea en aljamiado. Pero intercala, a pesar de lo que luego dice, la versión de la primera Adonai al griego y dice Kyrie o sea Señor.

17 I Samuel, I. 10-11.

Así como los que redactan libelos de súplica para presentarlos al emperador, no le dan a éste un sólo nombre, sino que primero le ponen el de Triunfador, el de Augusto, el de Emperador y otros muchos más encumbrados que éstos, y finalmente le ponen sus peticiones, del mismo modo esta mujer, como presentara a Dios un libelo de peticiones, en el comienzo le pone cantidad de nombres, y esto, tanto para demostrarle, como antes dije, el afecto, como también para denotar el honor que se le debe a Aquel a quien ella suplica.

En cambio, la súplica la dictó el dolor. Y por esto fue oída al punto, puesto que la había presentado con tanta prudencia y tan maravillosa. Pues así suelen ser las oraciones que nacen del dolor del corazón. Ahí le sirvió de papel o libelo su mente, de pluma su lengua, de tinta sus lágrimas; y por esto su petición se nos ha conservado hasta el día de hoy. Peticiones así escritas permanecen indelebles cuando con semejante tinta se escriben. Tal fue pues el exordio del libelo de súplicas. Pero ¿qué fue lo que se siguió?: ¡Si te dignas mirar a la humillación de tu sierva! ¡s Aún no ha recibido nada y con todo, comienza su discurso y oración por la promesa. Ya da gracias a Dios y le ofrece la paga, cuando aún no tiene nada en sus manos. ¡Tan fervorosa se encontraba, y así miraba más a esto que a lo otro! Y por este motivo, rogaba se le concediera un hijo. "Si te dignas mirar a la humillación de tu sierva". Como si dijera: en doble derecho me apoyo, en el de sierva y en el de afligida. "¡Concédeme un hijo varón, a mí tu sierva, y yo te lo entregaré y lo pondré como un don delante de ti!" Pero ¿qué significa esto de "te lo daré como un don delante de ti"? Es decir, entregado a toda tu discreción, como siervo total. Me despojo de toda potestad sobre él. Porque solamente y en tanto deseo ser madre, en cuanto el hijo tome de mí su principio, pero desde ese momento te cedo totalmente mis derechos y me retiro.

Considera la piedad de esta mujer. No dijo si me dieres tres yo te daré dos; y si me dieres dos yo te daré uno. Sino que si uno solo me dieres yo te consagraré íntegro el fruto. "Y no beberá vino ni cosa alguna que pueda embriagar". Aún no recibe el hijo y ya lo está modelando para profeta, y habla del modo como lo educará, y establece un pacto con Dios. ¡Oh confianza de esta mujer! Puesto que no podía en aquel momento pagar con lo que aún no había recibido, paga con los bienes que luego le han de venir. Y a la manera que muchos agricultores, oprimidos por la penuria extrema, no teniendo el

dinero suficiente para comprar una ternera o una oveja, frecuentemente reciben de sus dueños esos animales con la condición de que les entregarán la mitad de lo que éstos produzcan, y luego les pagarán con el precio de los frutos de las cosechas futuras.

" Ibid., I, 11.

del mismo modo hizo esta mujer; o mejor aún, hizo una cosa mayor.

Porque no recibió al niño bajo la condición de restituir la mitad del fruto, sino con la de restituirlo en seguida y totalmente, y en vez de los frutos futuros se encarga de la educación del hijo. Porque juzgó ser suficiente paga el emplear sus trabajos en la formación de un sacerdote de Dios. Y dice: "Y vino y todo lo que embriaga, no lo beberá". Y no se le ocurrió decir: "¿Pero, qué sucederá si mientras aún está tierno el infante la bebida del agua daña su salud? ¿Qué, si acaso cae enfermo? ¿Qué si bajo el peso de una grave enfermedad perece?" Sino que, como si conociera que Aquel que se lo había dado era poderoso para proveer a su salud desde el parto mismo y desde los pañales, lo empuja a la santidad y deja todo el negocio en las manos de Dios. Antes del parto ya se santificaba su vientre, que portaba un profeta; era concebido un sacerdote y era presentado un don, digo un don animado.

Y por esto permitió Dios que fuera atormentada con la tristeza por tan largo tiempo; por esto se tardaba en concederle lo que le pedía; para mediante este parto, hacerla más preclara, y manifestar así la prudencia y moderación de ánimo de ella. Porque ella en su oración no se acordó de su emula ni trajo a colación sus injurias, ni sacó a relucir los oprobios, ni dijo: "¡Véngame de aquella malvada y perversa mujer!" —como lo hacen muchas mujeres. Sino que sin acordarse de los oprobios, suplicaba únicamente aquellas cosas que le habían de aprovechar.

Pues haz tú lo mismo, oh hombre. Y cuando te encuentres con un enemigo que te atormenta, no le digas alguna palabra menos blanda, ni lances imprecaciones contra el que te aborrece; sino que, habiendo entrado en la iglesia, y habiendo doblado las rodillas, ora a Dios derramando lágrimas, a fin de que retire de ti la tristeza y mitigue tu dolor. Como lo hizo esta mujer, con lo que sacó no pequeño fruto de aquella su enemiga. Porque ésta le ayudó para alcanzar el parto de aquel infante. Y cómo haya sido eso, lo voy a explicar.

Esta le había lanzado oprobios, la había afligido, le había causado las mayores penas. Pero precisamente por esto su oración fue más fervorosa, y la oración hizo benévolo a Dios, y logró que ella alcanzara lo que pedía, y así vino el parto de que nació Samuel. De manera que si permanecemos vigilantes, en nada podrán dañarnos los enemigos; antes bien, nos ayudarán en gran manera, puesto que nos volverán para todo más diligentes, con tal de que nosotros no nos dejemos arrastrar a las injurias y ofensas contra ellos, a causa de las molestias y sufrimientos que nos causan, sino más bien nos convirtamos a la oración.

Y una vez que dio a luz al niño, le puso por nombre Samuel, o sea oír al Señor. Porque por haber sido escuchada y haber recibido al niño por obra de la oración y no por beneficio de la naturaleza, quiso que la memoria de aquella ganancia quedara grabada, como sobre una columna de bronce, en el nombre mismo del niño. Y no dijo: llamémoslo con el nombre de su padre o de su tío paterno o de su abuelo o de su

tatarabuelo; sino que dijo: Aquel que me lo dio ése que sea honrado con el nombre del niño.

¡Pues a ésta emulad, oh mujeres! ¡a ésta imitemos, oh varones! Y pongamos tanto cuidado en la educación de los niños y de tal manera instemos en su formación, una vez nacidos, como ella; y esto tanto en todo lo demás como sobre todo en la castidad. Porque en nada es tan necesario esforzarse y poner tanto cuidado, como en que los jóvenes sean castos y honestos. Puesto que esta enfermedad sobre todo causa grandes molestias en esa edad.<sup>19</sup> Procedamos pues con los niños como solemos con las lámparas. Con frecuencia exhortamos a la sierva encargada de las luces a que no lleve la lámpara a un sitio en que haya paja o heno o cosas semejantes, no vaya a acontecer que sin darnos cuenta caiga alguna chispa y tras de abrasar aquella materia enseguida incendie toda la casa. Tengamos el mismo cuidado respecto de los niños, y no expongamos sus miradas a sitios en donde haya criadas disolutas o doncellas descocadas o sirvien " Por la forma de la expresión juzgaron algunos haber una laguna en el texto. Porque el santo viene hablando de la castidad y honestidad de los jóvenes, y sin transición se refiere a "esta enfermedad". Pero se ha advertido ya que más bien se trata de lo que los griegos llamaban anoauánrjat^ o sea una subindicación que deja pensar al oyente lo que en realidad no se dice. No quiere el santo ni nombrar el vicio opuesto a la santa virtud angélica, pero el oyente inmediatamente lo entiende. Creemos que es verdaderamente delicada la forma en que trata el asunto de la castidad de los jóvenes en el resto de la Homilía.

tas petulantes; sino que más bien amonestémosles y avisémosles, si es que tenemos en la casa alguna de semejantes criadas o alguna vecina de ese jaez, o alguna otra del mismo género, a fin de que no se acerque a los jóvenes ni platique con ellos; no sea que, brincando de ahí alguna centella, incendie totalmente el alma del jovencito y le acarree una desgracia irreparable.

Apartémoslos no solamente de los espectáculos, sino aun de los cantares muelles y disolutos, a fin de que su alma no se deje fascinar por ellos. No los llevemos al teatro ni a los banquetes y symposios, sino más bien cuidemos de los jóvenes con más cautela que de las vírgenes encerradas en sus tálamos. No hay cosa que adorne a esa edad como la corona de la honestidad, y el que los jóvenes lleguen al matrimonio libres de toda lascivia. Entonces las mujeres les parecerán amables cuando nunca antes se hubieren entregado a la fornicación, ni el alma se hubiere corrompido. Porque entonces el joven no conocerá sino a aquella mujer con la que se ha unido en matrimonio; entonces será más ardiente su cariño y más sincera su benevolencia; entonces la amistad será más íntima, cuando los jóvenes se lleguen al matrimonio tras de haberse defendido con tantas cautelas.

Porque las que ahora se celebran no merecen el nombre de nupcias, sino de negociación pura de dineros y mercaderías. Cuando el joven se ha corrompido antes del matrimonio, y luego, enseguida del matrimonio, lanza sus miradas sobre otra mujer ¿de qué, pregunto, le sirve el matrimonio? Más aún: entonces el pecado merece un mayor castigo y es menos digno de perdón, cuando teniendo en el interior de la casa a su legítima esposa, el joven se mancha a sí mismo acercándose a las meretrices y cometiendo adulterio. Porque tras de haber tomado esposa, aunque sea una meretriz aquella con que se une el marido, el hecho no deja de ser un adulterio.



Y esto es lo que ahora sucede. Los jóvenes, apenas celebrado el matrimonio, corren hacia las meretrices; y hacen esto porque no aprendieron a guardar la castidad antes del matrimonio. Y de esto nacen los pleitos, los insultos, la destrucción de los hogares y las continuas y diarias querellas. De aquí nace que el amor a la esposa disminuya y languidezca y al fin desaparezca, por la frecuentación de los lupanares. En cambio, si el joven aprende a guardar la castidad, tendrá a su esposa por la más amable y digna de desearse de entre todas las mujeres, y la mirará con suma benevolencia, y guardará con ella una absoluta concordia. ¡Todos los bienes estarán en un hogar semejante!

Así pues, para que las cosas de esta vida las administremos debidamente, y mediante ellas alcancemos el reino de los cielos, tengamos cuidado de nuestros hijos, así para cumplir con este mandamiento, como por el bien de los mismos hijos; y para no presentarnos con los vestidos sórdidos a aquellas espirituales nupcias; sino que confiadamente disfrutemos de ese honor que está allá reservado a los que dignamente se presentan. Honor que ojalá todos consigamos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria, el honor y el imperio al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

4

## **IV HOMILÍA SEGUNDA acerca de ANNA:**

de la fe de Anna y de su sabiduría o sea de su moderación de ánimo y de su modestia, y de honrar a los sacerdotes, y de hacer oración tanto al principio como al fin de las comidas.

¡No HAY COSA IGUAL a la oración, oh carísimos; ni nada más fuerte que la fe! Ambas cosas nos las demostró hace poco Anna. Porque habiéndose acercado a Dios con esos dones, logró todo lo que quiso. Corrigió la esterilidad de la naturaleza, abrió la matriz que permanecía cerrada, echó de sí el oprobio y acabó con las injurias de su émula, y entró en suma confianza al poder cosechar de la piedra infructuosa la mies bien granada. Todos habéis oído cómo lloró y oró, como rogó e insistió, y así persuadió al Señor, y concibió y dio a luz, y educó a Samuel, y lo consagró a Dios. De manera que no se equivocaría quien a esta mujer la llamara madre y padre a la vez de este niño. Porque, aunque el esposo la había fecundado, fue la oración de ella la que dio fuerza y eficacia a la fecundación, e hizo que Samuel naciera de un parto mucho más honorable.

Porque el principio de esta generación no fue, como en los demás hombres, únicamente el sueño y el coito, sino además las preces y las lágrimas y la fe. Y así este profeta tuvo un nacimiento más ilustre que los otros, por haber nacido mediante la fe de su madre. Por esto, de esta mujer se puede con derecho decir: Los que siembran con lágrimas cosecharán con alegría! ¡A ésta emulemos los varones, a ésta imiten las mujeres! Porque esta mujer es maestra de ambos sexos. Las estériles no desesperen y las que son madres eduquen así a sus hijos. Y todos a la vez imitemos la virtud que demostró antes del parto y el cuidado que tuvo después del parto. Porque ¿qué hay de más virtuoso y prudente que esta mujer que soportó la intolerable calamidad con paz y fortaleza y no desistió hasta que hubo vencido la desgracia y hubo encontrado el fin de sus males, fin admirable e increíble; y esto, sin haber llamado en favor suyo a ninguno de entre los humanos que la ayudara y le prestara auxilio?

¡Conocía ella la benignidad del Señor, y por esto se dirigió sola a El y alcanzó cuanto quiso! Porque la curación de su tristeza no necesitaba de ningún auxilio humano, sino de la gracia divina, puesto que la dicha tristeza no nacía de la pérdida de dineros, de manera que alguna cantidad de oro que alguno aportara la disipara, ni nacía de la enferma disposición del cuerpo, de manera que lograra sanar de la enfermedad con llamar algunos médicos. La naturaleza misma estaba afectada y necesitaba de una mano celeste. Y por esto, habiendo hecho a un lado todos los medios terrenos, acudió al Señor de la naturaleza; y no desistió hasta haberle rogado que le quitara aquella soledad y le abriera la matriz, y de estéril la convirtiera en madre.

De manera que ésta es bienaventurada no por haber sido hecha madre, sino porque no siéndolo antes, luego fue hecha madre. Puesto que lo primero es don común de la naturaleza, pero lo segundo obra fue del mérito insigne de esta mujer. Bienaventurada en verdad por aquel parto, y con todo, bienaventurada también por todo lo que al parto precedió. Porque todos vosotros, así los varones como las mujeres, sabéis que no hay cosa más intolerable para una mujer que carecer de hijos, hasta el punto de que, aun gozando por otra parte de millares de felicidades, no logra echar de su ánimo el dolor que esta herida le causa.<sup>2</sup>

1 Salmo CXXV, 5.

Y si esto es intolerable ahora, cuando hemos sido llamados ya a una superior sabiduría, y cuando, para quienes caminan hacia el cielo, no hay particular interés por las cosas presentes, sino que todo es una preparación para la vida futura, y cuando con grandes alabanzas se ensalza la virginidad, ¡piensa cuan grande haya parecido entonces semejante desgracia, cuando no había aún esperanza de los bienes futuros entre aquellos antiguos, sino que todo lo hacían movidos por las cosas de la vida presente, y cuando el que una mujer fuera estéril y privada de descendencia llevaba consigo una como señal de reprobación! ¡Nadie puede decir ni alcanzar con palabra alguna la grandeza del dolor que de semejante llaga procedía!

¡Testigos de ello son las mujeres que en los tiempos pasados, habiéndose mostrado virtuosas y perfectas en los demás sufrimientos, esta sola desgracia no pudieron tolerar con ánimo tranquilo, sino que unas se indignaban contra sus maridos y otras tuvieron su vida como ya del todo infeliz! A esta mujer, en cambio, no la asediaba solamente la amargura que de la esterilidad le provenía, sino además otro mal que era el de la ira proveniente de los oprobios de su émula. Y así como cuando los vientos luchan encontrados, y mientras luchan arrebatan en medio a una barquichuela; y cuando se levantan olas infinitas por el lado de la proa e infinitas también por el lado de la popa, el patrón de la nave, sentado al timón, la defiende, y aparta las acometidas de los tumbos con su prudencia en el gobierno del timón; del mismo modo, aquella mujer, cuando la ira o la tristeza, a manera de vientos contrarios, acometían su ánimo y trataban de perturbar su razón, y suscitaban olas innumerables, y esto no por tres o veinte días, sino durante tantos años (puesto que así le sucedía, según afirma la Escritura, durante mucho tiempo), llevó la tempestad con fortaleza, y no permitió que su razón padeciera naufragio. Porque el temor de Dios, sentado a la manera de un patrón, al gobernarle, la persuadió de que semejante tempestad había que soportarla con grandeza de ánimo, y no dejó de gobernar su mente hasta que condujo a puerto seguro aquella nave cargada de mercancías; es a saber, aquel vientre repleto de preciosísimos tesoros. Porque no llevaba plata ni oro, sino a un sacerdote y profeta, por lo que la santificación de aquel vientre

era doble: la de estar preñado de semejante niño y la de haber tomado principio su concepción en la oración y en la gracia del cielo.

3 En la Introducción, n. 9, indicamos cómo muchas veces el santo improvisaba y había de subir al pulpito hasta dos y aun tres veces al día. De aquí vino el que con frecuencia se repitiera en lo que decía, como aquí, en que repite algunas de las ideas de la Homilía anterior.

Ni era solamente increíble y admirable la carga aquella, sino que además, el modo de negociarla fue de mayor admiración aún. Porque no fue a venderla a varones algunos mercaderes, sino que inmediatamente que la sacó de la barquilla, la vendió a Dios. Y con esta negociación logró ganancia tan grande, cuanta puede lograr y debe lograr la mujer que hace su comercio con Dios. Porque Dios, en cuanto recibió aquel niño, le dio a ella otro hijo más. Más aún: no uno ni dos ni tres ni solamente cuatro, sino muchos más que éstos. Porque dice la Escritura: La estéril dio a luz siete veces.<sup>3</sup> De manera que la ganancia excedió al capital que había impuesto a rédito. Y así es toda negociación que se hace con Dios; porque El no devuelve una insignificante partecilla del capital, sino éste reduplicado. Y no le concedió solamente hijas, sino que le acreció la ganancia con hijos de ambos sexos, a fin de que su gozo fuera cabal.

Pero yo traigo a la memoria estas cosas no únicamente para que las alabéis, sino para que emuléis la paciencia y la fe de esta mujer, virtudes que en parte habéis escuchado hoy. Mas para agotar las reliquias de la materia, concededme que recordemos un poco la conversación con el sacerdote y su ayudante, después de la primera oración, a fin de que veáis el ánimo tranquilo y manso de esta mujer. Y sucedió, dice la Escritura, que mientras ella oraba reiteradamente en la presencia de Yavé, Helí estaba mirándole a la cara.<sup>11</sup> Dos virtudes nos testifica en este sitio el escritor sagrado acerca de esta mujer: la constancia en las preces y la atención de su ánimo. La primera cuando dice: "oraba reiteradamente"; y la otra cuando añade: "en la presencia del Señor". Porque todos oramos, pero no todos lo hacemos en la presencia del Señor. Cuando con el cuerpo postrado en tierra y con la boca suelta en delirantes palabras, el pensamiento anda vagando por el foro y por la casa ¿cómo podrá quien esto hace decir que ha orado delante de Dios? Porque en la presencia de Dios ora, quien ora con la mente recogida de todo otro asunto, y sin tener comunicación con nada terreno, sino habiendo como emigrado totalmente al cielo y habiendo echado de su ánimo todo humano pensamiento. Como lo hacía en aquellos instantes aquella mujer. Porque se había recogido totalmente dentro de sí, y había fijado su mente, y de este modo había invocado a Dios con el alma transida de dolor.

3 1 Samuel, II, 5.

4 Ibid., II, 12.

Mas ¿por qué dice que había multiplicado sus preces, siendo así que la oración que pronunciaron sus labios es muy pequeña? No se alargó en palabras ni prolongó el tiempo de su súplica, sino que habló solamente unas pocas y sencillas palabras y éstas sin adorno: Adonai Kyrie Eloi Sabaoth: si atiendes a la angustia de tu esclava y te acuerdas de mí y no te olvidas de tu esclava y das a tu esclava un hijo varón, yo lo consagraré a Yave por todos los días de su vida, y no lo tocará la navaja en su cabeza/' ¿Qué significa toda esta cantidad de palabras? ¿Qué es lo que sugiere la Escritura cuando dice multiplicó? ¿Que repetía esto mismo con frecuencia, y no desistió de repetir

las mismas palabras durante largo tiempo. De esta manera nos enseñó Cristo en el Evangelio a orar.<sup>6</sup>

Porque, cuando enseñó a sus discípulos que no oraran al modo de los gentiles, usando de abundancia de palabras, nos enseñó el modo de hacer oración y nos manifestó que el ser oídos no está en la multitud de las palabras, sino en la atención de la mente. Pero, dirá alguno: ¿cómo es eso, ya que si se ha de orar con pocas palabras, con todo El les propuso la parábola en que amonesta que se ha de orar sin intermisión? Había una mujer viuda que clamando constantemente a un juez cruel e inhumano, y que no temía a Dios ni a los hombres, con todo, por haber acudido ella con frecuencia, logró al fin doblegarlo.<sup>7</sup> Y ¿cómo

5 Ibid., I, 11. c Mat., VI, 7. <sup>7</sup> Luc, XVIII, 3-5.

Pablo nos exhorta diciendo: Instando en la oración/ y luego: ¡Orad sin intermisión!?"  
Porque si no se deben alargar las palabras y con todo hay que orar largamente, ambas cosas pugnan entre sí. Digo que no pugnan entre si estas cosas ¡ni de lejos! ¡Al revés, grandemente se conciertan! Porque lo que Pablo y Cristo ordenaron fue que se hicieran breves pero frecuentes oraciones y con pequeños intervalos.

Y la razón es porque si tú te alargas en las palabras, como habrá de suceder que con frecuencia estés poco atento, harás que el demonio cobre grande audacia para acercarse y engañarte y vencerte y apartar tu mente de lo que estás diciendo.

Pero si con frecuencia y de tiempo en tiempo orares, dividiendo el espacio de tiempo entre las diversas oraciones, fácilmente podrás estar atento y despierto para llevar a cabo tu oración con atención grande. Que fue lo que hizo aquella mujer, quien no con muchas palabras sino con repetidas y frecuentes preces se presentó a Dios.

Y luego, cuando el sacerdote le cerró la boca, porque eso significa lo que dice: La miraba a la cara, y sus labios se movían pero su voz no se oía;<sup>10</sup> es decir que fue obligada por el sacerdote a obedecer y dejar de orar, cierto que se le impidió la voz pero no se le quitó la confianza; sino que el corazón clamaba interiormente con mayor vehemencia aún. ¡Oración es sobre todo aquella que lanza de lo más íntimo sus voces a lo alto!

¡Esto es lo propio de las almas ya ejercitadas por el dolor; hacer su oración no alzando la voz sino con el ánimo inflamado en el fervor!

Así oró Moisés. Pues aunque su voz no resonaba, con todo dice Dios: ¿Por qué clamas a mí?<sup>11</sup> Los hombres no oyen sino esta voz exterior; pero Dios, aun antes de ella, escucha a quienes interiormente claman. Por esto puede suceder que aun aquellos que no hablan sean escuchados. Por ejemplo, si alguno camina por la plaza y ora fervorosamente, o bien en la reunión con sus amigos, o haciendo cualquier otro negocio invoca a Dios con vehemente clamor, digo con vehemente clamor interno, de manera que nada haga que pueda notar ninguno de los presentes.

8 Román., XII, 12.

9 1 Tesal., V3 17.

10 1 Samuel, I, 12-13.

11 Exod., XIV, 15.

Y esto fue lo que hizo entonces aquella mujer: Su voz, dice, no se oía, pero Dios la escuchó. ¡Tan grande era su interno clamor! Y le dijo el ayudante de Helí: 12 ¿Hasta cuándo vas a estar ebria? ¡quita de ti el vino y apártate de la presencia del Señor!13 Sobre todo en este punto se puede admirar la sabiduría de esta mujer. En su casa la maltrataba su émula. Viene al templo, y acá la injuria el ayudante del sacerdote y el sacerdote mismo la increpa. Huía de la tempestad de los domésticos para acogerse al puerto y acá se encontró de nuevo el oleaje.

Vino para recibir algún medicamento y se le añadió el azote de los oprobios, con el cual su llaga se acrecentara en vez de curarse. Porque ya sabéis en qué forma rehuyen los ánimos afligidos las contumelias y las injurias. Las grandes llagas no soportan ni siquiera un leve contacto de la mano, sino que con él se hacen mayores; y del mismo modo el ánimo perturbado es impresionable y de todo se incomoda, y se siente herido por una palabra cualquiera.

Y con todo, ninguno de esos efectos experimentó aquella mujer, ni aun en el punto en que el ayudante del sacerdote la colmaba de oprobios. Ciertamente que si hubiera sido el sacerdote el que la injuriara no sería tan admirable su paciencia, porque la alteza de la dignidad y la autoridad del cargo la habrían obligado, aun contra su voluntad, a que se portase con moderación. Pero ahora, ni siquiera contra el ayudante del sacerdote se indigna, cosa con que se hizo aún más benévolo a Dios. Pues de la misma manera, cuando nosotros somos acometidos con oprobios y malos tratos, y llevamos con ánimo generoso a quienes nos injurian, nos conciliamos mayor benevolencia de parte de Dios.

¿Cómo se hace manifiesto? Por lo que aconteció a David.14 Pues ¿qué le sucedió? Andaba en cierta ocasión como desterrado fuera de su patria y puestas en peligro su libertad y su vida, y vagaba en el desierto con un ejército preparado contra aquel joven indisciplinado, tirano y parricida.15 Y con todo, ni se indignó David ni perdió su confianza en Dios, ni dijo: "¿Qué significa esto? ¡Ha permitido Dios que el hijo se levantara contra su padre que lo engendró, hijo que aunque tuviera algo de que justamente se quejara todavía no era conveniente que lo hiciera! Y ahora, sin que le hayamos hecho daño alguno en cosa grande ni pequeña, anda por acá ansioso de teñir su diestra con la sangre paterna, ¿y Dios permite esto?"

12 En el hebreo y en la Vulgata solamente Helí habla; pero en los LXX se introduce al siervo de Helí hablando. San Crisóstomo cita a los LXX, para el Antiguo Testamento y no la Vulgata, Parece que él no sabía el hebreo.

13 1 Samuel, I, 14.

14 2 Samuel XVI: véase el capítulo todo con la narración.

Pues nada de eso dijo. Al revés, lo que es aún más admirable, a él, que andaba errante y echado de todas partes, un cierto hombre criminal, llamado Semeí, lo acometió llamándolo homicida e impío, y colmándolo de otras mil injurias. Y con todo, ni aun así se exasperó. Y si alguno dijera ¿qué maravilla es que no se haya vengado cuando la debilidad le quitaba el poder para vengarse?, le diré en primer lugar que yo no lo admiraría más, si portando la diadema y gozando de su reino y sentado en su solio,

hubiera tenido paciencia con el injuriante, de lo que ahora lo admiro y lo alabo, cuando al tiempo de la calamidad demuestra su virtud.

Y la razón de esto es que con frecuencia en el primer caso la grandeza del poder y la bajeza del ofensor a muchos ha persuadido a despreciar el oprobio. Muchos reyes con frecuencia de mostraron parecida moderación de ánimo y tuvieron como suficiente excusa en favor de los injuriantes lo excesivo de su lo cura. Pero no nos suelen doler igualmente los oprobios cuando estamos en prosperidad y cuando estamos en adversidad. Cuando estamos caídos es cuando más nos muerden y más amargamente nos punzan las injurias. Y por lo que hace a David, se puede añadir otra cosa: que en su mano estaba tomar venganza y no la tomó.

Y para que veas que aquella moderación de ánimo no era impotencia sino paciencia, como el jefe de su ejército quisiera que se le encomendara dicha venganza, e ir al injuriante y cortarle la cabeza, no solamente no lo permitió David, sino que aun se indignó y dijo: ¿Qué tenéis que ver conmigo, hijos de Sarvia? ¡Dejadlo que me maldiga! ¡Quizá Y ave mirará mi aflic<sup>15</sup> Se refiere a Absalón.

C12

ción y me pagará con favores las maldiciones de este día.<sup>TM</sup> Como en efecto sucedió.

¿Ves cómo aquel justo comprendió que el soportar con magnanimidad los oprobios es ocasión de alcanzar grande gloria? Por este motivo, en otra ocasión, cuando encontró a Saúl como emparedado y tuvo oportunidad de matarlo, lo perdonó; y esto en los momentos en que lo instaban a que le diera muerte aquellos que lo rodeaban. Pero ni aquella facilidad tan oportuna para matarlo, ni la provocación de los que ahí estaban presentes, ni el recuerdo de las innumerables injurias que de él había sufrido ni el peligro de padecer otras mayores, pudieron empujarlo a desenvainar su espada, y esto a pesar de que ni había de ser conocido él como homicida por el ejército en el caso de que llevara a cabo aquella muerte, puesto que estaban en una caverna y no había otros testigos sino sólo Saúl.

Tampoco dijo lo que cierto hombre que iba a cometer un adulterio: Las tinieblas me rodean como una muralla: ¿por qué temo? <sup>17</sup> Sino que él miraba al otro ojo insomne, y sabía que los ojos del Señor son en infinito más luminosos que el sol.

Y por esto, todo lo hacía y decía como si Dios estuviera presente y juzgara de las cosas que se decían ya en aquel instante.

Y así dijo: ¡No pondré mi mano en el ungido del Señor!<sup>18</sup> ¡Yo no miro a la maldad, sino a la dignidad! ¡No me diga alguno que éste es un malvado y perverso, porque yo atiendo al honor de Dios, aunque éste parezca ser indigno de ello!

Oigan esto los que desprecian a los sacerdotes, y aprendan cuánta reverencia demostró David al rey. Aunque ciertamente el sacerdote es mucho más digno de honra y veneración que el rey, puesto que está llamado a un principado más excelso. Aprendan a no juzgarlo ni ponerle penas, sino a sujetarse a él y cederle. Porque en realidad, tú, aunque el sacerdote sea vil y bajo, no conoces su vida; mientras que aquel David sí conocía todas las cosas que contra él había perpetrado Saúl. Y a pesar de todo,

reverenciaba en él la dignidad que Dios le había conferido. Pero más aún: aun en el caso de que conocieras bien a los sacerdotes, todavía no serías digno de perdón ni tendrías excusa en el caso de que despreciaras su dignidad y no te sujetaras a su sentencia. Oye de qué manera Cristo en el Evangelio nos ha quitado todo pretexto con aquello que dijo: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced pues todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras.<sup>15</sup>

¿Ves cómo de aquellos cuyas costumbres eran tan depravadas que merecían ser reprendidos por los discípulos, con todo no despreció sus amonestaciones ni rechazó su doctrina? Y no digo esto por querer acusar a los sacerdotes, ¡lejos de mí!; porque vosotros sois testigos de su modo de vivir y de su piedad, sino para que les mostremos aún mayor honra y reverencia. Y la utilidad de esto más será para nosotros que para ellos. Porque quien recibe al profeta en el nombre del profeta recibirá la merced del profeta."0 Además de que, si se nos prohíbe que andemos haciendo juicios de nuestras vidas, mucho más que los hagamos de los sacerdotes.

Pero voy a lo que quería decir (porque es necesario que volvamos de nuevo a aquella mujer): cuantas veces soportamos los oprobios con ánimo levantado, nos resultan de ahí bienes innumerables. Esto se comprueba viendo lo que le aconteció a Job. Porque yo no lo admiro tanto antes de que lo instigara su mujer, como después de que ella le daba aquel dañino consejo. Y para que no le vaya a parecer a alguno cosa increíble lo que estoy diciendo, recuerde que muchas veces a aquellos a quienes la natural corrupción no pudo derribar, a esos los venció una palabra y una malvada exhortación. Y como el demonio no ignora esto, tras de haberle causado las úlceras a Job, añadió, para tentarlo, la acometida mediante las palabras, del mismo modo que lo hizo con David.

Porque una vez que vio que éste había llevado con ánimo generoso la rebelión de su hijo y aquella su malvada tiranía, queriendo vencer los pensamientos de David y moverlos a ira, lo acometió finalmente mediante las palabras de aquel virulento Semeí, y lo hizo para de este modo morderle el ánimo. Y la misma astucia urdió contra el bienaventurado Job. Al ver que también éste se burlaba de sus dardos, y que no de otra manera que una torre de diamante se mantenía firme contra todos sus ataques, armó a su mujer contra él; y esto con el fin de que el consejo no fuera a parecer sospechoso, pues le venía de ella a Job; y encubrió su veneno bajo las palabras de la esposa, con lo que a la vez le hacía mayor su desdicha.

10 II Samuel, XVI,

10. " Ecles., XXIII, 26.

18 / Samuel, XXIV, 7.

19 Mat., XXIII, 2-3. 70 Ibid., X, 41.

Pero ¿qué fue lo que dijo aquel magnánimo?: ¿Por qué, le dijo, has hablado como una de tantas mujeres necias? Si recibimos los bienes de manos de Dios ¿no recibiremos también los males? 21 Lo que éste dijo tiene el siguiente sentido: si no se tratara del Señor ni de quien tan inmensamente nos es superior, sino de un amigo de igual condición que nosotros, ¿qué excusa tendríamos si, colmados de tan grandes beneficios y tantos, no le recibiéramos también los males contrarios? ¿Ves cómo este varón por amor a Dios ni se ensoberbece ni se gloria de sobrellevar aquellas llagas que exceden a las fuerzas naturales, con entera fortaleza; ni atribuye a su virtud y paciencia tan insigne tolerancia, sino que, como si hubiera simplemente cumplido con un deber, y no hubiera

hecho sino lo que era justo hacer, así cierra la boca de su esposa?

Pues lo mismo aconteció a aquella mujer. Porque en cuanto Satanás se dio cuenta de que ella llevaba magnánimamente la esterilidad, empujó al ayudante del sacerdote a fin de que la atormentara más aún. Pero no perdió nada con eso la mujer. Porque acostumbrada como estaba desde su casa a sufrir las ofensas y ejercitada de antemano con los oprobios de su émula, se armaba para sobrellevar intrépidamente los asaltos de ese género. Y por esto mostró en el templo grande mansedumbre, soportando varonil y magnánimamente los ludibrios, cuando se la llamó ebria y redundante de vino. Aunque nada nos impide escuchar las palabras mismas de la mujer. Porque como el ayudante del sacerdote le dijera: ¡Digiere tu vino allá contigo y apártate de la presencia del Señor, Anna le respondió y dijo: ¡No es así, señor! 22 A quien la había hablado tan injuriosamente, a ése ella lo llama señor. Ni dijo lo que suele la mayor parte de los hombres: "¡Dime! ¿así habla un sacerdote? ¿así el que enseña a otros? ¡me injurias con eso de la embriaguez y del vino en exceso!" Pues nada de eso dijo, sino que únicamente atendió a apartar de sí aquella sospecha, aunque era falsa.

M Job, II, 10.

(3) 1 Samuel, I, 14-15.

Al contrario procedemos nosotros cuando alguna vez se nos injuria: soplamos el incendio cuando convenía extinguirlo y excusar al prójimo y volverlo a nuestra amistad. Y, a la manera de fieras, saltamos contra el injuriante queriendo ahogarlo, arrastrarlo, y exigiendo se le castigue por sus palabras. Y con ese comportamiento lo que hacemos es confirmar la sospecha contra nosotros. Porque si deseas demostrar a quienes te injurian que tú no eres ebrio, muéstraselo con la mansedumbre, muéstraselo con la bondad y no mediante contumelias e injurias. Si tú hieres a quien te cargó de insultos, todos te condenarán como ebrio; pero si lo soportas con grandeza de alma, con tus hechos mismos desharás la mala sospecha. Que fue precisamente lo que entonces hizo aquella mujer.

Porque al decir: "¡No es así, señor!", en realidad declaró ser falsa la sospecha. Pero ¿de dónde pudo siquiera sospechar esto el sacerdote? ¿Acaso la había visto riendo? ¿la había visto bailando? o bien ¿la había visto tambaleando y cayendo? ¿le oyó alguna palabra obscena y propia de esclavas? ¿De dónde, pues, concibió semejante sospecha? ¡No procedió el sacerdote temerariamente y sin motivo; sino que lo dedujo de la hora del día! Porque era ya el medio día cuando ella hizo su oración. ¿Cómo se prueba esto? Por lo que procede en ese mismo sitio de la Escritura: Se levantó Anna, dice, una vez que habían comido y bebido en Silo, y después de la bebida se presentó ella en la presencia del Señor.<sup>23</sup>

¿Lo adviertes? ¡El tiempo que otros gastan en recrearse ella lo hace tiempo de oración! ¡Después de la comida fue corriendo a la oración y desató las fuentes de sus lágrimas, y se mostró sobria y vigilante en su pensamiento! Y tras de la comida oró con tan grande atención que logró alcanzar un don sobre la naturaleza, y apartó la esterilidad y corrigió la debilidad natural. De manera que esta ganancia hemos conseguido de esta mujer: el saber orar aun después de la comida. Porque quien esté preparado para esto, jamás caerá en la embriaguez y exceso de vino, ni reventará a causa de la crápula; sino que como tiene delante, a la manera de un freno, la oración que le espera, tomará moderadamente y según lo que convenga de cada uno de los manjares que le fueren servidos, y saciará a



la vez su alma y su cuerpo con abundante bendición. Porque comida que se comienza con las preces y con ellas se termina, jamás defraudará, sino colmará de bienes con mayor abundancia que una fuente cualquiera. No descuidemos, pues, este lucro tan grande.

Ibid., I, 9.

Sería en verdad cosa absurda que cuando nuestros criados han recibido alguna parte de aquellas viandas que se nos han servido, nos den las gracias y se aparten deseándonos bienes; y que en cambio nosotros, tras de disfrutar de tantos y tan inmensos beneficios, ni siquiera este honor tributemos a Dios; y esto a pesar de que conseguiríamos una grande confianza. Porque a donde están las preces y las acciones de gracias, ahí% anda la gracia del Espíritu Santo, de ahí huyen los demonios y escapa toda Potestad adversa y se aparta. Aquel que en seguida se ha de poner a orar, no dirá nada disonante ni aun en mitad del banquete; y si acaso lo dice, al punto se arrepiente.

Conviene, pues, que así al principio como al fin de las comidas demos gracias a Dios, en especial por este motivo. Porque, como iba diciendo, no nos deslizaremos a la embriaguez si acaso nos confirmamos en esta costumbre. Por esto, si alguna vez te levantas de la mesa pesado por la crápula y la bebida, no por eso omitas esta costumbre; y aunque nos sintamos pesados y que nos dan vahídos y que todo gira y nos caigamos, a pesar de todo debemos insistir en la oración y no perder esta costumbre. Si el día anterior orares de este modo, corregirás al siguiente la falta repugnante que cometiste en aquel anterior. En resumen: siempre que comamos, acordémonos de esta mujer y de sus lágrimas y de su preclara embriaguez. Porque ciertamente ebria estaba ella, pero no de vino sino de la abundancia de la piedad. Pues si en acabando de comer tan fervorosa estaba ¿cuál estaría al amanecer? Si con tan grande instancia oró después del alimento y la bebida, ¿cuál sería su oración cuando estaba en ayunas?

Pero volvamos a las palabras de ella: palabras llenas de abundante sabiduría y repletas de mansedumbre. Porque, una vez que dijo: ¡No es así, señor!, al punto añadió: ¡Soy una mujer afligida! ¡no he bebido vino ni otra cosa que pueda embriagar! 2i Observa cómo ni entonces hace memoria de los oprobios de su émula, ni acusa su malicia ni echa a la calle y divulga y encarece la desgracia doméstica; sino que solamente y en tanto deja entrever su aflicción en cuanto es necesario para justificarse delante del sacerdote: ¡Mujer soy que tiene el corazón afligido! ¡no he bebido vino ni otra cosa que pueda embriagar; sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor! Y no dice: "¡Ruego al Señor, suplico al Señor!" sino "he derramado mi alma en la presencia del Señor". O sea: toda entera me he convertido y vuelto al Señor, y he vaciado mis pensamientos en su presencia, y con todo mi ser y con todas mis fuerzas he hecho mi oración y he narrado mi desgracia, y le he mostrado mi llaga y El puede darme el remedio. ¡No echés en cara a tu sierva el ser como una mujer vulgar y desvergonzada e impudente! 25

24 Ibid., I, 15. 182

De nuevo se llama a sí misma sierva, pero poniendo todo cuidado en no quedar delante del sacerdote con fama de mala. Y no dijo en su interior "¿Qué me importa la calumnia de éste? ¡me acusa por ignorancia y sin motivo, y sospecha en donde no había por qué! ¡esté mi conciencia pura y que todos me calumnien!" Sino que cumplió con aquella ley

apostólica que ordena proveer lo bueno no solamente delante de Dios sino también delante de los hombres.<sup>26</sup> Y así, quitó en absoluto la sospecha con lo que dijo: "No eches en cara a tu sierva el ser como una mujer vulgar y desvergonzada e impudente". Pero ¿qué significa eso de "en cara"? significa, no me tomes por una mujer sin decoro. Porque esta audacia no es propia de un vinolento, sino de una alma afligida. ¡Es palabra de tristeza y no de embriaguez !

¿Y qué le contestó el sacerdote? Considera también la prudencia del sacerdote. Porque no preguntó por curiosidad el género de desgracia; no investigó con mayor exactitud el motivo de la tristeza. Pues ¿qué fue lo que le dijo? ¡Vete en paz, y que el Dios de Israel te conceda muy cumplida la petición que le has hecho! <sup>27</sup> Esta mujer de un acusador hizo un patrono: ¡tan grande bien son la bondad y la mansedumbre! Y así se apartó ella llevando consigo un abundante viático en cambio de los oprobios sufridos; y logró que fuera su patrono e intercesor aquel mismo a quien había encontrado como reprensor. Pero no se contentó con esto; sino que añadió y dijo: ¡Que halle gracia tu sierva a tus ojos! <sup>28</sup> Es decir: que por el término y éxito de este negocio conozcan que yo esta oración y estas preces las hice no por vinolencia sino por tristeza.

Ibid., I, 16. Rom., XII, 17. / Samuel, I, 17.

Y una vez que se hubo marchado, dice la Escritura, ya no volvió a decaer su rostro.<sup>29</sup> ¿Ves la fe de esta mujer? ¡Aun antes de haber recibido lo que había suplicado, de tal manera confió como si ya lo hubiera recibido. Y la causa fue que había orado con grandísimo fervor y con mucho empeño y sin andar dudando. Por esto se marchó como si ya todo lo hubiera alcanzado. Más aún: Dios desde luego le quitó del alma toda aquella su tristeza, porque pensaba ya en concederle el don que le pedía. ¡Imitemos nosotros a esta mujer, y refugiémonos en Dios en cualquiera tribulación! Si no tenemos hijos a El pidámoslos; y si los recibiéremos de El, eduquémoslos con todo cuidado. Apartemos a los adolescentes de todos los vicios. Pero sobre todo de la sensualidad, porque esta batalla es difícil, y en esa edad no hay otra que sea más molesta que esta enfermedad. Amurallémoslos, pues, por todos lados con consejos, exhortaciones, miedos y amenazas. Si logramos dominar esta pasión, las otras no los vencerán fácilmente, sino que ellos se harán superiores a la codicia de dineros y a la crápula y al vino, y se apartarán con toda diligencia de las compañías perversas, y serán más amables para con sus padres y más respetados de los hombres.

Porque ¿quién no respetará a un joven que vive casta y limpiamente? ¿Quién no abrazará y besará a quien ha puesto un freno a sus pasiones? ¿Quién, aun de los más ricos, no querrá entregarle en matrimonio su hija, y esto con todo gusto, aunque el joven fuera el más pobre de todos? Así como, por el contrario, nadie hay tan miserable ni de tan desdichada fortuna que quiera tener por yerno a quien vive en la lascivia, aunque por lo demás sea el más opulento de todos. Nadie hay, por necio que él sea, que rechace a un joven honesto y lleno de templanza, y lo colme de deshonras.

Ibid., I, 18. Ibid.

Así pues, con el objeto de que los hijos sean respetados por los demás y amables a Dios, adornemos de virtudes sus almas, y llevémoslos con honestidad hasta el matrimonio; porque de este modo les vendrán de eso, como de una fuente, todos los bienes, y tendrán propicio a Dios y gozarán de la gloria de la vida presente y también de la futura.

¡Acontézcamos alcanzar ésta a todos nosotros! por la gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, el honor y el poder, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

acudieron en gran número el domingo V después de la Resurrección, o sea el precedente a la Ascensión del Señor. Y esto, según todos los datos, sucedía el año 387, es decir después de que fueron predicadas las veinte sobre las estatuas, con ocasión de la sedición antioquena, de que hablamos en la Introducción, en el número 9. Parece que la primera corresponde al lunes antes de la fiesta de la Ascensión, la segunda al viernes siguiente a la dicha fiesta, la tercera al lunes siguiente; la cuarta, que no se nos ha conservado, al miércoles siguiente; la quinta (que ahora va numerada como cuarta), al viernes de esa misma semana, y la sexta (ahora numerada como quinta), ya pasada la fiesta de Pentecostés. Para más pormenores, puede consultarse a Montfaucon, vol. IV, Prefacio, págs. XII-XVI, y págs. 808-809 del mismo volumen.

5

## **V HOMILÍA TERCERA acerca de ANNA:**

y sobre la educación y lactancia de Samuel; y que es útil que los partos sean tardíos; y que es peligroso el descuidar a los niños.

Si NO ES QUE A ALGUNOS les parezca yo ser pesado y cansado, quiero volver a tratar de la misma materia, acerca de la cual he disertado hace poco delante de vosotros; y llevaros de la mano otra vez hacia Anna y enderezar mi discurso hacia el prado de las virtudes de esta mujer: prado, digo, que tiene no flores que se marchitan, ni rosales, sino oraciones y preces y confianza y grande paciencia. Porque estas virtudes vencen con mucho en sus aromas a las flores primaverales, y no se riegan con las corrientes de las aguas sino con la lluvia de las lágrimas. Puesto que los raudales de los ríos no hacen tan florecientes los huertos, como las fuentes de lágrimas hacen crecer la planta de la oración y la llevan hasta lo sumo, si la riegan: ¡cosa que le sucedió a esta mujer!

Apenas había hablado, y su oración voló hasta los cielos y en seguida le produjo frutos en sazón, es decir al santo Samuel. Así que no os disgustéis si de nuevo comenzamos a tratar de la misma materia; porque no repetiremos lo ya dicho, sino que diremos cosas nuevas y hasta ahora no proferidas. También en un banquete corporal podría alguno confeccionar, mediante un mismo manjar, una grande variedad de guisos.

Más aún: vemos que los orfebres, de una misma masa de oro forman brazaletes y collares y muchos otros artefactos. Y esto es porque, aun siendo una misma la materia, el arte es variado y no se contrae a un solo modo de ser de la materia a que se aplica, por ser él tan rico en diversos artificios.

Pues si las cosas de este mundo son de tal naturaleza, mucho más lo es la gracia del Espíritu Santo. Y que la gracia sea como una mesa variada y multiforme y opípara, oye cómo lo dice Pablo: A uno le da el Espíritu Santo la palabra de la sabiduría; a otro la palabra de la ciencia; a otro la fe; a otro el don de curaciones, de obrar milagros, de gobierno, de interpretación de lenguas. Pero todo esto es obra del único y mismo Espíritu, que distribuye separadamente a cada cual como quiere } ¿Ves cuan variada es la gracia? ¡Muchos son los ríos pero una sola es la fuente! ¡muchos son los manjares

pero es uno solo el que ofrece el banquete!

Siendo, pues, tan grande y tan múltiple la gracia del Espíritu Santo, no nos cansemos nosotros. Vimos a esta mujer estéril y la vimos hecha madre; la vimos llorando y la vimos gozosa. Entonces nos condolimos con ella; ahora gocémonos con ella juntamente. Así lo ordena Pablo: ¡Gozarse con los que se gozan, llorar con los que lloran! 2 Y esto debe hacerse no únicamente con los que con nosotros viven sino también con los que antes de nosotros existieron. Y .nadie me vaya a decir: "¿Qué fruto saco yo de esa Anna, y de estarla recordando?" Porque de aquí pueden las estériles aprender el modo como han de hacer para llegar a ser madres; y a su vez las madres pueden aprender cuál sea la forma mejor para educar a sus hijos. Y no solamente las mujeres, sino también los hombres pueden sacar mucho fruto de esta historia, si de aquí aprenden a ser para con sus esposas bondadosos y de suave trato, aun en el caso de que ellas sufran de esterilidad, como se portó Elcana con Anna. Ni solamente sacarán este fruto, sino otro mucho mayor, si aprenden cómo es necesario que los padres eduquen para Dios a sus hijos, todos los que les nazcan. De manera que no porque de esta narración no podamos obtener dineros y haberes, ya por eso estimemos que el discurso no tiene ninguna utilidad.

1 I Cor., XII, 8-11.

2 Rom., XII, 15.

Más bien, por esto mismo de que no obtengamos oro ni plata, sino lo que con mucho es más grande que todo, como es la piedad del ánimo y la manifestación de los tesoros del cielo y la enseñanza de cómo hemos de apartarnos de todos los peligros, por todo esto estimemos la historia como útil y gananciosa para nosotros. Porque procurar a los hombres dinero, es cosa fácil; pero corregir su natural, echar de sí tal o tal tristeza, apartar tal pena del alma o levantar el ánimo que ya casi está a punto de caer, esto no está en mano de ningún hombre, sino solamente en la de Dios, Señor de la naturaleza.

Por cierto que si tú, por estar sufriendo una enfermedad incurable, hubieras gastado tus dineros y recorrido toda la ciudad y consultado a muchos médicos, y con todo no hubieras encontrado remedio alguno; pero luego dieras con una mujer que hubiera padecido el mismo mal que tú padeces y hubiera sido curada, por cierto no dejarías de rogarla, exhortarla y suplicarle que te mostrara al médico por cuyo medio ella había sanado. En cambio ahora, cuando ves a Anna traída aquí al medio, y que ella misma cuenta su enfermedad y declara cuál fue el remedio y señala al médico, y esto no obligada por preces ni ruegos algunos ¿no te acercarás a recibir el remedio ni pondrás toda tu atención en su historia? Pero, con esos procederes ¿cuándo podrás conseguir bien alguno?

Otros con frecuencia han recorrido mares inmensos y han emprendido largas peregrinaciones y han gastado dineros y sufrido trabajos para poder visitar a un médico que se les ha dicho que vive en otra región, y esto lo han hecho sin tener absoluta confianza en que quedarán libres de su enfermedad; y en cambio tú, oh mujer, no teniendo que emprender un viaje hasta el otro lado de los mares, ni salir de los patrios confines, ni padecer ningún otro trabajo semejante.. ., pero qué digo fuera de los patrios confines: cuando no te ves obligada ni siquiera a traspasar los umbrales de tu casa, sino que en tu misma recámara puedes encontrar al médico y hablar con él sin intermediario, acerca de cuantas cosas quisieres (porque yo, dice, soy Dios que se acerca y no Dios

distante<sup>3</sup>) tú ¿lo difieres y andas dudando?

Jerem., XXIII, 23.

Pero ¿cuál excusa tendrás o qué perdón alcanzarás si pudiendo encontrar un camino fácil y en absoluto plano, por el cual te veas libre de los males que te apremian, por sola desidia pones en peligro tu salvación? Porque este médico puede, si lo quiere, sanar no solamente de la esterilidad, sino de todo género de enfermedades así del cuerpo como del alma. Ni esto solo es lo admirable: que sin peregrinaciones, sin gastos, sin intermediarios hace la curación, sino además sin dolor. Porque no cura las dolencias mediante el hierro o el fuego, como lo hacen los otros médicos: le basta con solo su asentimiento simple, y al punto huyen los males, toda aflicción, todo dolor, y se van muy lejos y se destierran.

Así pues, no emperecemos ni lo dejemos para más adelante, aunque seamos pobres y estemos reducidos a la última estrechez. Porque aquí no hay que hacer pagos, de manera que podamos alegar nuestra pobreza. Este médico no pide su pago en plata sino en lágrimas, oraciones y confianza. Si llevando estas cosas te acercas a El, en absoluto alcanzarás lo que pidieres, y regresarás con abundante gozo. Y esto se puede conocer por muchas cosas, pero sobre todo por el caso de esta mujer, la cual no presentó al Señor oro ni plata, sino oraciones y lágrimas y confianza, y alcanzó cuanto pedía.

No juzguemos, pues, que esta narración no nos trae ninguna utilidad, ya que estas cosas han sido escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado ya la plenitud de los tiempos.<sup>4</sup> ¡Vamos, pues, a ella! Aprendamos cómo fue librada de su desgracia y qué hizo una vez que fue aliviada de su enfermedad, y cómo usó del don que Dios le había concedido. Quedóse, dice la Escritura, y dio su lactancia a Samuel.<sup>5</sup> Advierte cómo consideraba ella al niño desde entonces para adelante, no únicamente como a un niño cualquiera, sino como algo que estaba consagrado a Dios. De manera que a esta mujer se le dio un doble estímulo de cariño: uno por la naturaleza y otro por la gracia. Y según yo me persuado, incluso reverenciaba a su niño, y con razón.

4 I Cor., X, 11.

5 1 Sam., I, 23.

Porque en efecto. Si aquellos que han de consagrar a Dios unas copas y recipientes de oro, una vez que los reciben ya labrados los «ruardan en sus casas y no los miran ya como vasos profanos sino como consagrados a Dios, y no se atreven a andarlos manoseando a la ventura y sin motivo, como hacen con las demás cosas, con mayor razón esta mujer atendía con esa disposición de ánimo a aquel niño, aun antes de ir a presentarlo al templo; y lo amaba con mayor ternura, y lo cuidaba como cosa dedicada a Dios, y estimaba que ella por su medio sería santificada, puesto que su casa misma estaba convertida en templo, pues tenía dentro a un profeta y sacerdote. Y puede conocerse su piedad no solamente por haberlo consagrado a Dios, sino también porque no se atrevió a subir al templo antes de destetar al niño. Porque dijo a su esposo: no subiré hasta que el niño suba conmigo; y cuando lo destete, entonces será ofrecido en presencia de Dios, y quedará ahí para siempre.<sup>6</sup>

¿Lo adviertes? ¡No le parecía cosa conveniente subir al templo ella, y al niño dejarlo abandonado! ¡Y esto porque habiéndolo recibido como un don, no se atrevía a subir al

templo sin el don! E igualmente temía bajar del templo tras de recibir de nuevo al niño, una vez que ya lo hubiera llevado. Y por esto, se detuvo tanto tiempo cuanto fue necesario para presentarse con el don. Lo llevó consigo, pues, y lo dejó allá. Y el niño no se molestó por quedar separado de su madre. Y eso que sabéis cuánto suelen los niños indignarse cuando se les aparta de la lactancia. Ni se entristeció el niño por quedar apartado de su madre, sino que miró a Dios, quien a ella la había hecho madre. Tampoco la madre se dolió de separarse del niño, porque intervino la gracia y venció al natural afecto; de manera que uno y otro pensaban que seguían viviendo juntos.

Así como la vid plantada en un sitio alarga lejos sus ramos, y la uva pendiente allá lejos está con todo unida a la raíz, del mismo modo sucedió con esta mujer; la cual, permaneciendo en la ciudad, extendió sus ramos hasta el templo, y en éste quedó suspendida la uva ya madura. Ni la distancia llevó consigo algún impedimento, porque la caridad que es según Dios unía a la madre con el niño. Tierna era la edad, pero madura la virtud, y así se hizo el niño maestro de grande piedad para todos los que al templo subían. Porque ellos, al preguntar y conocer cuál había sido el nacimiento de aquel niño recibían un inmenso consuelo por la esperanza que es según Dios. Y nadie de cuantos habían contemplado aquel niño, bajaba callado, sino que todos glorificaban a Dios, quien, contra toda esperanza, se lo había otorgado a su madre.

0 Ibid., I, 22.

Y por este motivo había dilatado el parto: para aumentar el gozo y hacer más ilustre a aquella mujer. Porque todos cuantos conocían su desgracia se hacían ahora testigos de la gracia de Dios. Y el haber permanecido tan largo tiempo estéril, hizo que fuera más conocida de muchos, y que todos la llamaran bienaventurada y la admiraran; de donde se siguió que muchísimos, por causa de ella, dieran gracias a Dios. Digo estas cosas con el objeto de que si nosotros conocemos algunas santas mujeres que sean estériles o vivan en alguna otra aflicción, no lo llevemos pesadamente ni digamos allá en nuestro interior: ¿Por qué Dios ha abandonado a esa mujer de tan ilustre piedad y no le ha dado hijos? Porque estas cosas no son motivadas por olvido de Dios, sino porque sabe El mejor que nosotros que esto así nos conviene.

Subió, pues, al templo y llevó el corderito al redil y el terne-rillo al ganado, y colocó en el prado aquella rosa ya libre de las espinas; la rosa digo que nunca se marchita, sino que perpetuamente florece y que puede llegar hasta los cielos; y cuya fragancia hasta el día de hoy disfrutan todos cuantos habitan en la tierra. Ha pasado ya tan grande número de años, y con todo, la fragancia de la virtud de aquel niño crece siempre y no languidece, a pesar de tan largos tiempos. Porque tal es la naturaleza de las cosas espirituales.

Subió, pues, al templo, y trasplantó aquel germen excelente. Y a la manera que suelen los agrícolas hábiles, que primero ponen en tierra la simiente de un ciprés o de otros árboles semejantes; y luego, cuando han visto que de la simiente se ha hecho ya un árbol, no lo dejan en el mismo sitio, sino que lo sacan de ahí y lo pasan a otra tierra, con el objeto de que la tierra nueva, habiendo recibido en su seno la raíz del árbol desarrolle íntegra y pura su fuerza para alimentarla, así hizo esta mujer, quien, al niño sembrado fuera de toda esperanza en su seno, lo trasplantó de la casa y lo llevó al templo, en donde continuamente saltan los raudales de las fuentes y los riegos espirituales; de manera que pudo verse cómo en él se cumplía aquella palabra profética, dicha por

David: Bienaventurado el varón que no anda en consejo con los impíos, ni camina por la senda de los pecadores, ni se sienta en compañía de los malvados. Antes tiene en la ley de Yave sus complacencias, y en ellas medita de día y de noche. Este será como el árbol plantado a la vera del curso de las aguas que da a su tiempo sus frutos.<sup>7</sup>

Porque este niño no llegó tras de la experiencia de la maldad al perdón de la maldad, sino que eligió el camino de la virtud desde sus comienzos. No tuvo nada que ver ni se mezcló con las juntas de los obradores de la maldad, ni participó en los conventículos llenos de iniquidad; sino que ya desde su primera infancia, de los pechos de su madre pasó a los pechos de la vida espiritual. Y así como un árbol que tiene un riego constante crece a muy grande altura, así este niño, regado constantemente con la doctrina de las espirituales enseñanzas, llegó hasta las cumbres de la virtud.

¡Ea! ¡veamos! ¡veamos cómo lo trasplantó! ¡sigamos tras de esta mujer! ¡entremos con ella en el templo! Subió, dice la Escritura, con él a Silo llevando un toro de tres años.<sup>8</sup> Hay ahora un doble sacrificio: el ternero es irracional, pero el niño es racional; a aquél lo inmoló el sacerdote, a éste lo consagró su madre. Y era más excelente la víctima de la madre, que la hostia que ofrecía el sacerdote. Aquella se hizo sacerdotisa de sus propias entrañas e imitó al patriarca Abraham y entró en competencias con él. Y por cierto, éste regresó del monte con su hijo devuelto; aquella en cambio lo abandonó en el templo para que ahí permaneciera para siempre. Aunque, a decir verdad, también aquél consagró totalmente a su hijo. Porque guárdate de atender a que no le dio muerte, sino mira a que con su ánimo lo sacrificó totalmente.

¿Has visto a esta mujer en certamen con el varón? ¿Has visto cómo en nada le impidió el sexo para no emular al patriarca? Pero veamos ya cómo lo consagró. Se presentó, dice la Escritura, al sacerdote y le dijo: ¡hacia mí, Señor! ° ¿Qué significa eso de hacia mí? "Atiende, dice ella, diligentemente a lo que voy a decir". Por haber pasado ya mucho tiempo procura traerle a la memoria las cosas que anteriormente le había dicho. Y por esto dice: hacia mí, señor. ¡Por tu vida! ¡yo soy aquella mujer que estuvo aquí cerca, delante de ti, orando al Señor y pidiéndole este niño! ¡derramé mis preces delante del Señor y El me concedió lo que en mi petición le pedí. Y yo ahora lo entrego al Señor para que le sirva por todos los días de su vida.<sup>11</sup>

Salmo I, 1-3. / Sam., I, 24. Ibid., I, 26.

No dijo: "Yo soy aquella mujer a la que tú reprendiste y a la que acometiste con injurias y de la que te burlaste como si estuviera tomada del vino y harta y tambaleante, y por esto Dios ha declarado que yo no estaba harta de vino, y que tú me echabas en cara este crimen sin ningún motivo". Ninguna de esas duras palabras dijo; sino que habló con grande mansedumbre, aunque tenía los hechos como defensores; y con razón podía acusar al sacerdote de haberla reprochado en aquel tiempo sin razón. Pero nada de eso hace, sino que únicamente recuerda la benignidad de Dios para con ella. Considera, pues, el ánimo agradecido y prudente de la sierva. Cuando era afligida a nadie declaró su pena, ni dijo al sacerdote: "¡Tengo una mujer que es émula mía, la cual, porque tiene toda una caterva de hijos, a mí me carga de oprobios; mientras que yo, que ando cultivando la mansedumbre, aún no he podido ser madre, porque Dios cerró mi matriz, y no se ha conmovido a misericordia ni aun viendo mi aflicción!" ¡Nada de eso dijo!

Omitió la clase de desgracia y solamente indicó que estaba en aflicción, diciendo:

¡Mujer afligida soy! X1 y ni aun esto habría dicho a no haberla obligado el sacerdote, por sospechar que ella estuviera harta de vino. Pero después de haber soportado este azote y una vez que Dios le dio lo que le había pedido, entonces finalmente descubre al sacerdote el beneficio divino; porque deseaba que la acompañara en la acción de gracias así como anteriormente la había acompañado en la oración. Y dijo: "Por este niño rogaba yo, y el Señor me concedió lo que le pedía en mi petición. Y ahora yo lo consagro al Señor".

¡Advierte su modestia! ¡Como si dijera: no vayas a pensar que yo hago alguna cosa grande o admirable en consagrar al niño! ¡No soy yo la autora de la buena obra, sino que únicamente pago una deuda! ¡Recibí este depósito y lo devuelvo al que me lo dio! Y al decir esto, se consagró juntamente con el niño; y como si el afecto natural fuera una cadena, con ella se ligó al templo.

10 Ibid., I, 27-28.

11 Ibid., I, 15.

Porque si en donde está el tesoro del hombre ahí está su corazón,<sup>12</sup> con mayor razón en donde está el niño ahí está la mente de la madre, y así de nuevo su vientre se llenaba de bendiciones. Porque apenas dijo esto e hizo oración, oye lo que el sacerdote dijo a Elcana: ¡Que el Señor te devuelva otro hijo de esta mujer por lo que has entregado al Señor! <sup>12</sup> Al principio no había dicho "que el Señor te devuelva". Sino ¿qué dijo?: ¡Dios te conceda lo que le pides! <sup>13</sup> Pero ahora que ella ha hecho a Dios su deudor, le dice: "¡Devuélvate!", dándole con esto esperanzas buenas de bienes futuros. Puesto que si Dios le dio cuando nada le debía, mucho más le devolverá ahora que de ella algo ha recibido. Así le nació el primer hijo por la oración, y tras él los otros, por la bendición, y así quedó santificado todo el fruto de esa mujer.

De manera que este primogénito se debió a la virtud de la madre; pero el segundo fue fruto de la madre y del sacerdote en común. Porque así como la tierra fértil y gruesa, una vez que ha recibido la semilla, luego nos muestra las mieses florecientes, del mismo modo esta mujer, por haber recibido con fe las palabras del sacerdote, nos produjo otras nuevas y vigorosas espigas, y cambió la antigua maldición de Eva, dando a luz mediante la oración y la bendición.

Tú, pues, oh mujer, hazte émula de aquella; y si fueres estéril, usa de semejante oración y llama al sacerdote a fin de que te sirva como legado ante Dios. Ciertamente si recibes sus palabras con fe, la bendición de los sacerdotes te acarreará frutos magníficos y sazones. Y si fueres luego madre, a imitación de aquella mujer consagra a Dios tu hijo. Ella lo llevó al templo, pero tú conviértete en un templo regio: Porque vuestros miembros, dice el Apóstol, son cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo que habita en vosotros}\* Y también: "Habitaré, dice, en vosotros y andaré en medio de vosotros". ¿Acaso no es cosa ilógica que nosotros reparemos una casa vieja y que amenaza ruina, gastando en ello dineros, y llamando a los constructores y no dejando piedra por mover, y en cambio no pongamos ni siquiera un cuidado vulgar y ordinario en la casa de Dios, ya que el alma del adolescente tiene que ser casa de Dios?

13 Mat., VI, 21; y Luc, XII, 34.

14 1 Sam., II, 20.

15 1 Cor., VI, 19; y 2 Cor., VI, 16.



¡Mira no sea que oigas lo que en otro tiempo oyeron los judíos! Porque ellos, una vez vueltos de la cautividad, cuando vieron el templo material abandonado, se pusieron a arreglar sus propias moradas; y con esto de tal manera irritaron a Dios que no solamente les mandó un profeta que los amenazara con el castigo del hambre y con una grande penuria de las cosas más necesarias, sino que además les descubriera la causa de semejante amenaza: ¡Vosotros habitáis en casas artesonadas, mientras mi casa está en ruinas!15 Pues si el descuido de aquel templo material suscitó tan grande ira en Dios, mucho más provocará su enojo el descuido en este otro templo, porque éste es tanto más honorable que aquél, cuanto tiene mayores señales de santidad.

¡Cuida, pues, de que no se convierta el templo de Dios en cueva de ladrones, para que no vayas a oír aquella otra reprensión con que Cristo reprendió a los judíos cuando les dijo: ¡La casa de mi Padre es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones!16 Y ¿cómo se convierte en cueva de ladrones? Cuando permitimos entrar en él las concupiscencias bajas y serviles y la liviandad, y que se asienten en el ánimo de los jóvenes. Porque sus pensamientos de ellas son más perniciosos que los mismos ladrones, puesto que arrastran los ánimos libres de los adolescentes a la servidumbre y los hacen esclavos de las pasiones propias de los brutos y los cubren de heridas y los destrozan de todas maneras.

Por este motivo, cada día vigilemos; y usando de la palabra como de un azote, echemos fuera de sus ánimos toda clase de inclinaciones torcidas, a fin de que los hijos puedan ser partícipes con nosotros de la ciudad celestial y puedan celebrar allá correctamente toda la liturgia que en ella se usa. ¿Acaso no habéis visto con frecuencia que los que viven en las ciudades, hacen a sus niños —apenas apartados de la lactancia— portadores de ramos en las festividades, o bien jefes de certámenes o prefectos de los juegos, o jefes de los coros? ¡Pues hagamos nosotros otro tanto! Desde los primeros años hagamos a los niños expertos en la disciplina celeste; porque esta otra terrena, por una parte ocasiona gastos, y por otra ningún fruto produce.

15 Ageo, I, 4.

11 Mat. XXI, 13 y Luc, XIX, 46.

Porque yo te pregunto: ¿qué fruto se saca del aplauso popular? En cuanto llega la tarde, enseguida todo aquel aplauso y alboroto se esfuman; y una vez pasadas las festividades, como si hubiera sido en ensueños en donde se hubieran deleitado, así quedan privados de todo gusto; y no pueden ya encontrar, si es que lo buscan, aquel placer que les produjo la corona, la magnífica veste, ni todo el fausto, porque todas esas cosas pasan corriendo con mayor velocidad que un viento cualquiera.

Pero, en la vida celeste todo va de un modo contrario: sin gastos traen un lucro abundante y permanente. Porque allá aplauden a quien así se ha portado, no hombres dados a la embriaguez sino el conjunto de los ángeles. Pero ¿qué digo los ángeles? El Señor mismo de los ángeles lo alabará y aprobará. Y quien es alabado por Dios no triunfa por un día ni por dos ni por tres, sino que lleva en el cielo para siempre su corona, y nunca podrá verse aquella su cabeza privada de gloria. El tiempo destinado para aquella festividad no está circunscrito a determinados días, sino que se extiende a toda la eternidad de la vida venidera. A aquellas solemnidades jamás la pobreza podrá serles impedimento, sino que aun al pobre le será posible celebrar la fiesta, y más al

pobre que a otros, a causa de que él se encuentra libre de todo fausto y estrépito mundano; y porque allá no hay necesidad de dineros que gastar, ni de opulencia; sino simplemente de una alma pura y de una mente llena de templanza, pues ésta es la que teje la vestidura para el alma en aquella vida, y ésta la que entreteje las coronas.

Allá, si el alma no fuere adornada con el ejercicio de las virtudes de nada le servirá la abundancia del oro; así como al revés, en nada le dañará la pobreza si interiormente abunda en esta clase de riquezas. Esta festividad la celebrarán no solamente los hijos de los ciudadanos libres sino también las hijas. Porque no es allá como acá en la administración terrenal y exterior, por la que solamente a los varones se les ha ordenado celebrar las fiestas, sino que aquella reunión admite también a las mujeres y a los ancianos y a los siervos y a los libres.

Porque en donde los espectáculos son propiamente de las almas, ahí nada pueden impedir ni el sexo ni la edad ni las dignidades de este mundo ni otra cosa alguna. Por esto, yo os exhorto a todos vosotros a que desde sus más tiernos años conduzcáis a estas festividades a vuestros hijos e hijas, y les procuréis las riquezas convenientes a este género de vida, no sepultando bajo la tierra oro, ni amontonando plata, sino llenando sus almas de modestia, sobriedad, pudor y todas las demás virtudes. Porque estos son los gastos que exige aquella festividad.

Si, pues, reuniéremos esta clase de riquezas, así para nosotros como para nuestros hijos, conseguiremos grande honra en la vida presente, y en la futura oiremos aquella feliz voz por la que. Cristo, a todos los que acá le confesaron, los exalta con su propio preconio. Porque esa confesión no se hace únicamente con la fe sino también con las obras; hasta el punto de que si éstas faltaren caeremos en peligro de ser castigados juntamente con los que lo negaron. Puesto que no hay un modo solo de negarlo, sino muchos; y Pablo, describiéndolos, nos dice: ¡Alardean de conocer a Dios, pero con las obras lo niegan! " Y luego: Si alguno no mira por los suyos, sobre todo por los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel.<sup>18</sup> Y todavía: ¡Huid de la avaricia que es una especie de idolatría! <sup>19</sup>

En consecuencia, siendo tantos los modos que hay de negar a Cristo, manifiesto es que serán otros tantos los que hay de confesarlo, y aun muchos más. Cuidemos, pues, de confesarlo por todos estos modos, a fin de que nosotros a nuestra vez alcancemos en los cielos el honor, por gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

" Tit., I, 16.

n I Tim., V, 8.

18 Colos., III. 5.

## **VI HOMILÍA CUARTA acerca de ANNA:**

contra los que, habiendo abandonado las reuniones sagradas se van al teatro; y que no solamente es más útil estar en la iglesia que en los teatros, sino también más agradable; y acerca de la segunda parte de la oración de Anna; y que conviene orar sin intermisión

y en todo lugar, aun en la plaza y en el camino y en el lecho.

¡No SÉ DE QUÉ EXPRESIONES debo usar hoy! Porque al ver cómo nuestras reuniones son poco frecuentadas, y que son injuriados los profetas y despreciados los apóstoles, y que aun se llega a levantarse contra el Señor mismo de ellos, nos vienen deseos de acusar; pero no veo presentes aquí a los que deberían oír nuestra acusación. ¡Solamente estáis presentes vosotros, precisamente los que no necesitáis de nuestra exhortación y correctivo! Pero aún así, no debemos callar, puesto que de este modo mitigaremos la indignación que nos han causado, y la echaremos fuera juntamente con las palabras. Aparte de que a ellos los haremos que se avergüencen y apenen, echándoles por delante tantos acusadores cuantos aquí sois mis oyentes.

Si hubieran ellos acudido, no habrían escuchado sino solamente nuestras reprensiones; ahora en cambio, por haber huido de nuestras increpaciones, tendrán que oír de todos vosotros las mismas cosas. Porque así lo hacen los amigos: cuando no encuentran a aquellos a quienes querían exigirles cuentas, se dirigen a los amigos de éstos, con el objeto de que estos amigos les refieran a aquellos otros sus palabras. Y lo mismo hizo Dios. Dejando a un lado a los que habían pecado contra El, se dirige a Jeremías el inocente, y le dice: ¿Has visto lo que ha hecho conmigo la necia hija de Judá? 1 Pues, por este motivo, nosotros, acusando a aquéllos, os hablamos a vosotros, a fin de que una vez que hayáis salido de aquí, los corriáis.

1 Jerem., III, 62.

Porque ¿quién puede soportar semejante descuido? Nos reunimos aquí una vez por semana, y no soportan el abandonar los cuidados seculares ni siquiera durante este día. Y si esto se les echa en cara, al punto pretextan su pobreza y la necesidad de preparar los alimentos y las ocupaciones urgentes; con lo cual ponen delante una excusa que es más grave aún que cualquiera otra acusación. Porque ¿qué puede haber mayor que este crimen cuando otro negocio cualquiera nos parece de más importancia que los negocios divinos? ¡En verdad que aunque todo ello fuera verdadero, esa misma defensa sería ya, como dije, una acusación!

Y para que entendáis que no es sino un pretexto para encubrir la pereza, veréis como lo de antier convencerá a todos los que echan por delante semejantes excusas. Porque ese día la ciudad entera se trasladó al circo, y se quedaron vacíos por motivo de aquel nefario espectáculo los hogares y las plazas. Mientras que aquí no vemos que esté lleno ni siquiera el sitio principal de la iglesia. Allá se ocuparon no solamente el circo sino además los techos y las casas y los palacios y sitios peligrosos e infinitos lugares elevados; y ni la pobreza, ni las ocupaciones, ni la flaqueza del cuerpo, ni la debilidad de las piernas, ni otra cosa alguna pudo detenerlos en su locura que rompió por entre todos los obstáculos; y concurrieron allá aun los hombres ya consumidos por la vejez, con una celeridad mayor que la de los jóvenes aún florecientes, deturpando sus canas, traicionando su edad proveya y haciendo risible su ancianidad.

En cambio, cuando vienen acá, oyen la palabra divina llenos de fastidio y molestos, y se quejan del calor sofocante y de las apreturas y de otras cosas semejantes. Allá reciben el sol pleno en sus cabezas desnudas, y los pisotean y los apretujan duramente, y sufren otras infinitas incomodidades, y con todo les parece que están entre delicias, como en un ameno prado. Mas por esto las ciudades se han corrompido, porque son malvados los

directores de la juventud. ¿Cómo podrás corregir y reducir a la moderación al joven que procede lasciva e impudicamente cuando tú procedes tan a la manera de esos jóvenes? ¿cuando tú mismo, a pesar del grande lapso aún no sientes la saciedad de tan desagradable espectáculo? ¿Cómo podrás reformar las costumbres de tu hijo o castigar a tu criado que peca o amonestar a otro que se descuida, cuando tú mismo ya en la extrema ancianidad andas así enloquecido?

Y por cierto que si un joven injuria a un anciano, éste al punto saca a relucir lo de su edad, y encuentra otros muchos que juntamente con él se irritan; mientras que cuando es necesario traer a los jóvenes a la moderación, y presentarse ante ellos como un ejemplar de la virtud, entonces para nada tienen en cuenta la edad, sino que, con una insania mayor que la de los jóvenes, se arrojan a ver aquellos espectáculos. Y esto digo y me refiero a los ancianos, no porque deje libres de crimen a los jóvenes, sino para amonestar a éstos a través de aquéllos. Porque si los ancianos no deben proceder de esa manera, con mucha mayor razón tampoco los jóvenes. Puesto que para los ancianos eso es una burla y una vergüenza, pero en los jóvenes tanto mayor es el daño y tanto más profundo el precipicio, cuanto es en ellos mayor la llama de la concupiscencia y más vehemente y que todo lo abrasa en cuanto ha encontrado el menor incentivo. La juventud es más inclinada a la concupiscencia y ésta hace en ellos presa con mayor facilidad; y por lo mismo necesitan de mayor cuidado, de más severo freno, y de más segura guarda e impedimento.

Ni me vayas, oh amigo, a interponer aquello de que esos espectáculos tienen su placer; sino más bien demuéstame que semejante placer no trae consigo ningún daño. Pero que ni siquiera traigan consigo esas cosas algún deleite lo verás por aquí con toda claridad. Cuando vengas de regreso del circo hazte contradizoso con el otro que viene de la iglesia, y considera quiénes son los que en realidad disfrutan de mayor deleite: si aquel que habiendo escuchado a los profetas y recibido la bendición y cosechado el fruto de la enseñanza y orado a Dios por sus pecados, y descargado en algo su conciencia, no tiene remordimiento de falta alguna de ese género; o tú que abandonaste a tu madre, despreciaste a los profetas, injuriaste a Dios, te divertiste con el demonio, prestaste oídos a quienes mutuamente se maldecían y querellaban, y finalmente perdiste el tiempo y no reportaste a tu casa ganancia ninguna de aquello, ni temporal ni espiritual.

De manera que aun ateniéndonos a lo del placer, es preferible acudir acá a la iglesia. Porque de lo de allá se sigue inmediatamente reprobar el hecho la conciencia y condenarlo y arrepentirse de lo que allá sucedió, y vergüenza y oprobio, de manera que ni siquiera te atreves a levantar los ojos. En cambio, lo de acá va todo al contrario, pues de ello se sigue la confianza, la franqueza en la mirada y la libertad de poder hablar con todos de las cosas que aquí se han oído. Así pues: cuando vayas al foro y observes que todos corren hacia el espectáculo, tú anda inmediatamente a la iglesia, y tras de detenerte en ella por algún espacio de tiempo, gozarás de una perpetua alegría a causa de la palabra divina.

Pero, si arrastrado por el ímpetu de las turbas te vas al circo, tras de haberte dado un ligero baño de placer, al día siguiente te sentirás mal de continuo y lo mismo los siguientes días, y tú mismo te reprocharás de lo que hiciste. En cambio, con un poco que te venzas gozarás de una plena y segura alegría por todo el resto de la jornada. Porque esto es lo que suele suceder no solamente en este género de cosas, sino en todas: que el vicio tiene un placer momentáneo y un dolor perpetuo, mientras que la virtud por el

contrario tiene un trabajo breve y en cambio un fruto perenne y lleno de gozo.

Sea por ejemplo. Ha orado alguno a Dios; ha derramado lágrimas; se ha dolido un poco de tiempo durante la oración; otro ha pasado todo el día alegre, ha dado una limosna, ha ayunado o ha hecho alguna otra buena obra o habiendo sufrido una injuria no devolvió insultos por insultos: este tal, tras de reprimirse y vencer su ira por un momento, luego goza y se alegra perpetuamente por el recuerdo de sus buenas obras. En los vicios sucede lo contrario. Injurio alguno o volvió injuria por injuria, pues cuando regresa a su casa lleva roído el corazón por el recuerdo de sus palabras, que con frecuencia además produjeron algún grave daño.

De manera que si andas buscando el placer, huye de las concupiscencias juveniles,<sup>2</sup> y ejércitate en la templanza y atiende a la palabra divina. Todo esto lo decimos para que vosotros a ellos lo repitáis y golpeándolos con estas palabras los apartéis de toda mala costumbre y los persuadáis a que en todo procedan conforme a la recta razón. Porque de los hombres que proceden a la ventura y sin motivar sus actos, ni su misma diligencia es cosa que pueda aprobarse, como lo probaré en la reunión que luego se seguirá. Puesto que cuando celebremos la fiesta de

? II Tim., II, 22.

Pentecostés se aglomerará tanta multitud en todos estos sitios, que serán estrechos para contenerla; pero yo no estimaré como cosa muy excelente semejante reunión, porque más será fruto de la costumbre que no de la virtud de religión y de la piedad.

Pero ¿qué cosa hay más miserable que el hombre cuyo descuido está lleno de tantos crímenes y cuya diligencia no es cosa que pueda alabarse? Porque todo aquel que se acerca a esta reunión por el fervor de su piedad y con moderación y anhelo, debe hacer esto mismo sin interrupción, y no acercarse únicamente cuando lo hacen aquellos que vienen a la festividad y luego al mismo tiempo que ellos retirarse y no volver, como quien sin motivo y a la manera de un rebaño, es llevado y traído.

Podía yo extenderme más aún en el exordio de este mi discurso.<sup>3</sup> Pero sabiendo que vosotros, aun sin nuestra exhortación, diréis, como es digno que lo hagáis, las muchas cosas que yo os he dicho a los otros y aun muchas más, para no seros molesto si continúo la reprensión de aquéllos, dejo el resto a vuestro cuidado, y me regreso a la acostumbrada enseñanza y a la historia de Anna.

¡Y no os admiréis de que nos detengamos aún en esta materia! Porque no puedo echar de mi mente la imagen de esta mujer: ¡hasta tal punto admiro la belleza y hermosura de su alma! ¡Yo amo los ojos que siempre lloran alguna vez mientras se está en oración, y los labios y la boca no pintados con vanos y postizos colores, sino adornados con las acciones de gracias a Dios, como lo eran los de esta mujer, cuya sabiduría tan grandemente admiro. Y mucho más la admiro porque siendo mujer llegó a tal grado de sabiduría; siendo mujer, digo, porque con frecuencia la mujer escucha las acusaciones de muchos. Por la mujer, dice la Escritura, tuvo principio el pecado, y por ella morimos todos\* Y también: ¡Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer! 5 Y Pablo nos dice: Y no fue Adán seducido, sino Eva la que seducida incurrió en la transgresión.<sup>6</sup>

3 Recuérdese lo que dijimos en la Introducción, n. 12.

4 Eccli., XXV, 33.

5 Ibid., XXV, 26.

6 1 Tim., II, 14.

Pues precisamente por esto la admiro, porque ya deshizo esta acusación; y siendo del sexo acusado, ya echó de sí todos los oprobios, y con las obras ha demostrado que no era tal por su naturaleza sino por su propia voluntad y descuido, y que también a este sexo le será posible llegar a las cumbres de la virtud. ¡Querrelloso es este animal y malvado, y tal que si se inclina a la maldad comete los más grandes crímenes; pero si se aplica a la virtud, antes deja la vida que su buen propósito! Pues de esta manera, esta mujer superó a la vez su propia naturaleza y venció la necesidad y alcanzó con la continua oración un hijo para su vientre estéril.

Y, conforme a esto, después de haber alcanzado el favor que pedía, retornó a la oración, y decía de este modo: ¡Mi alma salta de júbilo en Yavé: Yavé ha levantado mi cuerno! 7 Lo que significan esas palabras "mi corazón se ha confirmado en el Señor", lo habéis oído de mí, cuando hace poco lo explicaba a vuestra caridad.<sup>8</sup> Resta que ahora interpretemos lo que sigue. Porque tras de haber dicho "mi corazón se ha confirmado en el Señor" añadió: "Yavé ha levantado mi cuerno".<sup>9</sup> ¿Qué significa eso de "mi cuerno"? Porque la Sagrada Escritura suele usar de esta expresión con alguna frecuencia, como cuando dice: Ha sido exaltado su cuerno;<sup>10</sup> y luego: Levantará el cuerno de su Ungido.<sup>11</sup> ¿Qué es pues lo que llama cuerno? ¡El poder, la gloria, la claridad! Toma esta metáfora de los animales; porque Dios a éstos en vez de armas les dio como armas y ornamento a la vez los cuernos, y si los pierden, pierden la mayor parte de su fuerza. Y a la manera que un soldado sin armas, así un toro sin cuernos fácilmente es capturado. De manera que no es otra cosa lo que aquí dice la mujer, sino "se ha exaltado mi gloria".

7 1 Sam., II, 1.

8 Se refiere a la Homilía que se ha perdido y era la IV sobre Anna.

9 Propiamente el texto dice: xégai;, o sea mi cuerno o fortaleza.

10 Salmo LXXIV, 11.

11 1 Sam., II, 10.

¿Pero cómo ha sido exaltada? "En mi Dios", dice. Y por esto esa exaltación es cosa segura, puesto que tiene una raíz firme e inmóvil. La gloria que proviene de los hombres, imita la bajeza de los hombres, y por esto con facilidad sucede que se derribe. No es así la gloria que viene de Dios, sino que ésta permanece inmóvil para siempre. Y declarando el profeta ambas cosas, o sea la debilidad de aquélla y la firmeza de ésta, dice así: ¡Toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno. Se secó el heno y se cayó la flor.<sup>12</sup> En cambio no dice lo mismo de la gloria que viene de Dios. Entonces ¿qué es lo que dice? Pero la palabra de Dios permanece para siempre.<sup>13</sup>

Todo esto se ve claro en esta mujer. Porque los reyes y los jefes y los poderosos no dejaron piedra por mover para legar una memoria inmortal de sí mismos en lo futuro: se construyeron espléndidos sepulcros y se erigieron grande cantidad de estatuas en muchos sitios y dejaron innumerables monumentos de sus hazañas. Pero ahora se callan sus nombres y ni siquiera por los monumentos son conocidos, mientras que esta mujer en todas partes es celebrada. Ya sea que vayas a Escitia, o a Egipto, o a la India, o a los últimos confines del orbe, oirás a todos cómo cantan sus proezas: ¡cuantas regiones de

la tierra son iluminadas por el sol, otras tantas llena Anna con su gloria! ¡Ni es solamente esto lo digno de admiración, que esta mujer sea celebrada por todas partes, sino el que habiendo transcurrido tanto tiempo no solamente no se han oscurecido las alabanzas de ella sino que se aumentan y se extienden cada vez más, y todos están al tanto de su sabiduría y longanimidad y paciencia, y esto en los pueblos y en los campos y en las casas y en los campamentos y en las naves y en las oficinas: ¡en una palabra, no hay parte alguna en donde no oigas sus encomios!

Es que cuando quiere Dios glorificar a alguno, y esclarecerlo, aunque se interponga la muerte o la distancia de los tiempos u otra cosa cualquiera, con todo permanece inmóvil y floreciente la gloria de ese tal y nadie puede oscurecer su brillo. Por esta razón, esta misma mujer, amonestando a sus oyentes para que no se acojan a las cosas perecederas sino a Aquel de quien esperamos todos los bienes, señala al autor de esa gloria. Y después de haber dicho: "Confirmado se ha mi corazón en el Señor", añadió: "Y Yavé ha levantado mi gloria". Indicándonos con estas palabras los dobles bienes que no sin razón se encuentran reunidos en una sola persona.

Porque fui librada, dice, de las olas, desapareció la ignomia Isaías, XL. 6-7. 13 Ibid.

nia, conseguí la tranquilidad y la honra. Pero es difícil que encontremos ambas cosas reunidas en una misma persona. Porque muchos se ven libres de los peligros, pero no llevan una vida con gloria; otros, por el contrario, disfrutan de la gloria y la fama, pero precisamente por ellas se ven en peligro. Así, por ejemplo: muchos con frecuencia han sido encarcelados por adúlteros, impostores, perforadores de sepulcros, reos de otros crímenes semejantes; pero luego, ordenándolo así la regia benignidad, se encontraron libres: ¡quedaron libres de la pena, pero no borraron su deshonor, sino que a todas partes lo sigue la deshonor! Otros eran varones militares y nobles, y habían abrazado un género de vida brillante y honroso, acometiendo los peligros en los combates; pero muchas veces recibieron heridas, y al fin acabaron con una muerte prematura: éstos, por amor a la gloria se privaron de una segura tranquilidad.

En cambio a esta mujer le vinieron ambos bienes, puesto que juntamente disfrutó de la gloria y de la seguridad. Y lo mismo aconteció a aquellos tres jóvenes: 14 porque salieron libres del peligro del horno y se hicieron famosos por haber vencido con un modo sobrenatural el poder del elemento del fuego. Así son los beneficios de Dios, porque El al mismo tiempo concede una vida tranquila y gloriosa. Cosas ambas que ya insinuaba esta mujer cuando dijo: "Se ha confirmado mi corazón en el Señor, y se ha exaltado mi gloria en mi Dios". Y no dijo simplemente en Dios, sino "en mi Dios", tomando como propio al que es común Dios de todo el orbe de la tierra. Y esto lo hizo no por amenguar el dominio de Dios, sino solamente por declarar su cariño y por más enfervorizarlo. Porque así suelen hacer los que aman: no toleran el amar juntamente con otros, sino que desean demostrar un cariño especial y particular.

Por este motivo decía David: ¡Oh Dios mío! ¡tú eres mi Dios! ¡a Ti te busco solícito! 15 De manera que tras de haber puesto la denominación común, añadió aquello por la que es particular Señor de los santos. Y también dijo: ¡Oh Dios mío! ¡atiéndeme! ¿por qué me has desamparado? 16 Y luego: ¡Diré a Dios: tú eres mi protector! " Porque estas expresiones son propias de una alma fervorosa y que arde en deseos. Pues lo mismo hizo esta mujer. Por lo demás, no es cosa admirable que así lo hagan los hombres; pero cuando veas que lo hace también Dios, entonces con razón quedarás estupefacto. Porque

así como éstos no lo invocan en común, sino que se lo apropian y quieren que les pertenezca, del mismo modo El también profesa ser Dios no sólo en común para todos los demás, sino en particular de cada uno de ellos.

Y por esto decía: ¡Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! 18 No porque El contrajera su imperio, sino más bien ensanchándolo. Porque El demuestra su imperio no tanto por la multitud de subditos cuanto por la virtud y excelencia de ellos. Y no se goza tanto en ser llamado Dios de cielo y tierra y del mar y de todo lo que éstos contienen, cuanto en serlo de Abraham, Isaac y Jacob. Y podemos ver en Dios lo que en los hombres no solemos ver. Por ejemplo: entre los hombres, los siervos se llaman por el nombre de sus dueños, y todos nos expresamos así, llevados de la costumbre; y decimos "fulano, el administrador de fulano", o bien "fulano, el ecónomo de fulano", v.gr.: del estratega o del hiparjo. Pero nadie dice: "fulano, el hiparjo del administrador fulano"; sino que siempre acostumbremos llamar a los inferiores con el nombre de los de más altas dignidades.

En cambio, tratándose de Dios, es al contrario. Porque no solamente se dice: "Abraham el que es de Dios", sino también "el Dios de Abraham". De manera que el Señor se denomina por el nombre del siervo. Esto mismo decía Pablo lleno de admiración: ¡Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos! 19 No se avergüenza, dice, el Señor de tomar el apelativo suyo del nombre de sus siervos. Pero ¿por qué no se avergüenza? ¡Dime la razón! ¡Pues a fin de que nosotros lo imitemos! Porque, dice, eran peregrinos y huéspedes. 20 Mas, por esto precisamente convenía que se avergonzara, puesto que el que es huésped parece que ha de ser vil y despreciable.

14 Dan., III.

15 Salmo LXII, 2.

16 Salmo XXI, 1.

17 Salmo XC, 2.

18 Exod., III, 6.

19 Hebr., XI, 16.

20 Ibid., XII, 13.

Pero aquellos santos no eran huéspedes en esa forma que nosotros pensamos, sino en otra en absoluto especial. Nosotros solemos llamar huéspedes a quienes tras de abandonar su patria se van a otra región. Pero aquéllos no eran huéspedes en ese sentido, sino porque despreciaban al orbe todo, y juzgaban pequeña la tierra, y miraban hacia la ciudad celestial. Y esto no por arrogancia, sino por magnanimidad; no por insolencia sino por el cultivo de la sabiduría. Porque una vez que hubieron contemplado todas las cosas terrenas, y hubieron visto ser ellas cosas deleznales y perecederas, y que nada había acá que fuera estable ni firme, es, a saber, ni la gloria ni el poder ni las riquezas ni la vida misma, sino que todas tenían un término y acabamiento, y a él se apresuraban, y que las cosas celestiales no eran de semejante naturaleza, sino infinitas e inmortales, prefirieron ser huéspedes acá entre las cosas pasajeras y deleznales, para poder alcanzar aquellas otras eternas.

Eran pues huéspedes, no porque no tuvieran patria, sino porque anhelaban aquella otra patria sempiterna. Significando lo cual, el mismo Pablo decía: ¡Los que tales cosas dicen dan bien a entender que andan en busca de la patria! 21 ¿Cuál patria? ¡te ruego me lo digas! ¿Acaso aquella primera que abandonaron? ¡De ninguna manera! Porque si se



acordaran de aquélla, dice, en su mano estaba el retornarse allá. Sino que deseaban otra mejor, esto es la celestial cuyo creador y artífice es Dios. Y por esto Dios no se avergonzaba de llamarse Dios de ellos."<sup>2</sup> Pues imitemos también a éstos. Despreciemos las cosas presentes y anhelemos las futuras. Tomemos como maestra a esta mujer, y así acojámonos continuamente al Señor, y a El pidamos todas las cosas. Porque no hay cosa igual a la oración. Ella es la que de lo imposible hace lo posible; de lo difícil hace lo fácil; de lo torcido, lo recto. El bienaventurado David usaba de ella a su vez, y por lo mismo decía: Siete veces te alabo en el día por los decretos de tu justicia."<sup>\*</sup> Pues si este rey, metido entre mil cuidados, y distraído entre tan variados negocios, tantas veces al día oraba a Dios ¿qué defensa o qué perdón podemos nosotros obtener, que tanto descanso tenemos y con todo no oramos continuamente, y esto cuando tan grande fruto de ello habría de venirnos?

<sup>11</sup> Ibid., 14-16.

<sup>3</sup> Ibid., 16.

<sup>?</sup> Salmo CXVIII, 164.

Porque es imposible, lo repito, es imposible que el hombre que ora con la debida presteza y que constantemente se encomienda a Dios, caiga alguna vez en pecado. Y cómo pueda ser esto, es lo que en seguida vamos a declarar. Aquel que tiene fervorosa el alma, y ha levantado su pensamiento y lo ha pasado a las cosas celestiales, y de esta manera se ha puesto a invocar a su Señor, y con la memoria de sus pecados habló con El acerca del perdón, rogándole se dignara ser para con él manso y propicio, ese tal, después de esa oración, ya ha dejado todos los cuidados de esta vida y se ha levantado con la esperanza y se ha colocado por encima de todas las afecciones humanas. De manera que si después de su oración se encuentra con su enemigo ya no lo verá como enemigo; y si ve a una mujer hermosa, ya no le impresiona ni vence con su aspecto, porque aún le dura en el interior aquel fuego que encendió con la oración, el cual aparta de sí todo pensamiento indecente.

Pero, como por ser hombres, fácilmente caemos de nuevo en la tibieza una vez que ya han pasado una o dos o tres horas de oración, cuando sientas que aquel tu fervor poco a poco se va enfriando, vuelve a encender tu pensamiento. Y si esto lo vas haciendo durante todo el día, enfervorizándote con frecuentes oraciones de cuando en cuando, no darás al demonio ocasión alguna ni le presentarás entrada al interior de tus pensamientos. Y así como al preparar la comida, si cuando habernos de beber encontramos que el agua caliente ya se ha enfriado la volvemos a poner al fuego, y la calentamos otra vez, de ese modo hay que proceder aquí, y hemos de poner nuestra boca, como en unas brasas, en la oración, para que con este artificio la mente se encienda de nuevo en la piedad.

Imitemos también a los que trabajan en las construcciones. Porque éstos, cuando han de edificar una pared de ladrillo, a causa de la fragilidad del material, lo ciñen con unos maderos, y esto en espacios no muy distanciados sino pequeños, a fin de que la trama de los ladrillos quede más firme a causa de la frecuencia de los maderos. Pues procede tú del mismo modo. Y así como aquéllos lo hacen mediante las ligaduras de los maderos, así tú, interponiendo entre los negocios seculares las frecuentes oraciones, defiende tu vida.

Si esto haces, aun cuando sean innumerables las tempestades que se te echen encima, ya

sea de tentaciones, ya de tristezas, ya de pensamientos molestos, ya de cualquiera otra materia, no podrán echar abajo tu casa defendida y asegurada con tan frecuentes oraciones. Pero, me dirás: ¿cómo puede ser que un hombre seglar y ocupado en negocios forenses haga tres horas de oración cada día y acuda a la iglesia? ¡Puede hacerlo y es cosa fácil! Porque, aunque el acudir a la iglesia no le sea fácil, puede con todo, ahí en el foro y pegado a la puerta de su oficina, orar. Pues para esto más necesaria es la mente que la boca, y más la atención del ánimo que el extender las manos. No importa tanto la postura del cuerpo con que lo hagas, cuanto el afecto del alma. La misma Anna fue oída no por sus intensos clamores sino por el interno afecto de su corazón.

Porque dice la Escritura: Su voz no se oía, y el Señor la escuchó.<sup>2\*</sup> Esto mismo han hecho otros muchos. Y mientras allá dentro el magistrado amenazaba y se exasperaba y se enfurecía, ellos permaneciendo junto a las puertas de la oficina, tras de haberse fortalecido con el signo de la cruz, y haber rogado brevemente dentro de sí mismos, una vez que entraron, hicieron cambiar al hombre y lo aplacaron, y de irritado lo volvieron manso. Y ni el sitio ni el tiempo ni lo tocante al silencio, les impidió hacer oración.

¡Haz tú del mismo modo! ¡llora amargamente! ¡trae a tu memoria tus pecados! ¡levanta tus miradas al cielo! Di con el pensamiento: "¡Apiádame de mí, oh Dios!", y con esto ya has hecho oración. Porque quien dice "apiádame" confiesa y reconoce su pecado, puesto que es propio de los que han caído el buscar misericordia. El que dice "apiádame" ya obtuvo el reino de los cielos. Porque a aquel de quien Dios se compadece no solamente lo libra de las penas, sino que además le concede la posesión de los bienes futuros.

No busquemos excusas alegando no estar cerca la casa de oración. Ya que a nosotros mismos, si vivimos con templanza, la gracia del Espíritu Santo nos hace templos de Dios, de manera que por todas partes tengamos posibilidades de orar. Por 24 / Sam., II, 19. 208

que no tenemos nosotros un culto como el que antiguamente tenían los judíos, que era de grandes ceremonias sensibles y necesitaba de mucho trabajo. En aquel culto, el que había de orar tenía que subir al templo, comprar una paloma, tener a la mano leña y fuego, y asistir con el cuchillo empuñado cerca del altar, y hacer otras muchas cosas que estaban mandadas. Acá en el nuestro nada hay que a eso se parezca; sino que en donde quiera que estuvieres tienes a la mano el altar y el cuchillo y la víctima: ¡tú mismo eres altar, sacerdote y víctima!

Dondequiera que estuvieres puedes ahí levantar un altar con tal de que tengas una voluntad vigilante, porque ni el sitio ni el tiempo te impiden, aunque no te arrodilles ni te des golpes de pecho, ni levantes al cielo tus manos; con sólo que tengas fervoroso el pensamiento, ya nada te falta para la oración. Puede la mujer, aunque tenga en la mano el huso y esté tejiendo una tela, mirar al cielo e invocar a Dios con pecho inflamado. Puede el varón, aun estando en la plaza o yendo de camino, orar atentamente. Lo mismo puede hacer el otro sentado en su oficina y cosiendo los cueros levantar al Señor su espíritu. Puede el siervo, mientras hace las compras y sube y baja y presta sus servicios en la cocina, aunque no le sea posible ir a la iglesia, hacer una oración atenta y fervorosa. No se avergüenza Dios por el sitio: una sola cosa exige, que es el fervor en el alma y una mente llena de moderación.

Y para que veas que no se necesita de sitios ni de tiempos oportunos sino de un ánimo recto y atento, ve a Pablo recostado en la cárcel, y que no puede tenerse derecho (porque los grillos de madera no se lo permitían), cómo oraba con grande prontitud, así tendido sacudió la cárcel y la conmovió hasta en sus cimientos y aterrizó al guardia y luego a éste una vez iniciado lo introdujo en los sagrados misterios.<sup>25</sup> También Ezequías, no estando de pie ni de rodillas, sino recostado en su lecho a causa de la enfermedad y con la cara vuelta hacia la pared, invocó a Dios con ánimo fervoroso y modesto, y apartó de sí la sentencia dada ya contra él, y alcanzó grande ganancia y le fue devuelta su primera sanidad.

Hechos XVI, 25-34.

Y puedes ver cómo esto ha sucedido no solamente a excelentes varones y santos, sino también a los malos. Porque también el ladrón aquel sin estar en el templo ni de rodillas, sino extendido en la cruz, con unas cuantas palabras logró el reino de los cielos. Y el otro, arrojado a la cisterna cenagosa, y el otro expuesto a las fieras en la cueva, y el otro encerrado en el vientre del cetáceo, todos ellos, habiendo invocado a Dios, apartaron los males que los amenazaban y lograron la benevolencia divina.

Con estas palabras os exhorto a que frecuentéis las iglesias y a que oréis en vuestros hogares con toda tranquilidad durante el descanso, puestos de rodillas y levantadas las manos. Y si acaso el tiempo y el sitio en que estamos abunda en cantidad de hombres, con todo, no por eso se ha de interrumpir la costumbre de orar; sino que, como amonestaba a vuestra caridad, orad e invocad a Dios, ciertos del todo de que semejante oración os alcanzará todo lo que deseáis. Y no he dicho esto para que lo alabéis y aplaudáis, sino para que lo llevéis a la práctica, y para que llenéis todo vuestro tiempo, así nocturno como diurno y el dedicado al trabajo, con la oración.

Si de esta manera disponemos nuestras cosas, pasaremos seguros por esta vida presente y conseguiremos además el reino de los cielos. Al cual ojalá se nos conceda llegar, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

7

## **VII HOMILÍA QUINTA sobre ANNA:**

contra los que solamente acuden a la iglesia en las fiestas y qué cosa sea una festividad; y contra los que acusan a la divina providencia porque en esta vida unos son ricos y otros son pobres; y que la pobreza es útilísima; y que en todas partes trae ella consigo grande gozo y seguridad más que las riquezas; y finalmente de Anna.

¡EN VANO SEGÚN PARECE, exhortábamos a los que estuvieron presentes en la reunión anterior, a que permanecieran en sus hogares paternos y no se presentaran acá mezclados con los que solamente se acercan a la iglesia en las festividades y luego se alejaran! O mejor dicho ¡no en vano! Porque, aunque ninguno de ellos se hubiera persuadido con nuestro discurso, con todo a nosotros nos queda íntegro nuestro premio y estamos perfectamente defendidos delante de Dios. Conviene por esto que el predicador aunque nadie le atiende, lance la simiente y ponga a rédito el capital, a fin de

que luego Dios lo exija, no de él sino de los banqueros, con su rédito.

Esto es lo que nosotros hemos hecho al argüiros, increparos, rogaros y amonestaros. Porque para esto os trajimos a la memoria al hijo aquel dilapidador de los bienes paternos, vuelto finalmente de nuevo a la casa de su padre; y os pusimos delante toda su miseria, y aquella hambre, aquella ignominia, aquellos insultos y todo lo que de los extraños sufrió, para con ese ejemplo haceros entrar en razón. Ni dimos con esto por acabado nuestro discurso, sino que además les declaramos nuestra benevolencia paterna para con ellos en no exigirles el castigo por la desidia, sino que los recibimos con las manos tendidas, y les concedimos el perdón de sus faltas, y les abrimos las puertas del hogar, y les pusimos la mesa, y los vestimos con el vestido de la doctrina, y usamos con ellos de todos los cuidados.<sup>1</sup>

Pero ellos no han imitado a aquel hijo, ni se apenaron de haber abandonado la reunión, ni se quedaron en la casa paterna, sino que nuevamente se apartaron de ella. Era, pues, propio de vosotros, de vosotros digo, los que siempre estáis a nuestro lado, el regresarlos, y persuadirlos a que estén con nosotros en todas las reuniones y se hagan así partícipes de la festividad. Porque, aunque ha pasado ya Pentecostés, pero no ha pasado la festividad, pues toda reunión en la iglesia es una festividad. Y ¿cómo quedará esto en claro? Por las palabras mismas que dice Cristo: Dondequiera que estuvieren dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy en medio de ellos.<sup>2</sup> Pues cuando Cristo se encuentra en medio de los que se han reunido ¿qué mayor argumento esperas de que hay festividad? En donde hay enseñanza de la sagrada doctrina y oraciones y bendición de los sacerdotes y se escucha la ley divina, en donde hay reunión de hermanos y unión de sincera caridad, donde se habla con Dios y Dios habla con los hombres ¿cómo puede suceder que no haya ahí fiesta y solemnidad?

1 Reminiscencias de la Homilía perdida o de otras intermedias. 3 Mat., XVIII, 20.

Porque la solemnidad no la hace la multitud de los que se reúnen sino la virtud; no la riqueza de los trajes sino el adorno de la piedad; no la abundancia de los manjares, sino el cuidado de las almas; puesto que la fiesta más excelente es la buena conciencia. Y, así como en las fiestas seculares quien no tiene ni un vestido hermoso que ponerse, ni una abundante mesa que participar, sino que vive en pobreza y en hambre y en extrema necesidad, no goza del día de fiesta, aun cuando vea a la ciudad toda entregada a los bailes, sino que, al revés, tanto más se angustia y se duele cuanto más ve a los otros entre delicias mientras él está entre necesidades de todo; y en cambio un rico muelle y que abunda en vestidos con que cambiarse y vive en suma prosperidad, aun fuera del tiempo de las festividades cree disfrutar de perpetuos festivales, del mismo modo sucede en las cosas del espíritu. El que vive en santidad y en buenas obras, aun sin festividades vive en fiesta perenne, porque recibe un gozo puro, nacido de la buena conciencia; pero quien vive en pecado y tiene conciencia de muchas malas obras, aun cuando tenga fiesta carece de festival como el que más.

Según esto, podemos si queremos tener todos los días fiesta, con tal de que ejercitemos la virtud y purifiquemos nuestra conciencia. ¿En qué es mejor la presente reunión que la pasada? ¿Acaso no lo es únicamente en el tumulto y en el alboroto y no en otra cosa alguna? Puesto que la participación de los misterios sagrados y la comunicación de las demás cosas espirituales, como son las preces, la predicación, las bendiciones, la caridad y las otras cosas, son el día de hoy las mismas, en nada aventaja a éste el día

anterior, por lo que a vosotros mira o a mí que os predico. Los que entonces nos oían esos mismos nos van a oír ahora, y los que ahora están ausentes tampoco entonces estaban presentes, aun cuando con el cuerpo se les viera presentes. ¡Ahora no oyen, pero menos aún oían entonces! Y no solamente no oían sino que con su estrépito molestaban a los que oían. De modo que, en consecuencia, entonces y ahora cuento yo con los mismos oyentes en esta reunión, y el mismo concurso, y no es este día en nada inferior a aquel otro. Más bien, si es que me permitís que diga algo llamativo, este día es mejor que aquel otro, porque la predicación se tiene sin aquel estrépito, y la enseñanza se hace sin aquel tumulto, y se oye con mayor reflexión por no impedir nuestros oídos ningún alboroto.

Y no digo esto porque yo desprecie la multitud que entonces se reunió, sino para persuadiros que no tengáis por ello dolor ni os contriste lo escaso de los que ahora acudieron. Pues no buscamos que haya en la iglesia multitud de cuerpos, sino multitud de quienes nos escuchen. Así pues, puesto que ahora tenemos el mismo número de comensales que tuvimos entonces, con igual presteza os presentaré el banquete, volviendo a la materia que nos impidió la festividad. Porque así como no era oportuno el omitir en Pentecostés la conmemoración de los beneficios que en ese tiempo se nos proporcionaron, por continuar la materia anteriormente tomada, del mismo modo ahora que ya ha pasado la festividad de Pentecostés, es oportuno volver a continuar la materia que anteriormente habíamos escogido, al querer hablaros acerca de Anna. Porque no hay que mirar a que ya se han dicho muchas cosas, sino a si acaso llegamos ya al término de la materia. Así quienes han encontrado un tesoro, aunque saquen de él innumerables riquezas, no desisten hasta que las agotan todas, como que les es más provechoso, no tanto el haber sacado ya mucho, sino el no dejar nada por sacar.

Pues, si los que andan locos por el dinero tan grandemente se preocupan por las cosas que han de perecer y no permanecer, mucho más conviene que nosotros tengamos ese mismo modo respecto de los tesoros divinos y no desistamos hasta haber agotado todo cuanto ahí aparece. Y dije aparece, porque no nos es dado agotar todo cuanto ahí se encuentra. La fuerza de las sentencias divinas es una fuente perenne que mana y jamás se agota y nunca se extingue. Así pues, no nos cansemos. Porque no estamos discurrendo acerca de cosas vulgares, sino de la oración, que es nuestra esperanza; de la oración por la cual aquella mujer estéril fue hecha madre, y la que no tenía hijos fue madre de una grande prole, y de triste quedó alegre por causa de aquella oración, por la cual se reparó la naturaleza viciada, y se abrió la matriz antes cerrada y lo imposible se hizo posible. Examinemos pues cada cosa de por sí y despacio, y expliquemos cada frase, a fin de que, en cuanto sea posible, nada se nos escape.

Por esto hemos gastado dos discursos íntegros en solos dos de los dichos suyos. Fue el primero: ¡Mi corazón se ha confirmado en el Señor! 3 Y luego el que sigue: ¡Mi fortaleza se ha exaltado en mi Dios! 4 Es, pues, lógico tomar ahora el tercero. ¿Cuál es? Y ha abierto mi boca contra mis enemigos, porque esperé de El la salud.\* Notad lo perfecto de la oración. No dijo: "Mi boca se ha aguzado contra mis enemigos", porque no se hallaba preparada para las injurias y los dicterios, ni para los oprobios y las acusaciones, sino para la amonestación y el consejo, para la corrección y la enseñanza. Y por eso no dijo: "Mi lengua se ha aguzado contra mis enemigos", sino se ha ensanchado: gozo ahora de amplitud, ahora puedo hablar con libertad. Una vez echada a un aldo la pena y el rubor, he vuelto a la libertad.

Pero tampoco ahora recordó a su émula, sino que bajo una expresión vaga e indefinida, ocultó, como bajo una careta de teatro, la causa de su tan grande tristeza. Ni dijo lo que muchas mujeres: "¡Dios la ha confundido! ¡El ha destruido y echado por tierra a esa criminal y arrogante y grandilocuente". Sino que dijo con sencillez: "¡Se ha ensanchado mi boca contra mis enemigos y me he alegrado en tu salud". Y no simplemente por la salud, sino por ser salud de tu mano. Porque yo no me alegro de haber sido curada, sino de haber sido curada por Ti; por eso me alegro y doy saltos de gozo.

¡Así son las almas de los santos! Más se alegran de Dios, autor de los beneficios, que de los mismos beneficios; porque no lo aman por los dones, sino que aman los dones por El. Y esto es lo que conviene que hagan los siervos agradecidos y los criados que guardan memoria de los beneficios: es a saber, que antepongan a Dios a todas las cosas. Tengamos también nosotros esta disposición: cuando caigamos en pecado, no tengamos dolor porque se nos va a castigar, sino por haber ofendido a Dios; y si hacemos alguna obra buena, no nos alegremos por el reino de los cielos, sino porque hemos agradado con nuestra obra al Rey de los cielos. Porque aquel que piensa rectamente, más teme la ofensa de Dios que todos los infiernos, y en más estima agradar a Dios que todos los reinos.

1 Sam., II. 1.

Ibid.

Ibid.

Ni te admires de que convenga tener esta disposición respecto de Dios, puesto que muchos hombres así se encuentran dispuestos para con los otros hombres. Muchas veces tenemos hijos nobles; y si acaso en algo los herimos, aunque sea involuntariamente, nos imponemos a nosotros mismos un castigo; y lo mismo solemos hacer respecto de nuestros amigos. Pues si juzgamos ser cosa más dura el ofender a los hijos o a los amigos que el sufrir un castigo, mucho más conviene tener estos sentimientos respecto de Dios; y así se ha de estimar como cosa más grave que cualquier infierno el haber hecho algo que a El le desagrade.

Así era el bienaventurado Pablo. Por esto decía: Estoy cierto que ni los ángeles ni los principados ni las potestades ni las cosas presentes ni las venideras, ni la altura ni la profundidad ni ninguna criatura podrá arrancarnos del amor a Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.<sup>6</sup> Y aun a los mártires, cuando los llamamos bienaventurados, en primer lugar lo hacemos por sus llagas y después por las coronas que les esperan. Porque los premios se dan por las llagas y no las llagas por los premios.

Del mismo modo Pablo se alegraba no tanto por los bienes que le esperaban, como por los trabajos sufridos por Cristo, y decía y exclamaba: ¡Me gozo en mis padecimientos por vosotros! <sup>7</sup> Y luego: ¡Ni solamente esto, sino que me glorío en las tribulaciones! s Y también: Porque nos ha sido dado por Dios no solamente el que creamos sino el que padezcamos por El? Porque verdaderamente es la gracia más grande el ser tenido por digno de padecer algo por Cristo, y es corona perfecta y merced no menor que el premio futuro. Esto lo conocen quienes saben amar recta y fervorosamente a Cristo.

<sup>6</sup> Rom., VIII, 39-40.

<sup>7</sup> Col, I, 24. <sup>5</sup> Rom., V, 3.

<sup>1</sup> Filip., I, 29.

Y de esta clase era aquella mujer, que tenía un ardentísimo amor de Dios, y un encendido cariño. Y por esto decía: "¡Me he alegrado con tu salud!" Nada tenía ella de común con las cosas terrenas, sino que despreciaba todo auxilio humano y andaba elevada con la gracia del Espíritu Santo, y en todas las cosas miraba a Dios, y en todos los trabajos rogaba que de allá le llegara la salvación. Conocía, conocía claramente que las cosas humanas, cualesquiera que ellas sean, imitan la naturaleza de aquellos que las proporcionan; y que nosotros constantemente necesitamos del auxilio divino si queremos anclar en terreno firme. Por esto ella siempre se refugiaba en Dios. Y cuando Tecibía algún beneficio más se alegraba por ser Dios el autor del beneficio, y le daba gracias, y decía: ¡No hay santo como Y ave! ¡no hay justo como nuestro Dios! ¡no hay santo como Tú!<sup>10</sup>

Como quien dice: "Su juicio es irreprochable y su sentencia infalible y rectísima" ¿Has visto cómo piensa una alma agradecida? No dijo en su interior: "¿Qué tiene de grande lo que he recibido, o qué he recibido más que los otros? ¡Lo que hace tiempo posee mi émula con abundancia, eso yo, apenas con grande esfuerzo y lágrimas y oraciones y súplicas finalmente lo he venido a conseguir!" Sino que, como sentía bien de la providencia divina, no exigía a Dios cuentas ni porqués de su beneficencia, como muchos lo hacen, y cada día traen a juicio a Dios. Si ven al uno rico, si al otro pobre, no se cansan de hablar en contra de la providencia de Dios. Pero ¿qué es lo que haces, oh hombre? No te permite Pablo juzgar a tu consiervo cuando dice: No juzguéis antes de tiempo hasta que venga el Señor,<sup>11</sup> y tú ¿traes a juicio al Señor, y le pides razón de sus hechos y no te horrorizas ni espantas?

Pero yo te ruego que me digas ¿qué perdón alcanzarás o qué excusa tendrás, siendo así que cada día y cada hora tienes experiencia de su providencia, y con todo, a causa de la desigualdad que observas entre los pobres y los ricos, condenas toda su buena ordenación, y esto con injusticia? Porque si hubieras querido, como era lo conveniente, examinar con atención profunda estas cosas, aunque no hubieras tenido ningún otro argumento de la divina providencia, ciertamente habrías podido apreciarla, precisamente por las riquezas y la pobreza. Si se suprimiera la pobreza, perecería toda la organización de la vida, y se perturbaría toda la forma de convivir. No habría ni marineros ni patrones en las naves, ni agrícolas ni constructores, ni tejedores ni zapateros, ni carpinteros ni herreros, ni curtidores ni pasteleros, ni en fin ningún otro de los oficiales. Y en no habiéndolos, todo iría a la ruina.

<sup>10</sup> I Sam., II, 2.

<sup>11</sup> I Cor., IV., 5.

Ahora, en cambio, la necesidad, nacida de la pobreza, a la manera de una maestra, urge a todos el trabajo aun a pesar de ellos mismos. Mas, si todos fueran ricos, todos vivirían en el ocio, y así todo perecería y se acabaría. Por lo demás, esos hombres con sus mismas palabras pueden ser redargüidos y reducidos al silencio, pues ¿por qué, pregunto yo, acusas a la providencia divina? ¡Porque uno tiene más y otro menos dineros! Entonces, si yo te pruebo que en las cosas de suma importancia y en que más se apoya la vida, todos (los hombres) son iguales, necesariamente tendrás que aprobar todas las cosas ordenadas por la divina providencia. Porque si de que en una cosa es mejor la condición de los ricos, como es en poseer riquezas, deduces tú que no existe la providencia, entonces, si se descubre que todos gozamos igualmente no de una sola cosa

y tan vil, sino de muchas y mayores aún con mucho, quedará por aquí manifiesto que estás tú obligado, por esta razón, a asegurar, aunque no lo quieras, que existe la providencia divina.

¡Ea, pues! ¡vengamos con el discurso a las cosas en que se apoya nuestra vida sobre todo, y examinémoslas con diligencia y veamos si en ellas tiene más el rico que el pobre! Por ejemplo: el rico abunda en vinos de Tasos y en otras muchas bebidas artificiosamente confeccionadas y aptas para causar placer. Pero en cambio, todos tienen a la mano las fuentes de las aguas, lo mismo los pobres que los ricos. ¡Tal vez esta igualdad os ha causado risa al oírla. ¡Pues escucha cuánto mejor sea la naturaleza del agua que la de cualquier clase de vinos, y más necesaria y más útil; y con eso corregirás tu parecer y entenderás las verdaderas riquezas de los pobres. Si el vino se suprime, en realidad no se sigue un gran detrimento, a no ser únicamente para los enfermos. En cambio, si alguien suprimiera las fuentes y el elemento de las aguas, echaría abajo toda nuestra vida y acabaría con todas las artes; y no podríamos sobrevivir ni siquiera por dos días, sino que todos moriríamos con un género de muerte miserable y durísimo.

De manera que en las cosas necesarias y que forman el substrato de la vida, el pobre no es inferior; más aún, si hemos de decir algo que os admire, es superior al rico. Porque muchos ricos conocemos faltos de salud a causa de los placeres, que tienen que abstenerse, por lo común, del uso del agua. En cambio el pobre puede gozar por toda su vida de las corrientes y acercarse a ellas como a fuentes de miel, y correr hacia los riachuelos cristalinos, y recibir de ellos un sano y verdadero placer. Pues ¿qué diremos de la naturaleza del fuego? ¿Acaso no es más útil que mil tesoros y más que todas las riquezas humanas? Pues este tesoro está también igualmente puesto a disposición del rico y del pobre. Y la utilidad que para nuestros cuerpos nace del aire y de la luz del sol, ¿acaso está más a disposición del rico que del pobre, de manera que aquél vea con cuatro ojos y éste solamente con dos? ¡Nadie puede afirmar esto! Porque ambos la disfrutan con igual medida. Más aún: también aquí es mejor la parte que le toca al pobre, porque éste tiene los sentidos más vigorosos y el ojo más aguzado y más excelente la virtud perceptiva.

Por esto los pobres disfrutan de un placer más verdadero y se deleitan más con la contemplación de las criaturas. Pero no solamente en cuanto a los elementos, sino en todos los otros naturales servicios de las criaturas verás que hay grande igualdad; más aún, hasta cierta prerrogativa en favor de los pobres. Por ejemplo: el sueño, que es más suave que todas las otras delicias y más necesario y más útil que toda otra clase de alimentos, es más fácil para el pobre que para el rico. Y no solamente más fácil sino más tranquilo también. Porque éste, como vive entre delicias, previene el hambre con el alimento, la sed con la bebida, con el sueño la necesidad de dormir; con lo que el mismo se priva de todo placer; porque el placer que producen esas cosas no consiste tanto en la naturaleza de ellas, cuanto en la necesidad de usarlas.

No el vino de suave olor ni la bebida deleita propiamente, tanto como el beber agua a quien tiene sed. No tanto agrada el comer pasteles, como el comer cualquier alimento a quien tiene hambre, ni tanto el recostarse en un muelle lecho como el acostarse oprimido por el sueño: cosas todas que más se dan entre los pobres que entre los ricos. Y las cosas tocantes a la salud corporal y a todo bienestar ¿acaso no son comunes igualmente a pobres y ricos? O ¿puede alguno decir y probar que los pobres siempre



están enfermos y los ricos siempre gozan de próspera salud? ¡Lo contrario es lo que suele verse: que los pobres no fácilmente se enferman de enfermedades incurables, sino que de ordinario las enfermedades es en los cuerpos de los ricos en donde hacen su agostp! Porque ciertamente la gota y los dolores de cabeza y la pesadez y los incurables desórdenes nerviosos que ya contraen o ya distorsionan todos los nervios, y los fluidos malos de todas clases y corruptores, mucho más atacan a los delicados y a los que huelen a ungüentos que a quienes trabajan y se ejercitan y con el diario trabajo se ganan el sustento.

De manera que son más miserables que los mendigos aquellos que viven entre delicias, cosa que ellos mismos no pueden negar. Con frecuencia el rico, reclinado en muelle lecho y entre los servicios de todas clases de sus siervos y de sus criadas, al oír por la ciudad el clamor de un mendigo que pide un poco de pan, gime y con lágrimas ruega ser como ése, con tal de encontrarse sano en vez de estar entre delicias pero consumido por la enfermedad. Y no sólo cuanto a la buena salud, sino también respecto a la felicidad de tener prole, verás que los ricos en nada son mejores que los pobres; porque de una y otra parte suele haber o abundante o ninguna prole, sin diferencias. Aunque más bien también en esta parte aparece inferior el rico.

Porque el pobre, aunque no llegue a ser padre, no lo siente tanto; en cambio el rico, cuanto más aumentado ve su caudal, tanto más se angustia con la esterilidad, y por el ansia de tener heredero no disfruta de gozo alguno. Por otra parte, la herencia del pobre, aunque éste muera sin hijos, como por ser escasa no vale la pena de pleitearla, pasa a los amigos o parientes. Mientras que la del rico, como atrae sobre sí los ojos de muchos, no raras veces acaba por ir a dar a las manos de los enemigos del difunto. Y como éste, ya durante su vida advierte que así sucede, lleva una vida más molesta que la misma muerte, porque teme que a él le va a suceder otro tanto.

Y por lo que mira a la muerte ¿acaso en esto no hay también una igualdad? ¿Acaso no parecen de muertes prematuras así los ricos como los pobres? Y luego, después de la muerte, ¿acaso no se corrompe del mismo modo el cuerpo así de los unos como de los otros? ¿no se convierte en ceniza y polvo y no engendra gusanos? Dirás que los funerales no son semejantes. Pero ¿qué utilidad tiene eso? Porque cuando al difunto lo tienden sobre abundantes telas preciosas, recamadas de oro, ¿qué otra cosa has hecho sino acumular mayores envidias y acusaciones contra él? ¡Abres las bocas de todos en su contra, y le preparas infinitas maldiciones y recriminaciones de avaricia; porque cada cual estalla de indignación y maldice al muerto porque ni aun después de su muerte ha dejado de andar tras de los dineros!

Añádese otro mal. Y es que eso incita los ojos de los ladrones. De manera que cuanto es mayor ese aparato, tanto mayores ocasiones tiene el difunto de ser injuriado. Porque al cadáver de un pobre nadie se cuida de ir a despojarlo, y está defendido por la pobreza misma de su vestido. En cambio con el del rico, se echa mano de llaves y cerrojos y puertas y guardias, y todo en vano porque con la codicia de las riquezas no hay cosa a la que no se atrevan quienes ya están acostumbrados a semejantes fechorías. De manera que el mayor honor acarrea al difunto mayores injurias y mientras aquel a quien tocaron funerales humildes, yace intocado en su honor y en su sepulcro, el otro a quien se le hicieron solemnísimos es despojado y violado. Y si acaso evade esta injuria, ni aun así es mejor que el pobre, sino en que su corrupción es más amplia y presenta mayor pábulo a los gusanos.

¿Y estas cosas, pregunto yo, son tales como para que a los ricos se los llame felices? Pero ¿quién habrá tan miserable y lleno de penas que por tales cosas vaya a juzgar a un hombre digno de envidia? No es esto sólo. Sino que recorriendo las demás cosas, una por una, y examinándolas con diligencia, encontraremos que hay que preferir los pobres a los ricos. De manera que considerando todo esto y refiriéndolo a otros (puesto que dice la Escritura da ocasión al sabio y se hará más sabio);<sup>12</sup> y reteniéndolo constantemente en la memoria, o sea que los dineros no dan a sus poseedores otra cosa sino cuidados, solicitudes, angustias, temores y peligros, no juzguemos nuestra condición en nada inferior a la de los ricos.

12 Prov., IX, 9.

13 Tanto la comparación entre la pobreza y las riquezas como el modo de contraponerlas fue un tópico o lugar común entre los santos Padres, como puede verse, v.gr.: en san Basilio en su Homilía "Obsérvate a ti mismo". A los modernos no les parecen suficientemente probativos los argumentos aducidos, y encuentran algo de infantilismo o sencillez patriarcal en ellos.

Y si somos vigilantes, nos encontraremos en mejor situación no solamente cuanto a las cosas de este siglo, sino también en las otras que son divinas. Porque mejor se encuentran entre los pobres que no entre los ricos el gozo, la seguridad, la buena fama, la salud, el recto modo de vivir, la buena esperanza, y son más raras las ocasiones de pecar.<sup>13</sup> Así pues, no murmuremos como los siervos ingratos, ni acusemos al Señor, sino démosle gracias por todo; y no estimemos cosa alguna como mal si no es el pecado, ni a cosa alguna como buena si no es la justicia. Si de esta manera pensamos, ni las enfermedades ni la pobreza ni la ignominia ni cosa alguna semejante nos causará molestia; sino que, tras de haber alcanzado de cada cosa un goce puro, conseguiremos además los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

8

## **VIII HOMILÍA acerca del sagrado mártir BABYLAS.**

1 Fue pronunciada esta Homilía después de la tercera sobre Lázaro, y según parece, el 24 de enero. El año no puede establecerse con seguridad. Primero se le asignó el 387, pero los argumentos no prueban eso. Es cierto que este santo sufrió el martirio, pero cuanto a la causa y el modo de su martirio, parece que san Juan Crisóstomo los toma más bien de los rumores populares que corrían. Padebió bajo la persecución de Decio. Cuanto a los pormenores que narra el santo desde donde trata del suburbio llamado Dafne hasta la ciudad de Antioquía, parece mejor informado. Más aún, fue testigo presencial, lo mismo que sus oyentes de la situación en que se encontraba el templo de Apolo, años después del incendio, que lo consumió.

QUERÍA YO EL DÍA DE HOY pagar la deuda que contraje anteriormente, cuando estando en este mismo sitio, os la prometí.<sup>2</sup>

1 El texto griego dice *iegoftágrvga* o sea mártir sagrado y también obispo mártir; pero consta que fueron los griegos de la edad media quienes añadieron esa palabra que no era

de uso en los tiempos primeros.

2 Se refiere a la Homilía tercera sobre Lázaro.

Pero ¿qué hacer? ¡El bienaventurado Babylas se nos aparece en el intermedio y nos llama hacia sí, no precisamente lanzando su voz; sino que con el resplandor que despiden su rostro ha hecho que nosotros volvamos el nuestro hacia él. En consecuencia, no llevéis a mal el retardo de la paga: que al fin y al cabo, cuanto mayor sea el lapso que transcurra, tanto mayor será el rédito que se os aumente. Porque pagaremos este capital con sus réditos, puesto que así lo ha dispuesto el Señor que lo entregó a la fidelidad de nuestra guarda. Así pues, teniendo confianza en la seguridad en que está lo que se nos entregó a rédito, puesto que intactos permanecen así el capital depositado como sus intereses, no desechemos la ganancia que en el día de hoy se nos interpone; sino más bien deleitémonos con las magníficas proezas del bienaventurado Babylas.

Y por lo que hace a la manera como fue consagrado obispo de esta nuestra iglesia, y en qué forma supo llevar a salvamento esta nave sagrada, entre huracanadas tempestades y marejadas, y cuánta libertad de espíritu haya mostrado cuando había de hablar con el emperador,<sup>3</sup> y cómo entregó su vida por sus ovejas y soportó aquel felicísimo degüello, todo eso y otras cosas semejantes dejaremos que las digan los más ancianos de los doctores y nuestro padre común.<sup>4</sup> Porque los sucesos más antiguos pueden bellamente referirlos quienes son más ancianos que nosotros; mientras que todo lo que más recientemente y en nuestros tiempos sucedió, todo eso, yo, como más joven, os lo voy a decir. Hablo de lo que sucedió después de la muerte del mártir, y de lo que después de la sepultura sobrevino, mientras yacían todavía sus restos en el suburbio de la ciudad.<sup>5</sup> ¡Bien sé que los paganos se reirán de lo que os prometemos, puesto que os prometemos hacer memoria de las proezas de un hombre que, tras de haber muerto y habérsele celebrado sus exequias, fue sepultado!

3 No aparece claro a qué emperador se refiere. El perseguidor era Decio, el año de 250. Las torturas fueron variadísimas.

4 En la festividad hablaron otros varios, entre ellos Flaviano.

5 Véase la Introducción ns. 1 y 6.

Pero, no por esto guardaremos silencio, sino que precisamente por esto vamos a hablar, con el objeto de que una vez demostradas como verdaderas dichas hazañas, convirtamos nosotros las burlas sobre las cabezas de los paganos. Porque de un hombre cualquiera, cierto que no habría hazañas que referir después de su muerte, pero de un mártir muchas y grandiosas las puede haber. Y esto lo haremos no para que él cobre un nuevo esplendor puesto que no necesita que el vulgo lo glorifique; sino para que tú, oh incrédulo, aprendas cómo la muerte de los mártires no es muerte, sino comienzo de una vida mejor, y preludio de una compañía y trato más espiritual, y un cambio de lo que es de inferior calidad a lo que es más perfecto. Pues no debes fijarte en que el cuerpo del mártir yace tendido y privado de la energía vital de su alma, sino atiende a que una energía superior a la de su misma alma se asienta ahora en él; esto es la gracia del Espíritu Santo que demuestra a todos su futura resurrección por medio de los milagros que verifica.

Porque si Dios ha concedido a los cuerpos muertos y en polvo deshechos una virtud mayor que la de todos los vivientes, con mayor razón les concederá una vida mejor que la primera, y más bienaventurada, cuando llegue el momento de la corona. ¿Cuáles son

pues sus hazañas? No os inquietéis si tomamos el agua de un tanto más arriba. Porque también los que desean mostrar en toda su belleza las imágenes, una vez que han apartado un poco de la tabla en que están pintadas al que las ha de contemplar entonces finalmente se las descubren; y le hacen con esto más clara la visión de ellas mediante la distancia. Soportad, pues, vosotros también, el que nosotros tomemos de más atrás la materia de nuestro discurso.

Una vez que Juliano, aquel que a todos venció en la impiedad, hubo llegado al trono real, y hubo tomado en sus manos el cetro de los que dominan, al punto levantó su diestra contra el Dios que la había creado, y desconoció a su bienhechor. Y dirigiendo desde lo bajo de la tierra sus miradas al cielo, comenzó a ladrarle, a la manera de los canes rabiosos que igualmente ladran contra el que los alimenta y contra el que no los alimenta. Más aún: se enfureció con una rabia mayor que la de los canes. Porque éstos aborrecen y ponen en fuga por igual a los domésticos y a los extraños. Aquél en cambio, a los demonios que son los enemigos de su salvación, los acariciaba y les daba todo género de cultos, y en todas las maneras posibles les servía; mientras que al benéfico y salvador, y que no había perdonado por él ni a su propio Unigénito, a ése lo odiaba y lo aborrecía. Y a la cruz, que al orbe cuando estaba caído de bruces lo levantó y dissipó en todas partes las tinieblas y nos trajo una luz más brillante que los rayos del sol, a ésa la burlaba.

Ni se contentó con esto su furia, sino que se prometía borrar de la faz de la tierra a la raza de los galileos; porque así acostumbraba llamarnos. Aunque, si acaso pensó él que el nombre de cristianos era aborrecible y venía siendo un título de grande deshonra ¿por qué anhelaba avergonzarnos con un nombre extraño y no con ese de cristianos? Es que sabía bien que el ser denominado como uno de los que tienen familiaridad con Cristo es un grande honor no sólo para los hombres sino también para los ángeles, y para las supernas Potestades. Y por esto, no dejaba cosa por mover para arrebatarnos ese honor y acabar con la predicación.

¡Pero, oh infeliz y desdichado! ¡eso era imposible! ¡como es imposible destruir los cielos y apagar el sol y sacudir y echar abajo los cimientos del orbe de la tierra! Ya de antemano profetizó esto Cristo, cuando decía: ¡Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará! ° Mas, ya que no pudiste soportar a Cristo cuando hablaba, a lo menos escucha la voz de los hechos. ¡Porque yo, habiendo sido tenido como digno de conocer lo que significa esa palabra divina, y cuan fuerte y cuan invencible sea, estoy convencido de que ella es más digna de fe que todo lo que hay en el orden de la naturaleza y más que las experiencias de todos los sucesos; mientras que tú, que aún te arrastras por la tierra y te hallas impresionado por los razonamientos humanos, debes al menos recibir el testimonio que te dan los hechos. ¡Pero no voy a contradecirte, no voy a discutir!.

Mat., XXIV. 35.

¿Qué es pues lo que los hechos pregonan? Dijo Cristo que era más fácil que el cielo y la tierra perecieran que el que alguna de sus palabras pereciera. Contradijo a esto el emperador y amenazó con destruir nuestros dogmas. Pero ¿en dónde está ahora ese rey que tales cosas amenazó? ¡Pereció, se pudo! ¡y en estos momentos está en el infierno soportando el inevitable castigo! ¿Dónde está en cambio Cristo, el que tales cosas profetizó de antemano? ¡En el cielo, en posesión del elevadísimo trono de la gloria, a la

derecha del Padre! ¿Dónde están las blasfemas palabras del rey? ¿dónde su lengua insolente? ¡Se convirtieron en polvo y ceniza y en alimento de gusanos! ¿Dónde está lo que Cristo profetizó? ¡Brilla con el brillo de la verdad en los hechos; y, como desde una columna de oro, resplandece mediante la comprobación de los sucesos! ¡Y eso que en su tiempo nada omitió aquel rey en la preparación para guerrear contra nosotros; sino que llamaba en su auxilio a los adivinos y ruidosamente convocaba a los prestidigitadores y andaba lleno todo de demonios y de malvados espíritus!

Y ¿en qué paró al fin todo su culto? ¡En la destrucción de las ciudades y en la más espantosa de todas las hambres. ¡Porque sabéis sin duda, y lo recordáis, cómo la plaza estaba vacía de mercancías, y las oficinas todas alborotadas, pues cada cual procuraba arrebatarse lo primero que a la mano venía y de este modo escapar! Pero ¿qué digo el hambre? Si las fuentes mismas quedaron privadas de sus aguas; fuentes que por sus raudales eran superiores a los ríos. Y ya que hemos hecho mención de las fuentes, ¡ea!, vengamos ya a los suburbios de Dafne; y convirtamos nuestro discurso a las preclaras empresas del mártir. Ciertamente es que vosotros deseáis que se saquen al público aun las más vergonzosas prácticas de los paganos. Pero, aunque yo también lo quisiera, mejor hagámoslas a un lado. Puesto que en absoluto, donde quiera que se conmemore a los mártires ahí se avergüenza a los paganos.

Pues bien: aquel emperador, habiendo subido al suburbio de Dafne, apretadamente molía con sus preces a Apolo, y le suplicaba, le rogaba que algo le profetizara sobre los sucesos futuros. Y ¿qué hizo el dios, el gran vaticinador de los paganos? "¡Los muertos, le contestó, me impiden hablar! ¡Desgarra las urnas, extrae los huesos, echa de aquí a los muertos!" ¿Qué cosa puede haber más criminal que estos mandatos? ¡Establece ahora el demonio leyes desacostumbradas, para despojar los sepulcros, y excogita modos nuevos de echar a los huéspedes! ¿Quién oyó jamás que por ley los muertos hubieran sido arrojados de sus sepulcros? ¿Quién supo de cuerpos sin alma a los que se ordenara echar de su tumba, a la manera que éste lo ordenó, arrancando de raíz las comunes leyes de la naturaleza?

Porque hay leyes comunes de la naturaleza que están vigentes entre todos los hombres, las cuales ordenan que quien muere sea depositado en el sepulcro y entregado a la tierra y devuelto a los senos de esta madre común. Y estas leyes jamás las derogó ningún heleno, ningún bárbaro, ningún escita, ninguno ni aunque fuera más salvaje que éstos; sino que todos las veneran y las guardan y son para todos sagradas y respetables. Pero el demonio, arrojando la máscara, públicamente y a cara descubierta, emprende la lucha contra las leyes comunes de la naturaleza.

"¡Son, exclama, los muertos, una mancha pecaminosa!" —¡No son los muertos una mancha pecaminosa, oh malvadísimo, sino que tu determinación es la abominable! Y si acaso conviene incluso decir algo que cause admiración, diré que más detestables son los cuerpos de los vivos, cuando están llenos de pecados, que no los de los muertos. Porque aquéllos obedecen a las órdenes de las almas, mientras que estos otros yacen inmóviles; y lo que yace inmóvil y privado de sus sentidos, suele estar libre de toda recriminación. Aunque a la verdad, yo diría que ni los cuerpos de los vivos son por su naturaleza abominables; sino que en todas partes, lo abominable es la voluntad perversa: ¡ella es la digna de todas las recriminaciones!

¡No es mancha pecaminosa un cuerpo muerto, oh Apolo! ¡Lo es el perseguir a una

doncella que quiere vivir en castidad, lo es el cometer estupro y el llorar porque se es rechazado en tan infame acción! ¡Esto sí que es digno de recriminaciones y castigos! 7 Por cierto que hubo entre nosotros los cristianos muchos y grandes profetas que vaticinaron acerca de las cosas futuras; pero nunca ninguno de ellos ordenó a quienes lo consultaban que desenterrara a los muertos. Por el contrario, Ezequiel, como se encontrara junto a los huesos mismos, no solamente no le impedían ellos en nada para vaticinar, sino que él los revistió de carne y nervios y piel y así los llamó a la vida de nuevo.<sup>3</sup> Y Moisés, no teniendo los huesos de un cadáver precisamente cerca de él, sino llevándolos consigo, profetizó las cosas que estaban por venir."

7 Alusión a la fábula helena de Apolo y Dafne.

8 Ezequiel, XXXVII.

9 Exod., XIII, 19.

Y con razón sucedía esto. Porque las palabras de ellos don eran del Espíritu Santo; mientras que las de estos otros, fraude son y mentira que en modo alguno puede ocultarse. Puesto que por lo que hizo el emperador queda en claro que todo eso no eran sino añagazas y pretextos, y que a quien temía el demonio era al santo mártir Babylas. Porque el rey, habiendo dejado en sus sepulcros todos los otros cadáveres, únicamente sacó el de este mártir. Pero si el emperador hacía esas cosas porque aquel cadáver era en realidad una abominación, y no más bien porque lo temía, lo que debía haber hecho y ordenado era que se hiciera pedazos la urna y se la arrojara al mar, o la llevaran a un desierto, o la destruyeran con cualquier género de perdición: porque con esto habría indicado su abominación. Esto fue lo que hizo Dios cuando a los israelitas les habló de las abominaciones de los paganos: ordenó que sus estatuas fueran destruidas en pedazos, y no que fueran llevadas desde los suburbios al centro de la ciudad tales manchas de pecado.

Fue pues retirado el cuerpo del mártir, pero el demonio ni aun así se sintió tranquilo; porque al punto mismo vio que mover los huesos del mártir era posible, pero huir de las manos del mártir no era posible. Apenas la urna fue llevada a la ciudad, cuando de lo alto se desprendió un rayo sobre la cabeza de la estatua de Apolo, y todo lo consumió.<sup>10</sup> Y por cierto, ya que antes no, a lo menos entonces era conveniente que el impío rey se irritara y desatara sus iras contra la iglesia del mártir. ¡Pero no se atrevió! ¡tanto fue el terror que de él se apoderó! ¡A pesar de que veía cómo el incendio era insoportable y de que conocía perfectamente la causa de él, nada hizo! Ni es esto solamente lo admirable, el que no destruyera la iglesia, sino que ni siquiera se atrevió a techar de nuevo el templo de Apolo. Porque sabía bien que aquella ruina era obra de la divinidad, y temía que si alguna otra cosa meditara contra el mártir, atraería aquel fuego sobre su propia cabeza.

Véase la Introducción n. 6.

Por este motivo soportó la desolación, soportó ver el templo de Apolo a plena desolación reducido. Porque no hubo otra causa de que no reparara lo destruido, sino únicamente el terror, por el cual quedó inmovilizado; y esto a pesar de que veía cuán grande ignominia echaba con eso sobre la cabeza del demonio, y cuánto honor proporcionaba al mártir. Porque ahora, los muros estaban ahí en pie, como un trofeo, y lanzaban una viva voz, más penetrante que la de una trompeta, que narraba a los que en Dafne habitaban y a los que en la ciudad vivían y a los que de lejos llegaban y a los

hombres presentes y a los venideros, todo lo que había sucedido, con sólo su aspecto: ¡el combate, el encuentro, la victoria del mártir!

Porque cualquiera que vive lejos del suburbio, y viene y contempla la iglesia privada de la urna del mártir, y el santuario de Apolo sin techo, naturalmente investiga el motivo de ambas cosas, y luego se aparta de ahí llevando el conocimiento de toda la historia. ¡Estas son las hazañas del mártir, llevadas a cabo después de su muerte! Por esto yo juzgo bienaventurada a vuestra ciudad, puesto que habéis demostrado tan singular fervor por este santo. Porque al tiempo en que la urna regresaba a la ciudad de nuevo desde Dafne, toda la ciudad se derramó hacia el camino, y quedaron vacías de varones las plazas, de mujeres las casas, de doncellas las recámaras: ¡tan apresuradamente salieron de todas las edades y de todos los sexos desde la ciudad, como quien sale a recibir a su padre que regresa, tras de largos tiempos, de una lejana peregrinación!

Por cierto que vosotros lo entregasteis a aquella muchedumbre que igual celo mostraba por honrarlo; pero el favor divino no permitió que allá permaneciera definitivamente, sino que lo hizo pasar de nuevo el río,<sup>11</sup> a fin de que fueran muchos los sitios que quedaran llenos del suave olor de la santidad de mártir. Y una vez que acá llegó, no había de quedar solo, sino que al punto se le dio un compañero y conmitión dotado de sus mismas costumbres. Porque fue hecho copartípe de la misma prelación y mostró la misma libertad de expresión en tratándose de la piedad; y por esto, alcanzó también el mismo domicilio, y, según parece, no fue en vano un imitador de este mártir. Porque por muy largo tiempo trabajó aquí enviando cartas al emperador continuamente y enfrentándose con los magistrados y suministrando al mártir los auxilios corporales.

Porque sabéis bien y recordáis cómo en el tiempo del estío, cuando el calor del sol estaba en su plenitud, iba diariamente con su séquito al templo del mártir, no únicamente como espectador, sino para tomar parte en los trabajos que se iban haciendo. Pues muchas veces él personalmente cargó las piedras, y estiró las maromas, y adelantándose a los mismos oficiales, cuando hizo falta alguna construcción, él al punto la atendió. ¡Sabía bien, sabía cuan grandes premios le estaban reservados por ese motivo! Por esto perseveraba en el servicio de los mártires, no solamente construyéndoles brillantes mansiones, sino celebrando sin interrupción sus festividades, y en una forma todavía mucho mejor. ¿Cuál era? Imitando su vida, emulando su fortaleza, y, en cuanto le era posible, conservando en sí mismo y llevando por todas partes un vivo retrato de los mártires.

Porque ¡atiende! Entregaron aquéllos sus cuerpos a la muerte, pero éste entregó sus miembros a la mortificación, cuando aún permanecía sobre la tierra; sufrieron ellos la llama del fuego, éste apagó las llamas de la concupiscencia; lucharon ellos contra los dientes de las fieras, pero éste aplacó en nosotros la ira crudelísima de las pasiones. Por todas estas cosas demos gracias a Dios: porque nos concedió mártires tan generosos y además pastores dignos de los mártires, para consumación de los santos y perfeccionamiento del cuerpo de Cristo, con el cual sea al Padre la gloria y el honor y el poder, juntamente con el Espíritu Santo y vivificador, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

u Se refiere al Orontes. Parece, por la expresión rov norafiov négav que los restos fueron colocados en la barriada norte que quedaba más allá o al otro lado del Orontes.

## **IX DISCURSO acerca del bienaventurado BABYLAS;**

y contra Juliano; y contra los gentiles.-No se cree que fuera este discurso pronunciado a manera de una Homilía, lo primero por su excesiva longitud, además porque carece de la doxología terminal típica del Crisóstomo, y finalmente, porque él mismo dice en uno de los párrafos: "Por esto escribo estas cosas mientras viven aún los testigos".-Es cierto que todo este discurso está lleno de declamaciones y tropos y tiene un marcado sabor retórico, y aun en algunas partes habla como quien se dirige a los oyentes. Pero esto era costumbre incluso de los escritores.-Parece que lo redactó por el año 382.-Contiene la historia del martirio de san Babylas, narrada de un modo declamatorio con exageraciones y tropos y figuras, que no siempre dicen bien con la verdad y la certeza. Parece que el santo se fio totalmente de los rumores populares: el martirio distaba entonces ya más de un siglo.

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, estando a punto de entrar en su Pasión y sufrir aquella muerte productora de la vida, en aquella noche postrema llamó aparte a sus discípulos, y entre otros muchos avisos, les dio uno con estas palabras: ¡En verdad, en verdad os digo! El que cree en Mí hará las obras que yo hago y aun mayores que éstas.<sup>1</sup> Muchos otros maestros hubo que tuvieron discípulos y que hicieron milagros, según se jactan los helenos, pero nunca jamás ninguno de ellos se atrevió a pensar o decir cosa semejante. Ni podría alguno de los helenos, por impudente que fuese, mostrar alguna profecía o sentencia parecida que se hubiera proferido entre ellos. Lo más que aseguran muchos de los helenos es que los obradores de prodigios muestran los espectros de los difuntos y las sombras de los muertos, y que a algunos les repiten voces salidas de los sepulcros. Pero ninguno se atreve a decir que alguno de los varones que entre ellos vivieron, o de aquellos a quienes tuvieron por dioses después de la muerte, haya dicho a sus discípulos sentencia semejante.

Juan, XIV, 12.

Y si queréis os diré el motivo de por qué, siendo así que en todas las demás cosas impudentemente se vuelven charlatanes y mienten desvergonzadamente, con todo no se han atrevido a fingir nada de esto. Es porque aquellos pestíferos hombres astutamente observaron que quien quisiera hacer semejante engaño, convenía que dijera algo probable y lleno de falacia y que por lo mismo no pudiera ser fácilmente redargüido. Porque es costumbre que a los peces y a las aves que son más avisados, no se les pongan delante los anzuelos desnudos, sino que se les capture encubriendo los anzuelos con el cebo, y de esta manera se lleve a cabo prósperamente la caza de ambos géneros. Pues si las redes estuvieran de manifiesto, ni los peces ni las aves quedarían presos en ellas. Más aún: ni siquiera se acercarían a corta distancia; y entonces así el pescador como el cazador se volverían con las manos vacías.

Teniendo, pues, aquellos filósofos como propósito el coger a los hombres como en una red, no echaron al mar de esta vida un error enteramente escueto; sino que habiendo fingido y confeccionado aquellas cosas con las que pudieran coger a los más descuidados, no avanzaron más en sus mentiras por temor de propasarse demasiado, y por miedo de que no fuera a suceder que el uso inmoderado de los fraudes siguientes echara abajo los precedentes. Si hubieran asegurado que alguno de los suyos había



prometido una cosa semejante a la que el Salvador prometió a sus discípulos, habríanse mostrado ridículos aun a los ojos de los que anteriormente ellos hubieran engañado, puesto que ni siquiera podían fingir cosas verosímiles; ya que el predecir y llevar a cabo cosas tales sólo pertenece a aquella bienaventurada potestad.

Y si pudieron los demonios en otro tiempo mostrar a los que habían engañado algunos fantasmas, eso sucedió cuando la fuente de la luz aún no se había divulgado. Y en ese tiempo, tanto por otros engaños como por los sacrificios mismos, quedó de manifiesto que esas apariciones eran obra del demonio. Porque eso de que ordenara manchar con sangre humana sus altares y ordenara a los padres que tales víctimas le prepararan, eso ¿qué género de locura no sobrepasa? Porque ellos que nunca se sacian con nuestras desventuras ni ponen nunca término a la guerra que tienen contra nosotros, como si no les bastara para saciar su odio con que las mujeres y los niños fueran inmola dos en sus aras, en vez de los bueyes y las ovejas, inventaron aquel nuevo género de homicidio malvado, y metieron la costumbre inaudita de semejante calamidad.

Y a quienes era conveniente que lloraran la muerte de los asesinados, a éstos los persuadieron a que se ofrecieran a padecer tan mísera matanza; y con tal que no se violaran las leyes suyas, impuestas después por los hombres, destruyeron a fondo las leyes puestas por la misma naturaleza, y procuraron que la naturaleza luchara contra sí misma, e instituyeron entre los hombres la más malvada de todas las muertes. Ya que entonces a ningún enemigo temía nadie más que a sus propios padres. Y precisamente a aquellos en quienes más debían confiar, a éstos, antes que a nadie, los aborrecían y los tenían por sospechosos.

Esto hicieron, porque los nefandos demonios, por aquellas cosas por las cuales había llevado Dios al conocimiento de este universo, o sea por la vida, precisamente por ellas procuraba arrebatarles este don, constituyendo autores de la muerte a los mismos que habían sido los autores de la vida; como si con esto declararan que nada habían recibido de la benignidad de Dios, ya que no necesitaban de otros asesinos que de sus mismos padres. A tales procedimientos, aunque de verdad los hubiera acompañado algún milagro grande (pues no quiero mencionar los pequeños que se mostraron y de ningún valor y llenos de muchas falacias); pues aunque de verdad hubiéranse efectuado grandes milagros, ya lo que acabo de decir podía demostrar, a lo menos a quienes tengan sano el entendimiento, quién era el que tales cosas hacía, cuan malvado, cuan perverso, y que no dejaba cosa por hacer para derrocarnos de nuestro estado.(2)

(2) Algún tanto alambicada parece la argumentación. El razonamiento se apoya en una concesión hecha al adversario de algo imposible para mejor deducir la verdad de lo que queremos probar: se le concede que podría quizá darse el caso de que a los sacrificios humanos acompañara alguna demostración milagrosa. Y se argumenta que aun concediendo eso, que de suyo es falso, el solo hecho de los sacrificios humanos basta para demostrar que la religión que los ordene es del demonio.

Nada semejante a eso nos impuso nuestro Señor Jesús; sino que siendo admirable en sus prodigios, y no menos admirable por sus preceptos que por sus prodigios, merece que se le adore y se le crea como a Dios, de parte de todos. Porque, desde luego, esa impiedad que he mencionado El la destruyó con su venida. Y lo que es más admirable aún: libró de aquella feroz y cruel tiranía no solamente a nosotros que lo adoramos, sino también a aquellos que con blasfemias lo acometen. Porque en adelante, ninguno de los gentiles se

ha visto obligado a ofrecer semejantes víctimas a sus demonios: ¡tan grande benignidad desplegó Jesús para con nuestro linaje, de manera que proporcionó Dios a sus enemigos mayores bienes que no males los demonios a sus amigos que los adoraban!

Porque los demonios obligaron a quienes los adoraban y servían a que les inmolaran a sus propios hijos, mientras que Cristo procuró librar a sus propios adversarios de semejantes mandatos; y no solamente procuró a sus discípulos la inmunidad de aquel feroz ministerio y esta paz admirable que ahora tenemos, sino que la dio también a los que le eran extraños. Manifestó de esta manera que aquellos tiranos eran enemigos y destructores de todo nuestro linaje, puesto que ellos abusaban como de gente extraña aun de aquellos que los seguían, porque en realidad les eran extraños. En cambio Jesús era Rey, Criador y Salvador de todo el género humano, por lo cual perdonó a los extraños como si fueran suyos propios.

La naturaleza humana era obra propia suya, como dijo uno de sus discípulos: ¡Vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron! 3 Pero no es propio de la ocasión presente referir toda su clemencia para con nosotros. Más aún: aunque alguno hablara durante siglos acerca de ella, y aun cuando tuviera tan grande poder, como es justo que lo tengan aquellas incorpóreas Potestades y Virtudes de allá arriba, ni aun así podría dignamente tratarla. ¡Cuan bueno sea Dios solamente El lo conoce, porque solamente El es así de bondadoso! ¡Ve, pues, ahora, las palabras que dice a los discípulos! ¡En verdad, en verdad os digo: el que cree en Mí, hará las obras que Yo hago y otras mayores que éstas! ¡No les hubiera conferido tan grande honor si no estuviera dotado de tan grande bondad!

Juan, I. 11.

Y si alguno, movido por la duda, nos preguntara cuándo tuvo su cumplimiento este oráculo, con tal que tome el Libro cuyo título es Hechos de los Apóstoles (aunque no son los de todos, sino los de uno o dos de ellos, y de éstos apenas si narran unos pocos hechos), verá cómo los enfermos yacían en sus lechos, y cómo las sombras de aquellos bienaventurados, con sólo el contacto les daban la salud, y cómo muchos, posesos y furiosos, quedaban libres —con sólo el contacto de los vestidos de Pablo— del demonio que los estrujaba. Y si alguno dijera que todo eso era ficción y engaño y milagros hechizos e increíbles, bastará con los milagros que actualmente suceden para cerrar su boca blasfema y hacer enmudecer su lengua desenfrenada.

Porque no hay región alguna en el orbe de la tierra, ni ciudad alguna en donde no se exalten estos milagros: ¡ciertamente, si fueran ficciones no serían así admirados y celebrados! Y de esto vosotros mismos podéis dar testimonio. Porque no necesitamos ir a buscar en otra parte el que se nos dé fe ni otros testimonios, puesto que vosotros mismos, nuestros enemigos, lo demostráis. ¿Por qué, pregunto yo, muchos no conocen a aquel Zoroastro ni a aquel Zamolxis ni aun de nombre, y más aún son poquísimos los que saben que existieron? \* ¿Acaso no es porque las cosas que de ellos se contaban eran puras ficciones? ¡Y que se afirme que fueron varones graves y de peso, tanto ellos como los que éstas fingieron! Solamente lo fueron para encontrar y ejercitar sus prestidigitaciones, y éstos para hacer creíbles con sus discursos las mentiras de aquéllos. Aunque todo eso se cuenta en vano, puesto que el argumento mismo se demuestra ser malo y falaz; así como al revés, cuando lo que se cuenta es verdadero y cierto, en vano se traen a colación cuantas cosas inventan los enemigos para destruir la materia de lo

que se cuenta. La verdad no necesita de ningún auxilio, sino que, aunque sean millares los que se empeñan en destruirla, no solamente no queda destruida, sino que por los hechos mismos de los que la impugnan resulta más espléndida y sublimada, y ella se burla de los que de tal manera se fatigan y enloquecen.

Esos milagros nuestros, que vosotros llamáis ficciones, se empeñaron en destruirlos los tiranos y los reyes y los sofistas irrefutables en sus discursos y los filósofos y los magos y los prestidigitadores y los demonios. Pero, según las palabras del Profeta: Su lengua se vuelve contra ellos; ° y sus heridas se parecen a las de saetas de niños.<sup>1</sup> Porque los reyes sacaron tanto provecho de las asechanzas que nos tendieron cuanta era suficiente para demostrar sus instintos de fiera, y cobrar esa fama delante de los hombres. Por su ira contra los mártires, mientras se enfurecían contra la común naturaleza, imprudentemente se volvieron objeto de infinitos oprobios. Y los filósofos y los agudos retóricos, que tenían delante de muchos fama de probidad unos, de elocuencia otros, una vez que emprendieron la lucha contra nosotros, cayeron en el ridículo y en nada se diferenciaron de los niños que andan jugando.

(4) Cuanto a estos dos grandes hombres que cita el santo, baste con decir que a Zoroastro se le tenía como el inventor de las artes mágicas y se decía de él que el mismo día en que nació ya se rió: así lo referían Plinio, Eusebio y Suidas. Cuanto a Zamolxis, era un discípulo de Pitágoras al cual los tracios lo tomaron por Cronos, según refiere Herodoto (Lib. IV).

(5) Salmo LXIII, 9.

Porque ellos, de tan grandes multitudes de pueblos no pudieron atraer a su parecer a ninguno ni sabio ni idiota, ni varón ni mujer ni párvulo. Al revés, sus escritos hasta tal punto son dignos de risa, que de sus libros unos ya desaparecieron y otros apenas son leídos o ya fueron destruidos; y si algo queda de éstos es entre los cristianos donde se conserva: ¡tan lejos estamos de que con sus asechanzas sospechemos que nos han de hacer algún daño! ¡Tanto nos burlamos de sus astutas acometidas contra nosotros! Si nosotros tuviéramos cuerpos de diamante e incorruptibles, para nada temeríamos coger en nuestra mano los escorpiones y las serpientes y el fuego, sino que más bien los cogeríamos por ostentación. Pues del mismo modo, una vez que Cristo nos ha proporcionado tan grandes ánimos y una fe tan firme, no tememos los venenos de los enemigos que con nosotros guardamos. Puesto que si se nos ha ordenado que caminemos por sobre las serpientes y los escorpiones y por encima de toda la tiranía de los demonios, mucho más caminaremos por sobre los gusanos y las lombrices: ¡tan grande distancia hay entre el daño de éstos y las malignas asechanzas del demonio!

¡Esto sea dicho por lo que mira a nuestras cosas! Por lo que hace a las vuestras, en cambio, nadie jamás las ha impugnado ni perseguido. Porque no es lícito a los cristianos destruir el error mediante la violencia y la opresión, sino mediante la persuasión y la palabra y la mansedumbre: así es como se ha de procurar la salvación de los hombres. Por esto, ninguno de los emperadores cristianos dio contra vosotros nunca decretos semejantes a los que contra nosotros dieron los que adoraban a los demonios. Y con todo, el error de los gentiles, a pesar de tener tan grande paz y de no ser perseguido nunca por nadie, él por sí solo se fue extinguiendo y se desplomó, a la manera de los cuerpos que, podridos por una enfermedad continua, se disuelven por sí mismos y perecen.

\* Ibid., 8.

De manera que, aunque esta satánica burla no se ha extirpado aún de toda la tierra, pero los sucesos ya realizados son suficientes para confirmarnos en la fe de los que luego vendrán. Porque, una vez que se ha derruido la mayor parte de ellos en breve tiempo, ciertamente que nadie moverá en adelante controversia sobre lo que falta por deruir. Pues, si alguno observa que una ciudad ha sido capturada y sus muros abatidos y sus palacios y teatros incendiados, lo mismo que sus calles, y que han muerto todos cuantos se hallaban en la edad florida; si alguno observa los pórticos a medio quemar, y que apenas quedan en pie algunas partes de unas pocas casas, y en ellas algunas mujeres ya ancianas y niños; ese tal en forma alguna puede temer que el vencedor, que ha llevado a cabo ya lo más difícil de la empresa, no pueda consumir lo que de ella le falta.

En cambio, la obra de los Pescadores no va por esos caminos, sino que cada día florece más y más; y no ciertamente a través de una suave planicie hasta llegar a nuestros días, sino a través de trabajos, de guerras y de batallas. Porque la gentilidad, como por estar extendida por toda la tierra, hubiera llenado los ánimos de todos los hombres mediante una grande fortaleza y desarrollo, al fin fue desarraigada por la virtud de Cristo. En cambio, nuestra predicación no comenzó a tener sus enemigos al punto en que ya estaba propagada por todas partes y firmemente arraigada, sino que desde antes de que se afianzara y arraigara en los ánimos de los oyentes, desde sus principios mismos, se vio obligada a presentar batalla contra todo el orbe de la tierra: Contra los príncipes y contra las potestades y contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal.<sup>7</sup>

Cuando aún no estaba bien inflamada la centella de la fe, ya se echaban sobre ella de todos lados los ríos y los abismos. Y bien sabéis que no es lo mismo arrancar una planta que ya desde innúmeros años ha echado raíces que otra que apenas ha sido plantada. Pues, en aquella situación, y cuando la centella de la piedad aún era pequeña, como dije, se echó encima, como una inundación, un piélago de enemigos; y con todo, en vez de extinguirse ella, se hizo mayor y más resplandeciente; de manera que lo penetraba y consumía todo rápidamente, y devastaba todo lo de sus adversarios, en tanto que ella se levantaba por los aires a maravillosas alturas, a pesar de que la fomentaban varones de ningún valor ni gloria. Porque esto no lo obraban las palabras y milagros de los Pescadores, sino la virtud de Cristo que en ellos obraba.

Efes., VI, 12.

Puesto que de entre ellos, los que tales maravillas llevaban a cabo, uno, Pablo, era fabricante de tiendas; el otro, Pedro, era un pescador. Y a tan débiles hombres jamás les habría venido al pensamiento una tan enorme empresa que llevar a cabo, a no ser que alguno los tenga por locos y mentecatos. Pero que no eran locos está claro por lo que lograron con sus palabras, así como también por los que ahora los siguen y los obedecen. ¡Jamás ellos de por sí habrían mentido ni fingido tales cosas, ni se habrían vanagloriado ni jactado de ellas! Pues, como al principio dije, el que quiere engañar miente ciertamente, pero no miente de tal manera que todos lo puedan en seguida coger en mentira. Porque si después de que acontecieron esas cosas y tanto testificaron su verdad, así de los que en aquellos tiempos creyeron como también de los que después en todas partes las celebraron, no solamente entre nosotros sino aun entre los bárbaros y entre quienes son más feroces que los mismos bárbaros, todavía quedan algunos que

tras de tantas maravillas y por decirlo así tras del testimonio de todo, el orbe, no creen en ellas, y muchos de éstos, sin siquiera examinarlas y sin que preceda investigación ninguna las niegan, ¿quién, allá en los comienzos, antes de ver todos estos acontecimientos, y no resguardado por ningún testimonio digno de fe, habría recibido la fe? ¿Qué es lo que en esas circunstancias podía haberlos inducido a fabricar semejante ficticia urdimbre?

Porque no tenían ellos confianza en el poder de su palabra (ni cómo hubiera sido esto posible cuando uno de ellos ni siquiera conocía las letras en absoluto); ni tampoco se fiaban de la abundancia de sus riquezas ¡ellos que a duras penas tenían lo necesario para comer y tenían que vivir del diario quehacer!; ni se podían gloriarse del esplendor de su linaje ya que de uno de ellos ni siquiera conocemos el nombre de su padre, tan oscuro y desconocido era, y de Pedro conocemos cierto al padre, pero él no aventaja al otro sino en que la Escritura lo nombra, y esto por razón de su hijo. Y si alguno quisiera explorar su patria y su linaje, encontrará que el uno era de Cilicia y el otro natural de una ciudad vulgar, o por mejor decir de un pueblecillo de ínfima categoría. Porque era aquel bienaventurado varón de Betsaida, pueblecillo de este nombre en Galilea. Y si alguno atiende a sus habilidades no encontrará cosa digna de honra ni grande. Porque ciertamente el ser constructor de tiendas de campaña era todavía más honroso que el ser pescador, pero con todo era más vil que cualquiera otra de las profesiones. ¿De dónde, pues, de dónde, pregunto, habrían podido atreverse a ser comediantes de una tan grande empresa? ¿en qué esperanza levantados? ¿en quién confiados? ¿Acaso en las cañas y en los anzuelos? ¿acaso en las tijeras y en el aparejo de las barcas? ¡Oh locos! ¿no os estrangularéis vosotros mismos? ¿no os arrojaréis a un precipicio al salir así a tan alta empresa y expuestos a tan desemejante locura?

Supongamos, si os place, que lo imposible fuera una realidad posible, y que el que partió del lago diga: la sombra de mi cuerpo ha resucitado a los muertos; y que el que salió del taller de fabricar tiendas de campaña se jacte de lo mismo respecto de sus vestidos. ¿Cuál de los oyentes era tan loco como para dar fe a tan grandes cosas únicamente por sus simples palabras? Porque en ese tiempo ningún artesano dijo de sí semejante cosa ni otro la dijo de él. Y eso que si nuestras cosas fueran puras ficciones era verosímil que los que luego vinieran con mayor facilidad mintieran acerca de todo esto. Porque los primeros no podían tener esperanza de que la mentira tuviera buen suceso, apoyándose para esperarlo en el ejemplo de sus predecesores, mientras que los que siguieron, mirando a los anteriores, se habrían atrevido al fingimiento con mayor facilidad, a causa del ejemplo de sus antecesores que daría confianza a los sucesores. ¡Como si todos hubieran estado locos y fueran unos mentecatos y en todo el orbe de la tierra no hubiera habido uno solo sano de mente, en tal forma que a cualquiera le fuera lícito decir de sí mismo lo que se le antojara, y eso lo persuadiera a los demás!

¡Burlas son en verdad, y cosas de risa, las palabras necias de los gentiles! Porque del mismo modo que si alguno quisiera alcanzar el cielo con sus saetas y lo hubiera desgarrado con ellas, o quisiera agotar el océano, como si pudiera con las manos vaciarlo, no habría ninguno de entre los más cultivados de las ciudades que no se le riera, ni ninguno de entre los más serios que no se condoliera de aquello derramando lágrimas, así también, cuando los gentiles nos contradicen, lo propio es o reírse de ellos o llorarlos. Porque intentan algo más difícil que quien espera horadar el cielo y vaciar completamente el abismo de los mares. ¡La luz jamás será oscura mientras sea luz, y del mismo modo nuestra doctrina jamás podrá ser refutada, porque es la verdad y nada hay

más fuerte que la verdad!

Entonces, cualquiera que no esté loco ni falto de seso, confesará que aquellas cosas antiguas que oímos no son menos creíbles que las que ahora vemos presentes. Con todo, para lograr una más completa victoria, vamos a referir un caso sucedido en nuestros tiempos y ciertamente admirable. Y a fin de que no os perturbéis si os prometo contaros un milagro realizado en nuestros días, comenzaré por una historia antigua. Pero no me afianzaré en sola ella ni tomaré para una nueva narración cosas antiguas y ajenas de la materia. Porque ambas historias están perfectamente ensambladas y no es posible separar su juntura, como lo echaréis de ver, una vez que las oigáis.

Hubo un emperador, en el tiempo de nuestros antepasados, del cual no acertaré a decir cómo se comportaba en las demás cosas; pero, una vez que hayáis escuchado el crimen a que se atrevió, ya por ahí podréis deducir la ferocidad de sus costumbres en lo demás. ¿Cuál fue ese crimen? Como hubiera estallado una guerra, pareció a los que contra él peleaban acabar con las hostilidades y poner fin a las mutuas matanzas y hacer las paces y aplacar los terrores y quitar los peligros y limitarse cada cual a sus propios asuntos y no ambicionar mayores posesiones. Porque era mejor gozar de medianos bienes sin temor, que no anhelar otros mayores viviendo continuamente en miedos y zozobras, y mientras se causaban daños a los enemigos, sufrirlos ellos a su vez.

Como hubieran pues determinado hacer del todo a un lado la guerra y pasar la vida en paz, se pensó en confirmar mediante un pacto y unas condiciones legales dicha paz. Entonces, tras de celebrar los tratados y haber dado y recibido los correspondientes juramentos, se empeñaron los del partido del rey en persuadir al otro rey que a su hijo, que era aún muy niño, lo entregara a los que anteriormente eran sus enemigos, como una sólida prenda de paz, y que esto podría darles plena confianza y al mismo tiempo podría ser un testimonio de la sinceridad de su propósito, es decir de que había hecho sin dolo las paces con ellos.

Persuadido el otro rey con sus discursos, convino en entregarles a su hijo; según él pensaba a sus amigos y socios y confederados, pero, según lo demostró el éxito último del asunto, a una bestia la más feroz de todas las feroces. Porque este rey, una vez que recibió al niño regió conforme a las leyes de la amistad y de la alianza, conculcó y pisoteó todas las leyes juntamente: los juramentos, los pactos, el respeto a los hombres y a la piedad con Dios y aun la conmiseración debida a la edad de aquel niño. Ni doblegó a aquella bestia la juventud; ni los castigos que a tales crímenes suelen seguirse apartaron del crimen a aquel hombre cruel; ni trajo a su memoria las palabras del padre que le había entregado al niño, palabras que le había dicho al ponerlo en sus manos rogándole al mismo tiempo que mucho cuidara de él y que a él lo constituía padre de su niño, como si fuera de verdad su hijo, y suplicándole igualmente que lo alimentara y educara como a tal, y lo hiciera digno de la nobleza de sus mayores. De manera que con estas palabras puso al niño y unió la diestra del pequeño con la diestra del asesino, y así se separó cubierto de lágrimas.

Nada de todo eso recordó aquel malvado, ni le dio peso en su ánimo; sino que, habiendo hecho a un lado todo eso, cometió el asesinato más brutal de todos los asesinatos. Porque este crimen es más atroz que dar la muerte al propio hijo, ¡A vosotros os pongo por testigos! Porque sin duda no os habríais dolido tanto, si es que por mi afecto puedo medir el vuestro, si hubierais oído decir que aquel hombre había dado muerte a su

propio hijo. Porque en este caso podría decirse que juntamente con la ley humana se había quebrantado la ley natural. Pero en aquel otro caso concurrieron a la vez tantas circunstancias que por su multitud parecen más graves que la misma ley natural. Pues cuantas veces considero dentro de mí a aquel niño que no había cometido injusticia ninguna, entregado por su padre, extraído de los palacios de sus mayores, que había cambiado el bienestar doméstico, la gloria y el honor por una educación extraña, y todo para que aquel criminal pudiera fiarse de los pactos celebrados; y lo veo luego odiado de éste y privado del esplendor de su casa paterna en gracia de este rey, y finalmente degollado por el mismo rey, me siento como poseído de sentimientos contrarios: al mismo tiempo con el ánimo enternecido y a la vez inflamado, de donde nacen, de lo primero la tristeza y de lo segundo la ira.

Cuando pienso en aquel criminal armado y que vibra la espada y coge al niño por el cuello, y maneja sobre él la espada con la mano misma con que había recibido al niño como un depósito, siento que estallo y me ahogo de ira. Y cuando miro hacia el niño temeroso y temblando y lanzando profundos gemidos y llamando a su padre y poniéndolo como causa de lo que le está sucediendo e imputando la muerte no a aquel que le iba a meter la espada por la garganta, sino a su padre propio, y y que no puede ni vengarse, ni huir, sino únicamente acusar a su padre, y veo cómo recibe el golpe y cae palpitante y golpea el pavimento con sus pies y mancha con arroyos de sangre la tierra, se me destrozan las entrañas, se me oscurece el pensamiento y se me derrama en los ojos la oscuridad de un velo de tristeza.

Pero nada de esto sufrió aquella fiera; sino que, como si fuera a degollar un cordero o un ternero, así de impasible estaba en aquella matanza. Y luego el niño, tras de recibir la herida, yacía muerto en el suelo mientras el asesino que lo había degollado se defendía del crimen queriendo con sus hechos posteriores oscurecer los anteriores. Piensa quizá alguno que voy a decir algo de su sepultura y a describir cómo el matador no dio a su víctima ni siquiera un puñado de tierra. Pero ¡no! ¡Diré algo más atroz aún! Porque una vez que manchó sus manos con la iniquidad de aquella sangre y llevó a cabo públicamente aquel nuevo modo de tragedia, como si ningún crimen hubiera cometido aquel impudente y más endurecido que las mismas piedras, se acercó a la iglesia de Dios.<sup>8</sup>

8 En vano se ha buscado quién sea este emperador al mismo tiempo cristiano y tan cruel. Alguno quiso que fuera Numeriano, pero éste ni fue cristiano ni celebró ese género de pactos con ningún rey bárbaro. Otros piensan que la historia narrada por el Crisóstomo, y que va a utilizar largamente en este Discurso o Libro, se refiere al emperador Filipo. Este dio muerte a Gordiano Augusto con el objeto de obtener el reino; y una vez que lo obtuvo por tan mal camino, se presentó en Antioquía al tiempo de la Pascua y quiso participar en los divinos misterios. Pero se decía que San Babylas lo rechazó y le ordenó ir al sitio de los penitentes, cosa que el emperador hizo con toda humildad, y tras de confesar sus pecados fue recibido en el santuario. Eusebio lo cuenta pero como cosa oída de otros y no comprobada por él. Montfaucon cree que de esta historia nació entre el pueblo la otra en la forma en que la presenta el Crisóstomo. Por lo demás es necesario tener en cuenta que este Libro o Discurso lo escribió, según todas las apariencias, en 382, o sea cuando estaba el santo viviendo entre los monjes en una de las montañas de Antioquía. Es por lo mismo uno de sus primeros escritos y un como ensayo en donde aún aparecen con demasiada evidencia y amplitud todas las artes de los retóricos que él había estudiado. Sin tiempo ni oportunidad para dedicarse a examinar

las hablillas populares, las aprovechó para combatir a los gentiles, o más propiamente los modos de pensar y proceder de Juliano el Apóstata, al cual se le está viendo a través de todo el discurso aunque el santo no lo nombre. Finalmente, lo dicho explica también el estilo del Libro que desdice mucho del estilo posterior del Crisóstomo, dedicado en absoluto a las almas. Si de sus tratados primeros pudo decir Dom Ceillier que "el estilo florido y las citas frecuentes de ejemplo tomados de autores paganos que en ellos se encuentran, no permiten dudar de que san Crisóstomo los escribiera siendo todavía joven" (véase la Introd., n. 9), con mucha mayor razón hay que decir esto acerca del presente ensayo que tanto resabio tiene de escolar.

Se admirarán algunos de que no haya sido herido por un golpe bajado del cielo quien a tales cosas se atrevió, y de por qué Dios no lo abrasó con un rayo del cielo, para que antes que entrara en la iglesia, ardiera aquella cara desvergonzada con el fuego del rayo. Pero yo, si es que estos pensamientos han venido al ánimo de algunos, los alabo y admiro su fervor. Con todo, creo que falta mucho para darles una perfecta alabanza y admiración. Porque por una parte se han conmovido con una justa indignación tanto a causa del niño degollado como por las leyes de Dios tan temerariamente violadas. Pero llevados del ardor de su ira no atendieron suficientemente a todo lo que se necesitaba: porque hay en los cielos una ley muy superior a esta forma de justicia.

¿Cuál es esa ley? ¡La de no castigar inmediatamente al pecador, sino dar al delincuente tiempo y espera para que pueda echar de sí el delito, y mediante la penitencia igualarse con los otros que en nada pecaron. Y esto demostró en aquel malvado entonces Dios. Pero, con todo, aquél en nada se aprovechó y permaneció sin enmienda. Mas como Dios sea benigno, ni aun así abandonó a aquel rey ni dejó de hacer cuanto estaba de su parte, sino que como a enfermo lo visitó y procuró el restablecimiento de su salud. Solamente que aquél no quiso ya tomar la medicina, sino que al médico mismo que se le había enviado para curarlo le dio muerte. Y la medicina y el modo de aplicarla fue el siguiente.

Al mismo tiempo en que se llevaba a cabo aquel drama y crimen enorme y miserando, había un varón eximio y admirable, si es que se le ha de llamar varón y no ángel, el cual cuidaba de este rebaño y su nombre era Babylas. Este, pues, a quien por la gracia del Espíritu Santo se había confiado esta iglesia, no diré que se aventajaba a Elias ni a Juan, para no decir algo que pueda molestar; pero con todo, hasta tal punto se les acercó que en nada era inferior a aquellos generosos varones. Porque no a un tetrarca de pocas ciudades, ni al rey de una sola nación, sino al que gobernaba la mayor parte del orbe, es decir a aquel rey sanguinario que mandaba sobre muchas ciudades y gentes sin número, con un ejército copioso, y que en todos sentidos era temido, así por la grandeza de su poder como por la ferocidad de sus costumbres; a ese, como si fuera un vil esclavo y de ninguna estimación, lo echó de la iglesia con fortaleza tanta y tanta constancia, con cuanta un pastor aparta de su grey una oveja enferma y roñosa, e impide de ese modo que la enfermedad inficione al resto del rebaño.

Y esto lo llevó a cabo, para confirmar la palabra del Salvador que dice no ser siervo sino quien comete el pecado, aunque lleve en la cabeza infinitas coronas y aunque parezca mandar a todos los hombres de todo el universo; mientras que aquel que no tiene conciencia de pecado, aunque está colocado entre los subditos, se ha de estimar que es más rey que todos los reyes. Ordenó, pues, al punto el subdito al emperador, e hizo juicio del que a todos dominaba y dio sentencia de condenación. Pero tú, cuando esto



oyes no lo pases de corrida. Porque ya esto sólo de que un subdito cualquiera ha echado del vestíbulo de la iglesia a un emperador basta para despertar el ánimo de los oyentes e impresionarlo.

Y, si quieres conocer el milagro en su integridad y cuidadosamente, no te quedes en las simples palabras, sino pesa en tu interior el acompañamiento de guardias, los soldados de escudo, los tribunos, los jefes que son alimentados en el palacio, los que están al frente de las ciudades, el fausto de los que van delante del rey, la multitud de los que le siguen y de los que van abriendo paso, y finalmente todo el conjunto de siervos. Y luego, en medio de todos, considera al emperador que va entrando con inmensa pompa y que por sus vestiduras parece aún más digno de honra, lo mismo que por la púrpura y las piedras preciosas de que lleva salpicada la diestra hasta el arranque del manto, y finalmente por la diadema en donde ellas resplandecen también desde su cabeza.

Y no te detengas aún en esta imagen, sino extiende tu imaginación hasta el siervo de Dios, Babylos, y a su hábito humilde, y a su vestido vulgar y a su ánimo contrito y a sus pensamientos del todo ajenos a la audacia. Y una vez que los hayas imaginado a .ambos y los hayas comparado, entonces conocerás bien la alteza de aquel hecho maravilloso. Pero, ¡no! ¡ni aun así comprenderás su totalidad! Porque las palabras no pueden representar ni aquella libertad en el hablar, ni las voces, ni la presencia, sino solamente el verlas en acción. Y cuanto a la serenidad de su ánimo, solamente puede bien conocerla quien, como él, haya alcanzado el culmen de la confianza y de la franqueza. ¿Cómo se acercó aquel anciano? ¿cómo atravesó por entre los soldados? ¿cómo abrió su boca? ¿cómo habló? ¿cómo corrigió al emperador? ¿cómo llevó su diestra hasta aquel pecho hinchado aún y caliente con la matanza? ¿cómo rechazó a aquel homicida? ¡Ninguno de los crímenes cometidos por el rey lo aterrizó ni lo apartó de su propósito!

¡Oh ánimo impertérrito! ¡oh mente sublime! ¡oh pecho celestial ! ¡oh constancia de ángel! ¡Porque como si solamente estuviera viendo pintada en la pared aquella pompa, así lo llevó todo a cabo aquel generoso varón! ¡Imbuido estaba en aquellos divinos principios, de que las cosas de este mundo son sombra y sueño y aun menos y más vanas que éstos! Por esto nada de ellas lo aterrizó, sino más bien todas ellas lo llenaron de confianza. Porque la vista de todas aquellas cosas, elevaba su mente al Rey de allá arriba, que se asienta sobre los Querubines y contempla los abismos; al trono aquel glorioso y excelso, al ejército celeste, a las miríadas de ángeles, a los miles de arcángeles, al tribunal aquel tremendo, al juicio en donde no hay acepción de personas, al torrente de fuego, al Juez mismo.

Y por esto, levantándose todo desde la tierra al cielo, como si se encontrara presente y delante de aquel Juez, y lo oyera mandarle echar del rebaño sagrado al nefario asesino y criminal, así lo apartó y lo segregó del resto de las ovejas, sin atender a cosa alguna de las que parecían temerosas; y así, rechazándolo varonilmente, favoreció generosamente las leyes de Dios que habían sido violadas. ¡Y cuánta debió ser la libertad que para con los otros usó! Porque, quien al emperador le salió al paso con tanto poder ¿a cuál de los demás iba a temer? ¡Por mi parte opino, o mejor dicho estoy persuadido de que aquel varón nunca hizo ni dijo cosa alguna movido por el deseo de' agradar o por el odio; sino que útilmente y con toda fortaleza resistió al temor y a la adulación, que es aún más fuerte que el temor, y a otras cosas semejantes que abundan entre los hombres; y que ni en un ápice pervirtió el recto juicio. Porque si el traje de un hombre, el modo de enseñar los dientes cuando ríe, la forma de mover los pies cuando camina, son argumentos de

sus costumbres, mucho más pueden sus hechos preclaros manifestar con cuánta virtud ha vivido en el resto de su vida. Porque no es solamente admirable por su valentía, sino por haberla llevado a un grado tan alto y porque no la dejó que se propasara más allá de lo debido.

¡Tal es la sabiduría en Cristo! ¡no permite excederse en el combate, sino que hace en todo guardar la moderación! Por cierto que este varón hubiera podido propasarse, si hubiera querido. Porque a quien había ya pospuesto toda preocupación de vivir (ya que ni siquiera se habría acercado al emperador si de antemano no se hubiera armado con este pensamiento) a ese tal le era ya posible hacer cuanto quisiera, hasta llenar de ultrajes al emperador, y quitarle la diadema de la cabeza, y golpearlo con sus puños en la boca cuando llevó su diestra al pecho. Pero nada de eso hizo: porque tenía el alma adobada con la sal espiritual de la moderación. Y por este motivo, nada hizo que no fuera razonable ni en vano, sino que en todo procedió conforme al recto juicio de la sana razón.

No proceden así los sabios de entre los gentiles; los cuales jamás mantienen la moderación, sino que en todas partes, por así decirlo, ostentan su audacia en el hablar y en el proceder, y van o más allá o más acá de lo que es conveniente. De manera

que nunca quedan con fama de fortaleza, sino de dejarse llevar de afectos no razonables; y así delante de todos, se les convence o de arrogancia y vana gloria cuando se exceden, o de miedo cuando se quedan atrás. ¡No fue así aquel bienaventurado varón! Porque él no hacía lo primero que inconsideradamente se le ocurría al pensamiento; sino que una vez examinadas cuidadosamente las cosas todas, y temperados sus pensares conforme a las leyes divinas, entonces las llevaba a efecto. Por esto mismo no hizo un corte superficial, a fin de que no quedara en el cuerpo la mayor parte del miembro inficionado, ni cortó más profundamente de lo que convenía, para no ir a echar a perder la salud a causa del corte; sino que atemperando la herida con la enfermedad, así usó de la medicina del modo más excelente.

Por esto, yo diría confiadamente que él estuvo limpio de la ira, de la desidia y de la arrogancia, del deseo de la vana gloria, del odio, del miedo y de la adulación. Y, si se puede usar de una paradoja, diremos que no nos admiramos tanto de este bienaventurado varón que se atrevió a reprimir el furor del emperador, como de que haya bien advertido en qué grado convenía hacer lo que hizo, y de que no haya hecho ni dicho más de lo que convenía. Y que esto sea más de admirar que no lo otro, se ve porque hay muchos que hicieron lo primero pero que no pudieron llegar a lo segundo. Con frecuencia, muchos pueden hablar con libertad; pero el hacerlo a su tiempo debido y con el modo oportuno, y con moderación y prudencia, esto sólo es propio de los ánimos grandes y admirables.

Con libertad grande acometió Semeí con injurias al bienaventurado David y lo llamó varón de sangre y homicida. Pero a esto yo no lo llamaría libertad de hablar, sino más bien intemperancia de la lengua, y audacia, y contumacia, y arrogancia, y cualquier otra cosa, menos libertad. Porque yo pienso que es propio de aquel que ha de reprender, el abstenerse sobre todo de la audacia y de la arrogancia, y mostrar su fuerza únicamente con la naturaleza de sus palabras y gestos. Así los médicos, cuando se hace necesario cortar un miembro podrido y comprimir los hinchados, no se entregan a la curación encendidos en ira, sino que entonces sobre todo procuran mantener sus pensamientos en

la conveniente moderación a fin de que no vaya a dañar a su arte la perturbación de su ánimo. Pues, si el que quiere curar el cuerpo necesita de tan grande tranquilidad de ánimo, ¿qué ha de hacer, pregunto, y qué debemos determinar del médico de las almas, y cuánta mayor moderación requeriremos en él? ¡Mucha mayor ciertamente! ¡tanta cuanto ostentó aquel mártir!

Porque éste, de tal manera rechazó al rey miserable de aquel sagrado recinto que nos dejó cierto término y regla conforme a la cual procedamos, con la debida proporción, en todas las cosas que debemos hacer. Parece que en aquella ocasión, no se llevó a cabo sino solamente una obra buena; pero si alguno la examina cuidadosamente y la considera, encontrará una segunda y una tercera ahí contenidas, y en fin, un grande tesoro de utilidades. Porque ciertamente, el que entonces era rechazado era solamente uno, pero los que de ahí sacaron ganancia fueron muchos. Pues en todo su imperio, que abarcaba la mayor parte del orbe, cuantos incrédulos había todos se admiraron y quedaron suspensos, al ver cuánta libertad en el hablar había dado Cristo a sus siervos, y se burlaron de la servidumbre propia, nada generosa y sí muy vil; y vieron cuan grande diferencia había entre la nobleza de los cristianos y la bajeza de los gentiles.

Porque entre ellos, los que tienen a su cargo las cosas sagradas, más que a sus señores y a sus ídolos sirven a los emperadores; de manera que por miedo de éstos se encuentran sentados junto a los simulacros, hasta el punto de que los demonios perversos agradecen a los emperadores los honores que a ellos se les tributan. Y por esto, en cuanto alguno es constituido emperador y no concuerda en religión con ellos, si alguno entra en los templos de los ídolos, observará a cada paso tendidas por los muros las telarañas y la estatua del ídolo tan llena de polvo que no se le alcanzan a distinguir ni la nariz, ni los ojos, ni otra alguna parte de su rostro, y que de los altares apenas quedan los restos, por estar derribada la mayor parte de ellos, y que están tan llenos de abundante hierba por todos lados que quien no sepa que se trata de altares pensará que son simples montones de estiércol.

Y la causa de todo eso es la que anteriormente dije: con otros emperadores podían robar y llenar el vientre mediante el culto de sus estatuas; mientras que ahora ¿por qué motivo se han de molestar? Puesto que aun permaneciendo al lado de ellas y consumiéndose en cuidarlas, no esperan de ellas ni el menor premio, pues son simples piedras y leños, y lo que los empujaba a simular el culto suyo era el honor que los emperadores les hacían. Por eso, cuando los emperadores son prudentes y adoran al Hijo de Dios, también a los sacerdotes de los ídolos se les acaba ese honor.

No se tienen así nuestras cosas, sino de un modo enteramente distinto y contrario. Porque cuando sube al trono imperial alguno que tiene la misma religión que nosotros, entonces las cosas de los cristianos se tornan más descuidadas: ¡tan lejos están de florecer con los honores! Pero cuando algún impío y que del todo nos aborrece y nos causa infinitos males toma el imperio, entonces florece el cristianismo y se torna más espléndido; entonces es el tiempo de los trofeos, de las coronas, de las alabanzas, y es la ocasión de mostrar la fortaleza. Y si alguno dijera que aun ahora hay ciudades en donde se da a los ídolos un culto igual al nuestro, en primer lugar son muy pocas las que de éstas pueden contarse, pero a pesar de todo ni aun así harán vanas mis palabras, porque permanece mi supuesto, ya que en ellas en vez del emperador tienen a los ciudadanos que les proporcionan iguales honores.

Y la base de semejante culto son la crápula y los banquetes así de día como de noche, y las flautas y los tímpanos, y la impudentísima libertad de hablar de cosas torpes y de hacer obras más torpes aún, y de repletarse de vino y de alimentos hasta reventar, y de proceder con absoluto desarreglo y resbalar hasta la más fea locura: ¡esos despilfarras vergonzosos sostienen aún y continúan el error que se bambolea! Porque los más opulentos reúnen a los que andan consumidos por el hambre y la pereza y los tienen en el mismo grado que a los parásitos y a los perros alimentados debajo de las mesas; éstos hinchén sus vientres con las sobras de los inicuos banquetes, sin la menor vergüenza, y así aquellos los administran como les da su gana. Nosotros en cambio, los que nos apartamos de vuestras necesidades e iniquidades, no alimentamos gratis a quienes se mueren de hambre a causa de su pereza, sino que les aconsejamos que se pongan a trabajar a fin de que así consigan su propio sustento y aun ayuden a otros. A los que tienen sus miembros mutilados concedemos que reciban de quienes lo pueden suministrar pero solamente el alimento necesario: la crápula, la embriaguez y toda esa otra locura y torpeza, están prohibidas entre nosotros, y en lugar de esas cosas están ordenadas la madurez, la castidad, la justicia, lo honorable, la virtud y la mutua alabanza.

Las demás cosas de que se jactan los gentiles respecto de sus filósofos, sólo demuestran vanagloria, audacia y obras propias de un ánimo pueril. Acá entre nosotros, nadie se ha encerrado en un tonel, ni ha andado rodeando por el foro con vestidos de telas desgarradas. Porque estas cosas, aunque parezcan admirables y lleven consigo muchos trabajos y molestias, no son dignas de alabanza. Y es astucia propia del demonio el sobrecargar a quienes le sirven con esos trabajos que atormentan a los por él engañados y sobre todo los presentan como seres ridículos. Porque el trabajo de que no resulta utilidad ninguna, no es digno de alabanza. Aun actualmente hay cantidad de hombres perdidos y cubiertos de vicios que han hecho en público más cosas que aquel filósofo.<sup>9</sup> Porque unos se tragan agudísimos clavos, otros mastican y devoran su calzado; otros, con perversos designios, hacen cosas más propias de criminales: cosas que son en verdad mucho más admirables que el tonel y la vestidura desgarrada.<sup>10</sup>

Nosotros no aprobamos estas cosas ni aquellas otras; sino que igualmente llamamos miserables y deploramos así al filósofo aquél como a estos otros que andan exhibiendo sus asuntos portentosos. Pero me dirás que ese filósofo usó de grande libertad de hablar con el rey. ¡Examinemos, pues, esa libertad excelente de hablar, para ver si acaso ella no es más inepta aún que el maravilloso tonel! ¿Cuál fue esa libertad? Cuando el rey macedón avanzaba contra los persas, como se acercara al filósofo y le preguntara si acaso necesitaba de algo, "De nada, le dijo el filósofo, oh rey! ¡sólo te suplico que no me hagas sombra!" Porque entonces el filósofo estaba calentándose al rayo del sol. ¿No os escondéis, oh gentiles? ¿No os ocultáis? ¿no desaparecéis y os hundís bajo tierra, pues andáis pensando altamente de aquello de que más bien conviene avergonzarse? ¡Cuánto mejor hubiera sido que este filósofo, cubierto con una decente vestidura, se mostrara como hombre de trabajo y pidiera al rey algo útil, que no el estar sentado al rayo del sol, cubierto de un manto raído, a la manera de los niños de pecho, a los cuales la nodriza así coloca, con el mismo objeto de calentarlos, una vez que los ha bañado y ungido con el óleo, exactamente como el filósofo se estaba sentado, a la manera de un infeliz, y demandaba una gracia propia de cualquier viejecita!

\* La referencia a Diógenes el Cínico es manifiesta. Nació en, Sínope, ciudad del Ponto Euxino, en 413 a. C, y murió el 327. Se contaban de este filósofo una grande cantidad

de anécdotas a cual más extravagantes. Sin duda que el Crisóstomo conoció muchas de ellas, pero aprovecha únicamente la más famosa y vulgarizada.

10 Véase lo que apuntamos en la Introd., n. 2.

Pero quizá te parece admirable aquella libertad en el hablar. Pues más aún: ¡yo digo que fue prodigiosa! Porque es conveniente que el varón probo mida todos sus actos por la utilidad pública, y que de esa manera enmiende la vida de los demás. Pero pedir al rey que no le hiciera sombra ¿a qué ciudad, a qué casa, a qué hombre o a qué mujer salvó? ¡Indícame el fruto que se siguió de esa libertad de hablar! Porque nosotros sí demostramos las ventajas obtenidas con la libertad en el hablar de nuestro mártir. Y más adelante las explicaremos con mayor amplitud aún.

Porque este mártir castigó al rey insultante sin hacerle injuria, en la forma en que era lícito que un sacerdote lo hiciera, reprimió la soberbia hinchada de los príncipes, acudió a las leyes de Dios que habían sido violadas, e impuso una sanción por la muerte del niño, que es la más grave de todas las sanciones, a lo menos para quienes no están locos. Os acordáis bien como cuando hablábamos del asesinato todos los oyentes se enardecieron y deseaban haber a las manos a ese rey, y de alguna manera aparecer como vengadores de aquella muerte. Pues esto fue lo que hizo aquel bienaventurado varón, y así le impuso al rey la pena conveniente, pena con la que hubiera podido alcanzar la conversión del rey, a no haber sido éste en tan gran manera necio. No le pidió al emperador que se apartara del sol que lo calentaba, sino que lo arrojó, cuando impudentemente se adentraba por los sagrados recintos y ponía todo en desorden; exactamente como se hace con un perro o con un criado perverso cuando se les arroja de la puerta de sus amos.

¿Veis cómo no era jactancia mía el deciros que Babylas demostraba ser los milagros de vuestros filósofos obras de ánimos pueriles? Pero me dirás que aquel de Sínope fue un varón temperante y que llevó una vida continente, ya que ni siquiera contrajo nupcias ante la ley. ¡Bien! ¡pero añade tú la manera como fue y por qué motivo! ¡Sin duda que no lo añadirás! Más aún: de buena gana le quitarás la alabanza de continente antes que sacar a luz el modo de su temperancia, pues tan lleno está de torpeza y deshonor. Y de buena gana pasaría ahora a las puerilidades, trabajos inútiles y torpezas de los demás filósofos. Porque, dime: ¿qué utilidad trae el gustar del semen humano ya como lo hacía el Estagirita? ¿qué utilidad hay en unirse en matrimonio con su madre y sus hermanas como lo determinó por ley el Prefecto del Pórtico o Estoa? Y también el Prefecto de la Academia y su maestro, y lo mismo otros que son tenidos en mayor admiración, demostraría yo que fueron aún más obscenos que éstos; y pondría al desnudo, sin usar de ninguna alegoría, el infame amor a los jóvenes, del cual afirman ser honesto y formar parte de la filosofía, si no fuera porque el discurso se nos alargaría demasiado; y porque quiero tratar luego de otras cosas; aparte de que por el ejemplo de uno queda suficientemente demostrado cuan ridículos eran los demás.

Puesto que cuando el principal de ellos y que parecía seguir lo más severo de la filosofía, así por la seguridad con que hablaba como por la temperancia que mostraba, hemos encontrado que era tan torpe, absurdo e inepto, puesto que dijo que era cosa indiferente el devorar la carne humana, ¿qué objeto tiene el hablar contra todos los demás, ya que el que estaba al frente de la institución y resplandecía más que los otros, se nos ha mostrado tan ridículo, pueril y necio a todos nosotros? ¡Volvamos, pues, a lo

que íbamos tratando cuando emprendimos esta digresión!

(11) Creían aquellos infelices que de ese modo (lo mismo que en la sodomía) se apropiaba, quien recibía el semen humano de las cualidades del otro.

En la forma dicha reprimió aquel varón bienaventurado a los infieles. En cambio a los fieles los volvió más piadosos; y no solamente a los ciudadanos privados sino también a los soldados, a los tribunos y a los Prefectos; y les hizo ver que delante de Cristo, desde el emperador hasta el último de todos ellos, no son sino nombres simples, y que el que anda ceñido de diadema no por eso está en mejor situación cuando se trata de la corrección y el castigo de los pecados. Además, refrenó a los impudentes que decían ser nuestras cosas nada más que fingimiento y engaño, y comprobó con las obras la confianza en el hablar que tienen los apóstoles, y enseñó cómo en los tiempos pasados tales varones se necesitaron, allá cuando la mayor abundancia de milagros les daba también una mayor potestad.

Hay además un tercer hecho, preclaro y no vulgar. Y es que levantó el ánimo de los futuros sacerdotes y reprimió el de los reyes; y declaró así que el sacerdote es más verdaderamente Prefecto de las cosas de la tierra y de lo que en ella se lleva a cabo, que no el que se reviste de púrpura; y que es necesario no permitir que semejante potestad se disminuya, sino más bien despojarnos de la vida antes que de la dignidad que Dios desde las alturas nos ha atribuido. Porque quien así muere, aún después de la muerte puede ayudar a todos los otros; mientras que quien abandonare su puesto no solamente no aprovechará a nadie después de la muerte, sino que ya durante su vida a muchos de sus subditos los hará cobardes, y él resultará en extremo ridículo y vituperable delante de los extraños. Aparte de que saldrá de este mundo con mucha deshonra y tristeza, para ir a presentarse ante el tribunal de Cristo, desde el cual las Potestades a ello destinadas lo conducirán a las llamas del infierno.

Por esto amonesta un sabio: JVo tengas respetos que sean en perjuicio de tu alma.<sup>11 bis</sup> Porque si al varón que ha recibido una injuria no le es cosa segura el disimular ¿de qué suplicios será digno aquel que calla y se descuida cuando han sido violadas las leyes de Dios? Pero además de todo esto, otra cosa, no menos buena, nos enseñó el mártir: que conviene que cada cual cumpla con su oficio aun cuando de ello no se siga ventaja alguna para otros. Porque ciertamente él no alcanzó ninguna ventaja para el emperador de hablar con libertad; y con todo hizo íntegramente lo que a él le tocaba y no dejó por hacer nada de lo suyo. Pero el enfermo, con su arrogancia, tornó inútil la pericia del médico y con grande furia quitó de la llaga la medicina. Puesto que, como si no fuera bastante con haber cometido el asesinato y el haberse luego acercado al templo de Dios con impudencia, añadió un asesinato a otro asesinato; y como si pretendiera superar lo pasado con lo que se seguía, y oscurecer las anteriores enfermedades con las nuevas por lo que mira a la grandeza (porque tal es la locura del demonio que procura cosas contrarias y éstas a la vez), procedió de tal manera que añadió algo preclaro ¡cómo no! a ambas muertes: el que tuvieran entre sí una verdadera congruencia.

11 bh Eccli.j IV. 26. La crítica que el santo hace de los filósofos Diógenes el Cínico, Aristóteles, Zenón el Citieo y Platón parece basada en las afirmaciones de Diógenes Laercio, quien floreció en el siglo II de nuestra era y compiló una serie abundantísima de sentencias de antiguos filósofos cuyas vidas nos ha transmitido, en X Libros, "con gran fidelidad, al parecer". Con todo, su rigor crítico no es muy grande. El desprecio

juvenil con que el santo trata a los filósofos —y en algunos puntos con sobrada razón— nace de su celo.

La muerte primera, la del niño, fue más miserable que la segunda; pero la segunda fue más criminal que la primera; es a saber, la del santo Babylas. Porque el alma que una vez ha gustado el pecado, si carece de sentido moral, hace que la enfermedad se acrezca notablemente. A la manera de una chispa de fuego que cae en un montón ingente de materiales inflamables inmediatamente incendia lo primero que topa, pero no se detiene ahí sino que en seguida consume lo demás, y cuanto más se inflama la llamarada tanta mayor fuerza tiene para dañar lo que resta, de manera que la abundancia de leños a donde ha llegado se convierte en amenaza y asechanza para los que luego ha de inflamar, porque la llama con lo que ya está ardiendo se arma contra lo que en seguida abrasará, así sucede con la naturaleza del pecado, pues una vez que ha llenado el pensamiento de una alma y no hay quien extinga su fuego, yendo adelante se hace cada vez más indómito y más oprimente. Y por eso muchas veces los pecados posteriores son más graves que los anteriores, porque el alma, con la añadidura de los pecados subsiguientes se levanta a mayor soberbia y desprecio de Dios, y por este camino destruye su propia energía y aumenta la del pecado.

De este modo muchos, sin advertirlo, cayeron en toda clase de pecados por no haber apagado la llama al principio. Del mismo modo aquel rey miserable añadió pecados más graves aún a los pecados anteriores. Porque una vez que dio muerte al joven, del asesinato procedió al sacrilegio contra el templo y luego se preparó a mostrar su soberbia contra el sacerdote, avanzando siempre por el mismo camino; y se vengó del santo y lo castigó por los beneficios que de él había recibido, ciñéndolo de hierros y arrojándolo en la cárcel; y al que convenía admirar y coronar y honrar más que a un padre lo obligó a padecer un encarcelamiento propio de malhechores y las molestias de las ataduras.

De manera que, como iba diciendo, el pecado, una vez nacido y cuando nadie le estorba el ir adelante, no puede después ya detenerse ni cohibirse: al modo como los caballos furiosos, una vez sacudido el freno de los hocicos y derribados al suelo y tendidos boca arriba en la tierra sus jinetes, resultan en exceso molestos para aquellos con quien se topan; y luego, como nadie los reprime, van a dar consigo a los precipicios a causa del ímpetu loco. Para esto el enemigo de nuestra salud arroja a esas almas a la locura; a fin de que, abandonadas y sin que nadie se preocupe de su salvación, pueda él arrebatirlas y destrozarlas y rodearlas de males sin cuento. Porque los que padecen enfermedades corporales, mientras soportan que los visiten los médicos, tienen aún grande esperanza de sanar; pero cuando han caído en frenesí y acometen con los pies y muerden a los que tratan de sacarlos de su enfermedad, entonces tienen ya una enfermedad incurable; y esto no por la naturaleza de la misma enfermedad, sino porque ya han quedado desahuciados de aquellos que podrían librarlos del frenesí.

Pues a tal frenesí se arrojó este rey de que tratamos. Porque, habiendo aprehendido al médico, cuando aún le estaba abriendo la llaga, al punto lo rechazó y lo alejó cuanto pudo de su palacio. Y pudo entonces no solamente percibirse por los oídos el drama aquel del rey Herodes, sino aun verlo efectuado delante de los ojos con mayor soberbia. Introdujo el demonio en el mundo ese drama, pero con mayor publicidad y aparato: en vez del tetrarca puso al emperador en persona, y en vez de un solo argumento uno doble y ciertamente más vergonzoso que aquél. De manera que no solamente por el número de

los argumentos, sino además por la naturaleza de las cosas, este drama resultó mucho más brillante.

Porque aquí no se violaban, como allá, las nupcias; sino que el demonio maligno tejió la urdimbre no por una unión ilícita, sino por la muerte más malvada de un niño y por una cruelísima tiranía y por una iniquidad no cometida contra una esposa sino contra la santidad misma. Llevado, pues, a la cárcel aquel varón bienaventurado, ciertamente se gozaba de las ataduras, pero se dolía por el daño del causante de ellas. Porque ni el padre ni el entrenador, cuando resultan más famosos, aquél por un crimen o una desgracia de su hijo, o éste por la de su alumno, reciben de semejante fama un gozo sin tristeza. Por lo cual el bienaventurado Pablo decía a los de Corinto: Rogamos a Dios que no hagáis ningún mal, no para que nosotros aparezcamos probos, sino para que vosotros practiquéis el bien, y nosotros no seamos reprobos.<sup>1</sup> Pues del mismo modo, para aquel varón admirable, más codiciada era la salud de su discípulo que el premio de la cárcel; más codiciaba que el discípulo, entrando en razón, le privara de la gloria de la cárcel; y más aún hubiera preferido que éste no se deslizara en aquel crimen. Porque no anhelan los santos que se les tejan coronas mediante las desgracias ajenas; y si no lo anhelan de los extraños en esa forma, mucho menos de los domésticos.

Por este motivo, David, después del triunfo y la victoria, lloraba y se lamentaba de que ella hubiera estado unida a la desgracia de su hijo. Más aún: a los jefes que salían a la batalla, les daba muchas órdenes para la salvación del príncipe, y reprimía a quienes deseaban matarlo, con estas palabras: ¡Perdonad al joven Absalón! 13 Y tendido en tierra lloraba y con gemidos y lágrimas llamaba a su enemigo. Pues si un padre tanto ama a su prole, mucho más la ama un padre espiritual. Y que los padres en el espíritu cuiden de su prole con más empeño que los padres según la carne, oye cómo lo dice Pablo: ¿Quién desfallece y yo no desfallezco? ¿quién se escandaliza que yo no me abrazo? 14 Sin embargo, esto más bien nos da una idea de igualdad o equivalencia. Y con todo apenas habrá padres que profieran tales palabras. Pero demos que los haya y que lleguen a tanto. Vamos a demostrar lo que indica un cariño mayor. ¿De dónde lo demostraremos? Pues por las palabras y las entrañas del Legislador. ¿Qué dice él? ¡Perdónales su pecado o bórrame de tu libro que tienes escrito! 15

11 Cor., XIII. 7. 2 Sam., XVIII, 5. II Cor., XI, 29. Exod., XXXII, 31-32.

Ciertamente ningún padre, en cuya potestad esté el gozar de bienes innumerables, querrá ir al suplicio juntamente con sus hijos. En cambio, el apóstol, como quien vive la vida de la gracia, presenta este afecto paterno en un grado mayor y esto por Cristo. Porque no solamente querría sufrir juntamente con sus hijos el castigo, como Moisés, sino que con tal que los otros pudieran alcanzar su salvación, optaba el daño para sí, con estas palabras: ¡Porciue desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, deudos míos según la carne! 16> ¡Tan grande misericordia, tan grande caridad hay en los santos! Por esto las entrañas de Babylas se atormentaban a causa de que veía constantemente delante y amenazando la condenación del emperador. Puesto que esto no lo hacía sólo porque se doliera del templo, sino llevado de su caridad para con el emperador. Ya que quien injuria al ministerio y servicio divino, al ministerio mismo nada le hace, pero él se enreda en males sin cuento.

Este era el motivo de que aquel padre amante de su prole espiritual, observando que aquel rey que lo injuriaba y estaba lleno de ira, iba de precipicio en precipicio, cuidaba



de reprimir sus ímpetus brutales, como quien procura apartar a un caballo desbocado, mediante el azote dado a la grupa. Pero aquel infeliz no le soportó; sino que tomando el freno entre los dientes, y recalcitrando, y entregándose al furor de su locura, habiendo ya hecho a un lado el juicio de la recta razón, se lanzó al abismo de la extrema ruina. Y habiendo sacado de la cárcel al santo, ordenó se le condujera atado al suplicio.

Pero entonces, todo lo que sucedía era lo contrario de lo que se veía. Aquél que iba atado, estaba suelto de toda atadura así de las de hierro como de las otras más pesadas que son las solicitudes y los trabajos y las demás miserias que en esta vida mortal nos rodean. Y por el contrario, aquel que parecía libre de todo hierro y diamantinas cadenas, estaba atado con otros vínculos más recios, puesto que estaba ligado con las cadenas del pecado. Ya próximo a la muerte, aquel bienaventurado varón ordenó que juntamente con su cuerpo fueran sepultados los hierros; y con esto nos enseñó que aquellas cosas que son al parecer ignominia, cuando se hacen por Cristo resultan honoríRom., IX, 3.

ficas y gloriosas; y que quien las sufre, lejos de reportar vergüenza por ellas, alcanza gloria. En esto imitaba a Pablo, quien traía y llevaba sus cadenas y sus llagas y sus ataduras de un lado para otro, gloriándose de ellas y gustando profundamente de lo que otro se avergonzaría.

Y que en realidad otros se avergonzaran, nos lo manifestó el mismo Pablo en aquella defensa que hizo de sí delante de Agripa. Porque como éste le dijera: ¡Por poco me persuades que me haga cristiano!, Pablo le contestó: ¡Anhele en Dios que por poco o por mucho no solamente tú sino todos los que están presentes se hagan cristianos como yo, excepto estas cadenas! " Y no habría añadido esto último si no les hubiera a muchos parecido eso ignominioso. Porque los santos, como amantes de Dios, con grande presteza abrazaban los trabajos por El, y por los trabajos cobraban mayor alegría. Y por esto dice Pablo: ¡Me alegro en mis aflicciones!<sup>18</sup> Y Lucas dice lo mismo del grupo entero de todos los apóstoles. Porque, tras de recibir muchos azotes, salían del tribunal gozosos, dice, por haber sido hallados dignos de padecer contumelias por Cristo.<sup>10</sup>

Y nuestro mártir, para que ninguno de los gentiles fuera a pensar que entraba en el certamen contra su voluntad y forzado, ordenó que aquellos símbolos del mismo certamen fueran sepultados juntamente con su cuerpo; y con esto demostró que ellos le eran sumamente amables y gratos, porque todo él estaba colgado de la caridad de Cristo. ¡Yacen ahí, todavía ahora, los grillos, juntamente con sus cenizas, amonestando, y amonestan a todos los prepósitos de las iglesias que aunque fuere necesario padecer cadenas, la muerte y cualquiera otra cosa, todo ha de sobrellevarse con mucha prontitud y con gozo abundante, de manera que en forma alguna traicionemos ni deshonremos la libertad que en Cristo se nos ha donado. De esta tan brillante manera terminó su vida aquel bienaventurado varón.

17 Act. Ap. XXVI, 28-29.

18 Colos., I, 24.

10 Ac. Apost., V, 41.

Piensa quizá alguno que aquí pondremos fin a nuestro discurso, ya que después de la vida no hay ocasión alguna de ejercitar la virtud y las buenas obras; al modo como sucede con los atletas, que una vez terminado el certamen, pueden ya ponerse a tejer las coronas. Esto no sin razón lo piensan los gentiles, porque ellos han encerrado en los

términos de esta vida todas sus esperanzas. Pero nosotros, para quienes la muerte no es sino el comienzo de otra vida más espléndida, estamos muy lejos de esa opinión y creencia. Y que en esto tengamos nosotros la razón, lo demostraremos más claramente en otro discurso. Ahora en cambio, los preclaros hechos llevados a cabo por el generoso Babylas después de su muerte, pueden confirmar poderosamente la palabra del Evangelio.

Por haber luchado por la verdad hasta la muerte, y haber resistido al pecado hasta derramar su sangre, y no haber abandonado su puesto que le había señalado el gran Rey, hasta dar su vida, y por haber muerto de una manera más preclara que cualquier atleta, en adelante lo poseyó el cielo; pero el cuerpo que le había servido de instrumento para el certamen, lo tiene la tierra. De manera que la naturaleza dividió a este atleta. Porque podía haber sido trasladado, como Henoc, o haber sido arrebatado como Elias, puesto que de ambos fue émulo. Pero aquel Dios clemente que nos ha proporcionado infinitas ocasiones para nuestra salvación, juntamente con otros caminos, también nos ha abierto éste, y tal que pueda excitarnos al ejercicio de la virtud, que consiste en dejar entre tanto acá con nosotros las reliquias de los santos. Porque después de la fuerza de la palabra, ocupan el segundo lugar los sepulcros de los santos, como medios de excitar las almas de los hombres que los contemplan a su imitación.

Si alguno se acercare a esta gaveta, al punto percibirá sensiblemente su eficacia. Porque esta vista del lóculo se entra en el alma y la conmueve y la hiere y la pone en tal disposición que parece como si aquel cuyos restos aquí yacen juntamente suplicara y estuviera presente y nos viera. Y con esto, lleno de alegría aquel que ha experimentado esto, se aparta ya cambiado en otro varón. Y bien podrá darse cuenta de que el sitio mismo suscita en la mente y en la imaginación de los que aún viven la imagen de los difuntos, si piensa en que aquellos que se acercan para llorar, apenas se han acercado al sepulcro, y como si vieran delante en vez de la simple urna a los que en la urna yacen, comienzan inmediatamente a invocarlos desde el dintel mismo del martirio. Y muchos hay que por padecer dolores intolerables, han puesto su domicilio perpetuo vecino a los sepulcros de los mártires, cosa que no habrían hecho si no recibieran alguna consolación con la sola vista del sitio. Pero ¿para qué hablo del sitio y de los sepulcros? Porque a veces la sola vista del vestido de los que ya murieron o una palabra de ellos repetida mentalmente levanta el ánimo y los decaídos pensamientos. Pues por este motivo Dios nos dejó las reliquias de los santos.

Y de que yo no en vano repito estas cosas, sino de que en realidad así lo ha provisto Dios para vuestra utilidad, pueden dar fe los milagros que cada día hacen los santos mártires, y también la multitud de varones que concurren, y no menos que estos los preclaros hechos de este mártir, obrados después de su muerte. Porque, una vez que fue sepultado en la forma que ordenado había, y cuando había ya transcurrido mucho tiempo desde que fue sepultado, hasta el punto de no quedar en el sepulcro sino los huesos y la ceniza, tuvo el pensamiento uno de los que después llegaron a emperadores, de trasladar la urna a este suburbio de Dafne; y tuvo este parecer, porque Dios le movió el ánimo a hacerlo.

En efecto: como advirtiera que estaba este sitio amurallado, como con el poder de una tiranía, por la lascivia de los jóvenes, de tal manera que había incluso el peligro de que los más morigerados y que deseaban vivir honestamente, en absoluto lo abandonaran, movido el emperador a misericordia por este daño, mandó a uno que vengara la injuria.

Porque hizo Dios amable y ameno ese sitio no solamente por la abundancia de sus aguas y por sus naturales bellezas, sino además por su topografía y lo templado de su clima; pero no exclusivamente para que con eso nos recreemos, sino también para que por ello alabemos al excelente Artífice que lo hizo. Mas el enemigo de nuestra salud, que siempre anda abusando de los dones de Dios para lo contrario de lo que son, ocupó desde luego este sitio y lo entregó a las turbas de jóvenes disolutos y a las de los otros demonios, y lo deshonoró con una fea fábula; fábula por la cual este suburbio quedaba consagrado en gracia del demonio. Y la fábula es como sigue.

Había una joven de nombre Dafne, hija del río Landón.

Porque para aquellos hombres que andaban errados, fue costumbre constante el presentar a los ríos como engendrados y luego cambiar su prole de éstos en cosas que carecen de vida, y fingir muchas cosas semejantes y portentosas. Y narran que en cierta ocasión a esa doncella hermosísima la vio Apolo y quedó prendado de su amor. Y que la doncella se echó a huir, con el objeto de escapar de aquel dios que la quería arrebatar, y que finalmente ella se detuvo en este suburbio. Y que entonces su madre vino en su auxilio a fin de que no fuera violada. Y que instantáneamente abrió su seno y recibió a la virgen doncella. Y que luego dio a luz, pero no a la doncella sino una planta que lleva su nombre. Y que aquel lascivo amante, como se viera defraudado en sus amores, se abrazó con el árbol, y de esta manera tomó posesión y se adjudicó el árbol y al mismo tiempo este lugar. Y que por esto el dios aquí vivía siempre de asiento, y prefería este sitio a los otros que tiene sobre la tierra toda, y lo amaba más que a todos los otros.

Cuentan además que el rey que entonces aquí imperaba le construyó un templo y un altar, a fin de que pudiera el demonio consolarse de su locura en este sitio. Tal es la fábula. Pero el daño de la fábula nacido, ya no es simple fábula. Porque una vez que los jóvenes disolutos contaminaron el sitio y su belleza, como ya dije, pasando la vida ahí entre crápulas y embriagueces, el demonio, con el objeto de que esta maldad se propagara de día en día, fingió dicha fábula y dejó ahí a uno de los otros demonios, para que mediante esta historia, diera mayor pábulo al incendio de la lascivia e impiedad de los jóvenes. Pues para extirpar tan grandes maldades, aquel sapientísimo emperador escogió como medio el de trasladar allá a este santo y meter en medio de los enfermos al médico.<sup>20</sup> Porque si mediante órdenes y mandatos imperiales hubiera querido estorbar a los ciudadanos el camino hacia el suburbio, eso se hubiera tenido como un acto de tiranía y de fiera crueldad; y si hubiera permitido que sólo fueran allá los probos y moderados, y hubiera cerrado las puertas a los lascivos e intemperantes, el decreto habría estado lleno de dificultades para su cumplimiento, y habría sido inevitable que el mismo día nacieran los pleitos, al tener que investigar la vida de cada visitante.

<sup>20</sup> No hay rastro por donde podamos conjeturar a qué rey se refiere. 260

Juzgó pues que la presencia de este santo varón sería fácil acabamiento a tantos males; porque entendía que el mártir era capaz de destruir el poder del demonio y enmendar la lujuria de los jóvenes. Y no se engañó en sus esperanzas. Porque tan luego como alguno llega al suburbio de Dafne y distingue el dintel de la iglesia, de tal manera se compone como un joven que advirtiera en el convite a su pedagogo que con la mirada le ordenara comer, beber, hablar, reír guardando el debido decoro, y cuidar de no excederse en el modo y así menoscabar su estimación. Y con esto el visitante, vuelto más religioso con aquel espectáculo y representándose en su ánimo a aquel bienaventurado, luego se

apresura a llegarse a la urna. Y una vez que a ella se ha llegado siente mayor reverencia; y después, despedida la pereza, sale tan ligero como si tuviera alas y así se aparta del sepulcro.

Y a quienes encuentra por el camino, que van subiendo también desde la ciudad, con igual moderación los envía hacia el descanso de Dafne, diciendo, casi con sus mismas palabras, aquello de ¡Servid a Yavé con temor! ;<sup>21</sup> y aquello otro del apóstol: Ya sea que comáis, ya que bebáis o que hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios.<sup>22</sup> Y los que bajan después a la ciudad, una vez tomado su alimento, si acontece que han relajado el freno y han procedido con mayor libertad, y se han deslizado a la crápula y a los goces, a éstos digo, una vez que llegan a su hospedaje, así ebrios, el mártir no les permite tornar a sus casas bajo los efectos de la embriaguez, sino que les mete temor y los vuelve a la misma temperancia que guardaban antes de hundirse en la embriaguez. Porque a todos cuantos han estado en esa iglesia los envuelve como una tenue aura o viento suave por todas partes; un viento suave, digo, no sensible, ni apto para deleitar el cuerpo, pero que penetra el alma misma y la compone decentemente por todos lados, y le quita todo el peso terreno, y, cuando estaba ya oprimida y cayendo, la vuelve más liviana.

11 Salmo II, 11. 22 / Cor., X, 31.

II,

La belleza de Dafne atrae aun a los más tardos. Y entre tanto el mártir, como sentado a la pesca, y poniendo emboscadas a los que entran, los va entreteniéndolos; y una vez que ha dispuesto convenientemente sus ánimos, entonces finalmente los deja ir, de manera que en adelante se porten con sus esposas amadas, no con insultos sino con temperancia. Y porque los hombres, unos por la pereza y otros por el retraimiento a causa de los negocios seculares no quieren ir a visitar las urnas de los mártires, dispuso Dios que de este modo fueran cogidos en la red y gozaran de la curación y alimentos de sus almas. De modo que sucede como si a un enfermo que rechaza los convenientes medicamentos, se le engañara y se le ocultara la medicina debajo de un dulce condimento. De esta manera, vueltos poco a poco a la sanidad espiritual, llegan a tal punto que ya no únicamente por el placer sino por el deseo de visitar al santo toman cualquier ocasión para ir al suburbio de Dafne. Más aún: los que son más temperados, no van allá sino por este segundo motivo, y los que lo son en menor grado y tienen menos virtud van por ambos motivos, y los que son aún más imperfectos que los anteriores van únicamente por recrearse.

Pero una vez que se acercan y el mártir los ha convocado y los ha alimentado con lo que le es propio y los ha armado bellamente, no permite que sufran daño alguno. Y es una cosa tan admirable el ver que alguno, dado a la molición o a la pereza, vuelve de allá entregado a la templanza; y que sale como de en medio de un piélago de locura, como lo es ver que alguno que ha caído en mitad de un horno sale de ahí sin que el fuego lo dañe. Porque cuando la juventud con su audacia petulante y con el vino y la crápula llena su pensamiento con más violencia que cualquiera llama, echa este santo varón un rocío allá por dentro a través de los ojos, que baja hasta el alma misma y apaga el fuego y extingue el incendio y pone en el ánimo una grande piedad. Este es el modo con que aquel santo acaba con la lujuria y su tiranía.

Pero ¿de qué manera derrocó la potestad de los demonios? En primer lugar, inutilizó aquel trono y aquella fábula dañina del diablo. En segundo lugar, al mismo diablo lo arrojó de ahí. Pero, antes de referir el modo como lo arrojó, os ruego que advirtáis una cosa: que el santo no expulsó de ese sitio a los demonios inmediatamente que se presentó, sino que con su permanencia los fue inutilizando, adelantando así en su negocio; hasta que les cerró la boca y los dejó mudos más que las piedras. Y no fue empresa menor el dominar al demonio que ahí estaba establecido, que el echarlo de ahí. Ahora, aquel que antes engañaba en todas partes a todos los hombres no se atrevía ni siquiera a mirar hacia las cenizas del bienaventurado Babylos. ¡Tan grande es el poder de los santos, cuya sombra misma y vestiduras, mientras viven, no las soportan los demonios; y, cuando han muerto, tiemblan éstos incluso por sus urnas!

En consecuencia, si alguno no da fe a los Hechos de los Apóstoles, a lo menos, una vez vistos estos otros hechos, deje por fin la altanería. Porque aquel que antes dominaba en todas las cosas de los helenos, increpado por este mártir, como si éste fuera su amo, dejó de ladrar y enmudeció. Y desde luego, pareció que por no poder ya participar en los sacrificios y demás partes del culto, quedaba así mudo. Porque esta es costumbre de los demonios: que mientras los hombres los adoran, con el olor de las víctimas y con el humo de la sangre, ellos como perros sanguinarios y voraces, acuden ansiosos a lamer; pero cuando ya nadie les ofrece tales cosas, entonces parece que se mueren de hambre. Mientras se les ofrecen sacrificios, mientras se les celebran misterios obscenos, porque los misterios de los paganos no son otra cosa que obscenos amores y corrupción de menores y adulterios, y destrucción de las familias (pues dejó ahora a un lado los asesinatos, costumbre siniestra, y los banquetes perversos, más aún que las mismas matanzas); cuando, pues, esas cosas, digo, se les ofrecen, ellos están presentes y se alegran, y eso aunque los que celebran los tales misterios sean unos malvados charlatanes y agoreros pestilenciales: ¡más aún, tales son siempre quienes esos misterios administran!

Porque un varón sobrio y prudente no admite ni la crápula, ni las embriagueces, ni profiere palabras obscenas, ni presta voluntariamente sus oídos a quienes tales cosas profieren. Y cierto convenía que el demonio, si cuidara de la virtud de los hombres y si procurara aunque no fuera sino una mínima parte de la felicidad de sus seguidores, nada buscara con mayor empeño que el que ellos llevaran una vida excelente y de probidad y buenas costumbres, y que abandonaran todos esos torpísimos banquetes. Pero, como nada anhela tanto como la ruina de los hombres, se alegra con aquellas prácticas, y afirma ser honrado con ellas; prácticas que echan a perder la vida humana y suelen acabar de raíz con toda clase de bienes.

Así, pues: anteriormente parecía que por aquellos motivos guardaba aquí silencio. Pero, según quedó después manifiesto, fue porque se encontraba impedido por una fuerza mayor y violenta. Porque el miedo que lo amenazaba, le impedía, a la manera de un freno, usar en contra de los hombres su acostumbrada malicia. ¿Cómo se ve esto claro? ¡Pero no os turbéis! ¡Ya me apresuro a demostrarlo! Así ya no habrá lugar a que procedan con impudencia los que andan meditando proceder así. Porque no lo podrán hacer por lo que mira a las cosas antiguas, ni tampoco por lo que hace al poder del mártir, ni por lo que mira a la debilidad de los demonios. Y para demostrarlo no necesito acudir a conjeturas ni a cosas más o menos verosímiles, sino que os traeré el testimonio del diablo mismo acerca de esto.

El demonio os infirió una herida mortal y acabó del todo con vuestra confianza. Pero ¡no os enojéis contra él! ¡no echó abajo todo su tinglado voluntariamente, sino que lo hizo obligado por una fuerza mayor! Pero esto ¿cómo y de qué manera aconteció? Había muerto ya aquel rey que hizo trasladar al mártir. Entonces el emperador que anteriormente le había conferido la dignidad real, sin la corona, presentó al público como nuevo rey al hermano del que había fallecido. Este recibió el mando pero sin la diadema; porque su dignidad era igual a la de su hermano muerto. Sólo que este otro era un charlatán, mago y malvado. Por esto, al principio simuló ser cristiano, por hacer gracia al que lo había encumbrado al reino. Mas, una vez que éste murió también, echó a un lado los tapujos y se desvergonzó e hizo pública la superstición que anteriormente había ocultado en su pecho, y la manifestó delante de todos.\*

\* La oscuridad de este párrafo puede depender de que el Crisóstomo, dado al ascetismo entre los monjes, estuviera desconectado de la historia política del Imperio; o bien a que por ser los hechos bastante recientes quisiera de propósito envolverlos en oscuridad. La realidad fue, en resumen, como sigue: Constantino el Grande murió en 337, cerca de Nicomedia. Antes de morir repartió el imperio entre sus tres hijos (Constantino II, Constante y Constancio). Constancio, para asegurar el trono a los tres, asesinó a los medio hermanos y medio sobrinos y otros parientes de Constantino el Grande. Luego Constantino y Constante riñeron y en Aquileya (340) pereció en la batalla Constantino II. Constante quedó dueño del Occidente. En 350 Constante murió por una conspiración militar a cuyo frente estaba Magnencio. Constancio venció a éste en 353 y quedó dueño. Al punto se enviaron decretos a todo el orbe de la tierra, para que se restauraran los templos de los ídolos, se reconstruyeran sus altares, se dieran a los demonios sus prístinos honores y se tuvieran muchos concursos de gentes que desde varios sitios acudieran a visitarlos. Con esto, concurrían de todos lados los magos, los adivinos, los charlatanes, los vates, los augures, los menagyras;<sup>23</sup> por todas partes se abrían las oficinas para encantamientos. Y se veía entonces el palacio real henchido de gente infame y de criminales fugitivos. Porque los que anteriormente se morían de hambre y los que habían sido aprendidos por suministrar venenos y hacer maleficios, y los encarcelados y los condenados a las minas, y otros que apenas lograban adquirir el alimento suficiente mediante el ejercicio de nada honrosas ocupaciones, y los sacerdotes de los ídolos y los vates sacros improvisados, fueron al punto encumbrados a grandes honores.

Por su parte, el emperador despedía por doquiera Prefectos y Jefes de milicias, sin oír razones; y tras de sacar a los adúlteros y a las meretrices de las casas de asignación en donde vivían, las llevaba consigo por todas las ciudades hasta los pueblecillos. El corcel real y los pretorianos todos lo seguían a lo lejos. Y los hombres y mujeres, cultivadores de la obscenidad, y todo el cortejo de adúlteros, rodeando al emperador que caminaba entre ellos, paseaba por el foro, lanzando tales palabras y tales carcajadas cuales era propio que lanzaran personas de semejante oficio. Sabemos que los pósteros van a pensar ser del imperio. Entonces, procuró anular a Galo y a Juliano, quienes, como descendientes de Constancio Cloro y de Teodora, podían aspirar al trono. Los hizo educar por Eusebio de Nicomedia. Pero Juliano a ocultas bebió profundamente la filosofía pagana y perdió la fe. Se inició en los misterios de Eleusis y sus maestros le dijeron ser augurio de los dioses que restableciera el paganismo. Pero no tiró la máscara hasta la muerte de Constancio (361), cuando quedó de emperador. Galo murió asesinado. Constancio había hecho a Juliano César de las Galias en 355. Galo tenía el mismo derecho. Fara el carácter de Juliano, puede verse Amiano, su historiador antiguo. Los rasgos con que el Crisóstomo lo pinta son exagerados. Actualmente hay una

corriente histórica que quiere librarlo del apodo de apóstata, pues dice que nunca fue cristiano de corazón y por lo mismo no renegó de la fe. Todo depende de la significación y extensión que se le dé a la palabra apóstata.

(23) Se llamaba Menagyrtas a los que mensualmente colectaban las limosnas para la Diosa Madre o Cibeles o Magna Dea. Propiamente significa el que cada mes recoge limosna. Pero se aplicó a los sacerdotes de Cibeles y enseguida a todos los charlatanes, adivinos ambulantes y que decían la buena fortuna. Abundaban en Antioquía. Véase la Introd. n. 2.

esto increíble a causa de su enormidad y de ser tan absurdo, ya que ni aun un hombre particular, de los que han llevado una vida entregada a las torpezas y vilezas, querría proceder en público de modo tan indecoroso. Pero, para los que aún sobreviven de entre aquéllos, no es necesario discurso ninguno, puesto que oirían precisamente lo que ellos vieron con sus ojos, estando presentes. Por esto escribo estas cosas mientras aún viven los testigos, para que luego no piense alguno que yo, al narrar cosas antiguas y a gente ignorante de ellas, me he tomado una larga licencia de mentir.

Porque quienes estas cosas contemplaron, viven aún, ancianos y jóvenes. Y a ellos ruego que si alguna cosa pongo de más, se acerquen y me convenzan. Pero no podrán convencerme de haber puesto algo de más; mientras que sí podrán argüirme de haber omitido algo: ¡porque aquel exceso de desvergüenzas no puede pintarse con el discurso! Solamente diré, para los pósteros que no me crean, que ¡aquel demonio que entre vosotros tiene el nombre de Afrodita no se avergonzó de haber usado de semejantes ministros! De manera que no hay para qué admirarse de que el miserable que enteramente se había entregado a ser juguete de los demonios, no se avergonzara a su vez de aquellas cosas de que se gloriaban los demonios mismos a quienes él adoraba.

¿Quién podrá contar las adivinaciones que se hacían invocando a los muertos y los sacrificios humanos de niños? ¡Estos sacrificios que los hombres, antes de la venida de Cristo se habían atrevido a ofrecer, y que habían cesado ya después de su venida, aquel emperador intentó renovarlos; aunque ciertamente ya no en público! Porque aunque era emperador y procedía en todo con imperio absoluto, la impiedad y la enormidad de semejante crimen superaban a la grandeza de su poder. ¡Y con todo, aun esto se atrevieron los adivinos a hacer!

Este emperador, pues, frecuentemente venía a Dafne con abundantes dones y con muchas ofrendas y sacrificios; y con torrentes de sangre de ovejas sacrificadas, instantemente suplicaba al oráculo y preguntaba al demonio y le pedía que le declarara acerca de las cosas que él traía en el pensamiento. Pero aquel generoso que según él mismo dice de sí "conoce el número de las arenas del mar y la medida de éste, y entiende al sordo y oye al mudo",<sup>24</sup> no quiso confesar abiertamente y en público que estaba mudo a causa del bienaventurado Ba-bylos y de su vecino poder, y que así no podía hablar, mas al fin, para no ir a mover la risa de sus propios adoradores, ni verse manifiestamente vencido, declaró el motivo de su silencio. Pero se declaró de todos modos más ridículo en lo que dijo que en el mismo silencio que guardaba; porque el silencio, al fin y al cabo, solamente demostraba su debilidad; mientras que al intentar ocultar lo que ocultarse no podía, al mismo tiempo dejó ver su torpeza e impudencia. ¿Cuál era pues la causa de aquel silencio?

"¡Dafne, dijo, es un sitio de cadáveres y esto es lo que impide el oráculo!" ¡Cuánto mejor hubiera sido, oh miserable, confesar el poder del mártir que no el poner pretextos impudentemente en tales cosas! ¡Eso fue lo que respondió el demonio! 25 Y el necio emperador, como si estuviera representando en el escenario una comedia, al punto se acercó al bienaventurado Babylas. Pero, ¡oh malvados y malvadísimos, que ojalá solamente a vosotros mismos os engañarais voluntariamente, y no usarais de vuestra simulación en daño de otros! ¿Por qué nombras, tú, oh demonio, así anónimamente a los muertos y en forma vaga, y en cambio, tú, oh emperador, como si hubieras oído determinada y definidamente el nombre de solo uno de ellos, dejas a un lado a todos los otros, y solamente arrojas de ese sitio a este santo? Porque según la sentencia del demonio, se habían de excavar todos los túmulos de Dafne y alejar lo más posible de la vista de los dioses aquello que apenas sería espantajo para los niños.

Si respondes: "¡No ha hablado de todos los cadáveres!", entonces ¿por qué no se expresó claramente? A ti que andas representando esta comedia ¿te dejó ese enigma que resolver? "¡Yo, dice el demonio, hablo de los cadáveres para no confesarme abiertamente vencido; y además, temo nombrar especialmente y por su propio nombre a ese santo! ¡Pero tú entiende lo que digo, y retira de aquí únicamente a ese santo! ¡Porque ese es el que nos ha cerrado la boca!" De manera que el demonio advirtió en sus adoradores tan grande demencia que pensó que no podrían caer en la cuenta de un tan manifiesto engaño! ¡Pero, aunque todos estuvieran locos y fueran mentecatos, ni aun así podía ocultar la noticia de su derrota, tan clara y manifiesta!

24 Citó el santo dos hexámetros de un himno a Apolo. Luego citará otro y enseguida largamente el himno o monodia de Libanio. En sus obras y en su predicación más adelante prescindirá casi en absoluto de esta costumbre propia de la escuela de Libanio. 26 Se entiende que fueron los sacerdotes de Apolo los que contestaron, al modo como se hacía en los diversos santuarios.

Y si, como dices, los cadáveres de los hombres son miasmas execrables, ¿cuánto más lo serán los de los brutos? ¡Lo serán tanto más cuanto es más vil ese género de vivientes que el de los hombres! Ahora bien: cerca del templo había enterrados muchos cadáveres de perros y monas y asnos; y más bien convenía trasladar a éstos, a no ser que tengas a los hombres por más viles que las monas. ¿Dónde están ahora aquellos que injurian al sol, esa obra admirable de Dios criada para nuestro servicio, y lo atribuyen al demonio, y aún afirman que éste es aquél? Porque el sol, mientras yacen en la tierra innumerables cadáveres, esparce sus rayos por sobre toda la tierra, sin que jamás ni en parte alguna se disminuya su eficacia por el temor de mancharse. En cambio, vuestro dios ni odia ni aborrece la vida torpe, ni las hechicerías ni los asesinatos, sino que los ama y los abraza, y los quiere, y en cambio aborrece nuestros cuerpos. Y eso que para quienes practican la maldad, aun la apariencia de la maldad resulta mil veces digna de reprensión; mientras que el cuerpo ya cadáver inmóvil, no participa de ninguna culpa, ni es digno de alguna reprensión.

Pero esa es la ley de vuestros dioses: abominar de lo que no es abominable y cultivar y aprobar lo que es digno de todo aborrecimiento y odio. Y cierto que ningún hombre cuerdo se aparta de obrar el bien, ni de sus buenos propósitos por causa de un cadáver; sino que si tiene sana el alma, aunque ponga su casa junto a los sepulcros mismos, con todo mostrará con su proceder templanza y justicia y toda virtud. Además, todo artífice obra lo que es propio de su arte; y a quienes de él necesitan, se les muestra no solamente



sentado junto a los cadáveres, sino que aun, si fuere menester, les construye los sepulcros. Así lo hacen el pintor, y el cantero, y el carpintero, y el herrero, y en fin todos. ¡Y sólo y el único Apolo dice que los cadáveres le impiden poder ver en lo futuro!

Hubo entre nosotros varones grandes y admirables, que con anticipación de mil y cuatrocientos años predijeron lo futuro; y cuando lo vaticinaban, nada de esto alegaron, de nada se quejaron, ni mandaron destruir los sepulcros de los muertos, ni echar fuera los cadáveres, ni les pasó por el pensamiento este nuevo modo de violación de los sepulcros, tan impudente. Más aún: algunos de ellos vivían entre gentiles, impíos y perversos, y otros entre bárbaros en donde todo estaba manchado y coinquinado; y así vaticinaban todas las cosas con verdad, y la mancha de los demás en nada les estorbaba sus vaticinios. Esto ¿por qué? Porque aquéllos hablaban movidos de verdad por una fuerza divina; pero los demonios están privados y vacíos de semejantes fuerzas y nada pueden predecir. Mas, para no parecer como si no tuviera salida ninguna, se veía obligado el demonio a fingir diversas cosas verosímiles, pero ridículas.

Porque yo pregunto: ¿por qué anteriormente nada de eso había dicho ni charlataneado? Porque anteriormente tenía una excusa, la de no ser adorado. Quitada esa excusa se refugió en la de los muertos, afligido sin duda y temeroso de que se le siguiera algún daño. Con todo, no quería perder su honra. Pero vosotros lo obligasteis puesto que le quitasteis aquella excusa por el gran culto que al mártir tributasteis, y no le permitisteis acogerse, como excusa, a la penuria de sacrificios.

Oído eso, aquel comediante ordenó retirar la urna de ahí, para que de este modo nadie ignorara que el demonio quedaba vencido. Porque si éste hubiera declarado: "¡Por ese santo yo no puedo hablar, pero no lo retiréis ni mováis ningún escándalo!", entonces solamente sus adoradores habrían sabido eso, porque les habría dado vergüenza contar a otros lo sucedido. Ahora, en cambio, como si el mismo demonio se apresurara a declarar su debilidad, obligó a que todo se llevara en tal forma que no le fuera lícito encubirla ni aun al que quisiera hacerlo. Porque no puede ya ocultarse o disimularse que únicamente el cadáver del mártir y no otro alguno fue removido de ahí. Y no solamente los que cultivaban los campos cercanos o habitaban en la ciudad o en el suburbio, sino también los que vivían remotísimamente, al no ver la urna colocada en su sitio, al punto interrogaban y sabían cómo el demonio, rogado por el emperador que vaticinara, había dicho que no lo podía hacer hasta que fuera retirado de ahí el santo Babylas.

Pero ¡oh ridículo! ¡Podías haber acudido a otras excusas, como muchas veces lo acostumbras; puesto que con infinitos artificios pones en verso dudosas y ambiguas respuestas."" A Lydo, por ejemplo, le dijiste que si pasaba el río Halys, acabaría con un grande imperio, y luego lo mostraste yaciendo en la pira. Y en Salamina usaste del mismo artificio y añadiste una ridicula conjunción. Porque decir: "¡Perderás tú a los hijos de las mujeres", era semejante a decir lo que a Lydo le dijiste. Pero añadir luego: "ya sea que Ceres esté dispersa o ya reunida", fue cosa digna de mayor burla; porque eso es común con los que andan por los caminos diciendo la buena ventura. Pero aun esto no te agradó, sino que era oportuno que encubrieras lo que querías decir, artificio que siempre has acostumbrado. Solamente que todos habrían insistido, buscando la solución del enigma, por no haberlo entendido. Podías haber acudido a los astros; porque esto a cada paso lo haces y no te da vergüenza ni te ruborizas.

Al fin y al cabo, tratas no con hombres que tienen entendimiento, sino con bestias, y aún más cerrados de cabeza que las mismas bestias. No eran aquéllos más sabios que los griegos que esto oyeron, y no se libraron del engaño. Pero dirás que comprendían la mentira. Entonces era conveniente manifestar la verdad a uno solo de los sacerdotes, y él habría ocultado tu derrota mejor que tú mismo. Pero ¡vamos, miserable! ¿quién te obligó a echarte de cabeza en tan manifiestas desvergüenzas? O ¿es que tú no te equivocaste, sino que el emperador representó mal la comedia, pues habiendo oído sin discriminación acerca de todos los cadáveres, acometió únicamente al de aquel santo? ¡El mismo te redarguye y pone de manifiesto el fraude, aunque esto ciertamente no lo hizo de su voluntad! Porque no era propio de un mismo personaje llevarte dones y causarte ofensas. Fue el mártir quien a todos los ofuscó y entenebreció y no les permitió ver las realidades que entonces se llevaban a cabo. Todo se hacía como si fuera contra los cristianos, pero en realidad la burla se convertía no contra los que lo padecían sino contra los que lo hacían.

26 Este artificio curioso fue clásico en las respuestas de Apolo en el famosísimo santuario de Delfos, hasta el punto de que al dios se le aplicó el epíteto de Loxos o tortuoso. Recuérdese, vg. aquella respuesta tan conocida: "Aio te Aeacidam Romanos vincere posse". En donde los dos acusativos pueden hacer de sujeto o de complemento de la oración, y el sentido cambia completamente.

Sucedía lo que sucede con frecuencia a los furiosos, que les parece que se vengan cuando patean las paredes y gritan contra los que se hallan delante lo decible y lo indecible, pero con sus hechos ellos a sí mismos se están cubriendo de vergüenza y no a los que están presentes. Esto es lo que entonces acontecía: ¡la urna era llevada a lo largo de la avenida, y el mártir volvía a su ciudad a la manera de un atleta, portando, en la ciudad en que primeramente había sido coronado, una segunda corona! En resumen: si alguno, aun viendo las preclaras hazañas del mártir después de su muerte, no admite la resurrección, debe avergonzarse en adelante. Porque este mártir como un valeroso soldado, añadió trofeos a trofeos; a los grandes otros mayores, y a los mayores otros más admirables aún. Porque en el primer certamen sólo combatía contra el emperador y contra el demonio. Entonces apartó del sagrado recinto al emperador; ahora en cambio echó de todo el sitio de Dafne al maligno y pernicioso, y esto, no usando de su mano, como entonces, sino venciendo con invisible virtud a su enemigo invisible.

Aquel rey homicida no soportó la franqueza de este mártir, cuando aún vivía; y después de su muerte no soportaron sus cenizas ni el emperador ni el demonio que había empujado al emperador a hacer lo que hizo. Y que el mártir haya puesto un miedo mayor a estos dos postreros que no al primero, se manifiesta por aquí: porque el primero, tras de haberlo encadenado y aprehendido, le dio muerte; mientras que los dos postreros únicamente lo trasladaron a otro lado. Si no ¿por qué ni el demonio ordenó ni quiso el emperador que la urna fuera precipitada al mar? ¿Por qué no la destruyó o la quemó? ¿Por qué no ordenó que fuera arrojada a un lugar desierto y deshabitado? ¡Puesto que si ella era cosa execranda y manchada; y se la removía de aquel sitio no por miedo que de ella tuviera, sino porque de ella abominaba el emperador, entonces no era conveniente meter en la ciudad esa cosa execrable, sino arrojarla a las montañas y a los barrancos.

Pero es que aquel miserable conocía, no menos que Apolo, la virtud y la entrada que

con Dios tenía el mártir; por lo cual temió que si hacía aquello de destruir la urna, provocaría contra sí o el rayo o alguna enfermedad.<sup>27</sup> Porque él sabía ya bien de la virtud de Cristo, por muchas señales manifestadas así en los otros emperadores que le habían precedido, como también en los que juntamente con él administraban el imperio. De entre los emperadores que anteriormente se habían atrevido a cosas semejantes, algunos tras de infinitas calamidades e intolerables miserias, habían acabado su vida de una manera vergonzosa y digna de lástima, hasta el punto de que a uno de ellos, aún vivo, se le saltaron espontáneamente las pupilas de los ojos. Su nombre fue Máximo. Otro se volvió loco furioso y lo mismo un tercero. Y así acabaron con esas maneras de muerte.

Y cuanto a los que con el emperador vivían, uno, que era su tío, como usara contra nosotros de una locura aún más petulante y se hubiera atrevido a tocar con sus manos sacrilegas los vasos sagrados; y no contento con esto, como hubiera ido más adelante en los insultos (puesto que, tras de haberlos echado por tierra y extendido por el pavimento, luego se sentó sobre ellos), repentinamente sufrió el castigo de sus procederes. Por que sus vergüenzas se corrompieron y llenaron de gusanos, de manera que claramente se veía que aquella enfermedad era un castigo enviado por Dios. Para curarle sus llagas, los médicos aplicaban aves gordas y extrañas, sacrificadas sobre los altares de los ídolos, a los miembros engusanados, y de ese modo procuraban atraer y extraer los gusanos. Pero éstos no se retiraban, sino que tenazmente se adherían a las partes podridas.

Y de esta manera, habiéndolo consumido durante varios días, malamente lo mataron.

27 Véase la Introd. n. 6, para esto y otros datos sobre la estancia de Juliano en Antioquia y el incidente del santuario de Apolo.

28 Como suele suceder corrían entre el pueblo cristiano muchas anécdotas de castigos y es menester de crítica para separar lo verdadero de lo falso y lo exacto, de lo exagerado. Puede verse sobre esto Allard.

Otro fulano, puesto como guarda del tesoro imperial, antes de que traspasara el dintel del regio palacio, reventó por medio, y así sufrió el castigo de un crimen parecido.<sup>28</sup> Estos sucesos y otros parecidos (pues ahora no es ocasión de enumerarlos todos), como aquel malvado emperador los considerara en su interior, no se atrevió a pasar más adelante en su temeridad. Y que esto no lo afirmo yo por mi cuenta, se verá manifiesto por las cosas que luego hizo. Pero mientras vamos siguiendo el hilo de la historia. ¿Qué fue lo que sucedió luego en seguida? ¡Es cosa que llena de admiración y demuestra no solamente el poder sino también la inefable bondad de Dios. Porque ya el mártir se encontraba en el recinto en donde primitivamente había sido colocado; pero el demonio al punto conoció que en vano había tramado todos sus artificios, y que su lucha no era contra un muerto sino contra uno que vivía y que procedía enérgicamente y que era más fuerte no solamente que él, sino que toda la cohorte de demonios.

Porque rogó el santo a Dios que mandara fuego sobre el templo, y el fuego consumió el edificio. Y habiendo ardido el ídolo todo entero hasta las extremidades de los pies, de manera que sólo quedaron las cenizas, y el polvo, el fuego respetó únicamente las paredes, las cuales quedaron en pie e intactas. Y si alguno ahora visita aquel sitio, no pensará que aquello fuera obra del fuego, puesto que el incendio no parece hecho a la ventura y por un fuego inanimado, sino como por una mano que lo iba llevando en torno

y le iba mostrando qué cosas había de perdonar y cuáles otras había de consumir. ¡Con tan grande artificio se le quitó al templo su techo, que no quedó como los que han sido consumidos por un incendio, sino como los que tienen íntegras sus dependencias y solamente el techo les falta! Porque todo lo demás, incluso las columnas que sostenían tanto el techo como el vestíbulo, excepto una que estaba en la parte posterior del templo, todas quedaron en pie. Y no fue al acaso, como luego diremos, que precisamente esta única estuviera rota.

Inmediatamente fue arrastrado a los tribunales el sacerdote del dios, y se procuraba obligarlo a manifestar al autor del incendio. Y como no pudiera hacerlo, ellos primero le torcieron y dislocaron los codos, y luego lo colmaron de golpes, y finalmente lo levantaron en alto y le quebraron los costados: ¡pero nada pudieron saber! Sucedió entonces lo que en la Resurrección de Cristo. Porque le fueron puestos soldados que custodiaran su cuerpo, a fin de que no pudieran los discípulos, decían los judíos, robarlo astutamente y a ocultas. Aunque la resultante final fue que no les quedara a los impudentes ocasión alguna para restar credibilidad a la Resurrección.

C18

Acá también, el sacerdote era arrastrado y empujado a que testificara que aquello no había sucedido por castigo de la ira divina, sino por humana maldad. Pero él, atormentado y destrozado, como no pudiera indicar nada ni señalar a nadie como autor del incendio, daba de esa manera testimonio de que el fuego había sido enviado del cielo, con lo que no les quedaba ya lugar de fingir a quienes procedían desvergonzadamente. Y lo que poco ha dejé para decir después, viene bien que ahora lo diga. ¿Qué fue eso? Que el mártir de tal manera aterrizó al emperador en su ánimo, que éste ya no se atrevió a pasar adelante

Porque después de haber afligido a aquel sacerdote con tantas calamidades (siendo así que antes lo tenía en tan grande honor, y esto por motivo del templo incendiado), hasta el punto de que, más cruel que una fiera sanguinaria, quizá ni aun se hubiera abstenido de devorar sus carnes, si no fuera porque eso a todos había de parecer una cosa execrable; después de todo eso ya no habría vuelto al santo que cerró la boca al demonio, a la ciudad en donde había de recibir una honra mayor; sino que, si no antes, cuando el demonio se confesó vencido, ciertamente después del incendio, habría destruido y arruinado todo, desde la urna hasta los dos templos, así el que estaba en la ciudad como el que estaba en Dafne, a no haber sido porque el miedo superaba a la ira y el temor a la exaltación de su ánimo.

Suelen muchos, cuando así los arrebatara la ira y la exaltación si acaso no logran echar mano a los autores de sus sufrimientos, descargar su cólera sobre los que primero topan o de quienes tienen sospechas. Y el mártir no estaba muy lejano de semejantes sospechas, puesto que apenas llegó a la ciudad y al punto bajó el fuego y acometió al templo. Pero, como dije: un afecto luchaba contra otro, y el miedo vencía a la ira. Porque ¡imaginaos cómo estaría el ánimo de aquel varón excelente cuando, habiendo subido al suburbio, contempló el santuario incendiado, el ídolo deshecho, consumidos sus exvotos, borrada la memoria de sus liberalidades y de toda aquella pompa satánica! Pues aun en el caso de que no se hubiera apoderado de él la ira y la tristeza, al ver aquello, a lo menos no parece que pudiera soportar la vergüenza y la burla enorme que significaba, y habría puesto sus manos inicuas en el templo del bienaventurado mártir, a

no haberlo detenido el motivo que dejo indicado. Porque no era entonces cosa pequeña la que agitaba al emperador, ya que se había cortado de raíz toda la confianza de los gentiles y se les había extinguido toda su alegría, y los había envuelto una tan ingente nube de tristeza como si a la par hubieran sido destruidos todos los santuarios.

Y para demostrar que no digo estas cosas por jactancia, traeré al medio las palabras mismas de una lamentación monódica que entonces acerca de este demonio compuso un sofista de la ciudad. Comienzan así sus vaciedades: "¡Oh varones, a cuyos ojos, no menos que a los míos, ha rodeado en torno la oscuridad ! ¡En adelante no llamemos ya más a esta ciudad ni grande ni hermosa!" Y luego, tras de decir otras cosas y de confirmar la fábula de Dafne (el tiempo no nos permite ahora referir todo su discurso, para no alargarnos más de lo conveniente), narra cómo aquel rey de los persas que capturó la ciudad,<sup>29</sup> perdonó a este templo de Apolo. Y sus palabras mismas son éstas: "El que trajo contra nosotros su ejército, pensó ser mejor conservar ese santuario, y prevaleció sobre el furor del bárbaro la belleza de la estatua. Ahora en cambio ¡oh sol! ¡oh tierra! ¿quién ha sido o de dónde ha venido este enemigo que, sin necesitar de soldados de pesada armadura ni de caballería ni de soldados de armadura ligera, con una pequeña chispa todo lo destruyó?"

Y después de declarar cómo el demonio fue vencido por aquel santo Babylas, cuando precisamente estaban más en su punto y florecimiento los asuntos de los gentiles a causa de los sacrificios y las iniciaciones, añade: "¡Y ese nuestro grandioso templo no lo destruyó un diluvio, sino que fue derribado cuando el tiempo estaba sereno y había pasado el tiempo de los nubarrones". Llama nubes y diluvio al tiempo del emperador precedente. Luego, avanzado algo más, deplora el mismo acontecimiento, pero con algo de mayor amargura, con estas palabras: "¡Y luego, oh Apolo, cuando tus aras tenían sed de sangre, aunque permanecías olvidado, pero como cuidadoso guardador de Dafne, y algunas veces eras injuriado y aun despojado del externo aparato, todo lo llevabas en paciencia! ¡Ahora, en cambio, tras de los sacrificios de tantas ovejas y bueyes muertos en tu honor, y tras de haber recibido en tus pies el sagrado ósculo del emperador, y tras de haber visto al que tú mismo habías pre-dicho, y de haber sido contemplado por el que tú de antemano anunciabas y de haber sido librado de un mal vecino, es decir de cierto cadáver que te molestaba, en mitad del esplendor de tu culto, caíste! ¿Cómo nos gloriaremos delante de los varones que recuerden tus santuarios y tus estatuas?"

Se refiere a Cosroes.

¿Qué dices, lúgubre cantor? ¿Cuando ese custodio de Dafne era deshonorado y cubierto de lodo, entonces permaneció oscuro; y en cambio cuando era honrado y se le daba culto, entonces ni siquiera pudo cuidar de su templo, y esto sobre todo cuando sabía que caído su templo vendría sobre él una ignominia mayor? Y ¿de quién es, oh sofista, ese cadáver que molestaba al dios y cuál es esa mala vecindad? Y aquí, como el vate tropezara con las virtudes del bienaventurado Babylas, y no pudiera soportar la ignominia que de ellas al dios se derivaba, las ocultó simplemente y pasó de largo; y, tras de haber testificado que el dios sentía molestia y aflicción de parte del mártir, sin añadir que el demonio al querer ocultar su derrota, la había hecho más pública, solamente dijo que éste fue librado de aquella mala vecindad.

¿Por qué no dices, oh el más vano de los sapientísimos, cuál era ese muerto y por qué solamente molestaba a tu dios? ¿Por qué a aquella vecindad la llamas mala? ¿Acaso

porque ella acusaba al demonio de falsedad? Pero eso no era obra de una vecindad mala, como tampoco lo era de un cadáver, sino de uno que vive, trabaja, es bueno y procura y patrocina y hace cuanto puede por vuestra salvación, con tal que vosotros la queráis. Pues a fin de que no pudierais seguir engañándoos a vosotros mismos, y afirmando que el dios voluntariamente se había alejado a causa del enojo porque los sacrificios se habían acabado y de las quejas y reprensiones por la falta de culto, por este motivo lo echó totalmente de ese sitio que más que todos los otros le era querido y al que más que a todos los otros honraba, hasta el punto de que a pesar de estar él deshonrado, con todo se había quedado a vivir ahí.

Porque esto tú mismo lo dijiste adelantándote: "¡Precisamente en este tiempo en que el emperador sacrificaba ahí ovejas en grande cantidad y multitud de bueyes". Para que así por todos lados quede manifiesto que fue el demonio quien abandonó a Dafne, obligado por fuerza mayor. Podía el santo Babylas haberlo arrojado de ese sitio, aun quedando en pie su estatua; pero en ese caso vosotros no lo habríais creído, como no lo creísteis cuando en otro tiempo fue por él vencido y vosotros insististeis en adorarlo. Por este motivo, aunque al principio permitió el mártir que la estatua del demonio continuara ahí en pie y erecta, al fin la derribó; y esto precisamente cuando más crecía la impiedad; y manifestó cómo los vencedores han de vencer no cuando los adversarios se encuentran humillados y deprimidos, sino cuando andan florecientes y soberbios.

Pues ¿por qué no ordenó el emperador, al tiempo en que lo transportaba de Dafne, que se destruyera el templo y se cambiara de sitio la estatua, del mismo modo que se iba trasladando la urna? Porque en realidad al mártir aquella estatua en nada le dañaba, ni necesitaba él de auxilio humano, ya que entonces, lo mismo que ahora, derrocó al demonio sin auxilio de nadie. Y por cierto no nos hizo manifiesta de otro modo aquella primera victoria, sino que se contentó con cerrarle la boca y luego guardó quietud. ¡Así son los santos! ¡Solamente anhelan que se haga lo que conduce a la salvación de los hombres, pero no el declarar a la multitud de los hombres que aquello es obra suya, a no ser que lo exija la necesidad! Y llamo necesidad a la misma salvación de los hombres. Y esto fue lo que entonces sucedió.

Cuando los engaños de aquel demonio se iban extendiendo por el fraude, entonces finalmente el santo nos reveló su victoria; y por cierto no lo hizo el vencedor sino el vencido; para que de este modo el testimonio de la victoria no pudiera ser sospechoso ni aun a los mismos enemigos, ya que el bienaventurado, aun urgiendo la necesidad, se negaba a publicar lo que a él personalmente le tocaba. Mas, como ni así cesara el error y de nuevo instaran ellos, los enemigos, más duros que las piedras, en invocar al que ya estaba vencido, y ciegos delante de tamaña verdad, fue necesario lanzar sobre la estatua el fuego, a fin de que con este incendio se extinguiera el otro, es decir la idolatría.

Pues entonces ¿por qué acusas al demonio diciendo: "del esplendor de tu culto te sustrajiste"? ¡No se sustrajo voluntariamente, sino contra su voluntad y obligado fue arrojado y expulsado cuando más quería quedarse, atraído por el olor de los sacrificios. Porque, como si para esto sólo imperara aquel emperador, para que se consumieran todos los rebaños del universo, así de apiñadamente se mataban ante los altares las ovejas y los bueyes: ¡hasta tal punto llegó la locura, que aun muchos de los que hasta ahora todavía son tenidos entre ellos por filósofos, lo llamaron cocinero, vendedor de carnes, y le dieron otros epítetos semejantes!

Por cierto que el demonio no habría huido voluntariamente de tan abundante mesa, olores, humos y torrentes de sangre; puesto que, como tú decías, aun privado de estas cosas, todavía permanecía ahí en ese sitio, por el necio amor de una doncella. Pero aquí, interrumpiendo un poco nuestro discurso, oigamos de nuevo las lamentaciones del sofista: "¡Per qué, oh Zeus, perdimos el consuelo del ánimo trabajado! ¡Cuan vacío de multitudes está el sitio de Dafne! ¡cuánto más vacío aún el templo! ¡En el sitio en que la naturaleza había fabricado algo así como un puerto en otro puerto: ambos privados de oleajes, pero, con todo, el segundo proporcionador en mayor escala de la tranquilidad! ¿Quién no quedó ahí libre de sus enfermedades, y de sus temores? ¿Quién echó de menos las Islas Afortunadas?" Mas yo pregunto: ¿qué consuelo fue el que perdimos, oh criminal? ¿Cómo es eso de que era el templo más limpio de tumultos, y cómo eso del puerto sin oleajes, precisamente aquel en donde había flautas y tímpanos y crápula y banquetes y embriagueces? Y añades que ¿quién no echó ahí de sí sus enfermedades? Pues yo digo: ¿cuál de los adoradores no contrajo ahí alguna enfermedad, aun cuando antes estuviera sano, digo, la enfermedad más grande de todas?

Porque ese tal adora al demonio y da su asentimiento a la fábula de Dafne y ve la grande insania del demonio de permanecer adherido al árbol y al sitio, una vez devorada ahí su querida; y ¿cómo no concebirá una llama de inmensa locura amatoria con esto? ¡Cuan grande tempestad no se le levantará, cuan grande tumulto interior, cuan grande enfermedad, cuan grande perturbación? Y ¿a esto llamas tú descanso del ánimo? ¿A esto, puerto sin oleajes? ¿A esto, alivio de las enfermedades? ¡Pero nada admirable es que digas cosas contradictorias. Porque quienes están arrebatados por la locura no captan la naturaleza de ninguna cosa tal como ella es, sino que asientan afirmaciones que son contrarias a la verdad de las cosas!

"¡Porque Olimpia no está demasiado lejos!", continúa el vate, para volver con esto nosotros a sus lamentaciones y demostrar cuan grande herida recibieron entonces los gentiles que habitaban aquí en la ciudad y hacer manifiesto cómo el emperador no podía llevar eso en paciencia sino que habría de convertir todo su furor contra la urna del mártir, si no lo detuviera un miedo mayor. ¿Qué dice, pues, el vate? "¡Olimpia no está demasiado lejos. La celebridad convocará a todas las ciudades y ellas llegarán conduciendo bueyes para el sacrificio de Apolo! ¿Qué haremos entonces nosotros? ¿dónde nos ocultaremos? ¿cuál de los dioses mandará que se nos abra la tierra bajo los pies? ¿Qué pregonero o qué trompeta no expresará llantos? ¿Quién llamará fiesta a la de Olimpia cuando una tan próxima desgracia se nos ha echado encima? ¡Dadme el arco de cuerno, dice la tragedia! Pero yo pido además un poco del espíritu profético y de vaticinio, para poder con éste aprehender al autor del crimen y con aquél herirlo mediante las saetas! ¡Oh audacia impía! ¡oh alma impura! ¡oh mano temeraria! ¡Anda por aquí un nuevo Ticio o un Idas, hermano de Linceo, aunque no grande como aquél ni saetero como éste, sino únicamente docto en hacer locuras contra los dioses! ¡Oh Apolo! ¡Tú apaciguaste con la muerte a los hijos de Aloeo que pensaban poner asechanzas a los dioses, mientras que a este otro, que portaba desde lejos el fuego, no lo hirió en el corazón una de tus saetas volando por los aires! ¡Oh diestra enfurecida! ¡oh fuego inicuo! ¿En dónde fue a caer primero? ¿en dónde dio principio la desgracia? ¿acaso habiendo comenzado en el techo, desde ahí avanzó hacia el resto del edificio, y hacia la cabeza aquella del dios, y a la cara y a la copa y a la diadema y la veste talar? ¡Vulcano, el dispensero del fuego, no conminó a éste cuando avanzaba; y eso que debía estar agradecido a Apolo, por los indicios que en otro tiempo le suministró! Pero, ni siquiera Zeus, el que gobierna las lluvias, echó agua sobre las llamas; y eso que fue él

quien extinguió la pira del rey de los Lydos, cuando éste estaba en peligro! ¿Qué palabras le dijo aquel que primero empezaba el combate? ¿de dónde sacó aquel atrevimiento? ¿cómo pudo conservar su ímpetu? ¿cómo no cambió de determinación por reverencia a la hermosura del dios?"

Pero, oh miserable: ¿hasta cuándo entenderás el negocio? Porque afirmas que fue esto obra de manos humanas y andas peleando contra ti mismo, a la manera de los locos. Puesto que si acaso el rey de los persas conducía tan grande ejército que ya había capturado la ciudad y quemado los templos todos y llevaba en las manos las teas y estaba a punto de aplicarlas a este templo, sin duda fue este demonio el que le cambió el pensamiento; ¡porque eso decías tú al comienzo de tus vaciedades! Ahí afirmabas llorando: "Al rey de los persas, uno de los más grandes de entre aquellos que nos hacen la guerra, habiendo ya capturado por traición la ciudad y habiéndola incendiado, cuando se preparaba para hacer lo mismo con Dafne, él le cambió el pensamiento; y habiendo arrojado al suelo la tea adoró a Apolo: ¡hasta tal punto lo ablandó con su vista el dios y lo convirtió!" Si acaso, pues, repito, ese dios que, según tú decías, pudo vencer el furor del bárbaro y un tan grande ejército y escapar de tan grave peligro; ese que, como tú añades, apaciguó con la muerte a los Aloídas que tramaban asechanzas contra los dioses; ese que tan grandes cosas pudo, ése, pregunto yo, ¿cómo no hizo ahora nada parecido? Porque aunque otra cosa no hiciera, a lo menos debió compadecerse de su sacerdote injustamente destrozado, delatando por su parte al autor del crimen.

Y si al tiempo del incendio ese demonio se escapó, por lo menos cuando excavaban las entrañas al miserable sacerdote, colgado de un palo, y cuando interrogado para que declarara al autor del crimen no podía hacerlo ni tenía a quién nombrar, entonces, en verdad, convenía que ese demonio presentara al facineroso y lo entregara a las autoridades o a lo menos lo designara, si es que no podía entregarlo. Ahora, en cambio, abandona ¡ingrato! a su ministro a pesar de verlo injustamente destrozado, y abandona al emperador, el cual, tras de aquel su extraordinario número de víctimas, será burlado. ¡Porque todos se burlaban de él como de un loco furioso y mentecato, cuando él desataba sus iras en contra del mísero sacerdote!

Pues ¿cómo ese que predecía la venida del emperador cuando éste aún andaba lejos (porque eso dijiste antes tú llorando), no vio al que estaba aquí cerca e incendiaba su templo? ¡Y eso que precisamente a ese demonio lo llamáis "vate", mientras a los otros dioses les asignáis otras artes, como si fueran hombres! ¡Le atribuyes la facultad de vaticinar y con todo no le suplicas que comunique contigo algo de su arte! ¿Cómo es que no conoce sus propias calamidades, calamidades que ni siquiera un hombre del vulgo podría ignorar? ¿Acaso estaba dormido cuando comenzó el incendio? ¡Pero sin duda no estaba tan destituido de sus sentidos que no despertara y se levantara en cuanto se le aplicara el fuego y así aprehendiera al que lo inflamaba! ¡En verdad que "los griegos son siempre niños y no hay un solo griego anciano".<sup>30</sup>

Conviene deplorar vosotros la propia estulticia, puesto que ni aun gritándoos las cosas el engaño del demonio, os apartáis de él, sino que, entregándoos a vuestra ruina y echando a perder vuestra salud, sois conducidos, al modo de rebaños, a donde quieren llevaros los dioses, a vosotros los que permanecéis sentados llorando la destrucción de vuestros xoanes. ¡Y luego, pides el arco, y en nada te diferencias del que en la tragedia habla del mismo modo! Pero ¿cómo no será una locura manifiesta el esperar algo de esas armas que no pudieron dar auxilio alguno al mismo que las poseía? Y si tú afirmas



tener un más notable arte y una mayor experiencia que el demonio, convendría ciertamente que a éste no se le adorase, puesto que es más imperito y más débil, aun en las artes en que vosotros decís que sobresale. Y si en ellas le concedes el primer puesto, bien sea en vaticinar o en lanzar dardos ¿cómo es que no poseyendo tú sino una parte de esas artes juzgaste que podías hacer lo que no pudo hacer quien tenía el arte completo?

¡Ridículas son estas cosas! ¡son burla! ¡Porque ni aquel dios tuvo tal arte de vaticinar, ni aunque lo tuviera lo pudiera ejercitar! Porque no fue un hombre, por cierto, el que llevó a cabo «sa obra, sino el divino poder; y luego aclararé el motivo. Pero antes conviene conocer por qué causa el poeta acusa a Hefesto de ingratitud con estas palabras: "¡Y Hefesto, el dispensero del fuego, no amenazó al fuego cuando éste crecía, siendo así que debía estar agradecido a Apolo, por haberle éste anteriormente proporcionado ciertos indicios". ¿De qué gracia antigua se trata? ¿De qué indicios? ¿Por qué ocultas los preclaros hechos de tus dioses? ¡Porque si los mostrares, mostrarías ser Hefesto mucho más desagradecido!

30 Platón, Timeo. El trágico que cita Libanio es Eurípides. Puede verse La Monodia de Libanio en Reisk, t. III, págs. 332-336, Leipzig, 1903.

¡Pero te lo impide el rubor! ¡Bien: entonces nosotros con toda libertad vamos a declarar tus cosas! ¿Cuál es pues aquel favor? ¡Cuentan que Ares en otro tiempo se enamoró de Afrodita. Pero, como temiera de Hefesto, que era el marido de ella, se le acercó cuando observó que el marido estaba ausente. Mas Apolo, como los viera unidos, fue y avisó a Hefesto del adulterio. Vino éste. Los encontró en el lecho. Y así como estaban los ató con cadenas, y luego fue a llamar a los demás dioses al vergonzoso espectáculo, y así se vengó de ellos por el adulterio. ¡De semejante gracia era Hefesto deudor a Apolo; y el sofista dice que de éste se mostró desagradecido precisamente cuando la ocasión pedía otra cosa!

Pues ¿y aquello de Zeus, varón óptimo? Porque también acusas a éste de inhumano cuando dices: "¡Pero ni Zeus, el que gobierna las lluvias, echó agua sobre la llama: y eso que había extinguido la pira del rey de los Lydos cuando éste estaba a punto de perecer! —Bellamente nos has traído a la memoria al rey de los Lydos. ¡Porque también a ese rey lo engañó este demonio hinchándolo de vanas esperanzas y arrojándolo a su manifiesta ruina! Y si no hubiera sido porque Ciro se mostró humano, de nada le hubiera aprovechado Zeus. Por lo mismo, en vano culpas a Zeus de haber preferido al rey Lydo a su hijo. Porque ni a sí mismo pudo auxiliarse cuando en la ciudad en donde sobre todo era adorado, es a saber en la de Rómulo, fue herido por un rayo.

Pero oigamos el resto de la lamentación. "¡Oh varones! ¡el ánimo me arrastra hacia la imagen del dios, y el pensamiento me pone delante de los ojos su figura: la suavidad de sus formas, la delicadeza de su cutis a pesar de estar expresada en la piedra, el ceñidor que junto al pecho le sujetaba la túnica de oro, de manera que unos pliegues iban hacia abajo y otros hacia arriba! Toda su forma ¿a quién, aunque estuviera ardiendo en ira, no lo aplacará? ¡Porque era en todo semejante a quien está entonando un cantar! ¡Más aún: hubo quien lo oyera, según cuentan, pulsar la cítara al medio día! ¡Oh bienaventurados oídos! ¡Y el canto quizá era una alabanza de Gea, a la cual me parece que él libaría en una áurea copa, a causa de haber ocultado a la doncella, abriéndose y cerrándose luego!"

En seguida, llorando un poco sobre el incendio, dice: "¡Gritaba el caminante al subir la llama, y la sacerdotisa del dios se conturbaba en el bosque de Dafne! ¡Entonces los golpes de pecho y el agudo alarido, traspasando aquel sitio poblado de árboles, llegó hasta la ciudad, horrendo y vehemente! El ojo del príncipe, que comenzaba a penas a gustar del sueño, se abrió con la amarga noticia y él se levantó del lecho. Y, transido de furor, pidió alas a Hermes, y se apresuró a buscar las raíces mismas del mal, de manera que no ardía interiormente menos que el templo! ¡Las vigas se desplomaban llevando consigo el fuego que consumía lo que más cerca encontraba; y desde luego al dios Apolo, porque estaba poco distante del techo, luego los demás adornos y las estatuas de las Musas que ahí estaban colocadas y los resplandores de piedra y la belleza de las columnas. Y la turba estaba en derredor llorando y sin poder prestar auxilio, como les sucede a quienes desde la ribera contemplan un naufragio, cuyo único auxilio es llorar. A la verdad, las Ninfas, saltando desde las fuentes, movieron grandes lamentos, y lo mismo Zeus que ahí cerca estaba los lanzó, como era debido, pues se derrumbaba el honor de su hijo. Ingente fue también el lamento de Genios infinitos que en el bosque vivían; y no levantó menor llanto en medio de la ciudad Caliope al quedar herido por el fuego el coro de las musas". Y luego hacia el fin, dice el sofista: "¡Ojalá, oh Apolo, te presentes ahora, tal como te dispuso Crises cuando conminaba a los aquivos; lleno de ira y semejante a la noche, para obsequiarte las vestiduras y restituirte cuanto fue consumido! ¡Se nos arrebató lo que honrábamos, como si un esposo se apartara al tiempo en que se tejen las coronas!"

Tal fue la lamentación. O mejor dicho: estas son unas pocas partes de aquella lamentación. Pero a mí me acontece admirarme de que el sofista crea que el dios es honrado precisamente por las cosas que debían avergonzarlo. ¡No pone en medio cosa mejor que a un joven lascivo y obsceno, y lo presenta cantando al medio día con la cítara, y añade que el argumento del cantar no era otro que su querida, y llama bienaventurados los oídos que aquel canto torpe percibieron! Y aquello de que algunos de los que habitan en Dafne y de los circunvecinos derramaron lágrimas, y aquello de que el príncipe de la ciudad se enfureció, pero no hizo otra cosa que lamentarse, todo eso nada tiene digno de admiración. Y lo otro de que diga que los dioses todos anduvieron igualmente desprovistos de consejo y que se contentaron con llorar allá entre sí mismos, y que nada pudieron contra el incendio ni Zeus ni Caliope ni la frecuente y abundante turba de los Geniecillos, ni las Ninfas mismas, sino que todos no hicieron otra cosa que lanzar gemidos, todo es en verdad el exceso del ridículo. Porque, que haya sido grave el daño que sufrieron es manifiesto por lo dicho, ya que el mismo sofista, en la mitad de sus necedades, confiesa que recibieron ahí una herida mortal.<sup>31</sup> De manera que el emperador no hubiera llevado todo esto en paciencia a no ser que estuviera poseído de un miedo y un terror mucho mayores.

Falta solamente que expongamos por qué Dios no desató su ira en contra del emperador, sino en contra del demonio; y por qué motivo el fuego que consumió el techo y destruyó al ídolo, no consumió todo el templo. Porque estas cosas no sucedieron al acaso y sin razón, sino que todas acontecieron por la clemencia de Dios en favor de los que andan errados. Porque El conoce todas las cosas antes de que sucedan, de manera que tenía ya conocidas éstas y otras juntamente: es, a saber, que si hubiera El fulminado el rayo contra el emperador, se habrían aterrorizado por algún tiempo los que se hubieran hallado presentes y hubieran visto eso; pero una vez pasado el segundo o el tercer año, habría perecido la memoria del suceso y habría habido muchos que no creyeran en el milagro. En cambio, si se incendiaba el templo, Dios manifestaría su ira en una forma

más clara dando un pregón no solamente a los que entonces existían sino también a los pósteros, de manera que se quitara toda ocasión de ocultar lo sucedido, si es que algunos impudentemente quisieran hacerlo.

31 La Monodia de Libanio se puede considerar desde el punto de vista del paganismo, a la luz del cristianismo, y naturalmente resulta deplorable; o bien a la luz de la creación poética, como tantos otros himnos paganos, y en este caso hay que dar otro juicio muy distinto del que aquí ofrece san Crisóstomo. Y es curioso que se exprese así de su profesor.

Porque ahora, todos los que visitan aquel sitio se impresionan de tal manera como si el incendio hubiera sucedido hace poco, y los invade un cierto terror, y mirando al cielo al punto alaban el poder de Aquel que tales cosas llevó a cabo. Porque así como si alguno, habiendo destrozado la guarida y morada de un jefe de ladrones, luego lo sacara atado; y habiendo arrebatado todos sus haberes, dejara aquel sitio destinado a guarida de fieras y grajos, cualquiera que llegara a ese escondrijo, en cuanto viere el lugar, se imaginaría las expediciones y hurtos del que había habitado aquel sitio, así sucede acá. Quienquiera que ve desde lejos las columnas, y luego, habiéndose acercado, traspasa el dintel de ese templo, al punto se pinta en su imaginación y en su mente la abominación del demonio y sus- engaños y asechanzas; y se retira de ahí con la admiración de la ira y del poder de Dios.

De manera que el sitio que anteriormente era escondrijo del error y la blasfemia, ahora es motivo de cantar alabanzas. ¿Tanto puede nuestro Dios con su arte? Y estas maravillas no se operan ahora por vez primera, sino ya desde las anteriores generaciones. Pero no es propio del momento presente enumerarlas todas. Sin embargo, voy a recordar una del todo semejante. Como hubiera estallado la guerra en Palestina entre los judíos y algunos extranjeros, los enemigos obtuvieron la victoria y arrebataron, como despojo de guerra, el arca de Dios y la consagraron a cierto ídolo cuyo nombre era Dagón. Y cuando por primera vez el arca fue introducida allá, el ídolo cayó por tierra. Pero, como por este suceso aún no comprendieran el poder de Dios, sino que de nuevo levantarán la estatua y la colocaran en su pedestal, al día siguiente, hacia la aurora, se acercaron y de nuevo encontraron la estatua por tierra, pero además hecha pedazos. Porque las manos, arrancadas de los hombros, habían saltado hasta junto al dintel del templo, y la otra parte de la estatua fue encontrada hacia otro lado lanzada.

También la tierra de los sodomitas (para comparar las cosas pequeñas con las grandes) fue consumida toda con sus habitantes por el fuego; y permaneció para siempre estéril, a fin de que no solamente los hombres de aquella época sino también todos los demás que después habían de existir, por la vista misma del sitio se excitaran a mejorarse. Pues si la venganza divina hubiera tocado únicamente a los hombres, se habría hecho increíble una vez pasado aquel acontecimiento. Por esto el flagelo tocó al sitio mismo que no puede destruirse con el tiempo, y en cambio amonesta a todas las generaciones, diciéndoles que hay una ley divina de que quienes tales cosas hacen tales cosas padezcan, aunque a las veces no sufran, como sucedió en el caso de este templo, inmediatamente el castigo.

Hace ya veinte años 32 desde entonces, y con todo, ninguna de las partes del edificio que perdonó el fuego se ha derruido; sino que las que escaparon del incendio están en pie, y están de tal manera firmes que pueden durar cien años y aún dos veces más que

eso, y más que esos doscientos con mucho. ¿No es acaso maravilloso que de las columnas ni una sola, aunque separada de las otras, haya venido al suelo? Porque de las que estaban en la parte posterior del templo, sólo se quebró una, y ésta no se cayó al suelo, sino que quedó removida de su base, pero reclinada en la pared; de manera que su parte inferior hasta la quebradura se apoya en el muro en forma inclinada.

Y desde la rotura hasta el capitel quedó doblada y sostenida por la parte inferior. Y aunque los vientos han soplado con vehemencia y han sobrevenido terremotos y se ha sacudido la tierra, esas reliquias de aquel incendio no se han conmovido, sino que permanecen erectas, casi clamando de este modo que ellas han sido conservadas así para la enmienda de los pósteros.

Y ciertamente, que esta haya sido la causa de que el templo no se haya derribado del todo, lo puedes afirmar en absoluto. Y cuanto a que el rayo no se dirigiera contra el emperador, si bien examinas, podrás encontrar un segundo motivo, nacido de la misma fuente, o sea de la benignidad y clemencia de Cristo.

Porque para eso apartó el fuego de la cabeza del emperador y lo arrojó sobre el templo: para que aquél, enseñado con las desgracias ajenas, evitara el castigo propio ya preparado y cambiara de vida y quedara libre del error.

32 La expresión del Crisóstomo 'ISov yág sinoaróv exoq iazív ef enÍvov no se puede tomar a la letra ni como base cronológica para determinar el año en que escribió este Discurso o Libro. El santo habla con aproximación. Así, vg., lo hace en la Homilía Tercera sobre el Incomprensible en donde dice también que hace 20 años de la muerte de Juliano. Pero la Homilía es ciertamente del 386, mientras que Juliano había muerto en 363, o sea 23 años antes. Y hablando en general, poco se cuidaban en aquellos tiempos los oradores de las exactitudes cronológicas.

Y no fue esta ni la primera ni la única señal que de su poder dio Cristo, porque dio además otras muchas no menores. Puesto que también el tío del emperador y el tesorero acabaron así su vida. Además de que, habiendo invadido el hambre la ciudad, juntamente con su llegada hubo también una sequía tal como nunca se había visto antes hasta el día en que el rey ofreció sacrificios a las fuentes. Y otros muchos sucesos que acontecieron ya entre el ejército, ya en las ciudades, pudieran haber doblegado aun a un ánimo de piedra; y esto no solamente por su muchedumbre, ni porque todos se seguían inmediatamente a los crímenes, como antiguamente en el tiempo del rey de los egipcios, sino además porque tales milagros se verificaban cada uno de por sí e independientemente, de manera que no necesitaban apoyarse unos en otros para la conversión de quienes los veían, puesto que cada uno de ellos era suficiente de por sí para llevar a dicha conversión.

Para omitir otros, ¿a quién, aun de los hombres más necios, no habría aterrorizado el milagro que se verificó acerca de los fundamentos del antiguo templo de Jerusalén? ¿Cuál fue ese milagro? Como viera el tirano la fe de Cristo difundida por todo su imperio, y que ya se entraba por los confines de los persas y de otros bárbaros más alejados aún, y que aun había ido más allá de eso y, por decirlo así, llenaba todo el orbe de la tierra, se dolía y se atormentaba en su ánimo, y preparaba una guerra contra las iglesias. ¡Ignoraba el infeliz que daba coces contra el aguijón!

Y en primer lugar, se empeñó en restaurar el templo jerosolimitano que el poder de Cristo había derruido desde sus cimientos; y siendo él gentil andaba ayudando en las cosas de los judíos, queriendo por ahí hacer experiencia del poder de Cristo.<sup>33</sup> Por esto, habiendo llamado algunos judíos y habiéndolos obligado a ofrecer sacrificios, pues alegaba que los antepasados de ellos habían usado ese modo de culto, como los judíos se re 33 Ya se ha hecho notar diversas veces (véase, vg. Mourret, Hist. Gen. de l'Eglise, t. II, págs. 197-198), que la nueva religión que Juliano quería imponer era una especie de paganismo remozado o bien impregnado de un eclecticismo curioso, en que entraba algo de cada una de las religiones entonces predominantes. San Crisóstomo lo supone simplemente gentil. Cuanto al auxilio dado a los judíos fue como el dispensado a los arrianos, etc. La idea de Juliano era darles libertad a todos, para que todos se pelearan entre sí, y tuviera él mayor facilidad de llevar adelante su nueva religión.

fugiaran en la excusa de afirmar que no les era lícito hacer eso estando el templo derruido ni tampoco fuera de su metrópoli, les ordenó que tomaran dineros del tesoro imperial, y todo lo demás que necesitaran para la fábrica, y se fueran y restauraran el templo y restablecieran la antigua costumbre de los sacrificios.

Entonces aquellos necios, que erraban desde el vientre, y que aun en sus canas necesitaban de las instrucciones propias de los niños, se fueron a poner en ejecución la empresa, con el favor del emperador. Pero al punto en que comenzaron a excavar la tierra, salió fuego de los cimientos el cual inmediatamente los consumió. Como esto se le comunicara al emperador, no se atrevió a ir adelante en lo comenzado, porque se lo impedía el miedo. Y sin embargo, no quiso libertarse del error del demonio al que enteramente se había sujetado. A pesar de todo sí se aquietó un poco. Mas, algún tiempo después de nuevo emprendió aquella vana obra; aunque no se atrevió a reconstruir el templo antiguo, sino que nos acometió por otro lado y como mediante guerrillas y desde lejos. A luchar abiertamente daba largas; y la razón primera y principal era porque estaba persuadido de que en vano lo intentaría; y la segunda porque no quería darnos ocasión a que nos ciñéramos la corona del martirio.

Para él, en efecto, era esto lo más intolerable, y más duro que cualquiera desgracia: el que alguno sacado al medio en público, perseverara en los tormentos hasta la muerte en defensa de la verdad: ¡tan profundamente se había declarado enemigo nuestro! ¡Sabía muy bien, sabía que si él se atreviera a esto último, todos darían su vida por Cristo! Pero, siendo como en realidad lo era, maligno y astuto, en todas partes dejaba libres a todos aquellos a quienes sus prelados habían castigado por algún pecado o eran removidos de alguna prelacia; y daba con esto poder a los más malvados y destrozaba las leyes de la Iglesia y hacía brotar los gérmenes de pugna entre los mismos cristianos; porque esperaba que así serían fáciles de vencer, si ellos mismos se consumían mediante una lucha intestina.

Ordenó, además, que un tal Estéfano, hombre de perversa doctrina y de vida malvada, y por estos motivos depuesto de su prelacia eclesiástica, ocupara de nuevo la cátedra sagrada.

Y procuraba en cuanto le era posible acabar con el nombre de Cristo, y en los edictos nos llamaba galileas en vez de cristianos; y exhortaba a los demás príncipes a hacer otro tanto. Pues bien, como iba diciendo, entre los milagros que sucedieron del hambre y la sequía, él perseveraba en su impudencia y endurecimiento. Y como hubo de emprender

una expedición contra Persia, marchó allá con tan grande aparato como si fuera a devastar todas las naciones de los bárbaros; y al mismo tiempo nos echaba encima infinitas amenazas; y se jactaba de que a su regreso nos acabaría y borraría de la tierra. Esta guerra contra nosotros le parecía más dura que la misma pérsica; y por esto, hasta no haber rematado aquella menor, no creía que debía emprender esta otra mayor.

Estas cosas nos las contaron aquellos mismos que intervenían en su Consejo y eran sus secretarios. Ardiendo, pues, en furor contra nosotros y avanzando cada vez más en su insania, nunca se afirmaba en un mismo parecer, sino que andaba de un lado a otro; y dejando a un lado a veces su propósito, primero nos amenazaba de nuevo con la persecución. Y como Dios quisiera reprimirlo y contener su furor, le dio esta nueva señal de haber arrojado el fuego sobre el templo de Dafne.

Con todo él ni aun así se aplacó. Más aún: como ya reventara por el ansia de devastar nuestras greyes, ni siquiera esperó al tiempo que él mismo se había señalado de antemano; sino que, habiendo de cruzar el Eufrates, procuraba ya hacer experiencia en sus soldados. Y así, habiendo corrompido a unos pocos mediante la adulación, no quiso, con todo, apartar de su ejército a los demás que se le resistían, porque temió que si los separaba, se debilitaría su fuerza militar delante de los persas. ¿Quién podrá referir los males que de ahí se nos siguieron, más terribles ciertamente que aquellos del desierto, y del mar, y de Egipto, en el tiempo en que el rey fue castigado y todos los demás sumergidos en las aguas? Porque a la manera que entonces, una vez que el egipcio no quiso ceder ante ninguna de las plagas ni arrepentirse, finalmente Dios procedió a perderlo con todo su ejército, del mismo modo ahora, una vez que el rey impudentemente se enfrentó a todos los prodigios de Dios y ninguna ganancia reportó de ellos, sino que permaneció sin enmienda, Dios lo envolvió en males extremos, con el fin de que ya que él no había querido reducirse a mejor modo de proceder por las calamidades de los otros, los otros quedaran enmendados con la ruina de él.

Porque el que había llevado consigo miríadas de soldados, tantas cuantas ningún emperador había antes llevado; y esperaba capturar a Persia con sola su entrada y sin trabajo alguno, condujo la empresa de un modo tan miserable y tan infeliz, como si hubiera llevado consigo un ejército de mujeres o de niños y no de varones. Pues en primer lugar, por su falta de prudencia los puso en tan apurada situación que hubieron de devorar las carnes de los caballos, y unos perecieron consumidos por el hambre y otros por la sed. Y, como si hubiera llevado su ejército en favor de los persas, y no para capturarlos sino para entregarles a los suyos, así los encerró en lugares estrechos y los puso en manos de sus enemigos únicamente no atados. ¡Ninguno, ni aun de aquellos que las vieron y las experimentaron, podría hacer el recuento de las calamidades que allá les acontecieron! ¡hasta tal punto superaron ellas toda medida!

Mas, para decirlas abreviadamente, sucedió que muriera aquél de una manera miserable y vergonzosa; porque unos dicen que cayó herido por un cierto portador de matalotaje, indignado por las cosas que estaban sucediendo, y otros afirman que ni siquiera se supo quién había sido el asesino; y que solamente rogó el rey, ya herido, que se le diera sepultura en Cilicia, en donde ahora yace. Pues como aquél hubiera muerto así de vergonzosamente, y como los soldados se vieran en peligro extremo, hubieron de acercarse a los enemigos en forma de suplicantes, tras de obligarse bajo juramento a entregarles el presidio mejor fortificado y que servía como de muro a nuestras fuerzas, muro inexpugnable; y por haber encontrado humanos a los bárbaros, pudieron de esta

manera escapar. Y de muchos que eran volvieron pocos, y éstos enfermos del cuerpo y con la vergüenza del pacto celebrado, y obligados por los juramentos a ceder de las posesiones de sus padres.

¡Era de verse aquel espectáculo más miserando que cualquier cautividad! Porque los ciudadanos de aquella ciudad donde estaba el presidio de la que ellos esperaban gracia, puesto que se habían constituido a manera de propugnáculo y defensa de todos cuantos estaban dentro de los límites de ella, y los habían colocado como en un puerto seguro, tras de acometer en favor de dichos ciudadanos toda clase de peligros, fueron precisamente de los que mayores hostilidades soportaron. Y así hubieron de trasladarse a tierra extraña abandonándoles sus campos y sus casas, ¡ellos arrancados de las propiedades paternas y padeciendo todo eso de parte de sus mismos domésticos! ¡Semejante fruto fue el que recogimos nosotros del servicio de ese egregio emperador!

Y todo esto lo hemos dicho no al acaso y sin razón, sino para responder a quienes preguntaran por qué Dios no castigó desde el principio al emperador. Porque quiso Dios muchas veces apartarlo del siguiente impulso de rabia, a él ya furioso, y enmendarlo mediante el ejemplo de los males ajenos. Pero como él recalcitrara, al fin lo arrojó a los daños extremos, aunque reservando para aquel día grande del juicio el verdadero castigo de sus pecados. Con esto, al mismo tiempo excitaba a los más descarados a volverse a un mejor género de vida. Porque tan grande es la paciencia de Dios que a quienes abusan de ella al fin les manda penas mayores; lo cual, así como para los pecadores que hacen penitencia resulta útil, para los empecinados resulta causa de mayor castigo.

Y si alguno preguntara: ¿Qué pues? ¿acaso no sabía Dios que el tirano jamás había de enmendarse? A ése le contestaremos que ciertamente Dios lo previó; pero que ciertamente también jamás Dios a causa de la previsión de nuestra malicia dejará de hacer sus propios planes. Aunque nosotros despreciemos sus avisos, El, a pesar de todo, demuestra su benignidad. Y si con todo, caemos en males mayores, esto no es asunto de El, puesto que no nos soportó por tan largo tiempo precisamente con el pensamiento de que pereciéramos, sino para que nos salváramos: ¡perecemos por culpa nuestra, por haber despreciado su paciencia! Y de este modo se manifiesta su inmensa bondad. Por que cuando no queremos aprovecharnos de su grande paciencia, entonces El la convierte en ganancia mayor de otros, y así de muestra por todas partes al mismo tiempo su bondad y su sabiduría. Que fue lo que entonces sucedió.

De esta manera terminó su vida aquel tirano, pero quedan en pie los monumentos de su locura a la par de los del poder del bienaventurado Babylas: es a saber, por una parte el templo aquel abandonado y por otra el otro templo que mantiene la misma antigua virtud. En cambio, la urna ya no será devuelta. Y lo ha proveído así Dios con el objeto de que la noticia de las hazañas de Babylas quede manifiesta. Porque todo peregrino que se llegue a ese lugar y busque al mártir, al punto, al ver que no se encuentra ahí, preguntará el motivo; y de este modo se irá de regreso, llevando consigo el conocimiento de la historia íntegra de los hechos y habiendo conseguido una ganancia mayor que antes. Con esto, así al acercarse a Dafne como al retirarse, habrá obtenido la suma utilidad.

Tal es la virtud de los mártires, ya durante su vida, ya también en su muerte, ya presentes en un sitio o ya ausentes de él. Porque desde el principio hasta el fin sus obras fueron engarzándose en una serie continua: si adviertes a las leyes divinas, él las vindicó

al exigir el debido castigo por la muerte de aquel joven, y mostró cuánta sea la diferencia entre el imperio y el sacerdocio. Por otra parte, destruyó todo el fausto del mundo, pisoteó las pompas mundanas, enseñó a los emperadores a no extender su potestad más allá de los límites que Dios le ha señalado, y amaestró a los sacerdotes acerca de cómo conviene portarse en su prelación.

Todo esto y más que esto hizo el mártir mientras vivía. Pero en cuanto emigró de aquí, debilitó la fuerza del demonio, refutó el error de los gentiles, descubrió la vanidad de los augurios, desgarró el disfraz del oráculo, y puso del todo manifiesto su arte de histrión, obligando a enmudecer al que parecía dominar en el oráculo, y con grande violencia lo venció. Ahí están ahora en pie los muros del templo y predicán a todos la ignominia del demonio y su burla y su imbecilidad, y a la vez las victorias y las coronas y el poder del mártir. ¡Tan grande es la fortaleza de los mártires y tan invicta y formidable, así para los emperadores como para los demonios!<sup>3i</sup>

2i Uno de los Códices termina este Discurso o Libro con la consabida doxología propia del Crisóstomo: "Porque del Señor Nuestro Jesucristo es único el reino y la fuerza, y a El conviene la gloria juntamente con el eterno Padre y el eterno Espíritu santo, ahora y siempre por infinitos siglos de los siglos. Amén". Pero semejante final, que no dice con el modo terminar del Libro, fue "sin poder dudarlo, añadido por algún graeculo librarlo", advierte Montfaucon (vol. II, pág. 689, nota).

10

## **X HOMILÍA encomiástica en honor de SAN BARLAÁN, mártir.**

La fiesta de san Barlaán se anunciaba en el Menologio manuscrito de los griegos, lo mismo que en el Martirologio romano, el 16 de noviembre. Otros Menologios griegos la colocaban el 19 de ese mes. Pero en los tiempos del Crisóstomo se celebraba en época muy diversa, como se desprende de la Homilía del santo sobre aquello del Apóstol: No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, etc. Esta Homilía fue pronunciada al día siguiente de la fiesta del santo Barlaán, como lo afirma ahí el sanio Doctor, pero fue en la primavera. Cuanto al sitio en que se predicó, sin duda fue en la ciudad de Antioquía, en cuyos campos, como en ella se dice, había grande cantidad de sepulcros de mártires, a donde solían ir los ciudadanos que deseaban venerar la memoria de ellos y alcanzar su patrocinio. Y esta era costumbre antioquena. Más aún: hacia el fin de la Homilía el santo pide oraciones de todos los prelados. En Constantinopla, en cambio, él era el común prelado de todos. Cuanto al año no se pueden formar ni siquiera conjeturas por falta de indicios.

CONVOCADO NOS HA EL BIENAVENTURADO BARLAÁN a la solemnidad presente, mas no precisamente para que lo alabemos, sino para que lo imitemos; no para ser oyentes de sus alabanzas, sino émulos de sus preclaras empresas. Sucede en los negocios humanos que quienes son exaltados a las supremas magistraturas, nunca quisieran ver a otros asociados en la misma magistratura y prerrogativa de honor; porque ahí la envidia y los celos cortan por medio la caridad. Pero en los negocios espirituales no sucede así, sino todo lo contrario; porque entonces los mártires alcanzan el sentido pleno de sus propios honores, cuando ven que sus consiervos han logrado



llegar a ser participantes de sus mismos bienes. De modo que quien quiera alabar a los mártires imite a los mártires. Si alguno desea ensalzar con sus discursos a los atletas de la piedad, emule sus trabajos: esto deleita a los mártires no menos que sus propias buenas obras.

Y para que comprendas cómo alcanzan ellos principalmente el sentido pleno de su felicidad cuando nos ven a nosotros ya colocados en sitio seguro; y que esto lo juzgan como supremo honor suyo, escucha lo que dice Pablo: ¡Ahora tenemos vida, si vosotros permanecéis en el Señor! <sup>1</sup> Y por cierto, antes que Pablo, ya decía Moisés a Dios: ¡Si perdonas su pecado, perdónalo! Pero si no, ¡bórrame del Libro que has escrito! ¡Es que no tengo gusto en el honor celeste a causa de la calamidad que éstos sufren! La reunión de los fieles tiene la estructura y contextura del cuerpo. Por esto ¿de qué sirve a la cabeza el que sea coronada cuando sufren los pies?

Pero ¿cómo podremos imitar a los mártires?, dirá alguno. Porque ahora no es tiempo de persecuciones. ¡Lo sé perfectamente! ¡No es tiempo de persecuciones, pero sí de martirio! ¡No es tiempo de luchas como las de ellos, pero sí de coronas! ¡No nos persiguen los hombres, pero sí los demonios! ¡No nos atormenta el tirano, pero nos atormenta el demonio, que es más cruel que todos los tiranos! ¡No tienes delante ni ves los carbones encendidos, pero en cambio ves las encendidas llamas de la concupiscencia! ¡Aquéllos pisotearon las brasas, tú pisotea los encendimientos de tu naturaleza! ¡Aquéllos lucharon con las bestias, tú refrena la bestia indómita de la ira cruel! ¡Ellos se mantuvieron firmes entre intolerables dolores, tú vence los pensamientos locos y perversos que pululan en tu corazón! ¡Así imitarás a los mártires! Porque ahora, no es nuestro combate contra la carne y sangre sino contra los príncipes, contra las potestades, contra los que rigen este mundo de tinieblas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> 1 Tesal, III, 8; y Exod. XXXII, 31-32. <sup>1</sup> Efes., VI, 12.

La concupiscencia de la naturaleza fuego es inextinto y perenne, perro rabioso y furioso: aunque mil veces lo rechaces, mil veces te acomete y no desiste. Cruel es la llama de los carbones, pero es más vehemente la llama de la concupiscencia. Nunca logramos una tregua en este combate; nunca logramos que cese mientras en este mundo vivimos; sino que la lucha es perpetua a fin de que sea espléndida la corona. Por este motivo Pablo nos arma siempre, porque ahora es tiempo de guerra y el enemigo siempre vigila. ¿Quieres comprender cómo la concupiscencia quema no menos que el fuego? Escucha a Salomón que dice: ¿Andará alguno sobre carbones encendidos y no se quemará los pies? ¡Pues así es quien se acerca a la mujer de su prójimo y la toca: no saldrá sin daño! <sup>3</sup> ¿Ves cómo la naturaleza de la concupiscencia emula a la del fuego? Puesto que así como no puede suceder que quien toca el fuego no se queme, así el aspecto de los rostros hermosos inflama, más velozmente que el fuego, el alma de quien los contempla impudentemente. De manera que, al modo de una materia fácil para inflamarse, así los cuerpos hermosos se presentan a las miradas de los ojos lascivos.

Por esta causa no conviene ofrecer como alimento al fuego de la concupiscencia la forma exterior; sino más bien, por todas partes cohibirlo, extinguirlo con piadosas meditaciones, y refrenar el incendio que se extiende cada vez más allá, y no permitir que venga por tierra la constancia de nuestro ánimo. Por cierto, toda voluptuosidad, mientras prevalecen las perturbaciones que causa, suele inflamar el ánimo con mayor vehemencia que el fuego; a no ser que con fortaleza y paciencia se luche contra cada

una de esas perturbaciones, como lo hizo el bienaventurado y generoso atleta de Cristo Barlaán, con su mano en el fuego, cuando recibió en ella toda una pira y no cedió al dolor, sino que se portó como si estuviera menos sujeto a los dolores que lo está una estatua. Más aún: ¡sentía el dolor y lo padecía, porque no era de hierro el que sufría, sino un cuerpo mortal; pero a pesar del sufrimiento y del dolor, demostraba en sí el fuerte ánimo de las Virtudes incorpóreas, y eso estando todavía en cuerpo mortal.

' Prov., VI, 28-29.

Pero tomaré la narración de su martirio de más arriba, para que la historia aparezca con toda claridad. Y tú, oyente, considera la malicia del demonio. Porque a unos santos los sumergió en una sartén, a otros en calderos que poderosamente hervían al fuego, de otros destrozó los costados, a otros los arrojó al mar; a éstos los echó a las fieras, a aquéllos al horno, a los de más allá les descoyuntó los miembros, a los de acullá les arrancó la piel, vivos aún; o bien les puso carbones encendidos, aplicados a sus miembros ya ensangrentados, de manera que las chispas de fuego saltaban por sobre las heridas y mordían las llagas más ferozmente que una fiera; a otros finalmente les buscó otros más graves suplicios. Pero, una vez que vio cómo todos estos suplicios eran despreciados; y cómo los que los habían padecido los superaban con grande facilidad y excelente virtud, y con esto, a quienes habrían de ir tras ellos y bajar a los mismos tormentos, les habían dado ocasión de grande confianza en la victoria, ¿qué hizo? ¡Discurrió un nuevo género de asechanzas para herir y vencer el ánimo del mártir con un suplicio inesperado y hasta entonces no acostumbrado!

Porque lo que ya se ha oído y es conocido, aunque sea intolerable fácilmente se desprecia por medio de la consideración, cuando se le ve venir. En cambio, lo que es inesperado, aunque sea cosa leve, resulta del todo intolerable. ¡Venga, pues, un combate novedoso, una artimaña inusitada a fin de que con su nueva e insólita presencia, domine al atleta así perturbado! ¿Qué es, pues, lo que hace? Saca de la cárcel al santo aún atado. ¡Porque también esto fue una malicia suya: el no aprontar desde un principio todos los peores instrumentos de suplicio ni los tormentos más horrendos, sino comenzar la lucha con otros menores! Y esto ¿por qué? ¡Con el objeto de que si los que luchaban quedaban vencidos, su derrota fuera más vergonzosa, ya que no habían resistido ni a los tormentos menores; y en cambio, si salían vencedores y triunfaban, todavía pudieran ser fácilmente vencidos con los tormentos más graves, una vez que los otros menores hubieran ya quebrantado su fortaleza. Por esto, pues, comenzó por los tormentos menores; para que, venciera o no venciera, el final fuera como lo deseaba. Porque si venzo, se decía, los burlaré; y si no venzo, los dejaré más débiles para los futuros combates.

Así, pues, saca de la cárcel al mártir, y éste caminaba como un atleta que por mucho tiempo se ha ejercitado en la palestra. Porque palestra del martirio era la cárcel; y en ella, hablando aparte con Dios, aprendía el mártir todos los artificios de la lucha: porque en donde hay semejantes ataduras, ahí está Cristo. Salía, pues, robustecido por la larga estancia en la cárcel. Y una vez que el demonio lo hubo conducido al medio por manos de aquellos que le servían de ministros para semejante maldad, no lo ató al ecúleo, no lo rodeó de verdugos carniceros: porque veía que todo eso el mártir ya lo anhelaba y lo tenía sobremanera meditado. Sino que a semejante fortaleza aplicó una máquina de combate desacostumbrada y nueva, y no temida de antemano, con la que fácilmente pudiera echarla por tierra. Porque esto es precisamente lo que en todos los mártires más

cuida: no precisamente atormentar a los santos con el dolor, sino vencerlos.

¿Cuál es, pues, esa máquina? ¡Le ordenó extender la mano con la palma hacia arriba encima del altar; y luego le pusieron en ella carbones e incienso, con el objeto de que, si por el dolor, él diera vuelta a la mano, aquello se le imputara como si hubiera ofrecido el sacrificio, y hubiera pecado, y hubiera caído. ¿Observas cuan astuto es el demonio? Pues observa también cómo Aquel que coge a los sabios en sus propias astucias,<sup>4</sup> volvió inútiles los artificios del demonio y convirtió en aumento y colmo de gloria para el mártir el cuidado y diligencia que el diablo puso en sus artimañas y en el refinamiento de sus malicias. Porque cuando el adversario, tras de poner en práctica innumerables y astutas ilegalidades, queda vencido, entonces el atleta de la piedad sale más resplandeciente: ¡que fue lo que en este caso aconteció! Porque el bienaventurado Barlaán permaneció inmóvil, sin inclinar ni dar vuelta a la mano, como si la tuviera hecha de hierro. Aunque a la verdad, ni aun en el caso de que la mano hubiera dado la vuelta, habría esto sido pecado en el mártir.

Pero ahora poned todos diligente atención, para que entendáis cómo ni aunque la mano hubiera dado la vuelta, ni aun así había que estimar al mártir como vencido. ¿Cómo es esto? Porque por cierto, así como juzgamos de aquellos a quienes les aran los costados o son atormentados de otro modo cualquiera, así debemos también juzgar de éste. Puesto que si aquéllos ceden y ofrecen el sacrificio, entonces la culpa recae sobre su debilidad, a causa de que sacrifican por no poder sobrellevar los dolores. En cambio, si perseveran en los tormentos y se duelen de lo que sufren, pero no traicionan su religión, nadie les imputa, por los dolores que sufren, una derrota. Al contrario: por eso mismo los alabamos y los ensalzamos más aún, porque a pesar de los dolores, perseveraron y no negaron la fe.

<sup>4</sup> Job, V, 13.

De manera que este bienaventurado Barlaán, al no poder soportar los dolores, si hubiera prometido sacrificar habría sido vencido; pero, si acaso sin ceder él en la confesión de su fe, la mano se le hubiera dado la vuelta, eso ya no sería culpa del mártir. Puesto que si no por debilidad de la voluntad se le hubiera dado vuelta la mano, evitando el fuego, eso habría acaecido por la debilidad de la naturaleza de los nervios, destituida de su propio vigor. Porque, así como no acusamos a aquellos a quienes les raen los costados porque se les caigan las carnes; o mejor aún, para poner un ejemplo más apropiado, así como a quienes sufren un espasmo o una fiebre, nadie los acusa porque su mano se encorve, puesto que no les sucede eso por culpa de su pereza sino porque el ardor de la enfermedad consume los humores, y así la articulación de los miembros antinaturalmente se contrae: así tampoco en este santo, si acaso se le hubiera doblado la mano, nadie podría acusarlo. Porque si la fiebre, por su natural mismo, suele contraer los miembros del enfermo y dislocarlos, mucho más lo pudieron hacer, aun contra la voluntad del mártir, las brasas colocadas sobre su diestra.

¡Y con todo, no lo lograron! Y esto para que conozcas am-plísimamente que esto lo hizo por la gracia de Dios que estaba operando juntamente, y robustecía al atleta y corregía la debilidad de la naturaleza. Porque en todo esto, aquella mano no se comportaba ciertamente conforme a lo que su condición y debilidad pedían, sino que, como si estuviera hecha de diamante, así permanecía inmóvil. ¿Quién, observando esto en aquellos momentos, no se habría admirado? ¿quién no habría sentido escalofrío?

¡Desde el cielo miraban los ángeles y contemplaban los arcángeles aquel espectáculo, que por su brillo superaba en absoluto la humana condición! Porque ¿quién no habría deseado contemplar al hombre aquel luchando y sufriendo lo que no es posible a la humana naturaleza? ¡a ese hombre que era al mismo tiempo altar y víctima y sacerdote! Por este motivo era doble el humo que ascendía: uno del incienso que ardía, otro de la carne que se derretía. Y este segundo era más suave que aquel primero, y su aroma era mucho más excelente. Sucedió lo mismo que en la zarza.<sup>5</sup> Porque así como la zarza aquella ardía y no se consumía, así acá la diestra ardía, pero el alma no se consumía. Se consumía el cuerpo, pero no la fe; descaecía la carne, pero el fervor del espíritu no descaecía. Caían a tierra los carbones tras de perforar la mano por en medio, pero no decaía la fortaleza del ánimo.

' Exod., III, 1 y sigts. 298

Y la mano se consumió y se liquidó, porque era carne y no diamante; en cambio el alma buscaba la otra mano para mostrar en ella también de nuevo su paciencia. Y a la manera que un nobilísimo combatiente que se ha arrojado sobre los enemigos, una vez que ha roto la falange de su adversario, y ha hecho pedazos su espada a causa de la continuidad de las heridas, al punto vuelve atrás en busca de otra espada, porque no se ha saciado aún de la matanza de sus contrarios, del mismo modo, en verdad, el alma del bienaventurado Barlaán, como hubiera agotado su mano en la lucha, destruyendo la falange de los demonios, buscaba la otra mano para mostrar de nuevo en ella el fervor de su espíritu.

Ni vayas a decirme que solamente expuso una de sus manos. Sino más bien, en vez de eso, piensa en que quien expuso su mano, también ofreció su cabeza, también entregó sus costados e hizo frente a los suplicios del fuego, de las bestias, del mar y de los precipicios, de la cruz, de las ruedas y de todos los demás que jamás se han oído en las narraciones e historias; y todos los sufrió, si no con la experiencia, sí con el propósito y determinación de su ánimo. Porque los mártires no se ofrecen a un determinado género de penas, sino que se disponen a suplicios indeterminados, puesto que el ánimo de los tiranos no está sujeto a su voluntad ni pueden ponerle términos ni modo; sino que se presentan dispuestos a sufrir tantos y tan grandes suplicios como quiera infligirles el inhumano y felino ánimo de aquéllos: a no ser que en el intervalo, desfalleciendo el cuerpo, deje la pasión de los tiranos no saciada.

¡Marchitábase la carne, pero el propósito del ánimo se volvía más pronto, y vencía con su brillo al de los carbones encendidos y resplandecía más aún que ellos: porque el fuego espiritual encendido interiormente era mucho más ardiente que el otro fuego! Por esto aquél no sentía la llama exterior, porque lo inflamaba el fuego intensamente ardiente de la caridad de Cristo en su interior.

¡Hermanos carísimos! ¡No oigamos estas cosas solamente, sino imitémoslas! Porque, repito ahora lo que al principio decía: nadie celebre al mártir únicamente en esta hora en que aquí nos encontramos reunidos; sino que, al ir a su casa, cada uno lleve consigo a este santo e introdúzcalo en sus habitaciones; o mejor aún, póngalo en su corazón mediante el recuerdo de las cosas que aquí se han dicho. ¡Recíbelo, como antes dije; y pónlo con su mano extendida en tu corazón! ¡Recibe a este triunfador ya coronado, y no permitas jamás que se vaya de tu mente! Para esto os hemos congregado delante de las tumbas de los santos mártires; para que su vista misma os incite en alguna manera a la

virtud, y os dispongáis a tener vosotros su mismo fervor. Porque a un soldado lo incita aun la sola fama de un insigne guerrero, pero mucho más su vista y presencia ; y todavía más aún si acaso, habiendo entrado en la tienda de campaña del dicho guerrero, ve ahí la espada ensangrentada, y tendida por el suelo la cabeza del enemigo, y los despojos militares suspendidos a la pared, y que de las manos del que ganó la victoria destila, reciente aún, la sangre; y ve que están esparcidos, acá y acullá, escudos, arcos, lanzas y toda clase de armamentos.

Por esto, pues, os hemos reunido aquí nosotros: ¡tienda de campaña es el sepulcro de los mártires! ¡Y si abres los ojos de la fe, verás tendidas por aquí y por ahí, la loriga de la justicia, el escudo de la fe, el casco de la salud, las grebas del Evangelio, la espada del Espíritu y la cabeza misma de Satanás que yace por tierra!<sup>6</sup> Porque cuando ves a un hombre poseído del demonio yacer boca arriba junto a la tumba del mártir, y cómo se destroza a sí mismo con frecuencia, estás viendo no otra cosa sino la cabeza del Maligno cortada. Porque estas armas, aun ahora están junto a los soldados de Cristo. Pues, así como los emperadores sepultan a los más esforzados de sus milites juntamente con sus armas, así ha hecho Cristo: los ha sepultado juntamente con sus armas, para que aun antes de la resurrección, se manifieste la gloria y el poder de todos sus santos.

Conoce, pues, su espiritual armadura; y apártate de aquí una vez que has adquirido las más grandes utilidades espirituales. ¡Grande guerra tienes, carísimo hermano, contra el diablo! ¡Grande y perpetua! ¡Aprende las formas de luchar para que imites las victorias! ¡Desprecia las riquezas y los dineros y las demás pompas seculares! ¡No juzgues felices a los que son ricos: juzga tales a quienes padecen el martirio! ¡no a quienes andan entre delicias sino a quienes están en las sartenes! ¡no a quienes se sientan a las mesas abundantes, sino a quienes están en los calderos hirvientes! ¡no a quienes andan diariamente en los baños, sino a los que están en los hornos terribles! ¡no a quienes aspiran ungüentos, sino a quienes quemados despiden humo y olor a carne asada! ¡Este aroma es mucho más excelente y útil que aquel otro! Porque aquél, a quienes lo disfrutan los conduce al castigo; éste en cambio, a las coronas y premios celestes.

Y para que comprendas que las delicias son cosa mala, lo mismo que el uso de los ungüentos y la embriaguez y el vino tomado sin medida y la mesa opípara, escucha lo que dice el Profeta: ¡Ay de los que duermen en lechos de marfil, rodeados de delicias en sus estrados, y que comen los cabritos de las greyes y los becerrillos que aún maman de las vacadas, y los que beben el vino purificado y se ungen con escogidos ungüentos! <sup>7</sup> Pues si estas cosas estaban prohibidas en el Antiguo Testamento, mucho más lo están en el tiempo de gracia, cuando hay mayor luz y conocimiento. Y digo esto así para los hombres como para las mujeres; porque común es la palestra, y el ejército de Cristo no está dividido por razón de los sexos, sino que forma un escuadrón único.

Pueden también las mujeres vestir la loriga y oponer el escudo y arrojar los dardos, tanto en el tiempo de los martirios como en los demás en que se necesite grande libertad de espíritu. Y a la manera que un excelente saetero, que con magnífica puntería lanza desde la cuerda la saeta, perturba con ella todo el escuadrón enemigo, así los santos mártires y todos los defensores de la verdad, que combaten contra las asechanzas y los engaños del demonio, como desde una cuerda tensa, lanzan de su lengua palabras certeras; y éstas, volando por los aires, a modo de saetas, una vez que golpean sobre las invisibles falanges de los demonios perturban a todo su escuadrón. Exactamente como le sucedió al bienaventurado Barlaán: por que éste, habiendo lanzado sus palabras

sencillas a la manera de saetas voladoras, conturbó con ellas a todo el ejército del demonio.

Efes., VI, 11-17.

1 Amos, VI, 4-6.

¡Imitemos nosotros esta maestría en asaetear! ¿Observáis cómo los que salen de los espectáculos del teatro se han tornado más muelles? ¡Esto les sucede porque han atendido cuidadosamente a las cosas que ahí se hacen; y con eso, han grabado perfectamente en su imaginación los meneos de los ojos y las contorsiones de las manos y el giro de los pies y las imágenes que aparecen en las cabriolas del cuerpo llevado a un lado y al otro! ¿No sería, pues, indigno que ellos muestren tan grande solicitud en procurar la ruina de sus almas, y guarden una memoria perenne de las cosas que en el teatro se llevaron a cabo, y en cambio nosotros, a quienes esta imitación nos ha de hacer iguales a los ángeles, ni siquiera pongamos un cuidado igual al que ellos ponen, para conservar lo que aquí se ha dicho? ¡No! ¡os lo ruego! ¡os lo suplico! ¡no descuidemos hasta ese punto nuestra salvación! Sino al revés, tengamos guardados en nuestra mente a todos los mártires en conjunto con los calderos y con los demás suplicios. Y a la manera que los pintores limpian y asean una imagen oscurecida por el humo y el ollín y el tiempo, así usa tú de la memoria de los mártires, oh carísimo hermano; ¡cuando los cuidados del siglo se echen encima y oscurezcan tu pensamiento, límpialo mediante la memoria de los mártires!

Porque si conservas en tu alma esta memoria no mirarás a las riquezas, no deplorarás la pobreza, no alabarás el poder y la gloria; en una palabra, no juzgarás ser grande ninguna de las cosas humanas que parecen espléndidas; ni tendrás por intolerable ninguna de las que parecen molestas. Sino que, una vez hecho superior a todas ellas, tendrás en la contemplación de esta imagen una continua enseñanza para la virtud. Porque aquel que cada día contempla a los milites que en las batallas y en las guerras se señalan por su actividad, nunca quedará preso en la codicia de los deleites; ni estimará el vivir muelle y delicadamente, sino al revés la vida recia y dura y que prepara al combate. Porque ¿qué compañía puede haber entre la embriaguez y la batalla? ¿cuál entre el cuidado del vientre y la fortaleza? ¿cuál entre los ungüentos y las armas, la guerra y los banquetes? ¡Soldado de Cristo eres, carísimo hermano! ¡ármate y no te adornes mujerilmente! ¡Atleta eres noble! ¡obra varonilmente y no andes buscando la buena presentación! ¡Imitemos así a estos santos! ¡Honremos así a los fuertes atletas, a los guerreros coronados, a los amigos de Dios!

Y así, una vez que hayamos caminado por las sendas que ellos llevaron, recibiremos las mismas coronas que ellos! ¡Coronas que ojalá nos acontezca a todos alcanzar, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos! Amén.<sup>8</sup>

11

## **XI HOMILÍA en la conmemoración de SAN BASSOS:**

se trató de los temores y acerca de aquello: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón". Cuanto al santo mártir Bassos, parece que se trata de uno que padeció el

martirio en la persecución de Decio y Valeriano y era Obispo de Nicea. No constan ni el día ni el año ni el sitio de esta Homilía. Más aún, a varios autores les ha parecido por lo menos dudosa en su autenticidad. Los argumentos en pro y en contra se toman todos de la crítica interna, y se reducen, casi en absoluto, a cierta disparidad de estilo respecto de las otras Homilías que ciertamente son del Crisóstomo. Sobre todo, cuanto a la invención la han encontrado pobre.

8 Sin esfuerzo puede notarse en esta primorosa Homilía la tendencia a moralizar que acompaña constantemente al Crisóstomo y que hizo de él, como ya lo advertimos en la Introd. n. 9, al Director espiritual de Antioquía, de todo el Oriente, y en cierto modo de la Iglesia en aquel tiempo. Sin embargo es necesario distinguir cuidadosamente cuándo habla como moralista y cuándo como asceta, para evitar el tacharlo de estrecho en sus soluciones a los conflictos de conciencia. Aquí, por ejemplo, parece condenar como malo todo uso de ungüentos, etc. En la moral no está condenado ese uso sino el abuso; pero en ascética ciertamente al que se entregue a ese uso no le aseguramos que suba a la perfección, y por esto se puede llamar malo ese uso para aquellos que quieran imitar a los santos.

1 Es de notar que en las obras ciertamente genuinas del Crisóstomo

CONVENÍA QUE NOSOTROS, oh amantes de Cristo,<sup>1</sup> una vez que según la costumbre ha fluído hacia vosotros tan grande río de elocuencia, y en este tiempo se os ha preparado una abundante mesa espiritual de parte de los sacerdotes y predicadores que nos precedieron, convenía, digo, que reprimiéramos las pobres gotillas de nuestro discurso; sobre todo porque la continua enfermedad corporal y la debilidad de la voz, y finalmente los cuidados que unos a otros se suceden, nos van poniendo impedimento. Pero, ya que nos habéis invitado, arrastrados por el insaciable deseo de escuchar la palabra sagrada, ¡jea! ayudándonos la gracia de nuestro Salvador, os ofreceremos algunas cosas que digan con la ocasión y se le acomoden. Porque yo pienso ser esto lo mejor así para nosotros que hablamos como para vosotros que escucháis. Vosotros procuraréis, mediante el discurso, proveeros de lo mejor y más útil.

Por lo que mira al santo y célebre mártir y obispo Bassos, quien hoy aquí nos ha congregado en esta reunión, ya goza de los premios que mereció con su batalla, y no necesita en estos momentos de ninguna alabanza que nosotros le añadamos; sino que más bien es él quien, como suele, derrama sus preces por nosotros delante del Señor, como quien mucho puede a causa de su certamen y de su martirio, y tiene grande libertad para hablar, y está ya agraciado con la corona de la inmortalidad que Cristo ha preparado además para todos los fieles. Porque, como atestigua el Apóstol, copiosos son los dones de Dios; el cual dio en otro tiempo a los que se los pedían con sinceridad los dones de los mártires; y mucho más ahora los dará, cuando tenemos que conmemorar dentro de poco el recuerdo anuo de aquel grande temor pasado,<sup>2</sup> y la benigna y misericordiosa ira de Dios, que a causa de aquellas terribles amenazas nos incita a alabarlo.

Porque vimos en verdad cómo su furor despedía relámpagos de bondad cuando por todas partes nos rodeaba el temor, a causa del terremoto; cuando veíamos a todas las criaturas sacudirse y todo el suelo estremecerse con grande ímpetu, mientras el Salvador no se olvidaba en modo alguno de sus misericordias; cuando temíamos una muerte amarga y juzgábamos rarísima vez se encuentra esta forma de llamar a los oyentes

<piXóxgioroi. Generalmente los llama ayanexoi, que nuestras mansiones habrían de ser nuestros sepulcros, y paralizados por el temor no encontrábamos lugar ni modo alguno de escape; cuando, tras de llegar al mediodía ya no esperábamos ver la tarde, y estaba suspendida sobre nuestras cabezas la espada allá arriba, y acá abajo se alzaban las preces con todo rendimiento al par de la beneficencia, y los pueblos gritaban a una voz "¡Señor, compadécete!", y el Señor se dejaba vencer por los gemidos.

2 Ya indicamos en la Introd. n. 1 cómo el suelo de Antioquía estaba expuesto a muchos temblores de tierra. A cuál en concreto se refiera aquí el predicador, no nos consta.

Porque Aquel que con sólo miraras conmueve a las criaturas, aquietó con su mano a la tierra que temblaba. Mas ¿por qué no encierro todo en una breve palabra? ¡Era aquel tiempo tal que si en él no nos hubiera auxiliado Dios, por poco nuestra alma habría habitado en los infiernos! 3 Porque ¿a quién no lo paraliza de estupor la grandeza de las misericordias del Señor? ¿A quién no incitan las cosas que entonces sucedieron a dar gracias a Dios? ¡Y no solamente las que entonces sucedieron, sino también las que muy luego se echaron encima! ¡Conmovió los fundamentos de la tierra, golpeó los cimientos de las habitaciones de manera que las casas como naves de transporte entre las olas del mar, así oscilaban: ¡nos lanzó miradas solamente de Juez, y todos andábamos agitados, como si estuviéramos en medio de las aguas! Grande era el temor, pero la misericordia era en muchos modos más abundante que el temor. Porque agitó la criatura, mas no la destruyó; todo lo golpeaba pero no lo echó por tierra, ni desnudó a ésta de todas las bellezas de sus criaturas. Solamente derribó los techos para que de este modo quedáramos amonestados, mientras que, en cambio, no nos dio ni siquiera a probar la muerte: ¡tan grande es el piélago de misericordia suya para con nosotros!

Más aún: en haber sacudido las columnas de la tierra se mostró misericordioso y solícito por nosotros. Porque vio que somos pecadores y que solemos irritarlo y que amamos las rapiñas y que avaramente unimos las casas con las casas y los campos con los campos, para quitarle algo a nuestro prójimo; vio que no había compasión de los huérfanos ni se hacía justicia a las viudas; vio que los maestros hacían todo lo contrario de lo que enseñaban que debía hacerse; vio a los discípulos entregados a los feos espectáculos de los teatros y que ponían en ver Salmo, LCIII, 17.

C20

güenza la decencia y el decoro sacerdotales; vio que vivíamos en maldad y en envidia, y que con la envidia se juntaba el fraude; vio que las tempestades de la simulación ahogaban a los sencillos, como a pequeñas navecillas; vio que se asesinaba con premeditación, y a cuánto podemos alargarnos en las injurias; vio que la caridad padecía naufragio, mientras el fraude iba viento en popa, en esta navegación del mar de la vida presente; vio que nos apartábamos de la verdad y caíamos en la mentira; y para decirlo todo en una palabra, vio que servíamos más a las riquezas que a Dios; y por esto nos puso delante, como un maestro a sus alumnos, el terremoto, y nos mostró entrañas indulgentes de madre; como una madre hace con su niño que pende de sus senos y llora, mientras ella lo quiere apartar de semejante costumbre, y para eso lo echa de su lecho; no para aterrorizarlo, sino únicamente para ponerle un poco de temor. Del mismo modo el Señor del universo, que lleva la tierra en su mano, lo sacude, pero no para destruirlo sino para convertir al camino de la salvación a los que van procediendo con insolencia.



Y nadie nos vaya a reprender porque comparamos al Señor con una madre indulgente; puesto que el mismo Señor se comparó con una gallina, al decir: ¡Jerusalén, Jerusalén! ¡que das muerte a los profetas y lapidas a los que te han sido enviados! ¡cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina congrega a sus polluelos, pero no quisiste! \* Pues Dios benigno conmovió la tierra que no tiene alma a fin de retraer a quienes sí la tienen de los afectos desordenados, para que se aparten de la ruina espiritual. ¿Ves, amador de Cristo, cuánta sea la misericordia del Criador para con nosotros? ¿ves cómo en las mismas amenazas brilla la benignidad? ¿ves cómo su misericordia se adelanta a su indignación? ¿ves cómo el castigo es superado por la bondad?

¡Ni es esto maravilloso! Porque El mismo es el manso y benigno Señor nuestro, y solícito, como lo acostumbra, de nuestra salvación, que nos da claramente voces en el Evangelio, como hace poco se nos leía: "¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!" ¡Cuánto se abaja el Criador, y sin embargo, la criatura no lo reverencia! "¡Venid y aprended

4 Mat. XXIII, 37; y XI, 29.

de mí!" dice el Señor cuando vino a sus siervos para consolarlos en sus caídas. Así se conduce con nosotros Cristo y así nos da muestras de su misericordia. Cuando convenía castigar a los pecadores y acabar con su especie que lo ha irritado, entonces precisamente se dirige a los reos con blandas palabras y les dice: "¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!" ¡Dios se humilla y el hombre se ensoberbece! ¡manso es el Juez y soberbio el reo! ¡humilde voz lanza el artífice, y el lodo, como si fuera algún rey, así habla! ¡Oh! "¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!"

¡No os doblegaron los acontecimientos anteriores; no os amansaron los que luego se siguieron; ni finalmente los que hace poco sobrevinieron! Pero El, como entonces, también ahora, una vez que hizo temblar las criaturas, luego las pacificó con su misericordia. ¡Venid, pues, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡No viene con látigo para azotar, sino con una naturaleza nuestra para curar! ¡Venid y ved su inefable bondad! ¿Quién no ama al Amo que no azota? ¿quién no se admira del Juez que suplica al reo? ¿Te llena del todo de admiración la humildad de sus palabras? ¡Artífice soy y amo mi obra! ¡obrero soy y perdono al que yo mismo he fabricado! ¡Si yo uso del supremo derecho que me da mi dignidad, no levantaré a la humanidad caída; y como ella padece de una enfermedad incurable, si no uso de medicinas suaves, no podrá ella sanar! ¡si no la trato con benignidad y a lo humano, perece! ¡si solamente uso de amenazas, se pierde! Por esto, le aplico, como a quien está caído, medicamentos de suavidad. ¡Me abajo hasta lo sumo en la conmisericordia para levantarla de su caída!

Aquel que está en pie no puede levantar al caído si no es que abaje su mano. Pues "¡venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!" No hablo por hacer ostentación: por los hechos os he dado experiencia. Que yo sea manso y humilde de corazón, dedúcelo del estado en que me ves a que he venido. Considera mi forma y cuál sea mi dignidad: ¡medítalo y adórame! ¡por causa tuya me abajé! Piensa de qué lugar descendí y en qué lugar hablo contigo. Siendo el cielo mi trono, ahora hablo contigo en la tierra. En las alturas soy glorificado, pero, como magnánimo, no me irrito, porque soy

manso y humilde de corazón. Si no fuera un manso hijo del Rey, no habría escogido

como madre a una sierva. Si no fuera manso yo, el artífice de las sustancias visibles e invisibles, no me hubiera desterrado acá con vosotros. Si no fuera manso, no hubiera estado yo, el Padre del siglo futuro, envuelto en pañales. Si no fuera manso no habría soportado la pobreza del pesebre, yo que poseo todas las riquezas de todas las criaturas. Si no fuera manso, no me hubiera encontrado entre animales, yo a quien los Querubines no osan mirar. Si no fuera manso yo, que con mi saliva doy vista a los ciegos, jamás habría sido escupido por la boca de hombres malvados. Si no fuera manso, nunca habría tolerado la bofetada de un siervo, yo que soy quien da libertad a los siervos. Si no fuera manso, jamás hubiera presentado mis espaldas a los azotes en beneficio de los esclavos.

Mas ¿por qué no digo lo que es más grande aún? ¡Si yo no fuera manso nunca habría cargado la deuda de muerte, yo que nada debía, en lugar de aquellos que debían padecerla. Pero la pagué yo con el fin de borrar la pena de aquellos que estaban detenidos en los infiernos. Porque no soy Rey de los vivos únicamente, sino además Rey de los muertos. Por esto recorrí el camino de ambas economías: me hice hombre, y también por un poco de tiempo estuve muerto, a fin de comunicar con todos, aun los que estaban bajo tierra, el don de mi incorrupti-bilidad! ¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡Mi bajeza no procede de mi naturaleza sino de mi propósito! ¡Dotado estoy de una sustancia inaccesible, pero al mismo tiempo de un pensamiento que se extiende a todos! ¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡Pero no soy pequeño en la dignidad! ¡Soy pequeño si miras al propósito de mi mente, pero no si miras a mi poder! ¡Por el poder soy terrible para los ángeles, pero para los hombres soy humilde por la determinación de mi ánimo!

¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡No hablo así por la condición de mi naturaleza, sino conforme a mi misericordia hablo así! Más amable me es la mansedumbre que el poder. Rey soy, yo el que te hablo; grande poder poseo, pero no quiero aterrorizar tu pequeñez con el poder que tengo. No digo: "¿Venid porque yo soy el Señor, yo soy el que domino en la creación, el que mira a la tierra y la hace temblar, el que mide los cielos con la palma de su mano y tiene en su puño el orbe!" Sino: ¡ved y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!

"Tan manso soy que tú pecaste y yo fui azotado: tan así de voluntariamente soy humilde. Vine con el fin de poner en libertad a los que estaban oprimidos por la servidumbre. Y ellos a mí, su Libertador, me dieron de bofetadas y además me pusieron en la cruz: ¡ellos, los oprimidos por la servidumbre! Y luego yo, rogando por ellos, decía a mi Padre: '¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!' Venid, pues, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! ¡Venid! ¡os lo suplico! ¡os lo ruego! ¡no me avergüenzo de suplicar! ¡estoy contento de rogar a mis siervos para no verme obligado a castigarlos! ¡Venid y aprended de mí la mansedumbre, antes de que veáis mi terrible poder! ¡Venid ahora que soy médico, pero que poco después os pediré cuentas! ¡Ahora perdono, pero poco después apareceré como justo Juez! ¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón! O bien honrad mi mansedumbre o bien temed mi poder. Acercaos y prevenios en mi presencia mediante la confesión, porque el tiempo de esta mansedumbre está medido.

"Solamente toca a la vida presente el que yo me muestre iongánime: vendrá el tiempo en que se cerrarán las puertas a esta longanimidad. Vendrá un tiempo en que las lágrimas que corran del pecador, no aprovecharán. Vendrá un tiempo en que las trompetas, sonando por todos lados, anunciarán mi segunda venida; tiempo en que los

ángeles recorrerán toda la tierra y traerán a juicio a muchos miles de muertos. Entonces será colocado el tribunal y yo me acercaré llevado sobre las Virtudes del cielo, y estarán a mi lado los Principados y las Potestades, y las luces de mi reino iluminarán al universo. Entonces se abrirán los libros acerca de todo aquello que cada cual hizo durante su vida y se tomará razón de la observancia de la ley y se declarará el verdadero raciocinio y propósito de los demonios, y el reo estará delante, no patrocinado por alguno sino únicamente por sus obras; y sus propios pensamientos lo acusarán, y su conciencia lo convencerá, y los espíritus malignos estarán a la mira de la sentencia del Juez, y el horno eterno lo

esperará. Entonces aquella exclamación de "¡compadécete!" de nada aprovechará al suplicante.

"¡Venid, pues, antes de que cierre las puertas de mi misericordia; antes de que termine la feria de este mundo y haya pasado el espectáculo de esta vida; porque ya está a las puertas el tiempo señalado para el fin de este siglo! ¡Venid antes de que yo comience a juzgar, porque una vez que me asiente para juzgar ya no perdonaré! Por esto puse el ejemplo de las vírgenes necias, cuyas lámparas de la vida, por no tener el aceite de la justicia, se apagaron; y declararé de qué manera las puertas de aquel tálamo del esposo se cerraron; y de qué manera, cuando las vírgenes llamaban, les respondí desde la parte interior del tálamo: ¡No os conozco! 5 y con esas palabras declararé la sentencia con que el Juez hablará a los pecadores".

Si, pues, hermanos, hemos aprendido la mansedumbre del Salvador por sus palabras, no lo despreciemos como Juez; porque nos habla con dulces voces antes del tiempo del juicio, para que no perdamos la oportunidad de la penitencia. Revistamos ahora nuestras almas con el vestido de la limosna y de las buenas obras, y prepare cada uno de nosotros las cosas necesarias para entrar en la vida sempiterna, y abstengámonos de toda iniquidad. Porque si conservamos inmovible nuestra fe en las buenas obras, también las criaturas permanecerán inmovibles con nosotros. Adornemos nuestras almas con la temperancia, y además adquiramos de manera segura la piedra preciosa de la pureza de la fe, antes de que se termine el tiempo de nuestra vida; antes de que desaparezcan y perezcan las figuras de este mundo, y la flor de la gloria mundana y todas las delicias terrenas, hagámonos amigo al Juez incorruptible.

Porque es El quien dice: ¡Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador sino que se convierta y viva! 6 Si deseara castigar al pecador, se callaría. Pero quiere compadecerlo, y por esto lo amonesta; porque perdona, lo exhorta; le habla de antemano de terrores para que tú no vayas a caer de verdad en los peligros. Porque cuando Dios amenaza es porque quiere salvar; pero cuando calla es porque ha determinado castigar. Esto lo podemos aprender por ajenas experiencias.

Ibid., XXV, 1 y sgts. Ezeq., XVIII, 32.

Amenazó a los ninivitas, y los perdonó; calló ante los sodomitas y los castigó.  
¡Preparadas tiene las coronas si no es que nosotros nos lanzamos a los tormentos!  
¡Desea que la gehenna quede vacía! ¡desea cerrar la cárcel tenebrosa! ¡desea reservar para el demonio toda la ira! ¡desea sentarse como Juez, no para castigar a algunos sino para coronarlos a todos!

Teniendo, pues, tal Señor, acojámonos a aquella palabra dulce, y obedezcamos al que nos dice: "¡Venid y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón!, a fin de que merezcamos oír aquella otra palabra, feliz y deseable: ¡Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado! 7 Del cual acontezcanos a todos gozar por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu santo, por los siglos de los siglos. Amén.<sup>8</sup>

7 Mat., XXV, 34.

8 La inferioridad de esta pieza es evidente. Para catalogarla entre los panegíricos nos hemos guiado, como lo hicieron todos los compiladores, por el título puesto antiguamente, aunque del santo nada dice. Compárese esta Homilía con la otra ciertamente genuina del Crisóstomo que se titula "Homilía después del terremoto", y se verá la gran diferencia.

12

## **XII HOMILÍA encomiástica en honor de las SANTAS MÁRTIRES BERNICE y PROSDOCE vírgenes y DOMNINA su madre.**

Esta Homilía, como se desprende de las palabras con que empieza, fue pronunciada unos veinte días después de la otra que se titula Sobre el Cementerio y la Cruz. Esta segunda la predicó el santo en la fiesta de la sagrada Parasceve, y no en la Exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre) porque esta festividad aún no existía en tiempo del Crisóstomo. Ahora bien, la Parasceve, en el año 392, que es el de esta segunda Homilía, cayó a 26 de marzo; aunque esto no pueda probarse con toda certeza, pues las tablas pascuales no concuerdan suficientemente. En resumen, la Homilía que sigue fue predicada por san Crisóstomo, con toda probabilidad, el 14 de abril del 392.

No HAN CORRIDO AUN VEINTE DÍAS desde que celebramos la fiesta de la Cruz, y he aquí que ahora celebramos la memoria de los mártires. ¿Adviertes cuan pronto aparece el fruto de la muerte de Cristo? ¡Por aquel Cordero estas corderillas han sido degolladas! ¡por aquel Cordero, estas víctimas! ¡por aquel sacrificio, estas oblaciones! ¡No han pasado veinte días, y el leño de la Cruz ha germinado rápidamente los preclaros brotes de estas mártires! ¡Porque son éstas los frutos de aquella muerte! ¡Mira cómo el día de hoy se nos presenta la demostración de lo que entonces se dijo, y esto mediante las obras! Decíamos entonces: ¡Rompió las puertas de bronce y quebrantó los cerrojos de hierro! Pues bien: esto se demuestra el día de hoy con las obras. Porque si no hubiera quebrantado las puertas de bronce, estas mujeres no se habrían atrevido con tanta facilidad a entrar. Si no hubiera destrozado los cerrojos de hierro, unas tiernas vírgenes no habrían podido quitarlos. Si no hubiera inutilizado la cárcel no habrían entrado las mártires con tanta confianza.

¡Bendito sea Dios! ¡la mujer es valerosa para morir! La mujer, que introdujo en nuestra naturaleza la muerte, muerte que es antiguo dardo del demonio, con su muerte ha vencido la fuerza del demonio. El vaso de debilidad y fácilmente quebradizo, se ha convertido en dardo insuperable. ¡Ahora las mujeres son atrevidas delante de la muerte! ¿quién no se admira? Avergüéncense los gentiles, cúbranse de pudor los judíos, pues no creen en la Resurrección de Jesucristo. Porque yo te pregunto: ¿qué argumento mayor

buscas de la Resurrección, una vez que miras el cambio tan grande de las cosas? ¡Las mujeres se vuelven intrépidas delante, de la muerte, esa que antes era temible aun para los varones santos y llena de horror!

Advierte cuan temible fue antes, a fin de que cuando la veas tornada en despreciable, alabes a Dios, autor de este cambio. Mira cuánta fue su fuerza anterior, para que, una vez que hayas conocido cuánta sea ahora su debilidad, des gracias a Cristo por haberla totalmente debilitado. Anteriormente, oh carísimo, nada había más fuerte que ella, y nada más débil que nosotros; pero ahora nada hay más robusto que nosotros, y nada más débil que ella. ¿Ves cómo se ha obrado un cambio magnífico? ¿Ves cómo las cosas robustas se han vuelto débiles y las débiles se han vuelto robustas por la obra de Dios, y esto con el fin de declararnos por ambos medios su poder? Mas, para que no parezca que me reduzco a simples afirmaciones, añadiré las pruebas.

Y si te parece, en primer lugar demostremos cómo anteriormente a la muerte la temían no solamente los pecadores sino aun los hombres santos y que tenían grande confianza en Dios y abundaban en buenas obras y habían alcanzado toda clase de virtudes. Y emprendo esta demostración no para condenar a aquellos santos, sino para que admiremos el poder de Dios. ¿De dónde nos consta que anteriormente la figura misma de la muerte fue temible y que todos la miraban con horror y temblor? ¡Del primer patriarca! Porque el primer patriarca, Abraham, justo, amigo de Dios, que había abandonado su patria, su casa, sus parientes, y había despreciado todas las cosas presentes por el amor de Dios, de tal manera temía y temblaba de la muerte, que habiendo de entrar en Egipto, dijo a su esposa: ¡Sé que eres mujer hermosa! Sucederá, pues, que cuando te vieren los egipcios, a ti te conservarán, pero a mí me darán muerte!<sup>1</sup> Entonces ¿qué hacer?: ¡Di que eres mi hermana para que me vaya bien por ti, y mi alma se salve y viva merced a ti!

1 Gen., XII, 11-12.

¿Qué es esto, santo patriarca? ¿no se te da nada de que a tu mujer se la someta a estupro, de que se manche tu lecho, de que sea violado tu matrimonio? ¿Hasta tal punto temes la muerte? ¡Y no solamente tienes en nada esas cosas, sino que andas tramando con tu mujer un engaño, y tejes con ella ese medio del estupro, y pones todos los medios para que se oculte al rey que comete adulterio; y para ello, quitas a tu esposa este nombre y le das el de hermana! ¡Pero estoy temiendo que mientras andamos tratando de disolver el poder de la muerte, pongamos acusación contra el justo! Por esto, voy a esforzarme en hacer ambas cosas: comprobar la debilidad de la muerte y apartar de aquel justo la acusación. Con todo, necesitamos comenzar por demostrar que él temía la muerte, y luego lo justificaremos de la acusación.

Veamos, pues, qué cosa tan penosa e intolerable sufrió. Porque son preferibles infinitas muertes a contemplar a la propia esposa sujeta a estupro y manchada con adulterio. Pero ¿qué digo manchada con adulterio? Si acaso la más leve sospecha de semejante cosa le llega al pensamiento al esposo, amarga la vida entera y la hace no ser ya vida. Porque es un fuego y llama y pasión de celos la que se apodera de él. Alguien explicando la tiranía y fuerza inexplicable de ésta decía: Porque el ánimo de su esposo está lleno de celos, por nada cambiará su odio ni por precio alguno, ni perdonará en el día del juicio, ni se le diluirá mediante muchos dones.<sup>2</sup> Y también en otra parte: ¡Duro como el infierno es el celo! Porque así como no se puede doblegar al infierno con las riquezas, dice, así no

puede ablandarse ni aplacarse aquel que padece de celos. Muchos hay que darían su vida por encontrar al adúltero y saborearían gustosos la sangre misma del varón que hubiera cometido el estupro en su esposa de ellos. Y serían contentos de llegar a los extremos últimos por ese motivo. Y con todo, esta enfermedad tan intolerable, tan violenta, tan implacable, aquel justo la toleró con toda paciencia y despreció aquel estupro de su esposa por el excesivo temor de la muerte y acabamiento. Por aquí queda manifiesto que aquél temió la muerte. Pero

2 Prov. VI, 34-35; y Cant. Cantic. VIII, 6.

ya es tiempo de que lo justifiquemos de la acusación que de aquí se le sigue, en cuanto hayamos expuesto la acusación misma. ¿Cuál es, pues, en resumidas cuentas dicha acusación? ¡Era preferible, dirá alguno, que padeciera la muerte antes que menospreciar aquel estupro de su mujer! Esto es de lo que algunos lo acusan como de un crimen: de haber preferido salvar su vida antes que la pureza de su mujer. Pero ¿qué dices? ¿Convenía que muriera antes que tener en nada la injuria de su mujer? Pues ¿qué habría aprovechado? Porque si con su muerte librara a su esposa del estupro, tendrías tú razón en lo que dices. Pero si con su muerte nada aprovechaba a su esposa para librarla del estupro ¿por qué motivo había de exponer su vida imprudente y locamente? Y para que entiendas que ni aun con su muerte hubiera él podido librar a su esposa del adulterio, oye lo que dice: "Y sucederá que una vez que te vean los egipcios, a ti te conservarán, pero a mí me darán la muerte".

Tenía, pues, que suceder que se cometieran dos crímenes: el de adulterio y el de asesinato. Entonces era un acto de singular prudencia omitir siquiera uno de ellos. Porque si exponiendo su vida (repetiré lo que ya dije), hubiera de librar del estupro a su esposa, y una vez muerto aquel justo ellos no hubieran de tocar a Sara, tendrías tú razón en tus acusaciones. Pero si, aun muerto aquel y quitado de en medio, igualmente había de suceder que la esposa fuera ultrajada ¿por qué acusas a este justo, cuando debiendo ocurrir dos males, el estupro y el asesinato, evitó uno de ellos con su prudencia, o sea el asesinato? Más bien convenía alabarle por esto: porque a lo menos conservó limpias del asesinato las manos adúlteras. Ni puedes afirmar que ella, por haber dicho que era hermana del patriarca, incitó al egipcio al adulterio. Porque aunque hubiera dicho ser su esposa, ni aun así el otro se había de abstener.

Y esto lo puso en claro cuando dijo: "¡Una vez que te vean dirán: es su esposa; y me matarán, y a ti te conservarán!" De manera que si hubiera dicho que era su esposa, se habrían seguido el adulterio y el asesinato; pero si decía ser su hermana, se impediría el asesinato. ¿Ves cómo amenazando dos males, él con su prudencia impidió uno de ellos? ¿Quieres ahora ver cómo aun el crimen de adulterio, en cuanto estuvo en su mano, lo disminuyó de manera que no llegara a ser un adúltero consumado el egipcio? ¡Atiende de nuevo a sus palabras!: "¡Di: soy su hermana!" ¿Qué es lo que dice? ¿Aquel que toma la hermana de otro ya por eso no es adúltero? ¡No! Porque el adulterio se juzga según la intención del ánimo. Así Judas, cuando se unió con su nuera Tamar, no fue tenido como adúltero, porque pensó que se unía no con su nuera sino con una meretriz. Así también ahora: el egipcio que la iba a recibir, no como esposa de Abraham, sino como hermana, no cometía adulterio. Mas ¿qué tiene esto qué ver con Abraham?, dirá alguno. Porque él sí sabía que entregaba a su hermana sino a su esposa. ¡Pues ni aun esto es tampoco un crimen suyo! Porque si oyendo esto el egipcio, que se trataba de la esposa, ya con eso hubiera querido abstenerse del estupro, justamente acusarías al patriarca. Pero si el

nombre de esposa de nada iba a servir a Sara para apartar de ella el estupro, como el mismo Abraham lo dijo: "¡Dirán: es su esposa, y te guardarán", mucho más justo es que alabemos al varón justo que, puesto en tan grave dificultad, pudo conservar al egipcio libre del crimen y en cuanto estaba en su mano disminuir el crimen de adulterio!

Pasemos, pues, con el discurso a su nieto Jacob, para que veas también en él a un hombre que teme y tiembla de la muerte; y eso que ya desde su primera edad había sido educado en la sabiduría apostólica. Porque Pablo ordenaba a sus discípulos de esta manera: Teniendo alimentos y con qué cubrirnos, con eso nos contentaremos.<sup>3</sup> Que es exactamente lo que aquél pedía a Dios cuando decía: Si me diere Dios pan para comer y vestido para cubrirme, con eso estoy contento.\* Pues bien: éste que no buscaba nada fuera de lo indispensable, que había abandonado su casa, que había recibido las bendiciones de su padre, que había obedecido a su madre, que era amigo de Dios, que mediante la sabiduría había hecho fuerza a la naturaleza (ya que siendo por naturaleza inferior a su hermano, alcanzó a ser el primero en las bendiciones de su padre), que había en fin alcanzado tantas cosas, y demostrado tan grande prudencia y piedad en innumerables combates y miles de luchas y coronas, cuando regresaba a su patria y tenía que encontrarse con su hermano, como si hubiera de enfrentarse con una bestia feroz, temeroso de su ira, rogaba suplicante al Señor: ¡Sálvame de las manos de mi hermano Esaú, porque yo le temo, no sea que se acerque a mí y me hiera y me mate, juntamente con la madre sobre los cadáveres de sus hijos! 5 ¿Adviertes cómo también éste teme a la muerte? ¿Cómo la teme y por ese motivo suplica a Dios?

¿Quieres que te presente a otro varón igualmente afectado de temor ante la muerte? ¡Pon delante de tus ojos a Elias, alma que tocaba con su cabeza los cielos y verdaderamente divina! Pues éste, que había cerrado los cielos y de nuevo los había abierto, y que había hecho bajar de ellos el fuego, y que había ofrecido un admirable sacrificio, y había ardido en celo de la gloria de Dios, y había ostentado en su cuerpo un género de vida angélica, y no poseyó sino una piel de oveja, y se hizo superior a todas las cosas humanas, éste pues, de tal manera teme y tiembla de la muerte, que tras de tantas cosas, tras del cielo y el sacrificio y la túnica de pelo de camello y el desierto y la sabiduría y tan grande confianza, se pone a temblar de una mujerzuela vil y emprende la huida. Porque, por haber dicho Jezabel: ¡Esto me hagan los dioses y esto me añadan si mañana no igualo tu alma con las de los que ya murieron!,<sup>6</sup> temió, dice la Escritura, Elias, y huyó durante cuarenta días.

¿Ves cuan terrible cosa es la muerte? ¡Alabemos, pues, a Dios porque habiendo ella sido tan terrible a los profetas, El la volvió fácil de despreciar aun para las mujeres! ¡Elias huía de la muerte, las mujeres se refugian ahora en ella! ¡aquél se escapa de la muerte y éstas la buscan! ¿Adviertes cuan grande mutación se ha verificado? ¡Abraham y Elias temen la muerte, mientras que las mujeres la conculcan con sus pies como si fuera un poco de barro! Pero no acusemos a aquellos santos: ¡no era culpa suya! ¡Debilidad natural era y no culpa de la voluntad! Dios en aquellos tiempos quería que la muerte fuera cosa temible, a fin de que después se reconociera la fuerza de la gracia. Quiso que fuera temible porque era un castigo, y por esto no quiso que desaparecieran las amenazas del castigo para que los hombres no emperzaran en la virtud.

Permanezca inmutable la sentencia, dijo, a fin de aterrorizar los y así contenerlos. ¡Llegará, llegará un tiempo en que queden libres de los terrores, como en realidad ha sucedido. Y que nosotros estemos ya libres de semejante terror, lo declaran juntamente

los mártires, y Pablo antes que ellos. ¿Habéis oído en el Antiguo Testamento a Abraham que decía: a ti te conservarán pero a mí me darán muerte? ¿Habéis oído a Jacob que decía: "Sálvame de las manos de mi hermano Esaú, porque le temo"? ¿Habéis visto a Elías huyendo de las amenazas de una mujer a causa de la muerte? Pues oye ahora lo que de esto siente Pablo, y si acaso la muerte le parece temible, o si cuando está ya inminente la teme y se entristece, o por el contrario, la juzga cosa deseable. Y por esto dice: Me es mucho mejor ser desatado y estar con Cristo.<sup>7</sup>

1 I Tira. VI, 8. Gen. XXVIII, 20; y para lo de Abraham, Ibid. XII, 12, etc.

5 Ibid. XXXII, 11. ' I Reg. XIX, 2-3.

Para aquéllos era cosa terrible, para éste es cosa mejor; para aquéllos era cosa desagradable, para éste dulce. Y con razón, en verdad. Porque antes la muerte conducía al infierno, ahora en cambio nos lleva a Cristo. Por lo cual Jacob decía: ¡Llevaréis mi ancianidad ceñida de tristeza a los infiernos! 8 mientras que Pablo dice: "¡Mucho mejor es morir yo y estar con Cristo!" Y no lo decía porque condenara la vida presente: ¡cuidémosnos de dar este agarradero a los herejes! No la huía como mala, sino porque deseaba la vida futura, que es mejor. Porque no afirmó simplemente ser bueno morir y estar con Cristo, sino ser mejor. Y mejor se dice siempre una cosa en comparación con otro bien. Porque así como cuando dijo: "¡Quien entregue a su virgen en matrimonio hace bien; pero quien no la une hace mejor", manifestó que el matrimonio era cosa buena, pero mejor era la virginidad, del mismo modo en este lugar afirmó ser buena la vida presente, pero que la vida futura es mucho mejor.

Y en otra parte, con la misma sabiduría, discurre y dice: Si yo me inmolo y paso más allá con mi sacrificio en favor de vuestra fe, yo me alegro y me alegraré juntamente con vosotros, y sobre ello mismo alegraos vosotros y congratulaos conmigo.<sup>10</sup> ¿Qué dices? ¿Mueres, oh Pablo, y convocas a los demás hombres como copartícipes de tu alegría? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¡dime! "¡Es que no muero, responde; sino que subo a una vida mejor!" De manera que así como los hombres que obtienen un principado convocan a los más que pueden para que sean copartícipes de su alegría, así Pablo, mientras se encamina a la muerte, convoca a los que luego lo habían de acompañar. Porque la muerte es un dejar los trabajos y una retribución de los sudores y el fin de los combates y su corona. Por esto, antiguamente había llantos y lamentos por los que morían; ahora en cambio hay salmos y cantos de himnos. Lloraron a Jacob los judíos durante cuarenta días y otros tantos lloraron a Moisés y lo gimieron; porque la muerte era en verdad muerte. Pero no así ahora: sino que hay cantos y ruegos y salmos que demuestran todos a la vez cómo la muerte es cosa deliciosa. Porque los salmos son señal de bienestar y alegría. Dice la Escritura: ¿Está alguno de vosotros alegre? ¡cante salmos!<sup>11</sup> Y porque estamos colmados de alegría por eso cantamos salmos a los difuntos, puesto que ellos nos exhortan a no temer la muerte. ¡Vuelve, dice, oh alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha hecho beneficios! ¿Adviertes cómo es un beneficio y descanso la muerte? Pues quien ha entrado en ese descanso ya descansó de sus trabajos como Dios descansó de los suyos.

7 Filip. I, 23.

8 Gen. XLII, 38.



9 I Cor. VII, 38.

10 Filip. II, 17-18.

¡Hemos hablado hasta aquí de la muerte! Volvamos ahora nuestro discurso a las alabanzas de los mártires, a no ser que ya estéis cansados de escuchar. Pero también lo que acabamos de decir lo ocasionó la alabanza de los mártires. Vale, pues, la pena tomar de más arriba la narración del martirio. Surgió una guerra, la más grave de todas, contra la Iglesia: porque esa guerra era doble. Una nacida en el interior, otra que vino del exterior. Aquélla era doméstica, ésta de los enemigos; aquélla suscitada por los familiares, ésta por los extraños. Por cierto que aunque hubiera sido solamente una, aun así habría sido un mal intolerable. Y aunque solamente hubiera venido de los extraños, aun así habría sido enorme la magnitud de esa calamidad. Pero, en realidad, fue doble; y era mucho más grave la de los domésticos que la de los extraños. Porque fácilmente podemos precavernos contra quien se declara enemigo; pero de aquel que se encubre bajo el disfraz de amigo, y con todo tiene afectos no diferentes de los de un enemigo, difícilmente se logran captar las asechanzas.

11 Jac. V, 13; y Salmo CXIV, 7.

Había, pues, entonces una guerra doble: una de parte de los conciudadanos, otra de parte de los extranjeros; o si ha de decirse la verdad con exactitud, ambas eran de parte de los conciudadanos. Porque los que atacaban desde fuera, a saber, jueces, magistrados y milites, no eran precisamente extranjeros ni bárbaros ni de algún otro imperio y reino, sino gente que se regía por las mismas leyes, habitaba en la misma patria y participaba de las mismas instituciones. Era pues aquella guerra una disensión civil suscitada por los jueces y era más grave la suscitada por los parientes, pues era de un género nuevo y lleno de crueldad. Los hermanos eran traicionados por los hermanos, los hijos por los padres, las esposas por los maridos: se pisoteaban todos los lazos del parentesco y se encontraba en revolución toda la tierra, y nadie había entonces amigo de otro, porque el demonio dominaba en una forma exorbitante.

Pues en aquella guerra y confusión, estas mujeres, si es que tal nombre se les ha de dar, ya que en cuerpo femenino portaban una alma varonil, y más aún, traspasaban no solamente los límites que exige un ánimo varonil sino los de la naturaleza misma, y sostuvieron la batalla contra las Potestades incorpóreas; pues estas mujeres, habiendo abandonado su ciudad, su casa y sus parientes, emigraron lejos todas juntas. Porque decían ellas: Cuando Cristo es despreciado, no debe haber para nosotras cosa alguna más preciosa ni estar alguno tan unido con el parentesco. Por este motivo, tras de abandonarlo todo, se alejaron. Y a la manera que cuando a la media noche se incendia la mansión, los que dentro de ella dormían, en cuanto escuchan el tumulto, al punto saltan de sus lechos hacia el vestíbulo, y salen apresurados por las puertas de la casa, sin tomar nada de lo que dentro queda, porque a sola una cosa se apresuran que es a salvar sus cuerpos de las llamas y a tomar la delantera al fuego que velozmente avanza, del mismo modo ellas procedieron.

Pues, como vieran todo el orbe incendiado y en llamas, al punto salieron de las puertas de la ciudad y se alejaron rápidamente, buscando una sola cosa: conservar a salvo sus almas a cualquier precio, de cualquier manera. Porque en aquellos tiempos el incendio era recio y era profunda la tiniebla que se extendía y dominaba, y mucho más tétrica aún

era la oscuridad que no la de nuestras noches. Y por esas tinieblas los amigos no conocían a los amigos, y los esposos traicionaban a sus esposas, y pasaban de lado junto a los enemigos mientras que desgarraban y destrozaban a los amigos y familiares. ¡Era aquello una batalla nocturna y destructora, y todo estaba lleno de tumulto! Pues fue entonces cuando ellas abandonaron la patria y se retiraron emulando al patriarca Abraham, al cual le fue dicho: ¡Sal de tu tierra y de tu parentela!<sup>12</sup> Porque de igual modo a estas mujeres la ocasión de la guerra las excitaba a salir de su patria y de su parentela, para obtener la herencia del cielo.

Salía, pues, de su casa aquella mujer con sus dos hijas. Pero tú no pases de largo, cuando oyes que salieron aquellas mujeres educadas en la abundancia y que no tenían costumbre de sufrir semejantes miserias; sino medita cuan grande mal era aquél, cosa rodeada de tan grandes dificultades. Porque si los varones, cuando han de emprender un no muy largo camino y tienen a la mano bestias de carga y servidores, y los caminos no presentan peligro, y está en su mano el regresar, a pesar de todo eso experimentan muchas molestias, pues cuando se trata de unas vírgenes mujeres, sin senadores, y con la traición de los amigos encima, y el tumulto y el alboroto y el enorme terror, y las asaltan diversos peligros, y está en peligro su alma, y por todas partes las rodean los enemigos ¿qué discurso podrá expresar la lucha de aquellas mujeres, la fortaleza, la magnanimidad y la fe?

Si solamente hubiera salido la madre, el certamen no habría sido tan insoportable. Pero cuando llevaba a sus hijas, y ambas doncellas, tenía duplicado el motivo de temor y la ocasión de grandes cuidados. Porque cuanto era mayor el tesoro, tanto más difícil era su guarda. Salía, pues, llevando consigo sus dos vírgenes, sin tener una casa en dónde ocultarlas. Y ya entendéis que para custodiar la flor de la virginidad se necesita de casa, gineceo, puertas, cerrojos, guardias y gente que duerma vecina, y siervas y nutrias, y vigilancia asidua de parte de la madre, y providencia de parte del padre, y muchos cuidados de parte de los parientes; y aún así con dificultad se conserva. ¡Pero aquella mujer se encontraba destituida de todos estos auxilios! ¿Cómo, pues, podría defender a sus doncellas?

12 Gen. XII, 1.

C21

¡Con la guarda de las leyes divinas! ¡No tenía casa con cuyo muro se ampararan, pero tenía la mano poderosa que desde el cielo la protegía! No tenía puertas ni cerrojos, pero poseía la verdadera puerta que apartaba lejos todas las sospechas. Y así como en medio de Sodoma, la casa de Lot era asediada, y con todo nada malo padecía, porque dentro tenía un ángel, así estas mártires, colocadas entre los sodomitas y todos los enemigos, y sitiadas por todas partes, nada malo sufrían, porque llevaban como habitante de sus almas al Rey de los ángeles, y en aquel camino desierto nada padecían porque llevaban un camino que las conducía al cielo. Por esto, aunque apretadas por un tan grande tumulto y guerra, y entre tantas olas, caminaban seguras. Y ¡cosa admirable! pasaban como ovejas entre lobos, y como corderillas entre leones así se abrían paso, y nadie las miraba con ojos lascivos. Sino que como Dios no permitía a los sodomitas, aunque estaban junto a la puerta, dar con la entrada, así en este caso, cegó los ojos de todos a fin de que aquellos cuerpos virginales no cayeran en sus manos.

Van, pues, a la ciudad que se llama Edessa, ciudad la más agreste entre muchas, pero también más insigne por su piedad. Pero ¿qué fue lo de aquella ciudad que les pareció suficiente como para encontrar en ella un refugio en semejante tempestad y oleaje? ¿y en semejante huracán un puerto? Y recibió aquella ciudad a las peregrinas, peregrinas de la tierra pero ciudadanas del cielo, y custodiaba el depósito que se le confiara. Y nadie acuse de debilidad a estas mujeres porque huyeron, pues en esto cumplían un precepto del Señor que dice: ¡Cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a otra! 13 Y como fuera oída esa palabra por estas mujeres, huyeron, en tanto que se les iba tejiendo la corona. ¿Cuál era ella? El desprecio de las cosas presentes. Porque: cualquiera que abandonare a sus hermanos, hermanas, patria, casa o amigos y parientes, recibirá, dice el Señor, el ciento por uno y poseerá la vida eterna.<sup>1\*</sup> Y tenían además a Cristo habitando en ellas. Porque si en donde están dos o tres congregados, ahí está Cristo en medio, en donde estaban no solamente congregadas sino además desterradas por su nombre aquellas mujeres ¿acaso no merecían con mayor razón el auxilio de Cristo?

Mientras así estaban estas mujeres, por todas partes y en todas direcciones, eran enviados edictos criminales, repletos de malvada tiranía y de bárbara crueldad. Porque decían: "¡entreguen los parientes a los parientes, los maridos a sus esposas, los padres a sus hijos, los hermanos a sus hermanos, los amigos a sus amigos!" Acuérdate en este paso de aquella palabra de Cristo, y admírate de su predicción. Porque todo esto ya de antemano lo había El dicho: ¡Entregaré, dice, el hermano al hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres.<sup>15</sup> Y predecía estas cosas por tres razones: la primera para que conociéramos su poder y que es verdadero Dios, puesto que conoce desde mucho antes las cosas que aún no han sucedido; y para que entiendas que éste fue el motivo por que predijo las cosas futuras, óyelo cómo dice: ¡Por esto os he dicho estas cosas antes de que sucedan, para que cuando sucedan creáis que yo soy! 16

En segundo lugar, para que ninguno de los adversarios vaya a decir que estas cosas suceden porque El no las conoce, o porque es débil. Puesto que quien con tanta antelación pudo preverlas, pudo también evitarlas; pero no las impidió para que se convirtieran en coronas más preclaras. Por este motivo predijo esas cosas. Pero hay un tercer motivo de que las predijera. ¿Cuál es? Para que se les facilitara la lucha a quienes ya están en el estadio. Puesto que los males que no se esperan, sean cuales fueren, parecen más graves e insoportables; en cambio, aquellos que ya esperamos y para los cuales nos hemos preparado, se vuelven más ligeros y fáciles de llevar. De manera que aquellos enemigos que entonces giraban aquellos decretos, por una parte manifestaban su propia crueldad, y por otra, sin saberlo, sacaban verdadera la profecía de Cristo; y así, los hermanos eran traicionados por los hermanos, y los padres por los hijos, y así la naturaleza se hacía a sí misma la guerra. El parentesco se desgarraba en sí mismo. Todas las leyes naturales eran arrancadas de cuajo y todos los sitios se llenaban de tumulto y de revuelta, y las casas de los propios parientes redundaban de sangre por causa del demonio.

13 Mat. X, 23. " Ibid. XIX, 29.

15 Mat. X, 21. " Juan XIV, 29.

Porque el padre que entregaba a su hijo, en verdad él mismo lo degollaba. Pues aunque no empujara él la espada ni cometiera el asesinato con su propia mano, con su delación

llevaba a cabo todo el negocio. ¡Quien entrega un hombre al asesino, él mismo comete el homicidio! ¡Decían los demonios: procuremos que ellos mismos maten a sus hijos! ¡a los hijos, hagámoslos, mediante la traición, parricidas! Porque tales eran entonces las víctimas que se le ofrecían: ¡los padres les inmolaban a sus hijos! Ya el Profeta había clamado eso mismo y había dicho: ¡Inmolaron a los demonios a sus hijos e hijas! " Y los demonios mismos estaban sedientos de sangre semejante. De manera que precisamente, cuando ya Cristo había prohibido tales sacrificios, ellos intentaban renovarlos. Pero como no se atrevían a gritar con toda impudencia: "¡Matad a vuestros hijos!", porque nadie les habría obedecido, echaban por otro camino, y pergeñaban una ley y los diversos edictos. Ordenan, pues, que los padres entreguen a sus hijos. Porque no hay diferencia entre el que mata a su hijo y el que lo entrega para la muerte: uno y otro son matadores de sus hijos.

Pudieron entonces verse parricidas, asesinos de sus hijos, y fratricidas; porque todo estaba lleno de tumulto y de revuelta. En cambio, aquellas mujeres gozaban de una profunda tranquilidad, porque a la manera de un muro las rodeaba por todos lados la esperanza de los bienes futuros: viviendo en tierra extraña no vivían en ella, porque su verdadera patria era la fe y su propia ciudad la confesión de su fe; y así, alimentadas con la magnífica esperanza, no se les daba nada de las cosas presentes, porque tenían los ojos fijos únicamente en las venideras. Y estando así las cosas, llegó a aquella ciudad el padre de ellas, acompañado de milites, para dar caza a las fieras. Se presenta pues el padre y esposo —¡padre de aquellas hijas y esposo de aquella mujer, puesto que es necesario llamarlo padre y marido, a pesar de que se ocupaba en semejantes menesteres! Pero, ¡perdonémosle en cuanto se puede! ¡que al fin y al cabo, padre es de mártires y esposo de una mártir! ¡No aumentemos el dolor de su herida con nuestras recriminaciones!

Salmo CV, 37.

Y en este punto, considera la prudencia de aquellas mujeres. Porque, cuando hubo necesidad de huir, huyeron; pero cuando fue necesario entrar al combate, se sostuvieron a pie firme, y seguían a los verdugos, atadas por el amor a Cristo. Porque no debemos atraernos las tentaciones, pero cuando se presentaren debemos aceptar el combate, para dar en esas ocasiones un ejemplo de nuestra moderación y en éstas de nuestra fortaleza. Y esto fue lo que aquellas mujeres hicieron entonces: porque se devolvieron y combatieron. Abierto estaba el estadio, la ocasión invitaba a la lucha. Y el género de certamen fue como sigue. Llegaron a una ciudad llamada Hierápolis y desde ahí subieron a la verdadera ciudad sagrada,<sup>18</sup> mediante semejantes máquinas y artificios. Porque corría un río al lado del camino por donde ellas regresaban, e iban caminando sin ser advertidas de los soldados que comían y se embriagaban. Unos dicen que se valieron ellas del auxilio de su padre para ocultarse y engañar a los soldados, y yo así lo creo. Porque tal vez él hizo esto con el objeto de tener siquiera una mínima excusa de su traición a la fe en aquel día del juicio supremo, y proveer así de algún modo a su salvación: es a saber el haberles prestado su auxilio a las mártires, con lo que les facilitó el camino mismo del martirio. Habiendo pues ellas invocado su auxilio, y habiendo podido mediante él apartar a los soldados, se entraron por mitad del río, y se arrojaron ellas mismas en aquellas aguas corrientes. . ¡Entró, pues, la madre con sus dos hijas! ¡Óiganlo las madres y también las doncellas, para que éstas obedezcan de ese modo a sus madres y aquéllas eduquen a éstas en esa forma e igualmente amen a sus hijos! Entró, decíamos, la madre llevando a los lados a sus dos hijas: ¡la que tenía esposo en

medio de las dos célibes; el matrimonio en medio de la virginidad; y Cristo en medio de todas! Y a la manera de una raíz que se tiene entre dos retoños, así entonces entraba en el río aquella mujer bienaventurada, teniendo a los lados a sus doncellas vírgenes; y ella misma las empujaba a lo profundo del agua; y así se ahogaron,<sup>19</sup> o por mejor decir, no se ahogaron sino que se bau 18 Nótese el juego de palabras, pues literalmente Hierápolis significa Ciudad Sagrada. La verdadera Ciudad Sagrada es la del cielo. La alusión a las máquinas está tomada de los mecanismos que entonces usaban para elevar los grandes pesos, v.gr.: en las construcciones.

u La cuestión en Teología Moral es complicada. La tesis católica dice

tizaron con un bautismo nuevo y admirable. Y si quieres ver cómo en realidad y claramente aquello que entonces sucedía era un bautismo verdadero, oye a Cristo cómo llama bautismo a su muerte. Porque, hablando a los hijos del Zebedeo, les decía: ¡Beberéis ciertamente mi cáliz y seréis bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado! 2"

Pero ¿con cuál otro bautismo fue bautizado Cristo, después del de Juan, sino con el de su muerte en la cruz? De modo que así como Santiago cuando fue decapitado y no puesto en la cruz, con todo fue bautizado con el bautismo de Cristo, del mismo modo estas mujeres, aunque no hayan sido puestas en la cruz, sino muertas en las aguas, fueron bautizadas con el bautismo de Cristo. ¡Y a las doncellas las bautizó su propia madre! ¿Qué dices? ¿una mujer bautizaba? ¡Sí, en verdad: porque con esta clase de bautismos también las mujeres bautizan; como aquélla, que ciertamente bautizó y ofició de sacerdote! Ofreció víctimas racionales y esa determinación de su ánimo hizo las veces de ordenación sacerdotal. Y lo que es aún más de maravillar, no necesitó de altar cuando sacrificaba ni de leña ni de fuego ni de espada; porque el río le sirvió de todas esas cosas: de altar, de leña, de fuego y de espada para el sacrificio y de bautismo; de un bautismo más excelente que el nuestro. Porque de éste dice Pablo: ¡Hemos sido injertados por la semente que nadie puede "*propria auctoritate se ipsum occidere directe*"; pero sí puede ejecutar un acto cuyo efecto sea doble y en el cual el individuo no intenta directamente matarse, sino conseguir el otro fin; con tal de que la muerte no sea medio para el otro fin, sino sólo concomitante. Aquí, del acto de echarse al río se seguían dos efectos, uno evitar la deshonra, otro, morir. Las santas podían intentar el primer efecto y permitir el segundo sin quererlo. Pero urgen los autores la dificultad y dicen que para permitir el segundo efecto (i. e. el que no se quiere) se necesita una razón suficientemente grave o sea proporcionada a la gravedad del efecto que tan sólo se permite. Y luego se preguntan si acaso la conservación de la castidad y virginidad es razón o motivo suficientemente grave en proporción a la muerte. Y aquí se dividen las opiniones. Unos dice que sí, porque la tesis de que no sea lícito darse la muerte en busca de un bien grande o "*ad magnum bonum servandum*" no es tan evidente. De manera que razonablemente podemos suponer en los mártires que eso hicieron una ignorancia invencible que excusa de toda falta y nada quita al mérito del martirio. Otros dicen que se ha de suponer una clara interna ilustración o inspiración divina, con la que Dios, dueño de la vida y de la muerte, les dio esa licencia de matarse y aun se los exigió; como se ve en varios pasos de la Escritura, v.gr.: el de Sansón. Puede consultarse sobre esto Noldin, vol. II, De Praeceptis, págs. 309-319, etc. Ed. 27a. 1951. Herder-Barcelona.

janza con su muerte! 21 Mientras que acerca del martirio no dice por la semejanza, sino que somos configurados con su muerte.<sup>22</sup>

Llevaba pues la madre a sus dos hijas, no como quien las arroja al río sino como quien las conduce al tálamo nupcial. Las llevaba a su lado y decía: "¡Heme aquí y juntamente a mis doncellas, que Dios me dio! ¡Tú me las diste, a Ti las encomiendo, tanto a ellas, que son cosa mía, como a mí misma!" De manera que fue doble el martirio de esta mujer; o, mejor dicho, triple; porque lo sufrió una vez por sí misma y dos por sus hijas. Y del mismo modo que para arrojarse ella al profundo necesitó de grande fortaleza, así cuando a ellas las arrastraba al abismo necesitó de igual o mayor fortaleza, y mucho mayor aún. Porque no suelen dolerse las mujeres tanto cuando ellas han de perecer como cuando sus hijas han de morir. De manera que ésta sufrió un martirio mayor a través de sus hijas, puesto que tuvo que vencer el impulso de la naturaleza, que es tiránico, y apagar la llama del amor maternal, encendida por el parto, y luchar contra la intolerable sacudida de sus entrañas, y contra la conmoción más íntima de su ser. Porque si cualquiera mujer, viendo muerta a una hija estima que ya su vida es pura tristeza, ésta, que no a una sino a sus dos hijas veía no precisamente en la muerte, sino arrastradas por su propia mano a la muerte, piensa tú qué martirio hubo de soportar, cuando experimentaba en realidad lo que a otras madres les era insoportable aun sólo de oír!

Por su parte, los soldados, ignorantes de la determinación de aquellas mujeres, las esperaban para de nuevo aprisionarlas; pero ellas estaban ya con los soldados celestes de Cristo, que son los ángeles; cosa que los guardias no veían, porque no tenían ojos de fe. Y por lo que hace a la madre, dice Pablo: ¡Se salvará mediante la generación de sus hijos!<sup>23</sup> Pero aquí fue al revés: las hijas se salvaron mediante su madre. Pues de esa manera conviene que den a luz las madres. Porque esta forma de dar a luz es superior a aquella otra primera; en ésta los dolores son ciertamente más grandes, pero también la ganancia es muy superior. Acerca de aquellos dolores primeros, saben por experiencia quienes han sido madres cuan graves sean los sufrimientos cuando ven a sus hijas muertas; pero apenas si puede expresarse con palabras cuánto mayores sean si tú por tu mano has de llevar a cabo esa muerte.

Rom. VI, 5.

Filip. III, 10; y para lo que sigue de las doncellas, Isaías VIII, 18.

I Tim. II, 15.

Mas ¿por qué motivo esta mujer no se presentó ante el tribunal? Porque quiso erigir su trofeo aun antes de dar la batalla; antes del certamen arrebatar la corona; antes del combate llevarse el premio. Y esto no porque temiera los tormentos, sino porque no quería que ojos lascivos se apacantaran en sus hijas. No temía que les traspasaran los costados, sino que les corrompieran su virginidad: ¡esto era lo que temía! Y que no tuviera aquel temor primero sino este segundo, y que por él no se presentara ante los tribunales, se declara por aquí: porque mayores tormentos sufrió en el río, puesto que mucho más doloroso es, como ya dije, el sumergir en el agua a los pedazos de sus entrañas, digo a sus hijas, y mirar cómo se ahogan, que no el ver cómo las carnes se despedazan; y de mucho menor sabiduría necesitaba ella para tolerar los tormentos de los verdugos que no para tomar por sí misma la mano de sus hijas y arrastrarlas consigo

a la corriente. Porque para causar dolor, no es lo mismo verlas destrozadas por otros que ser ella misma el ministro de su muerte, y ayudar a la muerte, y hacer ella las veces del verdugo. Ciertamente que esto es mucho más grave y más intolerable.

Todas vosotras, las que habéis sido madres, estáis de acuerdo conmigo en este razonamiento; vosotras las que habéis experimentado los dolores del parto y habéis procreado hijos. ¿Cómo tomó ésta la mano de sus doncellas? ¿Cómo pudo suceder que las manos no se le entorpecieran? ¿Cómo el que sus nervios no se destrozaran? ¿Cómo pudo la razón ponerse al servicio de semejantes hechos? Porque aquella hazaña fue más amarga que infinitos tormentos, puesto que en vez del cuerpo era atormentada el alma. Mas ¿por cuánto tiempo nos estaremos esforzando por alcanzar lo que nadie pudo alcanzar? ¿Porque no puede la palabra igualar la grandeza de los sufrimientos; sino que solamente los conoció aquella mujer que de ellos tuvo experiencia! ¡sólo ella supo lo que son estos combates! ¡Oigan esto las madres ! ¡óiganlo las doncellas! ¡Las madres para que eduquen así a sus hijos y las doncellas para que obedezcan del mismo modo a sus madres! Pues no hemos de alabar únicamente a la madre que tales cosas ordenó, sino también debemos admirar a quienes en tales cosas obedecieron. Porque no necesitó la madre de ataduras para aquellos sacrificios sagrados, ni las terneras se resistieron; sino que con alegría en el pensamiento y con ánimo igual, llevando el yugo del martirio, entraron en la corriente, tras de abandonar allá fuera del río su propio calzado, en la ribera. Y esto lo hicieron con el fin de ayudar a los guardias, porque así de grande era la providencia de estas santas. Querían dejarles un medio de defensa para delante de los jueces, a fin de que el juez cruel y severo no los acusara de traición y de haber dejado libres a aquellas mujeres, por dejarse sobornar con dineros. Por esto dejaron su calzado, para que asegurara la conciencia de los soldados, y cómo sin saberlo ellos ni tener conocimiento del caso, ellas espontáneamente habían saltado atrevidamente al río.

¡Quizá estáis ya encendidos en no pequeño amor a esas santas! Pues con esa llama de cariño postrémonos delante de sus reliquias y abracemos sus lóculos; porque aun los lóculos de los mártires pueden tener grande fuerza, del mismo modo que la tienen sus huesos. Estemos junto a ellos no solamente en este día de su festividad, sino también en otros días, y roguémosles y pidámosles que nos sirvan de patronos; porque grande confianza y libertad de hablar tienen no solamente vivas sino también después de su muerte, y aun mucha mayor una vez muertas. Porque ahora portan las llagas de Cristo; y mostrando esas llagas, muchas cosas pueden obtener de parte del gran Rey. "Siendo, pues, tan grande el poder de ellas y su amistad con Dios, una vez que nos las hayamos hecho amigas, por medio de la continua asistencia ante ellas y de las frecuentes visitas, imploremos por su intercesión la misericordia de Dios. La cual acon-tézcanos a todos alcanzar por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

13

### **XIII HOMILÍA PRIMERA acerca de DAVID Y SAÚL.**

Esta homilía y las dos siguientes acerca de estos mismos personajes, las predicó el santo el año 387, o sea el mismo en que había predicado las cinco sobre Anna. Predicó con

tan crecido afecto que los oyentes terminaban llorando; y así persuadió a los antioqueños a cumplir el mandato evangélico que dice amad a vuestros enemigos. En esta primera Homilía trata de que C3 necesario, a ejemplo de David, tener resignación, perdonar a los enemigos y no hablar mal de los ausentes.

CUANTAS VECES TIENE EL CUERPO una hinchazón rebelde y muy arraigada y endurecida, resulta necesario mucho tiempo y largo trabajo y notable ciencia para aplicar los remedios, a fin de que el tumor que se ha formado desaparezca sin peligro de la vida. Pues exactamente lo mismo sucede con el alma. Porque cuantas veces quiere alguno arrancar de raíz una enfermedad que se arraigó profundamente en el ánimo y a éste se le ha adherido por largo tiempo, no le basta con las admoniciones de uno o dos días, sino que es necesario tratarle de la materia frecuentemente y durante muchos días, si es que hemos de desempeñar este cargo de predicadores no para buscar honras y dar placer, sino para utilidad y fruto espiritual.

En consecuencia, así como lo hicimos respecto de los juramentos, que os predicamos durante muchos días consecutivos sobre la misma materia, así lo haremos ahora respecto de la • ira, y proseguiremos en continua exhortación, hasta donde alcancen nuestras fuerzas. Porque éste me parece el mejor modo de enseñar: no desistir de estar aconsejando la misma cosa, cualquiera que ella sea, hasta que veamos que las admoniciones han logrado su objeto. Porque quien trate ahora de la limosna, mañana de la oración, al tercer día de la mansedumbre y después de la moderación del ánimo, no podrá lograr enderezar bien nada de esto en el alma de los oyentes, saltando siempre de esto a lo otro, y de aquello a lo de más allá; sino que es indispensable que quien quiere conseguir de las almas de sus oyentes el fruto determinado, no deje de amonestar y aconsejar sobre la misma materia, ni pase a tratar de otra antes de que advierta que la amonestación anterior se ha clavado y ha arraigado en ellos profundamente.

Esto mismo suelen hacer los profesores: no entran a los alumnos por las sílabas hasta que ellos han aprendido perfectamente las letras. Por nuestra parte, habiéndoos referido la parábola de los cien denarios y los diez mil talentos, os hemos declarado cuan malo sea mantener en la memoria las injurias; puesto que aquel a quien no habían podido perder los diez mil talentos, a ése lo llevaron a su perdición los cien denarios, y le deshicieron el perdón que ya había alcanzado de su deuda, y le hicieron vana la remisión de lo que debía; y a él, que ya había sido librado de la rendición de cuentas, lo volvieron al juicio, y de ahí lo metieron en la cárcel y finalmente lo entregaron a los eternos suplicios.<sup>1</sup>

Hoy procuraremos presentaros un nuevo argumento. Y convendría, por cierto, que quien ha de hablar acerca de la bondad y mansedumbre, si se ha de proceder con justicia, mostrara en sí mismo preclaros ejemplos de esta hermosa sabiduría y moderación, y de esta manera la enseñara a la vez con las palabras y las obras. Pero, como estemos nosotros muy distantes de las dichas virtudes,<sup>2</sup> traeremos al medio a uno cualquiera del número de los santos y os lo pondremos delante de los ojos, y así habremos, con esto, empleado una poderosa y espléndida exhortación, con la que os habremos exhortado a vosotros y también a nosotros mismos, a imitar un como arquetipo de estas virtudes.

Pero ¿a quién he de poner en medio? ¿quién habrá de hablar sobre estas virtudes? ¿Quién otro sino a aquel que mereció ser alabado por testimonio del cielo, y que por esto mismo debe ser más admirado? ¡He encontrado, dice el Señor en la Escritura, a



David, el hijo de Jesé, varón según mi corazón! 3 Una vez que Dios ha dado su parecer no queda lugar alguno ni motivo para contradecir. Porque su juicio es incorruptible; puesto que Dios no juzga ni por agrandar ni por odio que tenga, sino que da su voto sinceramente y según la virtud de las almas.

1 Mat., XVIII, 23-24.

! Véase la Introd. n. 8. El ánimo del Crisóstomo era naturalmente inclinado a la cólera, pero lo venció hasta llegar a la más dulce mansedumbre.

' / Sara., XIII, 14; también Act. Apost., XIII, 22.

Pero no únicamente por este motivo de haber sido alabado de Dios traemos al medio a este varón, sino además por ser uno de los hombres educados bajo la Ley antigua. Porque el que en la Ley de gracia haya habido alguno del todo limpio de la ira, y que haya perdonado a sus enemigos, y que haya mostrado indulgencia con los que lo afligían, no es cosa admirable en verdad, cuando ha precedido ya la muerte de Cristo, y cuando El nos perdonó con tan crecida clemencia todos nuestros pecados y nos dio tantos preceptos de evangélica sabiduría. Pero que en el Antiguo Testamento, cuando la ley permitía sacar ojo por ojo y extraer diente por diente y vengarnos de quien nos hubiera hecho mal, con la pena del talión, que entonces haya habido alguno que superara los términos de aquellos preceptos y llegara hasta la sabiduría apostólica ¿a cuál de los oyentes no lo colmará de admiración? Y si a ése no lo imitamos ¿quién de los oyentes no nos privará de perdón y de toda excusa?

Pero, con el objeto de que más perfectamente conozcáis su virtud, concededme que vaya con mi discurso más arriba y os refiera los beneficios que aquel bienaventurado varón proporcionó a Saúl. Porque no vengarse de un enemigo que simplemente nos ha injuriado, no es cosa que cause maravilla; pero que alguien a un hombre a quien ha colmado de beneficios y que, tras de colmarlo de beneficios ha intentado matar a su bienhechor una y otra y muchas veces, que a ése, digo, una vez que ha caído en sus manos de manera que ya puede darle muerte, no solamente lo haya perdonado, sino que además lo haya librado de las asechanzas de otros, sobre todo sabiendo de antemano que luego habría de volver a tramar otra vez las mismas maldades, quien esto hace ¿qué deja que a tan altísima virtud pueda añadirse?

Y qué beneficios haya hecho David a Saúl, y cuándo y en qué forma, tenedme un poco de paciencia mientras os lo refiero. Como en cierta ocasión los judíos se encontraran apretados por una guerra sumamente difícil, hasta el punto de que todos andaban temerosos y consternados, y nadie se atrevía a levantar cabeza, sino que la ciudad toda se hallaba en extrema desesperación, por tener todos delante la muerte, mientras esperaban cada día el exterminio, de manera que llevaban una vida más miserable que los que están en horribilísima cárcel encerrados, este David, habiendo llegado desde sus ovejas al ejército, como por su edad no pudiera conocer el arte de la guerra y por otra parte estuviera completamente ajeno de los trabajos militares, con todo, echó sobre sus espaldas, para salvarlos a todos, aquella guerra, y, lo que nadie esperaba, la concluyó felizmente.

Pero aun en el caso de que su valor no hubiera alcanzado éxito, con todo, por sola su presteza de ánimo y su preclaro propósito, debía ser coronado. Pues ciertamente, si

algún soldado por su edad vigoroso hubiera tomado sobre sí semejante empresa, no habría sido cosa admirable, puesto que así lo pedía la ley militar. Pero que éste, que no veía necesidad alguna que lo apretara y aun había muchos que se lo desaconsejaban, ya que su hermano mismo lo reprendió y el rey lo detenía y se lo prohibía, por verlo que aún no estaba en edad madura ni era hábil para afrontar el peligro y le decía: ¡No podrás tú enfrentarte porque eres aún un muchacho, mientras que aquel es un hombre de guerra desde su adolescencia;<sup>3</sup> digo, pues, que como no hubiera ocasión que lo provocara, él de su propia voluntad y por sí mismo, encendido en celo de Dios y amor de su patria, como si más verdaderamente viera ovejas que no hombres, y como si hubiera de atacar a unos perros y no a un numeroso ejército de hombres, así de intrépidamente se lanzó contra los bárbaros, y mostró en esta ocasión tan grande solicitud por el rey, que aun antes de la batalla y de la victoria, cuando estaba del todo postrado de ánimo, lo levantó.

Porque no solamente le ayudó con sus hechos, sino que aun antes de los hechos lo exhortó con sus palabras a tener buen ánimo, y lo fortaleció, y lo hizo que concibiera buena esperanza del éxito feliz en la empresa; y le dijo de este modo: ¡No decaiga el corazón de mi señor, porque tu siervo irá y peleará con ese extranjero! <sup>4</sup> Y yo pregunto: ¿os parece acaso pequeña cosa esto de que sin estar obligado por necesidad alguna, ponga en peligro su vida y se lance contra los enemigos para bien de aquellos de quienes nunca había recibido ningún beneficio? ¿Acaso no era justo que a éste, tras de semejante hazaña, se le inscribiera su nombre como de señor y se le proclamara salvador común de toda la ciudad; a éste que, con la gracia de Dios, había salvado la dignidad del reino y los fundamentos mismos de las poblaciones y la vida de todos? ¿Qué mayor beneficio que éste? Porque éste no fue para conservar la gloria y el poder, sino la vida misma, y arrancarlos a todos de las puertas de la muerte. De manera que viniendo a lo que es humano, por beneficio de aquel joven pudo vivir el rey en adelante y conservar su principado.

4 / Sam., XVII, 32-33.

Mas ¿cuál fue el premio con que le correspondió? Porque si alguno atiende a la magnitud de las cosas llevadas a cabo, verá que aunque el rey se hubiera quitado de la cabeza la corona y la hubiera puesto en las sienes de David, nunca le habría dado un premio que igualara a sus hechos, sino que siempre le quedara deudor de otro premio más excelente; ya que el joven le había dado de nuevo el reino y la vida, mientras que el rey apenas lo habría premiado con el reino. Pero ¡fijémonos en el premio que le concedió por semejantes beneficios! ¿Cuál fue? ¡Desde aquel día se dio a sospechar de David y a temerlo. ¿Por qué motivo, por qué razón? Puesto que es necesario también recordar la causa de sus sospechas; ya que no se puede tener como justo lo primero que a cualquiera se le ocurra. Respecto de aquel que por el rey puso su alma y le dio la vida ¿qué causa justa podía tener el rey de sospechar? Con todo examinemos la causa de aquella enemistad a fin de que aprendáis cómo no menos que por la victoria fue David digno de ser honrado precisamente por aquellas cosas por las que luego se siguieron las sospechas y fue acometido con asechanzas.

¿Cuál fue, pues, la causa de las sospechas? Una vez que cortó la cabeza del bárbaro aquel, y regresó cargado con los despojos, Salieron, dice la Escritura, las mujeres cantando y diciendo: Saúl mató mil, pero David sus diez mil. Y se irritó Saúl y desde entonces sospechó de David.<sup>5</sup> Pero pregunto yo: ¿por qué motivo? Porque, aunque tales alabanzas se hubieran dicho de David sin razón, aun así no debía Saúl tener un ánimo

hostil contra David, puesto que tenía comprobada su benevolencia para con él por las empresas llevadas a cabo. Porque sin que nadie lo empujara o lo obligara y por pura benevolencia, se había puesto David en semejante peligro; y así no había por qué sospechar nada malo para en adelante acerca de él.

Ibid., XVIII, 6-9.

Mas, por el contrario, aquellas alabanzas se decían con toda razón: y si se ha de decir la verdad, más bien se decían en favor de Saúl que no de David. Debía haberle bastado a éste con que le atribuyeran mil muertos. Pero entonces ¿por qué se indignaba de que a David le atribuyeran diez mil muertos? Si el rey había contribuido con alguna cosa, aunque poca, a que la guerra terminase, con razón se habría dicho aquello de Saúl sus mil y David sus diez mil. Pero si al revés, él, miedoso y temblando, se había quedado tranquilo en su casa, esperando cada día la muerte, mientras que David había llevado a cabo toda la empresa ¿acaso no era cosa absurda que quien para nada había contribuido en alejar el peligro se indignara porque no se le tributaban mayores alabanzas? ¡Si había lugar para la indignación, eso le tocaba a David, a quien convenía indignarse porque habiendo sido él solo quien todo lo había hecho ahora le daban un compañero en las alabanzas!

Pero no voy a fijarme en eso. Más aún: yo diría que, aun concediendo que aquellas mujeres hubieran hecho mal y fueran dignas de reprensión y de castigo ¿qué le tocaba de esto a David? Porque ni había él compuesto el cantar de ellas, ni las había persuadido a lo que decían ni había él inventado aquel modo de alabanza. Por lo mismo, si era cuestión de indignarse, lo conveniente fuera indignarse contra las mujeres y no contra el que era benemérito de la ciudad y digno de infinitas coronas. Pero Saúl, sin cuidarse de las mujeres se indignaba contra David. Si este varón, al ser levantado a tan grandes alabanzas hubiera mostrado envidia del poderoso y lo hubiera injuriado y hubiera despreciado su autoridad, entonces habría habido algún justo motivo de odio. Pero si precisamente se hizo más bondadoso y modesto, y se mantuvo dentro de la clase de los subditos ¿qué justa causa había para que Saúl se doliera?

Cuando aquel que ha sido colmado de honores se levanta contra el que lo ha ensalzado, y no cesa de abusar del honor conseguido, y precisamente contra aquel de quien lo recibió, el odio tiene alguna excusa. Pero cuando ese tal continúa en hacerle honra y obedecer a su bienhechor y en todo le da la razón ¿qué pretexto puede tener éste para envidiarlo? De manera que aunque no hubiera llevado a cabo ninguna otra preclara hazaña, todavía por ésta David había de ser amado, por haberse mantenido en la moderación, a pesar de haber tenido una ocasión tan propicia para apoderarse del reino. Puesto que ni sus primeras hazañas ni las que luego les siguieron, y fueron con mucho mayores que las primeras, lo ensoberbecieron.

Y ¿cuáles fueron esas hazañas posteriores? Era David, dice la Escritura, acertado en todas sus empresas y el Señor omnipotente estaba con él, y todo Israel y Judd lo amaban, y él, a la vista de todos, entraba y salía. Y Micol, la hija de Saúl, y todo el pueblo lo amaba. Y excedía en su prudencia a todos los siervos de Saúl, y su nombre era sobremanera exaltado. Y Jonatás, el hijo de Saúl, lo amaba entrañablemente.<sup>6</sup> Y con todo, aun teniendo así ganada a toda la familia de Saúl y a todo el pueblo, y habiendo vencido en todas las guerras y no habiéndole fallado nunca el buen éxito y habiendo recibido aquel pago de todas sus empresas felizmente consumadas, ni levantó su cabeza

ni ambicionó el imperio ni se vengó de sus enemigos, sino que perseveró obrando el bien y llevando a cabo con toda felicidad las guerras en beneficio de Saúl.

¿Quién hay tan cruel y tan feroz a quien estas cosas no le hubieran persuadido a deponer la enemistad y abandonar la envidia? Pero a aquel Saúl, inhumano y cruel, nada de esto lo doblegó; sino que ciego a todas estas cosas y entregado a la envidia, incluso intentó quitarlo de en medio. Y ¿qué era lo que en esos momentos estaba haciendo David? (Porque esto es una cosa grande y más estupenda aún). ¡Tocaba la cítara y procuraba calmar el ánimo del rey! David, dice la Escritura, cada día tañía con su cítara. Y Saúl tenía la pica en sus manos. Y tomó Saúl la lanza y dijo: ¡La clavaré en David! ¡Pero la clavó en la pared! Y por segunda vez David esquivó el golpe.<sup>1</sup> ¿Puede subir a más alto grado esta malicia? ¡Tal vez sí subió con lo que luego le siguió!

A quien anteriormente había apartado a los enemigos, y por quien le había sido devuelta la ciudad, en tanto que todos inmolaban víctimas por la victoria, ¡a ése, Saúl, siendo su bienhechor y salvador y autor de todos aquellos bienes, intentó matarlo cuando aquél le tocaba la cítara! ¡Y no lo detuvo en su furor y delirio, ni la memoria de los beneficios, sino que una y otra vez vibró su lanza contra él con el ansia de matarlo! ¡Este

6 I Sam., XVIII, 24-30. ' Ibid., XVIII, 10-11.

pago le dio por los peligros a que se había expuesto! ¡Y esto no lo hizo solamente un día, sino muchas veces! Y con todo, aquel santo varón perseveró en cuidar de los negocios del rey y en entregarse a los peligros para salvarlo y en formar en las filas en todos los combates para salvar a su matador mediante el propio peligro. Y no contristó a aquella fiera salvaje ni con palabras ni con hechos, sino que en todo le dio la razón y lo obedeció.

Y a pesar de no haber recibido premio alguno por la victoria, sino al revés, verse defraudado de la paga por todos aquellos peligros, ni con una sola palabra se quejó, ni exigió nada ni a los soldados ni al rey. Y esto lo hizo porque no había procedido por la paga, sino con la esperanza del eterno reino. Ni solamente es de admirar que no exigiera premio, sino que cuando se lo daban, a causa de su eximia moderación de ánimo tuvo a bien rehusarlo. Porque Saúl, tras de haber maquinado tantas cosas y haber intentado todos los modos que pudo para acabar con él, le urdió una nueva asechanza mediante el matrimonio, y le inventó una nueva forma de dote y regalo de bodas. Por que no desea el rey, dice la Escritura, una dote que le presente, sino cien prepucios de los enemigos del rey? Como si dijera: "¡Mátame cien varones, y esto ante mí valdrá por dote!" Pero esto lo decía con el deseo de entregarlo en manos de sus enemigos, bajo el pretexto de matrimonio.

Y con todo, David, pensando el negocio según su propia moderación, rehusó aquellas nupcias, no por temor del peligro o el miedo a los enemigos, sino por creerse indigno de emparentar con el rey. Y así, respondió a los siervos del rey con estas palabras: ¿Os parece cosa leve eso de ser yo yerno del rey, siendo como soy hombre de baja condición y de ninguna estima? a ¡Y eso que aquel honor le era debido y era un premio y una compensación a sus trabajos! Pero en tanto grado tenía la humildad en su corazón, que, tras de tantas empresas dignas de alabanza, tras de tan espléndida victoria, después del expreso ofrecimiento del rey, él se juzgaba indignísimo de recibir ese debido premio, y eso aun teniendo que acometer otros nuevos peligros para lograrlo.

Ibid., XVIII, 25. Ibid., XVIII, 23.

T22

Pero una vez que venció a los enemigos y recibió por esposa a la hija del rey, nuevamente Tocaba la cítara, dice la Escritura, y procuraba Saúl herirlo con su lanza, y se la arrojó; pero la lanza se clavó en la pared.<sup>10</sup> ¿A quién semejantes cosas, aunque fuera un varón de excelente virtud y moderación, no lo habrían irritado? ¿Quién, aunque otra causa no hubiera habido, no habría dado muerte a quien injustamente asechaba contra su vida, a lo menos por propia seguridad? Y esto no habría sido un homicidio; sino que aún así habría superado el modo de proceder prescrito por la ley. Porque ésta ordenó sacar ojo por ojo. En cambio este varón, aun en el caso de que hubiera dado muerte a Saúl, solamente habría vengado un homicidio a cambio de tres. ¡A cambio de tres, lo repito, y éstos intentados sin motivo alguno plausible!

Pero ninguna de estas cosas procuró David; sino que le pareció mejor huir y retirarse de su casa paterna y andar errante y prófugo, y en semejante desgracia buscarse su alimento necesario, antes que dar al rey ninguna ocasión de homicidio. Porque no miraba a su propia venganza, sino a curar al otro de su enfermedad. Y por este motivo se apartó de la vista de su enemigo, para con esto calmar su hinchazón y mitigar el ardor de su úlcera y aplacar su envidia. ¡Es mejor, se decía, que yo sea un miserable y padezca dolores infinitos, que no el ser éste condenado delante de Dios por la muerte de un inocente!

Pero no nos contentemos con oír estas cosas, sino imitémoslas; y no dejemos piedra por mover para que nuestros enemigos echen de sí el odio. Y no andemos investigando si acaso con razón o sin ella nos tienen mala voluntad, sino miremos únicamente a que dejen de ser enemigos nuestros. El médico a lo único a que mira es a que el enfermo quede libre de su mal y no a si acaso con razón o sin ella contrajo la enfermedad. Pues bien: tú eres el médico de aquel que te injurió: busca únicamente el modo de curarlo de su enfermedad. Esto fue lo que hizo este bienaventurado varón al elegir la pobreza en vez de las riquezas, el desierto en vez de la patria, los trabajos y peligros en vez de los placeres y la seguridad personal; y todo para librar a Saúl del odio y malevolencia que a él le profesaba.

10 Ibid., XIX, 9-10. 338

Pero Saúl ni con todo esto mejoró; sino que continuamente lo perseguía y andaba rondando en busca de aquel que no lo había injuriado; sino que al revés, siendo él el injuriado le pagaba con infinitos y muy grandes beneficios sus injurias. Y Saúl, poco después, sin darse cuenta vino a caer en las redes de David. Había ahí una cueva, dice la Escritura, y Saúl entró en ella para descargar el vientre. Y David con su acompañamiento estaba sentado en el interior de la cueva. Y los acompañantes dijeron a David: He aquí el día anunciado por el Señor cuando dijo: Entregaré en tus manos a tu enemigo y harás con él lo que mejor te parezca. Pero David se levantó y calladamente cortó la orla del manto de Saúl. Y luego le latía fuertemente el corazón por haber cortado la orla del manto de Saúl y dijo a sus hombres: Líbreme Dios de hacer tal cosa

contra mi señor el ungido de Y ave: ¡poner yo mi mano sobre el ungido de Y ave! "

¿Has observado las redes tendidas? ¿Has visto la presa capturada? ¿Has visto al cazador en pie y cómo todos lo exhortaban a meter en el pecho de su enemigo la espada? ¡Pues observa ahora la moderación, la lucha, la victoria, la corona! Porque aquella cueva era el campo de batalla y ahí se llevó a cabo un combate admirable e increíble. Luchó David; la ira era el púgil; Saúl estaba en medio como premio del certamen; el presidente del certamen era Dios. Más aún: la lucha no era solamente contra sí mismo y sus propias pasiones, sino contra los soldados que le rodeaban. Porque si quería moderar su ánimo y perdonar al que lo había injuriado, era natural que también a éstos los temiera, no fuera a ser que lo mataran ahí en la caverna, como a traidor de la vida de ellos, y conservador de un público enemigo de todos.

Porque es probable que cada uno de ellos, oprimido por el dolor, dijera interiormente: "¡Andamos errantes y expatriados, arrojados de nuestra casa y de nuestra tierra y de todos los demás sitios, y somos copartícipes de todas las dificultades; y tú, a ese que es la causa de todos los males y ahora se encuentra entregado en tus manos, ¿piensas dejarlo ir para que así no podamos jamás salir de nuestras angustias; y traicionando a tus amigos cuidas de este modo de guardar al enemigo? ¡Mirando al tiempo futuro, acaba con el enemigo para que no vayamos luego a sufrir males mayores y más amargos!" Estas cosas, aunque de palabra no las dijeron, pero en su ánimo sí las revolvían, y aun otras más graves que éstas.

Ibid., XXIV, 4-7.

Pero aquel justo ninguna de esas cosas tomaba en cuenta y miraba únicamente a cómo podría ceñirse la corona de la resignación y ejercitar una nueva y nunca oída sabiduría. Porque no fuera cosa tan admirable si estando solo y sin compañeros, perdonara al que lo había injuriado, como lo es ahora el que lo haya hecho estando presentes los demás: puesto que la presencia de aquellos soldados era un doble obstáculo para la virtud. A nosotros mismos nos acontece que, tras de haber determinado perdonar y no vengarnos, luego, al sentir que otros nos excitan y empujan a la ira, cambiamos de parecer y nos acomodamos a lo que sugieren sus dichos.

Esto no le aconteció a este bienaventurado, sino que aun después de lo que ellos le aconsejaban y a lo que lo exhortaban, perseveró en su propósito. Y no es únicamente digno de tan grande admiración el que no haya cambiado de determinación por las exhortaciones de los otros, y el que no los haya temido, sino más aún el que haya logrado obtener que sus compañeros tuvieran la misma moderación de ánimo. ¡Cosa grande es que alguno impere sobre sus pasiones; pero más grande aún es lograr que otros hagan lo mismo y piensen como el: a otros, digo, que precisamente no son personas que tengan moderación de ánimo y templanza, sino soldados que a causa de las innumerables dificultades habían llegado casi hasta la desesperación; dificultades de las cuales ansiaban ya descansar un poco; y que no ignoraban que el acabamiento de sus males estaba dependiendo de la muerte de aquel su enemigo; y no solamente la solución de sus dificultades, sino también la adquisición de muchos bienes, puesto que nada obstaba para que, una vez muerto el enemigo, pasara David a tomar posesión del reino.

Y sin embargo, aun siendo tantos los motivos que exasperaban el ánimo de los soldados, pudo tanto aquel generoso varón, que se hizo superior a todos ellos y los

persuadió a que perdonaran a su enemigo. Y vale la pena oír el consejo que le daban los soldados; porque la maldad del consejo manifiesta la firme e irrevocable convicción del pensamiento de aquel justo. Porque ellos no dijeron: "¡He aquí al que te ha causado infinitos males y que ha ansiado tu muerte y a nosotros nos ha arrojado en medio de inextricables dificultades!" Sino que en cuanto vieron que David despreciaba todo eso, y no tenía gran cuenta con las injusticias que contra él se cometían, le alegraron a Dios como autor de la oportunidad: "¡Dios, le dicen, te lo ha entregado!" Para que David, temeroso del juicio de Dios, más rápidamente se lanzara al homicidio.

Como si dijeran: ¿Acaso andas por tu cuenta vengándote? ¿Haces a Dios un servicio y confirmas su sentencia con este ministerio! Pero él, cuanto más le insistían tanto más perdonaba en su corazón. Porque entendía que Dios para esto le había puesto al adversario en sus manos, para darle ocasión mayor de probar su virtud. En consecuencia, también tú, si alguna vez tu enemigo cayere en tus manos, no vayas a pensar que se te ha proporcionado la ocasión de vengarte, sino la de conservar a tu enemigo. Y precisamente entonces más se han de perdonar los enemigos, cuando estos han venido a caer en nuestro poder.

Quizá en este punto diga alguno: Pero ¿qué hay de grande ni de admirable en perdonar al que ya ha caído en tu poder? Porque muchos reyes elevados a la cumbre del mando, juzgaron indigno de ellos, colocados en tan grande altura de poder, el castigar a quienes anteriormente los habían ofendido; y así la alteza misma del poder fue causa de reconciliación. En el caso presente nada de eso puedes tú alegar. Porque no sucedió que David hecho rey y elevado a la cumbre del poder, tuviera en sus manos a Saúl y lo perdonara; para que nadie pudiera poner como motivo de haber depuesto su ira la alteza de su reino. Sino que sabiendo que aquél, una vez por él conservado en la vida, había de reincidir en la misma culpa, y él había de quedar en mayores peligros, ni aun así le dio muerte. De manera que no lo comparemos con esos otros reyes.

Porque éstos, por tener una plena y completa prenda de seguridad para el futuro, con razón perdonaban; aquél, en cambio, aun sabiendo que perdonaba y salvaba a un enemigo para su propio daño, con todo no lo mató, y eso que muchas cosas lo empujaban a darle muerte. Puesto que la soledad en que se hallaba el rey privado de todo auxilio, la exhortación de los soldados, el recuerdo de los sucesos anteriores, el temor de los futuros, el que no se le pudiera condenar como asesino por haber matado a su enemigo y el que aun en el caso de que le diera muerte parecería haber superado con su mansedumbre las prescripciones de la ley: todo esto y otras muchas cosas más, lo compelián a que desenvainando la espada lo atravesara con ella.

Pero no cedió a ninguno de esos incitamentos, sino que permaneció firme con la firmeza del diamante en la guarda inmaculada de la ley de la moderación. Ni vayas a decir que él no sintió ninguno de esos afectos, que al fin y al cabo era natural que sintiera; y que lo que sucedió no fue por fuerza de la virtud sino a causa del estupor. Más bien, considera cómo se mantuvo dentro de la moderación cuando se encontraba excitado por tantos motivos. Puesto que el que se hayan hinchado en su pecho las olas de la ira y se haya producido en él una tempestad de pensamientos, y que la haya refrenado mediante el temor de Dios, y así haya reprimido su cólera, puede verse por lo que enseguida le sucedió. "Se levantó —dice la Escritura— y cortó la orla del manto de Saúl". ¿Observas cuan grande tempestad de cólera se levantó en su pecho? Pero esta no pasó adelante ni produjo el naufragio, porque la que iba al timón, es a saber la razón informada por la

piEDAD, al punto en que sintió el peligro, cambió la tempestad en tranquilidad. Puesto que dice: "¡Hirió a David su corazón!"; pero David domó su ira a la manera como se doma un corcel que se encabrita y se enfurece.

Tales son las almas de los santos: antes de haber caído del todo, se levantan; antes de llegar al pecado, se refrenan, porque viven en templanza y siempre vigilantes. ¿Cuánta era la distancia entre el vestido y el cuerpo? Con todo, aquel varón se venció a sí mismo para no pasar más allá. Y luego, por eso mismo que hizo, se condenó gravemente: ¡Lo hirió, dice, su corazón por haber cortado la orla del manto de Saúl y dijo a los soldados: ¡líbreme el Señor de hacer tal cosa!<sup>12</sup> ¿Qué significa esto de líbreme el Señor de hacer esto? ¡Que me sea propicio el Señor, dice, porque yo no quiero hacer esto! ¡no permita jamás Dios que yo lo haga y que llegue a tan grande crimen ! Y esto, porque veía que esta virtud de la moderación casi superaba a las fuerzas de la naturaleza humana, y así él tenía necesidad del auxilio celestial; y porque había llegado casi a la muerte de su enemigo, ora para que el Señor le conserve sin mancha sus manos.

n Ibid., XXIV, 6. 342

¿Qué alma puede haber de mayor mansedumbre que esta alma? ¿Llamaremos hombre a este varón que viviendo en la humana naturaleza se ejercitó en una vida de ángel? Pero esto no lo van a permitir las leyes divinas. Porque ¿quién, pregunto, podrá fácilmente pedir a Dios cosa semejante? Mas ¡qué digo semejante! ¿Quién se abstendría de rogar a Dios contra quien lo ha injuriado? Porque muchos de los mortales han llegado a tal punto de inhumanidad que, por ser tan impotentes que no logran hacer algún mal a quien les ha hecho injusticia, ruegan a Dios y lo llaman a la venganza, y le piden que les dé licencia y modo de dañar a aquellos que les hicieron algún mal. David en cambio suplica en cierto modo todo lo contrario de esos, y ruega que no vaya a alargar su mano en contra, y dice de esta suerte: "¡No permita el Señor que yo ponga en él mi mano!" De manera que habla del enemigo como si se tratara de su hijo y descendencia.

Ni solamente lo perdona, sino que además estatuye una defensa en su favor; y observa cuan sabia y prudentemente lo hace. Porque como examinara la vida de Saúl y no encontrara en ella cosa buena, para poder afirmar "no me ha hecho injusticia alguna ni me ha molestado" (pues al punto le habrían reclamado los soldados que estaban ahí presentes y conocían por experiencia la maldad del rey), andaba rodeando por otras partes en busca de alguna excusa aceptable que pudiera encontrar. Y como no lograra ni del lado de su vida ni del de sus obras, se acogió a la dignidad del rey y dijo: "¡Porque es el ungido del Señor!"

¿Qué es lo que dices? le preguntan. ¿Acaso no dirás que es un malvado y malvadísimo y que rebosa de maldades y está henchido de vicios incontables y anda pensando en darnos muerte? ¡No, sino que es rey! ¡es el príncipe! ¡ha recibido el mando sobre nosotros! Y no dijo: porque es el rey, sino porque es el ungido del Señor; y tomó así en su favor el testimonio no de los honores humanos sino del juicio divino. Como si dijera: ¿Desprecias a tu consiervo? ¡Pues reverencia a tu señor! ¿Desprecias al electo? ¡Pues teme al que lo eligió!

Porque si a los ordinarios Prefectos designados por el emperador, aunque sean malos, aunque sean ladrones, aunque sean rateros, aunque sean injustos, aunque sean cualquiera otra cosa, les tenemos un temor reverencial, y no los despreciamos por su



maldad sino que los reverenciamos por la dignidad de aquel que los eligió, mucho más conviene que procedamos de esa manera para con aquellos a quienes Dios eligió. Como si dijera David: Dios aún no le ha privado del reino ni lo ha rebajado de rey a hombre particular. No pervirtamos, pues, el orden ni luchemos contra Dios, sino más bien pongamos por obra aquel dicho apostólico: Porque quien resiste a la autoridad, resiste a las disposiciones de Dios, y los que las resisten atraen sobre sí la condenación.<sup>13</sup>

Y no solamente lo llamó Cristo, o sea ungido y rey, sino que además lo llamó señor suyo. No es pequeña moderación el llamar con este nombre a su enemigo, nombre de honor y de obediencia. Y cuánto sea esto grande, podrá cualquiera verlo por lo que a otros les acontece. Porque muchos no solamente no soportan eso de llamar al enemigo con nombres sencillos y simples, sino que los llaman con otros vocablos llenos de odio, como loco, impío, mentecato, insano, pestilencial, y en fin, amontonan otros muchos para denominar a sus enemigos. Os demostraré ser esto verdad con un ejemplo no traído de lejos, sino de la materia misma que vamos tratando; o sea de Saúl. Porque éste, a causa del odio que sentía no podía llamar al varón justo con su nombre; sino que, como se celebrara en cierto día una fiesta, lo buscaba diciendo: ¿En dónde está el hijo de Jesé?" Y lo llamó así en parte por odio al nombre mismo, y en parte para subrayar la baja social de su padre, con la esperanza de que de este modo la fama del varón justo quedara manchada. Porque no comprendía que al hombre lo suelen hacer ilustre no la nobleza de sus progenitores sino las virtudes de su propio ánimo.

13 Rom., XIII, 2.

14 / Reg., XX, 27. Parece que este es uno de los muchos casos en que el Crisóstomo, llevado de su anhelo de hacer aplicaciones morales, no se atiene tan puntualmente al sentido del texto bíblico, ya que la forma de preguntar Saúl por David en esa ocasión no deja entender que lo hiciera por humillarlo ni que dejara de nombrarlo por su nombre precisamente por cólera. Era una forma ordinaria entre los hebreos de designar a las personas. Sin duda a esto se han referido los que aseguran que hay en el Crisóstomo más afecto que raciocinio, etc., como indicamos en la Introduc.

Gen., n. 14.

No procedió así el bienaventurado David. Porque éste no designó a aquél por el nombre de su padre, aunque éste fue también de linaje demasiado bajo y despreciado. Ni lo designó por su nombre simple y sencillo, sino con el título de su dignidad e imperio: ¡hasta tal punto estaba su ánimo libre de toda malevolencia! Conforme a esto, también tú, oh carísimo, imítalo y aprende de él ante todo a llamar a tu enemigo no con palabras odiosas sino honoríficas. Puesto que si la lengua se acostumbra a llamar al injuriador con palabras honrosas y de amistad, el ánimo, oyéndolas y enseñado por la lengua, no rehusará volverlo a su gracia. Puesto que las palabras mismas serán como un remedio excelente para la llaga que en el corazón se va hinchando.

Todo lo que precede lo he dicho no únicamente para que alabemos a David, sino además para que lo imitemos. Imprima, pues, cada cual esta historia en su corazón, y dibuje, usando de los raciocinios como de una mano, aquella doble caverna, y a Saúl entregado al sueño y atado por éste como por una cadena, y sujeto a la mano de aquel a quien había injuriado tan gravemente; y a David que está sobre él, que duerme; y a los soldados que se hayan presentes y lo exhortan al homicidio; y al bienaventurado aquel

que discurriendo y ejercitando la virtud, o sea reprimiendo su propia ira y la de sus compañeros, trata de excusar al mismo que tantas veces y tan gravemente había faltado contra él.

Y no solamente pintemos en nuestra alma estas cosas, sino además hablemos constantemente de ellas en nuestras reuniones. Renovemos con frecuencia la narración de ellas delante de las esposas y delante de los hijos. Porque si vas a hablar de algún rey, he aquí a éste; si de un soldado, si de negocios privados o de negocios políticos o civiles, encontrarás en las Sagradas Escrituras copia abundante de todas esas cosas. Estos recuerdos traen consigo grandes utilidades. Porque es imposible, lo repito, es imposible que el alma que en estas memorias se ocupa, sea vencida por las pasiones. De manera que, con el objeto de no pasar el tiempo inútilmente ni consumir vuestra vida en nugatorias e inútiles vanidades, aprendamos los hechos de los varones fuertes, y en ellos ocupémonos con frecuencia.

Y si acaso alguno durante la reunión familiar quisiera traer a cuento los espectáculos o las carreras de caballos o en fin gastar palabras en cosas que no tienen qué ver contigo, procura apartarlo de esas materias y traerlo a estas historias. Purificadas así las almas, tras de haber gozado de un deleite que carece de peligros, finalmente, dispuestos nosotros con la mansedumbre y bondad para con aquellos que nos han injuriado, saldremos de esta vida al siglo futuro, sin tener enemigo alguno; y conseguiremos los bienes eternos, por gracia y bondad del Señor nuestro Jesucristo, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

14

## **XIV HOMILÍA SEGUNDA acerca de DAVID Y SAÚL.**

Trata de que es un gran bien no solamente ejercitar la virtud sino también alabarla; y de que David erigió un trofeo más espléndido perdonando a Saúl que postrando en tierra a Goliat; y que haciendo eso más aprovechó a sí mismo que a Saúl; y de las excusas que presentó a Saúl.

ALABASTEIS HACE POCO A DAVID por su paciencia. Yo por mi parte admiraba vuestra benevolencia y caridad para con David. Porque conviene no solamente presenciar los actos de virtud y emularlos, sino también alabarlos y proclamarlos como admirables; pues todo esto nos acarrea fruto y no vulgar; del mismo modo que, al contrario, no solamente el emular la maldad sino también el alabar a los que en ella viven, nos merece un no pequeño castigo. Y si hemos de decir una paradoja, mayor castigo espera a quienes alaban a los que viven mal que a estos mismos.

Explicando esto Pablo, tras de enumerar todas las especies de malicias y acusar a todos los que pisotean las leyes divinas, añadió: Los cuales, aun conociendo la sentencia de Dios, de que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen sino que aplauden a quienes las hacen. Por lo cual eres inexcusable, oh hombre.<sup>1</sup> ¿Adviertes cómo Pablo de tal manera habla que demuestra ser esto último más grave que lo anterior? Porque, por lo que mira al castigo, mucho más es alabar a los que delinquen que el mismo delinquir. Y esto con razón: porque esa aprobación parte de un corazón ya

totalmente pervertido y que padece una llaga incurable. Puesto que cuando aquel que peca condena él mismo su pecado, podrá con el transcurso del tiempo volver sobre sí; pero quien alaba la maldad, ése a sí mismo se ha privado del remedio que trae consigo la penitencia. Y por esto Pablo declaró ser esto más grave que aquello.

1 Rom. I, 32; y II, 7. 346

Así pues, en vista de que no solamente los que se entregan a la maldad sino también los que a éstos alaban y ensalzan sufren o la misma pena o más grave aún, concluimos que del mismo modo quienes alaban a los buenos y los ensalzan y los proclaman, se hacen partícipes de las coronas que a éstos les están reservadas. Y que esto sea así, puede verse por la Escritura. Porque Dios habla a Abraham de esta manera: ¡Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan! 2 Y cualquiera puede ver que esto mismo sucede en los certámenes olímpicos. Porque no solamente el atleta que alcanza la corona ni solamente el que soportó los trabajos y sudores, sino también aquel que lo alaba, participa en parte no pequeña del gozo de dicha alabanza. De manera que yo no solamente llamo bienaventurado a aquel varón generoso y magnánimo a causa de su virtud, sino que también a vosotros, a causa de vuestra benevolencia para con él.

El peleó y venció y llevó la corona. Vosotros, en cambio, por haber alabado su victoria, habéis alcanzado una no pequeña parte en esa corona. Pues para que vuestro gozo se acreciente y el fruto sea mayor, ¡ea! ¡os exponemos el resto de la historia! Una vez que el escritor sagrado hubo recordado las palabras con que David reprobó la muerte de Saúl, añadió: "Y no les permitió a sus soldados que se levantaran y dieran muerte a Saúl". Con lo cual al mismo tiempo declaró la disposición de los ánimos de éstos que querían dar muerte al rey Saúl, y la fortaleza de aquel varón. Por cierto que de los que cultivan la virtud, muchos, aunque ellos personalmente no cometan homicidio, con todo no quieren apartar de eso a quienes andan en ello ocupados. No lo hizo así David. Sino que como si hubiera recibido un depósito del cual luego tuviera que dar razón, así, no solamente no tocó él a su enemigo, sino que impidió a quienes ansiaban matarlo y se convirtió en su guardia y defensor excelente.

: Gen. XII, 3.

De manera que no andará fuera de la verdad el que diga que David en esta ocasión cayó en un peligro mayor que el mismo que corría Saúl. Porque rio era pequeño el combate y peligro de intentar salvar de todas maneras a Saúl de las asechanzas que los soldados le preparaban; y no temía tanto David el ser degollado por ellos como el que alguno, dejándose llevar de la ira, matara a Saúl. Por este motivo discurrió esta excusa. Los soldados acusaban a Saúl, y Saúl estaba entregado al sueño; pero su mismo enemigo lo defendió. Y Dios ahí era el Juez y confirmó la sentencia dada por David: puesto que éste no hubiera podido vencer a aquellos soldados enfurecidos sin el auxilio divino. Pero lo llevó a cabo la gracia que residía en los labios del profeta y que añadía una especial fuerza persuasiva a sus palabras.

Con todo, el mismo David cooperó no poco para ello, puesto que por haberlos educado de antemano en esa forma, por eso, en el momento del certamen, los encontró preparados y modestos. El los había jefaturado no como un General a sus soldados, sino como un sacerdote; de manera que la cueva aquella vino a ser una verdadera iglesia. Y así, a la manera de uno que ha recibido el cargo de obispo, les hablaba; y una vez

terminado el sermón ofreció el sacrificio. Y fue un sacrificio admirable, increíble. Porque no se celebró con un cordero muerto o un ternero inmolado, sino con algo más precioso y honorífico que esto. David ofreció a Dios la mansedumbre y la bondad. Y habiendo dado muerte al movimiento irracional de su ánimo y habiendo inmolado su ira, mortificó de esa manera los miembros terrenales. En tal modo que entonces se hizo él mismo víctima y sacerdote y altar. Porque a un mismo hombre pertenecían la razón que ofrecía en sacrificio la mansedumbre y caridad, y también la mansedumbre y caridad que eran ofrecidas, y finalmente el corazón en el que se ofrecían esas virtudes.

Una vez que hubo inmolado esta tan preclara víctima, obtuvo la victoria. Y no olvidó nada de lo tocante al trofeo. Y finalmente Saúl, que era el objeto de estos sacrificios, salió de la cueva, ignorante de cuanto en ella había acontecido. Y salió tras él, dice la Escritura, David.<sup>6</sup> Y miró al cielo con ojos limpios, e iba más gozoso que cuando derribó a Goliath y cortó la cabeza de aquel bárbaro. Porque esta victoria era más espléndida que aquella otra, y los despojos eran más excelentes, y la presa más ilustre, y el trofeo más glorioso. Porque aquella tuvo necesidad de la honda y de las piedrecillas y del ejército; mientras que acá todo fue llevado a cabo por la recta razón y la prudencia, y la victoria se logró sin armaduras, y el trofeo se erigió sin derramamiento de sangre.

De manera que ahora volvía, no portando la cabeza de aquel bárbaro, sino llevando apaciguadas las pasiones y dominada la ira. Ni quedaron estos despojos colocados en Jerusalén sino en el cielo y en aquella ciudad de arriba. No se presentaron ahora las danzas femeninas que lo recibieran con encomios, sino que en las alturas el coro de los ángeles lo aplaudía, admirado de su virtud y mansedumbre. Ahora caminaba tras de haber rematado de heridas al enemigo; puesto que, aunque había salvado la vida de Saúl, pero al demonio, su enemigo, lo había atravesado con innumerables heridas.

Porque del mismo modo que cuando a causa de la ira peleamos contra nosotros mismos y nos entrechocamos en mutuos conflictos, es el demonio quien se alegra y se regocija, así cuando nosotros vivimos en paz y concordia y moderamos la ira, el demonio se apoca y decae de ánimo, por ser enemigo de la paz y adversario de la concordia y padre de la envidia. Salió, pues, David, llevando aquella mano que valía tanto como todo el orbe de la tierra y aquella cabeza ceñida de corona. Porque, así como los emperadores con frecuencia antes coronan la mano que la cabeza de aquellos que han procedido preclaramente en el pugilato, ya sean púgiles o ya pancratistas,<sup>4</sup> así Dios coronó aquella mano que tuvo poder para presentar su espada limpia y mostrarla a Dios sin mancha alguna de sangre y resistir a tan grande tempestad de ira.

3 / Sara. XXIV. 8-9.

Se llamaba así a los que en los juegos lograban la victoria en cinco clases de ejercicios: el salto, el lanzamiento del disco, el de la jabalina, carrera sencilla y lucha de pugilato, pero sin cestos (Giotz y Cohén).

No salió David de la caverna portando la diadema de Saúl, sino ostentando la corona de la justicia; no salió llevando la veste real de púrpura, pero salió revestido de una mansedumbre que superaba a la humana naturaleza, manto que es más excelente que cualquiera otra vestidura. Salió de la caverna con tanta gloria con cuanto salieron del horno ardiente los tres jóvenes.<sup>0</sup> Porque así como a aquéllos no los consumió el fuego, así tampoco a éste el incendio de la ira. En nada dañó a aquéllos el fuego que obraba por

de fuera; a éste, que llevaba en su interior las brasas encendidas y veía en lo exterior al demonio que encendía el horno mediante la presencia de su enemigo, la exhortación de sus soldados, la facilidad de llevar a cabo el homicidio, la ausencia de quienes pudieran auxiliar a Saúl, la memoria de las injurias pasadas, el temor de los peligros futuros (porque estas cosas excitaban una llama mucho más viva que los sarmientos, la pez y la paja y todos los otros elementos que inflamaron el horno de Babilonia), a éste, digo, no lo encendió la ira en modo alguno, como era natural que le sucediera, sino que salió limpio; y, mirando a la cara a su adversario, mucho más se confirmó en su virtud.

Puesto que al verlo cómo dormía y cómo yacía inmóvil y sin poder hacer nada, habló consigo mismo y se dijo: "¿Dónde está ahora aquel furor? ¿dónde aquella malicia? ¿dónde los artificios y las asechanzas? ¡Todo eso pasó y se acabó con sólo acercarse un poco de sueño! ¡Ahí está el rey atado cuando nosotros menos lo pensábamos y no somos quienes lo han llevado a cabo!" ¡Lo veía dormido y meditaba en la muerte, común a todos! Porque el sueño no es otra cosa que una muerte temporal y un cotidiano perecer. No sin oportunidad podrá también alguno recordar aquí aquello de Daniel: 6 Porque así como éste ascendió del lago, una vez superada la ferocidad de los leones, así David salió de la caverna tras de vencer otras bestias aún más feroces. A aquel varón justo a una parte y a otra lo rodeaban los leones; a éste lo acometieron las pasiones, mucho más feroces y fuertes que todos los leones: por un lado la indignación a causa de las injurias pasadas, por el otro el temor de las cosas futuras. Pero a ambos los venció, y cerró las bocas de las fieras, y nos enseñó por los hechos mismos que nada hay más seguro que perdonar a los enemigos; y por el contrario, nada hay más peligroso que el querer vengarse y andar procurando el desquite.

5 Dan III; donde se narra la historia completa de los tres jóvenes.

6 Ibid. XIV.

De manera que aquel que había determinado acometer, ahora, desnudo e inerme y privado de todo auxilio, está, a la manera de un cautivo, en manos de su enemigo entregado; y en cambio, este otro, al mismo tiempo en que se vence y le deja de todo en todo el paso libre, y ni siquiera desea poner con toda justicia sus manos en su enemigo, ahora, sin máquinas de guerra, sin armas, sin caballería, sin soldados, he aquí que tiene y recibe en sus manos a su adversario; y, lo que es más, se concilia de parte de Dios una mayor benevolencia.

Pero yo no llamo bienaventurado a David por haber visto a su contrario yaciendo a sus pies; sino porque teniéndolo en las manos lo perdona. Porque eso primero obra fue de la omnipotencia divina, pero esto segundo lo fue de su virtud. ¿En qué forma le debieron obedecer en adelante sus soldados, como era obvio, y con cuánta benevolencia lo mirarían? Y si hubieran tenido mil vidas ¿acaso no las habrían gastado con prontitud en favor de su jefe, una vez que ellos, por la benevolencia que él había mostrado para con su enemigo, habían conocido cuan grande ánimo y cuan lleno de amabilidad tenía para con los suyos? Puesto que quien era manso y dulce para con quienes le habían hecho injusticia, mucho más habría de serlo y de tener semejante ánimo para con quienes bien lo querían: cosa que en realidad fue para David una grande prenda de seguridad.

De manera que no sólo andaban ya más bondadosos con él, sino más prontos para acometer a los enemigos, puesto que sabían que tenían a Dios como defensor, porque El

siempre ayudaba al jefe y miraba por todas sus empresas. Por esto en adelante obedecían a David no ya como a un hombre sino como a un ángel. En conclusión: David, aun antes de que Dios le diera su premio, ya desde esta vida recibió un galardón mucho mayor y reportó una victoria mucho más esclarecida, por haber conservado la vida a Saúl, que si le hubiera dado muerte. Porque ¿en qué manera habría podido lograr tanta ganancia con matar a su enemigo cuanto obtuvo con haberlo perdonado?

Reflexiona, pues, sobre estas cosas cuando alguna vez tengas

en tu mano a quien te haya hecho injuria: que es de mucha mayor ganancia y cosa más grande el perdonar que el matar. Porque quien mata a su enemigo, frecuentemente se condena a sí mismo a soportar una conciencia malvada y a ser atormentado cada día y aun cada hora por el gravamen del pecado; pero el que perdona, y por unos instantes vence sus pasiones, anda en adelante lleno de gozo y se deleita apoyado en la magnífica esperanza del cielo y del premio de su paciencia que Dios le concederá. Y si acaso alguna vez cae en alguna desgracia, con grande confianza pedirá a Dios el auxilio; como en nuestro caso sucedió, que después David recibió de Dios excelentes y admirables premios por la reverencia que mostró para con su enemigo.

Pero veamos ya lo que sigue. Salió de la caverna David en pos de Saúl, y le gritó a sus espaldas y le dijo; ¡señor, rey mío!

Y Saúl miró hacia atrás. Y David se inclinó y postró su faz en tierra y le hizo reverencia.<sup>1</sup> Estas palabras no honran me nos a David que el haber conservado la vida a su enemigo.

Porque no fue cosa de un ánimo vulgar el no ensoberbecerse por los beneficios hechos a su prójimo, ni ponerse en la tesitura de ánimo en que suelen muchos de la gente común, quienes enarcando las cejas, desprecian a aquellos a quienes han hecho algún beneficio, como si se tratara de esclavos.

No procedió así el bienaventurado David; antes, por el contrario, tras de los beneficios que dispensó, se mostró aún más modesto. Y fue el motivo, que no atribuía a su propia industria cosa alguna de cuantas había hecho tan esclarecidamente, sino que todo lo refería a Dios, como un don suyo. Por esto, quien había sido el salvador reverenciaba al que había salvado, y lo llamaba rey, y a sí mismo se denominaba siervo, abajando la hinchazón de su propio ánimo mediante la dignidad de aquél, y apartando de este modo la envidia. Oigamos pues ya la excusa misma de David: ¿Por qué escuchas, le dice, las palabras del vulgo que afirma: David quiere quitarle la vida?<sup>8</sup>

Y quien escribió esta historia afirma anteriormente que todo el pueblo estaba con David, y que se había conquistado la gracia y favor de todos los servidores del rey, y que de corazón estaban con David el hijo del rey y todo el ejército.

¿Cómo entonces asegura que había algunos que le levantaron falso testimonio y provocaron en su contra a Saúl? Porque es cierto que no por impulsiones de otros, sino por propio movimiento de su ánimo, Saúl concibió malicia tal que declaró la guerra al varón justo; lo cual manifiesta el escritor del sagrado volumen, cuando dice que de las alabanzas tributadas a David nació la envidia, la cual fue luego creciendo cada día. Pues entonces ¿por qué traspasa el crimen a otros? y dice: "¿Por qué escuchas las palabras del

vulgo que asegura: David quiere quitarle la vida?" Lo hizo así para dar ocasión a aquél de echar de sí la envidia. Esto hacen con frecuencia los padres respecto de sus hijos, cuando alguno corrige a su hijo ya pervertido y que ha hecho cosas muy malas. Aunque esté ese padre persuadido de que su hijo por su propia malicia ha llegado a semejante abismo de corrupción en sus costumbres, sin embargo, echa la culpa a otros y dice de esta manera: "¡Ya sé yo que tú no tienes la culpa, sino que otros te corrompieron y te sedujeron: ellos son los culpables en absoluto de este pecado!"

Lo hacen así para que el hijo, en oyendo estas cosas, pueda más fácilmente volver al buen camino y salir poco a poco de la maldad, a causa de la vergüenza y el rubor que le produce el ir a ser visto como indigno de semejante alabanza. Lo mismo hizo Pablo escribiendo a los Gálatas. Tras de aquellos sus muchos sermones y de aquellas sus abundantes recriminaciones, que no hay para qué recordar ahora, con que los había acusado, queriendo, ya al fin de su carta, disculparlos, con el objeto de que descargados algún tanto de sus crímenes, pudieran dar sus excusas, les habla de esta manera: ¡Yo confío de vosotros en el Señor que no sentiréis de otro modo. Por lo demás, el que os perturba llevará su castigo quienquiera que él sea!<sup>9</sup> Pues lo mismo hizo David en este caso, porque, cuando le pregunta: "¿Por qué escuchas las palabras del vulgo que dice: David quiere quitarle la vida?", le da a entender que son otros los que lo provocan, que son otros los que andan irritando su ánimo; y así procura de todas maneras darle ocasión para excusarse.

7 I Sam. XXIV, 9.

8 Ibid. XVIII, 16, etc.

C-alat. V, 10.

Luego, defendiendo su propia causa, añade: ¡Hoy han visto tus ojos cómo Y ave te ha puesto en mis manos en la caverna, y que yo no he querido matarte, sino que te he conservado la vida, y he dicho: no pondré mi mano sobre mi señor porque es el ungido del Señor!<sup>10</sup> Como si dijera: aquéllos calumnian con sus palabras, pero yo a la verdad me declaro inocente por los hechos mismos, y con ellos deshago la acusación. No necesito de palabras cuando el suceso mismo, más claramente que cualquier discurso, te puede enseñar quienes son aquéllos y quién soy yo, y que se ha hecho una delación injusta en mi contra y se me ha calumniado. Y de la verdad de estas cosas, yo no pongo por testigo a otros sino a ti mismo; ¡a ti mismo, lo repito, que por beneficio mío has conservado la vida!

Pero, ¿cómo pudo Saúl ser testigo de estas cosas, pues cuando se llevaban a cabo él dormía? Y así ni oyó las palabras, ni vio presente a David cuando hablaba con sus soldados. ¿Cómo haremos frente a esta dificultad para que la demostración resulte clara? Porque si hubiera citado a otros testigos, Saúl habría tenido su testimonio como sospechoso, y habría juzgado que aquéllos andaban favoreciendo al varón justo. Y si con razones y argumentos aceptables hubiera intentado excusarse, habría sucedido que se le diera menos fe por estar ya predispuesto y corrompido el ánimo del que había de ser juez, Saúl. Porque ¿cómo hubiera podido sospechar éste que a pesar de haber recibido tantos beneficios sin embargo perseguía con la guerra a su benefactor que no le daba motivo ninguno, cómo hubiera podido sospechar este tal que alguien que hubiera sido injuriado y luego tuviera en sus manos al injuriante, lo perdonaría?

Generalmente el vulgo de los hombres juzga de los demás conforme a su propia disposición de ánimo. Así, por ejemplo, quien continuamente se embriaga, difícilmente se persuade que haya quien pueda vivir con templanza; quien anda en impurezas, tiene como incontinentes aun a los que castamente viven; y del mismo modo, quien se apropia de las cosas ajenas, no se persuade fácilmente de que haya hombres capaces incluso de dar lo propio. Pues, del mismo modo éste, una vez preocupado por la ira, no habría fácilmente creído que hubiera un hombre tal y tan superior a sus pasiones que no solamente no hiciera mal a nadie, sino que incluso conservara la vida a quien le hubiera hecho mal.

/ Sam. XXIV, 11.

Estando, pues, corrompido el ánimo del juez y habiendo de ser tenidos como sospechosos los testigos si acaso se presentaban, David prudentemente encontró una prueba especial que pudiera cerrar la boca aun de los más impudentes. ¿Cuál es ella? ¡La orla del manto! ¡Se la alargaba, pues, y le decía: ¡Aíra la orla de tu manto en mi mano! ¡Yo la he cortado y no te he dado muerte!X1 ¡Testigo mudo por cierto, pero más elocuente que todos los que hablan y más convincente! Como si le dijera: a no estar yo cercano y a no haberme parado vecino de tu cuerpo, no habría podido cortar la orla de tu manto.

¿Ves cuánto bien se ha seguido de aquella primera conmoción de ánimo que tuvo David? Porque si no hubiera sentido el movimiento de cólera, nosotros no habiéramos conocido su virtud (puesto que a muchos les habría parecido que no había perdonado por virtud sino por estupor), ni habría cortado una parte del manto; y si no la hubiera cortado tampoco hubiera podido hacer fe delante del enemigo con otros argumentos. Ahora, en cambio, por haberse movido a ira y haber cercenado la orla, pudo presentar un argumento certísimo de su previsión.

Como presentara un tan verdadero e indudable testimonio, pudo de esta manera hacer en seguida juez del propio enemigo y aun testigo de su respeto para con él. Y pudo hablarle de este modo: ¡Reconoce y ve ahora cómo no hay en mi mano iniquidad ni rebeldía contra ti, y que tú andas a caza de mi alma para matarme! 12 Y en esto sobre todo se puede admirar la magnanimidad de este varón; porque no toma excusas sino de las cosas mismas que en ese día habían acontecido. Esto es lo que insinúa cuando dice: "¡Reconoce y ve ahora!" Como si dijera: nada digo de lo pasado; me basta para prueba lo sucedido en este día. Y aunque podía haber enumerado muchos y grandes beneficios que anteriormente le había hecho, si hubiera querido hacerlo, no lo hizo. Podía, por ejemplo, haberle recordado aquel singular combate que emprendió contra el bárbaro, y decirle: "Al tiempo en que una guerra con los bárbaros iba, a la manera de un diluvio, a destruir la ciudad,

11 Ibid. XXIV, 12. u Ibid.

Y más pudo traerle a la memoria, aparte de este trofeo; o sea las innumerables guerras llevada cuando vosotros andabais temerosos y consternados y cada día esperabais la muerte, yo, habiéndome arrojado cuando nadie me compelía, y más bien tú mismo me lo prohibías y me retenías y me alegabas: "¡no podrás ir tú contra él, porque tú eres aún un niño y él es un varón entendido en guerras desde su juventud", no me detuve, sino



que salté a la arena yo solo para salvarlos a todos, e hice frente al enemigo y le corté la cabeza, y rechacé el ímpetu de aquellos bárbaros que se echaba encima a la manera de las avenidas de un torrente, y confirmé la república cuando ella vacilaba; de manera que tú por mi medio tienes la vida y el reino, y todos los demás tienen no solamente la vida sino la ciudad, sus casas, sus hijos y sus mujeres. s a cabo felizmente y con fortaleza, y no inferiores a esa otra. Y también pudo recordarle que como una y otra vez y repetidas veces él, Saúl, intentara darle muerte y vibrara contra su cabeza la lanza, con todo él no había tomado en cuenta esos males; y también que, como tras de esas primeras guerras Saúl debiera darle el premio de la primera batalla, Saúl le pidió como dote no oro ni plata, sino muertes y destrucciones y que ni esto había él rehusado. Estas y otras muchas cosas y mucho mayores pudo decirle; pero ninguna de ellas le dijo. Porque no era su ánimo echarle en cara sus beneficios, sino únicamente persuadirlo de que era él uno de aquellos que lo amaban y Jo servían, y no de los que se rebelaban y tramaban asechanzas. Por esto, dejando a un lado todas las demás cosas, hizo su defensa únicamente con lo sucedido en aquel día.

¡Tan lejos estaba de la ceguedad, y tan libre de la vanagloria, que no miraba a otra cosa sino solamente a la voluntad de Dios! Y luego añadió: ¡Juzgue el Señor entre tú y yo!  
13 Y no dijo esa palabra porque deseara que el Señor castigara a Saúl y tomara venganza de él, sino para ponerle temor con el recuerdo del juicio futuro; ni solamente para ponerle temor, sino además para justificarse ante él de la sospecha. "Porque la prueba principal, como si dijera, la tengo por los hechos; pero si no le das fe, yo invoco como testigo al mismo Dios, que conoce los arcanos de cada alma y puede escrutar las conciencias".

13 / Sam. XVII, 13. 356

Y esto lo dijo para declarar que nunca se hubiera atrevido a apelar a aquel Juez a quien no se puede engañar, y a echar sobre sí la condenación, si no estuviera certísimo de estar libre de todo crimen de asechanzas. Y que esto que digo no sea una simple conjetura, sino que, a la vez para justificarse y para traer a Saúl a la moderación, mencionó el juicio aquel, lo manifiestan suficientemente las cosas que ya vimos; pero además, y no menos que ellas, las que luego acontecieron, dan fe de ello. Porque como de nuevo Saúl hubiera caído en manos de David, cuando lo perseguía para matarlo, tras de haberle éste dado la vida y como pudiera David destruirlo echando mano de todo su ejército, con todo lo dejó ir sano y salvo.

Por esto mismo, cuando supo de la enfermedad del rey y que ella era incurable, y que nunca éste depondría su ánimo hostil, se apartó de sus ojos y comenzó a vivir entre los bárbaros y a servirlos a éstos, privado de honores y cubierto de vergüenza, y teniendo que procurarse con su propio sudor y en pobreza las cosas necesarias para la vida. Ni es esto sólo lo que debemos admirar, sino también aquello otro: cuando oyó cómo el rey había muerto en una batalla, rasgó sus vestiduras y esparció ceniza sobre sí, y lloró con un llanto como el que lloraría quien hubiera perdido a su primogénito y único hijo. Y luego, repitiendo su nombre juntamente con el del hijo, les compuso encomios; y lanzando clamores que testificaban su dolor, permaneció sin tomar alimento hasta la tarde, y execraba aun los sitios mismos que habían recibido la sangre de Saúl.

¡Montes de Gelboé, decía: no caiga rocío sobre vosotros ni lluvia! ¡montes de muerte, porque ahí fueron arrebatados los tabernáculos de los poderosos! " ¡Eso que hacen los

padres, que a veces llegan aun a aborrecer la casa y aun la puerta misma miran con dolor, la puerta aquella por la que sacaron al hijo muerto, eso hacía exactamente David, al execrar los montes que habían soportado aquella matanza! ¡Aborrezco, decía, aun los montes mismos en los que han caído en tierra esos cadáveres! ¡Por lo mismo en adelante no seáis regados con las lluvias del cielo, puesto que habéis sido malamente regados con la sangre de mis amigos; y luego repetía los nombres de éstos: ¡Saúl! ¡Jonatás! ¡amables y hermosos! ¡en su vida no se habían separado y tampoco en la muerte se separaron! lu

// Sam. I, 21.

Pues no era posible abrazar sus cuerpos ausentes, abrazaba sus nombres; y de este modo, en cuanto era posible, calmaba su dolor y mitigaba la grandeza de su desgracia. Y porque a muchos les parecía un mal incurable el que hubieran sucumbido ambos en un mismo día, precisamente eso tomó David como argumento de consolación. Porque eso que dice: que en su vida no se habían separado y tampoco en la muerte se separaron, palabras son de quien no buscaba otra cosa, sino que eso mismo fuera un lenitivo para su pena. Como si dijera: Ya no puede decirse que el hijo llora por encontrarse huérfano, ni que el padre llora la ausencia de su hijo. Sino que lo que a muchos no ha acontecido a ellos sí les aconteció; es a saber, el ser arrebatados de entre los vivos en un mismo día, y no sobrevivir ninguno de ellos al otro. Porque estimaba David que para cada cual la vida habría sido desabrida si el uno se hubiera separado del otro.

¿Os conmovéis ahora y os sentís perturbados y vuestros ojos se han vuelto fáciles para el llanto hasta derramar lágrimas? ¡Pues en este momento, acuérdesse cada cual de su enemigo y del que le hizo alguna injusticia, cuando aún está inflamado el ánimo por el sentimiento; y así a ese enemigo consérvele la vida, o si ha muerto, llórelo. Y esto no por ostentación, sino de corazón y sinceramente. Y aunque haya de sufrir alguna molestia, haga y padezca cuanto sea necesario para que en nada moleste a aquel de quien sufrió injuria, y esto con la esperanza de grandes premios de parte de Dios.<sup>16</sup>

15 Ibid. I, 23.

16 Por este final de la Homilía se ve que el auditorio se había conmovido hasta las lágrimas. Indudablemente que en esto influyó la declamación misma y toda la presentación del santo, llena de unción y piedad.

He aquí que David alcanzó el reino sin manchar sus manos con el asesinato; y fue coronado tras de haber conservado limpia su diestra, y subió al trono con una alabanza muy superior a cualquiera púrpura y a cualquiera diadema; es a saber, la de haber perdonado a su enemigo y haberlo llorado una vez que murió. Por esto fue celebrado en la memoria de los hombres no sólo durante su vida, sino también después de su muerte. En consecuencia, si deseas tú conseguir acá abajo una gloria perpetua y luego disfrutar en el otro mundo de los bienes duraderos, imita la virtud de este varón justo, emula su moderación, muestra con tus obras esa misma resignación en las injurias, a fin de que habiendo soportado acá iguales trabajos consigas allá los mismos bienes. Bienes que ojalá logremos todos alcanzar por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, al cual, con el Padre y juntamente con el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## **XV HOMILÍA TERCERA acerca de DAVID Y SAÚL:**

trata de que es peligroso asistir a los espectáculos; y que esto hace consumados adúlteros, de donde nacen la tristeza y los altercados; y cómo David, en todo lo que hizo por Saúl, superó todo género de paciencia; y finalmente que el llevar en paz el robo de los bienes no es de menor virtud que el dar limosnas.

PARÉCEME QUE MUCHOS de los que nos habían abandonado hace poco y se habían ido a los espectáculos de la iniquidad, ahora están aquí presentes. Y me gustaría saber con claridad quiénes son ellos para apartarlos del sagrado recinto; mas no para que permanecieran perpetuamente fuera de la iglesia, sino para que una vez corregidos, regresaran a ella. Porque con frecuencia también los padres a sus hijos, cuando éstos delinquen, los echan de la casa y los apartan de su mesa, no precisamente para alejarlos perpetuamente, sino para que, vueltos mejores con ese correctivo, regresen con el debido honor y alabanza a participar de los bienes paternos. Y lo mismo hacen los pastores cuando apartan a las ovejas inficionadas de sarna de las que están sanas; a fin de que una vez curadas de la miserable enfermedad, luego regresen a juntarse con las que están sanas; y esto lo hacen a fin de que no contagien las enfermas a toda la grey con su mal.

Por este motivo deseaba yo conocer a éstos. Pero aun cuando con los ojos del cuerpo no podamos discernirlos, ciertamente la palabra los conocerá bien; y una vez que les haya corregido su conciencia, fácilmente los persuadirá de que por su voluntad y espontáneamente se retiren, y les enseñará que solamente deben estar aquí dentro quienes tengan un modo de pensar digno de la ocupación que aquí tenemos. Así como por el contrario, quien vive en la corrupción y con todo se hace participante de esta santa reunión, aunque con el cuerpo esté aquí presente, en realidad está excluido y echado fuera con mayor verdad que los que allá afuera han sido detenidos por no serles aún lícito participar de la sagrada mesa. Porque éstos, aunque excluidos y permaneciendo fuera por las leyes sagradas, aún tienen la buena esperanza. Puesto que si ahora quisieren corregir sus pecados por los que han sido excluidos de la iglesia, podrán luego ingresar con la conciencia limpia. Pero los que una vez se contaminaron, y habiendo sido avisados de no entrar en la iglesia antes de haber purificado su alma de la mancha contraída con sus crímenes, a pesar de todo se portan con impudencia, vuelven la llaga y úlcera de su alma mayor y más dolorosa. Porque no es tan grave el delinquir como el portarse impudentemente después del delito, y no perdonar a los sacerdotes a causa de que ordenan estas cosas.

Pero ¿qué mal tan grande es el que han cometido éstos, dirá alguno, para que hayan de ser excluidos de los sagrados dinteles? Pues ¿qué delito que sea más grave buscas en éstos, que éste de, tras de haberse contaminado del todo con el adulterio, luego impudentemente y a la manera de canes rabiosos, irrumpir en esta mesa sagrada? Y si deseas conocer ese modo de adulterio, no te referiré palabras mías, sino de Aquel que ha de juzgar de toda la vida del hombre. Porque El dice: ¡El que mirare a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio en su corazón!1 Pues si la mujer que tal vez por casualidad cruzó el agora, a causa de ir vestida con alguna negligencia muchas veces enredó al que con curiosidad la miraba y eso con sólo el aspecto de su rostro, éstos que

no con sencillez ni por casualidad, sino muy de propósito y con tan grande empeño que hasta desprecian a la iglesia, y acuden a los espectáculos precisamente por ese motivo de ver a las mujeres, y sentados allá todo el día no apartan sus ojos de las abyectas mujercillas, ¿con qué cara podrán afirmar que no las han visto para desearlas? Allá se añaden las palabras lascivas y de doble sentido, allá las canciones pornográficas, allá la voz bellamente modulada para la voluptuosidad, allá los ojos pintados y las mejillas con coloretes y el vestido curiosamente arreglado y toda la postura del cuerpo llena de lubricidad y otros muchos incentivos preparados para engaño y cebo de los espectadores, allá la lasitud de alma de los que miran y la grande confusión y el sitio mismo que invita a la lujuria así por los cantares que han precedido como por los que luego se van siguiendo.

1 Mat. V, 28.

Añádase a esto la excitación causada por las flautas y las trompetas, y las modulaciones de otros géneros parecidos de músicas que llevan el engaño y reblandecen la fuerza del espíritu, y que, por las asechanzas y astucias de las meretrices, disponen el ánimo de los que están sentados escuchando, y hacen que más fácilmente sean atrapados en las redes. Porque si aquí, en donde hay canto de salmos y oraciones y narración de las palabras divinas, en donde hay piedad para con Dios y grande temor suyo, todavía con frecuencia y a la manera de un ladrón se mete subrepticamente la concupiscencia ¿cómo puede ser que aquellos que están sentados en el teatro, y que ni ven ni oyen cosa limpia, sino que están envueltos entre grandes torpezas y maldades, y por todas partes se encuentran sitiados, por los oídos, por los ojos, cómo, repito, podrán superar las concupiscencias? Y si no pueden ¿cómo podrán ser absueltos del crimen de adulterio? Y quienes no están libres del crimen de adulterio ¿cómo podrán sin penitencia acercarse a estos sagrados dinteles y hacerse partícipes de esta sagrada reunión?

Por lo cual les ruego y exhorto a que primeramente se limpien del pecado contraído en los espectáculos teatrales por medio de la penitencia y todos los otros remedios, y así finalmente se acerquen a oír la palabra divina. Porque de otro modo no sería pequeño su pecado, como puede verlo cualquiera por varios ejemplos. Si un siervo va y mete en una arquilla en donde están guardados los vestidos de sus señores, preciosos y tejidos de oro, una túnica de esclavo llena de mugre y de parásitos, dime: ¿acaso será soportable injuria semejante? Pues ¿qué, si alguno en un vaso de oro en donde siempre se acostumbra guardar ungüentos va y pone estiércol y cieno, acaso no azotarías tú a quien tal crimen cometiera? Entonces ¿tendremos cuidados tan excelentes con las arquillas y los vasos, los vestidos y los ungüentos, y en cambio juzgaremos ser nuestra alma más vil que ellos? En donde se ha vaciado el ungüento del Espíritu santo ¿ahí pondremos las pompas diabólicas? ¿ahí pondremos las fábulas satánicas y los cantares de las meretrices, llenos de torpezas? Pero dime: ¿con qué ánimo soportará Dios estas cosas?

Pues no hay diferencia tan grande entre el ungüento y el cieno, entre los vestidos señoriales y los serviles, como la hay entre la gracia del Espíritu Santo y aquellas perversas acciones. ¿No temes, oh hombre, el mirar con los mismos ojos con que contemplas aquel lecho puesto en el teatro y en el que se representan detestables fábulas de adúlteros, con esos mismos ojos, digo, el mirar a esta sagrada mesa en la que se llevan a cabo los tremendos misterios? ¿No temes oír con los mismos oídos al adúltero que pronuncia obscenidades y al profeta y al apóstol que te introducen a los arcanos de las sagradas Escrituras? ¿No temes en un mismo corazón los venenos mortíferos y esta

hostia santa y terrible?

¿Acaso estas cosas no traen consigo una inversión de la vida y la disolución de los matrimonios y las discordias y los pleitos en los hogares? Porque cuando regresas a tu casa desde esos espectáculos más disoluto y más muelle y lujurioso, y hecho un enemigo de todo pudor, te será menos agradable el aspecto de tu mujer, aunque sea ella tan hermosa como fuere. Puesto que inflamado en aquella concupiscencia que bebiste en el teatro, y vencido por el extraño espectáculo que te enloqueció, despreciarás a tu casta y modesta esposa, consorte tuya de por vida, y la molestarás con injurias y con infinitos malos tratamientos; y esto, no porque encuentres en ella algo que condenar, sino porque te avergüenzas de confesar tu enfermedad y te ruborizas de descubrir tu llaga; puesto que has vuelto de los espectáculos llagado; pero te dedicas a zurcir otras acusaciones y andas buscando injustas ocasiones de querella, y te da en rostro todo tu hogar, y andas anhelando, a causa de aquella impura y perversa concupiscencia que fue la que te causó la herida. Y mientras llevas pegado en tu ánimo el sonsonete de aquella voz y su aspecto y sus movimientos y todas aquellas imágenes de la lujuria de las meretrices, no puedes ver con gusto cosa alguna de las que tienes en tu hogar.

Pero ¿para qué hablo de la esposa y de la familia? ¡Aun a la misma iglesia la verás enseguida con menos ganas y oirás con fastidio cualquier predicación acerca del pudor y de la modestia! Y esto porque las cosas que se dicen ya no te suenan a enseñanza sino a acusaciones, y poco a poco te van conduciendo a la desesperación, hasta que finalmente tú mismo te arrancarás de las disciplina establecida para la pública utilidad común.

Por todo esto, os ruego que evitéis el entreteneros con los malvados espectáculos y que apartéis de ellos a otros que quizá ya se han enredado. Porque todo lo que ahí se hace no es para deleite, sino para daño y pena y suplicio. ¿De qué te sirve aquel placer pasajero, del que nace un perpetuo dolor, y del que sales con el estímulo de día y de noche de la concupiscencia, para dar molestias a los demás y ser de ellos aborrecido? ¡Despiértate a ti mismo y cae en la cuenta de cuál regresarás después de estar en la iglesia y cuál después de estar en los espectáculos; y compara unos días con otros! ¡Si lo haces, ya no será necesaria ninguna exhortación nuestra! Porque bastará comparar este día con aquel otro para que se manifieste cuan grande utilidad sea la que ele aquí se saca y cuan grande el daño que de allá proviene.

Estas cosas creí conveniente decir a vuestra caridad ahora y no cesaré de repetirlas. De este modo habremos amonestado a quienes padecen de esa enfermedad y habremos robustecido a los que están libres de ella. Porque este discurso para ambos es útil: para unos a fin de que desistan, para otros a fin de que no caigan. Por lo demás, puesto que es conveniente que la exhortación sea moderada, pondremos fin aquí a ella, y terminaremos lo que faltaba de la materia anterior, y volveremos al caso de David. Así lo acostumbran los pintores. Cuantas veces quieren pintar al vivo el retrato de alguno, hacen sentar durante uno, dos o tres días, a aquellos que desean retratar, con el objeto de que mediante la asidua contemplación de éstos, logren mejor expresar la semejanza sin error y en la forma exacta de ella.

Y pues nos hemos propuesto ahora pintaros no la imagen corporal y la figura de David, sino la hermosura de su alma y su espiritual belleza, queremos que el propio David esté presente, con el fin de que mirando todos hacia él, llevéis impresa en vuestro ánimo la

espiritual belleza, bondad y magnanimidad de este varón justo, y en suma todas sus virtudes. Porque si algún deleite producen las imágenes corporales a quienes las contemplan, mucho más lo producirán las imágenes espirituales. Y por cierto, no es posible estar mirando a aquéllas en todas partes, sino únicamente fijas en un lugar; en cambio, nada impide que a esta imagen la lleves contigo a donde quieras, y la contemples muchas veces y saques de ella mucha utilidad, una vez que la hayas colocado en el santuario de tu alma.

Del mismo modo que los que padecen de la vista, si tienen a mano esponjas o telas de color verde y las miran con frecuencia, sienten con eso algún alivio de su enfermedad mediante ese color, así tú, si tienes delante de tus ojos la imagen de David y clavas con frecuencia en ella los ojos, aunque millares de veces la ira golpee y trate de perturbar el ojo de la razón, en mirando a este ejemplar de virtudes conseguirás la perfecta salud y la verdadera sabiduría del alma.<sup>2</sup>

Nadie vaya a decir: es que yo tengo un enemigo que es perverso, malvado, corrompido, incorregible. Por más que digas de él, sin duda no es peor que Saúl; puesto que éste, una y otra vez conservado en la vida por David, con todo, tras de ponerle infinitas asechanzas, perseveró en su malicia hasta el fin de su vida. Porque ¿qué es aquello de que tienes que acusar a tu enemigo? ¿que te quitó parte de un terreno, que te dañó en tus propiedades y campos, que transgredió los límites y se metió en tu casa, que te robó tus criados, que te hizo violencia, que se apoderó de lo tuyo injustamente, que te redujo a la miseria? ¡Pero aún no te ha quitado la vida, como Saúl lo anduvo procurando respecto de David! Y si acaso ha intentado quitártela, ha sido solamente una o dos o tres veces o muchas; pero esto no ha sido tras de recibir de ti tan grandes beneficios, ni después de haber caído en tus manos una y dos veces, y haberle tú perdonado. Y aun en el caso de que esto te haya sucedido, aun así con mucho te supera David.

<sup>2</sup> La introducción que precede la copió más tarde un autor desconocido al principio de un discurso que tituló: "En el comienzo del ayuno, acerca del destierro de Adán y acerca de las mujeres malvadas". No va incluido en estas versiones, por ser manifiestamente apócrifo.

Porque no es lo mismo condonar gratuitamente la vida quien vivía en la Antigua Ley y quien vive en la de ahora, que es Ley de gracia, y en el Evangelio. No había escuchado David la parábola de los diez mil talentos y los cien denarios; no había oído la oración que dice: ¡Perdonad a los hombres sus deudas, como vuestro Padre celestial!<sup>3</sup> No había visto a Cristo crucificado ni aquella sangre preciosa derramada; no había escuchado infinitas predicaciones acerca de la virtud; no había participado de tan santo sacrificio ni de la sangre divina del Señor; sino que había sido educado en leyes más imperfectas y que no exigían semejantes cosas; y con todo, llegó hasta la cumbre de la perfección evangélica.

Tú, en cambio, muchas veces te irritas contra los que pasan a tu lado, y luego no depones de tu ánimo la ira. David, aunque temía por lo futuro, pues sabía con certeza que de conservar la vida a su enemigo él tendría que salir desterrado de la ciudad y llevar una vida llena de calamidades, con todo no desistió de cuidar de él e hizo cuanto estuvo en su mano para ayudarlo, alimentándolo así contra sí mismo. ¿Quién podrá citar un caso de mayor paciencia que ésta? Por lo demás, con el fin de que veas que no solamente por las cosas pasadas sino también por las que al presente suceden, se

comprueba ser esto posible, esto de que sea cual fuere el hombre a quien tienes por enemigo, puedes tú, si quieres, volver a ser su amigo, dime: ¿qué animal hay más cruel que el león? Y con todo, a éste los hombres lo amansan y lo domestican y vencen con arte su naturaleza. La fiera más brava y soberbia de todas se hace más blanda que cualquier oveja, hasta el punto de pasearse por la plaza sin causar pavor a nadie.

Pues ¿qué excusa podremos tener, o qué perdón alcanzar si cuando de ese modo domesticamos y amansamos las bestias salvajes, afirmamos luego que a los hombres jamás podremos aplacarlos y hacérselos benignos? Por cierto, eso de que las bestias se hagan mansas es cosa fuera de su natural; y en cambio, la fiereza es cosa antinatural en el hombre. Si, pues, en aquéllas dominamos la naturaleza ¿cómo podremos excusarnos

\* Marc. XI, 25.

cuando alegamos que en el hombre no se puede corregir una determinación del ánimo? Y si todavía alegas e insistes, añadiré esto otro: aunque el hombre esté enfermo de una enfermedad incurable, si tú te pones despacio a curarlo de esa enfermedad incurable, cuanto mayor trabajo te cueste tanto mayor es el premio que te espera.

Pongamos pues los ojos no en nada sufrir de nuestros enemigos, sino en no hacerles algún mal; de esta manera no sufriremos nosotros daño alguno ni aunque suframos males infinitos. Del mismo modo que David al ser arrojado de la ciudad, al ser echado al destierro, al ser acometido con asechanzas hasta ponerlo en peligro de muerte, no sufrió daño alguno; al revés, resultó más ilustre y honorable que su enemigo y más amable a todos los otros; y esto, no solamente delante de Dios, sino también delante de los hombres. Porque ¿qué daño sufrió aquel santo varón cuando tan grandes cosas padecía de parte de Saúl? ¿Acaso no es celebrado como ilustre en toda la tierra hasta el día de hoy, y como más ilustre aún en los cielos? ¿Acaso no posee ya en el reino de los cielos bienes infinitos?

Y por el contrario ¿qué ventaja encontró aquel infeliz y miserable de Saúl, en ponerle tan innumerables asechanzas como le puso? ¿Acaso no perdió el reino? ¿acaso no murió con una mísera muerte, juntamente con su hijo? ¿acaso no es vituperado por todo el mundo? Y lo que es más grave de todo, ¿acaso no sufre eternos suplicios? Finalmente ¿qué es lo que sufres de tu enemigo y por qué no quieres ponerte en amistad con él? ¿Te despojó de tus dineros? Pues si llevas con fortaleza esa rapiña, recibirás tanto de premio como si los hubieras colocado en los pobres en forma de una limosna. Porque tanto el que lo dio a los pobres como el que no pone asechanzas a quien le hurtó sus bienes, uno y otro lo hacen por amor a Dios. Y por esto, siendo una misma la causa del gasto de los dineros, es manifiesto que la corona será también una y la misma. Pero es que puso asechanzas a mi vida y trató de matarme. Pues eso se te contará como martirio, si tú por tu parte cuentas entre tus bienhechores a ese que te puso asechanzas y llegó hasta tal extremo de enemistades, orando sin cesar a Dios por él, y suplicándole a fin de que a ese tal le sea propicio.

Así pues, no nos detengamos a pensar que Dios impidió a David el dar muerte a Saúl; sino más bienes consideremos cómo David por las asechanzas de Saúl fue coronado con triple y cuádruple corona de martirio. Porque, quien conservó la vida de su enemigo que una y dos y más veces y con mucha frecuencia había vibrado la lanza contra su cabeza; y se la conservó cuando estaba en su mano darle muerte y con todo lo perdonó, aun

sabiendo que luego de nuevo sería acometido por él; y todo esto lo hizo por amor a Dios, manifiesto es que este tal, según la determinación del ánimo, fue muerto millares de veces; y quien millares de veces ha sido muerto por amor de Dios, sin duda que ha obtenido infinitas coronas de martirio. Pues, como dice Pablo: ¡Cada día muero por Dios! Así éste ha sufrido eso mismo por Dios. Porque podía quitar la vida a su enemigo que le ponía asechanzas, mas no quiso hacerlo por amor a Dios; y prefirió estar cada día en peligro de muerte a librarse de tantas muertes, y esto mediante una sola muerte y ésta justa.

Pero, si no es lícito vengarse de quien así pone asechanzas, hasta el punto de que pone en peligro la vida, ni llegar hasta ese colmo de odio, mucho menos será lícito vengarse de quien nos ha hecho alguna injusticia vulgar y ordinaria. A muchos eso de ser injuriado por su enemigo les parece cosa más intolerable que la misma muerte, o que simplemente se les pongan sospechas. ¡Ea, pues! ¡responderemos también a esto!

¿Te maldijo alguno y te llamó adúltero y lujurioso? ¡Si lo dijo con verdad, corrígete! ¡si con falsedad, desprecíalo! ¡Si tienes conciencia de ser reo de esas cosas de que te acusan, arrepíentete! ¡si no, no les hagas caso! Pero más aún: no solamente debes despreciarlas y reírte de ellas, sino mejor aún alegrarte y gozarte, según la palabra del Señor, quien nos ordena proceder de ese modo: ¡Cuando os insultaren y persiguieren y dijeren de vosotros todo mal con mentira, gózaos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa! 5 Y también: ¡Gózaos y alegraos cuando proscriban vuestro nombre como malo con mentira!6

/ Cor., 31. Mat. V, 11-12. Luc. VI, 22-23.

Por lo demás, si el que te insulta dice cosas verdaderas, pero con todo tú lo soportas con moderación y no te irritas a tu vez, ni le devuelves las injurias, sino que más bien lloras amargamente tus faltas, no recibirás un premio menor que aquel otro primero acusado sin verdad. Voy a procurar demostraros esto por la Escritura, para que así veáis que no nos procuran tan grande ganancia los amigos cuando nos alaban y dicen cosas para agradarnos, como nos acarrear los enemigos al vituperarnos, aun cuando digan cosas que son verdad, con tal de que nosotros queramos utilizar sus acusaciones en la forma conveniente. Porque los amigos con frecuencia nos adulan; mientras que los enemigos, por el contrario, sacan a relucir nuestras faltas. Entonces, como nosotros, a causa de nuestro connatural amor propio no seamos capaces de ver nuestros pecados, ellos, por motivo de su odio, los ven mejor que nosotros; y así al reprocharnos nos empujan a que necesariamente nos corriamos. De manera que su enemistad cede en suma utilidad nuestra; y esto no solamente porque amonestados por ellos entendemos nuestros yerros, sino porque además los echamos de nosotros.

Si acaso tu enemigo te enrostra un crimen del que tú tienes conciencia, pero tú, a tu vez, cuando lo oyes no te desatas en injurias contra él, sino que imploras a Dios con gemidos, inmediatamente quedas limpio de toda culpa. Te pregunto, pues, ¿qué cosa puede ser más feliz que ésta? ¿qué cosa más fácil para alcanzar el perdón del crimen? Pero, a fin de no ir a parecer nosotros como exhortándoos únicamente con razones y palabras humanas, os traeremos el testimonio de la Sagrada Escritura sobre esta materia, a fin de que no os quede duda ninguna.

Había un fariseo y un publicano. Este había llegado al grado sumo de la malicia; aquél,



en cambio, ejercitaba la más alta virtud, como que había dado sus bienes y ayunaba continuamente y estaba limpio de rapiñas; mientras que el publicano había gastado todo el tiempo de su vida en rapiñas y violencias. Subieron ambos al templo para hacer oración. Y el fariseo de pie decía: ¡Te doy gracias, Señor, de que no soy como los demás hombres: ¡rapaces y avaros, ni como ese publicano! 7 Mas el publicano, de pie también, pero allá lejos, no se irritó contra aquél ni contestó con injurias, ni le dijo aquellas acostumbradas palabras: "¿Tú te atreves a mencionar los hechos de mi vida y a reprenderlos? ¿Acaso no soy yo mejor que tú? ¡Voy a descubrir tus pecados y haré que nunca más subas a este lugar sagrado!" ¡Ninguna de tan frías palabras pronunció el publicano; palabras que nosotros diariamente usamos para insultarnos! Sino que suspirando amargamente hería sus pechos y decía únicamente: "¡Sé propicio a este pecador!" Y con todo, éste descendió del templo justificado.

7 Luc. XVIII, 11-12. 368

¿Adviertes la presteza? ¡Recibe la injuria y se purifica con la injuria! ¡reconoce su pecado y se despoja del pecado! ¡la acusación de su crimen le resulta perdón de su crimen! ¡su enemigo, sin saberlo, se convirtió en su bienhechor! ¿Cuan grandes eran los trabajos que aquel publicano debería padecer, ayunando y durmiendo en el suelo y velando en vigilia y repartiendo sus bienes a los pobres y permaneciendo largo tiempo vestido de saco y de ceniza, si quería que se le perdonaran sus crímenes? Pues ahora, no habiendo hecho nada de eso, con una simple palabra, quedó limpio de toda su iniquidad. Los insultos y las injurias del fariseo, que parecían cubrirlo de oprobio, le engendraron una corona de justicia; y esto sin sudores, sin trabajos, sin necesidad de largos tiempos de espera.

¿Ves, pues, cómo nosotros, aun en el caso de que alguien diga en contra nuestra cosas que son verdaderas, y de las cuales tenemos conciencia de culpa, con tal de que a quien tales cosas nos dice no lo acometamos con maldiciones, sino que amargamente lloremos y supliquemos a Dios por nuestros pecados, podemos limpiarnos de todas nuestras culpas? De esta manera se justificó este publicano: porque no se vengó del fariseo con insultos sino que lloró por sus pecados; y por esto, bajó justificado, al revés de aquél.

¿Observas, pues, cuánta utilidad acarrea la reprensión que nos hacen nuestros enemigos, con tal de que nosotros la sobrellevemos con virtud? Pues si los enemigos, tanto cuando mienten como cuando dicen verdad, así nos aprovechan ¿por qué nos dolemos? ¿por qué motivo nos inflamamos en ira? ¡Si tú mismo, oh hombre, no te haces daño, ni el amigo ni el enemigo, ni el demonio mismo pueden dañarte! Porque, siendo así que aquellos que nos injurian, que nos traicionan, que nos ponen asechanzas hasta llegar al peligro de la vida, nos acarrearán utilidad; y unos nos tejen coronas de martirio, como ya lo demostramos, y otros, al reprender nuestros pecados nos vuelven justos, como sucedió al publicano ¿por qué motivo nos enfurecemos y nos inflamamos de ira en contra de ellos?

No digamos: aquél me irritó sobre manera, aquel otro me empujó a decir palabras inconvenientes. En todos los casos nosotros somos los culpables. Porque, si quisiéramos ejercitar la virtud, ni el demonio mismo podrá inflamarnos en ira. Y esto se hace manifiesto así por otras historias como, sobre todo, por esta que ahora traemos entre manos, acerca de David. Y vale la pena aún hoy traerla de nuevo a colación; pero indicaremos primero a vuestra caridad en qué punto de ella terminábamos hace poco

nuestro discurso. ¿Dónde, pues, la habíamos dejado? ¡En la excusa de David! Es necesario que os refiramos ahora las palabras de Saúl, para ver qué fue lo que éste respondió a la justísima excusa de aquél: porque advertiremos la virtud de David no solamente por las palabras que él habló, sino además por el discurso de Saúl. Pues si acaso Saúl respondiere algo con placidez y mansedumbre, esto lo atribuiremos a David como a causa, puesto que logró cambiar el ánimo de aquel hombre y enseñarlo y conducirlo a la templanza.

¿Qué es pues lo que dice Saúl? Una vez que oyó a David que le hablaba y le decía: ¡He aquí la orla de tu manto en mi mano! \* y las otras cosas que añadió para excusarse, dijo Saúl: ¿Es esta tu voz, hijo mío David?\* ¡Cuan grande y repentino cambio se ha obrado! ¡Aquel que nunca había soportado ni siquiera llamar a David por su nombre propio, por tener ese nombre como aborrecible, ahora lo recibe en parentesco y lo llama su hijo! ¿Quién habrá más feliz que David, puesto que de un homicida hizo un padre, de un lobo una oveja? ¿Quién roció con tan abundante rocío aquel horno encendido y cambió en tranquilidad aquellas tempestades? ¿Quién aplacó la hinchazón que la ira producía en aquel ánimo exaltado? Porque habiendo penetrado las palabras de David en el alma de este hombre feroz lograron ese cambio íntegro, que puedes tú notar en las palabras de Saúl.

I Sam. XXIV, 12. Ibid. XXIV, 17.

Porque no dijo: "¿Estas son palabras tuyas, hijo mío David?" Sino que dijo: "¿Es esta tu voz, hijo mío David?" Puesto que al sonido solo de la voz ya se sentía conmovido de amor. Y así como un padre que ha oído desde lejos la voz de su hijo que regresa, siente que se le conmueven sus entrañas, no ya con la presencia de su hijo sino aun con sola su voz, así Saúl, tan pronto como escuchó la voz de David y sus palabras penetraron en su alma, echó de sí la enemistad y reconoció al varón santo y se despojó del mal afecto, y se revistió del bueno. Y apenas dejada la ira, recibió la tranquilidad y la compasión. Y así como cuando es de noche no podemos reconocer ni aun al amigo que está presente, pero cuando ya es de día aun de lejos lo reconocemos, del mismo modo suele acontecer en las enemistades. Mientras llevamos en el alma la malevolencia, la voz que oímos nos suena como distinta, y aun el rostro del enemigo lo vemos desfigurado por nuestra corrompida pasión. Pero en cuanto deponemos la ira, aun la voz que antes nos era odiosa y hostil, nos parece agradable y plácida, y también el rostro, antes enemigo, ahora nos parece amable y agradable.

Es lo mismo que sucede con las tempestades. Las nubes aborascadas no nos permiten ver limpia la hermosura de los cielos; y aunque tengamos unos ojos sumamente penetrantes, no logramos alcanzar aquel gozo que produce la vista de lo alto. Pero, una vez que el calor ha roto y disipado las nubes y se nos muestra el sol, entonces también se nos aparece toda la belleza de los cielos. Y es lo que sucede cuando nos encontramos inflamados por la ira: mientras la enemistad, a la manera de una densa nube, está interpuesta entre los ojos y los oídos, hace que tanto la voz como el aspecto se perciban de otro modo del que son. Pero, en cuanto alguno, habiendo meditado, echa de sí el odio, y rompe la nube de tristeza, entonces finalmente logra verlo y oírlo todo con la mente sana.

Así le aconteció a Saúl, porque apenas rompió la nube de la malevolencia, reconoció la voz de David y exclamó: "¿Es esta tu voz, hijo mío David?" ¿Qué quiere decir con la

palabra ésta? Quiere significar la voz con que David derribó a Goliat, con la que sacó del peligro a la ciudad, con la que a todos, cuando estaban en peligro de muerte y de servidumbre, los restituyó a la seguridad y a la libertad; es la que calmó y suavizó el furor de Saúl, la que le proporcionó muchos y grandes beneficios. Porque esta fue la que postró a aquel bárbaro, puesto que antes de arrojar contra ti la piedra, lo acometió con la fuerza de sus palabras.

No arrojó simplemente la piedra. Sino que una vez que hubo dicho antes que nada: ¡Tú vienes a mí fiado en tus dioses, pero yo vengo a ti en el nombre de Dios Sebaot, al cual tú hoy insultaste!,<sup>10</sup> entonces arrojó la piedra. Fue esta voz la que como con la mano condujo la piedra contra Goliat; fue esta la que metió miedo a aquel bárbaro; fue ésta la que quebrantó la confianza del enemigo. Mas ¿por qué te admiras de que la voz del justo mitigue los furores y derribe a los enemigos, cuando incluso expele a los malos espíritus? Apenas rabiaban los apóstoles y las Potestades adversas huían. La voz de los santos con frecuencia venció la fuerza de los elementos y doblegó su poder. Una palabra dijo Jesús, el hijo de Nave: "¡Deténganse el sol y la luna!", y ellos se detuvieron. Del mismo modo Moisés así se entró en el mar y el mar retrocedió. Así sucedió a los tres jóvenes, quienes apagaron la fuerza del fuego con aquellos himnos y con su voz.<sup>11</sup> Y del mismo modo Saúl, a esa voz se inflamó de cariño y dijo: "¿Es esta tu voz, hijo mío David?"

Pero ¿qué fue lo que le contestó David?: "¡Tu siervo, oh mi señor!" Y aquí comienza un certamen y una disputa sobre quién honrará más a quién. Saúl acudió al parentesco; David en cambio lo llamó señor. Y lo que contestó quiso decir esto: yo busco solamente una cosa que es tu salud y tu aprovechamiento en la virtud. Me has llamado hijo. Pero a mí me basta con que me tengas como siervo, con que depongas tu ira, con que no sospeches nada malo de mí ni me tengas por enemigo y que te pone asechanzas. Y así cumplió aquella ley apostólica que ordena que, venciéndonos a nosotros mismos, nos adelantemos a honrar cada cual al otro, y no sigamos la costumbre de muchos que, más malévolos que las mismas bestias, ni siquiera soportan ser los primeros en hablar a sus enemigos, porque piensan quedar con eso deshonrados y rebajados en su dignidad si aun con sola una palabra se dirigen a su adversario.

10 / Sam. XVII, 45. a Dan. III.

¿Qué puede haber más ridículo que esta locura? ¿qué cosa más repugnante que esta arrogancia y soberbia? Porque, oh hombre: es entonces precisamente cuando has caído de tu dignidad y cuando quedas injuriado y en contumelia, cuando esperas a que sea el prójimo el primero en hablarte. ¿Qué hay, en efecto, peor que la arrogancia? ¿qué hay más ridículo que la soberbia y gloria vana? Porque si tú eres el primero en hablar a tu enemigo, Dios mismo te alabará, que es lo que más importa, y también los hombres aprobarán tu conducta, y finalmente serás tú el que reciba el premio completo de esa habla. En cambio, si esperas a ser tú el honrado antes para luego honrar a tu prójimo, de ningún precio es lo que haces: aquel que dio principio y te honró será quien se lleve el premio íntegro también del honor que tú le haces.

No esperemos a que sean los otros los primeros en honrarnos, sino más bien corramos a honrar a nuestros prójimos, y seamos siempre los primeros en adelantar el saludo. Ni vayamos a pensar que esta buena obra sea de poco precio y cosa vulgar; digo esta de saludar cortés y cariñosamente. Porque el omitirla ha roto muchas buenas amistades y

ha engendrado muchas enemistades. Así como por el contrario, cuando el saludo se ha hecho con atención, ha acabado con muchas inveteradas enemistades y ha reafirmado amistades anteriores.

¡No quieras, oh carísimo, emperezar en el cuidado de estas cosas; sino más bien, si fuere posible, adelantémonos a cuantos se nos presenten, a saludarlos y prestarles todas las atenciones. Y si es el otro quien se nos adelanta, démosle entonces mayores muestras de honor. Porque así lo ordenó Pablo, cuando dijo: Teneos unos a otros como superiores.<sup>12</sup> Así procedió David, el cual fue el primero en honrar a Saúl; y cuando él a su vez fue honrado, respondió con mayores honores y dijo: "¡Tu siervo, señor mío!" Y advierte cuan grande ganancia logró David con haber dicho estas palabras. Porque Saúl no pudo ya oírlo sin lágrimas, sino que lloró amargamente, y con su llanto declaró la salud de su ánima y la virtud que David había plantado en su corazón.

\* Filip. II, 3.

Pues ¿qué hombre habrá más feliz que este profeta, que así, en breves momentos, trajo a su enemigo desde el furor a la moderación, y habiendo encontrado en él un ánimo sediento de sangre y de muerte lo empujó casi instantáneamente a los lamentos y al llanto? ¡Ya no me admiro tanto de Moisés que sacó de la roca fuentes de aguas vivas, como me admiro de David, quien de aquellos ojos empedernidos arrancó fuentes de lágrimas! ¡Porque Moisés venció la naturaleza muerta, pero David al alma afirmada en su propósito; aquél hirió con su vara la roca, éste con su palabra taladró el corazón, y esto no para entristecerlo sino para volverlo puro y manso! Como en efecto lo hizo, y con esto procuró al rey un beneficio mayor que los que ya antes le había procurado.

Cosa es digna de suma admiración y alabanza, que no haya teñido en sangre su espada, ni haya cortado aquella cabeza enemiga; pero de mayor corona es digno el haberle hecho cambiar de propósitos, y haber mejorado a su enemigo y haberlo llevado hasta una mansedumbre como la suya. Este beneficio es de mayor precio que los otros. Porque no valen lo mismo el perdonar la culpa que el llevar el ánimo a la virtud, el librar a otro de convertirse en asesino, el apagar el furor que ya se precipitaba a tan horrible maldad. Al cohibir David a sus soldados para que no dieran muerte a Saúl, hizo a éste un beneficio que toca y atañe a la vida presente; pero, al despojarlo de la malicia con aquellas suaves palabras, le hizo el presente de la vida eterna y bienes eternos, cuanto era de su parte.

Así pues, cuantas veces alabas a David por su mansedumbre, mejor alábalo por haber cambiado el ánimo de Saúl. Porque mucho menos es el templar las propias pasiones que el domeñar el ajeno furor y moderar un corazón hinchado por la ira; y de tan grande tempestad hacer una tranquilidad tan grande; y de ojos que respiraban homicidios, hacer fuentes de lágrimas tiernas. ¡Cosa es ésta que llena de estupor y que toca en milagro! Porque si Saúl hubiera sido un hombre moderado y justo, no habría sido cosa de tan grande dificultad el traerlo a la virtud que ya acostumbraba; pero, al que era por naturaleza cruel y había llegado al extremo de la malicia, y se apresuraba a ejecutar la matanza, a ése en breve tiempo cambiarlo de tal manera que abandone toda aquella amargura, quien esto hace ¿cómo no oscurecerá a todos cuantos alguna vez, por causa de su moderación y su virtud, alcanzaron y merecieron el renombre de esclarecidos?

Tú, pues, si en alguna ocasión cayere en tus manos tu enemigo, no mires cómo te

vengarás, no lo despaches colmado de injurias; sino cómo lo sanarás y lo volverás a la mansedumbre. Y no desistas de hacer y decir todo cuanto sea necesario, hasta que llegues a superar, mediante tu mansedumbre, su furor. Porque no hay cosa de más poder que la mansedumbre. Lo cual ya declaró otro diciendo: ¡La lengua blanda, ablanda los huesos! 13 Y ¿qué cosa hay más dura que el hueso? Y con todo, aunque alguno fuera tan duro e indomable como el hueso, lo superará fácilmente quien use de la mansedumbre para con él. Y también dijo otro: ¡La respuesta blanda aplaca la ira! 14 De donde se ve claramente que eso de que tu enemigo se irrite o se reconcilie, más está en tu potestad que no en la de él. Porque no en las manos de aquellos que se encuentran inflamados por la ira, sino más bien en nuestras manos está el que la ira suya se aplaque o al revés se inflame con mayor incendio aún. Y esto lo declaró aquel primero con un ejemplo sencillo. Porque si soplas, dice, sobre una centella de fuego, suscitás un incendio; pero, al revés, si escupes en ella la apagas; y ambas cosas están en tu mano, puesto que ambas cosas, dice, salen de tu boca. 15 Lo mismo sucede con la ira del prójimo: si tú aportas palabras llenas de soberbia y locura, es como si al incendio le echaras carbones; pero si usas de palabras mansas y templadas, apagarás el incendio de la ira antes de que se enardezca. Por lo mismo, no digas: "¡Es que he oído o he sufrido esto!", porque esas cosas están en tu potestad. Y así, en tu poder está el apagar o el inflamar la ira, a la manera de una centella de fuego, y suscitar o suavizar el furor.

13 Prov. XXV, 15.

14 Ibid. XV, 1.

15 Ecli. XXVIII, 14.

Si te encuentras con tu enemigo, o recuerdas todo lo que de él has padecido u oído, penoso para ti, procura olvidarlo; y si se te viene el pensamiento procura atribuirlo al demonio. Recoge, en cambio, en tu memoria todo cuanto dijo o hizo tu enemigo en favor tuyo amistosamente. Si te adhieres a este recuerdo muy pronto acabarás con esa enemistad. Y si tuvieres ánimo de acusarlo y litigar contra él, procura previamente reprimir todo movimiento de ira, y hasta después acúsalo y muévele litigio; pero mientras nos encontramos conmovidos por la ira, no podremos decir ni oír acerca de él nada razonable. Una vez libres de la perturbación de la cólera, no le diremos al enemigo alguna palabra un tanto dura, ni, si otros se la dicen, la oiremos del mismo modo que si estuviéramos irritados. Porque no suele exasperarnos la naturaleza misma de las cosas que se dicen, sino el odio que llena nuestra alma.

Sucede con frecuencia que cuando oímos unas mismas injurias, pero de amigos que las dicen en broma y por juego, o bien de niños pequeños, no solamente no sentimos molestia alguna ni nos exasperamos, sino que aun sonreímos y regocijamos; y esto, porque no las oímos con el ánimo predispuesto ni con la mente ya preocupada por la cólera. Pues del mismo modo hagamos tratándose de los enemigos: si apagas tu ira, ya no te ofenderá ninguna de las palabras que se dicen.

Pero ¿qué digo las palabras? ¡Ni los hechos mismos y las obras te ofenderán! Como le sucedía a este bienaventurado varón David, pues ninguna de aquellas cosas que sufría le ofendió. Sino que como viera a su enemigo que se armaba contra él y su seguridad, y que no dejaba piedra por mover para llevar a cabo su mal designio, con todo no se exasperó, sino que más bien se dolió de su malicia; y así, cuanto con mayor vehemencia aquél asechaba en contra suya, con tanto mayor empeño lo lloraba. Porque sabía, sabía muy bien, lo repito, y con certeza, que no quien padece la injuria sino quien la hace es

digno de llantos y lamentos, puesto que a sí mismo se daña. Y por este motivo, usó para con él de una amplia excusa, y no desistió hasta haberlo conmovido y haberlo llevado a excusarse a su vez con lágrimas y gemidos.

Porque una vez que éste lloró, y lanzó aquella palabra amarga, y con toda claridad abiertamente se lamentó, oye lo que dijo: ¡Mejor eres tú que yo, puesto que me has hecho bien y yo te he pagado con mal!<sup>16</sup> ¿Ves cómo él mismo condena su malicia? ¿y cómo ensalza la virtud del varón justo, y sin que nadie a ello lo obligue, lo justifica? ¡Pues haz tú lo mismo! Cuando tu enemigo cayere en tus manos no lo acuses, sino más bien justifícalo, a fin de que así lo empujes a condenarse a sí mismo. Si nosotros lo acusamos, lo exasperaremos; pero si nosotros lo excusamos, él, apenado por nuestra mansedumbre, se condenará a sí mismo. Más aún: de este modo, hasta el redar-güirlo no contendrá sospecha alguna de mala intención, con lo que él a su vez depondrá toda su malicia. Así lo vemos en este caso. Cuando el injuriado calla, el injuriador se acusa con grande vehemencia. Porque no dijo Saúl simplemente "¡me hiciste bien!", sino "¡me diste en pago bienes!" Que es como decir: en vez de las asechanzas, de la muerte, de males infinitos, me correspondiste con bienes grandes. Y yo ni aun así me hice mejor; sino que a pesar de aquellos tus beneficios, he perseverado en mi malicia; en tanto que tú, ni con estas cosas has cambiado de modo de ser, sino que has continuado añadiendo bienes, mientras nosotros te poníamos asechanzas.

¡De cuántas coronas apareció digno David por cada una de estas palabras! Porque, aunque era la boca de Saúl la que pronunciaba esas palabras, pero era la virtud de David la que a su ánimo las sugería. ¡Tú, le dice, me has recordado hoy los bienes que me has hecho puesto que Yavc me ha puesto en tus manos y tú no me has dado muerte! " Y juntamente da testimonio de otra virtud; o sea que, habiéndole hecho el bien, no calla ni disimula, sino que se acerca y lo recuerda; y esto, no por vana ostentación, sino queriendo enseñarle con las obras mismas que es él del número de los que bien le quieren y se preocupan de su bienestar, y no de los que le arman asechanzas. Porque entonces nos es lícito recordar nuestras buenas obras cuando de ello se ha de seguir una utilidad notable.

En cambio, cuando sin motivo alguno el hombre se jacta y enaltece sus beneficios en favor de otro, no hace cosa distinta de aquel que los echa en cara. Mas, si lo hace con el objeto de cambiar el ánimo de quien le es enemigo y tiene de él mala opinión, entonces se convierte en cuidadoso benefactor del otro. Esto fue lo que hizo David respecto de Saúl, pues no quería alcanzar gloria de él sino procurar desarraigar su ira aquella que con él en su pecho vivía. Y por esto Saúl lo alabó por ambas cosas: porque le era benemérito y porque le había recordado sus beneficios.

1Sam. XXIV, 13.

" Ibid. XXIV, 19.

Y luego, como Saúl quisiera mostrarse agradecido, pero no encontrara un beneficio equivalente con qué pagarle, puso a Dios como fiador suyo delante de David, y le dijo: ¿Quién es el que se encuentra con su enemigo en una estrechura y le deja seguir en paz su camino y Dios lo premia con bienes, como tú lo has hecho hoy conmigo? 1S Porque ¿qué podía Saúl darle en retorno que fuera digno de sus méritos, aun cuando le hubiera cedido todo su reino con todas las ciudades? Porque David a él le había dado no

solamente el reino sino además la vida.

Y Saúl no tenía otra vida que devolverle en pago. Por esto lo remite a Dios y lo honra con los premios que El le dará. Y esto lo decía al mismo tiempo alabando a David y enseñándonos cómo entonces tenemos mayores premios preparados de parte de Dios?, cuando en pago de los beneficios infinitos hechos a nuestro enemigo, recibimos de éste lo contrario.

Después añadió: ¡Bien sé yo que tú reinarás, y que la realeza de Israel se afirmará en tus manos! ¡Júrame, pues, por Yave que no destruirás mi descendencia, que venga después de mí, y que no borrarás mi nombre de la casa de mi padre!<sup>19</sup>

Pero pregunto yo: ¿de dónde sabes esto? Tú tienes ejércitos y dinero, tú tienes armas y ciudades, caballería y soldados de a pie, en una palabra, toda la fuerza y el aparato regio, mientras que éste se encuentra desnudo y no tiene ni ciudad, ni familia, ni casa. Entonces ¿por qué, te pregunto, hablas de ese modo? Pues habla así por las costumbres mismas que observa en David. Como si dijera: ciertamente él así desnudo de armas, no me habría vencido a mí, armado y rodeado de tan inmenso poder, si no tuviera a Dios como auxiliador. Ahora bien: aquel que tiene a Dios como auxiliador, es más poderoso que todos.

¿Ves, pues, a qué grado de sabiduría fue conducido Saúl tras de andar poniendo asechanzas? ¿observas cómo sí puede ser posible que el enemigo eche fuera toda su malicia y se cambie en mejor?

No queramos, pues, desesperar de nuestra salud. Porque aun en el caso de que se nos haya empujado hasta el abismo total de la malicia, es posible que nosotros mismos salgamos de él y depongamos toda nuestra maldad. Y ¿qué dice luego?: "¡Júrame que no destruirás mi descendencia que venga después de mí, y que no borrarás mi nombre de la casa de mi padre!" ¡El rey suplica a un particular! ¡el que lleva ceñida la diadema toma

Jbid. XXIV, 19. Ibid. XXIV, 21-22.

el papel de suplicante y ruega a un desterrado en favor de sus hijos! ¡Pero esto mismo prueba la virtud de David!: ¡que un enemigo se haya atrevido a suplicar al otro su enemigo! Y eso de que exija el juramento no lo hace porque desconfíe del modo de ser de David, sino porque recuerda que él lo abrumó de males. "¡Júrame, le dice, que no destruirás mi descendencia que venga después de mí!" De manera que deja como tutor de sus hijos a su enemigo, y le pone en sus manos su prole; puesto que con estas palabras como que toma por la mano a su prole y a David y pone a Dios como arbitro y mediador.

Y ¿qué hace David? ¿Usó acaso de alguna ligera ironía y disimulación en este paso? ¡De ninguna manera! Sino que al punto asintió y concedió lo que se le pedía. Y una vez muerto Saúl no solamente no mató a sus descendientes, sino que aún hizo más de lo que había prometido. Porque al hijo de Saúl, que era cojo y débil de los pies, lo llevó a su propia casa y lo hizo partícipe de su mesa propia y lo honró sobremanera; y no se avergonzó de él, ni lo ocultó, ni pensó que se deshonoraba la mesa real con la cojera del muchacho, sino que más bien pensó que así se honraba y tenía mayor solemnidad.

Porque todos cuantos a ella con él se asentaban, salían de ahí tras de haber adquirido grandes enseñanzas de virtud. Pues viendo al hijo de aquel Saúl, que tan grandes males había causado a David, tenido en tanto honor delante del rey, aun cuando fueran más crueles que las fieras, volvían al fin a la amistad con sus enemigos, llenos de vergüenza y rubor.

Ya habría sido mucho que David ordenara se le suministrase de otra parte el alimento; y que hubiera dispuesto la medida abundante en que se le diera, gran cosa habría sido. Pero esto de recibirlo él mismo y en su propia mesa, es característico de una virtud eximia. Vosotros sabéis que no es fácil amar a los hijos de los enemigos. Pero ¿qué digo amarlos? Ya es mucho que no se les odie y no se les persiga. Y esto en tal grado, que muchos han descargado la ira que tenían contra los enemigos ya difuntos sobre los hijos de éstos. No lo hizo así el magnánimo y generoso varón, sino que honró a su enemigo mientras éste vivía; y una vez que murió mostró con sus hijos la misma benevolencia que con él había tenido.

¿Qué había más santo que aquella mesa a la cual ceñían los hijos de un enemigo, y de un enemigo que había intentado dar muerte a David? ¿Qué cosa más espiritual que aquel banquete en el que tan inmensas bendiciones abundaban? ¡Era un convite al que invitaba un ángel, que no un hombre! ¡Porque el amar y abrazar a los hijos de un enemigo, y precisamente al hijo de aquel que tantas veces había intentado quitarlo de en medio, y había muerto ocupado aún en semejantes artimañas, hace que a este hombre se le adscriba al coro de los ángeles!

¡Haz tú, oh carísimo, esto mismo y cuida de los hijos de tus enemigos, ya vivan éstos aún o ya hayan muerto. De los que viven aún, porque de este modo te ganarás el ánimo de sus padres; de los que ya murieron, para que alcances de Dios grande gracia y seas honrado con muchas coronas. Y en fin, para que de parte de todos alcances también abundantes oraciones; y esto no solamente de aquellos a quienes hayas beneficiado, sino también de los que lo han presenciado. Esto se pondrá a tu favor en aquel último día; y al tiempo del juicio, los enemigos que recibieron tus favores, serán tus poderosos patronos: ¡expiarás así tus muchos pecados y lograrás el premio!

Aunque hayas cometido infinitos pecados, si puedes presentar como cumplida aquella sentencia que dice: Perdonad a vuestros enemigos y vuestro Padre os perdonará vuestros pecados,<sup>2</sup> puedes tener una grande confianza del perdón de tus culpas, y mientras pasarás esta vida en buena esperanza, y todos te mostrarán su cariño y estarán bien dispuestos contigo. Porque cuando vean que tú de tal manera amas a tus enemigos y a los hijos de tus enemigos, ¿cómo puede suceder que no procuren ser tus amigos y ayudarte y hacer en favor tuyo cuanto esté en su mano?

Cuando gozares de tan grande benevolencia delante de Dios, cuando tengas a todos suplicando en tu favor toda clase de bienes ¿qué molestia podrás experimentar o quién podrá llevar una vida más feliz que la tuya? Alabemos, pues, estos procederes durante esta vida; y una vez abandonada esta reunión, pongámoslos en práctica; y recorramos la ciudad para descubrir a nuestros enemigos y reconciliémonos con ellos, y de enemigos hagámoslos amigos sinceros. Y si para ello fuesen necesarias excusas y pedirles perdón, no lo rehusemos aun en el caso de haber sido nosotros los injuriados. Porque de esta manera será mayor nuestro premio; de esta manera será mayor nuestra confianza; de esta manera alcanzaremos, sin poder dudarlo, el reino de los cielos, por gracia y



benignidad del Señor nuestro Jesucristo, a quien, con el Padre y juntamente el Espíritu Santo, sea la gloria y el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.<sup>20</sup>

16

## **XVI ENCOMIO DE DIODORO, Obispo Tarsense.**

Este, como era costumbre en Antioquía que en la misma iglesia y el mismo día hubiera dos predicadores, habló el primero y se extendió en las alabanzas del Crisóstomo que había de predicar en seguida. Diodoro había sido, como dijimos en la Introd. n. 6, maestro de san Juan Crisóstomo, había ejercitado anteriormente el oficio de la predicación ahí en la misma ciudad, al tiempo en que los arrianos estaban en todo su poder y perseguían a los católicos y en especial a Diodoro; y por estos motivos el pueblo admitía con gusto que Diodoro predicara en seguida del Crisóstomo. Esta vez, en el día, mes y año que no sabemos, Diodoro predicó y llamó a san Juan otro Juan Bautista, y Voz de la Iglesia y lo comparó con la Vara de Moisés. Molestaron al santo aquellas alabanzas y al día siguiente trató de volverlas sobre Diodoro naturalmente un poco antes de que Diodoro subiera al pulpito en seguida del santo. Va añadido un Fragmento de otro nuevo sermón del Crisóstomo en que se refirió a Diodoro y lo cita Facundo Hermianense, Lib. 4, c. 2. Fue una Homilía acerca de los mártires y en ella a Diodoro lo llamó mártir, pues era público que los arrianos lo habían hecho sufrir muchísimo. Es probable que esta segunda Homilía fuera predicada en 392.

Admirable es la riqueza y variedad en la exposición del tema, y tal que parece agotar cuantas razones se pueden traer y cuantos afectos se pueden suscitar para lograr el perdón de los enemigos. La historia dice que el Crisóstomo lo logró en Antioquía con admiración de todos (Véase Montfaucon, vol. IV, p. 865, Monitum).

ESTE SABIO Y NOBLE DOCTOR, ayer, apenas libre de su enfermedad, subió a este pulpito; y tomó su exordio de mi persona y me dio los nombres de Juan Bautista y Voz de la Iglesia y Vara de Moisés y otros muchos. El alabó y vosotros aplaudisteis y yo sentado allá lejos lloré amargamente. El alababa demostrando el cariño para con sus hijos; vosotros aplaudíais demostrando vuestra fraterna caridad; yo me entregaba al llanto pues me sentía oprimido por el cúmulo de elogios. Porque la multitud de las alabanzas suele, no menos que la de los pecados, remorder la conciencia. Y cuando alguien que no tiene conciencia de bien alguno en sí mismo oye a otros que predicán de él muchos y grandes bienes, entonces va comparando la opinión presente con aquel otro día futuro, cuando quedarán al desnudo y manifiestas todas las cosas; y cómo el que entonces ha de juzgar, juzgará no por las opiniones del vulgo, sino conforme a la verdad misma de las cosas.

Porque no juzgará, dice la Escritura, según la opinión ni argüirá según los rumores.<sup>1</sup> Pensando yo en estas cosas me encuentro atormentado por la buena opinión del vulgo y sus alabanzas; porque veo la gran diferencia entre aquella opinión y la del juicio futuro. Pues ahora nos encubrimos como detrás de unos disfraces con la opinión del vulgo; pero en aquel día estaremos de pie y con la cabeza descubierta y quitados todos los disfraces y en nada podremos ayudarnos de estas opiniones para aquella sentencia. Sino que al revés, por esto mismo seremos más gravemente castigados: porque habiendo sido celebrados por los hombres con muchas alabanzas y encomios, con todo, ni por eso nos

hicimos mejores.

Pensando, pues, todo esto dentro de mí, amargamente gemía yo. Y por lo mismo, ahora con toda diligencia me presento delante de vosotros, mis oyentes, con el objeto de que desechéis semejante opinión. Porque cuando la corona es de mayores dimensiones que la cabeza que se corona, no aprieta las sienes ni se asienta en la cabeza; sino que, a causa de su anchura demasiada y flojedad, se cae por los ojos y anda girando en torno del cuello a manera de collar, al tiempo mismo que deja a la cabeza sin participación alguna de ella.

Isaías XI, 4.

Esto precisamente es lo que nos ha sucedido; porque hemos juzgado que esa corona de alabanzas era digna de una cabeza mayor que la nuestra. Y con todo, aunque estas cosas son así, nuestro padre no desistió de alabarnos, movido de la abundancia de su cariño, ni cesó hasta ceñírnosla en la forma que pudo. Así lo hacen con frecuencia los reyes; porque éstos imponen en la cabeza de sus hijos la corona que a ellos les queda bien. Y luego, cuando advierten que la cabeza infantil es más pequeña que la corona, satisfechos de haberla colocado en la forma que haya sido, finalmente la recogen y se la ciñen ellos mismos.

Supuesto, pues, que nuestro padre nos impuso una corona que sólo dice con su cabeza, y se ha visto ya ser la tal corona mayor que nuestra cabeza, y que por otra parte él nunca se la impondrá a sí mismo, ¡ea! ¡quitémosla de nosotros y coloquémosla en la cabeza de nuestro padre, a la que exactísimamente se adapta!

Porque ciertamente el nombre de Juan nuestro es; pero el ánimo de Juan, a él le pertenece. Nosotros obtuvimos su nombre, pero éste alcanzó su sabiduría celestial. De manera que éste era más digno que nosotros de heredar su nombre. Porque al verdadero sinónimo no lo hace la comunidad de nombres sino el parentesco en las acciones, aunque los nombres sean diferentes. No suele la Sagrada Escritura discurrir sobre estas cosas al modo como lo hacen los filósofos paganos. Estos, a no ser que sean comunes la sustancia y el nombre, no los llaman sinónimos. No así la Escritura; sino que, cuando observa un grande parentesco en los modos de vivir, aunque a las personas se les hayan puesto nombres diversos, a los que así convienen en el género de costumbres, los llama con el nombre de parientes y sinónimos.

Y no hay que ir a buscar muy lejos la prueba; sino que traeremos al medio al mismo Juan, hijo de Zacarías. Porque, habiendo preguntado los discípulos a Jesús si acaso Elias vendría de nuevo, Jesús les respondió: ¿Queréis recibirlo? ¡Este es el Elias que ha de venir! 2 Y aunque este segundo se llamaba Juan, pero como tenía las mismas costumbres que Elias, se le impuso el mismo nombre. Porque ambos habitaban en el desierto. Este vestía una piel de oveja, aquél una hecha de cerdas; y la mesa de ambos era vil y pobre. Este fue ministro de la primera venida, aquél lo será de la futura.

' Mat. XI, 14.

Por tener, pues, idénticos el alimento, el vestido, el sitio en donde moran y el ministerio en que sirven, y en una palabra, siendo en todo iguales en ambos todas las cosas, se les puso a ambos el mismo nombre. Y por este medio manifestó la Escritura que

cualquiera, aunque tenga distinto nombre, puede llegar a ser sinónimo de aquel cuyas costumbres ha emulado.

Y como sea ésta una regla certísima en la Escritura y una exacta definición de sinónimos, ¡ea! ¡demostramos en qué forma nuestro padre ha emulado las costumbres de aquel Juan; y por aquí veremos cuánto más digno es él, con mucho, de ser llamado con el nombre aquel! No tenía aquél mesa ni lecho ni casa en este mundo, pues éste tampoco los tuvo nunca. Y de esto sois testigos vosotros, y también de cómo ha perseverado en llevar constantemente una vida apostólica, sin poseer nada propio, sino recibiendo de caridad los alimentos de otros, mientras él se ocupa en la oración y en la predicación de la doctrina del Evangelio.

Predicó Juan al otro lado del río y vivía en soledad; y éste, como hubiera recibido a su cargo la ciudad toda que queda más allá del río, la adoctrinó con sanas enseñanzas. Aquél habitó en la cárcel y al fin fue degollado a causa de su libertad en hablar en favor de la ley; y éste a su vez fue expulsado con frecuencia de su patria por su libertad en predicar la fe, y con frecuencia fue degollado por el mismo motivo, si no de hecho pero sí en propósito por los enemigos.

Porque como no soportaran aquellos enemigos de la verdad la lengua elocuente de éste que la predicaba, por todas partes le armaban infinitas asechanzas, pero Dios lo libró de todas ellas. ¡Oigamos, pues, esta lengua por la cual se vio en peligro y por la cual se salvó! ¡lengua de la cual, si dijera alguno lo que dijo Moisés de la tierra de promisión, no errará! ¡Tierra que fluye leche y miel!s Porque esto debe decirse de esta lengua: ¡lengua que mana leche y miel! Pues, para que gocemos de esta leche y nos saciemos de esta miel, ¡ea! ¡terminando aquí nuestro discurso, escuchemos esa lira, esa trompeta!

Porque al considerar la suavidad de sus palabras a su voz la llamo lira; pero cuando considero la fuerza de sus pensamientos, la llamo trompeta de combate, como aquella con que los judíos derribaron los muros de Jericó. Ya que así como entonces el sonido de las trompetas, cayendo a manera de fuego y con mayor vehemencia aún en las piedras, todo lo consumía y derribaba, del mismo modo ahora la voz de éste, cayendo no de otra forma que la de aquella trompeta, sobre las fortificaciones de los herejes, destruye sus raciocinios, y toda su soberbia que se levanta contra la sabiduría de Dios.

3 Exod. III, 8. 384

Mas, para que no por nuestra lengua sino por la suya propia conozcáis estas cosas, aquí ponemos fin a nuestro discurso, dando la gloria a Dios que tales Doctores nos ha proporcionado. Porque a El es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Fragmento de otra Homilía que no se nos ha conservado.

Según parece, no en vano gastamos prolijos discursos. Pero, estando en la celebración de los mártires, nos vemos amonestados además con la vecindad de un mártir que aún vive, y es como un río espiritual. Porque vivo está aún y ya es mártir, ya que el propósito de sus enemigos fue muchas veces el de darle muerte. ¡Ved sus miembros mortificados! ¡observad su figura que ostenta ciertamente todo lo que es propio del hombre, pero que va llena de un cierto sentido de ángel! Y esto además de muchas otras cosas. Pero volvamos de nuevo a este mártir que fue la ocasión de que dijéramos lo que

precede. ¡De qué manera ha muerto, y ha cobrado vida para sus miembros, y habiendo pisoteado las naturales concupiscencias en su cuerpo humano nos ha demostrado un camino angélico!

Y si queréis ver cómo en realidad llegó hasta el paso de muerte, recordad el tiempo aquel cuando se levantó contra la Iglesia una guerra terrible y dura, y se movilizaban los ejércitos y se preparaban las armas y todos se congregaban al otro lado del río.<sup>4</sup> El, en ese tiempo, salía, y a la manera de una torre interpuesta o de un promontorio elevado y enorme puesto de pie delante de los adversarios y recibiendo sobre sí las oleadas de los contrarios y rechazándolas, custodiaba en tranquilidad el resto del cuerpo de la Iglesia; y alejaba las tempestades y nos procuraba un puerto seguro. . .<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Se trata, lo mismo que en la otra Homilía, del río Orontes. Habla san Crisóstomo de la otra ribera del río, o sea de la llamada Palaia o Ciudad Antigua o Vieja. Ahí estaba la iglesia llamada también Palaia, en donde solían reunirse los que seguían al obispo Melecio. Véase la Introd. n. 6.

17

## **XVII ENCOMIO de la SANTA Y GRAN MÁRTIR DROSIS;**

y sobre el recordar la muerte.-Predicó esta Homilía el santo Doctor, no se sabe qué día ni qué año, con ocasión de haber sacado el Obispo san Flaviano al pueblo antioqueno al campo, en los alrededores de Antioquía, en un día sereno como solía hacerlo de vez en cuando, para ir a visitar los sepulcros de los mártires. Poquísimos son los datos que sobre el martirio de esta santa nos han quedado, y casi se reducen a los que da de él san Crisóstomo en esta Homilía. Por lo demás, aprovecha el santo Doctor la oportunidad para tejer las alabanzas de otros muchos mártires cuyos huesos estaban depositados en el mismo sitio, y ensalzar su poder sobre los demonios y las enfermedades; y se alarga en exponer cuánta utilidad puede sacarse de visitarlos.

Los PASTORES DILIGENTES, cuando, tras de un largo llover, miran brillar los rayos del sol y que ya calientan el día más de lo ordinario, sacan de los apriscos sus ovejas y las conducen a los pastos acostumbrados. Imitándolos hoy nuestro buen Pastor, ha sacado al espiritual y sagrado rebaño y conjunto de las ovejas de Cristo a los pastos espirituales de los sepulcros de los mártires. Porque también los rebaños llegan a sentir saciedad de los establos; y cuando salen de los apriscos reportan mucha mayor utilidad de las praderas, mientras, inclinados hacia la tierra, con grande gusto van cogiendo con los dientes la hierba delicada, y respiran el aire puro, y contemplan los limpios y brillantes rayos del sol, y saltan en torno de las fuentes, los lagos y los ríos, ni es menos lo que la tierra, vestida por doquiera de flores, los deleita.

<sup>5</sup> De este segundo Fragmento no se nos ha conservado sino la versión latina hecha por Facundo Hermianense, 1. c, de la cual hemos hecho nosotros esta castellana.

Pero, no solamente a ellos, sino también a nosotros nos acarrea esto mucha utilidad. Porque, aunque allá dentro de la ciudad teníamos delante una mesa repleta de espirituales alimentos, sin embargo, el salir hacia estos santos nos alegra con un no sé

qué de gozo especial; y no porque respiremos el aire puro, sino porque volvemos los ojos a los esclarecidos hechos de los generosos varones. No porque demos saltos de gozo junto a las fuentes de los ríos, sino junto a los arroyos de los dones del Espíritu santo. No porque inclinados a la tierra cojamos con los dientes la hierba, sino porque cogemos las virtudes de los mártires. No porque veamos el suelo adornado de flores, sino porque contemplamos los cuerpos que derraman dones espirituales.

Y por cierto, cada una de las iglesias de los mártires ofrece a los que en ella se reúnen no corta ganancia, pero ésta la ofrece muy particular. Porque apenas alguno ha pasado su vestíbulo y al punto se presenta ante sus ojos la multitud de sepulcros; y a dondequiera que mira advierte los lóculos, los monumentos y las tumbas de los que ya fenecieron. Y la vista de estos sepulcros no poco nos aprovecha para embeber en nuestras almas la modestia y la moderación cristianas. Porque el ánimo, aunque sea perezoso, conmovido por este espectáculo al punto se excita; y si es diligente y se encuentra ya excitado a la piedad, se torna aún más diligente. Y si acaso alguno se duele de su pobreza, con este espectáculo al punto siente consolación; y si anda hinchado por sus riquezas, se vuelve humilde y se abaja. Porque la vista de los sepulcros obliga, aun contra su voluntad, a cada uno de los que la contemplan, a pensar y discurrir acerca de la muerte; y lo persuade a no tener por estable cosa alguna de este mundo, ya sea molesta o ya agradable. Y quien estuviese persuadido de esto no será fácilmente cogido en los lazos del pecado.

1 Ecles. VII, 40. ! Prov. XXIV, 27.

Por eso dijo cierto sabio: En todas tus palabras acuérdate de tus novísimos y nunca pecarás.<sup>1</sup> Y otro dice cosas que consueñan bien con éstas, cuando aconseja: Prepara tus obras para el fin, y prepárate tú para el camino.<sup>2</sup> Y dice esto no porque hable del camino sujeto a la percepción de los sentidos, sino de la salida de este mundo. Porque si cada día meditamos cuan incierta es la muerte, no caeremos fácilmente en el pecado ni podremos hincharnos con las cosas espléndidas y magníficas de esta vida, ni deprimirnos y perturbarnos con las que, por el contrario, son molestas, por ser tan incierto el acabamiento de ambas. Con frecuencia, quien está con vida en estos momentos, por la tarde ya no existe.

De manera que, si hubiéramos permanecido allá dentro en la ciudad, no es muy probable que meditáramos y consideráramos estas cosas; en cambio, una vez que hemos salido de las murallas y hemos venido a estos sitios y a estos sepulcros, y hemos contemplado esta cantidad de difuntos, se nos ha hecho necesario, querramos o no, por lo que nos amonesta el presente espectáculo, revolver en el ánimo esa clase de pensamientos, y elevarnos de la tierra mientras lo consideramos, y despojarnos de toda afición a las cosas del siglo.

Ni solamente vendrán a nuestro ánimo semejantes pensamientos, sino que además nos excitará una conveniente exhortación para que nos apresuremos a nuestra patria eterna, y nos preparemos para ella, y acopiemos todo lo necesario para ese traslado, sabiendo que cualquier cosa nuestra que acá dejemos es una pérdida para nosotros. Pues a la manera que un caminante que hace un largo camino y se apresura a regresar a su patria, todo cuanto deje en la posada simplemente lo pierde, y queda privado de ello, así nosotros perderemos todas cuantas cosas nuestras dejemos acá al marcharnos. Por esto, conviene que unas las llevemos con nosotros y otras las enviemos por delante. Porque la

vida presente es un camino, y no tiene cosa estable, sino que vamos a través de los sucesos de ella así molestos como gozosos. Y por esto yo amo con predilección este sitio: porque no solamente cuando acá vengo al tiempo de nuestras reuniones, sino también fuera de ellas, me recuerda continuamente estos discursos, mientras mis ojos observan en torno los sepulcros con tranquilidad y en soledad grande; y el alma se levanta a los que ya transmigraron, y al estado en que viven aquellos que ya nos precedieron.

Por este motivo, alabo también a nuestro Padre generoso, quien tomando ocasión de la serenidad del día, nos trajo a este lugar, mientras juntamente nos precedía por el camino y nos mostraba la senda la santa Drosis, cuya memoria celebramos. Porque, aparte de lo dicho, todavía podemos sacar mayor fruto de la visita a este sitio. Puesto que, cuando habiendo dejado a un lado los otros sepulcros llegamos a los de los mártires, nuestros pensamientos se levantan más arriba, el alma se vuelve más fuerte, el fervor se acrecienta y la fe se fortifica. Y cuando consideramos sus trabajos en nuestro interior y sus premios y sus combates y sus palmas y las coronas de estos santos, se nos presenta una nueva ocasión de humildad. De manera que aunque alguno haya llevado a cabo esclarecidas hazañas, pensará no haber hecho nada si compara su virtud con la de estos combatientes. Y si nada de bueno ni de grande ha llevado a cabo, con todo no desesperará de su salvación al sentir que el ejemplo de la fortaleza de éstos le es una exhortación para cambiar sus proceder hacia la virtud, a fin de que se entregue al ejercicio de las buenas obras, y piense consigo en que tal vez pueda más adelante acontecerle, auxiliado con la benignidad de Dios, el cumplir semejantes ascensiones; y así rápidamente ascienda hasta el cielo y alcance de Dios altísima esperanza y gracia. De manera que podemos luego regresar de aquí tras de haber filosofado y meditado en estas y otras muchas cosas.

Porque la muerte de los mártires es una exhortación a los fieles; es confianza para las iglesias; es confirmación del Cristianismo; es destrucción de la muerte; es demostración de la resurrección de la carne; es ignominia para los demonios; es acusación contra el diablo; es enseñanza de la buena doctrina; es exhortación para el desprecio de las cosas de este siglo, y camino para desear las futuras, y consuelo en las desgracias que nos rodean, y ocasión de paciencia, y motivo de tolerancia, y raíz de todos los bienes, y fuente y como padre de ellos. Y, si nos place, demostremos cada una de estas cosas, y digamos de qué manera es una exhortación para los fieles, una confianza para las iglesias, una demostración de la resurrección y todas las demás cosas que dije.

En efecto: cuando tenemos que emprender las discusiones con los gentiles acerca de los dogmas, y ellos acusan nuestra fe, opongámosles, entre otras razones, esta también de la muerte de los mártires, y digámosles: "¿Quién los persuadió a que despreciaran la vida presente? Porque si Cristo murió y ya no resucitó ¿quién ha llevado a cabo estos preclaros hechos que superan a la naturaleza? Porque para que vean que no es propio de la humana virtud el persuadir a tantos miles y durante tantos años, no solamente de varones, sino también de mujeres y de doncellas inuptas y de niños pequeños el que desprecien la vida presente y con todo atrevimiento se ofrezcan a las bestias feroces y tengan en menos el fuego y nada les importe género alguno de penas y suplicios, y se apresuren a entrar en la vida futura, no necesitarán de argumentos de nuestra parte, sino que bastará con que ellos mismos se pregunten y se respondan; y con lo dicho encontrarán suficiente respuesta y demostración.

Porque desde el tiempo en que vino Cristo hubo emperadores infieles y también los hubo fieles. Pero la mayor parte de los infieles llevaban a los fieles cristianos a los precipicios y a las piras, y a los abismos, y a los mares, y a las bestias feroces, y a diversos géneros de penas y de suplicios, y se esforzaban por arrancar de todas maneras la fe de sus almas; y con todo, nada lograban y salieron burlados, puesto que, mientras los cristianos eran atormentados de todos modos, la fe seguía creciendo. Y en cambio, ninguno de los emperadores fieles se dejó llevar al exceso de atormentar a ningún varón infiel, ni a obligarlo por medio de tormentos a renegar de sus errores. Y con todo, los errores automáticamente se desvanecen y se acaban, para que conozcas la fuerza de la verdad y la debilidad de la mentira; puesto que ésta perece sin que nadie la ataque y espontáneamente, mientras que aquélla es levantada a sublimes alturas por los mismos que tratan de impedirla.

Y la razón es que Cristo vive y opera en las almas de los mártires. Si, pues, alguna vez afirman los gentiles que Cristo no resucitó preguntémosles: "¿Quién fue entonces el que llevó a cabo estas cosas? ¿acaso un muerto? ¡Pero muchos muertos hay y ninguno ha llevado a cabo tales prodigios! Muchos magos existieron y muchos prestidigitadores y todos están envueltos en el silencio, ni quedan de ellos en parte alguna reliquias ningunas, sino que juntamente con su vida se terminaron sus pres-tidigitaciones; mientras que la religión de Cristo cada día crece, y con razón. Ya que los prodigios que se verificaban no procedían de artes mágicas sino de virtud divina, y por lo mismo no perecen. Más aún: no tomo yo el argumento de su poder de sólo el hecho de que crezca, sino de que sea precisamente en bien y salvación nuestra: porque después de Cristo, los hombres que habitaban la tierra, de bestias se hicieron hombres; o más bien de hombres se hicieron ángeles, todos cuantos se adhirieron a El con sinceridad.

Pero dice el adversario: los mártires fueron engañados y seducidos y por eso despreciaron la vida presente. Mas el hecho es que los primeros no persuadieron a los segundos, ni los segundos a los terceros, sino que cuanto más crecían las persecuciones, más incremento tomaba este beneficio; y en tan largo tiempo nadie conoció el engaño. Pues ¿quién tendrá como cosa lógica ésta? Si fueron seducidos, ¿de dónde viene el que los demonios se aterroricen con su polvo? ¿por qué huyen de sus sepulcros? ¡Porque no es propio de los demonios el temer a los muertos! ¡Por todas las partes de la tierra hay muertos sin número, y los demonios se asientan junto a ellos, y podemos ver a muchos poseídos del demonio que viven en sepulcros abandonados en el desierto! Pero en donde están sepultados los huesos de los mártires, de ahí los demonios se apartan violentamente, como de un incendio y suplicio intolerable, y a gritos divulgan la virtud que ocultamente los azota.

Queda pues demostrado que la muerte de los mártires es argumento de la debilidad de los demonios; pero que además ella sea una acusación contra la insensatez de ellos, se manifiesta por aquí: porque cuando éstos, me refiero a los mártires, agravados por el cuerpo y las necesidades de la naturaleza y rodeados de una inmensa cantidad de dolores y molestias, aparecen despreciando la vida presente por el amor a Dios, por quien fueron creados; y en cambio aquéllos, aun estando libres del peso de la carne y exentos de todos estos dolores y molestias, con todo aparecen tan desafortadamente soberbios e ingratos para con su bienhechor ¿qué excusa o qué esperanza de perdón les puede quedar? ¡Manifiestamente ninguna, ya que la virtud de éstos condena sobremanera la maldad de aquéllos! Puesto que no solamente los hombres que son más diligentes condenan a quienes son más perezosos, sino que también su diligencia

condena a los demonios mismos.

Esto era lo que Pablo declaraba cuando decía: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más las cosas de este siglo! 3 Significaba con esto a los demonios y a los ángeles apóstatas. Mas preguntará alguno: ¿cómo los juzgaremos? Ciertamente no sentados nosotros al tribunal y exigiéndoles razón de sus hechos, sino condenando con nuestra diligencia la pereza de ellos. Esto mismo significaba Pablo cuando decía: Y si en vosotros es juzgado el mundo. . 4 No decía delante de vosotros sino por medio de vosotros. A la manera que cuando dice que los varones de Nínive se levantarán y condenarán a esta generación, el sentido no es que los ninivitas habrán de pedir cuentas a los judíos que fueron incrédulos, sino que la incredulidad de éstos será condenada por la fe de aquéllos.5

Podemos además ser ayudados en no pequeña manera por los mártires para alcanzar la virtud y el desprecio de las cosas de este siglo. Porque cuando los veas despreciar la vida toda, aunque seas el más necio y negligente del mundo te animarás mucho y en gran manera despreciarás los dineros y las delicias y desearás vivir en el cielo. Y si acaso la enfermedad se ha apoderado de ti, los sufrimientos de los mártires te darán una excelentísima ocasión de paciencia; o si te oprime la pobreza o te afligen otros cualesquiera cuidados, cuantas veces vuelvas tus ojos a los amargos tormentos que ellos toleraron, recibirás consuelo suficiente de todos los males que te molestan.

Por esto sobre todo amo yo la conmemoración de los mártires, la amo y la recibo con gozo; y por cierto la conmemoración de todos, pero principalmente aquella en que nos ponen delante los combates sostenidos por las mujeres. Porque cuanto el vaso es más débil mayor es la gracia y tanto mayor es el trofeo y más insigne la victoria; y no porque el sexo sea más débil, sino porque el enemigo es vencido por medio de aquella por quien él había vencido. Dio muerte en otro tiempo el demonio a Adán mediante una virgen; y después Cristo, por medio de una virgen, lo venció; y la espada misma que el demonio había aguzado contra vosotros, cortó la cabeza del dragón, como sucedió en el combate de David. Porque así como aquel justo corrió y cortó la cabeza de Goliath con la misma espada del bárbaro, así sucede ahora: ¡venció mediante una mujer y es vencido mediante una mujer! ¡Esta había sido su dardo y ésta ahora se ha convertido en instrumento de su muerte! ¡este vaso apareció ahora invencible!

3 I Cor. VI, 3.

4 Ibid. VI, 2.

5 Luc. XI, 32.

Pecó aquella primera y murió. Esta en cambio murió por no pecar. Aquélla, hinchada por una vana promesa, violó las leyes de Dios; ésta despreció la vida presente por no quebrantar la fidelidad a su bienhechor. ¿Qué excusa podrán, pues, alegar en adelante los varones si se presentan llenos de molice y desidia; o qué perdón alcanzarán cuando las mujeres tan varonilmente proceden y con tanta fortaleza? ¿cuando ellas tan generosamente se aprestan a los combates de la piedad? Porque ni el sexo, ni la edad, ni otra cosa ninguna, puede ser impedimento, si se tiene el fervor del espíritu, del celo y de la fe ardiente, y mediante ellos alcanzamos la gracia de Dios como lo hizo esta bienaventurada que hoy celebramos. Puesto que tuvo ella un cuerpo débil y su sexo estaba fácilmente expuesto a los daños, y su edad era bastante joven. Pero vino sobre ella la gracia de Dios e hizo desaparecer toda esta debilidad, porque encontró una



generosa prontitud de ánimo y una fe constante y una alma preparada para acometer los peligros.

Porque nada hay más poderoso, ¡nada en verdad!, que aquel que con grande empeño guarda clavada su mente en el temor de Dios; sino que ese tal sin dificultad ninguna desprecia el fuego, el hierro, las bestias feroces y cualquiera otro enemigo que lo amenace, como lo hizo la bienaventurada Drosis. Puesto que, una vez que el tirano hubo encendido la pira (porque no arrojó a esta santa a los precipicios ni la hizo degollar, con el objeto de que se le hiciera más fácil la batalla a causa de la brevedad de la lucha, sino que como ansiara aterrorizarla en su ánimo y vencer su energía indomable con la vista del fuego, la hizo salir al medio una vez que ya estaba encendida la pira); cuando pues el tirano hubo encendido la hoguera y el horno estaba en llamas que subían muy alto, la bienaventurada mártir, al ver todo eso, también ella se inflamaba y ardía en el amor a Cristo, y meditaba, acordándose de los tres jóvenes de Babilonia, que ahora le tocaba a ella emprender la misma batalla que ellos, y que así le serían impuestas las mismas coronas.

Y a la manera que los poseídos de alguna manía no ven las cosas que se les ofrecen a la vista tales como son, sino que aun teniendo delante, vg., una espada aguda se lanzan sobre ella o en un horno ardiente, o en un abismo, o en un precipicio, o en el mar, o se precipitan dentro de un peligro cualquiera y se atreven a todo; así esta mártir, arrebatada, no de esa locura ¡lejos de eso!, sino de otra muy más honrosa que toda prudencia, y empujada por el amor de Cristo, no miraba ya cosa alguna de las que están al alcance de la vista; porque arrebatada al cielo y trasladada allá con su pensamiento, despreciaba todos los males y al fuego no lo juzgaba fuego sino rocío.<sup>6</sup>

Por esto yo a ese horno lo llamo fuente de limpidísimas aguas y baño para dar temple al excelente acero, y horno y fragua modeladora. Porque así como el oro en el crisol, así el ánimo bienaventurado de la mártir por medio de la pira quedó más puro. Sus carnes se derretían, sus huesos se quemaban, los nervios quedaban tostados y de todo el cuerpo chorreaba el humor purpúreo y divino; pero en el alma la fe se volvía más firme y más brillante. Y los verdugos, al contemplar todo esto, creían que ella había perecido, pero ella se purificaba cada vez más; y a la manera que un hombre imperito, cuando contempla el oro derretirse y correr y mezclarse con la ceniza, piensa que se ha echado a perder y se ha destruido, en tanto que el artífice, que bien conoce de todo esto, sabe que, al revés, se está volviendo más puro; y tras de haberlo así puesto al fuego, después lo extrae más brillante por todos lados; así exactamente sucedió con aquellos infieles delante de la mártir, cuando vieron su carne derretida y hecha como agua: pensaban que se convertía en polvo y en ceniza. Pero los creyentes perfectamente conocían que así derretida dejaba toda impureza y subía al cielo más resplandeciente, una vez conquistada la inmortalidad.

Más aún: en la pira misma, antes de la resurrección, de un modo maravilloso vencía a las Potestades adversas y poderosas; porque sus carnes, deshechas por el fuego, con el estrépito y chirrido que lanzaban feísimamente las ponían en fuga. A la manera que un esforzado militar, revestido en torno con sus armas bronceas, pone miedo a sus adversarios tímidos con solo el estrépito de ellas, así entonces la bienaventurada Drosis ponía en fuga aquellas Potestades con el chirrido de su piel.

6 Nótese el delicado juego de palabras, pues en griego el nombre de la mártir Agóai\$

significa precisamente gota de rocío.

Aunque no únicamente de este modo, sino también de otro de no menos fuerza. Porque apenas entrada en la pira, cuando el humo llenaba los aires al elevarse a lo alto, ya sofocaba a todos los demonios que vagan por los vientos, y apartaba al diablo y purificaba la naturaleza misma de la atmósfera. Porque, tras de haber sido manchada con el humo de los sacrificios de los ídolos, ahora, en vez de aquel humo subía este otro que iba a limpiar las horrruras que había esparcido el primero.

En verdad que bien se puede comparar aquella pira con una fuente. Porque como si la mártir en esa fuente se hubiera despojado del vestido y se hubiera sumergido en el baño de tintura, así, en aquella llama, se despojó del cuerpo con mayor facilidad que de cualquier vestido, y, abrigando así su alma, luego se apresuró hacia su esposo, acompañada de los ángeles. Pues si a Lázaro, lleno de llagas, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham, con mayor razón acompañarían a esta bienaventurada que subía, como quien sale de un sagrado encierro y de un tálamo nupcial, tomándola ellos mismos del horno.

Mas, ¿por qué motivo he llamado a aquella pira un baño de tintura? <sup>7</sup> Porque, a la verdad, como pasada por una tintura admirable y así convertida en púrpura regia, la mártir era llevada al Rey celestial y entraba con grande confianza en aquellas celestiales mansiones. Todo esto sucedía cuando Cristo con su mano invisible tomaba la santa cabeza de la mártir y la sumergía, como en un baño de tintura, en la pira y entre las llamas. ¡Oh admirable pira! ¡cuan grande era el tesoro que en su interior contenía! ¡Es a saber aquel polvo y ceniza más preciosa que cualquier otro, más fragante que todos los aromas, más rico que todas las piedras preciosas! ¡Porque ni las riquezas ni el oro pueden lo que conceden las reliquias de los mártires !

¡El oro jamás apartó las enfermedades ni echó fuera la muerte ! ¡En cambio, los huesos de los mártires hicieron ambas cosas! Y sucedió lo primero en tiempo de nuestros antepasados y lo segundo ahora en nuestros días. Acerca de esto supieron discurrir y reflexionar con exactitud los justos que vivieron antes de la venida de Cristo, y no sólo nosotros, puesto que al tiempo en que salían todos de Egipto, como unos llevaran consigo oro, otros plata, en vez de eso y de esas riquezas, Moisés tomó los huesos de José y los llevó consigo a su casa como tesoro supremo que daba de sí bienes innumerables.

1 En efecto la palabra griega que usa el santo Padre significa inmersión en un baño de tintura, o la tintura misma. De la familia πάνω, βάπτω, etc., que tiene la idea fundamental de sumergir en.

Preguntará alguno: Pero ¿por qué motivo los llevaba de Egipto a Palestina? Porque al celebrar la memoria de los mártires conviene sobre todo examinar esto. Pues, como muchos, cuidando diligentemente de su sepultura, ordenan a sus parientes que si acaso acontece que mueran en otra parte, los regresen a su patria y ahí les den sepultura, ellos, si nosotros nos burlamos de su falta de grandeza de ánimo, suelen oponernos esa antigua historia. Y cuando les decimos que nada importa el que alguno sea sepultado lejos de su patria o en ella, nos responden: "¿Por qué entonces, si nada importa, Moisés tomó consigo los huesos de José y los llevó a Palestina?" s Pues yo les voy a decir algo que es todavía mayor: no solamente lo hizo así Moisés, sino que él mismo, al morir,

mandó que con él hicieran otro tanto. En verdad que esto es más que aquello:  
¡Visitándoos os visite el Señor, dice; y llevaréis con vosotros mis huesos! 9

¿Por qué, pues, lo ordenó así José y Moisés lo obedeció? ¿Porque el asunto es digno de investigarse! ¿Qué dices? ¿de modo que el patriarca que despreciaba la vida presente y menospreciaba todas las cosas, y de quien el mundo no era digno, sino que era en él un inquilino y peregrinante; el que constantemente revolvía en su alma las cosas del cielo y esperaba la celestial Jerusalén, ése, que mientras vivía aun se vio privado de la patria y de la libertad por conservar el temor de Dios, y fue llevado a la cárcel y no se doblegó ante las asechanzas de sus adversarios, ése, ahora, cuando está a punto de morir, se muestra tan solícito de estas menudencias que pone diligencia tan grande en lo de la traslación de sus huesos, y con tanta anticipación ordena que sus despojos mortales sean trasladados? ¿Quién se atrevería ni siquiera a decirlo? Porque ¿qué ventaja o qué utilidad se le seguía, una vez difunto, de esa traslación de sus huesos?

' Gen. L, 24.

' Exod. XIII, 19; y Gen. L, 24. El hebreo dice: "Ciertamente os visitará Dios; entonces llevad de aquí mis huesos".

Entonces ¿por qué la ordena? Podemos contestar que no lo hizo porque estuviera solícito de sus despojos mortales, sino porque temía de la impiedad de los egipcios. Los había colmado de muchos y grandes beneficios y los había alimentado y ayudado, y además les había prestado el máximo socorro contra el hambre, y les había descifrado, él el primero, cosas que jamás ellos habían conocido, y se las había explicado, y mediante la interpretación de los sueños no solamente había predicho el hambre, sino que había preparado el conveniente remedio para ella, y había repletado los graneros de los egipcios hasta el punto de que ninguno de éstos pudiera sentirse oprimido por el hambre, cuando ésta se presentara; a fin, pues, de que no sucediera que a causa de la magnitud de los beneficios, tras de su muerte lo tuvieran por Dios, puesto que aquellos bárbaros muy fácilmente divinizaban a los hombres, para quitarles toda ocasión de impiedad ordenó que sus huesos fueran trasladados.

Este fue uno de los motivos. Pero hay otro que sin duda podemos también alegar, ya que podemos confirmarlo por las Escrituras. ¿Cuál es? Sabía él, por haberlo oído de su padre, quien a su vez lo había recibido de sus antepasados, que iba a suceder que los israelitas estuvieran sujetos a la servidumbre por largos años y que fueran oprimidos por los egipcios, puesto que Dios había dicho a Abraham: Tu descendencia andará peregrina por tierra ajena y la sujetarán a servidumbre y la oprimirán durante cuatrocientos años}0 A fin, pues, de que no les cogiera el tedio por ser el tiempo tan largo, y por no poder soportar los trabajos desearan del regreso y decayeran de ánimo, les predijo que sucedería que sus huesos fueran transportados, dándoles con esto una prenda de suprema esperanza, a fin de que ellos razonaran cómo, a no ser que ese justo se hubiera persuadido con absoluta certeza y sin duda ninguna de que todos habían de regresar, jamás habría ordenado nada acerca de sus huesos, y por lo mismo tuvieran en esto una demostración del todo segura, y una esperanza firmísima de su regreso a la patria.

Y de que esto es verdad y que por esto predijo acerca de sus huesos aquel José, y no porque estuviera solícito acerca de su sepultura, sino porque deseaba poner un remedio a la incredulidad de ellos, oye el testimonio con las palabras mismas de Pablo:

Gen. XV, 13.

¡Por la fe, José al tiempo de expirar se acordó de la salida de los israelitas de regreso, y así dio órdenes acerca de sus huesos! " ¿Qué significa eso de "por la fe"? Es como si dijera: preveía lo que había de suceder después de muchos años, y que había de acontecer que sus pósteros recuperaran su patria. Y para significar esto, predijo ambas cosas: ¡era cosa digna de admiración y como increíble el ver cómo llevaban aquellos huesos cuando iban de regreso! Porque el mismo José que los había hecho descender a Egipto, ese mismo ahora de nuevo los precedía cuando regresaban y los instruía en la esperanza de los bienes futuros y en la paciencia.

Puesto que, cuando veían delante de sí las reliquias suyas, y mediante ellas recordaban toda su historia, y consideraban cómo sus hermanos le tendieron asechanzas y fue arrojado en una cisterna y estuvo a punto de muerte y fue encarcelado, y todo lo demás que le aconteció; y cómo después de todo eso fue hecho rey y príncipe de todo el Egipto, y fue constituido Prefecto y Procurador de tan inmensas regiones, cobraban ellos certísimas esperanzas de que serían libertados de sus males que continuamente los oprimían, puesto que los huesos de aquel justo les enseñaban que nunca nadie había sido privado del auxilio divino, si había confiado en Dios y esperado en su ayuda. Pues, aunque entre tanto sucedieran acontecimientos adversos e indeseables, mientras estaban esperando ese auxilio, sin embargo, quienes esperan en él no pueden quedar defraudados en la esperanza de lo que desean; sino que sucede a la letra, por sentencia divina, lo que ya les habían profetizado; de manera que resultarán más ilustres aún aquellos que con paciencia esperan todo lo que Dios ha determinado.

No estemos, pues, solícitos de que nos sepulten en nuestra patria, ni temamos la muerte sino el pecado. Porque no fue la muerte la que engendró al pecado, sino el pecado quien dio origen a la muerte. La muerte, al revés, se convirtió en remedio del pecado. Y que no se haya de temer la muerte sino el pecado, oye con qué palabras nos lo enseña el profeta: ¡Hermosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos! 12 Y en otra parte:

¡La muerte de los pecadores es pésima!13 ¿Ves cómo quienes andan cuidadosos de sus cosas pueden incluso sacar una muy grande utilidad de la muerte? ¡En cambio a los perezosos y desidiosos la muerte les es parte del suplicio!

Y no sin razón voy discurriendo sobre esto, porque oigo a muchos hablar con mucha frecuencia de los varios géneros de muertes y que cosas que de suyo no llevan consigo ignominia las consideran como vergonzosas, y en cambio otras que sí son culpables no las vituperan. Por este motivo determiné entrar el día de hoy en esta disquisición.

Porque es oportuna esta consideración y muy propia y conveniente con la solemnidad de los mártires. A muchos he oído decir: "¡Fulano murió allá lejos con más ignominia que un perro, sin que estuviera presente ninguno de sus allegados y lo depositara en el sepulcro; sino que apenas logró reunirse un grupo de vecinos y habiendo hecho una colecta entre ellos, se le amortajó y se le depositó en el sepulcro!" Pues para que estas cosas no nos estorben, vale la pena corregir esta falsa opinión. Porque esto, oh hombre, no es morir de un modo más miserable que un perro. Lo que sí es más miserable que la muerte de un perro es morir en pecado y no el morir allá lejos.

No me nombres a ese otro que en un féretro dorado es conducido al sepulcro y toda la ciudad lo acompaña, y las multitudes lo alaban, y va adornado con telas de seda recamadas de oro y éstas en abundancia: porque esto no es otra cosa que ponerles a los gusanos una mesa más opípara. No me presentes a semejante hombre y en semejante situación. Yo quiero que me presentes a ese mismo que ahora es llevado con tanta honra al sepulcro en aquel día en que Cristo se sentará en el excelso tribunal y ese hombre se acercará a juicio y será llamado y dará cuenta de lo que dijo, de lo que hizo, de lo que pensó. Porque en aquellos momentos ninguno de los de esta turba que ahora lo acompaña, lo defenderá ni lo eximirá del suplicio y de las penas; ni las presentes aclamaciones y alabanzas le darán auxilio, sino que con el rostro clavado en tierra, temblando y cubierto de vergüenza a causa de los crímenes que se le han echado en cara, será sacado del tribunal y será arrastrado por los malos espíritus al tormento eterno, mientras él rechina horriblemente los dientes y se lamenta en vano y llora por causa de los dolores intolerables.

11 Hebr. XI, 13.

12 Salmo CXV, 15.

13 Salmo XXXIII, 22.

Todo esto les sucederá a esos hombres en la otra vida. Pero tampoco son tolerables las cosas que en esta presente vida les acontecen. Porque después de aquellas públicas alabanzas, ya sean compradas o ya nacidas de algún temor, oírán cómo todos lo acusan en las encrucijadas, en el foro, en las casas, en las tabernas o en las otras oficinas, en el camino o en el campo; y en todas partes oírán cómo conversan los viajeros con sus compañeros, y dicen llenos de terror cuan grandes males padece ahora y con qué suplicios va a ser castigado y a qué tormentos se va a ver sujeto. ¿Cuál de las cosas de esta vida le aprovechó? ¿qué fruto sacó de su avaricia? ¿Se ha marchado y ha dejado sus riquezas a otros, mientras él, llevando consigo sus pecados, fue sepultado! Muchos de sus acusadores ahora se compadecen de aquellos a quienes él hizo injuria, a pesar de que en nada lo habían ofendido.

Porque del mismo modo que cuando algunos reciben beneficios, los congratulan aun aquellos a quienes nada toca, y se les unen en las alabanzas a los bienhechores, así, cuando a algunos se les hacen injurias, los compadecen aun aquellos a quienes no se han hecho, y vituperan al que las hizo. Por esto dijo el profeta: "¡Pésima es la muerte del pecador!": tanto por las acusaciones que en esta vida se le hacen como por los tormentos que en la otra se le dan. Este es, pues, el que de verdad muere y más miserablemente que un perro. ¡No les acontece así a los justos! Porque, aunque mueran en el desierto y sin que nadie los amortaje y sin que esté presente nadie a su muerte, tienen como suficientes exequias el salir de esta vida con su grande confianza en Dios; y el justo es llevado al sepulcro honoríficamente por la presencia de los ángeles que conducen su alma, como ya anteriormente lo demostré hablando de Lázaro, y deja detrás de sí innumerables gentes que lo alaben; y si deja hijos todos los habitantes de la ciudad los socorrerán y cuidarán de ellos, para pagar en ellos la benevolencia del padre.

En cambio, aquel que muere cargado de rapiñas y pecados, si acaso tiene hijos al morir, los deja como herederos de las enemistades que se ganó y entre enemigos; y si no los tiene y así muere, deja materia perpetua de acusación en los edificios y posesiones que con sus fraudes y rapiñas adquirió. No así el justo. Sino que cuando muere, aun en eso tiene grandes utilidades a causa de la memoria de su virtud, pues con ella hace mejores

a sus conciudadanos, así como el malvado por este motivo también es castigado; porque los malvados no solamente mientras viven sino aun después de su muerte dañan a muchos, puesto que dejan detrás de sí por todas partes demostraciones de su avaricia.

Conscientes nosotros de estas cosas, no juzguemos miserables a quienes mueren fuera de su patria, sino a quienes mueren siendo reos de pecado; ni a quienes mueren en su casa y en su lecho los llamemos felices, sino a quienes salen de esta vida cargados de virtudes; y así evitemos el pecado y sigamos la virtud; puesto que ésta nos aprovecha en la vida y en la muerte, mientras que aquél daña en ambos casos: acá sujeta a los malos a mucha vergüenza y allá a los suplicios eternos.

Así, pues, ojalá que Dios, que concedió a esta santa que hoy aquí nos ha congregado la oportunidad de entrar en combate y luchar y vencer para que se adornara con la corona, también nos conceda a todos nosotros el que una vez que hayamos observado sus mandamientos y sus leyes, podamos en aquel día entrar en los eternos tabernáculos con esta bienaventurada santa, y gozar de los bienes inmortales, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo con quien sea la gloria al Padre y juntamente al Espíritu Santo, por todos los siglos. Amén.<sup>14</sup>

11 Es esta Homilía, como se ve desde luego, un caso típico o ejemplar de cómo entendían este género de predicación los santos Padres, y de modo especial el Crisóstomo: por definición la Homilía es una conversación con el auditorio, que puede ser de alumnos de una escuela o de amigos, o de oyentes, y tiene como nota típica el tono familiar y la amplitud de la materia. La Homilía, a diferencia de la Conferencia, no se eleva sino que anda más bien al nivel ordinario del pueblo; y a la manera de un arroyuelo que discurre por una pradera, avanza en giros vagos y al parecer sin dirección definida, sino que va tocando los puntos ascéticos, morales y dogmáticos según se van ofreciendo. Por esto, un análisis escolar de las Homilías es con frecuencia muy difícil, pues no van sujetas a un plan o cuadrícula. En cambio tienen todo el encanto del frescor matinal no ajado por las asperezas de la lima.

18

## **XVIII HOMILÍA encomiástica en honor de nuestro Padre, entre los santos EUSTACIO, Arzobispo de la gran Antioquía.**

Se ignora en qué año fue predicada esta Homilía, pero ciertamente lo fue después de la celebrísima a'cerca de la controversia entre Pedro y Pablo, y antes de la de san Romano mártir. Mucho padeció este arzobispo Eustacio por la fe. El vedó la comunicación con los arrianos, por lo cual se echó encima todas las enemistades de éstos y de Eusebio de Nicomedia. Por otra parte en sus escritos atacó muchas veces a los arrianos. Hubo de luchar también contra Eusebio de Cesárea, contra Patrófilo de Escitópolis, contra Paulino de Tiro. Por aquel tiempo los arrianos acusaban de sabelianismo a quienes los atacaban. Se unieron, pues, todos los enemigos de la verdad y acusaron a Eustacio de sabelianismo en un sínodo celebrado en Antioquía, y también de otros crímenes, como solían los herejes en estos casos. Así lo depusieron y lograron que el emperador lo desterrara según unos a cierta ciudad de Iliria, según otros a Trajanópolis de Tracia. Con esa ocasión se alborotó toda la ciudad de Antioquía. Entonces todos los partidos así

arrianos como eusebianos se alzaron contra Eustacio e incluso llamaron a los soldados y se dispusieron a una batalla campal, que logró evitar una carta del emperador Constantino Magno. Pero los eusebianos pusieron en lugar de Eustacio a un tal Eulalio, que murió muy luego. Le sucedió el arriano Eufronio, por renuncia que hizo Eusebio de Panfilia. Murió Eufronio apenas un año y unos meses después y fue electo Flacilo, arriano también. Por este motivo muchos así del pueblo como de los clérigos, que amaban el catolicismo, hacían sus reuniones aparte, y no pocos fueron en seguimiento de Eustacio. Con esto, como ya lo advertimos en la Introd. n. 5, la discordia antioquena tuvo más el carácter de un cisma que el de una lucha doctrinal. Más adelante los católicos mismos acabaron por dividirse en mele-cianos, paulinianos, etc. Véase la Homilía sobre el anatema en nuestro vol. II, de próxima aparición.

CIERTO VARÓN SABIO Y HÁBIL en filosofar, y que había penetrado cuidadosamente la naturaleza de los acontecimientos humanos, y había comprendido la inestabilidad de éstos, y que no hay en ellos cosa durable ni segura,' amonesta a todos los hombres en común a no alabar a nadie antes de su muerte.<sup>1</sup> Según esto, ahora que el bienaventurado Eustacio es ya fenecido, podemos alabarle sin ningún temor. Puesto que si antes de la muerte no conviene felicitar a nadie, ciertamente después de la muerte la alabanza de los que se han mostrado dignos de ella, puede ya elevarse sin culpa. Porque quien ha fenecido, ha cruzado ya el estrecho tormentoso de los negocios humanos y está libre del alboroto de las olas; ha llegado al puerto de bonanza y sin tempestades y no está sujeto a las incertidumbres del futuro ni expuesto a la ruina; sino que estando ahora como sobre una roca y elevado peñasco, se ríe de todos los oleajes. Es por consiguiente segura la felicitación y no puede reprocharse la alabanza; porque él ya no teme las mutaciones, ya no tiene miedo de las caídas. Nosotros, los que aún vivimos, a la manera de los que andan fluctuando entre las hinchazones del mar, estamos expuestos a mil cambios. Y, a la manera que éstos ahora son llevados en alto por las olas que se hinchan y ahora son hundidos hasta el abismo, y con todo ni el abajamiento se establece ni la elevación es segura, puesto que ambas cosas dependen de las aguas que vienen y van y carecen de consistencia en absoluto, del mismo modo en las cosas humanas nada hay firme, nada hay constante; sino que frecuentemente se suceden los cambios y acontecen con la más ligera ocasión.

Ya éste, a causa de la prosperidad es elevado a lo alto; ya aquél, a causa de la adversidad es derribado a lo profundo: pero por esto no debe ni aquél enorgullecerse, ni éste descaecer. Porque muy pronto uno y otro experimentarán el cambio. No le acontece así a quien se ha marchado al cielo y se ha ido con Jesús a quien tanto había deseado. Porque llega a un sitio exento de tumultos y del que han huido el dolor, la tristeza y el llanto. No hay allá imagen de cambio ni sombra de mutación, sino que todo permanece firme e inmóvil, y todo está asentado, y todo es sin corrupción y persevera para siempre. Por este motivo decía aquel filósofo: ¡Antes de su muerte no alabes a nadie! <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Ecles. XI, 30.

<sup>2</sup> Ibid.

¿Por qué? Porque lo que está por venir es oscuro, y la naturaleza es débil, la determinación es perezosa, y el pecado fácilmente nos asedia, y abundan los lazos del enemigo. ¡Conoce, dice la Escritura, que caminas entre asechanzas! <sup>3</sup> Continuas son las tentaciones, mucha la multitud de negocios, sin interrupción la guerra del demonio, sin descanso las acometidas de las pasiones. Por esto dice: "¡Antes de su muerte no alabes a

nadie!" De donde se sigue que no hay peligro en alabar a quien lo ha merecido una vez que ha muerto; y mejor aún, el no alabar lo simplemente después de su muerte, sino después de una muerte tal que haya terminado con la vida, tras de merecer la corona, con una confesión de fe sin fingimiento. Porque si es lícito alabar a quien ya ha muerto, cuánto mejor se puede a quien de tal manera ha muerto.

Mas ¿quién es, preguntarás, el que ha alabado simplemente a los que han muerto ya? Pues precisamente Salomón, aquel sapientísimo Salomón. Porque no se ha de pasar de ligero este hombre, sino atender a quién fue y cómo vivió y la clase de vida que llevó; o sea, sin temor alguno, con todos los placeres, lleno de voluptuosidades y libre de cualquiera solicitud. El caminó detrás de toda apariencia de goce y encontró diversísimos modos de recrear el ánimo e inventó mil formas y variadas maneras de placeres; y refiriéndose a ellas, decía: ¡Yo me construí casas, planté viñas, me hice huertos y arboledas; yo me fabriqué piscinas abundantes en agua; yo adquirí esclavos y esclavas, y así me nacieron esclavos en mi casa; yo poseí manadas de bueyes y rebaños; yo reuní el oro y la plata a la manera de las arenas; yo me procuré cantores y cantatrices y coperos y coperas! 4

Y ¿qué es lo que dice, después de haber experimentado tan grande abundancia de riquezas y posesiones, placeres y voluptuosidades, qué es lo que dice?: ¡Yo juzgué dignos de alabanza a los muertos antes que a los que viven; y tuve por mejor que a ambos a quien ni siquiera había nacido! ° ¡Verdaderamente que

3 Ibid., IX, 20.

4 Ecles. II, 4-8.

5 Ibid. y Filip. I, 22.

es digno de crédito este acusador de las delicias, que así juzga de ellas! Porque si alguno de los que viven en pobreza y mendicidad hubiera proferido semejante sentencia en contra de los placeres, hubiera parecido falto de verdad y que los acusaba a causa de su inexperiencia. Pero cuando es aquel que todos los experimentó y se dio a escrutar todos los caminos para alcanzarlos quien así los desprecia, ciertamente ese desprecio no presenta motivo alguno de desconfianza.

¡Estaréis pensando, sin duda, que el discurso se ha desviado por otros derroteros! Pero, si aplicamos la mente encontraremos que lo dicho está del todo acomodado al asunto. Porque es necesario y viene muy a propósito, en el recuerdo de los mártires, traer a cuento esta filosofía. Pues no decimos estas cosas porque condenemos la vida presente; ¡no faltaba más!, sino sólo luchando contra los placeres. Porque lo malo no es vivir sino vivir locamente y a la ventura.

De manera que si alguno pasa su vida haciendo buenas obras y con la buena esperanza de los bienes futuros, ese tal puede decir con Pablo: ¡Vivir en la carne es mucho mejor, porque esto me acarrea el fruto de mis obras! Que fue exactamente lo que le sucedió al bienaventurado Eustacio; porque éste, así en su vida como en su muerte, se portó como debía. No murió en su patria sino en una tierra extraña y por Cristo: ¡esta fue la hazaña de sus adversarios! Lo arrojaron de su patria como si con eso lo colmaran de deshonra, pero él quedó más resplandeciente y más esclarecido precisamente por ese destierro, como lo demostró el éxito del asunto. Puesto que fue tal el brillo, que, a pesar de haber sido sepultado su cuerpo en Tra-cia, su memoria florece aún en nuestros días; y a pesar



de que su cuerpo fue inhumado en un pueblecillo de bárbaros, nuestro cariño para con él, aunque estamos tan apartados por un grande espacio de tierra, sigue creciendo cada día con el transcurso del tiempo. Más aún: si se ha de hablar conforme a la verdad, también su sepulcro está entre nosotros y no solamente en Tracia. Porque no son el sepulcro de los santos los lóculos y las urnas y las columnillas y las inscripciones, sino las obras excelentes, el celo de la fe y la conciencia sana delante de Dios.

A la memoria del mártir se ha erigido esta iglesia, más resplandeciente que cualquier estela; y que contiene, no letras que no hablan, sino el recuerdo de sus buenas obras que resuenan y proclaman su memoria gloriosa, más penetrantemente que una trompeta. Y cada uno de los que estáis presentes sois un verdadero sepulcro de aquel santo; un sepulcro viviente y espiritual. Porque si yo descubriera la conciencia de cada uno de vosotros, encontraría que este santo habita en lo infrio de vuestra mente. ¿Advertís cómo nada ganaron los er.CTr.igos? ¿cómo no solamente no apagaron la gloria de este bienaventurado sino que la levantaron a mayor brillo, ya que le prepararon, en vez de una sepultura, tantos otros sepulcros animados, sepulcros que dan voces, sepulcros adornados con su mismo celo? ¡Por esto, a los cuerpos de los santos yo los llamo fuentes y raíces y perfumes espirituales!

¿Por qué motivo? Porque cada una de las cosas que acabo de nombrar no retiene su virtud únicamente para sí, sino que la esparce y comunica con muchos, hasta muy lejanas distancias. Digo, por ejemplo, que las fuentes alumbran corrientes infinitas, pero no las retienen dentro de sus senos, sino que, habiendo mediante ellas engendrado grandes ríos, con ellos se extienden hasta el mar; y así, como con un alargamiento de sus manos, por medio de la longitud de los ríos, alcanzan hasta las aguas del océano.<sup>1</sup> Así también, la raíz de las plantas, oculta en los senos de la tierra permanece, pero no retiene allá abajo el total de su virtud. Y esto es de un modo especial, característico de las vides que se enredan en los árboles. Porque una vez que han tendido sus guías por encima de las altas ramas, sus sarmientos, reptando por éstas, avanzan a largas distancias y forman un amplio techo con la densidad de sus hojas. Y semejante es también la naturaleza de los ungüentos, pues con frecuencia están encerrados en una celdilla, pero su aroma delicioso, escapando por las rendijas hacia las calles y encrucijadas y el foro, denuncia aun a quienes transitan allá fuera la fuerza penetrante de los escondidos ungüentos.

<sup>6</sup> He aquí uno de los casos en que la imaginación exuberante del Cri-sóstomo incluso se lanza, aunque con mucha sofrosine, por los campos de la poesía. La imagen es brillantísima: las fuentes alargan sus brazos, que son los ríos, para ir a hacer el bien incluso a las olas del mar. Nos recuerda esto aquel famoso verso de Guerra Junqueiro, portugués: las olas del mar cansadas de correr y avanzar hacia la playa van al fin a saciar su sed "no saboroso néctar do teus rios", hablando del "bello Portugal".

Si, pues, tanta es la virtud de la fuente y de la raíz y de la naturaleza de los árboles y de los aromas, mucho mayor será la de los cuerpos de los santos. Y vosotros sois testigos de todo esto, y de que no es falso. Porque el cuerpo de este santo yace en Tracia, en tanto que vosotros, que no moráis en Tracia, sino que estáis muy distantes de esa región, percibís, a través de tan extendidos espacios, su aroma suave, y por esto os reunís aquí. Y a ese aroma no le ha estorbado la distancia de los caminos, ni lo ha extinguido lo largo de los tiempos. Porque esta es la naturaleza de las proezas espirituales: no les estorba obstáculo alguno corpóreo, sino que reflorecen y se desarrollan por días, y no

las debilita el largo correr de los tiempos, ni les impide lo inmenso de los caminos.

Ni os vaya a llenar de admiración el que desde los comienzos de mi discurso y encomio haya yo llamado mártir a este bienaventurado, porque dejó esta vida con una muerte como la de aquéllos. Muchas veces he repetido a vuestra caridad que al mártir no lo hace la muerte solamente sino la determinación de su ánimo. No solamente con el hecho de la muerte se logra el martirio sino también con la determinación de la voluntad. Esta definición del martirio no la he fabricado yo, sino Pablo cuando dijo de este modo: ¡Día por día muero! 7 Pero ¿cómo es eso de que mueres cada día? ¿Cómo puedes morir muertes infinitas cuando tienes un solo cuerpo mortal? ¡Por mi determinación, nos responde, y por la preparación para la muerte! Y así lo declara también el mismo Dios. Porque Abra-ham no ensangrentó su cuchillo, no enrojeció el altar, no degolló a Isaac; y con todo sí llevó a cabo realmente el sacrificio. ¿Quién afirma esto? ¡Aquel mismo que recibió el sacrificio! Y por esto dice: ¡No perdonaste a tu propio hijo por mí!8 ¡Pero si lo recogió vivo y lo llevó monte abajo consigo y en perfecta salud! ¿Cómo es, pues, que no lo perdonó? "¡Porque no acostumbro yo, responde el Señor, juzgar de los sacrificios por el éxito de los sucesos sino por la determinación de los ánimos!" Es que no lo degolló la mano, pero sí lo degolló la determinación del ánimo. No empapó Abraham su espada en la garganta del niño ni le cortó la cerviz, pero hay sacrificios que se hacen sin sangre. Los que ya están iniciados en los misterios entienden lo que estoy diciendo. Por esto aquel sacrificio se llevó a cabo sin derramamiento de sangre, porque había de ser tipo de este otro. ¿Ves cómo ya de mucho antes, en el Antiguo Testamento, estaba prefigurada la imagen? ¡No niegues, pues, tu fe a la verdad!

' / Cor. XV, 31. 8 Gen. XXII, 12.

Así pues, este mártir —el raciocinio hecho nos lo ha demostrado mártir— se hallaba preparado a sufrir infinitas muertes, y con la determinación de su ánimo las sufrió todas, y lo mismo con el anhelo. Y de hecho experimentó y soportó la mayor parte de los peligros con que le amenazaban. Porque lo echaron de su patria y lo dejaron en el destierro y movieron en aquellos días infinitas asechanzas contra este bienaventurado varón. Y todo eso, sin tener cosa alguna que con justicia pudieran reprocharle. Pero él había escuchado a Pablo que dice: ¡Dieron culto y sirvieron más bien a la criatura que al criador! f y por esto evitaba la impiedad y huía del pecado, cosa que no era digna de reprensión sino de coronas.

Observa además la malicia del demonio. Porque como hacía poco que se había acabado la guerra contra los paganos, y todas las iglesias habían descansado de las pasadas y continuas persecuciones, no había pasado aún mucho tiempo de que habían sido clausurados los templos y destruidos los altares de los ídolos, y la rabia entera de los demonios había sido deshecha, y todo esto entristecía al diablo malvado y no lo podía llevar en paz, ¿qué hizo? ¡Echó encima otra guerra, guerra difícil! Porque la anterior había sido exterior, pero esta otra fue intestina; y esta clase de guerras son muy difíciles de precaver, y vencen con facilidad a aquellos que en ellas incurren.

0 Rom. I, 25.

10 Se refiere a las oleadas de la herejía que iban llegando a Antioquía desde la famosa Alejandría. Véase la Introd. Gen. ns. 4 y 5.

Y precisamente en ese tiempo estaba al frente de nuestra iglesia y la dirigía este bienaventurado. Y se levantó desde las regiones de Egipto una enfermedad intratable,<sup>10</sup> que caminando a través de las ciudades interpuestas, se apresuró a invadir la propia nuestra. Pero este bienaventurado, despierto y en sobriedad, y previendo todas las cosas que iban a suceder, ya de antemano procuraba apartar la guerra que se echaba encima. Y, a la manera de un sabio médico, antes de que la peste invadiera la ciudad, él, sentado aquí, preparaba las medicinas, y gobernaba la nave sagrada de su iglesia con absoluta seguridad; y vigilaba por todas partes, y exhortaba a los marineros y al pasaje y a todos los que hacían la travesía, a ayunar y a estar preparados y vigilantes, como si ya los piratas estuvieran acometiendo y lucharan por despojarla del tesoro de su fe.<sup>11</sup> Y no usaba solamente aquí en la ciudad de esta solícita previsión, sino que enviaba en todas direcciones predicadores y maestros que enseñaran y discutieran y cerraran todas las entradas a los enemigos.

Porque bellamente le había enseñado la gracia del Espíritu Santo, que el obispo de una iglesia no ha de cuidar únicamente de aquella que le encomendó el mismo Espíritu Santo, sino de cualquiera otra del universo. Esto lo deducía él de las preces sagradas. Porque si es necesario, decía, hacer oración por la iglesia católica desde unos términos de la tierra hasta otros, mucho más habrá que tener cuidado con ella, y tener solicitud por todos los fieles e inquietarse por todos ellos. Lo que le acontecía a Esteban eso mismo le acontecía a este bienaventurado. Pues así como por no poder resistir a la sabiduría de Esteban los judíos lo lapidaron, así éstos, por no poder resistir a la sabiduría de aquél, como vieran bien fortificadas sus defensas, finalmente echaron de la ciudad al pregonero de la verdad.

Mas no por esto calló su voz. Porque aunque él fue arrojado de la ciudad, el discurso de su enseñanza no pudo ser arrojado. Del mismo modo Pablo fue atado, pero la palabra de Dios no fue atada. Estaba éste lejos de nosotros, mas sus enseñanzas permanecían con nosotros. Entonces, saliendo los enemigos en haz apretado, se echaron encima a la manera de un torrente invernal y poderoso; pero ni arrancaron las plantas, ni detuvieron la simiente, ni destruyeron el sembrado: ¡tan sabia y bellamente la piedad había arraigado bajo el cultivo de aquél!

<sup>11</sup> He aquí uno de los casos que a varios autores les ha llamado la atención, como lo indicamos en nuestra Introd. Gen. n. 14. Las metáforas se entrelazan y no dan lugar a contemplar completamente cada una de ellas: aquí la herejía 'es una enfermedad que avanza desde Egipto; enseguida es un ejército que va a guerrear contra la ciudad de Antioquía; vuelve la metáfora de la enfermedad con la comparación de Eustacio con un médico; e inmediatamente salta la imaginación a una tempestad, y Eustacio es un piloto y luego a un asalto de piratas: ¡todo ello en un mismo y breve párrafo!

¡Justo es que digamos por qué permitió Dios que ese bienaventurado fuera arrojado de aquí! No hacía mucho tiempo que la iglesia había comenzado a descansar, y así recibía un consuelo no pequeño de la prelatura de él; porque por todas partes la amurallaba, y detenía el asalto de los enemigos. ¿Por qué entonces fue desterrado y Dios permitió esto a los que de aquí lo arrojaron? ¿por qué motivos? No vayáis a pensar que lo que ahora tratamos es solución únicamente de este caso concreto. Porque lo que vamos a decir es suficiente para solventar cualquier clase de dudas, para siempre que se suscite la discusión de este género de cuestiones ya sea contra los paganos o ya contra los herejes. Permite Dios que la fe verdadera y apostólica sea combatida en muchos puntos, y en

cambio deja que las herejías y el paganismo gocen de segura tranquilidad. ¿Por qué lo permite así? Para que tú aprendas tanto la debilidad de aquéllos, pues que no son combatidos y sin embargo automáticamente y por sí mismos se destruyen, como también conozcas la fuerza de la fe combatida, como que se acrecienta precisamente por medio de los que la combaten.

Y que esto no sea una simple conjetura mía, sino una respuesta divina, bajada del cielo, oigámoslo de Pablo, quien dice acerca de esta materia: porque también a él le aconteció alguna vez ese dudar tan humano. Pablo participaba de nuestra misma naturaleza. ¿Qué fue, pues, lo que le sucedió? ¡Era desterrado, impugnado, azotado, con mil maneras de asechanzas acometido, ya en su interior, ya en su exterior, ya de les que parecían domésticos en la fe ya de los ajenos a la fe! Pero ¿para qué es necesario referir los infinitos padecimientos que sufrió? Can-sacio, pues, y no pudiendo ya soportar los embates de los enemigos que impedían su predicación y se oponían a su doctrina, se arroja a los pies del Señor y le suplica y le dice: ¡Se me ha dado un aguijón para la carne! ¡el ángel de Satanás que me abofetee! Y acerca de esto, tres veces rogué al Señor, y me dijo: ¡te basta con mi gracia! ¡porque mi fuerza en la debilidad se perfecciona! 12 Sé que algunos lo han interpretado como si se tratara de una enfermedad corporal, pero no es así, ¡no lo es! ¡en absoluto! Sino que llama ángel de Satanás a los hombres que lo contrariaban. Esa palabra Satanás es voz hebrea, y en la lengua hebrea se llama Satán a un adversario. De manera que a los hombres instrumentos del demonio y que le sirven, a éstos llama ángeles suyos.

Entonces ¿por qué añade, preguntará alguno, la palabra carne? Porque la carne era azotada, pero el alma enardecida se levantaba a la esperanza de los bienes eternos. Los padecimientos y las batallas no le tocaban al alma ni ponían zancadilla a los interiores pensamientos, sino que quedaban en la carne y no podían penetrar a su interior. Pero como la carne era la hecha pedazos, y la azotada, y la encadenada (puesto que el alma no puede ser puesta en cadenas), por esto dice: "Se me ha dado un aguijón para mi carne, el ángel de Santanás que me abofetee"; palabras con que indicó las tentaciones, las aflicciones, las persecuciones. Y luego ¿qué? Acerca de esto, dice, rogué tres veces al Señor. Como quien dice innumerables veces he rogado que se me dé un breve descanso de esas tentaciones.

Recordad la causa por la cual os dije que Dios permite que sus siervos sean azotados, desterrados, afligidos de mil maneras; que es para manifestar así su virtud de El. Porque he aquí que también este bienaventurado rogó que se apartaran de él las infinitas aflicciones y los adversarios, pero no obtuvo lo que pedía. Y dice por qué no obtuvo lo que pedía. ¿Cuál es la razón? ¡Nada impide que de nuevo la recordemos!: ¡Te basta la gracia mía! ¡porque mi fuerza se perfecciona en la debilidad!

12 La interpretación de este pasaje de Pablo II, Cor. XII, 7-9, en el sentido de una enfermedad corporal contraída por el apóstol en los trabajos de su ministerio, es actualmente muy aceptada y aun la ordinaria.

¿Ves cómo por esto permite Dios que los ángeles de Satanás se echen sobre sus siervos y les pongan infinitas dificultades, a fin de que aparezca clara su propia virtud de El? Porque en verdad: ya sea que disputemos con los paganos o ya con los desdichados judíos, esta razón nos basta para demostrar la virtud divina: el que la fe, habiendo entrado en innumerables batallas, ha salido vencedora; el que trabajando contra ella

todo el orbe de la tierra y rechazando todos con grande empeño a aquellos doce hombres, me refiero a los apóstoles, precisamente ellos, azotados, desterrados de un país en otro, padeciendo miles de aflicciones y penalidades, hayan podido en breve tiempo dominar en forma tan absoluta a aquellos mismos que tales cosas les hacían.

Por esta misma razón permitió Dios que el bienaventurado Eustacio fuera desterrado, a fin de que mejor nos demostrara la fuerza de la verdad y la debilidad de la herejía. ¡Salió, pues, al destierro y dejó la ciudad, pero no dejó nuestro cariño! ¡no pensó que una vez arrojado de esta iglesia, al mismo tiempo quedaba ya ajeno a su oficio y dignidad y al cuidado de nosotros, sino que entonces con más ahínco nos cuidaba y se preocupaba! Habiendo llamado a todos, los exhortaba a no ceder ni entregarse a los lobos ni abandonarles el rebaño, sino a permanecer dentro de él, con el objeto de cerrar la boca de los herejes y convencerlos y confirmar a sus hermanos más sencillos en la fe. Y el éxito manifestó cuan rectamente lo había dispuesto. Porque si entonces no hubierais permanecido fieles a la iglesia, la mayor parte de la ciudad se habría corrompido, mientras devoraban los lobos el rebaño, a causa del abandono. Pero el mandato de este varón impidió que aquéllos ejercitaran su connatural maldad sin miedo alguno.

Ni fue solamente el buen éxito el que demostró lo acertado de aquél, sino además la palabra de Pablo. Porque éste, adoctrinado por aquél, ordenaba esas cosas. Y ¿qué es lo que dice Pablo? Como hubiera de ser llevado a Roma, en su último camino, después del cual ya no volvería a ver a sus discípulos, decía: ¡Ya no os veré más! ([He 20,25-30](#)) Pero no lo decía para entristecerlos, sino para confirmarlos. Teniendo, pues, que apartarse de ellos, los confirmaba diciendo: ¡Yo sé que después de mi partida entrarán a vosotros lobos crueles; y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas! ¡Triple era pues la batalla! ¡la naturaleza de las fieras, la dificultad de la lucha y el que no fueran extraños sino domésticos los que atacaran! ¡Por lo mismo era más dura! ¡con razón!

Porque si alguno exteriormente acomete y guerrea contra mí, yo podré con facilidad superarlo. Pero si dentro y en el mismo cuerpo brota la úlcera, entonces la enfermedad se hace de muy difícil curación. Y esto fue lo que sucedió entonces. Por esto, los exhortaba y decía: ¡Cuidad de vosotros y de todo el rebaño! " No dijo: ¡abandonad el rebaño e idos lejos! Pues a esto es exactamente a lo que el bienaventurado Eustacio, dando la doctrina, exhortaba a los discípulos; ¡cosas eran que el sabio y noble maestro había oído de Pablo y con sus obras las cumplía! De manera que, cuando aquéllos invadieron el rebaño, no lo abandonó, a pesar de que no podía ya subir a su cátedra episcopal. No se preocupó de esto aquella alma noble y llena de sabiduría. Dejaba para los demás los honores y las prelaturas y él en cambio tomaba sobre sus hombros los trabajos de las prelaturas, y dentro mismo de la ciudad se las había con los lobos. Los dientes de las fieras en nada lo perjudicaban, porque tenía una fe mucho más firme que la fuerza de las mordidas de aquéllas.

Y así, permaneciendo él en el seno de la iglesia y deteniendo a todos cuantos en la batalla contra él se empeñaban, daba una grande seguridad a sus ovejas. Ni solamente cerraba la boca de los herejes y rechazaba sus palabras impías; sino que personalmente, yendo de un lado a otro, observaba su rebaño, no fuera a ser que alguna oveja hubiera recibido algún dardo, no fuera a ser que hubiera alguna oveja recibido una herida. Y en este caso, al punto aplicaba el remedio. Con estos procedimientos, animaba a todos a

mantenerse en la fe verdadera. Y no abandonó su empeño hasta que por un beneficio de Dios y un regalo suyo, preparó al bienaventurado Melecio para que viniera a hacerse cargo de todo el conjunto de los fieles. Aquél sembró y éste cosechó. Algo parecido hicieron Moisés y Arón. Porque éstos, mientras vivían entre los egipcios, hicieron a muchos celosos observadores de la patria piedad; lo cual testifica Moisés cuando afirma que juntamente con los israelitas salió también numeroso vulgo con ellos entremezclado.<sup>35</sup>

Ibid., XX, 28. Exod. XII, 38.

Imitando a Moisés este bienaventurado, aun antes de recibir la prelatura, ejercitaba ya el oficio de prelado. Porque Moisés, aun antes de que se le hubiera conferido el principado sobre su pueblo, con toda firmeza y noble proceder castigaba a quienes inferían injurias y vengaba a los injuriados; y, habiendo despreciado la mesa real, los honores y las dignidades, corrió a los trabajos del barro y los ladrillos; y estimó que debía preferir el cuidado de los que eran de su misma raza a toda delicia y honor y placer. Pues bien: puestos sus ojos en Moisés, éste exhortaba a todos los prelados al cuidado de su pueblo; y antepuso los trabajos al descanso, y el ser echado de todas partes y soportar diariamente las enemistades continuas.

Pero todas esas cosas le parecían ligeras, porque de las cosas mismas que le acontecían tomaba él ocasión de consuelo. Siendo, pues, todo esto así, demos gracias a Dios, e imitemos las virtudes de estos santos, a fin de que podamos ser partícipes de las mismas coronas que ellos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el honor y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.<sup>10</sup>

## **XIX HOMILÍA en honor del bienaventurado FILOGONIO,**

quien de abogado fue hecho obispo; y acerca de que nada nos hace tan aceptos delante de Dios como el ser cuidadosos de las cosas que conducen a la utilidad pública; y de que quienes se acercan a los divinos misterios con negligencia sufren gravísimos castigos, aunque solamente una vez en el año cometan este crimen. Fue pronunciada cinco días antes de la Natividad de Cristo. Era el año 386 y el 20 de diciembre. Porque en aquel tiempo la Natividad ya se celebraba en Antioquía, desde hacía unos pocos años, el 25 de diciembre, como ahora se celebra en occidente. El obispo Flaviano tenía que predicar ese mismo día después del Crisóstomo, por lo que éste, por delicadeza, le dejó la mayor parte del elogio del santo cuya festividad se celebraba. Y así, en pleno discurso, corta el asunto y se vuelve a exhortar a los fieles a que celebren dignamente la Natividad y luego los instruye acerca de cómo deben arrepentirse de sus pecados. San Filogonio fue hecho obispo de Antioquía por el 320, o sea cuando comenzaba el arrianismo. Hace mención de este obispo san Atanasio en su carta a los Obispos de Libia y Egipto y lo cuenta entre los varones ortodoxos y apostólicos que escribieron en favor de la fe católica. Fue el 21 obispo de Antioquía. Lo precedió en el episcopado Vital y le sucedió Paulino y luego Eustacio.

M Parece que los adversarios herejes usaron contra este santo obispo de una fea calumnia, como si hubiera cometido un crimen con cierta mujercilla meretriz. Contaba

alguno de aquellos antiguos escritores haber sido precisamente Eusebio de Nicomedia quien pagó a la infeliz para que se presentara con un niño y afirmara ser Eustacio su padre. Como no pudiera probarlo, los eusebianos se empeñaron y prestaron juramento de ser aquello verdad. También la mujercilla lo hizo. Mas, como tiempo después la infeliz cayera en una enfermedad larga y grave, se desdijo ante muchos sacerdotes; pero añadió que ella no había jurado en falso, porque aquel niño era hijo de Eustacio o sea un herrero de la barriada. Claro es que a semejantes historietas no se les puede dar fe, pues fueron muy socorridas de aquellos escritores antiguos. Parece que San Crisóstomo en este elogio no habría guardado silencio acerca de esta calumnia urdida por los herejes, de haber sido históricamente cierta. Este obispo fue desterrado de Antioquía por el año 329, o sea cuando Constantino el Grande andaba ocupado en la construcción de Constantinopla. El Crisóstomo predicaba de él unos 60 años más tarde.

PREPARADO VENÍA YO TAMBIÉN hoy para los combates contra los herejes y para solventar la deuda con vosotros contraída en lo que de ella restaba. Pero la fiesta del bienaventurado Filogonio, cuyo día hoy celebramos, arrastra nuestra lengua a la consideración de sus beneficios. Y no hay sino obedecerla. Porque, si quien maldice a su padre o a su madre sufre la muerte, es claro que quien los bendice recibirá los premios de la vida eterna.<sup>1</sup> Y si para con quienes son nuestros padres según la naturaleza debemos mostrar tan grande caridad, mucho más debemos tenerla para con aquellos que son nuestros padres en el espíritu; sobre todo, si tenemos en cuenta que nuestros discursos en nada hacen más gloriosos a los que ya murieron, mientras que a nosotros, los que aquí nos hemos congregado, tanto a los que hablamos como a los que escucháis, nos hacen mejores.

<sup>1</sup> Se refiere el santo a las Homilías que estaba predicando contra los anomeos, que fueron siete, y abarcaron desde fines del 386 a comienzos del 387. Como se interpuso la festividad de san Filogonio, el santo hubo de interrumpir aquella serie e intercaló entre la quinta y la séptima de las contra los herejes, esta de san Filogonio.

Porque este bienaventurado, una vez trasladado a los cielos, para nada necesita de las alabanzas de los hombres, puesto que ha ido a gozar de una suerte mejor. En cambio nosotros, los que aún estamos en este mundo y necesitamos de muchas exhortaciones, nosotros sí que tenemos necesidad de sus encomios, con el fin de excitarnos a su imitación. Por lo cual un cierto sabio decía: ¡La memoria del justo con alabanzas! <sup>2</sup> Y esto no como si los que ya murieron sacaran de ahí alguna grandísima utilidad, sino los que aún viven. En consecuencia, puesto que tan crecido lucro nos viene de hacer esto, obedezcamos y no nos rehusemos. Tanto más cuanto que la época misma del año es oportuna para referir sus buenas obras.

Fue, en efecto, el día de hoy trasladado a aquella vida tranquila que no sabe de perturbaciones, y llegó ya con su navecilla a sitio en donde no puede temer los naufragios, ni las tristezas, ni los dolores. Ni ¡cómo maravillarse de esto si aquel lugar está inmune de toda molestia! puesto que Pablo, hablando a los hombres que aún permanecen en esta vida, les dice: ¡Alegraos siempre, orad sin intermisión! Si pues, aquí en donde abundan las enfermedades, las persecuciones, las muertes prematuras, las calumnias, las envidias, las tristezas, las iras y las codicias y las asechanzas sin cuento y los cuidados diarios, y en donde existen perpetuos y continuos males que traen consigo dolores infinitos y de todos lados, dijo Pablo que es posible que nos gocemos siempre, con tal de que saquemos la cabeza un poco por encima de las olas de los negocios

mundanos y ordenemos rectamente nuestra vida, ¿con cuánta mayor razón una vez que partamos de aquí fácilmente participaremos de semejante bien quitados ya de una salud enfermiza, de la debilidad de las fuerzas, de la materia de pecado; allá en donde no hay mío y tuyo —¡palabras frías!— ni cosa alguna de las que acá engendran tantos males en nuestra vida y tan recias batallas?

2 Prov. X, 7. 416

Por lo cual, yo en gran manera me congratulo por la felicidad de este bienaventurado. Porque fue llevado de aquí y abandonó nuestra ciudad, pero fue a otra ciudad que es la de Dios; y alejado de esta iglesia llegó a aquella otra que es la de los primogénitos inscritos en el reino de los cielos; y habiendo dejado los festejos de acá, pasó a celebrar los de los ángeles. Y cuanto a eso de que allá arriba haya una ciudad y una iglesia y festividades, oye cómo lo dice Pablo: ¡Habéis llegado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la congregación de los primogénitos que están escritos en los cielos y a los coros e innumerables espíritus!<sup>3</sup> Y no solamente por la multitud de las Virtudes celestiales, sino además por la abundancia de bienes y el continuo gozo y alegría, llama a toda aquella vida con el nombre de panéguiris o reunión de fiesta. Porque no suelen ser semejantes reuniones otra cosa que un conjunto de multitudes, una abundancia de mercancías que se venden, y a donde se acarrean trigo y cebada y frutos de todas clases y rebaños de ovejas y manadas de bueyes, y vestidos y otras muchísimas cosas más de ese jaez; y ahí unos compran y otros venden.<sup>4</sup>

Pero preguntarás ¿cuáles de esas cosas hay en el cielo? ¡En verdad, de estas cosas no hay ninguna, sino otras de mucho mayor precio. Porque no hay allá trigo, ni cebada, ni frutos de variadas especies; pero en cambio, por todos lados están los frutos del Espíritu Santo, como son la caridad, el gozo, la bondad, la paz, la mansedumbre suma, y todo esto en grande abundancia. No hay allá rebaños de ovejas ni manadas de bueyes, sino un conjunto de espíritus de los santos perfectos y de virtudes de las almas, y por todos los cielos se pueden contemplar las buenas obras hechas en esta vida. No hay vestidos ni mantos, sino coronas más ricas que todo el oro, y premios y recompensas de las batallas, y otros infinitos bienes reservados para quienes hubieren obrado el bien. Aparte de esto, hay ahí una multitud mucho más abundante y más honorable. Porque no está formada por varones de la ciudad y de las villas, sino que a una parte están los miles sin cuento de ángeles; a otra, muchos miles de arcángeles; en la de más allá, la reunión de los profetas; y luego los coros de los mártires; y el orden de los apóstoles; y los escuadrones de los justos; y en fin los varios grupos de los que a Dios sirvieron y agradaron.

' Hebr. XII, 22-23.

<sup>1</sup> Toma el santo la comparación de las ferias que se celebraban en el agora. Generalmente la idea del agora se ha ido concretando a la de una plaza. Al comienzo en Atenas, el agora fue un espacio grande en medio de la ciudad, destinado a los edificios públicos y con cuarteles oportunos destinados para el comercio; pero desde la época alejandrina el agora fue simplemente dedicado al comercio. Véase nuestra obra *Épica Helena Post-Homérica*, Introd., pág. 40, nota 58, Editorial Jus, S. A., Colección "Clásicos Universales", n. 6. México, 1963.

En verdad que esta es una reunión y una panéguiris maravillosa. Y lo que es más que



todo, en medio de esta reunión se encuentra el Rey de todos ellos. Porque Pablo, una vez que dijo y a los innumerables espíritus, añadió: y a Dios, Juez de todos. Pero ¿quién vio jamás al rey acercarse a un mercado y agora? ¡Aquí nadie! ¡En cambio, los que allá están lo ven continuamente en cuanto les es dado verlo, y no sólo lo ven presente sino decorando y honrando con su propia gloria toda la reunión! Además, nuestras ferias generalmente se terminan al mediodía; pero aquéllas, no. Porque ahí no hay ni la vuelta de los meses por su orden ni el giro de los años ni días que hayan de contarse. Ella permanece perpetuamente y sus bienes no se encierran bajo término alguno, ni tienen fin, ni pueden envejecer ni marchitarse; sino que están inmunes de la ancianidad y de la muerte. Ningún tumulto existe allá, como los hay acá; ninguna perturbación, sino grandísima compostura y bien ordenada, no menos que lo está una cítara, en tanto que ambas criaturas, la humana y la angélica, dan a Dios un cantar armoniosísimo y más suave que cualquier música; y en tanto que el alma ahí, como si estuviera en sagrados santuarios y entre divinos misterios, celebra los sublimes arcanos.<sup>5</sup>

¡A esta suerte feliz y que no está sujeta a la ancianidad, pasó hoy el bienaventurado Filogonio! ¿Qué discurso habrá, pues, digno de este varón a quien Dios se ha dignado conceder suerte tan feliz? ¡Ninguno! Pero, ¡ea! ¡dime! ¿Por esto habremos de callar? Mas, entonces ¿para qué nos reunimos? ¿Nos excusaremos diciendo que no es posible alcanzar con nuestros discursos la grandeza de sus hazañas? Pues por esto precisamente se ha de hablar; porque es esta la mayor alabanza suya: ¡que las palabras no puedan igualar a sus hechos! Los hechos de aquellos que superan a la mortal naturaleza, es manifiesto que también superan a la humana elocuencia. Sin embargo, no por esto será despreciable lo que digamos, sino que imitaremos al Señor mismo. Porque El, a la viuda que dio sus dos óbolos, no le dio el pago de solos aquellos dos óbolos. Y esto ¿por qué? ¡Porque miraba no a la cantidad de dinero, sino a las riquezas del alma! Si te fijas en el dinero, es grande la pobreza; pero si examinas la voluntad, verás un tesoro de inefables altezas del ánimo. Por esto, aunque nuestras posibilidades sean exiguas, ofreceremos lo que podemos.

5 ¡Imposible pasar a la traducción la dulzura suavísima de estos párrafos del Crisóstomo! Nos contentamos con lo que pudimos hacer.

Y aunque esto no corresponda a la grandeza y magnanimidad del bienaventurado Filogonio, con todo será el mayor argumento de su magnanimidad: de él que no rechaza lo pequeño, sino que hace lo que los ricos. Porque éstos cuando reciben de los pobres pequeños regalos de que ellos no necesitan, les dande lo suyo y premian con eso a quienes les dieron de lo que podían. Del mismo modo éste, una vez que haya recibido de parte nuestra la alabanza que no necesita, nos pagará en retorno con hechos o sea con la bendición de que siempre estamos necesitados.

Pero ¿de dónde tomaremos sus alabanzas? ¿de qué otra parte sino del principado que para administrar le entregó la gracia del Espíritu Santo? Porque los principados mundanos en manera alguna pueden demostrar las virtudes de aquellos a quienes se han confiado. Más aún: con frecuencia llevan consigo una acusación de malicia. ¿Por qué motivo? ¡Porque los tales principados suelen adquirirse mediante el patrocino de los amigos, las continuas visitas, las adulaciones y muchas otras cosas más feas que éstas! Pero ahí en donde es Dios quien con su voto designa a alguno, y es su mano santa la que toca aquella cabeza, ahí el sufragio es incorruptible y el juicio ajeno a toda sospecha y la aprobación del elegido no deja lugar a duda, por causa de la autoridad del que lo elige.

Y que haya sido Dios quien eligió a éste, es manifiesto por la misma pureza de sus costumbres; puesto que, habiéndolo sacado de en medio de los tribunales lo colocó en este trono.

¡Tan honorable y preclara fue su vida anterior, allá cuando vivía con su mujer y su hija, y se ocupaba en el foro! Y de tal manera venció al mismo sol con su esplendor que apareció desde luego digno de esta magistratura; y así fue trasladado del tribunal profano al sagrado tribunal. Allá defendía a los hombres contra los hombres; y a quienes eran oprimidos de quienes les armaban asechanzas, y los hacía triunfar de los que les hacían injusticia; acá, en cambio, en cuanto vino, defendió a los hombres de los demonios que los acometen.

Y cuan grande argumento de piedad sea el que Dios lo haya juzgado digno de un tan gran principado, óyelo del mismo Cristo ya resucitado, el cual dice a Pedro, una vez que lo hubo interrogado: ¡Pedro! ¿me amas más que estos?, y Pedro le hubo contestado: ¡Señor! ¡tú sabes que te amo! ° Porque no le dijo entonces Cristo: abandona las riquezas, ejercítate en ayunos, destrózte con trabajos, resucita a los muertos, arroja a los demonios. No trajo a colación ninguno de esos milagros ni de esas otras cosas, ni otras hazañas y obras buenas; sino que, habiendo hecho a un lado todo eso, le dijo: ¡Si me amas apacienta mis ovejas! Y esto lo dijo no únicamente para declararnos cuánto amaba Pedro, sino que además, para manifestar cuánto amor tiene El a sus ovejas, le puso delante a Pedro el sumo ejemplo de amor a El. Como si dijera: "¡Quien ama a mis ovejas a mí me ama!"

¡Considera cuántas cosas padeció Cristo por su rebaño! ¡Se hizo hombre, tomó forma de siervo, fue escupido, herido a bofetadas, y finalmente no rehusó ni aun la muerte, y ésta ignominiosísima. Porque en la cruz dio toda su sangre. Así pues, si alguno desea ser aprobado por El, tome cuidado de este su rebaño, procure la utilidad pública, vea por la salvación de sus hermanos. Porque no hay oficio a Dios más agradable. Por esto dice en otra parte: ¡Simón, Simón! ¡Satanás os busca para ahecharos como al trigo! ¡Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca! 7 ¿Qué pago, pues, me darás por este cuidado y solicitud? Pero ¿qué pago es el que quiere? ¡Pide que pongamos el mismo empeño que El puso!

Porque le dice: ¡Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos! Y por esto, dice Pablo: ¡Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo! 8 Mas, ¿cómo se ha hecho imitador de Cristo? ¡Cuidando, dice, de agradar a todos; y no buscando mi utilidad, sino la de muchos, para que fueran salvos! Y en otro lugar: ¡Porque Cristo no se agradó a sí mismo!, sino a muchos.0 Ni hay otra cosa alguna que sea señal tan manifiesta y característica del fiel y del que ama a Cristo, como el tener cuidado de sus hermanos y atender a su salvación.

' Juan XXI, 16. ' Luc. XXII, 31-32.

¡Oigan esto todos los monjes que viven en las cumbres de las montañas, y que de mil maneras se han crucificado al mundo, a fin de que con todas sus fuerzas ayuden a quienes están al frente de las iglesias, y los unjan para la lucha con sus oraciones, con la concordia y caridad; y sepan que si no ayudan de todos los modos posibles a quienes a tantos peligros se exponen, confiados en la gracia de Dios, y han tomado sobre sí el

cuidado de tantos negocios, y que aunque ellos habiten lejos si no los ayudan de cuantas maneras estén en su mano, han perdido el oficio principal de su vida, y toda su sabiduría ha quedado mutilada!

Y que esto sea el mayor argumento de amistad para con Cristo, se demuestra por aquí. Vamos viendo la forma en que este bienaventurado desempeñó su cargo de obispo. Aunque no es necesaria en esto nuestra voz ni tampoco la abundancia de palabras cuando vuestro empeño lo está declarando. Porque del mismo modo que quien entra en una viña y observa las vides coronadas de pámpanos y cargadas de fruto y defendidas con cercas y estacadas por todas partes, no necesita de ningún otro discurso ajeno que le demuestre lo industrioso del viñador y la virtud del agrícola, igualmente, si alguno entra aquí y mira las vides espirituales, y contempla vuestros frutos del espíritu, no necesita en absoluto de los discursos ajenos para darse cuenta de la calidad del que está al frente vuestro, como escribe Pablo: ¡Mis letras sois vosotros mismos, escritas en vuestros corazones, conocidas y leídas de todos!<sup>10</sup>

El río manifiesta cuál es la fuente, el fruto cuál sea la raíz. Habría también que decir acerca de los tiempos en que éste tomó el principado. Porque no es la parte menor de sus alabanzas, sino, al revés, de importancia grande para declarar sus virtudes. Inmensas dificultades tenía entonces este negocio, cuando apenas se había aplacado la persecución, y quedaban aún las reliquias de aquella terriblestima tempestad, y los asuntos necesitaban ponerse firmemente en orden. A estas circunstancias habría que añadir que la facción de los herejes que apareció en su tiempo no dejó de causar cuidado a su cuidado y a su prudencia que todo lo observaba. Pero el discurso nos lleva apresurado a otra materia necesaria. Y así, dejando al común padre y fiel imitador del bienaventurado Filogonio el tratar ese punto, como quien conoce mucho mejor que nosotros lo que toca a esos tiempos antiguos, vengamos a otros asuntos.

8 1Cor. XI, 1.

9 Ibid. X, 33.

10 2Cor. III, 2.

Porque está para llegar la fiesta más grande y veneranda de todas las fiestas y la más impresionante; y tal que no erraría alguno si la llamara metrópoli de todas las fiestas.,la ¿Cuál es ella? ¡La Natividad del Señor según la carne! Porque todas las otras festividades, de la Epifanía, de la sagrada Pascua, de la Ascensión y de Pentecostés, aquí tienen su fundamento y origen. Pues si Cristo no hubiera nacido según la carne, no habría sido bautizado, que es la fiesta de las teofanías; ni hubiera sido crucificado, que es la fiesta de la Pascua, ni habría enviado al Espíritu Santo, que es la fiesta de Pentecostés. Así que de la fiesta de la Natividad, como de una fuente los diversos ríos, han nacido las otras festividades.

Pero no únicamente por esta razón debemos anteponer este día a los otros, sino además porque el que ahora nace es el más venerable de todos los nacidos. Pues de que Cristo haya nacido se sigue en cierto modo de consecuencia que haya muerto. Puesto que, aunque no había cometido ningún pecado, con todo, el cuerpo que tomó era mortal. Admirable era esto. Pero que siendo Dios haya querido hacerse hombre y haya soportado el humillarse en tanto grado que ni siquiera lo puedas comprender con el pensamiento, esto es lo que causa escalofrío y lo que nos hace rebosar de estupor. Admirado de esto Pablo decía: ¡Sin duda que es grande el misterio de la piedad! Pero

¿qué es lo grande?: ¡Que Dios se haya manifestado en carne!12 Y en otra parte añade: ¡Porque no socorrió a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham; por esto hubo de asemejarse en todo a sus hermanos! 13

11 La idea de la palabra (it)ZQÓnoXi^ es propiamente Villamadre o ciudad que funda otras colonias y queda ella como madre; de ahí ciudad principal o capital de una nación; pero también significa, en sentido figurado, fuente, origen, fundamento. En este sentido la usa el Crisóstomo aquí. Y en otros discurso aplicó ese término a la fiesta de Pentecostés y aún parece que a la de Pascua.

Yo por esto recibo con gozo y con amor especialmente este día, y traigo aquí a colación su cariño con el objeto de haceros participantes de él. Por esto mismo os ruego a todos vosotros y os suplico que queráis asistir a la iglesia en ese día con prontitud y fervor. Pero, antes que nada, cada cual deje vacía su casa a fin de que todos veamos al Señor nuestro reclinado en el pesebre y envuelto en pañales: ¡espectáculo terrible y admirable! Porque ¿qué excusa daremos o cómo alcanzaremos perdón si El por nosotros desciende del cielo y en cambio nosotros emperezamos en venir a El desde nuestras casas? ¿O que los magos, extranjeros y bárbaros, acudan desde Persia a contemplarlo yaciendo en el pesebre 14 y tú en cambio siendo cristiano no soportes ni siquiera un breve camino para gozar de este feliz espectáculo? Porque si con fe acudimos, sin duda que lo veremos tendido en el pesebre. Puesto que esta mesa del altar hace las veces del pesebre. También aquí se pondrá sobre ella el cuerpo del Señor; no ciertamente, como entonces, envuelto en pañales, pero sí revestido por todas partes del Espíritu Santo.

\* I Tim. III, 16.

11 Hebr. II, 16-17.

No parece exacto que los Magos visitaran a Jesús cuando aún estaba en el pesebre. De vez en cuando encontramos en el Crisóstomo estas pequeñas inexactitudes, ya porque simplemente, hablando al pueblo, siguiera las versiones populares, ya porque en el calor de la improvisación no cuidaba tan estrictamente de la exactitud, en cuestión de pormenores mínimos.

Los iniciados en los misterios sacros entienden bien lo que se está diciendo. Los Magos en verdad no hicieron otra cosa sino adorar; en cambio a ti, si te acercas con la conciencia pura, te permitiremos que lo tomes y después de recibirlo regreses a tu hogar. Acércate, pues, también tú trayendo regalos, no como los que aquéllos ofrecían, sino mucho más piadosos. Oro ofrecieron aquéllos, ofrece tú la virtud de la temperancia. Ellos ofrecieron incienso, tú ofrece tus limpias oraciones que son aromas espirituales. Ofrecieron ellos mirra: ofrece tú la virtud de un corazón humillado y juntamente tu limosna. Si con tales dones te acercares, podrás participar de esta mesa sagrada con grande confianza. Estas cosas las digo ahora, porque yo sé que en aquel día 15 sucederá que muchos se acerquen y arrojen a esta víctima espiritual. Pero no lo vayamos a hacer para pérdida desalma y condenación, sino para salvación. Por esto ya desde ahora os lo ruego y os lo suplico, a fin de que, purificados en todos sentidos, así participéis de los sagrados misterios.

Y nadie me vaya a decir: "¡Tengo miedo! ¡tengo la conciencia repleta de pecados y llevo conmigo una pesadísima carga!" Porque basta este espacio de cinco días, si es

que os conserváis dentro de la moderación, si hacéis oración, si guardáis las vigili-  
as, para que esa cantidad de pecados se vuelva menor. No te fijas en que el tiempo es poco,  
sino atiende más bien a que Dios es misericordioso. Los ninivitas en el espacio de tres  
días apartaron de sí una ira tan grande de Dios, y nada les impidió la brevedad del  
tiempo; porque la presteza de su ánimo, aprovechando la misericordia de Dios, logró  
todo. Y la meretriz, en un breve momento de tiempo, cuando se acercó a Jesús, borró  
todos sus pecados. Más aún: como acusaran los Judíos a Jesús de que la había admitido  
a su presencia y de haberle otorgado tanta confianza, Cristo les impuso silencio. A ella,  
en cambio, una vez librada de todos sus males, la despachó a su hogar, tras de haberle  
aceptado con benignidad su presteza de ánimo.

Mas ¿por qué hizo esto? ¡Porque ella se acercó llena de fervor en su alma y con  
encendido corazón y con fe viva, y así tocó aquellos pies santos y sagrados, y tenía  
suelos sus cabellos y derramaba de sus ojos abundantes lágrimas y luego derramó el  
ungüento! Y con aquellas cosas con que había engañado a los hombres, con ellas  
preparó el remedio de la penitencia; y por aquellas cosas con que había atraído los ojos  
incontinentes, por éstas ahora derramó lágrimas. Con sus cabellos artificiosamente  
compuestos había arrojado a muchos al pecado, y con ellos enjugó los pies de Cristo.  
Mediante el ungüento había echado el anzuelo a muchos, y por medio del mismo ungió  
los pies del Salvador. Pues, del mismo modo, tú, con aquellas cosas con que provocaste  
la ira de Dios, con éstas háztelo ahora propicio.

15 Los dos verbos usados por el santo indican muy claramente el desorden que con  
frecuencia se suscitaba en las iglesias al ir a participar de la mesa sagrada,  
ngoekevaovTai, ¿mnsoovvzai. Varias veces hubo el Crisóstomo de reprender esa  
precipitación.

¿Lo provocaste con la rapiña de los bienes ajenos? Por esos mismos háztelo ahora  
benévolo y reconcílate con El. Y una vez que hayas restituido lo que robaste a aquellos  
a quienes habías hecho injusticia, y hayas además añadido algo de supererogación, dirás  
con Zaqueo: ¡Yo devuelvo el cuádruplo de lo que hurté! ¡Lo provocaste con la  
maledicencia de tu lengua? ¿Inferiste a muchos contumelias? ¡Aplácalo mediante tu  
lengua con oraciones puras y bendiciendo a quienes te maldicen y alabando a los que te  
vituperan y dando gracias a los que te injurian! Estas cosas no necesitan de muchos días  
ni de años, sino que por un solo y único propósito del ánimo se llevan a cabo. ¡Apártate  
del mal! ¡abrazas la virtud! ¡deja la perversidad! ¡promete que en adelante no cometerás  
esos pecados y esto bastará para tu defensa! ¡Yo testifico y salgo como fiador de que  
cualquiera de vosotros, aunque esté enredado en pecados, si se aparta de sus  
perversidades antiguas y con sinceridad de ánimo y con verdad promete a Dios que  
nunca más retornará a ellas, Dios no le pedirá ninguna otra cosa para justificarlo!

Porque El es benigno. Y a la manera que la mujer que está de parto ansia dar a luz, del  
mismo modo ansia El derramar su misericordia, sino que se lo estorban nuestros  
pecados. ¡Echemos abajo ese cerco y desde ahora comencemos las fiestas de Navidad,  
dejando a un lado, durante estos cinco días, los otros negocios! ¡Apártese el foro!  
¡apártese la curia! ¡cedan los cuidados mundanos acerca de pactos y contratos! ¡quiero  
salvar mi alma! Porque ¿de qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si en cambio  
pierde su alma? 17 ¡De Persia salieron los magos! ¡sal tú de los negocios temporales y  
encamínate a Jesús! ¡si lo queremos no es larga la distancia! Porque no se necesita pasar  
el mar ni superar las cumbres de las montañas, sino que sentado en tu casa, con tal que

demuestran grande piedad y compunción de corazón, puedes contemplar a Jesús, puedes desbaratar toda la muralla y quitar todos los obstáculos y abreviar el largo camino. Porque yo, dice el Señor, soy Dios que me acerco y no Dios alejado y en otra parte: El Señor está cercano a todos los que de verdad lo invocan?\*

M Luc. XIX, 8. " Mat. XVI, 26.

Pero en los tiempos presentes, muchos de entre los fieles han venido a tal grado de insensatez y de inconsideración del pecado, que a pesar de encontrarse henchidos de males y no tener cuidado alguno con su modo de vivir, temerariamente se acercan y con negligencia a la sagrada mesa; y no advierten que el momento de la comunión no es de fiestas de mercado, sino de puridad de conciencia y de un modo de vivir limpio de pecados. Porque así como a quien no tiene conciencia de pecado le conviene acercarse cada día, así quien está manchado y no se arrepiente, no puede acercarse con seguridad ni aun en los días festivos. Porque en verdad, eso de acercarnos solamente una vez al año no nos hace menos pecadores si es que indignamente nos acercamos; al revés, eso mismo aumenta la condenación, puesto que aun a pesar de acercarnos solamente una vez en el año ni aun así nos acercamos con una conciencia pura.

Por este motivo, os exhorto a todos a que no os acerquéis con negligencia y solamente porque el día de fiesta os obliga, a los divinos misterios; sino que cuando hayáis alguna vez de ser participantes de esta hostia divina, desde muchos días antes os limpiéis de vuestros pecados mediante la penitencia, la oración y la limosna y otras diversas ocupaciones espirituales; y a que luego, no os volváis, al modo de los canes, a lo que habéis vomitado. ¿No es acaso un absurdo poner tanto cuidado en las cosas temporales, de manera que con muchos días de antelación para las festividades que se acercan preparas con todo cuidado el mejor vestido de los que están en tus arcas, y compras sandalias nuevas, y preparas una más abundante y espléndida mesa, y buscas por todos lados multitud de cosas, y de mil modos te adornas y te presentas brillante, y que en cambio andes con el alma abandonada, mugrienta, escuálida y muerta de hambre y no la atiendas en forma alguna, y sea la única que permanece impura; de manera que vienes acá con el cuerpo aseado y el alma, al revés, sin adorno ni cultivo?

El cuerpo lo observan tus consiervos, y de cualquier manera que se presente no se sigue de ahí detrimento; pero el alma la mira Dios, el cual castigará gravísimamente tu negligencia. ¿Ignoráis que esta mesa está llena de fuego espiritual; y que, a la manera que las fuentes derraman el ímpetu de sus aguas, así ésta lanza una cierta escondida llama? ¡No te acerques, pues, trayendo contigo alguna paja o leña o heno, a fin de que no aumentes el incendio y vayas a quemar tu alma al acercarte a la comunión! ¡Acércate trayendo piedras preciosas, oro y plata, a fin de que los vuelvas aún más preciosos, y saques de ahí una grande ganancia! ¡Si algo malo hay, apártalo de tu alma! ¿Tienes por ahí algún enemigo y has recibido algún daño grave? ¡Desecha pronto la enemistad, aplaca tu ánimo encendido por la cólera y alterado, y que no haya en tu interior ni alboroto ni turbación alguna!

Porque en la comunión vas a recibir al Rey. Y cuando entra el Rey en el alma conviene que haya en ella grande tranquilidad, paz profunda, intensa quietud de pensamientos. Pero ¿es que has sido gravemente dañado y no puedes echar de ti los pensamientos de ira? Mas ¿por esto tú mismo te harás un daño mayor y más grave? ¡Porque no te causará tu enemigo tan graves daños, haga lo que haga, como serán los que tú mismo te infieres

cuando no te reconcilias con él y conculcas así la ley de Dios! ¿Te infirió alguna contumelia? ¡Dime! ¿por esto vas tú a inferir a Dios otra contumelia? Porque no perdonar a quien nos ha hecho algún daño no es tanto vengarse de él como inferir a Dios, que ha legislado que no se haga, otra contumelia. No mires, pues, a tu consiervo ni la magnitud de la injuria que él te causó; sino mira a Dios. Y así, llevando en tu ánimo su santo temor, piensa que cuanto mayor fuerza te hicieres a ti mismo en tu ánimo, obligándolo a perdonar a quien hizo la injuria, tanto mayor será el premio que llevarás de parte de Dios, que fue quien esto ordenó.

Por lo demás, así como tú aquí recibes a Dios con grandes honores, así El te recibirá allá con grande gloria, y te pagará multiplicada por diez mil la merced por esta obediencia tuya. ¡Merced que a todos nos acontezca obtener, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre, y el honor y el poder, y la adoración, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

u Salmo CXLIV, 18.

20

## **XX HOMILÍA en honor del sagrado MÁRTIR** **FOCAS;**

y contra los herejes; y acerca del salmo ciento cuarenta y uno que dice: "Clamé al Señor con mi voz, con mi voz he rogado a Dios". Fue predicada esta Homilía en Constantinopla, como se ve por lo que al principio afirma el santo acerca de la ciudad imperial y de la asistencia de los emperadores a la celebridad. Por lo demás, la referencia al mártir es muy breve. En seguida acomete el Crisóstomo a los herejes. Se trata de los anomeos contra los cuales tuvo que luchar así en Antio-quía como en Constantinopla. Cuanto al año, es probable que fuera predicada la Homilía a fines del 403 o comienzos del 404; puesto que en ella afirma el santo encontrarse ya avezado a sufrir persecución y no a perseguir, a ser maltratado y no a maltratar, cosa que no parece pueda referirse sino a su primer destierro y regreso. Podría en todo caso referirse a los padecimientos posteriores. Cuanto al santo mártir Focas, es de notar que hubo dos del mismo nombre, ambos nacidos en Sínope del Ponto. Pero uno fue obispo de Sínope, hijo de Panfilo y de María, preclaro por sus milagros ya desde su niñez. Referían que a éste una paloma se le había posado en la cabeza y le había impuesto una corona, y que al mismo tiempo se oyó una voz humana salida de la paloma, que decía: "¡El cáliz está preparado y es necesario que lo bebas!" Sufrió el martirio en tiempo de Trajano por la espada y el fuego, y después de su muerte brilló con muchos milagros. Su natalicio se celebraba el 5 de marzo; el comienzo de su episcopado en Sínope, el 22 de junio; y la traslación de sus reliquias a Constantinopla, el 22 de septiembre. El otro Focas, también de Sínope y también mártir, recibió, según contaban, en hospedaje a los sicarios que lo buscaban; y luego él mismo se les descubrió e identificó; y le cortaron la cabeza y murió mártir. De éste se dice que era hortelano. La Homilía parece ser en honor del primero, puesto que tiene en el título puesto por los estenógrafos el epíteto de "sagrado mártir" o "Hieromártir", que generalmente se aplicaba sólo a los obispos y sacerdotes.

¡BRILLANTE SE NOS MOSTRÓ la ciudad el día de ayer! ¡brillante, y además ilustre, no por las columnatas que posee, sino porque acompañó al mártir que desde el Ponto

vino a nosotros! ¡Vio él vuestra hospitalidad y os colmó de bendiciones! ¡alabó vuestra prontitud de ánimo y bendijo a cuantos asistieron! ¡Por mi parte, tuve como felices a quienes se reunieron y participaron del buen olor de santidad del mártir, y a quienes estuvieron ausentes los tuve por miserables! Mas, con el objeto de que el daño recibido por estos últimos no fuera irreparable, he aquí que ahora, es decir al siguiente día, de nuevo predicamos acerca de él, para que quienes ayer faltaron por negligencia, obtengan ahora del mártir con su diligencia una doble bendición!

Porque no cesaré de repetir lo que ya muchas veces he dicho: ¡no deseo yo el castigo de los pecadores, sino aprontarles la medicina! ¿Estuviste ayer ausente? ¡Ven a lo menos ahora, a fin de que veas al mártir cuando sea llevado a su propio sitio! ¿Lo contemplaste ayer cuando pasaba por el foro? ¡Contéplalo ahora navegando por el mar, para llenar de bendiciones ambos elementos! L ¡Que nadie falte a esta sagrada solemnidad! ¡que no permanezca la doncella en su casa, que la esposa no se encierre en sus habitaciones! ¡dejemos sola la ciudad y corramos al sepulcro del mártir, ya que incluso los emperadores nos acompañan en la fiesta! ¿Qué perdón merecerá el hombre privado, cuando los emperadores abandonan sus regios palacios con tal de encontrarse cercanos al sepulcro del mártir? ¡Tan grande es la virtud de los mártires que no sólo a los particulares, sino también a los que portan corona los encierra en su red! ¡Esto es vergüenza para los gentiles, oprobio para sus errores, ruina de los demonios, nobleza nuestra y corona de la Iglesia!

¡Me lleno de regocijo y hago fiesta con los mártires, cuando, en vez de prados, contemplo sus trofeos; porque ellos, en vez de fuentes, vertieron su sangre! ¡Sus huesos se redujeron a polvo, pero su memoria es cada día más nueva! ¡Porque así como no es posible que se apague el sol, así tampoco el que perezca la memoria de los mártires! Ya lo dijo Cristo: ¡pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán! 2

1 Parece, por la alusión, que para llevar al mártir a su último descanso en Constantinopla iba a ser necesario cruzar o el estrecho o bien la bahía llamada Cuerno de Oro. Estas procesiones a través de las aguas no fueron raras en esos tiempos. La otra Homilía no se nos ha conservado.

2 Mat. XXIV, 35.

Con todo, dejemos las alabanzas del mártir para su tiempo oportuno, puesto que ya mucho dijimos de ellas por caridad para con quienes debieron congregarse y celebrar esta festividad. Lo que ayer dije, hoy lo repito: ¡ninguna gloria resultará para el mártir de la multitud que se halla presente, mientras que para vosotros habrá ganancia de bendiciones por haberos acercado al mártir! Porque a la manera que quien convierte sus ojos al sol ciertamente no hace más radiante al astro, sino que inunda de luz sus propias pupilas, del mismo modo, quien honra a un mártir, a éste no lo hace más preclaro, mientras que él sí recibe del mártir la bendición de la luz.

Hagamos pues de nuevo al mar sitio de reunión yendo hasta él con antorchas, humedeciendo el fuego y llenando de fuegos el agua. ¡Nadie tema al mar! ¡El mártir no temió la muerte! y tú ¿temes al agua? Pero. . . ya dijimos bastante acerca de este asunto. ¡Ea, pues! ¡sirvamos a la mesa también las cosas que hoy se nos han leído! ¡a la mesa acostumbrada! Porque, aunque vuestros cuerpos se encuentren oprimidos, el ánimo debe levantarse a lo alto. ¡No atiendo yo a que vosotros os encontréis apretujados, sino a la prontitud de vuestro ánimo! ¡También el mar agitado por las olas es grato al timonel,



lo mismo que al Doctor que enseña lo es una reunión que rebosa de multitudes! ¡En estas aguas no hay amarguras de sal, ni escollos, ni monstruos marinos; sino que este mar y toda su extensión, están repletos de suaves aromas! ¡Hay aquí naves que no conducen de un país a otro país, sino de la tierra al cielo; y que no llevan en su seno riquezas y abundancia de oro y plata, sino de fe y caridad, de celo y de sabiduría!

¡Ea, pues! ¡con toda diligencia echemos hacia alta mar esta nave que nunca perece ni sufre naufragio! Pero vosotros, atended con cuidado a las cosas que os voy a decir; porque hoy el salmo leído nos lleva a pelear contra los herejes. Y esto, no precisamente porque ellos estén en pie y nosotros vayamos a derribarlos, sino para que a ellos que yacen por tierra los levantemos. Puesto que esta es la naturaleza de nuestra guerra: no da muerte a los vivos, sino que a los muertos les da vida, mediante la mansedumbre y con abundante benignidad. Porque yo no los combato con hechos, sino con palabras; no combato al hereje sino su herejía; no aborrezco al hombre, sino que odio únicamente el error, y me esfuerzo por apartar al hombre de él. No tengo guerra contra la sustancia humana, que es obra de Dios, sino quiero corregir la mente que corrompió el demonio.

Del mismo modo el médico que cura al enfermo, no ataca al cuerpo sino que procura quitar del cuerpo lo enfermo. Así yo, aunque hago la guerra a los herejes, no peleo contra los hombres, sino lo que quiero es echar fuera el error y limpiar la podredumbre. Acostumbrado estoy a padecer persecución, no a perseguir; a ser afligido y no a afligir. Porque así vencía Cristo: no crucificando, sino crucificado; no abofeteando, sino abofeteado. Si he hablado mal, dice, da testimonio de lo malo; pero si bien ¿por qué me hieres? 3 El Señor de todo el orbe de la tierra, se justifica delante del siervo del Pontífice cuando ha sido golpeado en la boca; ¡la boca de donde salió una palabra y a Lázaro, de cuatro días de muerto, lo sacó de entre los muertos, y enfrenó al mar, y a su sonido huían los males y las enfermedades eran curadas, y los pecados eran perdonados! Este es el milagro del Crucificado. Porque, pudiendo haber lanzado rayos y sacudido la tierra y dejado seca la mano del siervo, nada de eso hizo; sino solamente se justificó; y venció por su benignidad; y te dio ejemplo para que nunca te irrites, pues eres un simple mortal.

Aunque seas crucificado y aunque recibas bofetadas, dirás únicamente lo que tu Señor: ¡Si he hablado mal, da testimonio de lo malo; pero si bien ¿por qué me hieres? Observa su mansedumbre y cómo vindica lo que toca a sus siervos, pero calla lo que a El atañe. Hubo en otro tiempo un profeta que amonestaba a un rey porque procedía con impiedad. Y acercándosele, le decía: ¡Altar, altar! ¡oye!<sup>4</sup> De manera que, como el rey Jeroboán estuviera ofreciendo un sacrificio a los ídolos, el profeta se le acercó y habló con el altar. ¿Qué es, oh profeta, lo que haces? ¿Dejas a un lado al hombre y hablas con el altar? ¡Así es, contesta! ¿por qué? ¡Puesto que el hombre se ha hecho más insensato y necio que la piedra, lo hago a un lado y hablo con ésta! ¡Esto a fin de que entiendas tú cómo la piedra oye y el hombre no oye!

3 Juan XVIII, 23.

4 / Reg. XIII, 2.

¡Oye, altar! ¡oye! Y repentinamente el altar se hizo pedazos. Y como quisiera el rey coger al profeta y castigarlo, extendió la mano, pero no pudo retraerla de nuevo. ¿Ves, pues, cómo sí oyó el altar y el rey no oyó? ¿Ves cómo, dejando a un lado al que estaba dotado de razón, habló al que no participaba de la razón, para corregir mediante la

obediencia de éste la necedad y malicia de aquél? ¡El altar se quebrantó, pero la malicia del rey no se quebrantó! Y nota lo que luego sucedió. ¡Extendió su mano el rey para coger al profeta, y al punto su mano quedó árida! Puesto que con el castigo impuesto al altar no mejoró el rey, se le enseña a obedecer a Dios mediante un castigo personal. ¡Yo, perdonando tu persona, quise volver mi ira contra la piedra; pero como la lección de la piedra no te ha enseñado, recibe tu propio castigo! ¡Y la mano quedó convertida en trofeo del profeta, y el rey no podía retraerla!

¿Dónde está la diadema? ¿dónde las vestes de púrpura? ¿dónde la loriga, dónde los escudos, dónde los ejércitos, dónde las lanzas? ¡Lo ordenó Dios y todas esas cosas quedaron inútiles! ¡En torno estaban los sátrapas y en nada podían socorrerlo, sino que Dios los volvió como simples espectadores! ¡Y extendió el rey su mano, y su mano se secó! ¡Cuando quedó árida fue cuando produjo fruto! Observa, como un ejemplo, lo que sucedió en el árbol del paraíso, y lo que aconteció en el árbol de la cruz. ¡Porque aquel árbol, estando verde, produjo la muerte; mientras que el árbol de la cruz, aunque estaba árido, produjo la vida! Así aconteció con la mano del rey. Cuando estaba verde y sana engendró la impiedad, y cuando quedó seca produjo la obediencia. ¡Observa cuan admirables son las obras de Dios!

Pero, volviendo a lo que decía: cuando era herido Cristo con bofetadas no hacía mal alguno al que lo hería; y en cambio, acá, cuando el siervo iba a sufrir una injuria, entonces castigó al rey. Fue esto para enseñarte a vindicar las cosas que a Dios pertenecen y dejar a un lado las que a ti atañen. Como si dijera: así como yo hago a un lado lo que me pertenece, y en cambio vengo lo tuyo, así tú vindica lo mío y haz a un lado lo tuyo. Pero, poned atención (porque en donde hay ocasión de discutir ahí es necesario que los oyentes estén con los oídos atentos); y advertid con diligencia de qué manera ato y de qué manera desato los errores de los adversarios; de qué manera lucho y de qué manera causo las heridas. Porque, si los que están en el teatro sentados mientras dos luchan estiran sus miembros y alargan los ojos y se inclinan para contemplar y observar certámenes que causan vergüenza absoluta y que sería deshonesto imitar, mucho más conviene que nosotros prestemos oídos atentos para escuchar las Sagradas Escrituras.

Si alabas al atleta ¿por qué no te haces atleta? Y si es vergonzoso ser atleta ¿por qué imitas las alabanzas que otros les hacen? Los combates que aquí se presentan no son de ese género, sino igualmente útiles a todos, ya sea a los que hablan, ya a los que escuchan. Porque yo lucho contra los herejes, con el objeto de que vosotros os convirtáis en atletas; a fin de que no solamente con el canto de los salmos, sino también con vuestras conversaciones reprimáis sus lenguas. ¿Qué dice, pues, el profeta? ¡Con mi voz he clamado al Señor, con mi voz he rogado a Dios! 5 Llámame aquí a un hereje, ya sea que esté por ahí presente o que no lo esté. Si lo está, para que sea enseñado por nuestra lengua; si no lo está, para que de vosotros, que me habéis oído, lo aprenda.

Mas, como decía: yo no persigo a ese que está aquí presente; sino que a ese que está aquí presente y padece persecución, yo lo acojo. Digo que padece persecución no de mí sino de su conciencia, conforme al que dijo: ¡Huye el impío sin que nadie le persiga! 6 ¡Madre de sus hijos es la Iglesia! ¡a ellos los recibe y a los extraños también abre sus senos! Teatro común era el arca de Noé, pero la Iglesia lo es mejor. Porque el arca recibía a los brutos animales, y brutos los conservaba; en cambio, ésta, brutos los recibe y luego los transforma. Por ejemplo: si entrare uña zorra, digo un hereje, lo convierte en

oveja; si entra lobo, lo hago cordero, en cuanto está de mi parte. Y si él no quiere, eso no es culpa mía sino maldad suya. Porque Cristo doce discípulos tuvo y uno de ellos se convirtió en traidor, no por culpa de Cristo sino de su ánimo viciado. También Elíseo tuvo un discípulo avaro, pero no por necedad de su maestro sino por negligencia del discípulo.

5 Salmo CXLI, 1. Usa el santo la versión de los LXX en toda la Homilía. El texto hebreo no distingue: dice siempre Y ave. ' Prov. XXVIII, 1.

Yo lanzo mi semilla. Si eres tierra fecunda que recibe la simiente, darás fruto; pero si eres piedra estéril, eso no es culpa mía. Yo no cesaré de repetirte las sentencias espirituales y de curar tus llagas, para no ir a escuchar en el día del juicio: ¡Siervo malo! ¡debiste entregar mis haberes a los banqueros! T ¡Con mi voz he clamado al Señor, con mi voz he rogado a Dios! ¿Qué dices?, oh hereje. ¿De quién dice esto el profeta y a quién llama Señor y Dios? Porque se trata de una misma persona. No advierten los herejes que, adulterando por su daño las Escrituras, y buscando constantemente argumentos contra su propia salvación, a sí mismos se precipitan en el abismo de la perdición. Porque al Hijo de Dios ni quien lo alaba lo hace más ilustre, ni lo daña quien lo persigue con blasfemias e injurias. Su naturaleza incorpórea no necesita de alabanzas humanas. Porque así como el que llama espléndido al sol no le añade luz, ni quien lo llama tenebroso le quita nada de su substancia, sino únicamente profiere una sentencia manifestadora de su propia ceguera, así quien al Hijo de Dios no lo llama Hijo sino criatura da un argumento de su propia necedad; mientras que quien reconoce su substancia, manifiesta su propia cordura. Y ni éste le añade beneficios, ni aquél lo daña en algo; sino que éste lucha por su salvación y aquél en contra de su salvación. Pues, como decía: adulterando las Escrituras, unas cosas las pasan en silencio, mientras que al mismo tiempo andan buscando a ver si en algún pasaje topan con algún argumento que parezca favorecer y apoyar su enfermedad. Ni vayas a decirme que la culpa la tienen las Escrituras. La culpa no está en las Escrituras sino en la maldad de ellos. También la miel es dulce y sin embargo el que está enfermo la encuentra amarga, lo cual no es culpa de la miel sino de la enfermedad. Del mismo modo, quienes están poseídos de locura no distinguen las cosas que ven; pero esto no es culpa de las cosas que se ven, sino vicio de la mente del loco. Dios creó el cielo a fin de que admiremos la obra y adoremos al artífice; y los gentiles a la obra la hicieron dios; pero esto no es culpa de la obra, sino de la maldad de ellos. Y así como al ímprobo nadie le ayuda, así el probo incluso se ayuda a sí mismo.

' Mat. XXV, 26.

¿Quién es igual a Cristo? ¡Y con todo, Judas no fue ayudado por Cristo! ¿Qué hay más malvado que el demonio? ¡Y Job, por el demonio fue coronado! De manera que ni a Judas le ayudó Cristo, porque aquél era un malvado; ni a Job le dañó el demonio, porque Job era bueno. Digo todo esto para que nadie acuse a las Sagradas Escrituras, sino a la mente que interpreta no recta sino malamente lo que ellas dicen. Porque los herejes, mientras intentan demostrar que el Hijo es menor que el Padre, andan dando vueltas en busca de nombres extraños cuidadosamente. Y así, en cuanto a las palabras Dios y Señor, dicen que Dios designa al Padre y Señor al Hijo; y así hacen división en los nombres: la palabra Dios la atribuyen al Padre y la palabra Señor al Hijo, como si fueran ellos los que les distribuyeran la divinidad y les dividieran las herencias divinas.

¿La Escritura llama Señor al Hijo? ¿Eso dices? ¿Acaso no has oído este salmo que a una misma persona habla hoy y le dice: ¡Con mi voz he clamado al Señor, con mi voz he suplicado a Dios! De manera que a uno mismo llama Señor y Dios. ¿Qué escoges? ¿que Dios sea el Padre o el Hijo? Me dirás que estos dos nombres son propios del Padre. Entonces sin duda el Hijo es Dios y el Padre es Señor. Pues ¿por qué divides los nombres y en una expresión lo añades y en la otra lo separas? Porque Pablo dice (y ojalá que escucharas a Pablo y serías bienaventurado): Con todo, para nosotros, hay un solo Dios, el Padre, del que se ha originado todo; y un solo Señor Jesucristo por el cual se ha hecho todo? ¿Acaso ha llamado Dios al Hijo? ¿Qué pues? ¡Lo ha llamado Señor! Pero yo pregunto ¿por qué ha de ser más glorioso el nombre de Dios que el de Señor, o por qué lo ha de ser menos el de Señor que el de Dios?

8 / Cor. VIII, 6. \* Isaías XLV, 18.

Atended con toda diligencia, os ruego. Si acaso yo demuestro que ambos nombres son una misma cosa, ¿qué dirás? ¿Dices que el nombre Dios es mayor y en cambio el nombre Señor es menor? Pues oye al profeta que dice: Este es el Señor que fabricó el cielo; este es el Dios que creó la tierra.<sup>9</sup> Dice Señor hablando del cielo y dice Dios hablando de la tierra. De manera que designó con el nombre Señor y con el nombre Dios a una misma persona. Y además añade: ¡Oye, Israel! ¡El Señor tu Dios es Señor único!<sup>10</sup> Dos veces lo llama Señor y una Dios; y primeramente Señor y hasta después Dios, y luego de nuevo lo llama Señor. Pero, si este segundo nombre es inferior y aquel otro es superior, cierto es que no habría usado el profeta el nombre inferior y púestolo en primer lugar para designar aquella sustancia mayor y más excelente; sino que, una vez que hubiera puesto la palabra que es superior, con ésta se habría contentado, y no habría añadido la otra inferior.

¿Entendéis lo que se acaba de decir? ¡Voy a repetirlo! Porque no es esta una reunión para lucirse, sino para enseñar y para compungirse; no para que de ella salgáis sin armas, sino para que salgáis armados. ¡Oh hereje! ¿Afirmas que el nombre Dios es mayor y que es menor el nombre Señor? Pues ya te he puesto delante al profeta que dice: ¡El Señor que fabricó el cielo, el Dios que hizo la tierra! Y ahora te traigo también a Moisés quien dice: ¡Oye, Israel! ¡El Señor tu Dios es Señor único! Pero, me dirás: "¿cómo puede ser único si son dos los nombres; uno de una substancia mayor y otro de una menor? ¡Evidentemente una misma substancia no puede ser mayor y menor que ella misma! ¡Es igual a sí misma e indivisa! ¡El Señor Dios tuyo es Señor único!"

Observa que te demuestro cómo el nombre Señor equivale y es el mismo que el nombre Dios. En resumen: si el nombre Señor es inferior, y el nombre Dios es mayor ¿cuál de ellos es entonces el que le conviene? ¿El de Señor, que es menor, o el de Dios, que es mayor? Si acaso El te preguntara ¿Cuál es mi nombre?, ¿qué le responderías, oh hereje? ¿Acaso que el nombre de Señor es más propio del Hijo y el otro de Dios es más propio del Padre? Pero, si te demuestro que el nombre Señor, que es inferior, denota al mismo Padre, ¿qué harás? ¡Pues bien! el profeta dice: ¡Sepan que tu nombre es Señor! " ¿Acaso dijo Dios? Y si el nombre Dios es mayor ¿por qué el profeta no dijo: Conozcan que tu nombre es Dios? Porque si lo propio y peculiar suyo es el nombre Dios, y en cambio el otro de Señor no le corresponde por ser inferior, ¿por qué dice: ¡Conozcan que tu nombre es Señor!, dándole así el nombre inferior, más pequeño y menor en majestad y en dignidad; y ¿por qué no le da aquel otro grande y sublime y digno de su substancia? Pues, para que conozcas que este nombre de Señor no es pequeño ni inferior, sino que

tiene la misma fuerza que el otro, dice el profeta: ¡Conozcan que tu nombre es Señor: Tú solo eres altísimo sobre toda la tierra!

Deut. VI, 4.

Salmo LXXXII, 19.

Y con todo, no abandonas el combate, sino que arguyes de nuevo: el nombre Dios es mayor, el nombre Señor es menor. Entonces, si yo te demuestro que el Hijo ha sido llamado con ese nombre mayor ¿qué dirás? ¿darás por terminada la discusión? ¿dejarás de combatir? ¿reconocerás en dónde está tu salvación? ¿te despojarás de tu locura? ¿Entiendes esto que digo? Porque los herejes atribuyen al Hijo el nombre de Señor y el de Dios al Padre como a mayor. Si pues yo demuestro que el Hijo es llamado con ese nombre mayor, la lucha se ha terminado puesto que te venzo con tus mismas armas, con tus mismas alas te supero.

Dijiste que el nombre Dios es mayor y que el nombre Señor es menor. Pues quiero demostrarte que el nombre menor no convendría al Padre si el Padre fuera mayor; y que el nombre mayor no convendría al Hijo si el Hijo fuera menor. Oye al profeta que dice: ¡Este es nuestro Dios! ¡no se estimará otro delante de El! ¡ha encontrado la vía de todo conocimiento! ¡Y tras de esto, fue visto en la tierra y conversó con los hombres! 1Z ¿Qué dices a esto? ¿contradices estas palabras? ¡Pero esto no te es posible porque la verdad permanece y lanza un resplandor que ofusca los ojos de los herejes que se niegan a creerla! 13

12 Bar. III, 36-38.

13 A primera vista no deja de ser un tanto compleja para los oyentes

Aunque estos combates son largos y es mucho el calor que la demostración que usa el santo, tomada toda de la Sagrada Escritura, como era obvio, por tratarse de un dogma que no conocemos sino por la revelación. El final de la Homilía parece dejar entrever que el auditorio

(recuérdese lo que de los constantinopolitanos dijimos en la Introd., n. 10)

daba muestras de cansancio o aburrimiento. El mismo predicador parece no moverse a sus anchas en ese campo de agudezas. ¡Cuan grande es la diferencia entre la parte primera dedicada al mártir y esta segunda! En la primera la dicción toda es florida y poética y se desarrolla con una facilidad asombrosa.

hace, con todo, más alto es el discurso y supera con mucho a las incomodidades del auditorio; y por lo que hace al calor, lo mitiga el rocío de la doctrina. Y aunque nos reunamos una o dos veces por semana, no conviene que seas oyente perezoso. Porque si en saliendo de este recinto alguno te preguntara: ¿De qué habló el predicador? tú le podrás responder: ¡Habló contra los herejes! Y si te insta: Y ¿qué fue lo que dijo? y tú no lo recuerdas, eso te servirá de grande ignominia. Pero si se lo puedes decir, con eso lo punzarás. De manera que si es algún hereje, lo corregirás; y si es algún amigo negligente, lo acuciarás; y si es alguna mujer desenvuelta, la volverás temperante : porque también a las mujeres debes tú saber darles razón de tu fe. Por esto dice Pablo: Las mujeres en la Iglesia callen. Y si alguna cosa desean saber, pregunten a sus maridos

allá en el hogar.1\*

Si entras en tu casa y tu mujer te pregunta ¿qué me trajiste de la iglesia? respóndele: no carne, no vino, ni oro, ni ornatos para tu cuerpo, sino palabras con que el alma se vuelve más prudente y sabia. Y cuando llegues a hablar con tu mujer, sírvele una mesa espiritual. Dile, antes que todo, mientras está fresca la memoria: ¡Gocemos de las cosas espirituales y después gozaremos de la otra mesa que perciben los sentidos! Porque, si así disponemos nuestros negocios, Dios estará en medio de nosotros, tanto para bendecir nuestra mesa como para ceñirnos la corona. Demos, pues, gracias por todo esto al mismo Padre juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

/ Cor. XIV, 34-35.

## **XXI HOMILÍA encomiástica en honor del santo HIERO MÁRTIR IGNACIO,**

deífero, consagrado obispo de la gran Antioquía, conducido a Roma y allá martirizado y de allá traído nuevamente a Antioquía. Parece que predicó el santo esta Homilía el 20 de diciembre, aunque el año no puede determinarse; ciertamente poco después de las Homilías en honor de Santa Pelagia. Parece que hubo tres traslaciones de las reliquias de este santo mártir Ignacio, celeberrimo en toda la Iglesia. Una fue desde Roma a Antioquía, al cementerio que quedaba fuera de la Puerta de Dafne; otra, que se llevó a cabo, imperando Teodosio II, cuando por su mandato los huesos del mártir fueron llevados desde el cementerio al que había sido templo de la diosa Fortuna o Tyje; la tercera fue desde Antioquía a Roma de nuevo, y allá sus reliquias fueron depositadas en la iglesia de S. Clemente, como lo conmemora el martirologio romano.

QUIENES SE DELEITAN con suntuosos y ricos banquetes, los celebran con frecuencia y se invitan unos a otros, tanto para demostrar la abundancia de sus riquezas propias, como para dar a conocer su benevolencia respecto de sus amigos. Del mismo modo la gracia del Espíritu Santo, haciendo ostentación delante de nosotros de su propia virtud y demostrándonos su ingente benevolencia para con los amigos de Dios, nos pone delante continuamente y nos prepara con los mártires mutuos y continuos banquetes. Hace apenas unos pocos días, una doncella del todo jovencita y virginal, la bienaventurada Pelagia, nos alimentó con grande placer; y el día ele hoy de nuevo y a su turno, a la fiesta de aquélla se sucede la del bienaventurado y nobilísimo mártir Ignacio. ¡Varían los semblantes, pero uno mismo es el banquete! ¡Diferentes son los combates, pero una misma la corona! ¡Variados los certámenes, pero uno mismo es el premio!

Y a la verdad, en los certámenes del siglo, por ser los ejercicios con el cuerpo, razonablemente sólo se admiten los varones. Pero acá, como el certamen todo pertenece al espíritu, se abre el estadio a ambos sexos y de ambos sexos son los espectadores. Ni se ciñen para la lucha únicamente los varones; y esto a fin de que las mujeres no vayan a creer que tienen una gloriosa defensa con recurrir a la fragilidad de su naturaleza; ni tampoco se portan esforzadamente sólo las mujeres, a fin de que no quede avergonzado el linaje de los varones. Sino que de uno y otro sexo muchos son proclamados vencedores y alcanzan las coronas; y esto, para que por las obras comprendas que en Cristo Jesús no hay varón ni hembra, ni sexo, ni fragilidad del cuerpo, ni edad, ni otro

impedimento alguno que pueda estorbar a quienes van llevando a cabo la carrera de la piedad, con tal de que haya una generosa prontitud y un ánimo levantado y un fervoroso temor de Dios, que esté bien encendido y haya echado raíces en nuestras almas. Por esto, las doncellas y los varones, los jóvenes y los ancianos, los esclavos y los libres, y toda dignidad y toda edad y ambos sexos, entraron en estos certámenes y por ninguna de esas cosas sufrieron detrimento: ¡porque llevaron a estos combates una generosa determinación! La ocasión nos llama ya a referir las hazañas de este bienaventurado. Pero el raciocinio se nos perturba y aterra, no sabiendo qué decir en primer lugar, ni qué en segundo, ni qué en tercero: ¡tan grande es el torrente que por todos lados nos envuelve con la abundancia de encomios! Nos sucede exactamente lo mismo que a quien hubiese entrado en un jardín, y observando las muchas clases de rosas, y las muchas violetas, y tan grande cantidad de lirios y de otras variadas y diferentes flores primaverales, estuviera dudoso en cuál de ellas fijaría primero su vista y en cuál otra en segundo lugar, porque cada una de las que mira arrastra en pos de ella sus miradas. Pues de ese modo nosotros, habiendo entrado en este espiritual jardín de las proezas de Ignacio, y habiendo visto en el alma de éste no flores primaverales sino el mismísimo variado y diferente fruto del Espíritu Santo, nos aterramos; y nos paramos dudosos de por dónde comenzaremos primeramente nuestro discurso, puesto que cada una de las cosas que vemos nos aparta de las otras a ella vecinas y nos arrastra la mirada interior del alma a la contemplación de su propia belleza.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Esta comparación descriptiva que el santo encierra en un solo periodo perfectamente construido y lleno de sonoridad y naturalidad encantadora, nos descubre, como tantos otros rasgos de sus Homilías, las impresiones del joven Crisóstomo, cuando vagaba por los bellos jardines del Xystus, o los prados del oriente de Antioquía o los que bordeaban, al poniente, los aledaños de Dafne.

Porque, ¡observad! Este estuvo al frente de nuestra iglesia con tanta generosidad y nobleza y con diligencia tanta cuanto requiere Cristo. Porque éste realizó en sus obras la regla que Cristo estableció para los obispos como la cumbre más alta. Habiendo oído a Cristo que le decía: ¡El buen pastor entrega la vida por sus ovejas!,<sup>2</sup> él la entregó por las suyas con absoluta fortaleza. El conversó dignamente con los apóstoles y gozó sus espirituales corrientes. ¿Cuál, pues, debió ser razonablemente quien con ellos se educaba y a todas partes los acompañaba y comunicaba todas cuantas cosas dijeron y cuantas no dijeron, sencillas y sublimes, y fue por ellos juzgado apto para tan excelsa dignidad? Vino luego un tiempo en que fue necesaria la fortaleza de alma, y de una alma que despreciara todas las cosas presentes, y que ardiera en el amor divino, y estimara en más las cosas invisibles que las visibles. Y entonces este bienaventurado se despojó de la carne con la misma facilidad con que otro cambiaría de vestidos.

¿Qué referiremos, pues, en primer lugar? ¿La doctrina apostólica que comprobó perfectamente con sus obras, o el desprecio de la vida presente o el cuidado en el ejercicio de las virtudes con que administró la primera dignidad de nuestra iglesia? ¿A quién alabaremos primero? ¿al mártir, al obispo o al apóstol? Porque la gracia del Espíritu Santo, habiendo entretejido una triple corona, con ella ciñó aquella venerable cabeza. O mejor aún: la ciñó con una corona múltiple. Porque cada una de esas tres coronas, si alguno con cuidado las despliega, encontrará que germina otras coronas.<sup>3</sup>

¡Vengamos, si queréis, al encomio de su episcopado! ¿Acaso no parece ser sólo una corona? ¡Ea, pues! ¡despleguémosla con el discurso y veréis engendradas de ella hasta

dos y hasta tres

' Juan X, 11.

s He aquí un caso típico de lo que dejamos anotado en la Introd. n. 14. Toda la indicación del orador es aquí una proposición tripartita: tratará del mártir, el obispo, el apóstol, corona triple. Mas luego, al entrar en materia omite lo del apóstol y divide su discurso en solas dos partes: el obispo y el mártir. Fuera de esta pequeña inadvertencia del santo, el resto del discurso y todo él es una brillantísima pieza del todo conforme con las Reglas del discurso clásico que le había enseñado Libanio.

y aun muchas más! Por mi parte yo no admiro a este varón únicamente por haber aparecido como digno de este principado, sino porque tal dignidad la alcanzó de parte de aquellos santos, y fueron las manos bienaventuradas de los apóstoles las que tocaron la sagrada cabeza de éste. Y no es pequeña, para encomio, esta consideración. Y la razón es no solamente porque él alcanzó de esta manera una mayor gracia de lo alto, ni solamente porque ellos hicieron descender sobre él una más abundante fuerza del Espíritu Santo, sino porque de este modo testificaron que había en él todas las virtudes que en los hombres existen.

Porque, escribiendo Pablo a Tito. . . ¡y cuando digo Pablo no me refiero a sólo éste sino también a Pedro y a Santiago y a Juan y a todo el coro de los apóstoles! Porque así como en la lira, siendo ella una sola, hay diferentes cuerdas, pero la armonía es única, así en el coro de los apóstoles, diferentes eran las personas pero una sola doctrina, porque también era uno solo el artista o sea el Espíritu Santo que movía sus almas. Y esto declarando decía Pablo: Pues tanto yo como ellos esto predicamos.<sup>4</sup> Escribiendo pues a Tito y explicándole cuál conviene que sea el que es obispo, le dice: Porque es preciso que el obispo sea inculpable, como administrador de Dios; no soberbio, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de torpes ganancias; sino hospitalario, benigno, prudente, sobrio, justo, santo, continente, guardador de la palabra fiel, que se ajuste a la doctrina, de suerte que pueda exhortar a otros con sana doctrina y argüir a los contradictores.<sup>0</sup>

Y escribiendo a Timoteo acerca de lo mismo, le dice de esta manera: Si alguno desea el episcopado, buena obra desea. Pero es preciso que el obispo sea irrepreensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, morigerado, hospitalario, capaz de enseñar, no dado al vino ni pendenciero, sino ecuánime, pacífico y no codicioso.<sup>6</sup> ¿Observas cuan grande excelencia de virtud requiere en el obispo? Porque, a la manera de un excelente pintor que mezcla varios colores cuando ha de ejecutar la imagen prototipo de lo que debe ser un rey, trabaja con toda diligencia, con el fin de que quienes hayan de imitarla y reproducirla tengan por medio de ella una idea acabada, del mismo modo el bienaventurado Pablo, como si pintara una imagen regia y preparara el arquetipo de ella, habiendo mezclado los variados colores de las virtudes, nos esculpió, nos presentó los caracteres más adaptados a lo que es el episcopado, con el objeto de que cada uno de los que ascienden a esta dignidad, mirando cuidadosamente hacia esta imagen, ordene conforme a ella sus propios proceder. Diría yo, en consecuencia y no sin atrevimiento, que el bienaventurado Ignacio toda esa forma la modeló en su alma y se mostró irrepreensible, sin crimen, ni soberbio, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso, sino justo, santo, continente, acogedor de la palabra fiel que es conforme a la doctrina, sobrio, prudente, ordenado y todo lo demás que Pablo exigió.



4 I Cor. XV, 11. \*

5 Tit. I, 7-9.

6 I Tim. III, 1-3.

Y ¿cuál es la demostración de esto?, me dirás. ¡Que aquellos mismos que tales cosas dijeron y exigieron de los prelados, éstos fueron quienes a él lo eligieron! Y ciertamente quienes con tanta exactitud exhortaban a otros a sujetar a probación a los que habían de ordenar y subir al trono de esta dignidad, sin duda que ellos mismos no lo habrían practicado con descuido. Al revés, si no hubieran advertido en el alma de este mártir todo ese conjunto de virtudes perfectamente connaturalizado, no le habrían puesto en las manos tal dignidad. Puesto que tenían bien sabido cuan peligroso es y cuánto les amenaza a quienes hacen a la ventura y con simplicidad semejantes elecciones.

Declarando esto mismo Pablo decía en su carta a Timoteo: ¡No impongas tus manos apresuradamente sobre ninguno, ni participes en los pecados ajenos! 7 ¿Qué dices? Otro fue el que pecó ¿y yo voy a ser participante de sus pecados y de su castigo? ¡Sí, responde! ¡Porque presentas oportunidades para la maldad! Y a la manera que quien proporciona una espada aguda a un loco furioso, del asesinato que él con ella cometa sale causante y lleva la culpa porque ha proporcionado la espada, así quien proporciona a uno que vive indignamente el poder hacer mal desde esta dignidad, atrae sobre su cabeza el fuego de todos los pecados de aquél y de sus crímenes. Puesto que en todas partes, quien proporciona la raíz se tiene como causante de los frutos que de ella brotan.<sup>8</sup> ¿Ves cómo la corona del episcopado se muestra doble, puesto que la dignidad de aquellos que le impusieron las manos la vuelve más esplendorosa y es además una demostración perfecta de su virtud?

<sup>1</sup> Ibid., V, 22.

¿Deseáis que os descubra otra corona que de esta misma germina? ¡Reflexionemos acerca de la ocasión en que le fue conferida esta dignidad! Porque no es lo mismo administrar la Iglesia en el tiempo presente que en aquel entonces; como no es lo mismo andar un camino perfectamente trillado y acondicionado y en compañía de muchos, que andar otro que ahora por primera vez hay que desbrozar, y que abunda en pedruzcos y barrancos y rebosa de fieras salvajes, y no ha recibido aún la huella de viandante alguno. Actualmente, por la gracia de Dios, no hay peligro ninguno para los obispos, sino que existe por todas partes una paz firmemente establecida, y todos gozamos de tranquilidad, la palabra de la piedad se ha extendido sobre toda la tierra habitada, al mismo tiempo que los que nos gobiernan cuidan empeñosamente de la fe.

Pero en aquellos tiempos nada de esto había. Sino que por cualquier parte por donde alguno tendiera la vista, por ahí había precipicios, abismos, enemigos, batallas y peligros; y los magistrados y los reyes y los pueblos y las ciudades y las tribus y los domésticos y los extraños, ponían asechanzas a los creyentes. Ni era esto solamente lo terrible, sino que muchos de los mismos que ya habían creído, como quienes por vez primera gustaban de los dogmas nuevos, necesitaban de grande benevolencia, y estaban aún débiles y muchas veces eran engañados. Y era esto lo que no menos, antes mucho más que las guerras exteriores, entristecía a los maestros en la fe. Porque las luchas exteriores y las asechanzas, más bien les producían un gozo grande por la esperanza de premios mayores que les estaban reservados.

8 He aquí una indudable reminiscencia demosteniana. Compárese la frase del Crisóstomo ó yág rrv QÍ<XV 7ia.Qa.a%oov na.vTa%ov ovrog xtov t avxrji; (pvofiévcov eariv aíno\$ con la correspondiente de Demóstenes (Por la Corona, n. 159): 6 yá|> TO onĒgfia naQaaxcov ovzog rü>v cpvvzcov tcaxóbv aíxiot;. Como ya advertimos, de propósito no hemos querido hacer estudio comparativo. Dejamos caer una que otra indicación como simples orientaciones. Aunque el Crisóstomo en esta Homilía magistral muestra del todo su genio, sería muy rara una coincidencia simple con Demóstenes hasta en las palabras.

Por este motivo los apóstoles salían del tribunal alegres por haber sido azotados. Y Pablo clama y dice: ¡Me gozo en mis padecimientos! f y se gloría por todas partes de sus tribulaciones. En cambio, las heridas de los domésticos y las caídas de los hermanos no los dejaban ni siquiera respirar, sino que siempre, a la manera de un pesado yugo, oprimían el cuello de sus almas y constantemente las molestaban. Oye, en confirmación, cómo Pablo, aquel que así se gozaba en sus padecimientos, se lamenta amargamente de ellas: Porque ¿quién, dice, enferma y yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me inflamo? 10 Y también: ¡Temo no sea que al ir no os encuentre tales como yo quería; y que a mí me encontréis cual no me queréis!la Y poco después: ¡No sea que cuando de nuevo vuelva a visitaros me humille Dios y tenga que llorar a muchos de los que antes pecaron y no hicieron penitencia de sus impurezas y fornicaciones y de la impudicia en que incurrieron!12

Y en todo tiempo se le encuentra entre lágrimas y gemidos a causa de los domésticos, y temeroso y temblando continua mente por los que ya una vez habían creído. A la manera que admiramos al piloto no cuando puede conducir a salvo a quienes hacen la travesía mientras está el mar en calma y sopla un viento favorable que empuja al bajel, sino cuando, enloquecido el mar y levantadas en alto las olas y puestos en discusiones los mismos que van en la nave, mientras un huracán terrible sitia por dentro y por fuera a los navegantes, él, a pesar de todo, puede enderezar el rumbo de la barquilla con toda seguridad: así conviene quedar suspensos de admiración ante aquellos que en semejantes días condujeron la Iglesia; y esto mucho más que ante los que ahora la administran; en aquellos días cuando las guerras estallaban dentro y fuera de ella; cuando aún estaba tierna la planta de la fe, y necesitada de abundantes cuidados; cuando, como un niño recién nacido, la multitud de la Iglesia necesitaba de mayor prudencia y de grande sabiduría en el alma de quien la había de lactar.

9 Colos. I, 24.

10 2Cor. XI, 29.

11 Ibid., XII, 20.

12 Ibid., XII, 21.

Y para que más claramente veáis cuan dignos eran los que entonces estaban colocados al frente de la Iglesia, y cuántos trabajos y peligros entrañaba en aquellos principios y comienzos este negocio, os traeré ante todo los testimonios de Cristo que prueban lo que acabamos de decir y confirman nuestra sentencia. Porque habiendo visto a muchos que se acercaban a El, como quisiera demostrar a los apóstoles que los profetas habían trabajado más que ellos, les dice: ¡Otros trabajaron y vosotros os habéis introducido en las labores de ellos!13 ¡Y eso que los apóstoles habían en realidad trabajado más que los profetas! Pero, por razón de que aquellos antiguos sembraron la palabra de la piedad y

atrajeron los ánimos de hombres rudos e ignorantes de la verdad, por esto la mayor parte de trabajo a ellos se les atribuye.

Porque no es lo mismo ¡no lo es! el enseñar cuando se llega después que ya muchos otros maestros enseñaron, y ser el primero en arrojar la semilla. Puesto que lo que ya está preparado mediante la meditación y ha llegado a ser costumbre de muchos, fácilmente se comprende. En cambio, lo que se oye por vez primera, alborota el pensamiento de los oyentes y da mucho quehacer a los que enseñan. Esto era lo que alborotaba en Atenas a los oyentes, y éstos se apartaban de Pablo y lo acusaban de que: ¡Cosas nuevas pones en nuestros oídos!<sup>1</sup>\* Pues si ahora, eso de estar al frente de la Iglesia acarrea muchos trabajos y sufrimientos a los que la gobiernan, ¡piensa tú cómo era doble y triple el trabajo y multiplicado, en aquel entonces, cuando los peligros y las luchas y las emboscadas y los terrores eran continuos! ¡No, no puede explicarse con palabras la dificultad que aquellos santos soportaron! ¡Solamente la conocerá aquel que haya hecho experiencia de ella!

Añadiré una cuarta corona, que del episcopado de éste brota. ¿Cuál es? ¡El haber tenido que gobernar a nuestra patria! Porque el gobernar aunque no sea sino a cien y aun a cincuenta hombres es cosa de excesivo trabajo; pero gobernar una ciudad tan célebre y que alcanza ya veinte miríadas de población" ¿cuan grande demostración de virtud y sabiduría piensas que es? Porque del mismo modo que en las legiones pretorianas que son más numerosas, se pone como jefes a los más entendidos de los estrategas, así sucede respecto de las ciudades: que las más grandes y más pobladas se confían a los jefes más peritos. Y Dios, como los hechos lo declararon, tuvo un especial cuidado con esta ciudad. Porque al príncipe de toda la tierra, a aquel a quien concedió las llaves de los cielos, y a quien confirió potestad omnímoda, a ése le ordenó que por mucho tiempo permaneciera en esta ciudad: ¡de manera que le pareció que sola nuestra ciudad hacía contrapeso a toda la tierra habitada!

1S Juan IV, 38.

" Hechos XVII, 20.

15 La cifra era ya convencional entre los oradores: 20 x 10,000: 200,000. Ciertamente Antioquía tenía más de 200,000 habitantes.

Y ya que hemos hecho mención de Pedro, advierto en él el origen de la quinta corona entretejida: y es ella el que éste haya recibido el gobierno como sucesor de aquel Pedro. Porque, así como quien quita de los cimientos de un edificio una gran piedra, procura inmediatamente sustituirla con otra que se le iguale, si no quiere que todo el edificio se resienta y quede más debilitado, del mismo modo, como Pedro hubiera de alejarse de esta ciudad, la gracia del Espíritu Santo nos trajo, en lugar suyo, otro maestro equivalente a Pedro, con el objeto de que la construcción ya levantada no fuera a debilitarse por la ineptitud del sucesor.

De manera que hemos enumerado cinco coronas: por la grandeza de la dignidad; por la dignidad de los que lo consagraron; por la dificultad de aquellos tiempos; por la grandeza de nuestra ciudad; y por la excelsitud de aquel que en el cargo le precedió. A todas estas coronas que hemos tejido podríamos añadir la sexta y la séptima y muchas otras más. Pero, para no gastar todo el tiempo en los discursos acerca de su episcopado y tener que omitir la narración de su martirio, ¡ea! ¡marchemos ya hacia el certamen!

Grande guerra se había echado en aquel tiempo sobre la Iglesia; y como si una tiranía se hubiera apoderado de toda la tierra, los hombres todos eran arrebatados de la mitad de la plaza; y esto no porque se les acusara de algún crimen, sino porque, habiendo abjurado el error, corrían en pos de la verdad; y porque, habiéndose apartado del culto de los demonios, y habiendo reconocido al verdadero Dios, adoraban al Hijo Unigénito suyo; y, por las cosas por las que justamente habían de ser coronados y admirados y honrados, por éstas eran castigados y sufrían infinitos males, todos cuantos habían recibido la fe, pero antes que nadie los que estaban al frente de las iglesias. Porque el demonio, malvado y astuto como es para enhebrar semejantes asechanzas, esperaba que, si quitaba de enmedio a los pastores, podría más fácilmente destrozar los rebaños. Pero Aquel que envuelve a los astutos en sus mismas astucias, como quisiera demostrarle que no eran los hombres quienes gobernaban las iglesias, sino El quien personalmente apacienta a los que creen, permitió que todo eso sucediera, con el objeto de que, una vez quitados los pastores de enmedio, advirtiera el demonio que las cosas de la piedad no desmerecían ni se apagaba la predicación de la verdadera palabra, sino que más bien se acrecía; y aprendiera así, por los hechos mismos, él a su vez, y a su vez también los que en estas cosas de la persecución le servían como ministros, que no son cosas humanas las que nosotros traemos entre manos, sino que trae de los cielos su raíz la enseñanza de ellas y que es Dios el que por todas partes maneja las iglesias; y que a quien pelea contra Dios no le acontecerá jamás salir con la victoria.

Pero el demonio no procedió solamente a este mal, sino a otro no menor. Porque no toleraba que los obispos fueran degollados en las ciudades que gobernaban; sino que, habiéndolos sacado a otras extrañas, allá los mataba. Y esto lo hacía juntamente para cogerlos destituidos de sus amigos y parientes y para debilitarlos con los trabajos de las caminatas. Y así procedió con este bienaventurado santo. Porque desde nuestra ciudad lo citó a la de Roma, y le preparó largos rodeos en su carrera, porque esperaba con lo largo del camino y el número grande de días, echar por tierra su determinación: ¡ignoraba que teniendo a Jesús por compañero de viaje y como compañero en semejante destierro, lo hacía con esto más fuerte aún, y hacía mayor la demostración de la virtud que en el mártir había, y éste de una manera mejor confirmaba las iglesias! Porque las ciudades que estaban a su paso, corrían a ungir al atleta, y lo despedían con grande acompañamiento, y competían con él en las súplicas y en las oraciones. Aparte de que no era vulgar la consolación que esas ciudades recibían, al ver al mártir cómo corría hacia la muerte con tanto fervor: ¡con cuanto era necesario que tuviera quien era llamado por el Rey de los cielos!

¡Y aprendían, por sus obras mismas, que no era a la muerte a donde corría, dado su empeño nobilísimo y su alegría, sino que aquello era una marcha y un cambio y una ascensión a los cielos!

Dando esta lección caminaba por todas las ciudades; y la daba con sus palabras y juntamente con sus obras. Y así como sucedió con Pablo, que cuando los judíos lo ataron y lo enviaron a Roma creyeron ellos que lo enviaban a la muerte, y sólo lo enviaban para que predicara a los judíos que en Roma vivían, del mismo modo sucedió con Ignacio, y aun con cierta mayor excelencia. Porque éste marchaba como un admirable maestro no solamente de los que en Roma vivían, sino también de las ciudades que estaban en su camino, y las enseñaba a despreciar la vida presente, y a tener en nada las cosas que se ven, y a amar las futuras, y a mirar al cielo, y a no temer ninguno de los peligros de esta vida. ¡Caminaba enseñándoles estas y otras muchas

cosas por medio de sus obras, como un sol que en su nacimiento se levanta y va corriendo a su ocaso! ¡Pero iba más resplandeciente que el sol! Porque éste sube a lo alto llevando la luz sensible; mientras que Ignacio corría acá abajo portando la luz intelectual de su enseñanza para las almas. Aparte de que aquel otro sol, una vez que corriendo ha llegado a las regiones del ocaso, se oculta y sobreviene la noche; mientras que este otro, apartándose hacia las regiones de occidente, desde allá se levantó más fúlgido aún y causó sumos bienes a todos cuantos encontró en su camino.<sup>16</sup> Más aún: una vez llegado a Roma, hizo que también ella aprendiera la sabiduría.

Por este motivo permitió Dios que fuera allá a terminar su vida, para que su muerte fuera enseñanza de piedad a todos los que en Roma habitaban. Vosotros, por beneficio de Dios, no necesitabais de mayor instrucción, una vez que estabais arraigados en la fe; pero los que en Roma habitaban, por haber entonces allá mayor impiedad, necesitaban de un auxilio mayor. Por eso Pedro y Pablo y éste tras ellos fueron allá sacrificados. Para que con su sangre purificaran aquella ciudad manchada con la sangre que se había ofrecido a los ídolos. Y también para que dieran testimonio de la resurrección de Jesucristo mediante sus obras, enseñando a los que en Roma vivían que ellos mismos no habrían despreciado con tanto placer la vida presente de no estar persuadidos con toda firmeza de que habían de ascender al lado de aquel Jesús crucificado y contemplarlo en los cielos.

<sup>16</sup> Nótese lo propio de la comparación: Roma quedaba al occidente de Antioquía. Una imagen, la del sol, trajo al Crisóstomo la otra.

Verdaderamente que es una demostración excelentísima de la resurrección el que Cristo, una vez inmolado, mostrara tan inmenso poder, hasta persuadir a los hombres que gozan de esta vida a despreciar su patria, su casa, sus amigos, sus parientes, su vida misma, por confesarlo a El; y escoger en vez de los presentes placeres, los azotes, los peligros y la muerte. Porque semejantes hazañas no son propias de uno que ha muerto ni de quien yace en el sepulcro, sino de uno que ha resucitado y vive. Pues ¿qué otra explicación tiene eso de que, mientras El vivía, todos los apóstoles, debilitados por el temor entregaran al Maestro y escaparan huyendo; y en cambio una vez que murió, no solamente Pedro y Pablo, sino también Ignacio, que nunca lo vio ni gozó de su convivencia, mostraran tanto celo que hasta llegaron a entregar por El su vida?

Pues con el fin de que esto aprendieran los que en Roma vivían, permitió Dios que allá muriera este bienaventurado mártir. Y que en realidad esta haya sido la causa, os lo haré creíble por el modo de su muerte. Porque fue condenado a morir no fuera de los muros, ni en algún abismo, ni en la cárcel, ni en algún sitio escondido; sino en mitad del teatro sufrió el martirio —mientras estaba sentada en las graderías la ciudad en pleno— por medio de las fieras azuzadas contra él. Todo con el fin de que, habiendo él erigido así un trofeo contra el demonio delante de los ojos de todos, a todos cuantos lo contemplaban los hiciera imitadores de su lucha; y esto no sólo por el hecho de morir tan noblemente sino además con tan grande alegría. Porque contempló las fieras tan regocijadamente que no semejava un hombre a quien se le ha de arrancar la propia vida, sino a quien se le llama a otra vida más bella y más espiritual. ¿Cómo se comprueba esto? ¡Por las palabras que ya a punto de morir pronunció! Porque una vez que hubo entendido ser aquel el género de muerte que le estaba reservado, exclamó: ¡Yo disfrutaré de esas fieras! ¡Es que así hablan los que aman! ¡cuando padecen algo por aquellos a quienes aman, lo padecen llenos de gozo! ¡y les parece haber alcanzado el

colmo de sus deseos cuando llegan al colmo de sus padecimientos! Que fue lo que a este bienaventurado mártir le sucedió. Porque él se apresuró a imitar a los apóstoles no sólo en la muerte sino además en la presteza para la muerte. Y sabiendo que aquéllos, una vez azotados, se retiraban del tribunal gozosísimos, determinó consigo imitar a estos sus maestros no solamente con la muerte sino también en el regocijo. Por esto exclamaba: ¡Yo disfrutaré de las fieras! Y tuvo por más suaves los hocicos de las fieras que las palabras de los tiranos. Y esto no sin razón: ¡puesto que éstas lo llamaban hacia el infierno, mientras que los hocicos de las fieras lo enviaban al cielo!

Y una vez que allá en Roma entregó su vida, o mejor dicho ascendió a los cielos, ahora regresa de aquella ciudad ceñido de su corona. Porque también esto sucedió por providencia divina: que de nuevo volviera el mártir a nosotros y a la vez fuera compartido por las otras ciudades. Roma recibió su sangre que goteaba; vosotros veneráis sus reliquias. Gozasteis vosotros de su episcopado, gozaron aquéllos de su martirio. Lo vieron aquéllos combatiendo y venciendo y coronado; vosotros lo poseéis perpetuamente. Lo apartó Dios de vosotros por un breve espacio de tiempo y luego os lo devolvió cubierto de una gloria mayor. Como los que toman dineros a rédito y vuelven después lo que habían tomado juntamente con sus intereses, así hizo Dios: habiéndoo tomado a rédito este precioso tesoro por algún tiempo, y habiéndolo mostrado a la otra ciudad, la de Roma, os lo ha devuelto con gloria más abundante. Porque lo despedisteis obispo y lo habéis recibido mártir; lo despedisteis con oraciones y lo recibís coronado. Y esto, no solamente vosotros, sino también todas las otras ciudades que median entre vosotros y Roma.

Porque ¿qué pensáis que sentirían ellas cuando vieron las reliquias que regresaban? ¿de cuánto gozo habrán disfrutado? ¿cómo se habrán alegrado? ¿cuántas alabanzas por todas partes a este mártir y sus coronas habrán tributado? Porque del mismo modo que a un atleta que ha vencido a todos sus fuertes competidores, y que con brillante gloria se retira de la tribuna donde presiden los jueces, al punto lo reciben los que presenciaban el certamen, y apenas si le permiten tocar con sus plantas el suelo, sino que lo toman en alto y lo cubren de alabanzas, y así lo llevan hasta sus mansiones; así entonces, las ciudades, por su orden, desde Roma, lo iban recibiendo y lo cargaban sobre sus hombros y lo condujeron hasta nuestra ciudad, y tributaban elogios a sus coronas, y cantaban himnos al luchador, y se burlaban del demonio, porque su astucia se había vuelto contra él mismo, y porque todo lo que él había tramado en contra del mártir, en favor del mártir se había convertido.

Y con esa ocasión el mártir aprovechó a todas las ciudades y a todas les propuso una bella lección. Luego a esta ciudad la ha colmado hasta el día de hoy de riquezas. Y a la manera de un tesoro inexhausto del que día por día se va sacando y con todo nunca se agota, sino que aumenta las riquezas de aquellos que lo participan, así este bienaventurado Ignacio, a quienes a él se acercan los vuelve a sus hogares colmados de bendiciones, de confianza, de magnanimidad y de extrema fortaleza.

¡No nos acerquemos, pues, a él, solamente el día de hoy, sino vengamos cada día a recoger sus frutos espirituales! Porque puede, puede en verdad, quien se llega a este sitio con fe, sacar abundantes y buenos frutos. No solamente los cuerpos de los mártires sino también sus urnas, están rebosando de gracias del espíritu. Porque si esto sucedió con aquel Elíseo, que habiendo tocado el sepulcro suyo un cadáver, éste rompió las ataduras de la muerte y volvió de nuevo a la vida,<sup>17</sup> mucho mejor sucederá ahora,

cuando la gracia es más abundante, cuando es más amplia la virtud del Espíritu Santo; sucederá, digo, que si alguno toca con fe la urna, saque de ahí mayor fortaleza. Para esto Dios nos dejó las reliquias de los santos; porque quería que nosotros fuéramos como llevados de la mano por ellas hacia El con el mismo celo de ellos; y porque quería darnos un como puerto seguro y un firme consuelo en los males que continuamente se nos echan encima.

Así pues, a todos os exhorto; para que si acaso hay alguno que haya decaído de ánimo o se encuentra enfermo o le amenaza algún peligro o se ve en cualquiera otra necesidad de la vida o está sumido en lo profundo del pecado, ese tal se acerque aquí con fe, y quedará descargado de todos sus padecimientos, y regresará a su hogar regocijado y aliviada su conciencia con sola la contemplación de este bienaventurado mártir. Pero más aún: no solamente deben acercarse aquí los que se hallan en tribulación. Si acaso alguno se encuentra en quietud de ánimo y en honores y en dignidades y con abundante confianza delante de Dios, tampoco ése ha de menospreciar esta ganancia. Porque, llegándose aquí y habiendo contemplado a este mártir, poseerá esos bienes con mayor estabilidad, por persuadirse en su alma de que debe guardar moderación, a causa de las hazañas de este bienaventurado santo, y no permitirá que su conciencia se ensoberbezca por motivo de sus buenas obras.

Ni es cosa de poco momento que quienes van viento en popa en sus negocios, no se hinchen a causa de su buen suceso, sino que sepan llevar con moderación esa prosperidad. De manera que este tesoro resulta útil para todos y es un oportuno refugio tanto para quienes han caído a fin de que eviten las tentaciones, como para los que avanzan prósperamente a fin de que sus bienes permanezcan seguros; ¡para los enfermos a fin de que recobren su salud, y para los sanos a fin de que no caigan en enfermedad!

Considerando estas cosas, estimemos en más que todos los placeres y que todos los deleites este santo lugar, a fin de que participemos de la alegría y ganancia suyas; y allá en la otra vida, podamos llegar a ser cohabitantes y consocios de estos santos, por las oraciones de ellos mismos y por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

II Reg. XIII, 21.

22

## **XXII HOMILÍA encomiástica en honor del santo MÁRTIR JULIANO.**

Está demostrado que esta Homilía la predicó el Crisóstomo en Antioquía; lo que se prueba así por lo que en ella dice de los bailes y banquetes acostumbrados en el suburbio de Dafne, como también porque ciertamente las reliquias de este mártir habían sido trasladadas a Antioquía, en donde se le había construido una iglesia algo célebre. Cuanto al año, nada se puede saber. Cuanto al día tampoco, porque el martirologio romano asignó el 16 de marzo, pero el meno-logio griego el 21 de junio. Nació este mártir en Anazarbe de Cilicia. Su padre era senador y su madre fue cristiana. Esta lo

instruyó en el catolicismo. El joven Juliano se entregó a los estudios de Letras. Pero cuando tenía 18 años fue acusado ante el presidente Marciano como católico. El joven se negó a sacrificar a los ídolos, por lo cual fue herido en diversas partes del cuerpo y luego arrojado a la cárcel. Pero como en la cárcel, siguiendo los consejos de su madre, afirmara que había de perseverar hasta el fin en la confesión de Cristo, se le metió en un saco lleno de arena con reptiles venenosos, y finalmente se le arrojó al mar.

Si TAN GRANDES HONORES se tributan a los mártires en la tierra, cuando ya han salido de esta vida ¿cuan grandes no serán las coronas que ceñirán a sus sagradas cabezas allá en los cielos? Si antes de la resurrección tan grande es su gloria, ¿cuánto será su brillo después de la resurrección? Si los consiervos con tan distinguido culto los veneran ¿con qué inmensa caridad los abrazará Dios? Si nosotros, siendo malos, con todo bien sabemos honrar a los consiervos que procedieron santamente y sabemos tributarles tan magníficos honores porque lucharon por Cristo ¿cuánto mayores bienes les concederá nuestro Padre celestial a quienes sólo por El soportaron los trabajos? Porque El por su naturaleza es inclinado a hacer el bien.

Pero, no solamente por esto se les tienen preparadas magníficas honras, sino además porque Dios les es deudor. No murieron los mártires por nosotros, y con todo nosotros nos reunimos para honrarlos. Si pues, nosotros por quienes ellos no murieron, nos reunimos para glorificarlos, Cristo, por quien ellos ofrecieron sus cabezas ¿qué no les concederá? Y si Cristo a quienes nada debía tantos bienes ha concedido, a éstos, de quienes es deudor ¿qué no les dará en recompensa? ¡Nada debía anteriormente Cristo al orbe de la tierra! Porque dice Pablo que Todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios.<sup>1</sup> Más aún, por el contrario: penas y castigos merecíamos; y siendo la verdad que merecíamos penas y castigos, El nos dio la vida eterna.

Si pues, a quienes merecían suplicios les dio el reino de los cielos ¿qué no dará a aquellos a quienes tiene como deuda la vida eterna? ¿de qué honores no los colmará? Si por quienes lo odiaban padeció la cruz y derramó su sangre ¿qué no llevará a cabo por aquellos que por confesarlo derramaron su sangre? Si tanto amó a quienes eran sus adversarios y se apartaban de El, que aun se entregó a la muerte, a quienes lo amaron con la máxima medida (puesto que nadie tiene mayor amor que aquel que entrega la vida por sus amigos<sup>2</sup>) ¿con cuánta benevolencia los recibirá? ¿con cuántos cuidados?

Los atletas de los certámenes corporales, en la palestra misma luchan y vencen y son proclamados triunfadores y son coronados; pero no así los atletas de la piedad; sino que éstos luchan en el siglo presente y son coronados en el futuro. Aquí lucharon contra el demonio y vencieron, y allá son proclamados vencedores. Y a fin de que comprendas cómo lo dicho es la verdad, escucha a Pablo: ¡Luché, dice, una buena batalla; he terminado mi carrera, he guardado la fe! ¡Por lo demás, reservada me está la corona de justicia! <sup>3</sup> ¿Dónde y cuándo? La que me dará en aquel día el Señor, justo Juez. Aquí compitió en la carrera y allá es coronado! ¡aquí venció y allá es proclamado triunfador!

También le habéis oído decir: Todos éstos murieron en la fe sin haber recibido los premios, sino mirándolos y saludándolos de le jos.<sup>i</sup> Mas ¿por qué a los atletas corporales y profanos juntamente les llegan las victorias y las coronas; y en cambio a los atletas de la fe no les llegan juntamente, sino después de un intervalo de tiempo? ¡Sudaron, trabajaron aquí, sufrieron infinitas heridas, y en cambio no son al punto coronados! No, dice, porque no sufre la naturaleza de la vida presente la grandeza de



aquel honor. ¡Breve y perecedero es el siglo presente, sin término e inmortal y eterno es aquel otro! Por este motivo hizo porción y herencia del siglo presente, breve y perecedero, los trabajos, y en cambio, reservó las coronas para el otro, que es inmortal y eterno, con el fin de acortar la molestia de los trabajos, y en cambio hacer permanente el disfrute de las coronas y perpetuo; puesto que han de durar cuanto dura aquella inmortalidad de siglos sin fin.

Rom. III, 23. Juan XV. 13. // Tim. IV, 7-8. Heb. XI, 13.

Así pues, retardó el premio porque quería embellecerlos con dones más grandes. Ni solamente por esto, sino además para que en adelante tuvieran un placer del todo puro. Porque así como el que primeramente ha de gozar de deleites y placeres y luego ha de sufrir castigos, en manera alguna disfruta de los placeres que están presentes a causa del temor de los males futuros, así también aquel que primeramente se entrega a la lucha y a los certámenes, y tolera males infinitos y después de ellos es coronado, no siente el peso de los males presentes, porque al mismo tiempo se recrea con la esperanza de los bienes futuros. Ni sólo hace más ligero el peso presente de los males con la esperanza de los bienes futuros, sino también porque ha logrado anteponer el trabajo al deleite; y así los mártires no son demasiado oprimidos con los males actuales, porque están con la vista puesta en aquellos otros bienes.

Del mismo modo, quien se ejercita en el pugilato, lleva con gozo las heridas, no mirando al dolor sino a la corona; y los navegantes, al acometer los innumerables peligros, las tempestades y una especie de peligrosa guerra, ya que se exponen a terribles bestias marinas y a piratas malvados, ninguna cosa de éstas tienen en la mente, sino que miran al puerto y a las riquezas que del comercio van a obtener. Pues de ese modo los mártires, mientras estaban sufriendo males infinitos, con el cuerpo destrozado por la variedad de tormentos, a nada de eso atendían sino que anhelaban ardientemente el cielo y los bienes que allá los esperan. Y para que comprendáis cómo las cosas que por su naturaleza misma son pesadas e intolerables, con la esperanza de los bienes futuros se hacen leves y fáciles de llevar, escuchad al que en asunto de estos bienes marcha en primera fila: Porque lo que es leve y momentáneo de nuestra tribulación en el tiempo presente, en la altura causa un peso eterno de gloria en nosotros.<sup>5</sup> Pero yo pregunto: ¿cómo es eso? ¡No contemplando nosotros las cosas visibles sino las invisibles!

Y no sin una finalidad particular he dicho estas cosas que preceden sino por utilidad vuestra; a fin de que cuando veáis a alguno gozando de deleites y placeres en esta vida, pero para ser después castigado, no lo llaméis feliz por las presentes delicias, sino miserable por los futuros castigos. Y al contrario: cuando observéis a alguno de aquellos que en la otra vida van a ser coronados con grandes honores, y veáis como se encuentra, como sitiado por la tribulación, las aflicciones y males infinitos, no lo deploréis a causa de los males presentes, sino más bien lo tengáis por feliz y bienaventurado a causa de las coronas que le están reservadas en aquellos otros siglos que no tienen acabamiento.

Originario fue este bienaventurado mártir de la nación de Ci-licia, de donde también lo fue Pablo, porque era ciudadano de esa región; y ambos vinieron acá desde ella como ministros de la Iglesia. Pero, una vez que estuvo patente la palestra de la piedad, y la ocasión misma llamaba al combate, vino este bienaventurado a caer en manos de una bestia terrible, que en aquel entonces ejercía las funciones de juez. Poned atención a sus

maquinaciones. Porque como viera al bienaventurado dotado de fortaleza de ánimo, y que su firmeza y vigor no podían ser doblegados mediante la fuerza de los suplicios, le puso delante dilaciones y retardos y lo hizo entrar y salir con frecuencia del tribunal. Porque no le cortó la cabeza el mismo día de la primera audiencia, a fin de que la brevedad del suplicio no le facilitara la consumación de la carrera; sino que cada día lo hacía introducir al tribunal, lo hacía salir, multiplicaba los interrogatorios, lo amenazaba con mil tormentos, lo halagaba con palabras de adulación, ponía en juego todas sus artes y se esforzaba por desmoronar aquel firme fundamento: ¡durante un año íntegro lo fue llevando a través de Cilicia toda y lo fue cubriendo de ignominia! Pero, lo que él menos sospechaba, con eso hacía más ilustre al mártir, quien, como Pablo, clamaba a su vez: ¡Gracias a Dios que hace triunfar en nosotros a Cristo, y da a conocer el perfume de su conocimiento por medio nuestro en todas partes! G

5 2Cor. IV, 17-18.

Porque así como el bálsamo, cuando está depositado en un sitio, solamente impregna con su aroma aquel aire ambiente; pero, cuando se ha esparcido por muchos lugares, todos los llena de su olor, así exactamente sucedió con este mártir. En aquel tiempo, era llevado en torno y por todas partes, como para que con esto quedara notado de ignominia; pero sucedía todo lo contrario: porque con aquel paseo el atleta aparecía más glorioso, y a todos los habitantes de Cilicia los convertía en émulos de su fortaleza. Era llevado por todas partes, a fin de que conocieran sus batallas no solamente por la fama de ellas, sino que a él mismo lo presenciaran vencedor y coronado. Y cuanto más largas le disponían las vueltas y marchas por el estadio, tanto más ilustres resultaban sus caminos. Cuanto mayores palestras le ponían delante, tanto más admirables hacían sus batallas; cuanto más se alargaba el tiempo de la aflicción, tanto más probada se hacía su paciencia. Porque el oro, cuanto más tiempo está sujeto a la naturaleza del fuego, tanto sale más puro. Y así, el alma de este santo, puesta a prueba del tiempo, salía más brillante; de manera que el mártir no llevaba en torno consigo, sino un trofeo de victoria sobre sí mismo y sobre el demonio, una demostración de la crueldad de los gentiles, una señal de la piedad de los cristianos, un milagro del poder de Cristo, y un aliciente y consejo vivo para los fieles a fin de que perseveraran en los tormentos con ánimo alegre, y finalmente un pregón de la gloria divina y un maestro en la escuela de semejantes batallas.

Porque él, lanzando una voz más penetrante que la de una trompeta mediante sus propios hechos, persuadía a todos a imitarlo, y no únicamente con la palabra. Y a la manera que los cielos, sin lanzar palabra alguna, cantan la gloria de Dios, cuando por su mismo esplendor arrastran al que los contempla a la admiración del Creador, de ese modo entonces aquel mártir cantaba la gloria de Dios, puesto que lucía mucho más que ese cielo que vemos. Porque no hacen al cielo tan bello los coros de los astros, cuanto la sangre de las heridas volvió resplandeciente el cuerpo del mártir. Y para que veáis que las llagas del mártir eran más esplendorosas que el cielo punteado de estrellas, poned atención.

" Ibid., II, 14.

Al cielo y sus estrellas los contemplan lo mismo los hombres que los demonios. En cambio a las heridas de este mártir las ven los hombres con los ojos de la fe, mientras que los demonios no se atreven a mirarlas. Más aún: si acaso se atreven o se esfuerzan

por poner en ellas los ojos, al punto quedan privados de luz y no pueden soportar el fulgor que de ellas se deriva. Y esto lo voy a demostrar no solamente por lo que entonces sucedía, sino con lo que actualmente sucede. ¡Ea! ¡toma alguno que esté poseído del demonio y de su furia, y llévalo al santo sepulcro en que se contienen las reliquias del mártir, y lo verás cómo claramente salta y huye y se aparta! Porque como si hubiera de caminar sobre brasas, así se echa hacia atrás ya desde el vestíbulo mismo y al punto, y no se atreve ni siquiera a lanzar sus miradas sobre aquella urna. Pues, si ahora después de tanto tiempo y cuando ya está reducido a polvo y ceniza el mártir, no se atreve el demonio a mirar a la urna y a los huesos descarnados del mártir, de ningún modo puede dudarse de que en aquel entonces, cuando lo veía empurpurado con su sangre y brillando más que el sol a causa de las heridas que tenía por todas partes, quedaba herido y apartaba sus ojos cegados por la luz!

¿Ves cómo las llagas de los mártires son más esplendorosas que los astros del cielo, y gozan de una mayor virtud? Así pues, fue este santo sacado al medio, y de todos lados lo rodeaban acerbos suplicios, y el miedo de los que luego iban a sucederse, y el trabajo de los que ya estaban presentes; el dolor de los que ya lo oprimían y el terror de los que lo amenazaban. Porque los atormentadores, a la manera de bestias feroces, excavaban sus costados y rodeándolo por todas partes, le raían las carnes y le dejaban al descubierto los huesos, y se entraban hasta las visceras mismas. Pero, aunque escrutaron todo su interior, no lograron hacer presa en el tesoro de su fe.

En los erarios de los reyes, donde se guardan el oro y otras abundantes riquezas, con sólo que agujeres las paredes o abras las puertas, al punto encuentras delante el tesoro. Pero en este santo templo que contenía a Cristo, sucedía todo lo contrario. Los verdugos agujereaban los muros, destrozaban el pecho, y con todo, no veían las riquezas ahí escondidas, ni podían arrebatárselas. Sino que, como sucedió a los de Sodoma,<sup>7</sup> que a pesar de hallarse junto a la puerta misma de la casa de Lot no encontraban la entrada, así les acontecía a éstos: que habiendo registrado todo el cuerpo del mártir por todos lados, no pudieron arrebatarse ni llevar consigo el tesoro de su fe y sus riquezas.

¡Así son las buenas obras en las almas de los justos, que no pueden ni ser robadas ni vencidas, por estar escondidas en la fortaleza del alma como en un sitio de refugio inviolable y sagrado; de manera que ni los ojos de los tiranos las ven, ni las manos de los verdugos las pueden arrebatarse! Más aún: ni aunque destrocen el corazón mismo en donde principalmente está arraigada la fortaleza del alma, y lo hagan menudos pedazos, ni aun así arrebatan las riquezas, sino que más bien las aumentan. Y la causa es Dios que en esas almas habita; y quien mueve guerra contra Dios es imposible que llegue alguna vez a ser vencedor; sino que necesariamente es indispensable que se aparte burlado y avergonzado.

Por esto mismo entonces acontecía, contra lo que suele suceder, que en todas partes los hechos vencen a las palabras, mientras que ahí las palabras vencían a los hechos. ¿De qué manera? Le aplicaban al mártir el fuego, el hierro y los tormentos; le aplicaban los castigos, los suplicios, los azotes; le agujereaban por todas partes sus costados: ¡y el que lo padecía permanecía inexpugnable! ¡Únicamente exhalaba unas palabras sencillas y esas palabras vencían a las obras de aquéllos! ¡Brotaba de la boca del mártir una voz santa, y tras de ella se formaba una luz más brillante que los rayos del sol! ¡Tanto distaban éstos de aquélla cuanto es el espacio que hay de la tierra hasta el cielo! Más aún: éstos ni siquiera pueden recorrer íntegro ese intervalo de espacio si es que se les

interpone el techo o una muralla o las nubes o algún otro cuerpo; porque estos cuerpos obstruyen su luz, e interponiéndose le impiden que pase adelante. Mientras que la voz del mártir, saliendo de aquella santa lengua, saltaba hasta el cielo. ¡Subió hasta el cielo de los cielos! ¡la vieron los ángeles y le dieron paso! ¡los arcángeles y le abrieron camino! ¡los Querubines y las demás Virtudes y la llevaron en sus alas a lo alto, y no la abandonaron hasta colocarla ante el trono del Rey!

' Gen. XIX, 10 y sgts. 460

Tras de esa voz, como advirtiera el juez que entonces ejercía el juicio, que nada aprovechaba con sus maquinaciones, y que eran en vano, y que daba coces contra el aguijón y golpeaba contra diamante ¿qué hace? Procede a algo que significaba quedar ya vencido: ¡arranca de esta vida al mártir! Porque la muerte de los mártires es la manifiesta ruina de los que los matan y es también preclara victoria de los que mueren. Pero considera tú, oyente, cómo se eligió un género de muerte cruel y acerbo, y tal que demostrará la crueldad del tirano y la fortaleza del mártir. Y ¿cuál fue ese género de muerte? ¡Como hubiera el tirano mandado traer un saco, y éste fuera relleno de arena, y dentro se hubieran puesto víboras y dragones, juntamente con ellos metió al santo, y así lo arrojó a las olas del mar!

Iba, pues, el mártir, entre aquellas bestias: ¡de nuevo un varón justo se encontraba encerrado juntamente con las bestias! Y he dicho de nuevo para traeros a la memoria la antigua narración acerca de Daniel. A éste lo echaron en un lago, a aquél en un saco; al lago lo cerraron con una piedra, al saco lo cerraron con una costura, haciendo con esto aún más estrecha la cárcel de aquel justo. Sólo que en todas partes, las bestias guardan reverencia a los cuerpos de los santos, para vergüenza y condenación de aquellos que, estando dotados de razón y habiendo sido tenidos como merecedores de la dignidad humana, con todo, superan en ferocidad a las mismas bestias feroces. ¡Exactamente como podemos suponerlo en este tirano! Y era cosa de ver aquel estupendo milagro, en nada menor al que aconteció a Daniel. Porque así como los Babilonios se admiraron de ver a éste subir del lago de los leones tras de muchos días, así también se admiraron los ángeles del cielo cuando vieron el alma de Juliano subir al cielo desde el saco y las olas. Daniel venció y sujetó a los leones que eran sensibles y materiales; éste en cambio dominó a un león espiritual y lo venció. Porque el enemigo nuestro, que es el demonio, a la manera de un león rugiente nos rodea en busca de alguno a quien devorar.<sup>8</sup> Pero quedó superado por la fortaleza del mártir, porque éste había depuesto el veneno del pecado; y por lo mismo el demonio a éste no lo devoró; y por lo mismo éste no temió ni al león ni la furia de las bestias salvajes.

¿Queréis que os narre otra historia antigua en la que también intervienen las bestias feroces y un justo? Acordaos del diluvio, de Noé y del arca. Porque también entonces estuvieron juntos el justo y las bestias. Sólo que Noé entró en el arca hombre y salió hombre; en cambio Juliano entró hombre y salió ángel. Aquél desde la tierra entró en el arca, y de nuevo salió a tierra; éste desde la tierra entró en el saco y desde el saco salió para el cielo. Lo recibió el mar pero no para darle muerte, sino para coronarlo, y tras de coronarlo, luego nos devolvió el arca santa del cuerpo de este mártir. Y la conservamos hasta el día de hoy, como un tesoro de donde dimanen infinitos bienes. Porque Dios se ha repartido con nosotros a los mártires: tomó para sí las almas y en cierto modo nos dejó a nosotros los cuerpos, a fin de que sus huesos permanecieran como memorias perpetuas de sus virtudes. Porque si alguno, aun siendo cobardísimo, cuando ve las

armas ensangrentadas de un batallador y el escudo y la lanza y la loriga, al punto salta, se enardece y con presteza sale al combate, y de la vista de las armas toma alientos para acometer iguales empresas, nosotros, que no vemos precisamente las armas sino el cuerpo mismo del santo que fue digno de cubrirse de sangre por la confesión de Cristo, aun cuando seamos los más cobardes de todos ¿cómo podremos no estar con ánimo pronto cuando tal vista salte a nuestro interior, al modo de una llama de fuego, y nos empuje a un parecido certamen? Por este motivo dejó Dios entre nosotros los cuerpos de los santos hasta el día de la resurrección, a fin de que tuviéramos materia de consideración y de sabiduría. Pero ¡no se aminoren las alabanzas del bienaventurado a causa de la ineptitud de nuestra lengua; sino esperen a ser pronunciadas por el que preside el certamen, que es Dios! ¡El que los corona los alabará! ¡Su alabanza no proviene de los hombres sino de Dios! Las cosas que hemos dicho no las dijimos para hacer más ilustre al santo mártir, sino para haceros a vosotros más prontos a la virtud. Así pues, omitiendo las alabanzas, volveremos nuestro discurso a vosotros; aunque a decir las cosas con exactitud, mientras en nuestras reuniones se trate de cosas útiles, nadie puede omitir las alabanzas de los mártires.

8 Dan. VII; y / Petr. V, 8. 462

Pero atended. Porque he determinado el día de hoy romper con una costumbre mala e inveterada. No solamente hemos de acercarnos a los mártires, sino que debemos imitarlos. Puesto que el honor de los mártires no consiste en que a ellos nos acerquemos, sino mucho más en que imitemos su fortaleza. Comencemos, pues, por exponer cuál sea la costumbre inveterada y depravada, puesto que no es fácil de medicinar una enfermedad que no se conoce. Por lo mismo en primer lugar descubriré la enfermedad, y en segundo lugar propondré el remedio. ¿Cuál es, pues, la costumbre depravada? ¡Que algunos de los que hoy aquí se han congregado (¡porque lejos de mí el condenar de semejante crimen a toda la iglesia!), llevados de cierta simplicidad y descuido, mañana, tras de abandonarnos, se apresurarán hacia Dafne, a derrochar al viento lo que ahora hemos amontonado, y a destruir lo que ahora hemos edificado! A fin, pues, de que no asistan sin fruto a nuestra predicación, terminaremos nuestro discurso una vez que hayamos discurrido un poco acerca de ellos.

Dime: ¿a qué te apresuras hacia ese suburbio de la ciudad? ¡Aquí es el suburbio de la celestial Jerusalén! ¡aquí está el Dafne espiritual! En ese otro hay fuentes de aguas, pero aquí están las fuentes de los mártires; allá hay cipreses que son árboles infructuosos, aquí en cambio están las reliquias de los santos, como raíces plantadas en la tierra y que extienden sus ramas hasta el cielo. ¿Quieres además ver los frutos de estos ramos? ¡Abre los ojos de la fe y entonces yo te mostraré de pronto la naturaleza de esos frutos admirables! ¡Porque el fruto de estos ramos no son manzanas, ni nueces, ni otros algunos de los que se corrompen y perecen, sino el sanar los cuerpos destrozados, la remisión de las culpas, la desaparición de los vicios, la curación de las enfermedades del alma, la oración continua y la confianza en Dios: ¡cosas todas espirituales y llenas de bienes celestes!

Frutos son éstos de tal naturaleza que siempre cortados, continuamente brotan y germinan, y jamás faltan los cultivadores. Y por cierto, los árboles que en la tierra nacen, dan fruto una vez al año; y si no lo cosechan en cuanto se llega el invierno, corrompido y caído el fruto, pierden ellos su hermosura propia. En cambio, estos otros no saben de inviernos ni de veranos, ni están sujetos a mudanzas del tiempo ni se ven

alguna vez privados de sus frutos propios, sino que mantienen perpetuamente su característica hermosura, y jamás los tocan ni la corrupción ni la variedad de las estaciones del año.

¡Cuan numerosos son los que, desde que fue plantado en tierra este cuerpo, cosecharon de su santo sepulcro infinitas curaciones y el fruto no se ha agotado; cosecharon la mies, pero no se han agotado las espigas; sacaron de las fuentes, pero los raudales no se han extinguido, sino que hay un minero siempre manante y nunca deficiente, y que precisamente produce cada vez un milagro mayor del que se le ha sacado! Ni solamente obra milagros, sino que además persuade a reflexionar. Pues aunque ya seas rico y te ensoberbezcas y eleves en tu ánimo, una vez que acá vengas y hayas contemplado al mártir, y hayas reflexionado en la disparidad que hay entre tus riquezas y la opulencia de éste, al punto abatirás la hinchazón de tu ánimo; y tras de haber hecho a un lado el fausto y la hinchazón, regresarás a tu hogar con muy grande salud en tu alma; y si acaso te parece que eres pobre y despreciado, una vez que te hayas acercado acá y hayas visto las riquezas del mártir, te apartarás lleno de recta sabiduría tras de haber despreciado y aun burlado las riquezas de este siglo, aunque te acontezcan contumelias y daños, y se te apliquen azotes; y al ver que aún no has padecido todo lo que padeció el mártir, recibirás en eso grande consolación.

¿Ves qué clase de frutos producen estas raíces? ¿ves cómo no pueden agotarse? ¿ves cómo son espirituales y tocan al alma misma? ¡Yo no prohibo que alguno acuda al suburbio, pero sí que acuda mañana! ¿Por qué motivo? ¡Para que el placer no merezca un castigo! ¡para que la delectación sea pura y no se ponga de por medio la condenación! ¡Puedes entregarte al placer en otro día y quedar libre de pecado! Y si acaso prefieres deleitarte precisamente en este día ¿qué cosa hay más agradable que esta reunión? ¿qué hay más agradable que la reunión espiritual con los miembros tuyos y la compañía de tus hermanos? Pero ¿es que además quieres tú participar de la mesa material? ¡Lo puedes hacer aquí mismo, una vez terminada la reunión, junto a la iglesia de los mártires, deteniéndote debajo de una vid o de una higuera; y aquí entregarte al recreo corporal; y librar tu conciencia de la condenación. Porque el mártir, visto de cerca y estando vecino, no permite que te entregues a un placer pecaminoso; sino que él, a la manera de un pedagogo, o de un padre excelente, visto con los ojos de la fe, reprime las risotadas, corta los placeres indecorosos, aparta todos los asaltos lascivos de la carne, ésos que allá en Dafne no es posible eludir.

Y esto ¿por qué? Porque el día de mañana ocuparán el suburbio los coros de los bailarines; y la vista de semejantes hombres muchas veces aun al que ha determinado portarse moderadamente, lo empuja insensiblemente a la imitación de sus torpezas; especialmente una vez que el demonio se mezcle en medio de ellos, atraído por los cantos de las meretrices, las palabras obscenas y la diabólica pompa y acompañamiento. Pero tú esas pompas ya las despediste y te entregaste al culto de Cristo, aquel día en que fuiste tenido como digno de participar de los sagrados misterios. ¡Acuérdate de aquellas tus palabras y del pacto que hiciste, y cuida de no violarlo!

Quiero también referirme a quienes están aquí presentes, y que no han acudido a Dafne, y poner en sus manos la salud de los otros. Porque el médico, cuando visita a un enfermo, pocas cosas dice al que está postrado; mientras que todo lo referente a los medicamentos y a los alimentos lo ordena a los parientes, después de haberlos reunido. ¿Por qué lo hace así? Porque el enfermo no acepta de pronto la admonición, mientras

que el sano con todo empeño cuida de lo que se le dice. Por esto, he querido hablaros a vosotros juntamente con éstos. Mañana ocupemos de antemano las puertas, cerquemos los caminos, bajemos de sus cabalgaduras los hombres a los hombres y las mujeres a las mujeres: ¡traigámoslos acá y no nos avergoncemos de esto! Donde va de por medio la salvación del hermano la vergüenza no tiene lugar. Si ellos no se avergüenzan de correr hacia las fiestas indecentes, mucho más conviene que nosotros no nos avergoncemos de atraerlos a estas sagradas reuniones. Tratándose de la salvación del hermano nada rehusemos.

Una vez que Jesucristo murió por nosotros, nosotros conviene que suframos cualquier cosa por el bien de nosotros mismos. Aunque os propinen bofetadas u os persigan con maldiciones, no los soltéis ni desistáis hasta que los traigáis ante este santo mártir. Y aunque sea necesario estar a juicio llevados por los transeúntes, que oigan los que quieran oír: ¡Quiero salvar a mi hermano! ¡veo una alma que perece y no puedo desentenderme de quienes están unidos conmigo en parentesco! ¡repréndame el que quisiere! ¡acúseme el que lo desee! Pero nadie os reprenderá, sino que todos os alabarán y os estrecharán la mano. Porque yo no lucho ni batallo por causa de riquezas, ni por venganza de odios privados, ni por otra cosa alguna de las de este siglo, sino por la salvación de mis hermanos. ¿Quién habrá que esto no apruebe? ¿quién no lo alabará? ¡El espiritual parentesco nos ha hecho mucho más amantes que los padres respecto de los parientes según la carne!

Si os parece, tomemos con nosotros al mártir mismo; porque él no se avergüenza de correr a la salvación de sus hermanos. Pongámoslo delante de los ojos de aquéllos; témanlo presente; reveréncienlo cuando les ruega y suplica, pues no se avergüenza de suplicar. Porque si el Señor ruega por nuestra humana naturaleza: Por Cristo, dice Pablo, desempeñamos la legación, como que El ruega por nosotros a Dios, reconciliaos con Dios,<sup>9</sup> con mayor razón hará esto su siervo. Porque una sola cosa hay que lo contriste, que es nuestra perdición; y una sola que lo alegre, que es nuestra salud; y por lo mismo, nada hay que por ella no acepte. Así pues, tampoco nosotros nos avergoncemos ni lo tengamos por cosa superflua.

Si los cazadores atraviesan los precipicios, los montes, los abismos, los sitios descaminados, cuando quieren cazar una liebre o una cabra silvestre o algún otro animal de esa especie, y aun por solas las aves que generalmente son espantadizas, tú, que vas en pos, no de una bestia vil sino de tu hermano en el espíritu, por quien Cristo dio su vida para salvarlo de la perdición ¿te avergonzarás y rehusarás salir siquiera a las puertas de la ciudad, no digo ya a ir por los montes y los bosques? Pero ¿cómo obtendrás perdón? ¿no has escuchado a cierto sabio que clama: ¡Hay una vergüenza que conduce al pecado!<sup>10</sup> Pero ¡es que temes que alguno te reprenda! ¡Échame la culpa! ¡di que así lo ordenó el sacerdote! ¡yo estoy preparado a entrar en discusión y dar mis razones a quienes te reprendan! Pero ¡no! ¡nadie nos reprenderá ni a mí ni a ti, ni aun cuando sea excesivamente impudente! ¡Nos alabarán todos, nos encomiarán todos a causa de nuestro cuidado; y esto no solamente en nuestra patria, sino también en las ciudades vecinas a la nuestra, al ver que hay entre nosotros tan grande caridad y tan crecido amor a nuestros hermanos!

<sup>9</sup> 2Cor. V, 20. 466

Pero ¿qué digo yo los hombres? ¡El Señor mismo de los ángeles nos alabará

juntamente! Conocida, pues, la merced, no descuidemos la caza; y no volvamos aquí mañana solos, sino trayendo cada uno la caza consigo. Si te presentas aunque sólo sea en la hora aquella en que cada cual sale de su casa y emprende el camino, y logras traerlo a que visite este lugar, ya luego no habrá dificultad alguna; sino que una vez pasada la ocasión te lo agradecerá en gran manera, y todos los demás te alabarán y exaltarán. Y lo que es lo supremo, el Dios de los cielos os premiará por esto y aumentará la ganancia y la alabanza.

Considerando, pues, el lucro que se nos sigue de lo dicho, salgamos a las afueras de la ciudad; y tomemos a nuestros hermanos, y traigámoslos acá, a fin de que también mañana tengamos una reunión plena y un auditorio completo. Y esto para que, con motivo de nuestro celo y diligencia que aquí ponemos, el santo mártir nos reciba confiadísimos en los tabernáculos eternos; confianza que ojalá obtengamos todos por gracia y benevolencia del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el santo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.<sup>11</sup>

10 Eccli. IV, 25.

11 No hemos encontrado cuál haya sido el resultado de una exhortación tan vehemente en la que el Crisóstomo parece agotar las razones y los movimientos pasionales para lograr esa forma de apostolado que en los tiempos modernos parecería un celo no "secundum scientiam".

23

## **XXIII HOMILÍA encomiástica en honor de los santos mártires JUVENTINO y MAXIMINO**

que sufrieron el martirio bajo Juliano el Apóstata. Dice el santo al comienzo que hacía poco había congregado a sus oyentes el mártir san Babylas. La Homilía en honor de san Babylas se tuvo el 24 de enero. El año no se ha podido averiguar. La partícula iiQcprjv significa un corto espacio de tiempo anterior en algunos días.

EL BIENAVENTURADO BABYLAS nos congregó hace pocos días, juntamente con los tres jóvenes; y ahora dos santos soldados han de nuevo puesto aquí en pie al ejército de Cristo. Hace poco una cuadriga de mártires; ahora, un par. No es igual su edad, pero una es su fe; diversos son los combates, pero una misma la fortaleza; anteriores son aquéllos cuanto al tiempo, éstos en cambio son más recientes. Así es el tesoro de la Iglesia: tiene piedras preciosas antiguas y modernas, pero una es la belleza de todas. La flor de los mártires ni se marchita ni se cae con el tiempo. La naturaleza de este esplendor es tal que no conoce la herrumbre de la antigüedad. Con el transcurso de los años, las riquezas que atañen al cuerpo fácilmente perecen: porque los vestidos se desgastan, las casas se destruyen, el oro se consume con el orín; y en una palabra, la naturaleza de todas las riquezas sensibles, con el tiempo cae y desaparece.

No sucede lo mismo con los tesoros espirituales: me refiero a los mártires que mantienen siempre su vigor, y siempre permanecen en la misma flor de juventud, y perpetuamente emiten los rayos de su fulgor de gloria. Y vosotros, sabedores de esto,



dais culto, sin diferencias, a los antiguos y a los más recientes; y a todos los veneráis con la misma prontitud, con el mismo amor, con el mismo afecto, y a ellos os encomendáis. Porque no ponéis los ojos en el tiempo sino que examináis la fortaleza del alma, la piedad, la fe invicta, el celo fervoroso y exaltado y las otras virtudes que muestran los santos a quienes hoy venimos a honrar.

Ardían en tan grande amor de Dios, que aun fuera del tiempo de persecución fueron ceñidos con la corona del martirio, y sin batalla lograron levantar el trofeo, y sin lucha obtuvieron la victoria, y sin certamen lograron el premio. Cómo haya sido, yo os lo voy a decir. Pero llevad en paciencia que tome el negocio un poco de más arriba.

Hubo, todavía en nuestro tiempo, un emperador que superó en impiedad a todos los que lo habían precedido, acerca del cual dije hace poco muchas cosas.<sup>1</sup> Este, como observara que nuestras iglesias, por razón de los mártires y con su muerte, se volvían más preclaras; y que por tal motivo se aprestaban gozosos a la muerte por la religión no sólo los varones, sino además los niños tiernos y las doncellas aún no casadas y en suma todo sexo y edad, se dolía y atormentaba; pero, por lo demás, no quería excitar una nueva guerra manifiesta y abierta; porque decía que con ella, todos volarían al martirio como las abejas al panal.

Y no lo había aprendido de otros sino de sus mismos antepasados. Porque los tiranos acometieron a la Iglesia y también los paganos nos persiguieron constantemente, allá cuando la centella de la religión era pequeña todavía. Pero no la apagaron ni la destruyeron, sino al revés fueron ellos destruidos. Y la centella crecía diariamente y se levantaba a lo alto, e invadía el orbe por todas partes, en tanto que sus fieles eran muertos, quemados, colgados, echados a los precipicios. Porque ellos pisoteaban los carbones encendidos como si fueran lodo; y el mar y las olas los miraban como si fueran prados de rosas; y corrían hacia las espadas como si fueran diademas; y en tal forma superaban toda clase de tormentos que no solamente los toleraban con fortaleza y generosidad a la vez, sino con presteza y alegría.

Más aún: a la manera que las plantas con el riego se desarrollan cada vez más, así nuestra fe florece cada vez más cuando se la ataca; y castigada, toma mayor incremento. No hay huerto regado por las aguas que así germine y tenga fecundidad como las iglesias si se las riega con sangre de mártires. Como todo esto y mucho más supiera aquél, tenía el suficiente miedo para no luchar abiertamente contra nosotros. "¡No hagamos, se dijo, que obtengan frecuentes trofeos y lleven continuamente la victoria y alcancen las coronas!"

Se refiere a la Homilía, no al Discurso, acerca de san Babylas.

¿Qué es, pues, lo que hace? ¡Atiende, te ruego, a su perversidad! ¡Ordena que los médicos, los soldados, los sofistas, los oradores, todos abandonen sus profesiones o renieguen de su fe! Y de este modo levantó contra nosotros la guerra, arrojando sus dardos desde lejos; con el objeto de que si renegaban de su fe fueran ridículamente vencidos, puesto que no daban la preferencia a la fe sino a sus riquezas. Y, si acaso valientemente perseveraban y salían vencedores, su victoria no fuera brillante ni señalado su triunfo: ¡porque no es cosa tan grande el despreciar un arte o una profesión por la piedad!

Pero no terminaba aquí su maldad; sino que, si alguno en los tiempos anteriores, cuando los reyes eran piadosos, había destruido altares paganos o derribado templos o arrebatado ofrendas de los ídolos, o en fin había hecho alguna cosa semejante, era arrastrado a los tribunales, y eran degollados no solamente ése sino además los que aun simplemente eran delatados de haber hecho lo mismo. Y fingía otros mil variados motivos, de manera que no había alma piadosa que no llorara. Y hacía todo esto con el fin de que perdiera su brillo la corona del martirio; y con todo siguieran adelante las muertes y las matanzas y no aparecieran para nada los premios de los mártires. Pero nada le aprovechaba. Porque quienes tales cosas sufrían, no esperaban recibir coronas ni por los decretos de aquél ni de su maldad en absoluto, sino del Juez incorruptible, digo del de allá arriba.

Estando así las cosas, y temiendo el emperador la guerra contra nosotros y con miedo de ser derrotado, sucedió que se celebrara un convite militar, al cual concurrieron los mártires que ahora aquí nos han reunido. Y, como suele suceder en los banquetes, se alargaron las conversaciones y unos discurrían sobre unas cosas y otros sobre otras. Entonces éstos deploraron los males de su tiempo y juzgaban felices los tiempos anteriores; y entre sí, lo mismo que a sus compañeros de convite, se decían: "¿Vale la pena el vivir en adelante? ¿o el respirar o el ver la luz de este sol, cuando las leyes sagradas se conculcan, se injuria la piedad y se deshonra al Creador de todas las cosas? ¡Todo rebosa del olor de los sacrificios al demonio y de las víctimas impuras, y no podemos respirar un ambiente sano!"

Pero tú, oyente, no pases de largo y a la ligera sobre lo que dijeron y en qué ocasión lo dijeron y con cuánta piedad lo dijeron. Porque si en un convite militar en donde reinan la embriaguez y la intemperancia y se compite en los derroches y hay un verdadero certamen de locura y de inconsciencia así se dolían y gemían ¿cuáles serían cuando estaban en su casa y hablaban solos y entre sí? ¿Cuáles serían en sus plegarias los que en la ocasión misma del placer se mostraban moderados y con tan apostólicas entrañas? ¡Unos caían vencidos, pero éstos lloraban! ¡otros procedían impiamente, pero éstos ardían en celo! ¡Y no disfrutaban de su propia salud espiritual a causa de la enfermedad de sus hermanos! ¡Y como si hubieran sido constituidos jefes e intendentes de todo el mundo, así lo lloraban y se dolían por los males que entonces tenían lugar!

Mas no permaneció secreto lo que platicaban. Porque de entre los compañeros de banquete hubo uno que era adulator y burlador; y como quisiera caer en gracia al emperador, fue a poner en sus oídos todo, tal como los mártires lo habían hablado. El tirano, aprovechándose de la ocasión, hartó tiempo por él buscada, los acusó de que con sus palabras ponían asechanzas al Poder; e intentaba con esto privarlos de la corona del martirio. Ordenó que sus bienes fueran vendidos a subasta y ellos fueran encarcelados. Pero los mártires saltaban de gozo y se regocijaban y decían: "¿Para qué necesitamos de riquezas ni de vestidos preciosos? ¡Aunque sea necesario despojarnos por Cristo de nuestro más íntimo vestido, que es la carne, no nos opondremos, sino que espontáneamente lo cederemos". Fueron entonces sus casas notadas con una señal y robados todos sus haberes.

Pero ellos, a la manera de hombres que han de salir de camino hacia su patria lejana y por lo mismo con frecuencia convierten todas sus posesiones en dinero y lo envían por delante, así lo hicieron. Pues como habían de viajar hasta el cielo, enviaron por delante sus riquezas, haciéndoles el negocio y ayudándoles sus mismos enemigos. Porque al

cielo van no solamente las riquezas que bajo el nombre de limosnas distribuimos, sino también todas aquellas que nos arrebatan los enemigos de la fe y perseguidores de las almas piadosas, que son allá tesoros. Porque este tesoro no lo es menos que aquél. Oye lo que dice Pablo: Y llevasteis con gozo la rapiña de vuestros bienes, con la esperanza de mejores y más permanentes riquezas en el cielo.<sup>2</sup>

En cuanto entraron en la cárcel, corrió hacia ellos toda la ciudad, aunque con muchos terrores y amenazas y peligros estaba prohibido que alguien se les acercara o les hablara o de cualquier manera con ellos se comunicara. Pero el temor de Dios echó abajo todas esas trabas; y fue ocasión para que muchos que con ellos sostenían amistad también alcanzaran el martirio. Porque, despreciando la vida presente, los visitaban con frecuencia y celebraban con ellos sagradas vigiliass y cantaban salmos. ¡Estaban aquellas amistades llenas de espirituales enseñanzas y consuelos ! ¡cerrada la iglesia, la cárcel se había convertido en iglesia! Y no solamente los visitantes sino también los demás detenidos en el interior de la cárcel, aprendían de ellos, por su fe y su paciencia, una grande moderación y virtud.

Cuando esto supo el emperador se irritó sobremanera. Y queriendo vencerlos y quitarles su alegría, pagó a ciertos hombres malvados y prestidigitadores para que les pusieran asechanzas; con el objeto de que se les juntaran con frecuencia cuando hubiera ocasión de conversar con ellos, y se les presentaran no como enviados del emperador, sino como si obraran por propio impulso, y así los exhortaran a renegar de la religión y pasarse a la impiedad. Y decían a los mártires: "¡De este modo no sólo escaparéis del peligro inminente, sino que seréis elevados a más altos puestos y aplacaréis felizmente la ira del emperador! ¿No veis cómo otros de vuestra misma calidad han hecho lo mismo?" Mas ellos respondieron: "¡Pues precisamente por esc motivo nosotros nos sostendremos varonilmente, a fin de ofrecernos como sacrificio expiatorio de la caída de esos otros! ¡Tenemos un Señor benigno que suele, aun con sólo un sacrificio que reciba, recibir en su gracia a todo el mundo!"

2 Hebr. X, 34.

Y del mismo modo que en otro tiempo los tres jóvenes del horno dijeron: ¡No hay ahora, en este tiempo, ni príncipe ni profeta ni jefe ni holocausto ni sacrificio ni sitio en donde ofrecerlo para que alcancemos misericordia, pero Tú, Señor, recíbenos en espíritu de humildad y contrición! ([Da 3,38-39](#)) así estos mártires, como vieran los altares destruidos, las iglesias cerradas, expulsados los sacerdotes, todos los fieles puestos en fuga, procuraban ofrecerse por todos al Señor, y buscaban cómo, abandonadas las cohortes militares, se unirían al coro de los ángeles. "¡Aunque ahora no muramos, decían, con todo más tarde tenemos de morir y sufrir no mucho tiempo después. Es, pues, preferible morir ahora por el Rey de los ángeles a morir después en alguna batalla por un rey tan malvado; es preferible deponer nuestras armas por motivo de la patria celeste antes que por la patria terrena que hollamos con nuestros pies. Aquí, aunque alguno muera, no recibirá de su emperador premio alguno digno de su fortaleza". "Y en verdad ¿cómo puede un hombre favorecer a un difunto? ¡A éste con frecuencia ni siquiera se le da sepultura, y no raras veces es devorado por los perros! En cambio, si morimos por el Rey de los ángeles, seguros estamos de que recibiremos un cuerpo mucho más glorioso, y brillaremos con gloria mayor, y los premios por los trabajos serán mucho más crecidos, y obtendremos las coronas. ¡Tomemos pues las armas espirituales! ¡No se necesitan armas de las que caen bajo el dominio de los sentidos, ni

arcos ni saetas! ¡En vez de todo eso, nos basta con la lengua! ¡Porque las bocas de los santos son también aljabas desde las cuales se infieren al enemigo diabólico frecuentes heridas en la propia cabeza!"

Todas estas cosas y otras semejantes le fueron comunicadas al emperador; el cual, sin embargo, no desistió, sino que los tentó con nuevos y nuevos alicientes. Y de tal manera combinó el asunto aquel emperador astuto, engañoso e ingenioso para el mal, que, si eran vencidos y cedían, al punto se les condujera a un sitio público y se les obligara a sacrificar; mientras que si perseveraban, y en tan grande batalla mostraban su fortaleza, su victoria quedara oculta, y se les diera muerte bajo el pretexto de que habían ambicionado el poder.

Pero Aquel que revela todas las cosas ocultas y escondidas, no permitió que semejantes maquinaciones permanecieran ignoradas y que tales asechanzas fueran desconocidas; sino que, como sucedió a la mujer egipcia que se acercó a José en lo interior de su aposento y en la soledad, con lo que esperaba que su crimen quedara oculto a todos, pero no se pudo ocultar al Ojo que no conoce el sueño, ni tampoco a la posteridad, pues lo que aquella mujer dijo a José sin testigos ahora se publica por toda la tierra,<sup>4</sup> así sucedió acá y que las cosas que el tirano hablaba mediante los consejeros que había pagado, con la esperanza de que así quedarían ocultas, no permanecieron ignoradas. Porque todos los pósteros supieron así las asechanzas del emperador como la victoria de los triunfadores.

Finalmente, como pasara ya mucho tiempo, y lo mucho del tiempo en nada quebrantara la prontitud de ánimo de aquellos varones, sino que más bien excitara el deseo y el ansia de otros, y consiguiera así muchos émulo, ordenó el tirano cruel que durante la noche fueran conducidos a un precipicio. Fueron pues llevadas aquellas luminarias durante la noche, y allá, primero fueron degollados los mártires. Pero, sus cabezas, una vez cortadas eran más terribles al demonio que cuando aún hablaban: a la manera que la cabeza de Juan no aterrorizaba tanto cuando podía hablar como cuando, ya muda, era llevada en la escudilla. Porque la sangre de los santos tiene también su voz que no se oye con los oídos pero penetra en las conciencias de los asesinos.

Después de aquella bienaventurada y feliz matanza, otros mártires que aún vivían fueron y arrebataron a los excelentes atletas; y esto con peligro de sus vidas, con el fin de depositar decentemente sus reliquias. Porque ellos, aunque no habían recibido la muerte, pero deseaban la muerte, y con semejantes disposiciones fueron a recoger los cuerpos de los mártires. Afirman los que entonces estuvieron presentes y pudieron contemplar aquellos cuerpos recientemente destrozados, que mientras ellos se encontraban postrados, uno junto al otro, delante del sepulcro, brilló en los ojos y rostro de los mártires una gracia tal como la que afirma Lucas 5 que tuvo Esteban cuando iba a responder a los judíos; y no hay uno solo que no haya sentido un piadoso terror en presencia de los mártires: ¡hasta tal punto aquel su aspecto a todos impresionaba!

De manera que todos clamaban en su honor lo que dijo David: ¡En su vida no se separaron, y en su muerte no fueron apartados!<sup>6</sup> Porque juntos hicieron confesión de su fe, juntos fueron encarcelados, juntos sacados al precipicio y juntos decapitados; y ahora, un mismo lóculo guarda sus cuerpos y un mismo tabernáculo los recibirá en el cielo cuando los reasuman con una gloria mayor. No parece impropio llamarlos columnas y promontorios y torres y luminas y toros. Porque a la Iglesia de Dios como

columnas la sustentan, como torres la defienden, como promontorios rechazan las olas de las asechanzas y procuran a quienes dentro de ella están una tranquilidad muy grande; y como luminares, echaron fuera las tinieblas de la impiedad, y como toros, con el alma y con el cuerpo y con la misma prontitud, llevaron el suave yugo de Cristo.<sup>7</sup>

¡Visitémoslos con frecuencia! Toquemos su urna y con grande fe abracemos sus reliquias, a fin de sacar de aquí alguna bendición. Porque, a la manera que los soldados, mostrando a su rey las heridas que recibieron en la batalla, le hablan con grande confianza, así estos mártires, llevando en sus manos las cabezas cortadas y poniéndolas en frente, pueden alcanzar del Rey de los cielos cualquiera cosa que le pidan. ¡Vengamos, pues, aquí con grande presteza, con grande fe; para que, habiendo contemplado estos santos despojos y habiendo considerado sus combates, saquemos en todos sentidos grandes tesoros; y de tal manera pasemos esta vida presente, que lleguemos al puerto de la eternidad con grandes mercancías; y consigamos el reino de los cielos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre y juntamente al Espíritu Santo la gloria, el poder, el honor y la adoración, por los siglos de los siglos. Amén.

4 Gen. XXXIX, 11.

5 Hechos VI, 15.

6 2Sam. I3 23.

7 Puede observarse una vez más como se agolpan las imágenes y no dan lugar al oyente a digerirlas: la imaginación oriental arrastra al orador. Pero la fuerza oratoria se siente a través de todas las palabras.

24

## **XXIV HOMILÍA encomiástica en honor del santo mártir LUCIANO.**

Fue predicada el 7 de enero del 387, o sea al día siguiente de la fiesta de la Epifanía, en la que también había predicado el santo Doctor acerca del Bautismo del Señor en el Jordán. El martirio de san Luciano, presbítero de la iglesia antioquena, quien confesó su fe entre "los tormentos del hambre y otros muchos, tuvo lugar entre el 311 y el 312, en la persecución de Maximino. Los arrianos hicieron grandes esfuerzos por demostrar que Luciano pertenecía a los de su facción, con ocasión de haberse pasado al arrianismo algunos de los discípulos de este mártir. Más aún, discípulos suyos habían sido el propio Arrio y también Eusebio de Nicomedia. Puede verse sobre esto nuestra Introd. n. 5 y nota 23.-A estos últimos a veces les daban el nombre de colucionistas.

¡SUCEDIÓ LO QUE AYER había yo temido y que ahora se ha realizado ! ¡Que una vez pasada la solemnidad,<sup>1</sup> también se apartó la multitud, y la reunión de hoy ha sido menor. Con toda certeza sabía yo que había de suceder; pero, con todo, no por eso he querido omitir mi exhortación; puesto que, aunque no se hayan persuadido todos los que el día de ayer me escucharon, tampoco dejaron de persuadirse todos en absoluto. Y no es un motivo pequeño de consuelo para nosotros. Por lo mismo, no desistiré hoy de mi exhortación. Al fin y al cabo, si no de nuestra boca, pero ciertamente de la vuestra oirán ellos lo que se diga. Porque ¿quién podría soportar en silencio tan grande pereza, ni cómo concederles perdón o siquiera defensa, puesto que después de tanto tiempo de

haber estado contemplando a su madre, y tras de haber gozado de sus bienes, ahora se han marchado? ¡Y no se dignaron regresar, sino que imitaron no a la paloma sino al cuervo aquel de Noé; 2 y esto en tanto que duran aún la hinchazón de las olas y la tempestad, y se levanta cada día más embravecido el huracán! ¡y esto mientras el arca santa se encuentra colocada en medio y a todos llama y con es! Se refiere a la Epifanía y Bautismo del Señor.

2 Gen. VIII.

fuerzo los atrae, y ofrece a quienes en ella se refugien una plena seguridad! Porque contiene y refrena las continuas convulsiones no de las aguas ni de las olas, sino de las constantes hinchazones de las pasiones más irracionales: ¡ella aparta la envidia y refrena el desvarío!

Aquí ni el rico podrá despreciar al pobre, al escuchar de las divinas Escrituras que: Toda carne es heno y toda la gloria del hombre es como la flor del heno;<sup>3</sup> ni tampoco el pobre, al ver rico al otro, se dejará coger de la envidia, cuando oiga también al profeta que dice: No temas si acaso el hombre adquiere riquezas ni cuando se acreciente la gloria de su casa; porque al morir no llevará consigo todas esas cosas ni la gloria lo acompañará al sepulcro\* Porque tal es la naturaleza de semejantes riquezas: que no acompañan al que las posee, ni transmigran juntamente con sus dueños, ni se hallarán presentes cuando él sea juzgado y sufra su sentencia, sino que la muerte en absoluto y de golpe las separará. Más aún: ellas mismas a muchos los abandonan aun antes que llegue la muerte. De manera que su uso está lleno de desconfianzas, es un goce inseguro y su posesión rebosa de peligros.

No son de semejante naturaleza los bienes que producen la virtud y la limosna; sino que este tesoro está libre de las rapiñas. ¿Por dónde aparece esto? Aquel que filosofaba acerca de las riquezas y decía: No descenderá con él la gloria en su seguimiento, ese mismo nos enseñó acerca de los tesoros de la limosna que permanecen para siempre y no pueden ser robados, cuando dijo: ¡Repartió y dio a los pobres: su justicia permanece por los siglos! 5 ¿Qué puede haber más admirable? ¡Perecen las riquezas que se amontonan y en cambio permanecen las que se distribuyen! Pero con razón sucede. Porque estas últimas las recibe Dios, y nadie puede arrebatárselas de la mano de Dios; en cambio aquellas otras se depositan en las arcas de los hombres, en donde están expuestas a mil asechanzas, y en donde abundan la envidia y el odio.

3 Isaías XL, 6.

4 Salmo XLVIII, 17-18.

5 Salmo CXI, 9.

Así pues, no descuides, carísimo hermano, el frecuentar estos sitios; porque si alguna tristeza te hace dificultad, aquí se aparta; o si se trata de las ordinarias dificultades de la vida, huyen de aquí; y si es alguna pasión irracional, aquí se apaga. En cambio, de la frecuentación de las plazas y de los espectáculos y de las demás reuniones profanas, volvemos a nuestras casas cargados con muchas preocupaciones y desalientos y enfermedades del alma. Pero si pasas aquí continuamente tu vida, entonces aun los males que allá afuera pudieras haber contraído, aquí los depondrás. Por el contrario, si te escapas y huyes de aquí, aun los bienes que habías adquirido con escuchar las divinas Escrituras, en absoluto los perderás y sin sentirlo aquellas reuniones y aquellas

conversaciones mundanas te los robarán.

Y para que veáis que esto es verdad, una vez que os hayáis apartado de aquí procurad observar a los que no han venido: entonces caeréis en la cuenta de cuánto dista vuestra tranquilidad de ánimo del desasosiego de aquéllos. No es tan hermosa y agradable una esposa sentada en su lecho, como es admirable y gloriosa una alma que se presenta en la iglesia con el perfume de los espirituales ungüentos. Porque quien a este sitio se acerca con fe y con empeño, se aparta luego de él enriquecido con innumerables tesoros. Y después, con sólo abrir su boca, llena a quienes con él conversan de olores suavísimos y de espirituales riquezas. Y aunque lluevan sobre él infinitas calamidades, todas las sobrellevará más fácilmente, por haber sacado de las Sagradas Escrituras, en este lugar, un buen acopio de paciencia y moderación. Y a la manera de quien permanece perpetuamente fijo en una roca, se ríe de los oleajes, así aquel que goza constante mente de nuestras reuniones, y recibe el riego de la divina palabra, habiéndose afirmado en el recto juicio de las cosas, como en una roca, no será envuelto por ningunas cosas humanas, por que se ha colocado en un sitio más alto de lo que pueden alcanzar los asaltos de los negocios humanos.

Y acontece que se aparte de aquí tras de haber recibido en su alma un grande deleite y utilidad, no solamente de las exhortaciones, sino además de las oraciones, de la bendición episcopal y del conjunto y caridad de los otros hermanos y de otras infinitas cosas; de modo que regresará a su hogar llevando consigo incalculables beneficios. Ved, pues, de cuan grandes favores saldréis colmados vosotros y cuan grande pérdida experimentarán aquéllos. Porque vosotros saldréis de aquí llevando el premio de los mártires; aquéllos, en cambio, además de perder esta ganancia, sufrirán otro daño: el de salir de sus conversaciones inútiles y vacías, distraídos y con la recia carga de las preocupaciones. Porque, del mismo modo que: Quien recibe a un profeta en nombre del profeta recibirá el premio del profeta; y el que recibe al justo en nombre del justo, recibirá el pago del justo\* así el que recibe al mártir en nombre del mártir, recibirá el premio del mártir. Y recibir al mártir es acudir a la conmemoración del mártir, es participar en la narración de sus combates, es alabar sus hechos, imitar sus virtudes, comunicar con otros la valentía de él. Estos son los regalos de huéspedes que hacen los mártires: ¡eso es recibir a estos santos, como vosotros lo habéis hecho en este día!

Ayer nuestro Señor fue bautizado con agua, hoy su siervo es bautizado con sangre; ayer se abrieron las puertas de los cielos, hoy las puertas del infierno han sido conculcadas. Y no os admiréis de que yo haya llamado bautismo al martirio, porque también aquí revolotea el Espíritu Santo con grande abundancia, y hay perdón de los pecados, y se obra una purificación admirable e increíble en el alma. A la manera que los bautizados se lavan con el agua, así los mártires con su propia sangre. Como sucedió también en este mártir.

Pero, antes de tratar de cómo fue muerto, es necesario que hablemos de la perversidad del enemigo. Porque, como el demonio advirtiera que todo género de castigos y de suplicios había sido burlado por el mártir; y que ni tostándolo en el horno, ni echándolo en el foso, ni aprontando el suplicio de la rueda, ni poniéndolo sobre el ecúleo, ni echándolo a los precipicios, ni empujándolo a los dientes de las fieras, había podido superar la virtud del santo mártir, inventó otra forma de castigo, mucho más difícil; porque daba vueltas en derredor en busca de algo que fuera a la vez acerbísimo y de larga duración. Mas, como aquellos tormentos que son intolerables, traen consigo un

pronto cambio y rápida liberación, y los que son de duración larga hacen desaparecer el dolor, al fin se dio prisa a inventar otra pena que juntara ambas cosas: la duración y el dolor excesivo e intolerable con el fin de que, a causa de lo terrible del suplicio y lo largo de su duración, pudiera echar por tierra la constancia de ánimo del mártir.

Mat. X, 41.

¿Qué hace, pues? ¡Expone a este santo al tormento del hambre ! ¡Pero, tú, al oír, el tormento del hambre, no pases de corrida lo que eso significa; porque este género de muerte es el más cruel de todas las muertes, como lo atestiguaron quienes lo experimentaron. ¡Ojalá que nosotros no lo experimentemos! ¡Porque bellamente hemos sido enseñados a orar para que no entremos en la tentación! El hambre, a la manera de un verdugo que se asienta en las entrañas, va devorando todos los miembros del cuerpo y destrozándolos todos, con mayor crueldad que un fuego cualquiera y que una bestia salvaje, con lo que va proporcionando un continuo e indecible padecimiento.

Y para que entiendas qué cosa tan grande es el hambre, muchas veces las madres han celebrado banquetes con sus propios hijos, por no poder soportar la fuerza de tal padecimiento. Y el profeta, llorando la tragedia del hambre y su desdicha, decía: ¡Las manos de las madres misericordiosas cocieron a sus propios hijos! 7 ¡Comían a los mismos a quienes habían dado a luz! ¡se convertía en sepulcro de los niños el vientre mismo que los había parido! ¡Vencía el hambre al instinto de la naturaleza! ¡Más aún, no solamente vencía a la naturaleza sino a la voluntad misma! Y con todo ¡a la generosidad de este santo no logró vencerla !

¿Quién no quedará estupefacto al oír estas cosas? Porque ¿qué hay más poderoso que la naturaleza? ¿Qué hay más voluble que la voluntad? Pero, para que aprendiéramos que nada hay más fuerte que el temor de Dios apareció la voluntad siendo de mayor temple que la misma naturaleza. ¡Esta doblegó a las madres y las hizo olvidar los dolores del parto; mientras que a este santo no pudo postrarlo, ni venció el tormento a su virtud, ni pudo más el castigo que su valor! Porque permaneció más firme que el diamante, y se deleitaba con la buena esperanza, y se glorió de haber tenido ocasión de tales combates, y se consolaba con que se le hubiera proporcionado la oportunidad de semejante certamen. Especialmente cuando oía que Pablo le decía continuamente: ¡En hambre y en sed, en frío y en desnudez! 8 Y también aquello otro: ¡Hasta el día de hoy padecemos hambre y sed y andamos pobremente vestidos y somos abofeteados! 9 Finalmente, porque conocía muy bien aquello de que: ¡No de sólo pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios! 10

Cuando el demonio malvado observó que el mártir no se entregaba, ni a pesar de tan grande apretura y estrechez, llevó la prueba a un mayor extremo. Porque, habiendo tomado de las carnes ofrecidas a los ídolos, y habiendo colmado de ellas una mesa, procuró que la pusieran delante de los ojos del mártir, a fin de que la facilidad del manjar ya preparado y a la mano, disipara la firmeza de su fervor. Porque no se nos coge de la misma manera cuando no están a la vista los alicientes, como cuando están delante de los ojos. Del mismo modo que cualquiera sin duda vencería con mayor facilidad la concupiscencia de las mujeres no mirando a una mujer de bellas formas, que fijando constantemente en ella sus miradas. Pero aquel varón justo venció también en esta emboscada; y aquello que el demonio había creído que vencería su varonil firmeza, eso precisamente la acució más y la urgió para la batalla. Porque no solamente no



recibió daño alguno de la vista de las carnes ofrecidas a los ídolos, sino que con mayor fuerza aún las apartó y las aborreció.

Y lo que nos acontece con los enemigos, que cuanto más los contemplamos tanto más los aborrecemos y los rechazamos, le sucedía al santo en aquella ocasión respecto de las malvadas carnes de los sacrificios: que tanto más las aborrecía y de ellas se apartaba cuanto más las contemplaba; porque mientras más las veía más náuseas le causaban y se alejaba de ellas; y la continua presencia de las carnes lo empujaba a un mayor aborrecimiento y apartamiento de aquellos manjares que delante yacían. Y en tanto que el hambre en su interior grandemente gritaba y le ordenaba echar mano de aquellos alimentos, el temor de Dios le contenía las manos y hacía que se olvidara de su propia naturaleza. Y al contemplar aquella mesa impura y malvada, se acordó de la otra mesa temible y repleta del Espíritu Santo; y de tal manera se enfervorizaba que determinaba consigo mismo antes padecer cualquier tormento y sufrirlo, que ir a probar los impuros manjares.

7 Jerem. Tren. IV, 10. 8 2Cor. XI, 27.

8 1Cor. IV, 11. 10 Mat. IV, 4.

Se acordaba también de aquella mesa de los tres jóvenes del horno, quienes presos en su juventud, y destituidos de todo auxilio, y en una tierra extraña, y entre una gente bárbara, demostraron tanta sabiduría que hasta el día de hoy es celebrada su fortaleza. Los judíos, aun estando en su propia tierra, cometieron impiedades; y mientras tenían delante el templo adoraban a los ídolos. En cambio aquellos jóvenes, llevados a una nación extranjera y en donde los ídolos y toda impiedad eran cosa de costumbre, pasaban su vida en la observancia de las tradiciones patrias. Si pues estando cautivos, y siendo siervos, y estando en plena juventud, y antes de la ley de gracia, mostraron tan grande sabiduría, decidme ¿de qué perdón seríamos dignos si no llegáramos siquiera a la fortaleza a donde ellos llegaron?

Discurriendo, pues, el mártir sobre todas estas cosas, se reía de la maldad del demonio, y despreciaba sus astucias, y no se dejaba vencer por ninguna de las cosas que delante tenía. Una vez que el malvado demonio vio que nada adelantaba, lleva de nuevo al mártir al tribunal y lo sujeta a tormento y lo acosa con preguntas continuadas. Pero él, a cada una de sus persuasiones respondía solamente: "¡Soy cristiano!" Y como el verdugo le instara: "¿De qué patria eres?", respondió: "¡Soy cristiano". Le preguntó de nuevo: "¿Qué arte ejerces?" Y él le contestó: "¡Soy cristiano!" "¿Cuáles son tus antepasados?" Y a todo respondía: "¡Soy cristiano!" Y con solas estas sencillas palabras quebrantaba la cabeza del demonio y le causaba heridas que se sucedían unas a otras. Y eso que el mártir había sido educado en las disciplinas seculares. Pero sabía perfectamente que en semejantes certámenes, no es útil la retórica, sino que lo necesario es la fe. No hay necesidad de agudos argumentos sino de una alma amante de Dios. "¡Basta, decía, con una sola palabra, para poner en fuga a toda una falange de demonios!"

A quienes no examinan cuidadosamente, les parecerá esta contestación algo inconsecuente. Pero si alguno clava en ella su pensamiento, por ella misma conocerá la prudencia del mártir. Porque quien dice: "¡Soy cristiano!", con eso ha manifestado ya su patria, su linaje, su profesión y todo. ¿Cómo? ¡Yo lo voy a declarar! Porque el cristiano no tiene ciudad sobre la tierra, sino que su ciudad es la Jerusalén de allá arriba. Porque aquella Jerusalén que está allá arriba, dice el apóstol, es libre y ella es nuestra madre.<sup>11</sup>

El cristiano no tiene profesión de arte alguna terrena, sino que pertenece a la conversación de allá arriba, porque nuestra conversación, dice el apóstol, está en los cielos.<sup>12</sup> El cristiano tiene por parientes y conciudadanos a todos los santos. Porque somos, dice el mismo apóstol, conciudadanos y domésticos de Dios.<sup>13</sup> Así pues, el mártir con sola aquella palabra declaró quién era y de dónde y de quiénes y qué solía practicar, con toda exactitud. Y con esa palabra en los labios terminó su vida, y se marchó llevando a salvo el depósito de la fe en Cristo, y dejó a los pósteros una exhortación con sus sufrimientos, a fin de que se mantengan firmes, y nada teman sino el ir a negar a Cristo y caer en pecado.

Por nuestra parte, una vez que hemos conocido tales cosas, en el tiempo de la paz preparémonos para la guerra; a fin de que cuando sobrevenga la guerra también nosotros levantemos un brillante trofeo. Despreció aquél el hambre, despreciemos nosotros el placer y destruyamos la tiranía del vientre, a fin de que si acaso sobreviene alguna ocasión que exija de nosotros firmeza, aparezcamos resplandecientes en el momento de la lucha, por habernos ejercitado previamente en las cosas pequeñas. Delante de los reyes y príncipes usó aquél de toda franqueza, hagámoslo también ahora nosotros; y si acaso nos encontráremos sentados en las reuniones de los varones ilustres y de los helenos abundantes en riquezas, confesemos ahí con toda franqueza nuestra fe y despreciemos los errores de ellos. Y si intentaren engrandecer y ponderarnos sus cosas y empequeñecer y deshacer las nuestras, no callemos, no llevemos el apocamiento hasta eso, sino que, descubriendo con grande sabiduría y franqueza de palabra sus prácticas vergonzosas, alabemos las de los cristianos. Y a la manera que el emperador ostenta en la cabeza su corona, así nosotros llevemos por todas partes la confesión de nuestra fe. Porque no le adorna tanto a él su corona en la cabeza, como a nosotros la confesión de nuestra fe.

11 Galat, IV, 26. 13 Filip. III, 20. 13 Efes. II, 19.

Hagámoslo no con solas palabras, sino con las obras mismas; y mostremos un modo de vivir que sea en todo conforme con nuestra fe que confesamos. No deshonremos nuestra doctrina con la maldad de nuestras obras, puesto que, habiendo glorificado en todas las cosas a nuestro Señor Jesucristo, gozaremos tanto del honor presente como del futuro. El cual ojalá todos alcancemos, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre y el poder y la honra, en unión con el santo y vivificante Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

25

## **XXV HOMILÍA primera en honor de los santos MACÁBEOS y en alabanza de su madre.**

Las tres Homilías que siguen sobre los santos Macabeos, no proporcionan ningún indicio acerca del año en que fueron pronunciadas. Después de ellas pondremos un fragmento del Crisóstomo citado por San Juan Damasceno en su Libro III de las Imágenes; fragmento que no se encuentra en ninguna de las tres Homilías que poseemos. Finalmente, por razón de la materia, común en parte, pondremos una cuarta Homilía en honor del anciano Eleazar y los siete jóvenes Macabeos, mártires todos del Antiguo Testamento.

¡CUAN RESPLANDECIENTE Y ALEGRE se nos muestra hoy la ciudad! ¡este día se nos aparece más luminoso que todo el resto del año! ¡Y no porque el sol lance hoy sobre la tierra sus rayos de un modo más refulgente que de costumbre, sino porque la ciudad toda se encuentra iluminada por la luz de los santos mártires! ¡luz más deslumbrante que la luz del relámpago! ¡Porque más refulgentes que muchos soles son estos mártires, y más claros que los grandes luminares del cielo! De manera que por ellos hoy la tierra se encuentra mucho más adornada que los cielos. ¡No me hables en este día de la ceniza, ni del polvo, ni de los huesos consumidos por el tiempo: abre los ojos de la fe y contempla cómo junto a esas reliquias está la virtud de Dios, las rodea la gracia del Espíritu Santo, las envuelve difundido en torno el resplandor de la gloria celeste! ¡No salen del círculo del sol hacia la tierra rayos semejantes a los fulgores que, brotando de los santos cuerpos, van a cegar los ojos del demonio! Pues, así como los jefes de salteadores y los taladradores de sepulcros, en cuanto ven expuestas las armas reales, la loriga y el escudo y el morrión, que brillan todas en oro, al punto se apartan, y sospechando correr algún grave peligro no se atreven a acercarse ni a tocarlas, del mismo modo los demonios, verdaderos jefes de ladrones, en dondequiera que ven tendidos los cuerpos de los mártires, al punto huyen y se alejan.

Porque no miran a la naturaleza mortal de éstos, sino a la indecible dignidad de Cristo, que primero la portó. Tales armas ni los ángeles ni los arcángeles, ni otra cualquiera naturaleza criada las revistió, sino el Señor de los ángeles en persona. Y así como Pablo exclamaba: ¿Queréis acaso hacer experimento de Cristo, que es el que habla en mí?,<sup>1</sup> así éstos pueden exclamar: ¿Acaso queréis hacer experimento de Aquel que en nosotros luchó, Cristo? ¡Sus cuerpos son preciosos a causa de las heridas que por el Señor recibieron, puesto que por Cristo llevan esas llagas! Y así como la corona imperial, adornada por todas partes de piedras preciosas, lanza de sí variados cambiantes, del mismo modo los cuerpos de los santos mártires, adornados como con piedras preciosas con las llagas por Cristo recibidas, aparecen de mayor precio y más venerables que la diadema imperial. En los certámenes corporales, quienes establecen los juegos, piensan ser cosa digna de admiración el presentar en las plataformas a jóvenes atletas robustos y sanos; de manera que, aun antes de que comiencen a luchar, muevan a maravilla a los espectadores, con la sola macizez de sus miembros. Pero aquí no es así, sino todo lo contrario.

1 2Cor. XIII, 3.

Al proponernos Cristo el certamen, que no es como aquel corporal, sino otro horrendo y temible, puesto que no es de un hombre contra otro, sino de los hombres contra los demonios; pues al proponernos, repito, semejante certamen, no presenta para la lucha a jóvenes y robustos atletas sino a unos adolescentes, y con ellos a un anciano, Eleazar, y a una mujer anciana, madre de aquellos jóvenes. Pero ¿qué es esto, Señor? ¿Juzgas que no importa la edad para los certámenes y la palestra? ¿Quién oyó jamás que entrara en la lucha una mujer de edad avanzada? ¡Nadie lo ha oído! ¡Pues yo, dice el Señor, haré creíble con los hechos esa cosa increíble, nueva y nunca oída! Porque no soy yo tal establecedor de certámenes que lo fíe todo del esfuerzo de los luchadores, sino que estoy presente y les ayudo y extendiendo mi mano en favor de mis luchadores, y la mayor parte de su fortaleza les nace de mi patrocinio! Así pues, cuando veas a una mujer ya temblorosa, viejecita, necesitada de bastón, que entra al certamen y abate los furores del tirano, y vence a las potestades incorpóreas y fácilmente supera al demonio y muy

valientemente le quebranta su poder, admira la gracia del que instituye el certamen y llénate de estupor ante la virtud de Cristo.

No son robustos sus atletas según la carne, sino según la fe. Débil es su naturaleza, pero poderosa es la gracia que los unge para la lucha. Débiles son los cuerpos a causa de la edad, pero los ánimos son fuertes por el amor a la piedad. No se trata de una lucha corporal; y por lo mismo no debes considerar el exterior de los atletas, sino atender y ponderar con el raciocinio de la inteligencia la interior firmeza de sus almas. Advierte la fortaleza de su fe, a fin de que aprendas que no necesita quien lucha contra el demonio de un cuerpo lleno de robustez, ni de una edad florida; sino que aun siendo demasiado joven o que al contrario haya pasado ya de esa edad, si tiene un ánimo robusto y generoso, no le hará daño ninguno la edad para el combate.

Pero ¿qué digo anciano ni joven cuando las mujeres mismas emprendieron este certamen y están ahora ceñidas de esplendorosas coronas? Porque los certámenes corporales, por exigir cierta edad, robustez y dignidad, están cerrados a los siervos, a las mujeres, a los ancianos y a los demasiado jóvenes. En cambio esta palestra se abre con grande liberalidad a todas las condiciones sociales, a toda edad, a ambos sexos, con el objeto de que conozcas la virtud indecible y la generosidad del que establece el certamen; y veas confirmado con los hechos el dicho aquel del apóstol: ¡Porque su virtud precisamente se demuestra perfecta en la debilidad!<sup>2</sup> Cuando los niños y los ancianos proceden con fuerza sobrenatural, entonces se demuestra en ellos la gracia de Dios, que obra de manera espléndida. Y para que veas cómo la exterior debilidad de los atletas los hace más resplandecientes, una vez que obtienen la corona, ¡ea! ¡dejemos a un lado al anciano y a los adolescentes, y traigamos al medio a la mujer anciana, más débil que ellos, madre de los siete jóvenes! Porque los dolores del parto son un no pequeño impedimento en esta clase de certámenes.

¿Qué será lo que en ella admiraremos primero? ¿La debilidad de su naturaleza o lo avanzado de su edad o el tierno sentimiento de la conmiseración materna? Porque era madre, y fácilmente hubiera podido, por los tormentos de sus entrañas, vencerla la piedad de madre, si una virtud superior, nacida de la divina piedad, no hubiera armado con una fe varonil su pecho de anciana. ¡Grandes impedimentos son éstos para un certamen de tan grande paciencia! Pero yo tengo un impedimento mayor que traer aquí al medio, con el objeto de que veamos mejor la fortaleza de esta mujer y la maldad del demonio. ¿Cuál es él? ¡Observa la perversidad del maldito demonio! ¡No la echó por delante a la palestra, sino que la arrastró a la lucha después de sus hijos! ¿Por qué? ¡Con el objeto de que una vez destrozado su ánimo con los tormentos de sus siete hijos, y debilitada la firmeza de su determinación, y quitado su esfuerzo con el espectáculo previo de sus hijos puestos al suplicio, así, perdida su fuerza, más fácilmente fuera vencida! Pero tú piensa no ser ellos los que recibían los tormentos, sino medita en que ella en cada uno de ellos iba sufriendo dolores cada vez más terribles, y en cada uno quedaba traspasada.

2 Ibid. XII, 9.

Bien conocen todo esto las mujeres que han experimentado los dolores del parto y son ya madres. Porque muchas veces la madre, al ver a su hijo que se consume con la fiebre, no hay dolor que no aceptara para librar aquel cuerpo de sus padecimientos y pasarlos a sí misma: ¡hasta ese punto las madres estiman los sufrimientos de sus hijos como menos

tolerables que los propios! Y si esto es verdad, como en verdad lo es, aquella madre era atormentada más cruelmente con los suplicios de sus hijos que con los propios. Mayor era el martirio en la madre que en los hijos. Porque si la enfermedad de uno solo de los hijos conturba el corazón de una madre, cuando se la anuncian ¿qué no habrá sufrido ésta cuando se daba cuenta de los padecimientos de no sólo uno de sus hijos, sino de la muerte de todos en conjunto, y no de oídas sino viéndolos? ¿Cómo no perdió la razón al contemplar a cada uno destrozado poco a poco y con variados y horrendos suplicios? ¿Cómo aquella alma no abandonó su propio cuerpo? ¿Cómo no se arrojó a la pira a la primera vista, para librarse del resto del espectáculo?

Porque aunque razonaba sabiamente, pero era madre. Aunque ardía en amor de Dios, pero estaba revestida de carne. Aunque era fervorosa, pero era mujer. Aunque era piadosísima, pero estaba ligada por el vínculo de haber engendrado. Pues, si nosotros, con ser varones, cuando vemos que a un reo lo conducen por la plaza con la soga al cuello y es llevado al precipicio, aunque no nos ligen con él lazos algunos de amistad, nos sentimos quebrantados por aquel espectáculo, aun teniendo el consuelo oportuno de que al fin y al cabo aquel hombre es un delincuente ¿cuánto sería el sufrimiento de aquella madre que veía arrebatar no a un reo sino a todos sus siete hijos en un solo día y al mismo tiempo y acabados no con una muerte rápida sino a poder de diversos y prolongados tormentos? Aunque hubiera sido de piedra y hubiera tenido entrañas de diamante ¿no se habría conturbado? ¿No habría sufrido algo de lo que era natural que sufriera siendo mujer y madre? Reflexiona tú cuánto admiramos al patriarca Abraham, quien para ofrecer como víctima a su hijo, él personalmente lo ató y lo puso sobre el altar. Entonces podrás comprender cuan grande fue la fortaleza de esta mujer. ¡Oh espectáculo a la vez acerbísimo y suavísimo! ¡Acerbísimo por la naturaleza de los hechos que se llevaban a cabo! ¡suavísimo por la piedad de la que lo presenciaba! Porque no ponía ella los ojos en los torrentes de sangre sino en las entretejidas coronas de justicia; no atendía a los costados agujereados, sino a los eternos tabernáculos ya preparados; no miraba a la corona de verdugos, sino a las de ángeles que estaban en torno; se olvidaba de los dolores del parto, despreciaba la naturaleza, tenía en menos la edad. Despreciaba, dije, la naturaleza, que impone un yugo tiránico y suele vencer aun a las fieras mismas. Porque muchas fieras, de las más difíciles de capturar, de tal manera están poseídas del amor materno y de la conmiseración de su prole, que, sin cuidar de su propia vida, se arrojan entre las manos de los cazadores. Y no hay animal tan débil que no se lance a defender su prole; ninguno hay tan domesticado que, si se le priva de sus hijos, no se irrite.

Pero esta mujer venció la tiranía impuesta por la naturaleza tanto a los hombres como a los irracionales y a las bestias brutas; y no solamente no saltó sobre la cabeza del tirano, ni le destrozó la cara al contemplar destrozados sus cachorrillos, sino que manifestó tan grande sabiduría y moderación, que aun le preparó manjares no dignos de hombre. De manera que mientras unos morían, ella preparaba para el certamen con las súplicas y ungía con ese óleo a los otros para la lucha.

¡Óiganlo bien las madres! ¡imiten la fortaleza de esta mujer y su amor para con la prole! ¡Eduquen así a sus hijos! Porque lo propio de la mujer no es dar a luz, puesto que eso es obra de la naturaleza; sino que lo propio de una madre es educar, porque esto es lo que depende de su voluntad. Y para que veas que no es el parto lo que constituye a una madre, sino la buena educación de la prole, escucha a Pablo, quien concede el triunfo a la viuda no por razón del parto sino de la educación de sus hijos: ¡Elíjase, dice, la viuda

que no sea menor de sesenta años y tenga testimonio de buenas obras.<sup>3</sup> Y añadió luego la principal de esas buenas obras. ¿Cuál es? ¡Si ha educado a sus hijos!, dice; y no dice si los dio a luz, sino si los educó.

Consideremos, pues, cuánto habrá sufrido aquella mujer, si es que le hemos de dar el nombre de mujer, al contemplar aquellos dedos sacudiéndose sobre las brasas, la cabeza dando saltos, y ya echada la férrea mano sobre la cabeza de otro de sus hijos para arrancarle la piel, y que quien con tales cosas sufría estaba aún de pie y hablaba. ¿Cómo pudo abrir ella su boca? ¿Cómo movió su lengua? ¿Cómo su alma no abandonó la carne?... ¿Cómo? ¡Lo voy a decir! ¡No miraba a la tierra sino que en todo se preparaba ya para la vida futura! ¡Una sola cosa temía: que el tirano se arrepintiera y desistiera del combate y dejara incompleto el coro de sus hijos, y alguno de ellos quedara sin corona! Y que esto era lo que ella temía se ve claro: porque al último con sus propias manos como quien dice, lo metió en el caldero hirviente; ya que en vez de las manos usaba de las exhortaciones y los consejos. No podemos nosotros oír contar sin pena los males ajenos, y ella sin dolor veía los propios.

/ Tira. V, 9-10.

Mas, para que no escuchemos en vano estas cosas, sino que cada uno de los oyentes aplique a sus propios hijos esta tragedia, procure representarse aquel rostro amable; y luego, imagine a cada uno de los que más ama, y finja que se dan en él esos tormentos: ¡entonces alcanzará la fortaleza que hemos dicho! Pero no, ni aun así podrá conocerla, porque los padecimientos que en la realidad se sufren ningún discurso puede declararlos, y sólo se saben por la experiencia. Ahora bien: con toda oportunidad podemos decir a esta mujer, una vez que sus hijos han alcanzado la corona, aquello del profeta: ¡Y tú, a la manera de un olivo fructífero, en la casa del Señor!<sup>4</sup> Porque en los juegos olímpicos, aunque se hayan presentado al certamen miles de atletas, solamente uno recibe la corona. Pero en este certamen, de siete atletas siete salieron coronados. ¿En dónde me podrás tú mostrar un campo tan fértil? ¿o un seno así de fecundo? ¿o bien partos semejantes a éste?

La madre de los hijos del Zebedeo, madre fue de apóstoles; pero de solos dos. En cambio, que un vientre solo haya producido siete mártires, no lo he sabido hasta ahora; y más que la madre haya sido compañera de ellos en el martirio. Y todavía más: que ella no se les haya añadido simplemente como otro mártir, sino como equivalente de muchos. Porque los cuerpos de los mártires siete eran; el de la madre, que a ellos se añadió, era también solamente uno. Pero ella en ellos llenaba el número de siete dos veces: tanto porque en cada uno de ellos también padecía el martirio, como por haberlos creado tales y tan esforzados. En verdad que nos dio a luz a todo un conjunto de mártires. Siete eran los hijos que dio a luz, pero a ninguno lo dio para la tierra sino para el cielo; o más bien, para el Rey de los cielos, pues los dio a luz para la vida venidera.

4 Salmo LI, 10. 490

El demonio a ella la condujo la última al certamen, por el motivo que ya indicamos antes: o sea, a fin de que consumida ya su virtud con el espectáculo de los tormentos, fuera más fácil de vencer al presentarse la última al adversario. Porque si muchas veces los varones, con sólo ver correr la sangre sufren desmayos y necesitan de remedios, para

que la vida que se les acaba y el espíritu que ya expira, se les vuelva, aquélla, al contemplar tan grandes ríos de sangre que manaban, y no de carne ajena sino de la de sus propios hijos ¿qué no padecería? ¿hasta qué grado no se conturbaría su ánimo?

Así pues, como ya dije, el demonio la llevó en último lugar a la lucha, y después de sus hijos, para volverla más débil. Pero sucedió lo contrario: ¡que se presentó al certamen con mayor confianza! ¿Por qué razón? Porque ya no temía dejar a alguno de sus hijos abandonado en esta vida y que fuera a ser vencido y a quedar privado de la corona; sino que, habiéndolos colocado a todos como en un seguro asilo en el cielo, y habiéndolos llevado ya a las eternas coronas y a los bienes inmutables, con grande confianza y gozo se entró al certamen; y como si con su cuerpo engarzara una piedra preciosísima a la corona de sus hijos, así marchó hacia su deseado Jesús, dejándonos un gran consuelo y un consejo: es decir, una exhortación por medio de sus obras para que afrontemos todas las penas con fortaleza de alma y con pensamientos del cielo.

Porque ¿qué varón o qué mujer, qué anciano o qué adolescente alcanzará perdón o podrá excusarse si teme los peligros que se le ofrecen en el servicio de Cristo, cuando una mujer y esta anciana y madre de tantos hijos, habiendo entrado en el combate antes del reino de la gracia y antes de que se abrieran las puertas de la muerte y cuando aún no se había extinguido el pecado, ni la muerte había sido vencida; si ella, digo, con tan grande diligencia y fortaleza se nos muestra soportando por Dios tan graves suplicios? Pensando, pues, todas estas cosas, las mujeres y los varones, los adolescentes y los ancianos; una vez que hayamos dibujado en nuestro corazón, como en una tabla, todas estas batallas para que nos ayuden a despreciar todos los males, llevemos depositada en nuestra alma, como un perenne consejo, su paciencia, con el objeto de que, tras de haber imitado en esta vida las virtudes de estos santos, en la otra podamos ser compañeros de sus coronas.

Toda la moderación que ellos mostraron en los peligros, igualémosla nosotros con la paciencia y temperancia contra las concupiscencias irracionales, contra la ira, la avaricia de riquezas, las pasiones del cuerpo, la vanagloria y todas las otras semejantes. Pues si dominamos su llama, como aquéllos dominaron la del fuego, podremos estar cerca de ellos y ser participantes de su confianza y libertad. Cosas todas que ojalá nos acontezca alcanzar por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

26

## **XXVI HOMILÍA segunda en honor de los santos MACABEOS.**

Dedicó el santo esta Homilía de modo especial a las alabanzas del séptimo hijo de la anciana madre de los Macabeos, pero reservándole a ella una parte del encomio. Fue más breve, porque en seguida tenía que hablar al pueblo el obispo san Flaviano, al cual el santo Doctor dejó la mayor parte del encomio de estos mártires.

¡IMPOSIBLE ES QUE TODOS con una misma lengua alabemos a los santos mártires!  
¡Pero, aunque tuviéramos infinitas bocas y otras tantas lenguas, con todo no podríamos

pronunciar un discurso digno de sus alabanzas! A mí me sucede cuando considero las preclaras hazañas de estos siete mártires, lo que a un hombre avaro que se sentara junto a una fuente que manara oro, y que tuviera siete canales, y él quisiera beber y agotarlos todos. Pero que, tras de haber puesto en eso un grandísimo trabajo, tuviera que apartarse abandonando la mayor parte del oro. Porque por más que sacara de la fuente todavía se quedaría en ella la mayor parte. ¿Qué haremos, pues? ¿Acaso, porque no podemos hablar conforme lo requiere la dignidad del asunto, habremos de callar? ¡De ningún modo! ¡Son los mártires quienes reciben esta ofrenda; y en eso imitan a su Señor! Pues ¿qué es lo que El hace? Cuando alguno le ofrece sus dones, El sin atender a la magnitud de lo ofrecido, sino a la grandeza del ánimo, así mide el premio. De esta manera procedió con aquella viuda. Dos óbolos echó la mujer en la alcancía, y con todo fue antepuesta a los demás que habían echado grandes sumas. Porque Dios no atendió a lo poco del dinero, sino a lo magnífico del deseo. El dinero eran dos óbolos, pero el ánimo era de un valor superior a infinitos talentos. ¡Atrevámonos pues a alabar; y lo que ayer hicimos, repitámoslo ahora, si os parece!

Ayer, por cierto, consumimos todo el discurso en alabanza de sola la madre. Y no lo hicimos porque quisiéramos separarla del coro de sus hijos, sino para mejor asegurar las riquezas. Hagamos ahora lo mismo. Tomemos separadamente a uno de sus hijos, digamos acerca de él unas pocas alabanzas. Porque es de temer no sea que las alabanzas de los siete mártires, a la manera de siete caudalosos ríos que confluyen, acaben por inundar nuestro discurso y oprimirlo. Tomemos, pues, a uno de los jóvenes, pero no para separarlo del coro de sus hermanos sino para hacer más ligera nuestra carga. La alabanza de uno, por otra parte, será corona común de los otros, puesto que todos fueron compañeros en el mismo certamen. Pero también hoy, se entremeterá la madre, aunque directamente no la toquemos. Porque el orden del discurso en absoluto la acercará y no podrá ella abandonar a su prole. La que en la batalla no se separó de sus hijos, tampoco en el encomio habrá de separarse.

¿Cuál, pues, de los atletas queréis que tomemos? ¿Acaso al primero o al segundo o al tercero o al postrero? ¡Pero si ninguno de entre ellos es postrero! ¡Forman un solo coro, y en los coros no aparece ni comienzo ni fin! De manera que para designar más claramente al que hemos de alabar, decimos que es el postrero en edad: porque los certámenes son semejantes y fraternales, y sus buenas obras están emparentadas entre sí. Y donde hay ese parentesco de las obras, ahí no hay primero ni segundo. Tomemos, pues, al postrero en edad, pero por el ánimo coetáneo de sus hermanos; más aún, ni siquiera coetáneo solamente de sus hermanos, sino también de su anciana madre.

Este, de entre todos sus hermanos, fue conducido a los tormentos sin ataduras. Porque no esperó a que los verdugos le echaran mano, sino que él se adelantó con presteza de ánimo a la crueldad de ellos, y así sin ligaduras era conducido al tormento.

A ninguno de sus hermanos tuvo como espectador, porque todos habían ya acabado con la muerte; pero tuvo en lugar de público los ojos de su madre, público más preclaro que el de sus hermanos. ¿No os decía yo que, aunque nosotros no lo pretendiéramos, la madre se entremetería? ¡He aquí que el hilo del discurso la introdujo! Y el espectáculo aquél era de tal magnitud y tan excelso, que tenía como espectadores a los coros mismos de los ángeles; más aún, a sus mismos hermanos, que miraban no ya desde la tierra sino desde el cielo. Porque ellos estaban presentes, con sus coronas en las manos, a la manera de los jueces en los juegos olímpicos; y tomaban asiento no como jueces para



presidir el certamen, sino como incitadores de los combatientes a ganar la corona.

Estaba, pues, de pie el joven y lanzaba palabras llenas de sabiduría, porque ansiaba atraer al tirano a la piedad que él poseía. Y como en forma alguna lo pudiera lograr, en adelante hizo lo que era propio suyo y le tocaba: se ofreció al mismo suplicio que sus hermanos. Por su parte, el tirano le mostraba compasión por causa de la edad, mientras el joven se dolía a causa de la impiedad. Porque no atendían a una misma cosa el mártir y el tirano. Ambos tienen los mismos ojos de carne; pero no son los mismos ojos de la fe. Puesto que el tirano atendía a la vida presente y el mártir a la futura, a la que iba a volar. El tirano veía los calderos, el mártir la gehenna, a donde se arrojaba el tirano. Si alabamos a Isaac por razón de que estando atado por su padre y constreñido, no se apartó del altar ni se escapó cuando vio la espada que se le acercaba, con mayor justicia debe ser alabado éste que no estaba atado ni necesitó de ataduras, ni esperó las manos de los verdugos, sino que se constituyó él mismo en víctima, sacerdote y altar.

Pues como mirara en torno y no viera a ninguno de sus hermanos, se conturbó y se sintió excitado a apresurarse y alcanzarlos, para no quedar separado de aquel bello coro. Por esto no esperó las manos de los verdugos, porque temía la clemencia del tirano: no fuera a ser que movido de conmiseración para con él lo apartara de la compañía de sus hermanos. Por esto previniéndose, escapó y se sustrajo a sí mismo de la inhumana clemencia. Ciertamente muchos motivos había que podían conmover al tirano: la edad juvenil, el suplicio de sus numerosos hermanos que podía bastar para saciar a una bestia feroz, aunque a la verdad no había saciado al tirano el cabello cano de la madre, y aun el no haber el tirano conseguido nada con los precedentes tormentos.

Pensando en todo esto, el adolescente se lanzó él mismo al suplicio del cual ahora ya no le era lícito huir; y así se precipitó en los calderos hirvientes, como a una fuente de frescos raudales, juzgando que eran un bautismo y lavatorio divino. Porque así como los hombres que sufren quemaduras, por sí mismos se lanzan a los lagos de agua fría, así él, encendido en el deseo de unirse a sus hermanos, se lanzó a los suplicios. La madre añadía sus exhortaciones; no porque aquel joven necesitara de exhortaciones, sino para que de nuevo conociéramos la fortaleza de aquella mujer. ¡En ninguno de los siete hermanos se conmovió su afecto de madre! O mejor dicho: ¡en cada uno se conmovió su afecto de madre! Porque no exclamó ni se dijo a sí misma: "¿Qué es esto? ¿Se me ha privado del coro de mis hijos y solamente me ha quedado éste! ¿Con éste estoy en peligro de quedar en horfandad de hijos! Si éste desaparece ¿quién cuidará de mi vejez? ¿Acaso no hubiera sido suficiente con que yo presentara a la mitad de ellos? ¿O aun quizá a solamente dos de ellos! ¿También al único que me restaba como consuelo de mi vejez lo he de presentar al verdugo?" Nada de esto se dijo, nada de esto pensó. Sino que con sus exhortaciones, como con sus propias manos, habiendo arrebatado a su hijo, lo arrojó a los calderos; y alabó a Dios de que se hubiera dignado recibir el fruto íntegro de sus entrañas y no hubiera rechazado a ninguno, sino que hubiera tomado todos los frutos del árbol: de manera que audazmente pudo afirmar que sufría ella cosas más graves que sus hijos.

En ellos, la mayor parte del dolor quedó suprimida con el desmayo corporal; ésta en cambio, con su juicio entero y su mente clara e íntegra, captaba, por la misma naturaleza, un sentido más verdadero de las cosas que estaban sucediendo. Podía verse ahí un triple fuego: el que tenía encendido el tirano, el que la naturaleza suscitaba en las entrañas de la madre y el que el Espíritu Santo le insuflaba. No encendió un horno

semejante aquel tirano de Babilonia, como el que este tirano encendió para aquella madre. Porque allá el fómite era la nafta, la pez, la estopa y los sarmientos. Acá, en cambio, eran la naturaleza, los dolores del parto, el amor materno a los hijos, la concordia de éstos. No se quemaban tanto ni se derretían aquéllos tendidos en el fuego, como se inflamaba ésta por el amor de sus hijos: ¡pero la piedad vencía a la naturaleza! ¡Luchaba la naturaleza con la gracia, pero la gracia obtenía la victoria! La piedad vencía a los dolores, y un fuego al otro fuego: el espiritual al natural que había encendido la crueldad del tirano. Y a la manera de una roca que en el mar recibe las acometidas de las olas, pero permanece inmóvil, mientras al oleaje fácilmente lo levanta disuelto en espumas, así el corazón de aquella mujer, como la roca en mitad de los mares, recibía el empuje de las olas de dolores, pero permanecía inmóvil, mientras que a semejantes acometidas las deshacía con su firme razonamiento, rebosante de sabiduría.

Se esforzaba en demostrar al tirano que verdaderamente era madre, ya que aquéllos eran sus hijos genuinos, no precisamente por el parentesco de la naturaleza cuanto por la participación del espíritu. Y no pensaba tener delante el fuego de los tormentos, sino las antorchas nupciales. No se alegra tanto una madre cuando prepara a sus hijos para el matrimonio, cuanto se alegraba ella viéndolos atormentados. Y como si a uno lo revistiera del traje nupcial, tejiera para el otro las coronas, a un tercero lo instalara en el tálamo del himeneo, así se alegraba al ver a uno corriendo hacia los calderos, al otro hacia las sartenes hirvientes, al tercero con la cabeza cortada. El humo y el olor de la grasa quemada lo llenaban todo; de manera que ella, por todos sus sentidos, reconocía a sus hijos por la experiencia, viéndolos con sus ojos, oyendo sus palabras con los oídos, y recibiendo por el olfato aquel olor a la vez suave e ingrato de sus carnes: ¡ingrato a los infieles, pero para ella y para Dios el más suave de todos! ¡Y el humo infestaba todo el ambiente, pero no conturbaba su corazón!

¡Permanecía de pie, llena de constancia; inmóvil y llevando en paciencia todo lo que ahí se hacía! Pero es tiempo de que ya terminemos, para que con mayores alabanzas sean encomiados estos mártires por nuestro común padre y doctor. Imiten, pues, a esta mujer los padres; emúlenla las madres y las mujeres y los varones, tanto quienes viven en virginidad como quienes han vestido el saco de la penitencia y quienes andan adornadas de collares. Porque, por más que hayamos abrazado una vida austera y llena de moderación, la sabiduría de esta mujer se adelanta a nuestro esfuerzo.

Así pues, ninguno de los que han llegado al culmen de la fortaleza y de la paciencia crea ser indigno de él el tomar como maestra a esta mujer agotada por la edad. Sino más bien, oremos todos, los que vivimos en la ciudad y los que habitáis en el desierto, los que vivís en virginidad y los que resplandecéis por la castidad dentro del matrimonio, los que habéis despreciado todas las cosas de este mundo y habéis crucificado vuestro cuerpo, a fin de que, tras de recorrer el camino que ella recorrió, tengamos la misma confianza que ella, y en aquel día estemos a su lado, apoyados en sus oraciones santas y en las de sus hijos, y en las de aquel Eleazar, el anciano que completó el coro con su magnanimidad y nobleza, y demostró un ánimo diamantino en aquella adversidad.

Y podremos conseguirlo todo, juntamente con las oraciones de estos santos, si ponemos lo que está de nuestra parte, y antes de que lleguen las guerras y las desgracias, vencemos las pasiones que dentro tenemos, mientras es tiempo de paz, y reprimimos las acometidas desordenadas de la carne y sujetamos y reducimos a esclavitud nuestros cuerpos. Con esto, se logrará que aun pasando en paz nuestras vidas, obtengamos los

premios debidos al ejercicio de la virtud. Y si acaso pareciere a nuestro benignísimo Señor que llevemos a cabo el mismo certamen, bajaremos preparados y alcanzaremos los bienes eternos. Hagan que todos nosotros los obtengamos, la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por quien y en quien sea la gloria al Padre y el imperio y el honor, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.\*

\* Es esta breve Homilía modelo acabado de una pieza oratoria al estilo de la disposición clásica de los discursos. Sin dejar de ser una improvisación, llena muy bien todos los requisitos retóricos. Confirma, pues, lo que ya habíamos indicado desde la Introducción: la base de la formación clásica influye constantemente en san Crisóstomo, y demuestra una vez más lo imprescindible de esta formación previa para cualquiera que desee llegar a las altas cumbres de la elocuencia. El colorido de la imaginación creadora es genuino del Crisóstomo y el análisis psicológico de los dos caracteres, el de la anciana madre y el del jovencito Macabeo, es al mismo tiempo acabado y oratorio.

27

## **XXVII HOMILÍA tercera en honor de los mártires MACÁBEOS,**

y Fragmento de otra que se ha perdido sobre el mismo asunto. Algunos han considerado como espuria esta tercera Homilía brevísima. Su estilo deja que desear y no desenvuelve los argumentos, cosa tan típica del Crisóstomo. Con todo, no han juzgado las Colecciones deber eliminarla. También nosotros la conservamos, una vez hecha la advertencia precedente. En seguida de ella pondremos el Fragmento de la Homilía perdida que nos conservó san Juan Damasceno.

TENIENDO QUE OCUPARME en la debida alabanza de las empresas de los mártires, y contemplando delante la apretujada multitud vuestra, me encuentro perplejo. Por lo mismo, si os parece, omitamos por el momento la instrucción<sup>1</sup> y procuremos con empeño imitar la fortaleza de los mártires.

Venga, pues, el primero ante nosotros el anciano Eleazar, como comienzo del certamen, fundamento del martirio, puerta del estadio, príncipe en su fortaleza, precursor en su tolerancia, protomártir del Antiguo Testamento, imagen del primero entre los apóstoles, Pedro. Se cansó el adversario de tratar blandamente y de herir con sus varas, pero el que era destrozado con los suplicios no se cansó de perorar. Permanecía de pie aquel anciano, tembloroso ya por la edad excesiva, mientras estaba sentado el tirano y respiraba amenazas y muertes. Y el que estaba tembloroso se retiró lleno de juventud, y el que estaba floreciente en sus fuerzas quedó vencido. Estaba de pie la canicie atormentada y ejercía el juicio la juventud desenfrenada y llena de autoridad; y con todo era la canicie la que llevaba la victoria.

<sup>1</sup> Parece referirse a la instrucción moral que solía proporcionarse a los fieles en cada reunión, a propósito del trozo de la Sagrada Escritura que leía un Lector o un Diácono.

¡Oh nuevo género de triunfos! ¡Un anciano solo y herido pone en fuga a todo un ejército que lanza una lluvia de flechas desde su arco! Este milagro de fortaleza en el anciano,

no me permite pasar a la fortaleza de los jóvenes. Y con todo, es necesario que nos acerquemos a ellos haciendo fuerza al anciano. Porque los trofeos reportados del tirano por parte de los jóvenes a su vez son brillantes. No debía la juventud aparecer menos atrevida que la ancianidad. Así pues, enseguida aquellos siete jóvenes, tras de haber peleado ardorosamente, fueron coronados; ellos que nacieron de un mismo seno y afrontaron un mismo combate. ¡Si os parece, aquí terminaré mi discurso, oh fuerte coro de entre los fuertes mártires!<sup>2</sup> Pero, como iba diciendo, enseguida y por su orden, fueron coronados los siete jóvenes, hijos de un mismo vientre y que afrontaron un mismo combate, exornados con un mismo género de fraternidad así por el nacimiento como por sus costumbres, y que uno en pos de otro irrumpían en la palestra. Ahora, oh generosos mártires, debo yo recordar, acerca de vosotros, aquella palabra del Evangelio : ¡Bienaventurado el seno que os llevó y los pechos que exprimisteis! <sup>3</sup>

Y, pues he hecho memoria del vientre y de los pechos, tiempo es ya de ocuparme de la madre de estos excelentes mártires; de ella, la que murió muchas veces en un solo cuerpo.<sup>4</sup> Más aún: ¡la muchas veces degollada y que ni una sola vez se dolió; la que no fue herida y con todo recibió muchas heridas! No la perturbó tanto el primero de sus hijos arrastrado a la muerte como la preocupó el segundo cuando aún éste no afrontaba la lucha. No la contristó tanto la muerte del segundo como le daba temor el tercero, que aún vivía y cuyo final le era desconocido. Muy poco le importaban el tercero y el cuarto ya muertos mientras no veía al quinto muerto también. Tampoco venció a su virtud la muerte del sexto. Pero faltaba aún el séptimo y último en el combate, para que fuera a completar aquella cítara de siete cuerdas, hecha de mártires.

2 Hay una desconexión ideológica inexplicable.

3 Luc. XI, 27.

4 Esta frase, que técnicamente recibe el nombre de transición en los Tratados de oratoria, resulta en absoluto vulgar y traída a fuerzas.

Y ¿qué? ¿acaso la doblegó lo tierno de la edad de su hijo? ¿acaso se dolió al contemplar cómo la despojaban de estos restos últimos de su naturaleza? ¡Pero si ella misma empujaba al joven a la muerte; no ciertamente con sus propias manos, pero sí con sus consejos!: "¡Oh, hijo mío! ¡no disminuyas el número de las coronas! ¡sé verdadero consocio de tus hermanos, así en las virtudes como lo fuiste en el parto! ¡Imita la comunidad de naturaleza con la comunidad de proceder! ¡Muéstrate también en la palestra hermano de los que ya murieron! ¡La naturaleza te me dio como séptimo hijo; hazte tú, por medio de tu determinación, el séptimo mártir! ¡No vayas, hijo mío, a hacer que yo sea madre de siete hijos y de solos seis mártires!"

¿Dónde están ahora los que ni siquiera hacen a Dios el sacrificio de su dinero? ¡He aquí a una madre que ha presentado al Señor sus siete amados hijos, y no se ha desvanecido al ofrecer la víctima de sus entrañas! ¡Y hay quienes atacados de la avaricia a veces apenas entregan la oblación de unos pocos óbolos! Por nuestra parte, ofrezcamos a Dios la oblación de nuestra alma y de nuestro cuerpo, y también nuestros haberes; y alabemos sobre todas las cosas a Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

## **XXVIII Fragmento de una HOMILÍA perdida, sobre el mismo asunto.**

Lo transcribió san Juan Damasceno en su Lib. III, del Tratado sobre el culto de las Imágenes.

LAS FIGURAS DE LOS REYES podrá alguno encontrarlas brillando en caracteres no solamente de oro y plata y materias preciosas, sino también podrá contemplarlas impresas en bronce. La diversidad de las materias en nada estorba a la dignidad de las figuras; ni porque una sea fabricada en materia de precio mayor, pierde nada la otra que se hizo en materia menos preciosa. Porque todas reflejan igualmente la figura imperial, y de ella toman su precio. Y, sin que ella sufra por la condición de la materia, ella misma valora la materia que recibe su imagen.\*

29

## **XXIX HOMILÍA acerca de ELEAZAR y los siete jóvenes,**

dicha por el mismo santo después de haber predicado otro, que era ya muy anciano. Parece que fue predicada el día de la fiesta de los Macabeos, lo. de agosto del año 399; o sea cuando el Crisóstomo llevaba un año de haber sido consagrado arzobispo de Constantinopla, pues lo fue el 26 de febrero del 398.

¡CUAN HERMOSO ES ESTE OLIVO ESPIRITUAL! ¡a pesar de ser ya muy antiguos sus ramos, con todo, nos ha dado un muy maduro fruto! ¡Porque no son las plantas de la tierra como los árboles de la Iglesia! ¡Aquéllas, una vez que han llegado a la vejez, dejan caer la mayor parte de sus hojas; y el fruto que tal vez llevan es no sazonado y escaso! ¡Estos, en cambio, al llegar a la vejez, es cuando más cargados de frutos están!

Puede esto comprobarse en el que ahora nos ha predicado. Y por eso a mí me pareció que debía callar. Porque convenía que, cuando se hallan presentes tantos ancianos capaces de la predicación, el joven callara. Así nos lo enseñan las Sagradas Escrituras: ¡Habla, oh joven, sólo cuando por dos o tres veces fueres interrogado y di mucho en pocas palabras!x En cambio al anciano no le habla con semejante restricción, sino que le deja correr sin limitaciones. Y, admirando incluso el placer de sus discursos, cuando van acompañados de prudencia, dice: ¡Habla, oh anciano, como a tu edad conviene, con discreción cuidadosa! ¡Así impedirás la música!2

\* La autenticidad de este trozo no puede ponerse en duda: bastaría con sólo la crítica interna para declararlo auténtico, aparte de la autoridad de san Juan Damasceno.

1 Eccli. XXXII, 10-11.

Pero ¿qué significa eso de impedirás la música? ¡Por aquí manifiesta la Escritura cómo la flauta, la cítara y la siringa no son tan agradables a los que las oyen, como la doctrina de un anciano, cuando la profiere con cuidadosa discreción! Porque la Escritura, comparando un placer con otro placer, dice que el segundo es más poderoso, y vence a

aquél, y que aquél cede a éste. Por eso dice: "impedirás la música". Es decir: impedirás que ésta brille, la oscurecerás, la cubrirás de sombras.

Por lo mismo, convenía que nosotros calláramos y que este otro nos hablara y enseñara. Con todo, repetiré lo que muchas veces he dicho: ¡me doblego ante vuestro mandato y ante la necesidad de los que se hallan presentes! Este es el motivo de que me prepare para las acostumbradas carreras en el estadio, cosa en sí difícil, digo el hablaros; pero que yo manejo y con mucha facilidad acometo, no por mis capacidades sino por el deseo y prontitud de vosotros los que me escucháis.

Por esto, el discurso, llevado hace pocos días a tan grande profundidad de doctrina, no se ahogó; y tras de haber recorrido tan extenso mar no naufragó. Y la razón fue porque en parte alguna encontramos escollos ni rocas ocultas, sino por todos lados tuvimos un mar más tranquilo que el puerto mismo; y así llegamos al puerto sin olas a causa de vuestro empeño en escucharnos, como si un céfiro se hubiera levantado por el lado de popa. Al punto que las palabras salían de nuestra boca, las recibíais todos con las manos inclinadas hacia abajo, aunque se os pidieran cosas difíciles, y fueran ellas profundas. Así lo pedía entonces la naturaleza de las sentencias que se explicaban. Pero con la grande presteza y atención de vuestra mente, mucho nos habéis ayudado en nuestro trabajo, y nos habéis hecho fácil lo que era de suyo difícil.

No dejabais caer ni entre piedras, ni entre espinas, ni en el camino, la palabra; sino que toda la recibíais como en un campo fértil y bueno para la siembra; es decir en lo más profundo de vuestro pensamiento. Y esta es la razón de que veamos cada día las mieses alegres, nutridas no por los céfiros sino por los soplos del Espíritu Santo, y así pudimos tener cada día una espléndida reunión. Quería yo por esto continuar hoy lo que nos faltaba de la materia. Pero ¿qué haré? Ante mis ojos se presenta el coro de los Macabeos, e iluminando mi mente con el fulgor de sus heridas, invita a la lengua a declarar su hermosura. Y nadie vaya a tener mi discurso como algo intempestivo, a causa de que tejemos hoy las alabanzas y coronas de éstos, cuya fiesta se celebra mañana; y como si ya antes de la batalla estuviéramos proclamando los trofeos. Porque, si cuando se celebran las bodas, los que se reúnen preparan desde antes del día señalado los tálamos y adornan las casas y los patios con las coronas, con mucha mayor razón haremos esto mismo nosotros; y con tanta mayor cuanto más espirituales son estas bodas, en las que no es el hombre quien toma esposa, sino Dios quien desposa consigo a las almas.

2 Ibid. XXXII, 4-5. Sigue el santo a los LXX. El hebreo dice: "y no impidas el canto". Lo que luego indica no se sabe a qué Homilía se refiere.

Y por tal motivo, no se equivocará quien llame a las almas de los mártires esposas, es a saber esposas espirituales. Porque traen como dote nupcial su sangre, dote que jamás se consumirá. Pero quédense las alabanzas para mañana, y ocupémosnos hoy en corregir el pensamiento de los hermanos más débiles. Porque hay muchos de entre los más sencillos que no tienen de estos mártires la conveniente opinión, no los ponen en el número y coro de los otros mártires; y afirman que no derramaron su sangre por Cristo, sino por la Ley y los preceptos que ella contiene; y que sufrieron la muerte a causa de no comer las carnes de cerdo. ¡Ea, pues! ¡corrijamos ese pensamiento! ¡Porque sería una vergüenza celebrar la fiesta, ignorando al mismo tiempo el motivo de la reunión!

A fin, pues, de que quienes tal error padecen no sean los únicos en dolerse entre la común alegría, sino que reciban benévolamente a los combatientes y los vean con ojos purificados; vamos a quitar hoy lo que oscurece su mente y así haremos que mañana, con el pensamiento iluminado y el ánimo sincero, se acerquen a esta espiritual festividad. Por mi parte, tan lejos estoy de rehusarme a contar a los Macabeos entre los demás mártires, que aun afirmo ser más preclaros que otros. Porque lucharon precisamente en los tiempos en que las puertas de bronce no habían sido quebrantadas, ni se había removido la cerradura de hierro; cuando aún dominaba el pecado y estaba en pie la maldición primera y se levantaba el castillo y fortaleza del demonio y no se había trillado el camino de tan grandes virtudes.

Ahora ya han luchado contra la tiranía de la muerte en todas las partes del orbe aun niños enteramente tiernos y jóvenes y delicadas vírgenes ignorantes del matrimonio. Pero entonces, antes de la venida de Cristo, aun los que eran justos la temían. Moisés huyó por temor de ella; Elías por ese motivo huyó también durante cuarenta días; y el patriarca Abraham por lo mismo decía a su esposa que dijera ser su hermana y no su esposa. Mas ¿para qué es necesario enumerar a otros? Puesto que el mismo Pedro, de tal manera temía a la muerte que no soportó ni siquiera las amenazas de una porterilla. ¡Era en verdad terrible e inabordable la muerte cuando aún no le habían cortado sus nervios ni deshecho su poder! ¡Y estos mártires, cuando ella aún respiraba ira, la combatieron y la dominaron !

Pues, como iba a nacer el Sol de justicia, sucedió lo que suele suceder cuando se acerca el día. Cuando aún no aparece el sol, con todo se nos muestra sonriente la aurora. Y aunque los rayos solares todavía no se nos manifiesten, pero iluminan ya el orbe todo a lo lejos; y así sucedió entonces. Como había de llegar el Sol de justicia, se deshacían ya las sombras de la cobardía, aunque dicho Sol aún no aparecía en carne, sino que estaba próximo y como en los comienzos, y ya casi iluminaba las cosas. Es pues manifiesto que tales fueron los tiempos en que estos mártires pelearon y demostraron su fortaleza. Ahora me esforzaré en demostraros que además padecieron sus heridas por Cristo.

Porque ¡dime! ¿por cuál motivo padecieron? ¡Me dirás que fue por motivo de la Ley y los mandatos de la Escritura! Pues entonces, si yo llego a demostrar que esa Ley la dio Cristo ¿acaso no quedará demostrado que estos mártires, al padecer por la Ley, fue por el Legislador por quien manifestaron tan grande fortaleza? ¡Ea, pues! ¡Probemos el día de hoy que fue Cristo quien dio aquella Ley! ¿Quién lo asegura? ¡Quien sabía muy bien estas cosas, antiguas y nuevas, Pablo, el Doctor del orbe! Porque escribiendo a los de Corinto, dice así, más o menos:

¡No quiero, hermanos, que ignoréis cómo nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos atravesaron el mar, y todos comieron el mismo pan espiritual (lo decía del maná), y todos bebieron de la misma bebida espiritual (se refiere al agua que brotó de la roca).<sup>3</sup> Y una vez que demostró que todas estas maravillas las obraba Cristo, añadió: ¡Pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo!

Y con razón lo dijo. Porque no era conforme a la naturaleza de la piedra brotar aquella agua y aquellos raudales; sino que la operación de Cristo, hiriendo la piedra, hizo brotar las fuentes. Y por esto lo llamó piedra espiritual y añadió que los había seguido. Puesto que la piedra material no sigue a nadie, sino que se está en un sitio solo. En cambio, aquel poder que está en todas partes y todo lo crea, ese fue el que incluso abrió la roca.

Y si acaso algún judío no soporta este lenguaje, ¡ea! ¡venzámoslo con sus mismas armas, disputando con él no por medio de Pedro y de Pablo ni de Juan, sino mediante los profetas, para que así conozca que él posee las Escrituras pero nosotros poseemos el sentido de ellas!

¿Cuál pues de los profetas dice que fue Cristo quien dio el Antiguo Testamento a los judíos? ¡Jeremías, que fue santificado desde el vientre de su madre y que brilló ya desde su juventud! ¿Dónde y cuándo lo dijo? ¡Atiende a sus palabras y por lo que dijo quedarás instruido claramente! ¿Cuáles, pues, son sus palabras?: ¡He aquí que vienen días, dice el Señor! ¡De este modo nos significa que va a hablarnos de cosas futuras. Pero si habla de cosas futuras ¿cómo dice que fue El quien dio el Antiguo Testamento? ¡Espera y no te conturbes, y verás enseguida resplandecer pura la luz de la verdad! Porque cuando se decían esas cosas la Ley ya había sido dada y había sido violada; pero el Nuevo Testamento aún no se había dado. Teniendo, pues, asentado esto en vuestras mentes con toda claridad, oíd la solución de las dificultades en que muchos tropiezan.

3 / Cor. X, 1-3. 1 Jer. XXXI, 31-34.

¡He aquí que vienen días, dice el Señor (y con esto significa el tiempo presente), y haré yo una nueva Alianza con vosotros, no como la Alianza que hice con vuestros padres. Pues bien: yo pregunto al judío, al hermano nuestro enfermo: ¿Quién dio el Nuevo Testamento? Sin duda que cualquiera responderá que lo dio Cristo. En consecuencia también El dio el Antiguo. Porque quien dijo: Yo haré una Alianza nueva con vosotros, no como la Alianza que hice con vuestros padres, manifiesta haber sido El quien dio el Antiguo Testamento. De manera que de ambos Testamentos uno solo es el Legislador. Y ¿cuándo, pregunto, dispuso el Antiguo Testamento? En el día en que tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto. Advierte cómo por una parte manifiesta la facilidad en sacarlos y el cariño que les tuvo y la seguridad al hacerlo, y por otra cómo fue El quien obró en Egipto todos los milagros. Puesto que al decir: los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, significa todos los milagros, ya que la salida se verificó mediante aquellos estupendos milagros.

Ellos quebrantaron mi Alianza y yo los rechacé, palabra del Señor. De esto, pues, se deduce claro que fue uno solo el Legislador del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero, si alguno considera cuidadosamente lo dicho, encontrará que rebosa de no pequeñas dificultades. Porque al dar el motivo porque ha de proporcionar otro Testamento, a éste lo llama Nuevo, o sea estupendo. Puesto que dice: ¡Haré una Nueva Alianza, no como la Alianza que hice con vuestros padres; porque ellos quebrantaron mi Alianza y yo los rechacé, palabra del Señor! Lo consecuente era castigarlos y aplicarles las peores penas y los suplicios extremos, ya que tras de tantos milagros hechos en su favor, no habían mejorado en sus costumbres. Pero he aquí que no solamente no los castiga, sino que les promete cosas aún mayores que las antiguas.

Convendría que nosotros el día de hoy solventáramos también esta dificultad; pero, como por una parte el discurso se apresura a otras cosas, y por otra queremos enseñaros a que no todo lo aprendáis de nosotros, sino que vosotros mismos lo examinéis y discurráis, por esto dejo la dificultad, con el objeto de que vosotros la resolváis. Y si viéremos que vosotros después de bien considerarla no la podéis resolver, entonces os ayudaremos y daremos la mano. Pero, para que más fácilmente podáis encontrar la solución os indicaré de antemano los escritos apostólicos en los que sobre todo podéis



encontrar el tesoro y hallar la solución. Son la Carta a los Romanos, la Carta a los Gálatas y la otra a los Hebreos. En ellas Pablo, tratando de este asunto, la resuelve.

Cualquiera que se aplique podrá, entrándose por esas Cartas, encontrar la solución, con tal de que en los días que van a seguirse no os entreguéis a inoportunas reuniones y a conversaciones inútiles; sino que, instando en la meditación de lo dicho, desenterréis el tesoro. Así, pues, dejando, por ahora sin resolver la dificultad, pasemos adelante. Y ¿qué es lo que sigue? Esta es, pues, la Alianza que yo haré con vosotros, palabra del Señor. Yo pondré mi Ley en la mente de ellos y la escribiré en su corazón. No tendrán que enseñarse cada ciudadano al otro, ni cada hermano a su hermano, diciendo ¡conoce al Señor! Porque todos me conocerán, desde los pequeños hasta los grandes; porque les perdonaré todas sus maldades y no me acordaré más de sus pecados ni de sus iniquidades. Y una vez que ha mencionado el Testamento Antiguo, una vez que mencionó también el Testamento Nuevo, que les habrá de dar, ahora se pone a describir su hermosura, ahora declara y apunta sus caracteres y sus contrapuestas cualidades, con el objeto de que veas la diferencia tan grande que hay entre el Nuevo y el Antiguo Testamento —¿diferencia, no oposición!—?, y cuánta sea la excelencia del Nuevo y cuánto su esplendor, y cuánto el brillo de sus dones y gracias.

¿Cuáles son, pues, los caracteres del Nuevo Testamento? ¡Yo pondré mi Ley en la mente de ellos y la escribiré en su corazón! Porque la Ley Antigua estaba escrita en tablas de piedra; y una vez que se quebraron las primeras, otras nuevas fueron esculpidas, y de nuevo en ellas Moisés inscribió las letras y bajó llevando consigo aquellas tablas, cuya naturaleza pétrea decía bien con la insensatez de los destinatarios. Pero, en cuanto al Nuevo, las cosas no van por ahí. Porque no se esculpieron tablas cuando se dio el Nuevo Testamento. Pues ¿cuándo y cómo se dio? Escucha a Lucas cómo lo cuenta: Estaban todos, dice, juntos en un lugar, y se produjo de repente un ruido como de un viento impetuoso, y aparecieron, como divididas, lenguas de fuego que se posó sobre cada uno de ellos y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas según que el Espíritu les daba.<sup>6</sup>

¿Ves cómo ya antiguamente el profeta claramente lo había predicho cuando dijo: pondré en ellos mi Ley y la inscribiré en su corazón? Porque la gracia del Espíritu Santo fue dada por Dios para que habite en ellos, con lo que los hizo columnas vivientes (...) ° y en la mente pone su sombra, mediante su gloria. Y por esto decía haber sido enviado a predicar no en sabiduría de palabras, para que no sea en vano la cruz de Cristo;<sup>7</sup> y además: ¡Hizo Dios la sabiduría de este mundo, estulticia! Y por todos lados revuelve la cruz de Cristo: Porque los judíos, dice, piden señales, y los griegos buscan sabiduría; mientras que nosotros predicamos a Cristo, y éste crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos ya griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la flaqueza de Dios es más poderosa que los hombres.<sup>3</sup>

Llamó a la cruz locura de Dios y flaqueza de Dios. Pero no porque fuera locura, puesto que ¿qué cosa hay más sabia? Ni porque fuera flaqueza, puesto que ¿qué cosa hay más fuerte? Sino haciendo referencia a la opinión que de ella tuvieron los incrédulos. Por esto mismo decía un poco antes: Porque la doctrina de la cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan.<sup>10</sup> Mas es claro que el juicio acerca de las cosas, no se ha de tomar de los que se condenan, puesto que los enfermos aun a la miel la estiman amarga. Pero es culpa de su enfermedad y no defecto

de la miel. Así a los extraños la cruz les parece estulticia, pero no lo es. Y luego, una vez que demostró que no solamente no es estulticia sino cosa de suma sabiduría, ni solamente no es cosa de flaqueza, sino de suma fortaleza, compara su virtud con la creación, con el Antiguo Testamento y con la sabiduría de los incrédulos; y demuestra que aquello que no logró encontrar ni la sabiduría de los extraños ni la de los de dentro, ni pudieron muchos hombres conocer mediante la creación, ni lo alcanzaron con el Antiguo Testamento, eso, repito, sí lo pudo encontrar lo que parecía estulticia y flaqueza, a causa de que parece lo que en realidad no es.

5 Hechos II, 1-4.

6 Laguna bastante notable en el texto. En lo que pereció de éste, el Crisóstomo hacía mención de san Pablo, el cual continúa aquí hablando.

7 1Cor. I, 17 y 20.

8 Ibid.

9 Ibid. I, 22-25. 10 Ibid. I, 18.

Por lo cual, una vez que tiene la demostración mediante los hechos, acomete la batalla con grande confianza, antes que nada contra la sabiduría de los extraños, y dice: ¿Dónde está ahora el sabio? " Pero ¿qué significa eso de dónde está el sabio? Pues es como si dijera: "¿Dónde están los inventos de los filósofos, dónde los de los retóricos, dónde los de los sofistas, dónde los de los oradores?" Porque todo pasó, pereció, se desvaneció. ¡Tan brillantemente fulguró la victoria, que ya tales cosas ni siquiera aparecen! Por esto, una vez disipadas todas ellas como el polvo, pregunta y dice: ¿Dónde está el sabio? ¡Apareció la cruz y todas aquellas cosas se disiparon; resonó la predicación y se deshicieron con mayor facilidad que una tela de araña! ¿Dónde está el sabio? ¿dónde el fausto de las palabras, dónde la belleza de la facundia, dónde el peso de los sofismas, dónde la fuerza de las voces, dónde la lengua sutil, dónde las reuniones y los coros de los oyentes? ¡Todas esas cosas fueron arrancadas, perecieron, se perdieron, se fueron, volvieron las espaldas!

¿Dónde está el Escriba? Como si dejara ¿en dónde están las cosas de los judíos? ¡También a éstas las venció la predicación y las envolvió como el sol a la sombra! Porque lo que la Ley no había podido durante tanto tiempo y en sola una nación, eso lo llevó a cabo con mayor poderío la cruz en todas partes, deshaciendo el pecado, impartiendo justicia, santificando a los hombres, enseñando el conocimiento de Dios, conduciendo al cielo. Y luego, dejando a un lado a los judíos, nuevamente se dirige a los Helenos: ¿Dónde está el disputador de las cosas de este mundo? 12 Deja entender aquí a los herejes y a los que abusan de los razonamientos: esos que anteriormente eran más agudos que las espadas, pero que una vez que apareció la cruz, fueron hechos trizas con mayor facilidad que el barro.

11 Ibid. I, 20.

12 Ibid., ibid.

¿Acaso no ha hecho Dios necedad a la sabiduría de este mundo?" De nuevo acomete a la sabiduría de los gentiles. Pero ¿qué quiere decir que la hizo necedad? ¡Que la mostró necia, como en verdad lo era! Y de ellos y de sus pecados y de sus iniquidades, no me acordaré más! 14 Pero en esto el profeta del Antiguo Testamento nos presenta una bella descripción. En cambio el apóstol, puesto que luchaba contra los judíos, pone en oposición ambas cosas. 15 Más arriba nos dijo: ¡No en tablas de piedra sino en tablas de

carne que son vuestros corazones! ;16 ahora nos dice: ¡no de la letra sino del espíritu, porque la letra mata mientras que el espíritu vivifica! 17

Alguien en sábado recogió unos leños y fue lapidado. ¿Ves cómo la letra mata, o sea cómo la letra daba muerte? ¡Aprende ahora cómo el espíritu da vida! ¡Entra alguno al templo lleno de millares de pecados, fornicario, ladrón, avaro, adúltero, cargado con todo género de maldades, muerto ya por el pecado! Pero el Espíritu Santo con su gracia lo trae a la piscina, y hace al fornicario hijo de Dios, y al muerto por los pecados lo engendra a la vida. Esto es lo que significa aquello de el Espíritu vivifica. Pero, ¿cómo da la vida? ¡No castigando a los pecadores, según el dicho del profeta!: ¡Porque les perdonaré sus pecados y no me acordaré más de sus maldades!

Pregunta a los judíos cuándo aconteció esto en la Ley, y no podrán mostrártelo. Porque en la Ley el que había recogido leña en sábado era lapidado y la fornicaria era quemada y Moisés por un pecado perdió la tierra de promisión. En cambio ahora, en el tiempo de gracia, los que habían cometido miles de pecados, por la gracia del bautismo reciben la vida y no se les impone castigo alguno de sus crímenes. Por esto Pablo decía: ¡No os engaños! Porque ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados al vino, ni los maldicientes, ni los raptos, poseerán el reino de Dios. Y algunos erais esto, pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

13 ibid.

14 Jer. XXXI, 34.

15 Hace referencia a algo que había dicho en la parte de la Homilía o laguna, que pereció e indicamos más arriba.

16 2Cor. III, 3-6.

17 Ibid.

18 I Cor. VI, 9-11.

¿Veis cómo resplandece el dicho aquél del profeta? ¡No me acordaré más de sus maldades! Y cómo brilla el otro dicho apostólico: ¡El Espíritu vivifica! ¿Quieres oír otra cosa, es a saber cómo Pablo nos cuenta cómo en breve tiempo recorrió casi todo el orbe de la tierra? ¡Oye lo que dice: ¡De suerte que desde Jerusalén hasta Iliria y en todas direcciones, he predicado cumplidamente el Evangelio de Cristo.™ Y luego: Pero ahora, no teniendo ya campo en estas regiones y deseando ir a veros desde hace ya bastantes años, espero visitaros, cuando vaya hacia España, tras de haber gozado un poco de vuestra conversación.20 Pues si un apóstol en tan breve tiempo recorrió la mayor parte de las tierras del orbe, considera cómo todos los otros pescaron a todo el orbe como en una red. Por lo cual dice: El Evangelio que ha sido predicado a toda criatura que hay bajo del cielo.,21 interpretando con eso la palabra del profeta: ¡Porque me conocerán todos, desde el menor hasta el mayor! 22

De todo esto se deduce que fue Cristo quien dio la Ley, y que estos mártires fueron sacrificados por la Ley y que dieron su sangre por Cristo, es decir por el Legislador, también se deduce de esto. Por lo demás, ruego a vuestra caridad que asistáis con grande alegría a la festividad. Salid, como salen las abejas del panal, hacia las llagas de estos mártires; abrazad sus padecimientos, sin tener en cuenta lo largo del camino. Porque si Eleazar, ya anciano, tuvo audacia para acometer el fuego, y si la madre de

estos jóvenes mártires en su avanzada ancianidad sufrió tantos dolores, ¿qué excusa o qué perdón tendréis vosotros si ni siquiera recorréis algunos estadios para contemplar sus batallas (...)23

18 Rom. XV, 19-23.

20 Ibid.

21 Ibid.

22 Jer. XXXI, 34.

23 Como se ve, vuelve el santo finalmente a la proposición: los Macabeos no son menores que los mártires de la nueva Ley, puesto que murieron por el Legislador, y Cristo es el Legislador de ambos Testamentos.

Parece que todo el discurso y probación es muy sutil y la sentencia no parece común entre los otros Padres y Teólogos. Ciertamente san Pablo dice aquello de que la roca era Cristo, pero habla en alegoría y como tipo de Cristo. Cristo Jesús, o sea el Dios-Hombre, no existió hasta la Encarnación. El estilo ciertamente es propio del Crisóstomo. Hay al fin una laguna.

30

### **XXX HOMILÍA encomiástica en honor de todos los santos que en todo el orbe de la tierra han padecido el martirio.**

No hay razón alguna que incline a determinar si esta Homilía se predicó en Antioquía o en Constantinopla. Tampoco para determinar el año. Parece que en la Iglesia griega, lo mismo que en la latina, anteriormente se celebraba, por decreto de Bonifacio IV la solemnidad de todos los santos mártires poco después de la Pascua de Pentecostés. Luego, por decreto de Gregorio IV se unió esta solemnidad a la de todos los Santos; y así unificadas se celebraron desde entonces el día lo. de noviembre.

AÚN NO SE HAN CUMPLIDO SIETE DÍAS desde que celebramos la sagrada solemnidad de Pentecostés, y ya nos ha alcanzado el coro de los mártires, o mejor dicho el ejército o conjunto de ellos, en nada inferior al ejército de ángeles que vio Jacob el patriarca; sino más bien, émulo y aun igual. Porque los ángeles y los mártires sólo en el nombre se diferencian, pero en las obras se identifican: los ángeles habitan en el cielo y lo mismo los mártires; ajenos están aquéllos a la ancianidad y son inmortales, cosa que también lograrán los mártires. Pero aquéllos, dirás, han obtenido una naturaleza incorpórea. Mas esto ¿qué importa? Porque aunque los mártires estén sujetos al cuerpo, su cuerpo es inmortal. Más aún: ya antes de la inmortalidad, la muerte de Cristo los embellece más que la misma inmortalidad. No es tan bello el cielo adornado con los coros de las constelaciones, como lo son los cuerpos de los mártires adornados de sus heridas. De manera que precisamente por haber muerto, por eso sobresalen; y antes que la inmortalidad gozan ya del premio que les adquirió la muerte al coronarlos. ¡Lo hiciste un poco menor que los ángeles y lo coronaste de gloria y de honor!, dice David hablando de la común naturaleza del hombre; pero ese poco se lo devolvió Cristo cuando vino y con su muerte dio muerte a la muerte.<sup>1</sup> Pero yo no voy a tomar de aquí mi demostración, sino de

en el texto imposible de llenar con los Códices que poseemos. Pero parece, según anota Montfaucon, que es pequeña. 1 Salmo VIII, 6.

que el defecto de la mortalidad se convirtió en lucro y en ventaja. Porque los mártires, si no hubieran sido mortales, no habrían sido mártires. De manera que de no existir la muerte, tampoco hubieran existido las coronas; si no hubiera habido muerte, no habría habido martirio; si no hubiera existido la muerte, Pablo no hubiera podido decir: ¡Cada día muero por vuestra gloria, que yo tengo en Cristo Jesús! 2 Si no hubiera existido la muerte, no habría podido decir él: ¡Me gozo en mis padecimientos por vosotros y cumplo en mi carne lo que jaita a la pasión de Cristo! 3

Así pues, no nos quejemos de que se nos ha hecho mortales; sino demos gracias, porque la muerte nos abrió la palestra del martirio, y por la muerte hemos recibido materia de premios; puesto que de ella hemos obtenido la ocasión de los certámenes. ¿Ves la sabiduría de Dios y cómo al mal supremo y cabeza de todos los males y calamidades nuestras que el diablo introdujo en el mundo (hablo de la muerte), a ése lo convirtió en gloria y honor nuestro, y por su medio llevó a sus atletas al premio del martirio? Pero ¿qué? Entonces ¿habremos de dar gracias por esto al demonio, causante de la muerte? ¡De ningún modo! ¡Porque el beneficio no nació de su bondad, sino que es don de la divina sabiduría!

El demonio introdujo la muerte para perdernos y quitarnos, una vez echados por tierra, toda esperanza de salvación. Pero Cristo, habiendo tomado ese mal, lo convirtió en bien, y por medio de él introdujónos de nuevo en el cielo. De manera que ninguno de vosotros nos vaya a condenar por haber llamado al conjunto de mártires coro y ejército, y haberle dado a una misma cosa dos nombres tan opuestos. Porque coro y ejército son cosas contrarias; pero en este caso se han juntado y unido ambas. Los mártires, como si anduvieran celebrando danzas, así de alegres marcharon a los tormentos; y a la manera de luchadores desplegaron toda su fortaleza y toda su paciencia y vencieron a los enemigos.

Si atiendes a la naturaleza de las cosas que se llevan a cabo, en realidad son lucha y guerra y batallas; pero si atiendes al pensamiento e intención de los que las efectúan, danzas son y convites y fiestas y delicia grande y suprema las cosas que se llevan a cabo. ¿Quieres que te demuestre cómo todas esas cosas, las hazañas digo de los mártires, son más terribles que cualquiera batalla? ¡Por ambas partes están firmes los escuadrones, y bien defendidos y resplandecientes por todos lados a causa de las armas, y llenan la tierra con su brillo! ¡Por todas partes se lanzan nubes de dardos, con los que el aire se ensombrece! ¡Torrentes de sangre corren por tierra! ¡Por todas partes se advierte la caída de los soldados, que a la manera de las espigas en el tiempo de la cosecha, así mutuamente se derriban al suelo! Pues bien: pasemos de esa batalla a esta otra.

' I Cor. XV, 31. 1 Col. I, 24.

También aquí hay dos escuadrones: uno de mártires, el otro de tiranos. Y por cierto, los tiranos están armados, pero los mártires luchan desnudos. Y con todo, no son los armados sino los inermes quienes llevan la victoria. ¿Quién no quedará estupefacto al ver que quien es azotado con varas vence al que lo azota? ¿Y el atado, al que está suelto? ¡Y el que está abrasado, al que lo quema? ¿y el que muere, al que 3o mata?

¿Ves, pues, cómo estas batallas son más terribles que las otras? Porque aquéllas, aunque son temibles, pero al fin y al cabo se realizan conforme a las leyes de la naturaleza; pero éstas, en cambio, superan a toda la naturaleza y a todo el modo de ser de las cosas; para que entiendas que deben tenerse como dones de la divina gracia las cosas que acá se realizan. Y con todo, yo pregunto: ¿qué hay más inicuo que esta clase de luchas? ¿qué hay más injusto que este género de certámenes?

Porque en las guerras ambos combatientes se arman. Pero acá no sucede así. Puesto que el uno está inerme, el otro cubierto de sus armas. Además, en los certámenes le es lícito a cada cual levantar contra el otro sus manos; aquí, en cambio, el uno está atado y el otro hiere a mansalva y con plena libertad; y, atribuyéndose a sí mismos, como por un poder legal, la facultad de infligir castigos los que presiden, y dejando a los santos mártires solamente el poder de sufrir los tormentos, así proceden al combate contra los bienaventurados. Y a pesar de todo, ni aun así vencen, sino que salen de esta lucha vencidos.

Les sucede exactamente lo mismo que a un varón que provocara a otro que fuera grande luchador a combate; pero, tras de cortarle la punta de la lanza, despojarlo de la loriga y dejarlo sin armas, así lo obligara a combatir; y sin embargo, aquel otro, aunque golpeado y herido y atravesado con infinitas heridas, a pesar de todo se llevara el trofeo del vencimiento. Porque los tiranos eran vencidos por los mártires, estando éstos con las manos atadas a la espalda, y presentándolos aquéllos en medio inermes y habiéndolos cubierto de heridas. Pero los mártires, tras de haber soportado infinitas heridas, llevaban la victoria sobre el demonio. Y así como el diamante, aun golpeado en nada cede ni se ablanda: más aún, destroza al hierro que lo golpea, del mismo modo aquellas almas santas, aunque se usaba en su contra tan grande cantidad de tormentos, nada grave padecían; mientras que por el contrario, ellas, tras de haber aniquilado las fuerzas y energías de los que las herían, los apartaban de los certámenes vergonzosa e ignominiosamente vencidos.

Tras de atar los tiranos a los mártires en los ecúleos, les abrían los costados en surcos profundos, como quien surca la tierra con el arado y no como quien está destrozando los cuerpos. Podían verse ahí los vientres rasgados, los costados descarnados, los pechos destrozados; y a pesar de todo, ni con esos tormentos se saciaban aquellas bestias feroces, alimentadas en sus furores con sangre; sino que, una vez quitados los mártires de los ecúleos, los extendían sobre las parrillas de hierro y les ponían debajo carbones encendidos. Entonces podían contemplarse espectáculos mucho más acerbos que los anteriores, en tanto que los mártires destilaban un doble género de gotas: unas de sangre que corrían hasta la tierra, y otras de las carnes hechas agua. ¡Y aquellos santos, como si estuvieran entre rosas así yacían en las brasas: tal era el gozo con que miraban lo que sucedía!

Pero tú, cuando oyes eso de las parrillas de hierro, acuérdate de la escala aquella que vio el patriarca Jacob, tendida desde la tierra al cielo. Por ésta bajaban los ángeles, por aquélla suben los mártires: en ambas está apoyado el Señor. No habrían podido estos santos soportar los dolores si no se hubieran apoyado en esta escala. Y a cualquiera le es manifiesto que por ésta subían y bajaban los ángeles y que por aquélla suben los mártires. Y esto ¿por qué? Porque los ángeles han sido enviados para ministerio y servicio de los que alcanzan la herencia de la salvación; mientras que los mártires, a la manera de atletas, una vez terminado el certamen, vencedores caminan hacia el que lo

preside.

Y no escuchemos a la ligera cuando se dice que fueron colocados carbones encendidos debajo de los cuerpos ya desgarrados; sino consideremos la situación en que nosotros nos encontramos cuando nos asalta la fiebre. Juzgamos entonces la vida desagradable y acerba, gemimos, nos llenamos de impaciencia, nos ponemos coléricos a la manera de niños pequeños, y tenemos aquel ardor por no menor que el de la gehenna. A éstos, en cambio, no por una fiebre que los acometiera, sino rodeados por todas partes de llamas, mientras sobre sus llagas llovían las chispas y las heridas les punzaban más cruelmente que lo hubiera hecho una bestia feroz cualquiera, como si estuvieran hechos de diamante y estuvieran contemplando cómo eso se hacía en cuerpos ajenos, así de generosamente y con la fortaleza que convenía, perseveraban constantísimos en la confesión de la fe; y perseverando de este modo en todos esos males, al mismo tiempo demostraban su invicta fortaleza y declaraban por modo egregio la gracia de Dios.

¿Habéis con frecuencia contemplado, hacia la aurora, al sol naciente cómo lanza rayos que parecen de azafrán? ¡Así era el cuerpo de los mártires cuando corría desde ellos, a la manera de rayos azafranados, la sangre a torrentes por todas partes; rayos que hacían resplandecientes aquellos cuerpos, mucho más que al cielo los del sol! Los ángeles se extasiaban al contemplar aquella sangre, se horrorizaban los demonios y el diablo temblaba. Porque la que miraban no era una sangre cualquiera, sino una sangre salvadora, una sangre santa, una sangre que merecía el cielo, una sangre que riega constantemente las bellas arboledas del empíreo. Vio esta sangre el diablo y se horrorizó, porque se acordó de otra sangre: la del Señor. Porque esta sangre brota de aquella sangre: ¡desde que fue abierto el costado del Señor, puedes tú contemplar infinitos otros costados abiertos!

¿Quién, puesto que ha de comunicar las pasiones de Cristo y se ha de hacer conforme a Cristo en la muerte, no se dispondrá con gozo a semejantes certámenes? ¡Porque esto solo es ya suficiente premio y merced mucho mayor que los trabajos, y galardón que excede por sí mismo a las batallas, aun antes de entrar en el reino de los cielos. En consecuencia, no nos llenemos de horror si oímos decir que éste o aquél han padecido el martirio; horroricémonos cuando oigamos decir que éste o el otro se ha acobardado y ha perdido el premio de tantos y tan grandes combates. Y si acaso queréis oír qué es lo que se sigue después de esta vida, cierto es que no se puede declarar con discurso ninguno: Porque ni el ojo vio, dice Pablo, ni el oído oyó ni el corazón del hombre ha comprendido jamás lo que Dios ha preparado para los que lo aman.<sup>4</sup> ¡Y nadie ha amado más a Dios que los mártires!

Mas, por ese motivo de que los bienes que nos aguardan exceden a todo pensamiento y discurso en su magnitud, no vamos a callar; sino que nos esforzaremos, en cuanto a nosotros es posible decirlo y a vosotros escucharlo, aunque sea entre oscuridades, en declararos cuan grande sea la felicidad que allá recibe a los mártires: ¡porque ésta solamente la conocen con evidencia los que ya la gozan! Y por cierto, los mártires padecen durante un brevísimo espacio de tiempo todas las cosas intolerables y pesadas; pero, una vez que han salido de este mundo, suben al cielo precedidos de los ángeles y rodeados, como de Guardias, de los arcángeles. Porque éstos no se avergüenzan de servir a sus consiervos; sino que están preparados para hacer cualquier cosa por ellos, puesto que ellos no dudaron en sufrir toda clase de tormentos por Cristo nuestro Señor.

Y una vez que ya han subido a los cielos, todas aquellas santas Virtudes les salen al encuentro. Porque, si cuando se presentan los atletas extranjeros el pueblo todo confluye de todas partes, y los rodea y contempla la apta disposición de sus miembros, con mayor razón, cuando los atletas de la piedad suben al cielo, se reúnen todos los ángeles y de todos lados se agrupan las Virtudes superiores y observan sus heridas; y como a vencedores que de las batallas y luchas regresan, tras de alcanzar infinitas victorias y trofeos, los reciben con gozo, los abrazan; y luego, rodeados de gran número de Guardias, los presentan ante el Rey de los cielos y ante aquel trono redundante de inmensa gloria, a donde están presentes los Querubines y los Serafines.

\* 1Cor. II, 9.

Llegados pues ante el trono, una vez que han adorado al que en él se asienta, su Señor los recibe con benevolencia mucho mayor que a los otros consiervos. Porque no los recibe como a siervos (¡y eso que este es ya un honor máximo y que no tiene ni puede encontrarse otro que lo iguale), sino como amigos: ¡Porque vosotros, dice, sois mis amigos! 5 Y esto a la verdad con mucha razón, puesto que El mismo añade: ¡Nadie tiene mayor caridad que la de poner su alma por sus amigos! 6 Siendo, pues, así que ellos le demostraron la máxima caridad, El les recibe honoríficamente; y gozan de semejante gloria, y se hacen participantes de los coros angélicos y de los cantares místicos. Si cuando vivían en el cuerpo, por la comunión de los misterios divinos estaban ya admitidos entre los coros angélicos, para cantar con los Querubines el himno tres veces santo, como lo sabéis muy bien vosotros los que ya estáis iniciados en los sagrados misterios, mucho mejor ahora, unidos a aquellos con quienes en otro tiempo hacían fiesta, con una confianza grandísima participan en esas alabanzas.

¿No es verdad que anteriormente os horrorizaba el martirio? ¿no es verdad que ahora, en cambio, estáis deseosos de él? ¿no es verdad que os da pena que ya no sea el tiempo de los martirios? ¡Pues ejercitémosnos para cuando llegue ese tiempo de los martirios! ¡Ellos despreciaron la vida, desprecia tú los deleites! ¡Echaron ellos sus cuerpos a las llamas, arroja tú ahora tus dineros en manos de los pobres! ¡Pisotearon ellos las brasas, apaga tú la llama de la concupiscencia! ¡Cosas son éstas laboriosas y difíciles, pero con todo, muy útiles! ¡No claves tu mirada en las cosas presentes, que son amargas, sino en las futuras, que son agradables! ¡No en los males que tienes a la mano, sino en los bienes que te esperan! ¡no en los dolores, sino en los premios! ¡no en los trabajos, sino en las coronas! ¡no en los sudores, sino en la paga! ¡no en el fuego abrasador, sino en el reino prometido! ¡no en los verdugos que están presentes, sino en Cristo, que es quien corona!

' Juan XV, 14. 0 Ibid. XV, 13.

¡Este es el método más expedito y la vía más fácil para la virtud! ¡no mirar solamente a los trabajos sino juntamente a los premios, y no separar a unos de otros! Así pues: cuando vayas a dar una limosna, no atiendas al dinero que en eso gastas, sino a la justicia que vas adquiriendo. ¡Derroché, dio a los pobres: su justicia permanece por los siglos! 7 No mires a las riquezas que se disminuyen, sino al tesoro que se te aumenta. Si acaso ayunas, no atiendas al sufrimiento de la carne por el ayuno, sino al descanso que mediante esa maceración consigues. Si pasas la noche en oración, atiende y pesa no la molestia que de la vigilia se sigue, sino la confianza ante Dios que con la oración adquieres. Así lo hacen los soldados: no miran a las heridas sino a los premios; no a las



muerter sino a la victoria; no a los cadáveres que caen sino a los vencedores que son coronados. Los timoneles mismos, antes que a las tempestades atienden al puerto; antes que a los naufragios, a las mercancías y ganancias; antes que a las incomodidades de la navegación, al lucro que obtienen con aquellos viajes marinos. ¡Haz tú lo mismo! ¡Considera cuan grande cosa sea que mientras los mortales todos, las fieras, las bestias domésticas duermen en profundo sueño durante toda la noche, tú solo, despierto, entres en pláticas libremente con el común Señor de todos!

¿Es dulce el sueño? ¡Pues no hay cosa más dulce que la oración! Si puedes tú hablar largamente a solas con el Señor a solas también, sin que nadie te interrumpa con el ruido, nadie te llame, nadie te saque de la oración, tienes entonces el tiempo como un auxiliar para obtener de Dios lo que deseas. Más aún: si acostado en un suave lecho, estás dando vueltas a un lado y a otro, ¿por qué dudas en levantarte? ¡Trae a tu pensamiento a los mártires que en el día de hoy están tendidos en las parrillas de hierro y no precisamente en un aliñado lecho puesto debajo, sino puestas debajo las brasas.

Quiero terminar aquí mi discurso, a fin de que vosotros salgáis de este sitio con la memoria fresca aún y reciente de las parrillas, y os acordéis de ellas durante el día y durante la noche. Porque, aunque nos retuvieran infinitos lazos en la cama, fácilmente podríamos deshacerlos y levantarnos para la oración, con tal de que tuviéramos constantemente presentes esas parrillas. Pero no solamente las parrillas, sino también todos los demás tormentos de los mártires, escribámoslos ampliamente en nuestro corazón. Así como los que tratan de hacer sus mansiones más elegantes, las adornan por todos lados con floridas pinturas, así nosotros, en las paredes de nuestra mente pintemos los tormentos de los mártires. Porque aquellas pinturas de las mansiones son inútiles para el cielo; pero estas otras están llenas de utilidad. Y no necesitas para ellas de dineros ni de gastos algunos ni del arte de la pintura, porque en vez de eso te basta con aplicar una voluntad pronta y una mente despierta; y con éstas, como con manos diligentísimas, puedes dibujar los tormentos de los mártires.

7 Salmo CXI, 9.

Pintemos, pues, en nuestra alma a los que yacen en las sartenes, a los que están tendidos sobre brasas, a los otros arrojados en los calderos hirvientes, a los de más allá sumergidos en el mar; a unos destrozados, a otros desarticulados en las ruedas, a otros empujados a los precipicios; y luego a éstos luchando con las bestias feroces, a aquéllos despeñados en los abismos, y finalmente a los otros en el género de muerte que a cada uno le tocó. Y todo para que, una vez que hayamos puesto nuestra morada más elegante con la variedad de estas pinturas, preparemos así un digno hospedaje al Rey de los cielos. Porque si El viere en nuestra mente tales pinturas, vendrá con el Padre y hará en nosotros su mansión, juntamente con el Espíritu Santo. Y será entonces nuestra mente una regia mansión; y no podrá deslizarse en ella ningún pensamiento torpe, puesto que la memoria de los mártires, como una florida pintura, permanecerá constantemente en nosotros y brillará grandemente. Y así el Rey de todos habitará en nosotros sin intermisión.

Si así recibimos a Cristo en esta vida, podremos, después, cuando de ella salgamos, ser recibidos en los eternos tabernáculos. Cosa que a todos se digne concedernos la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el santo y vivificante Espíritu, por los siglos de los siglos. Amén.

## **XXXI HOMILÍA segunda pronunciada en la ciudad en honor de los mismos santos mártires**

y además acerca de la compunción del corazón y de la limosna. El obispo había salido fuera de la ciudad para celebrar en el campo la fiesta de los mártires. Como el santo en esta Homilía reprendiera duramente a los que se acercaban a los divinos misterios indignamente, muchos se irritaron, y decían que con eso los apartaba de la sagrada mesa y de la comunión. El santo se dio cuenta de semejantes quejas y pronunció enseguida otra Homilía bellísima sobre el tema de que es muy peligroso así para el predicador como para los oyentes, el predicar por complacer. Las Colecciones suelen por esto colocar estas dos Homilías una tras otra. Pero nosotros, dentro de nuestro plan, hemos dejado la segunda para el volumen segundo de nuestra versión. Es incierto el año en que estas dos se tuvieron.

FUE AYER EL DÍA DE LOS MÁRTIRES, pero también hoy es día de los mártires; y ¡ojalá que constantemente celebremos la fiesta de los mártires! Porque si los que andan locos por el teatro, y los que admiran hasta embobarse las carreras de caballos, nunca se sacian de semejantes espectáculos inoportunos, mucho más conviene que nosotros nos mostremos insaciables respecto de las fiestas de los santos. Allá se celebra una pompa diabólica; acá una fiesta cristiana. Allá saltan y danzan los demonios; acá celebran coro los ángeles. Allá está la perdición de las almas; acá está la salvación de todos los que concurren. Pero dirás que aquéllas producen un cierto placer; ¡en verdad no producen tanto como éstas! Porque ¿cuál es el placer que hay en ver correr a los caballos a la ventura y como se les antoja? En cambio, aquí no contemplas yuntas ni tiros de brutos animales, sino las mil carrozas de los mártires, y a Dios que las preside y va guiando por el camino hacia el cielo.

Y para que entiendas que las almas de los justos son carrozas de Dios, oye al profeta que dice: ¡Los carros de Dios son millares y millares! ¡Viene entre ellos Y ave del Sinaí a su santuario!<sup>1</sup> Porque el don que dio a las Potestades de lo alto, también lo concedió a nuestra naturaleza. Se asienta sobre los Querubines, como dice el salmo: ¡Subió sobre los Querubines y voló! <sup>2</sup> Y también: ¡Tú que te asientas sobre los Querubines y escrutas los abismos!<sup>3</sup> Pues lo mismo nos concedió a nosotros, pues habita en nosotros: Porque habitaré, dice, y andaré entre vosotros! ¡Ellos, pues, han sido hechos carrozas; seamos nosotros templos! ¿Ves el parentesco de honor? ¿Ves cómo puso paz entre los cielos y la tierra? ¡Así pues, si queremos, en nada nos diferenciaremos de los ángeles!

Pero, como decía en el exordio de mi discurso, ayer fue la fiesta de los mártires y hoy también es la fiesta de los mártires; aunque no de los que están con nosotros, sino de los que están allá en el campo. Pero ¿qué digo? ¡También aquéllos están con nosotros! Porque en los negocios seculares separados están la ciudad y el campo; pero en las cosas tocantes a la piedad se comunican entre sí y permanecen unidos. No atiendas a lo bárbaro del lenguaje de los campesinos,<sup>4</sup> sino a su ánimo cultivado con la cristiana sabiduría. Porque ¿de qué aprovecha la comunidad del lenguaje si los ánimos están divididos? O ¿en qué daña la diversidad del lenguaje si nos unimos mediante la fe? Y en este sentido no es inferior la campiña a la ciudad, puesto que en aquello que es lo

principal para el honor, de igual honor participan.

Por esto nuestro Señor Jesús no solía permanecer en las ciudades; y a su paso se despoblaban las villas y quedaban desiertas, mientras El, predicando el Evangelio, recorría las ciudades y los castillos, sanando a muchos de todo malestar y de todas enfermedades. Pues imitando este ejemplo, nuestro común pastor y doctor nos abandonó hoy y se marchó a los campesinos. Pero, más bien, no se apartó de nosotros al ir a ellos, puesto que fue a nuestros hermanos. Y así como cuando se celebró la festividad de los Macabeos toda la campiña se vació hacia la ciudad, así ahora que se celebra la festividad de los mártires que allá descansan, fue conveniente que toda la ciudad saliera a la campiña. Porque por esto Dios no colocó a los mártires en solas las ciudades, sino también en las campiñas, a fin de que los días de sus festividades nos proporcionaran una ocasión necesaria de contacto y de conversación. Y aun por eso mismo puso mayor número en la campiña que en la ciudad. Porque de esta manera al inferior le concedió mayores honores, a causa de su mayor debilidad, y por lo mismo, le dispensó mayores cuidados.

1 Salmo LXVII, 18.

2 Salmo XVII, 11.

3 Dan. III, 55.

4 Como indicamos en la Introd. Gen., n. 1, la campiña en torno de Antioquía estaba poblada principalmente de sirios que hablaban su propio idioma.

Los que habitan en las ciudades, tienen una enseñanza continua; pero los que habitan en la campiña no la tienen con tan grande abundancia. Por esto Dios los ha consolado de la penuria de Doctores con la abundancia de mártires, y por este motivo dispuso que fueran en la campiña colocados los mártires en mayor cantidad. No oyen aquellos habitantes continuamente la lengua de los maestros, pero en cambio escuchan la voz de los mártires que resuena desde los sepulcros y les habla, y tiene mayor virtud que los maestros. Y para que entendáis que los mártires, aun callando, tienen mayor virtud que nosotros los que hablamos, considerad cómo hay muchos que después de haber disertado delante de las multitudes acerca de la virtud en nada se aprovecharon, mientras que otros, a causa de la rectitud de su vida que resplandecía, aun callando llevaron a cabo muchas y excelentes obras. Así sucede a los mártires y con mayor amplitud; y no con la lengua que emite la voz orma-da, sino con aquella otra que resuena mucho más altamente, mediante las obras, que la que se emite por la boca; y hablan a todo el género humano con estas expresiones:

"¡Vednos! ¡Ved que no hemos padecido males! Porque ¿qué mal hemos padecido al ser condenados a muerte cuando de ese modo obtuvimos la vida eterna? ¡Fuimos hallados dignos de entregar nuestros cuerpos por Cristo! Y si en esta ocasión no nos hubiéramos despojado de ellos, de todos modos después de poco tiempo teníamos que perder esa vida temporal. Si no hubiera venido el martirio para quitárnosla, de todos modos la común muerte, propia de nuestra naturaleza, nos habría acometido y en absoluto la hubiera destruido. Por esto, no cesamos de dar gracias a Dios de que, por beneficio suyo, nos aconteciera que la muerte, que de cualquier manera teníamos que soportar, nos viniera en esta forma para salvación de nuestras almas; y que aquello que necesariamente le habíamos de dar, lo haya aceptado como un don de parte nuestra y un sumo honor.

"¡Pero dirás que los tormentos son molestos y amargos! Mas pasan en un breve tiempo; mientras que la delicia que con ellos se adquiere dura igualada a los siglos sempiternos. Más aún: ni siquiera por un instante son amargos los tormentos, para quienes miran a las cosas futuras y al que preside el certamen y es el remunerador y al que desean ir. Así el bienaventurado Esteban,' quien con los ojos de la fe miraba a Cristo, no atendía a la lluvia de piedras, sino que, en vez de eso, contaba los premios y las coronas. Así pues, también tú vuelve tus ojos desde las cosas presentes a las futuras, y con esto no percibirás ni siquiera un pequeño dolor por los males".

Estas y muchas otras cosas dicen los mártires, y las persuaden mejor que nosotros los predicadores. Porque si fuera yo quien os dijera que los tormentos no producen ni la menor molestia, no se me creería en modo alguno al expresarme de esa manera, puesto que ninguna dificultad presenta el afirmar eso y discurrirlo con solas las palabras. En cambio, el mártir, al emitir con sus obras mismas esas voces, no encuentra a nadie que lo contradiga. Y así como suele suceder allá dentro en los baños, en donde está la piscina de agua caliente y a donde nadie se atreve a descender, que mientras unos a otros se exhortan con palabras los que están sentados al borde del baño, sin embargo a nadie persuaden; pero en cuanto alguno o introduce su mano o aun avanzando su pie echa al agua todo su cuerpo confiadamente, éste tal, aunque no diga una sola palabra, persuade mucho mejor a los demás la inmersión, a los demás que quedan sentados al borde y lo han exhortado con abundantes palabras, del mismo modo sucede con los mártires: ¡aunque en este caso en vez de la piscina se propone la pira! De manera que quienes están afuera y en torno, aunque con muchas palabras exhorten, no logran conmover a nadie. Pero en cuanto un mártir mete allá no una mano ni un pie solamente sino todo el cuerpo, empuja mejor con su experiencia personal que con cualquiera exhortación o consejo, y quita el temor a los circunstantes.

Por esto, pues, Dios nos dejó los cuerpos de los mártires. Por esto, aunque ha ya tiempo que vencieron, sin embargo no han resucitado. Combatieron su certamen hace mucho, y con todo aún no han alcanzado la resurrección. Y no la han alcanzado para utilidad tuya; a fin de que cuando te pongas delante de los ojos aquel atleta, te excites a seguirlo en su carrera. Ellos, con esa dilación, no sufren mal alguno; pero ella con esta ocasión te trae grandes utilidades. Ellos después tendrán la resurrección aunque ahora no la tengan. En cambio, si ya Dios nos los hubiera quitado de enmedio, nos habría privado del gran consuelo y exhortación que para todos los hombres se obtiene del sepulcro de los santos.

Y esto que nosotros vamos diciendo, vosotros lo comprobáis con vuestro testimonio. Pues aunque mucho y muchas veces os hemos amenazado, halagado, aterrorizado y exhortado, con todo no os sentíais tan dispuestos para la oración y tan prontos. En cambio ahora que habéis venido a la iglesia para la festividad de los mártires, sin que nadie os lo aconsejara, sino solamente con la vista de los sepulcros de los santos, habéis derramado copiosas fuentes de lágrimas, y puestos en oración os encendisteis en un fervor no mediocre. Y con todo el mártir ¡yace ahí mudo y en sumo silencio! ¿Qué es, pues, lo que os punza en la conciencia y hace que broten, como de una fuente, los torrentes de lágrimas? Que con la mente consideráis a los mártires y traéis a la memoria las hazañas que llevaron a cabo. Porque del mismo modo que los pobres, cuando ven a otros ricos y puestos en dignidades y que el emperador los colma de honores y andan rodeados de guardias y en toda prosperidad, y por ahí conocen mejor su pobreza, entonces es cuando la lloran, así nosotros, cuando recordamos cuánta confianza tienen

los mártires delante de Dios, Rey del universo, y con cuánto esplendor y gloria fulguran, y luego vienen a nuestra memoria nuestros propios pecados, porque penetramos mejor por las riquezas de ellos lo que es la penuria nuestra, nos dolemos, nos angustiamos, comprendemos en cuan grande manera nos superan, y esto es lo que finalmente nos hace derramar lágrimas.

Por esto nos dejó Dios aquí sus cuerpos. Para que si alguna vez la multitud de los negocios y la turba de los pensamientos seculares, arrojan sobre nuestra mente una densa oscuridad, tal como suele brotar y ponernos excesivos impedimentos, ya por los domésticos asuntos, ya por los públicos, entonces, habiendo abandonado la ciudad y despedido semejantes alborotos, nos recojamos a la iglesia de los mártires y gocemos ahí de aquellas auras tibias espirituales, y nos olvidemos de la multitud de ocupaciones y nos deleitemos en paz y nos entretengamos con los santos y roguemos por nuestra salvación al que preside y premia a los mártires en sus combates; y así, tras de echar a un lado el peso de nuestra conciencia mediante el auxilio de todos ellos, regresemos a nuestros hogares con el ánimo colmado de deleites, ya que los sepulcros de los mártires no son otra cosa que puertos seguros, fuentes de aguas espirituales, tesoros de invioladas riquezas que jamás se agotan.

Y así como los puertos reciben inmensa cantidad de naves acometidas por las olas y a todas les dan seguridad, del mismo modo las urnas de los mártires, cuando reciben nuestras almas acometidas por las olas de los negocios seculares, les ofrecen grande seguridad y tranquilidad. Y como las frescas fuentes con sus aguas recrean los cuerpos fatigados y deshechos por los trabajos y por el calor, así estos sepulcros, a las almas inflamadas en afectos depravados les dan refrigerio, y con sólo su aspecto apagan y extinguen la vergonzosa concupiscencia, la envidia que derrite, la ira que inflama y cualquiera otra pasión que nos cause una semejante molestia.

Pero los tesoros son aún mayores con mucho. Porque los tesoros que consisten en riquezas crean a quienes los poseen innumerables peligros; y si se dividen en porciones, se aminoran con la división. En cambio aquí nada de eso sucede; sino que al contrario, el tesoro no tiene peligros y dividido no se disminuye, sino que es del todo diverso de las riquezas sensibles. Porque éstas, como antes dije, si se dividen en partes, se aminoran; mientras que las otras, cuando se reparten entre muchos entonces es cuando mejor muestran su abundancia. No así deleitan los prados con sus violetas y sus rosas a los que los miran, como los sepulcros de los mártires al ofrecer un gozo que jamás se marchita ni se acaba, a las almas de quienes los contemplan.

¡Abrazemos, pues, con fe aquellos sepulcros; inflamemos nuestra mente; lancemos nuestros gemidos! ¡Muchos delitos hemos cometido y grandes son nuestros pecados; por esto necesitamos de abundante medicina y de confesión diligente! Los mártires derramaron su sangre, tú derrama las lágrimas de tus ojos. Pueden también las lágrimas apagar el fuego del horno de los pecados. ¡Los costados de aquéllos fueron desgarrados y ellos veían en torno a sus verdugos que los rodeaban; haz tú lo mismo enfrente de tu conciencia y coloca a la razón como juez incorruptible en el solio de tu pensamiento y trae ahí al medio todo cuanto has cometido! ¡Lanza sobre tus pecados severas y terribles consideraciones! ¡castiga los movimientos obscenos de tu alma, de los que han nacido tus pecados! ¡atórméntalos con diligencia y acerbamente! Si de esta manera cuidamos de juzgarnos a nosotros mismos, evitaremos aquel tremendo tribunal.

Porque el que ahora se constituye juez de sí mismo y con diligencia se pide cuenta de sus propios pecados, no tendrá que sufrir el juicio futuro. Oye a Pablo: ¡Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, dice, no seríamos juzgados por Dios! 5 Y reprendiendo a quienes indignamente participan de los misterios divinos, decía: ¡El que come y bebe indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor! 6 Y el sentido de sus palabras es éste: así como aquellos que crucificaron al Señor, así serán castigados los que indignamente participan de los misterios. Y nadie vaya a condenar de severo mi discurso. Porque púrpura regia es el cuerpo del Señor. Pero tanto el que dilacerare la púrpura regia como el que la manchare con sus manos inmundas, igualmente la habrán injuriado; por lo cual, con igual suplicio serán castigados. Y del mismo modo sucederá con el cuerpo del Señor.

Los judíos lo rompieron con clavos en la cruz y tú lo desgarras cuando lo recibes viviendo en pecado y con lengua inmundada y pensamiento impuro. Por lo cual dijo Pablo que les amenazaba igual suplicio; y así añadió: ¡Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles y duermen muchos! 7 Y luego, para demostrar que quienes se exigen a sí mismos razón de sus pecados en esta vida y ejercen juicio contra sus propios delitos y ya no reinciden en ellos, fácilmente pueden evadir la futura sentencia, terrible e ineludible, añadió: ¡Porque si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por Dios! ¡Pero juzgados por el Señor somos corregidos para no ser condenados con este mundo!

5 1Cor. XI, 31.

6 Ibid.

7 Ibid.

Atormentemos, pues, nuestras mentes, castigemos los pensamientos lascivos, limpiemos con nuestras lágrimas nuestras manchas. Grande es el fruto de este llanto, grande su auxilio y su consuelo. Porque así como a risas y deleites les amenaza un grave suplicio, así el llanto perpetuo acusa un grande consuelo. Puesto que ¡Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados! ¡Ay de aquellos que ríen; porque habrán de llorar! Y por esto Pablo, aunque no tenía conciencia de ningún pecado, pasaba su tiempo entre lágrimas y llantos. ¿Quién afirma esto? ¡El mismo bienaventurado varón! ¡Por todo un trienio, dice, día y noche no cesé amonestando con lágrimas a cada uno de vosotros! ([He 20,31](#)).

Lloró él durante un trienio, nosotros lloremos siquiera por un mes; él noche y día y esto por los pecados ajenos, nosotros lloremos por los propios; él sin tener conciencia de nada malo, nosotros a lo menos para aliviar el peso- que nos oprime de la conciencia. Mas ¿por qué llora? ¿por qué no se ciñe a enseñar y amonestar sino que añade las lágrimas? A la manera de un padre amante que tiene a un hijo único enfermo y que no admite las medicinas sino que las rechaza, pero él, sentado junto al lecho lo acaricia, lo besa, lo abraza y con todo género de dulzuras intenta doblegarlo y persuadirlo a que quiera apartar de sí la enfermedad mediante los remedios que la medicina le ofrece, así Pablo a todos los fieles dispersos por todo el orbe de la tierra los abraza como a un hijo único con amor; y como viera a muchos caídos en pecado y atacados por la enfermedad incurable del alma, y que no admitían la medicina de la reprensión y del castigo, sino que la rechazaban y se apartaban violentamente de ella, con lágrimas los detenía; a fin de que al verlo así llorando y gimiendo, conmovidos con sola su presencia, recibieran la medicina, y habiendo echado fuera la enfermedad recobraran su antigua salud. Por esto

amonestaba siempre con lágrimas.

Pues si Pablo tanto cuidado pone en los pecados ajenos ¿con cuánta aplicación del alma es razonable que nosotros nos ocupemos de enmendar los nuestros? Es muy grande la fuerza de la tristeza cuando es según Dios, y mucho aprovecha. Isaías, como quisiera exponernos esto, decía: ¡Por su iniquidad yo un poco lo herí en mi ira!<sup>9</sup> No dice yo lo castigué conforme a lo que pedían sus delitos. Porque Dios en premiar las buenas obras ciertamente se excede en la medida; pero cuando ha de castigar los pecados, a causa de su inmensa benignidad, castiga con suplicio pequeño. Y en ese sitio de Isaías, para indicar esto, añadió: ¡Por su iniquidad un poco yo lo herí en mi ira! ¡Y vi que se había contristado y anduvo pesaroso y yo enderecé sus caminos!<sup>10</sup>

¿Ves cómo es grande y prontísima la utilidad de la penitencia? Como poco antes lo castigara por sus pecados, pero luego lo viera triste y pesaroso, aun aquella pequeña pena se la perdonó. ¡Tan pronto y preparado se halla Dios a reconciliarse con nosotros y anda en busca de siquiera una pequeña ocasión! ¡Démosle, pues, ocasión de amarnos y esforcémonos en conservarnos libres de pecado! Pero, si en alguna ocasión fuéremos vencidos, levantémonos pronto y lloremos con vehemencia nuestro pecado a fin de que alcancemos el gozo que es según Dios. Puesto que si Dios, al otro, porque andaba triste y pesaroso, le reconcilió enseguida consigo, a quien añade lágrimas y le invoca con grande esfuerzo de su alma ¿qué no le concederá?

¡Conozco que al presente vuestro corazón se ha inflamado! Pero, a fin de que una vez fuera de este recinto ese fervor no se enfríe, sino más bien lo guardemos dentro de nosotros, hagamos lo siguiente. Fértil es el campo de vuestra mente, apenas recibió la semilla y ya produjo frutos y espigas, sin necesitar de lo que dilatan las estaciones del año. Pero yo temo a vuestro enemigo. Ahí fuera de la iglesia está el demonio, porque ciertamente al interior de esta reunión no se atreve a entrar, ya que en donde se encuentra la grey de Cristo ahí el lobo no se presenta; sino que permanece allá fuera, porque teme al Pastor. Así pues, una vez salidos de aquí no nos entreguemos a reuniones intempestivas, ni a ociosas conversaciones, ni a ocupaciones inútiles. Sino que, mientras aún está en vigor y fresca la memoria de las cosas que aquí se han dicho, apresurémonos a nuestros hogares; y cada uno, sentado al lado de su mujer y de sus hijos, medite cuidadosamente lo que oyó. Y si acaso no queréis volver al hogar, reunid a vuestros amigos, y sentaos en privado con ellos, y hacedlos participantes de las cosas que oísteis. Y cada cual, declarando lo que pudo retener de memoria, instituya una lección de sacra doctrina, a fin de que no parezca que inútilmente habéis participado de esta reunión.

9 Isaías LVII, 17.

10 Ibid. LVII, 18. El hebreo dice: "Sus caminos los conozco yo y lo sanaré..."

Lámparas son los mandatos de Dios. Puesto que dice la Sagrada Escritura: Porque antorcha es el mandamiento, y luz la disciplina y camino de vida la corrección.<sup>11</sup> Pero quien enciende su lámpara no va a sentarse en la plaza, sino que se apresura a entrar en su hogar a fin de que el fuego no se le apague con el soplo de los vientos, ni por el largo tardar se le consuma la llama. Pues hagamos así nosotros. El Espíritu Santo enciende para nosotros la luz de su doctrina. Salidos de aquí y llenos de las cosas que hemos oído, si acaso vemos que nos sale al paso algún amigo o pariente o doméstico u otro cualquiera, pasémoslo de largo; no sea que si nos ponemos a platicar con él de cosas

inútiles y superfluas, entre tanto se nos extinga el fuego de la doctrina. Procuremos más bien que esté en todo su esplendor en el hogar, y encendido en lo más alto de la mente, como en un candil, para que ilumine todo lo que en la casa hay.

Porque es cosa absurda que no podamos soportar que en la tarde no haya en toda la casa una lámpara ni una lumbre; y en cambio veamos tranquilos el alma sin doctrina. De aquí provienen muchos pecados: de que no encendemos velozmente la lámpara del alma. De aquí nace el que cada día caigamos. De aquí se origina el que recojamos con la mente muchas cosas, pero al acaso y de pasada; de modo que una vez oída la lectura de la palabra divina, antes de que pongamos los pies fuera del vestíbulo de la iglesia, al punto la echamos de nosotros; y así, apagada la luz, caminamos en tinieblas. Si acaso esto nos ha acontecido anteriormente, que ya no nos suceda en adelante; sino que tengamos constantemente encendida en la mente la lámpara; y más bien procuremos adornar el alma que no el hogar. Porque éste aquí se queda, pero el alma va con nosotros a la otra vida. Por eso debemos poner más cuidado en ella.

Pero hay algunos tan necios que adornan sus casas con dorados artesones, y en el piso ponen variados mosaicos, y añaden pinturas de flores y el esplendor de las columnas y otras muchas cosas; y en cambio al alma la abandonan en un estado peor que el de una hospedería deshabitada y llena de lodo, humo y mucho mal olor, y en fin totalmente abandonada. Y todo esto sucede porque la lámpara de la doctrina no permanece constantemente encendida. Por esto mismo desechamos lo que es fructuoso y en cambio nos ocupamos diligentemente de lo que no es de ningún valor. Y lo digo no únicamente para los ricos, sino también para los pobres. Porque éstos muchas veces adornan según sus posibilidades sus casas y en cambio dejan su alma abandonada y descuidada. Por esto, dirijo mi enseñanza a unos y a otros, y los exhorto a que, habiendo hecho a un lado los negocios de este mundo, pongamos todo nuestro empeño en el cuidado fructuoso de las cosas espirituales.

Observe el pobre a la viuda que depositó sus dos óbolos, y no crea que la pobreza es un impedimento para negociar con la limosna y la bondad. Y el rico piense en Job, y así como Job poseía todos sus bienes no para sí sino para los pobres, así hágalo él también. Porque por esto Job llevó en paciencia el verse privado de ellos; pues antes de que en la realidad fuera despojado por el demonio, había meditado ya el enajenamiento de ellos. Tú, pues, desprecia las riquezas presentes con el fin de que cuando quizá te fueren quitadas, no te dejes vencer por el dolor. Mientras las tienes ocúpalas en cosas útiles, para que cuando te fueren arrebatadas, obtengas de ellas un doble fruto: el del premio que te está preparado por haberlas empleado útilmente y el de la paciencia y moderación cristianas, conseguidas mediante el desprecio de ellas: virtudes que te serán muy necesarias cuando esos bienes te fueren quitados.

Por esto las riquezas han recibido el nombre de cosas usuales;<sup>12</sup> para que las empleemos como conviene y no las enterremos. Se llaman también posesiones para que nosotros las poseamos y no ellas nos posean a nosotros. ¿Señor eres de muchas riquezas? ¡no te coloques bajo el dominio de lo que el Señor puso bajo tu señorío! Y no estarás tú al servicio de ellas si las empleas como se debe y no las entierres.<sup>13</sup> ¡Nada hay tan des-lizable como las riquezas, nada tan mudable como los bienes! Siendo pues tan inestable su posesión, y volando de nuestras manos con mayor velocidad que una ave cualquiera, y huyendo de nosotros más desagradecidamente que cualquier esclavo fugitivo, empleémoslas como conviene, mientras somos sus dueños, para poder obtener



mediante esos dineros inestables, los bienes permanentes. Poseeremos así acá un tesoro que está depositado en el cielo. Tesoro que a todos ojalá nos acontezca gozar por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Prov. VI, 23.

12 En griego la palabra XBVt1"- ° riqueza propiamente significa lo que se usa, se ocupa actualmente o se trae entre manos.

32

## **XXXII HOMILÍA tercera en honor de los santos mártires.**

Tanto por la brevedad de la Homilía como también por el modo de comenzarla, creyeron algunos que estaba trunca al comienzo. Pero otros piensan que no es así, sino que está completa, y que hay otras igualmente breves. Fue predicada en la campiña antioquena a donde iban muchos desde la ciudad. Y como sucedía que tras de haber manifestado su veneración a los mártires y haber escuchado la predicación encomiástica, enseguida se iban a las tabernas y a las reuniones de bebedores, el santo aprovecha la Homilía para amonestar fuertemente sobre ese desorden.

LAS FESTIVIDADES DE LOS MÁRTIRES tienen su valor no únicamente por el día del año en que recurren sino también por la disposición de ánimo de quienes las celebran. Por ejemplo: ¿imitaste al mártir? ¿has emulado su virtud? ¿has seguido las huellas de su moderación? ¡Entonces, aunque no sea el día de la fiesta del mártir, tú has celebrado la fiesta del mártir! Porque el honor de los mártires consiste en que los imitemos. Así como los que cometen crímenes aun en el día de la festividad están sin fiesta y son profanos, así los que ejercitan la virtud celebran fiesta aunque no haya solemnidad ninguna, porque la fiesta se significa con la pureza del alma. Indicando esto mismo decía Pablo: Así pues, celebremos la festividad no en el fermento antiguo de malicia y maldad, sino en ázimos de sinceridad y verdad.<sup>1</sup> De manera que hay panes ázimos así entre los judíos como entre nosotros. Sólo que entre ellos el ázimo está hecho de harina, y en cambio entre nosotros consiste en la pureza de vida, en vivir ajenos a la maldad. Así pues: el que conserva su vida limpia de toda impureza y mancha, ése celebra diariamente fiesta y solemnidad, aunque no sea el día de la fiesta de los mártires, y él se esté en su casa y no vaya al templo. Porque ciertamente puede cada cual celebrar en su casa la fiesta de los mártires.

13 Como se ve juega el santo con las dos palabras xeVfa Y xarógvrra) que se refiere a la riqueza enterrada; como lo hace luego con el verbo xráofcai y xzrj/¿a: adquirir, posesión.

Digo todo esto, no para que no nos acerquemos al sepulcro de los mártires; sino para que si nos acercamos, vengamos con la debida prontitud de ánimo; y esto no solamente en el día de su fiesta; sino que en otro cualquier tiempo mostremos la misma piedad. Porque ¿quién no admirará hoy nuestra reunión, este espectáculo espléndido, esta fervorosa caridad, este ardiente afecto, este invencible cariño? ¡Hasta tal punto se ha reunido acá la ciudad toda, que ni el temor del amo ha retenido al siervo, ni la pobreza y

necesidad al pobre, ni al anciano la debilidad de sus años, ni a la mujer lo delicado de su sexo, ni al rico el brillo de sus riquezas, ni al magistrado la excelencia de su potestad! Sino que, habiendo quitado el amor a los mártires todas las desigualdades nacidas de la pobreza y de las debilidades de la naturaleza, ha arrastrado a toda la multitud, como atada con una cadena, a este sitio; y valiéndose del afecto hacia los mártires como de unas alas para elevarla, la ha incitado a llevar una vida cual si ya estuviera en el cielo. Porque vosotros habéis vencido toda perturbación causada por la lascivia y la lujuria y estáis encendidos en el amor a los mártires.

Pues, así como a los primeros rayos del sol huyen las fieras y se esconden en sus madrigueras, así, una vez que ha brillado en nuestras mentes la luz de los mártires, se han ocultado todos los vicios y todas las enfermedades del espíritu, y se ha encendido la llama brillante de la sabiduría. Mas, a fin de que no solamente durante este tiempo, sino también después de terminada la reunión, conservemos esa llama, regresemos a nuestras moradas con la misma devoción y no nos entreguemos en las cantinas y en los prostíbulos a la embriaguez y a los excesos de la gula. Habéis hecho de la noche día mediante las sagradas vigiliass: no hagáis ahora del día noche por la embriaguez y los cantos obscenos y la crápula. ¡Has honrado a los mártires acudiendo, oyendo, mostrando tu amor diligente: hónralos también con el orden en tu modo de regresar a la ciudad; no sea que alguno, al verte desordenado en la taberna, vaya a decir que has venido acá no por motivo de los mártires, sino para crecer en tus vicios y dar gusto a tus malos deseos.

1 1Cor. V, 8.

Y no lo digo tratando de estorbar tu placer y descanso, sino para impedir que se cometan pecados; no para vedarte el que bebas, sino para impedir que te embriagues. Porque no es malo el vino: lo malo es su uso inmoderado. El vino don es de Dios; pero su uso inmoderado invento es del demonio. ¡Servid, pues, al Señor con temor y alegraos con temblor! ([Ps 2,11](#)) ¿Quieres gustar de las delicias? ¡Gózalas en tu casa, en donde aunque aconteciere que te embriagues, muchos hay que podrán cubrirte; pero no en la cantina, en donde serás espectáculo de muchos y escándalo para todos! Y no digo esto ordenando que en tu casa te embriagues, sino para prohibirte que te entretengas en las tabernas. Advierte cuan digno de burla es que, tras de esta reunión, tras de esta vigilia, tras de escuchar las Sagradas Escrituras y participar de los divinos misterios y recibir la refección espiritual, se vea a hombres y mujeres que pasen todo el día en la cantina.

¿No conocéis cuan graves castigos amenazan a los ebrios? ¡Ellos son arrojados del reino de Dios y pierden bienes indecibles y son destinados al fuego eterno! ¿Quién asegura esto? ¡El bienaventurado Pablo!: Ni los avaros, dice, ni los dados al vino, ni los maldicientes, ni los raptos, poseerán el reino de los cielos ([1Co 4,10](#)). Pues ¿qué cosa hay más miserable que el hombre dado al vino, quien por un gustillo de nada, pierde los grandes deleites de aquel reino? Más aún: ni siquiera goza el ebrio de algún deleite. Porque el placer se encuentra en el uso moderado, mientras que en la inmoderación se encuentra el embotamiento y la pérdida del sentido. Pero el que no sabe ni en dónde se asienta ni en dónde se cae ¿cómo podrá tener el gusto de la bebida? Y no pudiendo ni aun ver la luz del sol a causa de la tupida nube de la bebida, ¿cómo podrá experimentar algún deleite y alegría? ¡En verdad que lo rodean tan densas tinieblas que no bastan los rayos del sol a disiparlas! ¡Siempre es mala la embriaguez, oh carísimos; pero mucho más mala es en el día de los mártires!

Pues, aparte del pecado, es un insulto supremo y un desprecio sumo de la palabra sagrada; por lo cual sin duda que el castigo será doble. De manera que una vez que viniste a honrar a los mártires, al apartarte de aquí no te has de entregar a la embriaguez: ¡es preferible que te quedes en tu casa y que no te presentes acá indecorosamente, ni insultes así la fiesta de los mártires, ni escandalices al prójimo, ni llenes de sombras tu mente, ni acumules pecados! Viniste a ver a hombres destrozados por los tormentos, que destilan sangre, adornados con un enjambre de llagas y que, despojados de la vida presente, volaron a la futura: procura pues hacerte digno de semejantes atletas. Ellos despreciaron la vida, desprecia tú los placeres. Ellos renunciaron a la vida presente, abandona tú el apego a la embriaguez.

Pero ¿es que quieres gozar de los deleites? ¡Ven y siéntate al lado de los sepulcros de los mártires, derrama ahí fuentes de lágrimas, duélete en tu corazón, logra las bendiciones de las urnas; y, apoyado en las oraciones de ellos, ejercítate frecuentemente en leer las batallas tuyas; abrázate a sus lóculos, apégate a sus urnas que guardan las reliquias! Porque no solamente los huesos de los mártires abundan en bendiciones, sino también sus urnas y sus sepulcros. Toma de ese santo óleo y unge todo tu cuerpo: la lengua, los labios, la cerviz, los ojos; y así no caerás nunca en el abismo de la embriaguez. Porque el óleo con la suavidad de su aroma te trae a la memoria el combate de los mártires, refrena toda lascivia, te arma de mucha paciencia y cura las enfermedades del alma. O ¿es que deseas permanecer en los huertos y prados? ¡No hagas eso cuando está presente gran cantidad de pueblo, sino otro día! ¡Ahora es tiempo de combates; ahora se presenta el espectáculo de las luchas y no es tiempo de delicias ni de voluptuosidades!

No viniste acá para entregarte a la pereza, sino para aprender a luchar en el pancracio y vencer.<sup>4</sup> Y siendo, como eres, hombre mortal, viniste a quebrantar las fuerzas del demonio invisible. Porque nadie baja a la palestra para entregarse a los deleites; ni se pone a procurar amorosas pláticas cuando es venido el tiempo de los combates; ni anda buscando las mesas opíparas cuando lo necesario es ponerse en orden de batalla. Por consiguiente, tampoco tú, cuando has venido a presenciar la fortaleza de alma y el vigor de la mente y a contemplar un trofeo admirable y nuevo y un combate desusado y heridas y golpes y la lucha completa en el pancracio de estos varones, no introduces acá al demonio y sus obras; no te entregues, tras de este espectáculo magnífico y tremendo, a las delicias; sino que, una vez recogidas las ganancias espirituales, vuelve con ellas a tu casa; y con sola tu presencia testifica a todos que regresas del espectáculo de los mártires.

Porque así como los que regresan del teatro, fácilmente aparecen, delante de todos, perturbados, confusos, enervados y cargados de las imágenes de todo aquello que se representó en el teatro, así al que vuelve del espectáculo de los mártires, es necesario que todos lo conozcan por su modo de presentarse, de andar, por su compunción y recogimiento de su mente; y porque respira fuego y va modesto, contrito, sobrio, atento, y declarando con sus mismas posturas corporales la interior moderación y templanza. ¡Volvamos de esta manera a la ciudad: con la debida modestia, el andar mesurado, llenos de prudencia y continencia, y con el rostro sereno y tranquilo: Porque el vestido del hombre y la risa de sus dientes y su modo de caminar denuncian al hombre! <sup>5</sup>

¡Volvamos siempre así de la visita de los mártires y de estos óleos espirituales y de

estos prados celestes y de estos nuevos y miríficos espectáculos; a fin de que también nosotros experimentemos mucha facilidad en la virtud y demos también a los otros libertad en ejercitarla; y finalmente consigamos los bienes futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual y por el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria y el imperio y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

\* Como ya anotamos en otra Homilía, el pancracio era una lucha en el estadio, mezcla de cinco clases de ejercicios ' Ecles. XIX, 27.

33

### **XXXIII HOMILÍA encomiástica en honor de los mártires egipcios.**

Imposible determinar la fecha en que fue predicada. Alguna probabilidad hay de que fuera en Constantinopla donde se dijo, porque en esa ciudad eran más frecuentes las translaciones de las cenizas de los mártires que en Antioquía; pero este indicio resulta excesivamente débil.

¡ALABADO SEA DIOS, porque también hay mártires de Egipto, el país insanísimo y enemigo de Dios! ¡el país de las lenguas impías, el de las bocas blasfemas!1 ¡También de Egipto hay mártires! ¡Y no solamente de Egipto sino también de las regiones circunvecinas y de toda la tierra! ¡Han hecho los egipcios, por lo que mira a los atletas de la piedad, lo que hacen los habitantes de una ciudad cuando tienen sobreabundancia de cosas vendibles, y en mayor cantidad de la que exige el consumo: que las envían a las ciudades lejanas, tanto para demostrarles su benevolencia como también para adquirir las cosas que necesitan, por este exceso de mercancías, con mayor facilidad ! ¡Como vieran que, por la benignidad de Dios, abundaba entre ellos la cosecha de tales atletas, no reservaron para sola su ciudad tan grande regalo de Dios, sino que repartieron de sus tesoros y bienes por toda la tierra; tanto para demostrar su caridad con sus hermanos, como también para honrar de este modo al común Señor de todos; y finalmente también para adquirir gloria para su ciudad delante de todos los pueblos y manifestarse como metrópoli del universo entero.

1 Alusión al hecho de que el centro de las herejías en Oriente estaba en Alejandría de Egipto, como ya lo indicamos en la Introd., ns. 5 y 6.

Porque si tales formas de regalos, aun en el caso de tratarse de cosas frívolas y que solamente sirven para esta vida, pudieron adquirir honores semejantes para otros pueblos ¿no es verdad que a la que envía no cosas corruptibles, sino varones que aún después de su muerte a las ciudades que los reciben les conceden seguridad, es justo que sobre todas las demás se la galardone con este género de prerrogativas y honores? Porque los cuerpos de estos santos defienden nuestra ciudad con seguridad mayor que cualquier muralla inexpugnable y diamantina. Ellos, a la manera de promontorios que por todos lados avanzan, no sólo apartan los asaltos de los enemigos que con los sentidos percibimos y con los ojos vemos, sino que echan abajo y disipan las asechanzas de los demonios invisibles y todos los fraudes y engaños del diablo, con no menor facilidad con que un varón echa por tierra y destruye los juguetes de los niños.

Ciertamente, todas las otras máquinas que han fabricado los hombres, como son los muros, las fosas, las armas, la multitud de los ejércitos, y todo cuanto han inventado para seguridad de los habitantes, pueden ser vencidos por otras máquinas mayores y en número mayor que apronten sus enemigos; en cambio, una vez que la ciudad ha sido fortificada con los cuerpos de los santos, aunque los enemigos gasten infinitas riquezas, no podrán en modo alguno oponer iguales máquinas contra las ciudades de aquéllos poseídas. Pero no solamente contra las asechanzas de los hombres, oh carísimos, ni sólo contra los engaños del demonio es útil esta posesión; sino que, si acaso el común Señor nuestro se irritara por la multitud de nuestros pecados, al punto podremos hacérselo propicio a la ciudad con sólo presentarle estos cuerpos.

Si aquellos de entre nuestros antepasados que llevaron a cabo excelsas hazañas y numerosas, lograron algún consuelo echando por delante los nombres de los bienaventurados y refugiándose en la invocación de Abraham, Isaac y Jacob; y de semejante invocación de los hombres notables cosecharon grande utilidad, mucho mejor nosotros, que ponemos delante de Dios no únicamente los nombres sino los cuerpos mismos que sufrieron el combate, aplacaremos a Dios y nos lo volveremos propicio. Y para que conste que lo que venimos diciendo no es simplemente humo de palabras, ya saben muchos de los naturales de aquí y también de los que de otras partes han venido, cuan grande es la virtud de los mártires; de manera que comprueban lo que llevo dicho con sus afirmaciones, porque la experiencia les ha enseñado cuan grande confianza se obtiene delante de Dios por medio de estos santos.

Y con razón. Porque no combatieron en favor de la verdad en una forma vulgar; sino que rechazaron los violentos ataques del demonio de una manera tan diligente y esforzada como si batallaran dentro de cuerpos pétreos o de hierro, y no expuestos a la corrupción y mortales; o como si ya hubieran sido trasladados a aquella otra naturaleza sin pasiones e inmortal, que en absoluto no está sujeta a las acerbos necesidades corporales ni al dolor. Los verdugos, a la manera de unas bestias feroces, crueles y terribles, rodeaban por todos lados los cuerpos, y atravesaban sus costados y destrozaban sus carnes y dejaban visibles y al descubierto sus huesos, y no había cosa alguna que de tanta crueldad y ferocidad pudiera apartarlos; pero una vez que habían penetrado al interior de los lomos y de las profundas entrañas, no podían arrebatar el tesoro de la fe en ellas escondido, porque no lo encontraban. Más bien les sucedió lo que a quienes, tras de haber puesto cerco a una nobilísima ciudad, llena de riquezas y opulenta por sus inmensos tesoros, y de haber derribado sus murallas, y haber llegado hasta los depósitos mismos de las riquezas, y haber derribado las puertas y apartado las cerraduras y cavado el pavimento, al fin no pudieran, después de haberlo examinado todo, arrancarle ni llevar consigo ninguna de sus riquezas.

Porque de tal naturaleza son los bienes del alma: los padecimientos del cuerpo, cuando el alma los custodia con cuidado, no los entregan. Aunque escarbes los pechos, aunque llegues al corazón y lo arrebates y lo hagas pedazos, el alma no traicionará el tesoro que una vez la fe le entregó. Obra es de la gracia que todo lo maneja y puede hacer maravillas en los cuerpos débiles. Y es más digno de admiración que, a pesar de haberse ensañado y haber ejercitado en un modo tan grande su crueldad, no solamente no pudieron robar nada de los tesoros escondidos, sino que hicieron que éstos quedaran guardados con mayor seguridad; y todavía más, por el contrario, los volvieron más excelentes y abundantes. Porque no solamente el alma sino también el cuerpo se hizo

participante de mayor gracia; de manera que no sólo no perdió la que tenía, una vez que los mártires fueron destrozados y hechos pedazos, sino que logró para sí un auxilio mayor y más abundante. ¿Qué puede, pues, haber que supere a esta victoria? Porque a quienes los verdugos tenían en sus manos y podían a su gusto dañarlos y azotarlos, una vez que ya estaban ligados, no pudieron vencerlos, sino que fueron miserable y felizmente vencidos por ellos. ¡Todo porque los verdugos hacían la guerra no contra los mártires sino contra Dios, que en ellos habitaba! Y nadie ignora que quien hace la guerra contra Dios, necesariamente queda vencido y sufre el castigo aun de sólo haberlo intentado.

¡Tales son las victorias de los santos! Y si sus luchas y victorias son tan admirables ¿qué diremos de las coronas de paciencia que les están reservadas? Porque no se detuvieron en los límites de semejantes tormentos ni terminaron ahí su carrera, sino que sus palestras fueron mucho más extensas; tanto porque el demonio malvado esperaba, con ir añadiendo castigos, vencer a los atletas, como porque el benignísimo Señor lo permitía y no lo impedía, a fin de que la locura de los infieles apareciera delante de todos más clara y a aquéllos se les tejieran coronas más numerosas y brillantes. ¡Como sucedió con Job! El demonio pedía a Dios contra él mayores penas, con la esperanza de que, mediante la acumulación de males, vencería al generoso atleta de la piedad; mientras que Dios permitía las malvadas peticiones del demonio con el objeto de hacer más resplandeciente al atleta.

Y una vez que con mayor fiereza que todas las fieras crueles, hubo el demonio devorado por todos lados los cuerpos de los mártires, y hubo ensangrentado sus fauces, si no con la sangre de los santos, sí con aquellos inhumanos y crueles edictos, al fin, vencido por la paciencia de ellos, saciado y hastiado de aquel inhumano convite, se dio a la fuga. Observa cuan grande fue la paciencia de los santos que llegó a saciar tan inmenso furor con sus padecimientos. Pero acometió de nuevo y recommenzó el combate con terrible ira, queriendo como competir con las fieras todas, mediante una nueva crueldad. Porque las fieras, llevadas del impulso de su naturaleza, se entregan a semejantes banquetes, pero, una vez saciadas, se retiran; y aunque vean innumerables cuerpos, a ninguno tocan ya; mientras que el demonio, como se acercaba a este manjar por maldad de ánimo, una vez saciado con las carnes, inventaba todavía alguna nueva artimaña contra los mártires, con lo que llevaba a los santos a una inacabable y acerbísima muerte.

Ordenó al fin que fueran conducidos a las minas. ¡Locura singular! ¡Esperaba vencer así la fortaleza y paciencia de los mártires, de la que había tenido ya una tan clara demostración! ¡De manera que los contubernales de los ángeles y ciudadanos del cielo, y destinados a la celestial Jerusalén, habitaban con las fieras! Y desde entonces, el desierto era más santo que cualquiera de las ciudades. En éstas cada día se redactaban decretos redundantes de iniquidad y de tiranía; pero el desierto estaba inmune de semejante inhumano ministerio. Los tribunales se hallaban repletos de crímenes malvados y de órdenes injustas, mientras los desiertos tenían consigo como ciudadanos a los más justos de los mortales, hechos de hombres ángeles. Y así, el desierto competía con el cielo, a lo menos por las virtudes de los ciudadanos que lo habitaban.

Gravísimo era el castigo por su propia naturaleza; pero se volvía fácil, llevadero y ligero por la presteza de ánimo de los luchadores. Porque éstos juzgaban ver entonces una luz multiplicada; luz de la que dijo el profeta: ¡La luna será como el sol y el sol siete veces más! ([Is 30,26](#)); luz que a ellos les había tocado en suerte. ¡Porque no hay, no hay nada

más alegre que el alma que ha sido hallada digna de padecer por Cristo algo de las cosas que a nosotros nos parecen pesadas e intolerables! ¡Pensaban que habían sido ya trasladados al cielo, y que participaban de las fiestas de los ángeles! Pues ¿qué necesidad tenían del cielo y de los ángeles, cuando en el desierto estaba con ellos Jesús, el Señor de los ángeles?

Porque, si en donde están dos o tres congregados en su nombre, ahí está El en medio de ellos, mucho más estaba entonces en medio de los que se habían reunido no solamente en su nombre, sino para ser atormentados perpetuamente por su nombre. Vosotros lo sabéis, lo sabéis bien, cómo no hay otro tormento mayor que ese de las minas. Y que los que han sido condenados a sentencia semejante, quisieran antes tolerar muertes infinitas que padecer los dolores con que ahí se les castiga. Fueron condenados a las minas de donde se había de extraer el bronce, cuando ellos eran más preciosos que el oro, y eran oro inmaterial que no se extrae por manos de gente condenada a las minas, sino que se alcanza mediante el fervor de los varones piadosos. ¡Trabajaban en las minas los que rebotaban en infinitos tesoros! ¿Qué podía haber más pesado y amargo que aquel género de vida?

Veían cómo en sí mismos se realizaban las narraciones e historias de aquellos grandes hombres que conmemora Pablo, cuando habla de los santos y dice: ¡Iban de un lado a otro, vestidos de pieles de carneros y de cabras, padeciendo necesidad y angustia, afligidos, de quienes no era digno el mundo!<sup>3</sup> Sabiendo pues nosotros estas cosas y que al presente, lo mismo que en los tiempos pasados, desde que existen los hombres, todos los amigos de Dios han llevado una vida llena de cuidados, de trabajos, de innumerables dolores, no la busquemos muelle, delicada, llena de deleites, sino de otro género que abunde en penas, sufrimientos y miserias. Porque así como no puede ser que quien pelea en la palestra alcance las coronas mediante el sueño, la pereza y las voluptuosidades; ni tampoco el soldado merezca los trofeos, ni el piloto el puerto, ni una era repleta de frutos el agricultor, así tampoco el fiel puede conseguir los bienes prometidos mediante una vida de pereza y relajación.

¿No es acaso absurdo que en todas las cosas de este siglo los trabajos precedan a los goces y los peligros a la seguridad; y esto a pesar de que apenas si hay alguna esperanza, y ésta de bienes exiguos y caducos, tras de los trabajos; y cuando se nos prometen el cielo y los honores angélicos y una vida que no tiene acabamiento, y la conversación con los ángeles, y bienes que nadie puede ni decir ni concebir, podamos nosotros esperar que alcanzaremos todo eso mediante la pereza y la relajación, y sin dignarnos emplear para ellos ni siquiera la diligencia que para las cosas seculares empleamos?

Hebr. XI, 37-38.

¡No tomemos, os lo ruego, determinaciones tan malas acerca de nosotros mismos y de nuestra salvación! ¡Más bien, vueltas nuestras miradas a estos santos, a estos generosos atletas y pacientes, que se nos han dado para que nos precedan como luminarias, arreglemos nuestra vida conforme a la paciencia y tolerancia que nos muestran; a fin de que, por sus oraciones, cuando salgamos de esta vida, podamos no solamente contemplarlos, sino abrazarlos y ser colocados en aquellos celestiales tabernáculos ! Ojalá logremos todos nosotros esto, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre y al Espíritu Santo, por los



siglos de los siglos. Amén.

34

### **XXXIV HOMILÍA encomiástica en honor de nuestro santo Padre MELECIO, arzobispo de la gran Antioquía;**

y acerca del fervor de los que acudieron. Para algunos datos sobre el arzobispo Melecio, véase nuestra Introd. ns. 6, 8, 10. Melecio murió en Constantinopla a donde lo había llamado el emperador para el Concilio del año 381, hacia fines del mes de mayo. Esta Homilía probablemente fue pronunciada después de mayo de 386, o quizá a 12 de febrero del año siguiente, con ocasión de la translación de las reliquias a Antioquía.

AL CONTEMPLAR CON MIS OJOS Y VER en torno a toda esta sagrada reunión, y a toda la ciudad presente en este sitio, no hallo qué alabar primero: si al bienaventurado Melecio, quien aún después de su muerte goza de semejantes honores, o el cariño que vosotros le profesáis, puesto que aún después de la muerte manifestáis tan grande benevolencia para con vuestros Pastores. ¡Bienaventurado es en verdad este santo que pudo así formar dentro de vosotros tan acendrado cariño! ¡Bienaventurados sois vosotros, puesto que habiendo recibido de aquél el depósito de la caridad, continuáis hasta el presente conservándola sincera para con aquel que os la infundió!

Porque han transcurrido ya cinco años desde que aquel bienaventurado se trasladó al lado de Jesús, al que tanto deseaba llegar; y sin embargo, como si ayer o antier lo hubierais visto aún, con ese mismo ferviente cariño habéis el día de hoy salido a su encuentro. ¡Envidiable quien tales hijos engendró! ¡envidiables los que tuvisteis en suerte un Padre semejante! ¡Generosa y admirable fue la raíz, pero los frutos también han sido dignos de ella! Porque así como una maravillosa raíz cuando está oculta en la tierra no aparece, pero por sus frutos muestra la fuerza de su propia virtud, del mismo modo en verdad, el bienaventurado Melecio, oculto en este sepulcro, no se muestra visible a nuestros ojos corporales; pero, a través de vosotros, que sois sus frutos, nos muestra la fuerza de su propia virtud.

De manera que aunque nosotros callemos, basta con la sola festividad y con el fervor vuestro, para publicar muy más penetrantemente que una trompeta el grande amor que os tuvo el bienaventurado Melecio; puesto que en tanto grado encendió en vuestras mentes su cariño, que aun con solo su nombre os sentís fervorosos y con sólo escucharlo os entusiasmáis. Por tal motivo yo, ahora, no al acaso sino muy de pensado y de propósito inserto su nombre en mi discurso. Y a la manera que alguno entrelaza una corona y luego esmaltándola de margaritas, la hace aún más resplandeciente con la abundancia de las piedras preciosas, así yo el día de hoy, al ir entrelazando su sagrada cabeza con la corona de los encomios, al mismo tiempo voy entretejiendo en mi discurso la continua frecuencia de su nombre, a la manera de unas margaritas, con la esperanza de hacerlo de este modo más agradable y hermoso.

Pues, si tal es la ley de los que aman y tal la costumbre, que reduplican aun el nombre solo de aquellos que son amados y lo repiten muchas veces, y con sólo ese nombre se sienten llenos de ardor, eso precisamente os ha acontecido hoy con este bienaventurado.



Porque apenas lo recibisteis allá en los principios, cuando entró en la ciudad y ya cada uno de vosotros ponía su nombre a sus hijos, pensando que con ese nombre como que introducía al bienaventurado en su hogar. De manera que haciendo a un lado a los padres, abuelos y bisabuelos, las madres a los hijos que daban a luz les imponían el nombre del bienaventurado Melecio; pues vencía a la naturaleza el amor a la piedad; y en adelante los hijos, no solamente por el natural cariño, sino además por haberles impuesto tal nombre, resultaban amables.

Se juzgaba que el nombre de este santo era un ornamento de la familia, una seguridad para el hogar, una salvación para los con él nombrados y un consuelo en sus anhelos. Y del mismo modo que si a algunos que están sentados en las tinieblas se les aparece una lámpara encendida, al punto van encendiendo otras muchas lámparas y cada uno lleva la suya a su hogar, del mismo modo, de aquella apelación, como de una luz que hubiera venido a la ciudad, cada cual, como encendiendo una lámpara, llevaba a su casa en aquel tiempo el nombre de este bienaventurado, y como si mediante ese nombre arrebatara un tesoro de infinitos bienes. Lo cual era además un cierto modo de enseñar la piedad. Porque obligados a recordar constantemente aquel nombre y a tener dentro de su alma al bienaventurado Melecio, tenían con eso como un refugio contra cualquiera pasión irracional y contra cualquier irracional pensamiento.

Y llegó a ser tan común este nombre que por todas partes resonaba en derredor así en las encrucijadas como en las plazas, en los campos y en los caminos. Pero no solamente os impresionaba en tal manera su nombre sino también su figura corporal; de manera que lo que hicisteis con los nombres eso mismo hicisteis con las imágenes. En lo ancho de los anillos, en los sellos, en las copas, en las paredes de las recámaras y por dondequiera, muchos habían grabado la imagen sagrada de aquel bienaventurado; con el objeto de no solamente escuchar aquel santo nombre, sino ver en todas partes la figura de su cuerpo y tener así un doble consuelo durante su destierro.

Porque apenas había entrado en la ciudad cuando fue expulsado, y fueron los enemigos de la verdad quienes lo arrojaron. Y lo permitió Dios, porque quería juntamente demostrar la virtud de aquél y la fortaleza vuestra. Habiendo entrado él en la ciudad, como Moisés en Egipto, al punto apartóla del desvío del error; y, habiendo cortado del cuerpo los miembros ya podridos y que eran incurables, devolvió la salud a la numerosa Iglesia. Pero los enemigos de la verdad, como no soportaran la corrección, conmovieron el ánimo del emperador y así lo echaron de la ciudad, esperando de este modo sobreponerse a la verdad y echar abajo la enmienda de costumbres que él había realizado.

Pero sucedió lo contrario de lo que esperaban. Porque vuestro fervor quedó mucho más en claro y mucho más brilló la sabiduría de aquél en la enseñanza. Esta, porque, en treinta días, y éstos no completos, tuvo fuerza para cimentaros en la fe, en tal manera que aun habiéndose echado encima luego vientos infinitos, permaneció inmóvil en vosotros su enseñanza; y vuestro fervor quedó también manifiesto en que en esos treinta días no completos, recibisteis con tan grande cuidado la simiente que él esparció, que echó raíces hasta lo más profundo de vuestro pensamiento, y no cedisteis a ninguna de las tentaciones que al punto sobrevinieron.

Mas no es justo que pasemos en silencio lo que sucedió en la persecución contra él emprendida. Porque, cuando el Prefecto de la ciudad conducía su coche por mitad de la

plaza y salía llevando a su lado a este santo, de todas partes llovían en granizada las piedras sobre la cabeza del dicho Prefecto, ya que la ciudad no podía llevar en paciencia que aquél se apartara, y escogía antes perder la vida presente que ver arrebatado de su seno al hombre bienaventurado. Y ¿qué fue lo que éste hizo en aquella ocasión? Como viera llover la pedrisca sobre el Prefecto, le envolvió con su manto la cabeza y así la defendía; y además con excesos de dulzura amonestaba a los enemigos e instruía a los discípulos acerca de cuánta paciencia hay que tener con los que nos injurian; y que no solamente no conviene hacer nada áspero contra ellos, sino que aun en el caso en que, de parte de otros, les acontezca algún peligro, conviene defenderlos con todo empeño.

¿Quién no sintió en aquellos momentos escalofrío, al observar por una parte el amor de la ciudad que llegaba hasta la locura, y la altísima filosofía del maestro y juntamente su mansedumbre y su dulzura? ¡Porque las cosas que entonces sucedían eran increíbles! ¡El Pastor era expulsado por las ovejas y las ovejas no se dispersaban! ¡era arrojado el piloto y la barca no se hundía! ¡el labrador era perseguido y la viña llevaba un fruto mucho mayor! Y porque estabais mutuamente unidos con el vínculo de la caridad, ni los embates de las tentaciones, ni los peligros que se levantaban, ni lo largo del camino, ni lo dilatado del tiempo ni otra cosa alguna tuvieron fuerza para separaros de la compañía de aquel bienaventurado Pastor: ¡se le arrojaba con el fin de que estuviera lejos de sus hijos, pero acontecía todo lo contrario! Porque mucho más se unió a vosotros con los lazos del cariño. Y así se encaminaba hacia Armenia llevando consigo a toda la ciudad.

Con el cuerpo se estableció en su patria. Pero, elevada su mente y su pensamiento en alto como con unas alas, por la gracia del Espíritu Santo, vivía constantemente entre vosotros y llevaba en sus entrañas a todo este pueblo, cosa que también a vosotros os sucedía. Porque permaneciendo aquí y circunscribiéndose a la ciudad, pero volando cada día a Armenia con el espíritu de caridad, regresabais luego como si hubierais visto de nuevo aquel su rostro venerable y hubierais oído aquella su voz dulce y tranquila. Y para esto precisamente permitió Dios que apenas llegado a la ciudad fuera enseguida desterrado, como dije al principio: para que se demostrara a vuestros enemigos la firmeza de vuestra fe y la pericia de aquél en la enseñanza.

Todo esto es claro. Porque, tras de aquella primera persecución, cuando hubo regresado, ya no por treinta días ni por varios meses ni por un año o dos, sino por muchos años convivió aquí con vosotros. Por haber dado una muestra tan grande de la firmeza de vuestra fe, os concedió Dios que gozarais de nuevo de vuestro Padre y ya sin temor: ¡porque era un deleite sumo el gozar de aquel rostro santo! Este era capaz, no solamente enseñando, no solamente hablando sino aun simplemente viendo, de introducir en el alma de los que lo contemplaban la enseñanza de la virtud. De manera que cuando se acercó a vosotros y toda la ciudad salió al camino, unos se le acercaban y le abrazaban los pies y le besaban las manos y escuchaban sus palabras; otros, impedidos por la multitud y que solamente podían divisarlo de lejos, como si con sola su vista hubieran recibido una bendición suficiente, y poseyeran un tesoro no menor que los que se le acercaban, se apartaban llenos de abundante consolación: ¡de manera que aquello que había sucedido a los apóstoles, le acontecía ahora a este santo!

Respecto de los apóstoles, cuantos no podían aproximárseles, obtenían las mismas gracias cuando la sombra de aquéllos se extendía y tocaba a los que estaban distantes; de manera que lo mismo que los otros, se apartaban conseguida ya la salud. Y del mismo modo en este caso, cuantos no podían adelantarse hasta él, sentían a la manera

de una aureola espiritual que salía de aquella sagrada cabeza y llegaba hasta los que estaban más distantes; de manera que todos se apartaban henchidos de bendiciones con sólo haberlo contemplado.

Y cuando al fin pareció a Dios, Señor común de todos, llamarlo de la vida presente y transportarlo a los coros de los ángeles, ni aun esto sucedió al acaso. Porque lo llamaron las cartas del rey, al cual movía Dios. Ni lo llamaba a un sitio cercano sino hasta la misma Tracia, con el objeto de que también los gálatas y los bitinios y los de Cilicia y los de Capadocia y todos los circunvecinos de Tracia, conocieran el bien que nosotros poseíamos. Y para que los obispos de todas las partes de la tierra, mirando como en una imagen y arquetipo su santidad, y tomando de él un claro ejemplo de cómo desempeñaba su oficio en esta dignidad, tuvieran una regla segura y preclarísima según la cual conviene regir y gobernar las iglesias.

Porque, así por la grandeza de aquella ciudad, como por estar en ella el trono del emperador, concurrían allá muchos de muchas partes de la tierra. Y los obispos de las Iglesias, que entonces respiraban un poco tras de una guerra larga y de una recia tempestad; y que comenzaban a tener un principio de paz y tranquilidad, eran llamados allá por letras del emperador. Con esa ocasión también este bienaventurado se presentó. Y tal como sucedió con los tres jóvenes aquellos, cuando fueron proclamados a voz de pregón y coronados, después de que habían apagado el fuego del horno y habían echado por tierra el orgullo del tirano, y después de haber refutado toda apariencia de impiedad con sus procederes, que de toda la tierra aquella se reunieron para contemplarlos (porque los sátrapas y los dignatarios y los jefes de cada región de toda la tierra, aunque llamados por otro motivo, pero resultaron espectadores de los jóvenes atletas): así sucedió en esta otra ocasión; de manera que se le preparó a este bienaventurado varón un brillante teatro. Llegaron allá, convocados por otras razones, los obispos que por dondequiera administraban las iglesias y contemplaron a este santo.<sup>1</sup> Y una vez que cuidadosamente lo hubieron contemplado y advirtieron su piedad, su sabiduría, su celo por la fe, como quien ya tiene en sí completa y perfecta toda la virtud que ha de tener un sacerdote, entonces finalmente lo llamó Dios para sí.

Y todo esto sucedió para que nuestra ciudad lo llevara con más suavidad. Porque si hubiera entregado su alma aquí, el peso de semejante desgracia habría parecido intolerable. Pues ¿quién hubiera podido sobrellevar el ver caídos aquellos párpados de los ojos y el ver cerrarse aquella boca y aquel dar él los últimos consejos? ¿Quién, contemplando estas cosas, no habría desfallecido por la grandeza de la desdicha? ¡Para que esto no sucediera, proveyó Dios que exhalara su alma en una región apartada; a fin de que, habiendo ya meditado de antemano, en el tiempo intermedio, tan extrema desgracia, no quedáramos consternados al recibir el cadáver que entraba en la ciudad; por estar ya la mente acostumbrada al duelo, como en efecto sucedió. Porque cuando la ciudad recibió aquel cadáver, aunque se dolió y grandemente lloró, pero muy pronto reprimió su duelo, tanto por el motivo que ya dije como por el que voy a decir.

Porque nuestro humanísimo Dios se dolió de nuestra pena, y nos mostró prontamente otro Pastor que con toda exactitud reprodujera el modo de ser del anterior y retuviera la imagen de toda su virtud. El cual, apenas tomó posesión de la sede, inmediatamente nos despojó del traje de luto y apagó nuestro dolor y más bien hizo reflorar entre nosotros la memoria de aquel bienaventurado.<sup>2</sup> Pero a la par que el dolor disminuía se iba acrecentando el amor fuertemente, con lo que acabó por huir toda tristeza del ánimo. Es

cierto que no suele suceder así en la pérdida de aquellos a quienes amamos con grande afecto. Sino que, cuando se pierde a un hijo amado o la mujer pierde a su querido esposo, mientras conservan de ellos un recuerdo vivo, se apacienta en el alma un vehemente dolor; pero, cuando con el transcurso del tiempo la pena se ha ido calmando, juntamente se va apagando lo agudo del dolor con la viveza del recuerdo. Mas con este bienaventurado ha sucedido al revés.

2 Se refiere al obispo Flaviano. El santo tenía agradecimiento a ambos: el primero lo ordenó Lector y Diácono y le administró el bautismo; el otro lo ordenó Presbítero.

1 Un Códice anota que se reunieron en Constantinopla 150 obispos.

Porque desapareció por completo la tristeza del alma, mientras que su recuerdo no se marchó juntamente con la pena, sino que se aumentó fuertemente. Y vosotros sois testigo de esto. Pues a la manera que las abejas revolotean en torno del panal, así, después de tanto tiempo revoloteáis vosotros en torno del cuerpo del bienaventurado Melecio. Y el motivo del cariño que le teníais no era de origen natural, sino nacido por la reflexión y de un recto juicio. Por esto no se apagó con la muerte, no se anubló con el tiempo; sino que va creciendo y cada vez más se aumenta. Sucede esto no solamente con vosotros que lo contemplasteis, sino también con aquellos que no lo vieron.

Porque esto es lo maravilloso del caso. Que cuantos vinieron a la vida después de la muerte de aquél, se encuentran encendidos en el mismo cariño. Superáis en consecuencia vosotros los más ancianos a los que no lo conocieron en esto: en que convivisteis con él y disfrutasteis de su santa compañía. En cambio, los que no lo conocieron en esto os llevan ventaja: en que no habiendo visto nunca al bienaventurado varón, muestran por él un cariño no menor que el vuestro, que lo conocisteis.

Roguemos pues en conjunto todos, los gobernantes y los gobernados, las mujeres y los hombres, los jóvenes y los ancianos, los esclavos y los libres, al bienaventurado Melecio, y tomémoslo como compañero común de nuestra plegaria, puesto que goza él ahora de mayor libertad de hablar ante Dios y demuestra un más acendrado cariño para con nosotros;<sup>3</sup> roguemos que se aumente la caridad y que todos seamos dignos de que, así como ahora estamos aquí vecinos a esta urna funeraria, así podamos estar también allá arriba vecinos al eterno tabernáculo de este bienaventurado, y alcanzar los bienes eternos que nos están reservados. ¡Ojalá logremos todos obtenerlos por gracia y clemencia del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria y el imperio juntamente con el Santo Espíritu, por los siglos de los siglos. Amén.<sup>4</sup>

4 Nótese la forma clásica de panegírico que el santo escogió para esta

Han advertido los autores con razón, cómo en este pasaje San Juan Crisóstomo indica las dos razones fundamentales del culto que dan los católicos a los santos: que éstos están ya más cerca de Dios y pueden así mejor interceder; y que su caridad para con nosotros se ha afinado y por lo mismo no sólo pueden sino que quieren interceder por nosotros. La controversia iconoclasta, que más tarde habrían de resucitar los protestantes, es del siglo VIII.

## **XXXV HOMILÍA primera en honor del santo apóstol PABLO.**

Con mucha frecuencia el Crisóstomo teje las alabanzas de San Pablo en sus Homilías y en sus escritos, porque era San Pablo uno de los santos a quienes más amaba y admiraba; y aun corría la fama de que algunos de sus escritos le habían sido dictados directamente por el apóstol, que se le aparecía. Esa fama no se ha comprobado tener fundamento histórico aceptable. Sin embargo hay siete Homilías del Crisóstomo dedicadas expresamente a las alabanzas de San Pablo; y por este motivo las hemos incluido en este volumen dedicado a las encomiásticas. Fueron todas predicadas en Antioquía. Unas antes del mes de enero y otras en seguida de las kalendas de este mes. Pero del año nada se sabe. Aniano las tradujo al latín con cuidado, por creer que en ellas el santo Doctor antioqueno favorecía a su secta, que era la de los pelagianos, exaltando en demasía el poder del libre albedrío; con todo no torció el sentido de las frases del santo por favorecer sus propios errores.

EN NADA SE EQUIVOCARÍA quien llamara al alma de Pablo un prado de virtudes y un paraíso espiritual: ¡en tal manera floreció con la gracia y tan grande fue la perfección de vida que con la gracia demostró! Porque fue hecho vaso de elección y además él mismo procuró purificarse, por eso los dones del Espíritu Santo se derramaron en él con abundancia. De ahí sacó en provecho nuestro los admirables ríos; ni solamente fueron cuatro como los de la fuente del paraíso, sino muchísimos más que fluyen cada día; y no para regar la tierra sino para despertar las almas de los hombres y que produzcan y germinen la virtud. ¿Qué discurso, por tanto, sería suficiente para declarar sus méritos? ¿qué lengua puede igualar a lo que piden sus alabanzas? ¿cómo alcanzaremos la grandeza de los encomios, cuando él tiene en su alma todos los dones que se hallan en los demás hombres y todos con exceso? ¡Ni solamente los de los hombres, sino también los de los ángeles! Pero no por esto callaremos; antes bien, por esto hablaremos. Porque no hay más excelente género de alabanza que aquel en que la virtud excede al poder del discurso, lo mismo que la grandeza del que es alabado. De manera que el ser vencidos nosotros les es más glorioso que si hubiéramos alcanzado innumerables victorias.

Homilía: es una breve pero brillante narración de la vida del santo interponiendo diversas aplicaciones morales.

¿De dónde, pues, podremos con oportunidad mayor tomar comienzo para sus alabanzas? ¿Por dónde comenzaremos a alabarle primero, sino ante todo por esto: que demos cómo él posee los bienes de todos? Porque si los profetas ostentaron algún poder y nobleza, o bien los patriarcas o los justos o los apóstoles o los mártires, Pablo tiene todo eso juntamente y con tanta excelencia con cuanta no poseyó ninguno de aquéllos en el particular bien en que sobresalía. ¡Examina, pues, esto con mayor diligencia!

Ofreció Abel un sacrificio y por ello es alabado. Pero, si lo comparamos con el sacrificio de Pablo, aparecerá éste tan superior a aquél como el cielo está sobre la tierra. ¿Cuál sacrificio suyo queréis que traiga a la memoria? Porque no ofreció uno solo, sino que cada día se ofreció a sí mismo y se inmoló. Y ese sacrificio cotidiano lo ofrecía doblemente: de un modo, muriendo cada día, y de otro llevando sin interrupción en su cuerpo la mortificación. Constantemente se preparaba para los peligros y con su

voluntad consumaba el martirio. Y mortificando en sí mismo la natural tendencia de la carne, no cumplía menos, antes mucho más, con el oficio de hostia inmolada a Dios. No ofrecía ovejas ni bueyes, sino que se inmolaba a sí mismo doblemente cada día, como ya dijimos.

Y por esto, confiadamente decía: ¡Yo ya me inmoló! (), llamando inmolación a su sangre. Ni se contentó con solos estos sacrificios; sino que, como se había consagrado completamente a Dios, procuró además ofrecerle todo el universo, puesto que recorrió la tierra y el mar, Grecia y la tierra de los bárbaros, y todas las regiones que existen debajo del cielo, como si estuviera dotado de alas. Y esto no con un trabajo sencillo, como quien recorriera vanamente los caminos, sino arrancando al mismo tiempo las espinas del pecado, sembrando en todas partes la palabra de la piedad, extirpando los errores, trayendo a los hombres a la verdad y haciéndolos de hombres ángeles: ¡más aún, como arrebatando esos mismos hombres a los demonios y llevándolos a los ángeles!

Por esto, ya próximo a salir de este mundo, tras de tantos sudores y de innumerables victorias, decía, para consuelo de sus discípulos: Pero si me inmoló en libación añadida al sacrificio y en servicio de vuestra fe, me alegro y me congratulo con todos vosotros; de lo cual vosotros también alegraros y congratulaos conmigo? Pues ¿qué cosa se encontrará que iguale el sacrificio en que Pablo, habiendo desnudado la espada del Espíritu Santo, se inmoló y se ofreció sobre el altar que está colocado en los cielos? Cuanto a Abel, murió herido dolosamente por su hermano, y por esto quedó más esclarecido. Pero yo te mostraré innumerables muertes, tantas cuantas fueron los días que este bienaventurado vivió predicando.

Mas, si quieres conocer aquella muerte también, que finalmente se cumplió en realidad, observa que Abel fue muerto por su hermano a quien él no había ofendido, pero tampoco había colmado de beneficios; mientras que Pablo fue muerto por aquellos a quienes deseaba sacar de infinitos males y por los que sufrió todo lo que había padecido. Cuanto a Noé, fue varón justo y perfecto en su generación, y el único que era tal entre todos: pero también Pablo fue encontrado tal el único entre todos. Y se lee que aquél se libró solamente a sí mismo y a sus hijos: éste, en cambio, cuando inundaba al mundo un diluvio mucho más cruel, no fabricando una arca con tablas ensambladas, sino en vez de tablas fabricando epístolas, libró de entre las olas no a dos o tres de sus hermanos, sino en absoluto a todo el orbe amenazado de sumergirse.

Ni era esta arca de tal naturaleza que solamente pudiera ser llevada en torno de un lugar, puesto que abarcaba en sí todos los términos de la tierra. Porque hasta el día de hoy, Pablo los introduce a todos en esta arca que preparó con capacidades para salvar a toda la multitud; arca que habiendo recibido en su seno a gentes casi más necias que los animales irracionales, las hizo imitadoras de los ángeles. Y aun en esto vence esta arca a la otra. Porque aquélla, habiendo recibido en su interior un cuervo, cuervo lo devolvió a los aires; y habiendo recibido un lobo, no pudo cambiarle su fiera. Pero no así ésta: porque habiendo recibido lobos los cambió en ovejas; habiendo recibido gavilanes y grajos, los volvió palomas; y habiendo excluido toda fiera e irracionalidad, introdujo en el mundo la mansedumbre del Espíritu Santo; y hasta el día de hoy permanece flotando y no se desbarata. Porque no puede destrabar sus tablas tempestad ninguna de malicia. Más aún: al navegar, frenó los ímpetus de las tempestades; que fue cosa connatural a ella. Porque sus tablas no están calafateadas con pez y betún, sino ungidas

con el Espíritu Santo.

Filip. II, 17-18.

Pero dirás que a Abraham todos lo admiran. Porque, en oyendo: ¡Abraham! ¡sal de tu tierra y de tu parentela!,<sup>3</sup> al punto abandonó su tierra y su casa y sus amigos y parientes, cuya pérdida sólo se compensaba con el amor al precepto divino. También nosotros por eso lo admiramos. Pero ¿cómo puede equipararse a Pablo? Porque Pablo, no solamente abandonó su patria y casa y parientes, sino el mundo mismo. Más aún: abandonó el cielo y los cielos de los cielos: todo lo despreció mirando a Cristo y buscando una sola cosa en vez de todas esas otras, que era la caridad de Cristo. Porque dice: ¡Vi las cosas presentes ni las futuras, ni lo alto, ni lo profundo, ni otra criatura alguna, podrá separarnos de la caridad que es en Cristo Jesús Señor Nuestro.<sup>4</sup>

Pero Abraham, entregándose a sí mismo al peligro, arrancó de manos de los bárbaros al hijo de su hermano. Así es. Mas Pablo arrancó no al hijo de su hermano, ni a tres ni a cinco ciudades, sino al universo entero de las manos no de los bárbaros sino del demonio, afrontando cada día innumerables peligros, y procurando, además, la salvación de todos, mediante mil muertes suyas. Todavía, lo principal de las buenas obras de aquél y el colmo de su prudencia y sabiduría fue el haber querido inmolar a su propio hijo. Pero, aun en esto encontramos que Pablo se le aventaja; puesto que no inmoló a su hijo, sino a sí mismo infinitas veces, como ya dijimos.

Gen. XII, 1. Rom. VIII, 38-39.

Y en Isaac ¿qué admiraría alguno? Ciertamente muchas otras cosas, pero sobre todo su paciencia. Porque, cavando pozos y siendo orillado hasta los últimos extremos, no se resistía, sino que llevaba en paciencia el que los pozos por él excavados fueran luego ensolvados y tuviera que pasarse a otro lugar.<sup>5</sup> Y no se lanzaba contra sus adversarios y no reunía un ejército de los suyos; sino que en todas partes cedía sus posesiones hasta saciar la injustísima iniquidad de aquéllos. Pero Pablo, no mirando pozos cubiertos de piedras, sino su propio cuerpo lapidado, no solamente no se daba por vencido como aquél, sino que procuraba llevar al cielo a los mismos que lo lapidaban. Porque esta fuente, cuanto más la ensolvaban tanto brotaba con mayor ímpetu y corría difundiendo más abundosos caudales.

Se admira la Escritura de la longanimidad y paciencia del hijo de éste, Jacob. Pero ¿qué alma hay tan de diamante que pueda imitar la paciencia de Pablo? Porque Pablo soportó los trabajos de la servidumbre por la esposa de Cristo no durante catorce años, sino durante toda su vida; y no solamente quemado al calor del sol en el día y del hielo en la noche, sino además sobrellevando mil géneros de tentaciones. Y ahora destrozado y despedazado con azotes o con piedras, ahora luchando ya con las bestias feroces ya con las olas del mar, ahora en fin peleando días y noches con el hambre continua, y haciendo frente a todos los peligros en todas partes, sacaba de las fauces del lobo a las ovejas que ya había arrebatado.

Cierto que también José fue adornado con la virtud del pudor. Pero yo temo no vaya a ser incluso ridículo alabar a Pablo por este capítulo: ¡a Pablo, que crucificándose al mundo, de tal manera miraba no solamente la belleza de los cuerpos sino también todo cuanto de belleza y de ornato aparece en las demás cosas, como nosotros vemos las

cenizas y pavezas, y permanecía insensible y como un muerto delante de otro cadáver! Y como reprimiera con tan grande empeño los naturales incentivos y sus vicios, nunca sufrió nada humano en demasía por lo que toca al afecto para con las demás personas.

Gen. XXVI, 15.

Todos los hombres admiran a Job y por cierto con muchísima razón. Porque es un adroirable atleta y tal que puede ver de frente al mismo Pablo, por la paciencia y la pureza de su vida y el testimonio de Dios y su esforzadísima lucha contra el demonio y la victoria que en semejante combate consiguió. Pero Pablo, habiendo durado en la batalla no unos meses sino muchos años, brilló tan resplandeciente, no precisamente rayando la pus de su carne con la gleba de la tierra, sino cayendo con frecuencia en las mismas fauces del león dotado de inteligencia, y luchando contra infinitas tentaciones, que permaneció más inmóvil que una roca; y soportó no a tres ni cuatro amigos, sino a todos los infieles y falsos hermanos que lo cargaron de oprobios, como un escupido y maldito de todos.

Pero dirás que aquel Job ejercía grande hospitalidad y tenía sumo cuidado de los pobres: ¡no lo negamos! Mas creemos que esa hospitalidad era inferior a la de Pablo; y tanto más inferior era cuanto es más inferior el cuerpo respecto del alma. Porque la caridad que aquél tenía con los enfermos según la carne, éste la mostraba con los enfermos del alma, unas veces dirigiendo por el verdadero camino a quienes cojeaban y estaban privados del recto raciocinio; otras vistiendo con la estola de la celestial sabiduría a quienes andaban deformes por la desnudez espiritual. Y aun en los beneficios corporales, tanto más superaba Pablo a Job, cuanto es más el prestar auxilio a los necesitados cuando se vive en la indigencia y el hambre, que proveerlos de todo cuando se tiene abundancia de riquezas. Porque la casa de Job se abría a todo el que llegaba, pero el alma de Pablo abierta estaba a todo el universo y a todo el pueblo de los fieles, a los cuales recibía en benigno hospedaje dentro de su corazón, y les decía: ¡No estáis estrechos en nosotros, estáis estrechos en vuestras entrañas! 6

Y por cierto, Job se mostraba liberal con los pobres porque tenía innumerables ovejas y bueyes; Pablo, en cambio, no poseyendo otra cosa que su cuerpo, de su escasez suministraba suficientemente a los necesitados. Y él mismo dice en alguna parte recordándolo: ¡Estas manos suministraron para mis necesidades y las de los que estaban conmigo! " Porque del trabajo de su cuerpo hacía una renta para los pobres y los hambrientos. Pero a Job, dirás, los gusanos y las llagas le causaban terribles e intolerables dolores. ¡Lo confieso! Mas si consideras los azotes de Pablo durante tantos años, y su desnudez unida al hambre continua, y sus cadenas y las cárceles y asechanzas y los peligros que afrontaba ya de los domésticos, ya de los extraños, ahora de los tiranos y ahora, en una palabra, del orbe todo; y a eso añades otras cosas aún más amargas, como los sufrimientos que padecía por causa de los que se escandalizaban y por la solicitud de todas las iglesias y cómo se quemaba con cada uno de los que eran escandalizados, verás que el alma que tales cosas sufría era más dura que cualquier roca, y superaba al hierro y al diamante en la firmeza. Lo que Job en su carne, eso lo sufrió Pablo en su espíritu; puesto que por cada uno de los que caían lo consumía una tristeza mucho más molesta que cualesquiera gusanos.

6 2Cor. VI, 12.

7 Hechos XX, 34.



Y por esto derramaba fuentes de lágrimas continuas no solamente de día, sino también durante la noche; y por cada uno se afligía mucho más que la mujer en sus partos; y por esto exclamaba: ¡Mijitos míos a quienes yo de nuevo doy a luz!<sup>8</sup> Y después de Job ¿a quién otro se juzgará digno de admiración? ¡Sin duda que a Moisés! Pero también lo sobrepasa Pablo con su excelente virtud. Muchas y preclaras cosas tiene Moisés. Mas sin duda la principal y como cumbre de aquella alma santa, fue que eligió el ser borrado del libro de la vida por la salvación de los judíos. Pero Moisés prefería morir juntamente con los otros, mientras que Pablo lo prefería en favor de los otros. Porque no quiso perecer con los que perecían, sino que eligió perder la eternidad de la gloria para que los otros se salvaran.

Moisés lucha con Faraón, pero Pablo luchaba cada día con el demonio. Aquél luchó por un pueblo, éste por el orbe de la tierra y esto no brotándole sudor sino sangre en vez de sudor por todas partes, mientras llevaba al culto de la piedad no solamente las regiones habitadas del mundo sino también las desiertas; y no solamente a los griegos sino además a los bárbaros.

Podría yo traer a comparación a Jesús de Nave y a Samuel y a otros profetas; para no alargar mi discurso, acudiré a los principales. Porque una vez que aparezca superior a éstos, ya no quedará duda alguna acerca de los otros. ¿Cuáles, pues, os parece que fueron los más eminentes? ¿Quién, tras de los dichos, sino David, Elias y Juan; de los cuales uno fue el Precursor de la primera venida y el otro el de la segunda? Razón por la cual tienen el apelativo común de precursores. ¿Qué es, pues, lo más excelente que se encuentra en David? ¡Sin duda la humildad y el ferviente amor de Dios! Pero, ¿quién más o siquiera igualmente al alma de Pablo tuvo con perfección ambas cosas?

Galt. IV, 19.

Por mi parte, no creo que en Elias se haya de admirar el que cerrara los cielos, atrajera el hambre sobre la tierra, hiciera con su palabra llover fuego del cielo; sino que ardía en celo de la gloria de Dios, y en este afecto de su mente ardía más que el fuego mismo. Pero, si consideras con diligencia el celo de Pablo lo encontrarás tanto más excelso cuanto aquél sobresalía entre los demás profetas. Porque ¿qué se encontrará igual a las palabras con que, por el celo de la gloria del Señor, exclamaba: Porque deseaba yo ser anatema por mis hermanos que son de mi linaje según la carne? <sup>9</sup> Y, como tuviera delante los cielos y las coronas y los premios, se retardaba y emperezaba y decía: ¡Mas, permanecer en la carne, lo creo necesario por vosotros! <sup>10</sup> Por esto, para mostrar el celo y caridad con que ardía en Cristo, creyó que no le bastaba con las criaturas visibles ni con las invisibles, sino que buscaba otras que no existiesen para expresar lo que con tanto ardor deseaba.

¡Pero Juan comía langostas y miel silvestre! ¡Sí! Pero Pablo se condujo entre el estrépito del mundo lo mismo que aquél en el desierto; no ciertamente comiendo langostas y miel silvestre, sino servido de una mesa mucho más pobre; y aun ni siquiera tomando el necesario alimento, por el fervor y empeño que en la predicación tenía. ¡Pero en aquél brilló una grande constancia en contra de Herodes! Mas éste no a uno, ni a dos, ni a tres, sino a innumerables hombres, constituidos en potestad semejante a la de aquél, los corrigió, y eran aún mucho más crueles que aquel tirano.

Sólo queda que comparemos a Pablo con los ángeles. Por esto, abandonemos la tierra y subamos hasta las cumbres de los cielos. Y nadie acuse de audacia nuestras palabras. Porque si la Escritura a Juan y a los sacerdotes de Dios los llamó ángeles ¿cómo se puede admirar de que a Pablo, más excelente que todos aquéllos, lo comparemos con las celestiales Virtudes? ¿Qué es, pues, lo que juzgamos grande en los ángeles? Sin duda que con grande cuidado sirven a Dios. David, admirado precisamente de eso, decía: ¡Poderosos en su fortaleza, que hacen sus mandatos! ¡Ya que no hay bien alguno en absoluto igual a éste, aun cuando ellos sean mil veces incorpóreos. Porque esto es lo que sobre todo los hace felices, que obedecen los preceptos de Dios y no los desobedecen en ninguna cosa.

• Rom. IX, 3. 10 Filip. I, 24.

Pues esto mismo podemos observar cómo Pablo manifiestamente lo cumplió con toda diligencia y cuidado. Ni solamente cumplió la palabra de Dios, sino además sus preceptos y aún más que sus preceptos. Y declarando esto dijo: ¿Cuál es pues mi mérito? ¡Que al evangelizar lo hago gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización! 12 Pues ¿qué otra cosa es la que admira en los ángeles el profeta? Porque dice: El que hace ángeles a sus espíritus y a sus ministros fuego quemante.13 Mas esto, también en Pablo lo podemos encontrar. Porque él, a la manera de fuego y de espíritu, recorrió todo el orbe de la tierra, y recorriéndolo lo purificó.

¡Pero Pablo aún no ha participado del cielo! Pues ¡esto es lo más admirable! ¡que de tal manera procedía acá en la tierra y vestido aún con la carne, que competía con la virtud de las Potestades incorpóreas! ¡De cuan grande condenación, por consiguiente, somos dignos nosotros, si no procuramos imitar siquiera en alguna mínima parte al hombre que en sí reunió todos los bienes! ¡Considerando estas cosas, mostrémonos ajenos a la culpa, y procuremos acercarnos al celo que aquél tuvo, para que merezcamos llegar a los mismos bienes a que él llegó, por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien compete la gloria y el poder ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.14

11 Salmo CU, 20.

12 / Cor. IX, 18.

13 Salmo CIII, 4.

14 Como se ve, el santo Doctor, llevado de su cariño a San Pablo, se es fuerza por ponerlo por encima de los más grandes santos. Pero hay en toda su forma de argumentar algo de sencillez patriarcal. La forma antitética del elogio es del todo retórica; el estilo es simple; pero la fuerza de las razones nos parece que deja que desear: semejantes comparaciones de varón a varón y de virtud a virtud son siempre difícilísimas y de ordinario deficientes.

36

## **XXXVI HOMILÍA segunda en honor del santo apóstol PABLO.**

QUÉ SEA EL HOMBRE y cuan grande lo noble de su naturaleza y de cuánta virtud sea capaz, aun siendo animal, entre todos lo manifiesta principalmente Pablo; el cual, desde

que vivió hasta el tiempo presente, sigue dando la respuesta en altas voces, a todos los que nos acusan, y sale a la defensa de Dios, y nos exhorta a la virtud, y cierra las bocas impudentísimas de los blasfemos, y enseña además que no es mucha la distancia entre los ángeles y los hombres a fin de que con mayor diligencia nos ejercitemos a nosotros mismos. Puesto que él, sin poseer una naturaleza distinta ni una ánima diferente, ni habitar en otro mundo, sino educado en la misma tierra y en la misma región y bajo las mismas leyes y costumbres, superó grandemente a todos los hombres que ahora existen y que ya existieron en lo que toca a la virtud.

¿Dónde están los que colocan al vicio en un plano inclinado hacia abajo y a la virtud en una alta cumbre? Porque Pablo manifiestamente está en desacuerdo con ellos al decir: Pues por la momentánea y ligera tribulación se nos prepara un peso eterno de gloria incalculable.<sup>1</sup> Pero, si las tribulaciones se halla que son ligeras ¿cuánto más lo serán las delicias que en nosotros se encuentran? Pero no es sólo esto lo admirable en Pablo: que por la abundancia de la devoción en cierto modo no sintiera los dolores sufridos para alcanzar la virtud, sino que a la virtud misma no la tomara como premio.

Porque nosotros ni aun propuesto el premio peleamos por la virtud; virtud que él, aun sin premio, abrazaba y amaba, y sufría con toda magnanimidad todo cuanto a causa de su aspereza suele impedir el ejercicio de ella. Y no acusó, ni puso como motivo la debilidad del cuerpo, ni la multitud de negocios que por todas partes lo oprimía, ni la tiranía de la naturaleza, ni otra cosa alguna en absoluto; a pesar de que se le había encomendado una carga mayor que la que llevaban todos los jefes de milicias y todos los reyes de la tierra. Sino que cada día se levantaba más alto, cada día con más grande fervor; y luchaba con renovada diligencia contra los peligros que lo amenazaban. Y significando esto mismo, decía: ¡Olvidándome de lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante. . .!

1 2Cor. IV, 17.

Y como hubiera visto la muerte ya inminente, excitaba a otros a compartir su deleite y su gozo y les decía: / Gózaos y congratuladme! 3 Y al tener delante peligros, injurias y oprobios, de nuevo salta de gozo, y escribe a los de Corinto: ¡Me gozo en las enfermedades, las contumelias, las persecuciones! f y decía que éstas eran las armas de la justicia, indicando con eso que de ello se le seguía el máximo fruto.

Así pues: cuando se encontraba en medio de las asechanzas de los enemigos, triunfaba victorioso de todas las impugnaciones.

Y azotado con varas y cubierto de maldiciones e injurias en todas partes, como si celebrara un triunfo y levantara constantes trofeos, se gloriaba y daba gracias a Dios, y decía: ¡Gracias a Dios que siempre nos hace triunfar! 5 Y con esto, se apresuraba a la contradicción y a las injurias que padecía por su empeño en la predicación, mucho más que nosotros a los honores y a los deleites; y mucho más deseaba él la muerte que nosotros la vida, mucho más la pobreza que la opulencia, mucho más los trabajos que otros el descanso después de los trabajos; y prefería la tristeza al gozo y oraba con mayor empeño por sus enemigos que nosotros contra ellos. Porque él había invertido el orden de las cosas; o mejor dicho, somos nosotros quienes hemos pervertido el orden de las cosas. El lo guardó en la forma en que Dios lo tiene instituido.

Porque todo lo que Pablo deseaba, es lo conveniente a la naturaleza; y en cambio todo lo que aquél huía le es contrario. ¿Cómo podemos probar esto? Porque siendo hombre, como lo era, Pablo más bien corría hacia aquellas cosas que no a éstas. Solamente una cosa temía y de ella temblaba: de la ofensa de Dios, y de nada más en absoluto. En consecuencia ninguna otra cosa le agradaba sino el dar placer a Dios. Y no digo sólo que no deseaba nada de las cosas presentes, sino que aun de las futuras nada deseaba. No me hables de las naciones, de las ciudades, de los ejércitos, de las provincias, de las riquezas, del poder: todas esas cosas las reputo como telas de araña. Mejor ponme delante las cosas que se nos prometen para el cielo, y así conocerás el ardor de su caridad para con Cristo.

2 Filip. III, 13.

3 Filip. II, 18.

4 II Cor. XII, 10.

5 Ibid. II, 14.

Porque Pablo, a causa de la dulzura de ésta, no admiró la dignidad de los ángeles ni de los arcángeles, ni deseó cosa alguna de ese género, pues gozaba del amor de Cristo, que es mayor que todas esas cosas. Con él se juzgaba más feliz que todos, y sin él no deseaba ser compañero de las Dominaciones ni de los Principados. Con esta caridad, anhelaba ser de los últimos y aun de los reprobos, más bien que ser, sin ella, del número de los más elevados en el honor y más excelsos. Y era para él el singular y máximo tormento apartarse de esa caridad. Esto le equivalía a la gehenna; solamente esto lo apenaba; esto era para él como infinitos e insoportables suplicios; así como el gozar de la caridad de Cristo, era la vida, el mundo, el ángel, lo presente y lo futuro, el reino y la promesa y los bienes innumerables. Fuera de perder la caridad no había cosa que tuviera por triste.

De todas las cosas que acá se poseen, ninguna reputaba como difícil ni como suave; y despreciaba todas las cosas que vemos, como suele despreciarse la hierba podrida. A los tiranos y a los pueblos que respiraban furor, los tenía como simples mosquitos. Los tormentos y muertes y suplicios sin número, los juzgaba como juegos de niños, con tal de poder sufrir algo por Cristo; porque en este caso de buena gana los abrazaba y se honraba con los vínculos de sus cadenas más que Nerón ceñido con su corona. Encerrado en la cárcel, habitaba en el cielo; y con mayor prontitud recibía los azotes y las heridas que otros arrebatában los premios en los certámenes. Amaba los dolores no menos que si fueran premios, porque los dolores mismos los tenía como premios, y los llamaba con el nombre de gracias.

Considera bien el sentido de esto. Premio era el ser desatado y morar con Cristo, mientras que el permanecer en la carne era combate. Y con todo, por la caridad de Cristo, con el deseo del certamen difería los premios y juzgaba lo otro ser más necesario. Por el contrario, estar apartado de Cristo le era dolor y combate, cosa más grave que todo dolor y todo certamen.

Estar con Cristo le era premio singular; y con todo Pablo, por Cristo, prefirió y eligió antes aquello que esto.

Aquí dirá alguno: ¡cierto! ¡pero fue porque decía que le era suave por Cristo! ¡De plano lo confieso yo también! Pues las cosas que a nosotros nos causan tristeza, a él le

producían gozo sumo! ¿Para qué traigo a vuestra memoria sus tristezas y peligros? El se encontraba en suprema tristeza cuando exclamaba: ¿Quién desfallece y yo no desfallezco? ¿quién se escandaliza y yo no me abraso? 6 Y si alguno acaso nos alegara que también en la tristeza hay cierto gozo, puesto que muchos de aquellos a quienes la muerte de sus hijos ha causado una herida reciben algún consuelo en que se les deje a solas con su dolor, y se duelen más cuando se les quiere apartar del dolor, digo que eso mismo le sucedía a Pablo, quien día y noche se consolaba con sus lágrimas: ¡porque nadie con tan grande afecto deplora sus propios males como él los ajenos!

¿Cuánto crees que se afligía al dolerse de la perdición de los judíos, él, que con tal de que se salvaran deseaba incluso ser excluido del reino de los cielos? Y esto se ve porque estimaba como cosa más amarga que ellos no se salvaran que no perecer él. Porque si aquello no fuera más amargo nunca habría deseado esto otro, sino que lo elegía como cosa más llevadera. Apacentado como estaba con la esperanza suprema del premio futuro, no andaba deseando aquello a la ligera; sino que clamaba y decía: ¡Tribulación grande es para mí y dolor continuo en mi corazón! Pues a quien con tanta vehemencia se dolía por cada uno de los habitantes del orbe, por así decirlo; y se lamentaba en común por todas las gentes y ciudades, y en particular por cada individuo, ¿a qué lo podremos comparar? ¿a qué hierro o a qué diamante? ¿cómo preferirá alguno llamar a esa alma? ¿oro o diamante? ¡Porque era más fuerte que todo diamante y más preciosa que el oro y que las piedras preciosas! ¡Y aun superaba a una de esas materias por su firmeza y a la otra por su precio! ¿A qué, pues, se comparará esta alma? ¡De las materias que existen ciertamente a ninguna! ¡Si acaso ai oro se le añadiera la fortaleza del diamante y al diamante se le hiciera oro, entonces quizá pudiera convenir al alma de Pablo esa comparación!

0 Ibid. XI, 29. 7 Rom. IX, 2.

Mas ¿por qué traigo a comparación al alma de Pablo con el oro y el diamante? Coloca en contrapeso suyo en un platillo de la balanza a todo el mundo, y entonces verás cómo el alma de Pablo lo arrastra. Porque si de los que se vestían de pieles y vivían en las cavernas en un reducido hueco del mundo, lo afirma Pablo ¿con cuánta mayor razón diremos nosotros que Pablo es más excelente que el mundo y que todas las cosas del mundo? Pero, si el mundo no es digno de él ¿quizá lo será el cielo? ¡Pues éste también es inferior! Porque si Pablo todo cuanto hay en el cielo y también al cielo mismo, lo pospuso a la caridad de Dios ¿cuánto más el Señor, que es tanto más benigno que Pablo cuanto excede en preeminencia la bondad a la malicia, lo juzgará más excelente que cielos innumerables?

Nosotros no amamos a Dios tanto como El nos ama; sino que El nos ama en tal manera efusivamente que el lenguaje no es bastante para explicarlo. Consideremos, pues, con cuan grandes honores distinguió a Pablo, aun antes de la resurrección. Lo arrebató al paraíso, lo elevó hasta el tercer cielo, lo hizo partícipe de inefables arcanos y le dio conocimiento de tan grandes misterios que ninguno de los hombres hay que pueda explicar su naturaleza. ¡Y con razón! Porque Pablo, caminando aún sobre la tierra, de tal manera procedía ya en todo, como si disfrutara de la compañía de los ángeles. Estando aún atado al cuerpo pasible, gozaba ya de la perfección propia de ellos; y estando aún sujeto a tantas debilidades, luchaba por no aparecer en nada inferior a las supremas Virtudes.

Como si tuviera alas, recorrió enseñando a todo el universo; como si no tuviera cuerpo, así despreció los trabajos y peligros; como si ya poseyera los cielos, así tuvo en menos todas las cosas terrenas; como si ya viviera entre aquellas Virtudes incorpóreas, así estaba sin cesar su mente despierta. A los ángeles con frecuencia se les ha encomendado la guarda de algunas naciones; pero ninguno de ellos gobernó el pueblo que se le había encomendado como Pablo gobernó al orbe entero.

Ni vayas a decir que no era Pablo quien hacía tales cosas: ¡porque también nosotros lo confesamos! Con todo, aun no siendo él quien las hacía, no quedaba excluido de las alabanzas por aquello que se hacía; porque se había preparado para ser digno de tan grande gracia (como para llevar adelante cosas tan excelentes y gloriosas). A Miguel se le encomendó la nación de los judíos, pero a Pablo se le encomendaron la tierra y el mar y el universo todo habitado y hasta el desierto mismo. Y no digo esto por hacer injuria a los ángeles, ¡lejos de mí! Sino para demostrar que es posible que los hombres se unan a los ángeles y alcancen méritos cercanos a los suyos.

Mas ¿por qué razón especial no se encomendó a los ángeles más bien que a los hombres el cuidado de la predicación? ¡Con el fin de que ninguna excusa encontraras si emperezas, ni dormitaras refugiándote en la diversidad de naturalezas, y finalmente para que tanto mayor fuera la admiración que suscitara las obras cuanto de más inferior naturaleza procedieran! Porque ¿cómo no ha de parecer cosa admirable y extraña que la palabra que salta de una lengua terrena haga huir la muerte, perdone los pecados, ilumine las tinieblas de la ceguera, y con una mutación magnífica haga de la tierra un cielo? ¡Esto admiro yo en la virtud de Dios; por esto me espanto de la prontitud de ánimo de Pablo; y de cómo se empeñó en presentarse tal; y de cómo se preparó para hacerse capaz de gracia tan inmensa!

Pero a vosotros, yo os ruego que no solamente admiréis, sino que además imitéis este preclaro ejemplo de virtudes, porque así podremos ser partícipes de sus coronas. Y si alguno se asombra al oírnos decir que quienquiera que tenga los méritos de Pablo tendrá también los mismos premios, óigalo de él mismo que dice: ¡He combatido el buen combate; he terminado mi carrera; he guardado la fe! ¡Ya me está preparada la corona de justicia que me otorgará en aquel día el Señor, justo Juez; y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida!<sup>8</sup>

¿Ves como a todos los llama la participación de la misma gloria? ¡Supuesto pues que a todos se nos ha propuesto la misma corona de gloria, cuidemos de encontrarnos todos dignos de aquellos bienes que se nos han prometido! Pero no únicamente debemos considerar en Pablo la grandeza y excelencia de las virtudes y su prontitud de ánimo y la firmeza de propósito, por la que mereció llegar a tan alto grado de gracia, sino además la comunidad de naturaleza, por la cual participa con nosotros de todas las cosas connaturales.

2Timot. IV, 7-8.

Con esto, aun las cosas que son en sí arduas nos parecerán fáciles y ligeras. Y, tras de haber trabajado en este breve tiempo, pasaremos luego la eternidad portando aquella inmortal corona e incorruptible, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, al cual sea la gloria y el imperio ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

## **XXXVII HOMILÍA tercera en honor del santo apóstol PABLO.**

EL BIENAVENTURADO PABLO, que demostró tan grande esfuerzo y diligencia que logró elevarlo al cielo mismo, y lo hizo pasar más allá de los ángeles y de los arcángeles y de las otras Virtudes, en alguna ocasión nos exhorta a ser, conforme a su ejemplo, imitadores de Cristo; y nos dice: ¡Sed imitadores míos como yo de Cristo! 1 Pero en cambio, otras veces, guardando silencio acerca de sí mismo, nos empuja a la imitación del mismo Dios: ¡Sed, pues, imitadores de Dios, a la manera de hijos amados! 2 Mas, para demostrar que ninguna utilidad nace de esta imitación si no se vive de tal manera que ese bien aproveche a todos en común y se cuide de proporcionar alguna utilidad a todos, añadió luego: ¡Andad en caridad! 3 Por esto, en cuanto dijo sed imitadores míos, al punto pasó a hablar de la caridad; porque esta virtud es la que principalmente avecina a los hombres a Dios.

Todas las otras virtudes, cualesquiera que sean y de cualquier precio, ocupan un lugar inferior; y todas andan empleadas en el cuidado del hombre; como es en la lucha contra la concupiscencia, en la batalla que libra contra la gula, en la guerra que se ordena a extinguir la avaricia, en las pugnas contra la hinchazón de la ira. En cambio eso de amar es cosa común a nosotros y a Dios. Por esto ordenó Cristo: ¡Rogad por los que os calumnian y los que os persiguen para que seáis semejantes a vuestro Padre que está en los cielos! 4 Habiendo, pues, entendido Pablo ser este el principal de los bienes, cuidó de configurarlo en sí mismo diligentemente. Porque nadie amó tanto a sus enemigos, nadie hizo tantos beneficios a quienes le ponían asechanzas, nadie padeció tanto en bien de los que lo entristecían.

1Cor. XI, 1. Efes. V, 1. Ibid. V, 2.

No pensaba en cuánto padecía, sino en el vínculo común de la naturaleza; y cuanto más feroces se volvían los enemigos, tanto más se compadecía de su locura. A la manera que un padre se ha con su hijo, a quien ha arrebatado el frenesí; que tanto más lo compadece y lo llora cuanto más rechazado es con insultos y con golpes, así Pablo, que conjeturaba la enfermedad de quienes lo entristecían precisamente por la magnitud misma de sus padecimientos, les aplicaba las medicinas de una mayor piedad. Escucha cuán pacientemente y con cuánta mansedumbre nos habla en favor de quienes lo habían azotado cinco veces, y lo habían cubierto de piedras, y lo habían atado, y anhelaban su sangre, y cada día procuraban hacerlo pedazos.

¡Yo les doy testimonio, dice, de que proceden por celo de Dios, aunque no según ciencia! 5 Y luego, refrenando a los que soberbiamente se levantaban sobre ellos, dice: ¡No te engrías, antes teme! ¡Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales tampoco te perdonará a ti! 6 Porque conocía que ya la sentencia del Señor estaba dada contra ellos, hacía lo único que estaba en su mano. Lloraba con frecuencia, se dolía, refrenaba a quienes querían insultarlos; y en cuanto podía, se esforzaba en tender delante de ellos alguna sombra de excusa. Y como a causa de su contumacia y dureza de corazón no podía con palabras persuadirles la fe, se entregaba a continuas oraciones: ¡Hermanos!, dice: a ellos va el afecto de mi corazón y por ellos se dirigen a Dios mis súplicas, para que sean salvos. 1

4 Mat. V, 44-45.

5 Rom. X, 2.

6 Rom. XI, 20-21.

7 Ibid. X, 1.

8 Ibid. XI, 29.

Y luego los incita con una esperanza mejor: ¡Porque irrevocables son los dones de Dios y su llamamiento!,s a fin de que no del todo desesperen y perezcan. Palabras son todas estas de uno que los ama y provee con empeño a su utilidad. Como cuando dice: ¡Vendrá de Sión el Libertador para alejar a Jacob de las impiedades!<sup>9</sup> Y en otra parte: ¡Y éstos no creyeron en la misericordia que se hizo con vosotros, a fin de que también ellos alcancen misericordia! <sup>10</sup> Y lo mismo procede Jeremías, haciéndose fuerza por encontrar alguna excusa para los pecadores, y diciendo sobre este punto: ¡Si nuestros pecados te resistieron, hazlo por Ti! " Y de nuevo: ¡No está en mano del hombre su camino, ni el hombre puede marchar, ni tomará la dirección de su camino!<sup>12</sup> Y todavía más: ¡Acuérdate de que somos polvo!<sup>13</sup>

Porque es costumbre muy universal de quienes ruegan por otros que aquellos que suplican por los que han delinquido, aunque no lleven alguna alabanza idónea para cohonestar la súplica, a lo menos pongan delante en favor de éstos alguna sombra de defensa o excusa, no precisamente ajustada al ápice de la justicia, ni que pueda asentarse como verdad segura, pero que a lo menos consuele a los que se conducen de los que van a perecer. Por lo mismo, no ponderemos con excesivo escrúpulo tales excusas o defensas; sino entendamos que nacen de una alma adolorida y que necesita alegar algo en favor de los pecadores, y conforme a esta norma juzguemos de lo que anteriormente hemos dicho.

¿Piensas acaso que Pablo tenía ese afecto únicamente para bien de los judíos pero no de los extraños? Pues bien: como era sumamente manso, lo tenía así para los judíos como para los extraños. Oye lo que dijo a Timoteo: Al siervo del Señor no le conviene altercar, sino mostrar mansedumbre con todos, y ser pronto a enseñar, ser sufrido y con mansedumbre corregir a los adversarios, por si Dios les concede el arrepentimiento y que reconozcan la verdad y se libren del lazo del demonio a cuya voluntad están sujetos.<sup>TM</sup> ¿Quieres ver cuan modestamente habla aun a los que habían caído en pecado? ¡Oye lo que dice a los de Corinto: ¡Temo no sea que cuando yo vaya no os encuentre como yo os quiero! ([2Co 12,20](#)) Y poco después: ¡No sea que cuando de nuevo vaya a vosotros sea de Dios humillado a causa vuestra, y tenga que llorar por muchos de los que antes pecaron y no hicieron penitencia de su impureza, de su fornicación y de su lascivia! ([2Co 12,20](#)) Y a los Gálatas dice: “¡Hijitos míos a quienes de nuevo doy a luz hasta que se forme en vosotros Cristo!”

9 Isaías LIX, 20.

10 Rom. XI, 31.

11 Jerem. XIV, 7.

12 Ibid. X, 23.

13 Salmo CU, 14.

14 II Tim. II, 24-26.

Y por motivo del que había fornicado, oye cómo se duele, no menos que se dolía y lamentaba el mismo pecador, y rogaba a otros por él, y decía: ¡Confirmad en él la



caridad! ([2Co 2,8](#)). Y aun al separarlo del cuerpo de la Iglesia no lo hizo sin grandes gemidos y muchas lágrimas: ¡Os escribo en medio de una gran tribulación y ansiedad de corazón, con muchas lágrimas, no para que os entristezcáis, sino para que conozcáis el gran amor que os tengo! ([Ga 4,19](#)) Y luego: Y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que bajo ella están. Me he hecho flaco con los flacos. Me he hecho todo a todos para ganarlos a todos([1Co 9,20-22](#)). Y todavía en otra parte: ¡A fin de presentarlos a todos perfectamente en Cristo Jesús! ([Col 1,28](#)).

¿Ves a esta alma que supera todo lo terreno? ¡Deseaba presentar a todos los hombres a Dios; y, en cuanto estaba en su mano, los presentó a todos. Porque se dolía como si engendrara a todo el universo, y así corría y así se apresuraba a meterlos a todos en el reino de Dios, mediante su ministerio, sus amonestaciones, sus promesas, sus oraciones, sus súplicas, aterrorizando a los demonios, ahuyentando a los corruptores de las almas; y esto ya fuera morando entre ellos, ya por medio de cartas; ya de conversaciones, ya de obras; ora por sí mismo, ora por sus discípulos; y se esforzaba en levantar a los caídos, en confirmar a los que se sostenían, en alzar de la tierra a los que en ella yacían, en sanar a los arrepentidos, en reanimar con el óleo

19 Ibid. II, 4.

de la exhortación a los perezosos, en gritar con todas sus fuerzas contra los enemigos, mirando amenazadoramente a los contrarios; y a la manera de un excelente jefe y médico llevaba los instrumentos de su arte y era a la vez protector de los que luchan y pronto auxiliar de los enfermos. De manera que él solo hacía todos los oficios y en todas partes custodiaba al ejército. Y no solamente en las cosas espirituales, sino también en las corporales dejó grande cantidad de documentos de providente cuidado y solicitud para con todos. Oye cómo aun acerca de sola una mujer escribe a todo un pueblo y le dice: ¡Os recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia de Cen-cres, para que la recibáis en el Señor de una manera digna de los santos y la asistáis en todo lo que fuere necesario! 22 Y también: Conocéis, dice, a la familia de Estéfana. (Os exhorto) a que cumpláis con tales familias los debidos oficios.23 Y luego: ¡Sed deferentes con ellas! 2i Porque es una nota característica de la caridad de los santos que también en ese género de necesidades socorran. Así Elíseo, a la mujer que lo recibió en hospedaje no solamente la remuneró con beneficios espirituales, sino que procuró pagarle con beneficios corporales. Y por esto decía: ¿Tienes acaso algo que pedir del rey o del príncipe? 25 Pero ¿de qué te admiras cuando Pablo por medio de cartas dio recomendaciones; y cuando llamaba a alguno a su lado no se desdeñaba de procurarle viático para el camino, y de escribir lo mismo en su carta? Porque a Tito le dice: A Zenas, el jurisconsulto, y a Apolo, mira de proveerlos solícitamente y que nada les falte.'26 Quien recomendando a algunos escribió con tanto empeño y cuidado, sin duda que mucho más habría hecho todo lo que pudiera si a alguno hubiere visto en peligro. También escribiendo a Filemón, mediante Onésimo, observa cómo pone todo su cuidado y cuan apretadamente y con qué solicitud le ruega. Pues, quien en favor de un esclavito, y éste fugitivo, y que había robado a su señor muchas cosas, compuso toda una carta sin dudar, y rebosante de cariño, considera ¿cuál sería para con los demás?

a Rom. XVI, 1-2. a I Cor. XVI, 15-16.

24 Ibid. XVI, 18.

25 // Reg. IV, 12 y sgts.

26 Tito III, 13.

Porque solamente una cosa juzgó ser de vergüenza: el descuidar algo en tratándose de la salvación de alguno. Por este motivo todo lo hacía y todo lo revolvía; y en absoluto no dudaba en gastar cualquier cosa por la salvación de los que debía conservar: ni palabras, ni dineros, ni su propio cuerpo. Pues, quien infinitas veces se había ofrecido a la muerte, mucho menos habría sido corto en dineros de haberlos tenido. Mas ¿por qué digo de haberlos tenido cuando puedo demostrar que no perdonó ni los dineros y eso sin tenerlos? Y para que no creas que lo que decimos es un enigma y palabra ininteligible, óyelo otra vez cómo dice: Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestras almas.<sup>21</sup> Y hablando a los de Efeso dice: ¡Vosotros lo sabéis! ¡estas manos han suministrado a las necesidades mías y a las de los que me acompañan!

zs

Sobresalía en todas las virtudes, pero a todas las superaban las llamas violentas de su caridad. Y a la manera que el hierro cuando ha caído en el fuego todo él se convierte en fuego, así Pablo, encendido en la caridad, se hizo a todos caridad; y fue como un padre común de todo el mundo: ¡hasta tal punto imitaba en el amor a los padres de todos! Más aún: superaba por su solicitud así corporal como espiritual a todos los padres; y empleaba en favor de sus amados el dinero, las palabras, el cuerpo y el alma. Y por esto, a la caridad la llamaba plenitud de la Ley y vínculo de perfección y madre de todos los bienes y principio y fin de todas las virtudes. Y por esto decía: El fin del Evangelio es la caridad de un corazón puro, de una buena conciencia.<sup>29</sup> Y también: No adulterarás, no matarás y cualquier otro precepto se resume en esta sentencia: amarás a tu prójimo como a ti mismo?<sup>0</sup>

Siendo pues el principio y el fin y la síntesis de todos los bienes la caridad, procuremos imitar en ella a Pablo: porque él por medio de ella se hizo tal como es. ¡No me pongas delante los muertos que resucitó, ni los leprosos que curó! ¡nada de eso te exigirá Dios! ¡Adquiere la caridad de Pablo y alcanzarás la corona perfecta! ¿Quién dijo esto? Aquel mismo cultivador de la caridad, que la antepuso a los milagros y maravillas e infinitos géneros de otros dones. Porque puso en práctica tan diligentemente todas las partes de este oficio de la caridad, por eso entendió perfectamente su fuerza. Por ella fue tal cual es; y nada lo hizo tan digno de Dios como la virtud de la caridad. Y por esto decía: ¡Aspirad a dones mejores! Pero además de lo que ya hice os mostraré el camino,<sup>31</sup> y entendía con esas palabras la caridad y la declaraba el camino más excelente y más fácil. Caminemos, pues, también nosotros constantemente por ella, a fin de que merezcamos contemplar a Pablo; y mejor aún al Señor de Pablo; y consigamos las coronas incorruptibles por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

27 2Cor. XII, 15.

28 Act. Apost. XX, 34.

29 1Tim. I,5.

30 Rom. XIII, 9.

## **XXXVIII HOMILÍA CUARTA en honor del santo apóstol PABLO.**

EL BIENAVENTURADO APÓSTOL PABLO, que nos ha congregado aquí y que ilumina todo el orbe de la tierra, fue cegado por un poco de tiempo al momento de su vocación, pero su ceguera fue luz para todo el mundo. Porque veía torcidamente, por eso lo cegó Dios, para que en adelante la vista le fuera de utilidad; y también para darle una demostración de su poder al mismo tiempo que en ese padecer se le daba una previa figura de lo futuro y se le enseñaba el modo que había de tener en su predicación: es a saber que convenía echar fuera de sí todos sus antiguos deseos y seguir a Cristo a ojos cerrados. Por esto el mismo Pablo, para significarlo decía: ¡Si alguno de vosotros parece sabio, hágase el necio para que sea sabio!<sup>1</sup> De manera que nunca habría podido ver de nuevo correctamente si primero no hubiera cegado, a fin de que habiendo hecho a un lado la sabiduría propia que lo perturbaba, se entregara plenamente en todas las cosas a la fe.

Mas ninguno, cuando oye estas cosas, vaya a juzgar que la vocación era una necesidad; puesto que Pablo podía volverse a lo que había abandonado. Muchos, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, después de haber visto cosas aún más maravillosas, se volvieron atrás, como lo leemos. Así, Nabuco-donosor, así Judas, así Elymas el mago, así Simón y Ananías y Safira, así todo el pueblo judío. Pero no así Pablo. Porque interiormente ilustrado dirigió su carrera hacia aquella luz purísima y velozmente se encaminó al cielo. Y si preguntas el motivo por que fue cegado, sábelo de él mismo, que dice: Habéis oído mi conducta de otro tiempo en el judaísmo, cómo con grande juña perseguía a la Iglesia de Dios y la devastaba, aventajándome en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación, mostrándome en extremo celador de mis tradiciones paternas.<sup>2</sup>

Pues, porque aún era tan vehemente y fervoroso, necesitaba de más fuertes frenos, es a saber para que no sobrecogido por el ímpetu mismo de aquella presteza de que era llevado, despreciara las palabras que se le decían. Por esto, primeramente reprime el Señor aquel su furor indómito, aquellas olas alborotadas y violentas de su ira, y con el beneficio de la ceguera lo reduce a la tranquilidad; y finalmente entonces le habla y le muestra lo inaccesible de su sabiduría y la bondad de la ciencia divina que supera todas las cosas, a fin de que se diera cuenta desde luego con cuál adversario luchaba; adversario al que no podría soportar ciertamente si lo castigaba, pero tampoco al hacerle beneficios. Puesto que no quedó ciego por la densidad de las tinieblas sino por el exceso de la luz.

Preguntarás: ¿por qué esto no sucedió antes? ¡No preguntes eso ni quieras ser demasiado curioso, sino más bien concede a la incomprensible providencia de Dios el que ordene la salvación de los hombres en la oportunidad del tiempo que El sabe! Porque así lo confesaba también el mismo Pablo: Pero cuando le plugo al que me segregó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia para revelar en mí a su Hijo. . .<sup>3</sup> Así pues, tampoco tú examines más esto, puesto que lo dice Pablo. ¡Entonces, entonces fue cuando convino, una vez quitados de en medio los escándalos! Aprendamos de Pablo que nadie antes de Pablo ni aun el mismo Pablo logró encontrar el motivo por sus propias fuerzas, sino que Cristo mismo se lo manifestó. Y por esto decía: ¡No me elegisteis vosotros a mí sino que yo os elegí a vosotros! <sup>4</sup>

81 I Cor. XII, 31. 1 I Cor. III, 18.

Galat. I, 13-14. Ibid. I, 15-16.

Por lo demás ¿por qué no creyó Pablo ya antes, pues había visto en nombre de Cristo resucitar a los muertos, hacer andar a los cojos, fortalecerse a los paralíticos y ponerse en fuga los demonios? Porque de todo esto él no sacó fruto ninguno, siendo así que no lo ignoraba, ya que tan curioso era en investigar las cosas de los apóstoles, además de que estuvo personalmente presente cuando Esteban era apedreado, y vio su faz radiante con angélicos fulgores. Entonces ¿por qué no sacó de ahí ganancia alguna? ¡Porque aún no había sido llamado por Cristo! Mas tú, cuando esto oyes no vayas a pensar que la vocación es una necesidad. Porque Dios, al llamar no obliga a los hombres; sino que, aun después de la vocación, los deja dueños de su propia voluntad.

A los judíos se reveló El cuando fue conveniente. Pero, a causa de la gloria que exigían de los hombres no quisieron recibirlo. Y si dijera alguno de los incrédulos ¿por dónde se prueba que el Señor habló a Pablo desde los cielos y que éste obedeció? ¿Por qué no me llamó también a mí?, le contestaremos: si es que lo crees, eso mismo te sirve de comprobación del milagro. Porque si no crees que lo llamó desde el cielo ¿cómo me preguntas eso de por qué no me llamó también a mí? Y si lo crees, eso te basta como comprobación del milagro. ¡Créelo, pues! ¡porque también a ti te llama desde el cielo, si es que tienes una alma dispuesta a obedecer! Pero si eres desobediente y perverso en tus pensamientos, no te bastará para tu salvación ni siquiera una voz bajada del cielo.

¡Cuántas veces los judíos oyeron, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la voz del cielo; y con todo no se hicieron mejores! Porque en el Antiguo Testamento, los judíos, después de infinitos milagros, adoraron en lugar de Dios a un becerro que fabricaron; y en cambio la meretriz de Jericó, que no había visto ninguno de esos milagros, manifestó una fe admirable en recibir a los exploradores. Y en la tierra de promisión los judíos, viendo los milagros, permanecían más duros que una roca; mientras que los de Nínive, con sólo ver a Jonás creyeron e hicieron penitencia, y se convirtieron, y apartaron de sí la ira de Dios que se acercaba. Y en el Nuevo Testamento, en la presencia misma de Cristo, el ladrón, como viera al Crucificado, lo adoró. Mientras que los judíos que lo habían visto resucitar a los muertos, lo ataron y lo crucificaron.

4 Juan XV, 16. 574

Y en nuestros tiempos, ¿acaso no salió fuego de los cimientos del templo que estuvo en Jerusalén, y brotó y consumió a quienes intentaban reedificarlo? ¡Con esto, los demás desistieron de sus perversos conatos, pero no se apartaron de su ciega impiedad! ¡Y cuántos otros milagros se han hecho después y ningún lucro se ha sacado de ellos; como cuando cayó un rayo sobre el templo de Apolo y las respuestas mismas del demonio obligaron al rey a trasladar a otra parte al mártir sepultado junto al dios, porque dijo el demonio que en absoluto no podía dar sus oráculos mientras viera ahí cercano aquel lóculo, que en realidad estaba ahí cerca! 5 Y luego el tío del mismo rey, quien se había atrevido a tocar profanamente los vasos sagrados y mancharlos, murió comido de gusanos. Y el Prefecto del erario real, por otra injuria que infirió a la Iglesia, murió de repente habiendo reventado por medio. Entonces también las fuentes de nuestra región

que antes vencían a los ríos en su abundancia, de pronto, recogíendose sobre sí mismas se escondieron, cosa que nunca había anteriormente sucedido hasta que el rey manchó aquellos sitios con sacrificios y víctimas a los ídolos.

Y ¿para qué recordaría alguno el hambre que sobrevino a toda la tierra con aquel rey impío, o la muerte misma del rey allá en la región de los persas y la locura que le cogió antes de morir y el ejército abandonado en medio de los bárbaros como en una red y entre mallas, y el admirable y repentino regreso? Porque, una vez que el impío rey murió de manera tan miserable y le sucedió el otro, que era piadoso, al punto desaparecieron todas las adversidades, y el ejército que se encontraba como atrapado en medio de aquellas redes y no creía poder hallar jamás alguna salida, librado de los enemigos por evidente voluntad de Dios, regresó con toda seguridad.

s Véase nuestra Introd. n. 6 y la Homilía n. IX o Discurso sobre San Ba-byilas, etc.

Cosas como éstas ¿a quién no podrán arrastrar a la piedad? Y ¿qué diremos de las actuales? ¿Acaso no deben llamarse mucho más admirables? ¿Acaso no se predica la cruz y todo el mundo corre a la fe? ¿Acaso no es una muerte ignominiosa la que se anuncia y sin embargo acuden todos? ¿Acaso no son innumerables los que han sido crucificados? ¿Acaso no estuvieron pendientes de la cruz juntamente con el Señor? ¿Acaso no estuvieron con El muchos sabios y muchos poderosos? ¿Cuándo el nombre de alguno dominó de esa manera? Y ¡qué digo sabios y poderosos! ¿acaso no estuvieron a su lado reyes esclarecidos? ¿Quién en tan breve tiempo subyugó así al orbe de la tierra? (6).

(6) Como se ve, insiste el santo Doctor en la necesidad de la cooperación a la gracia; pero en realidad cuanto a la pregunta del auditorio que él mismo se finge, la respuesta queda únicamente en que los fieles no han de inquirir más sino acatar la providencia de Dios. Debajo de todo esto está el problema de la distribución de las gracias y las relaciones entre el libre albedrío y la gracia. Como indicamos en la Introd. n. 14, la cuestión no se había aún suscitado y la Iglesia nada había definido. Fueron los pelagianos y semipelagianos quienes movieron la cuestión ya casi al tiempo de la muerte del santo.

¡Ni me opongas las varias y distintas herejías! Porque todos predicán a Cristo, aunque no todos lo prediquen recta y legítimamente ! ¡Todos predicán al que nació en Palestina y padeció siendo juez Pilatos y murió crucificado! Y todas estas cosas que he dicho ¿acaso no parecen ser documentos de su poder, mayores que aquella voz venida del cielo a Pablo? ¿Por qué ningún rey ha triunfado como ha triunfado éste, y eso cuando se le oponían tan incontables impedimentos? Porque reyes pelearon contra el Evangelio, tiranos lo combatieron, contra él se levantaron los pueblos; y con todo, nuestra religión, hasta tal punto no fue destrozada, que al revés, ha salido más esclarecida. ¿De dónde, pues, nace este tan grande y tan admirable poder?

¿Era acaso un mago? Pero ¿solamente este mago fue tan poderoso? Sabéis que tanto entre los persas como entre los indos ha habido magos y aun ahora los hay; pero ni siquiera nos llega su nombre. Aquel engañador y maléfico de Tyana, apareció por ahí en algún sitio, y brilló por un exiguo espacio de tiempo y en una pequeña parte del orbe, y muy pronto se apagó y su gloria se borró; porque no fundó iglesia alguna ni algún pueblo ni cosa semejante. Pero ¿qué digo los magos y los maléficos que han perecido?

¿Por qué, pregunto, se han acabado los templos de los falsos ídolos, el de Dodona y el de Claros, y callan todas esas oficinas de profanidades y están del todo impedidas? ¿Por qué los demonios tiemblan no solamente del crucificado sino aun de las cenizas de los que han sido muertos por su nombre? ¿Porque con sólo oír el nombre de la cruz salen huyendo, siendo así que, si las cosas tuvieran otra explicación, antes habrían de burlarse que huir! ¿Acaso la cruz parece algo esclarecido y noble? ¡Al revés! ¡Parece una muerte vengonzosa y digna de reprobación! Porque desde luego es una muerte que se da en castigo, y es del todo horrible; y entre los judíos era cosa maldita, y entre los gentiles, abominable.

¿Por qué, pues, la temen los demonios, si no es por el poder del Crucificado? Porque si la temieran por sí misma, aunque eso ya sería algo indigno de los dioses, con todo, muchos antes que El y después de El han sido crucificados y aun dos juntamente con El. Pues ¿qué? Si alguno invoca el nombre de un ladrón o de cualquier crucificado ¿tiembla acaso el demonio, acaso huye? ¡De ninguna manera! ¡antes bien se ríe! ¡Pero si añades el nombre de Jesús Nazareno, al punto y repentinamente los demonios huyen como del fuego! ¿Qué dices, pues? ¿Por qué ha vencido? ¿Dirás que fue un engañador? Pero los preceptos que dio no arguyen eso. Por otra parte muchos engañadores han existido y ninguno triunfó así. ¿Es que fue un mago? Pero por sus dogmas nos consta lo contrario. Por otra parte continuamente ha habido grande copia de magos y con todo nunca se ha oído que alguno fuera de tanta fama y poder. ¿Es que fue un sabio? Pero siempre ha habido copia de sabios. ¿Mas de cuál de ellos se afirma que venciera de tal modo como éste? Porque nadie jamás ni siquiera en parte se acercó a su poder.

Queda, pues, en claro que Cristo no fue mago ni seductor; sino que por el contrario, fue enmendador de magos y seductores, y verdadera virtud divina no superable por nadie; y por esto El venció todo y todo lo domó. Por eso pudo inspirar a Pablo, el fabricante de tiendas de campaña, una gran fortaleza, tanta cuanto manifiestan los hechos mismos. Porque un hombre que no era de alta alcurnia sino despreciado y de los que andan por la plaza y que se ocupaba en una arte de pieles, de tal manera tomó fuerzas, que en el espacio de apenas treinta años, puso bajo el yugo de la verdad a los romanos, persas, partos, medos, indos, escitas, etíopes, saurómatas y sarracenos, y casi a todo el género humano.

¡Di, pues! ¿cómo el hombre que andaba por la plaza y que se mantenía en su taller de trabajo, y manejaba el escalpelo, pudo llegar a esa sabiduría y la pudo enseñar a otros, es decir a los pueblos, ciudades y regiones, especialmente cuando no tenía pericia oratoria ni la mostraba, sino por el contrario era en absoluto entre los ignorantes el más ignorante? ¡Oye cómo lo afirma él y no se avergüenza! Y aunque imperito en la palabra pero no en la sabiduría." Y que no poseía riquezas él mismo lo testifica: Hasta el presente pasamos hambre y sed y desnudez y somos abofeteados.<sup>8</sup> Pero ¿qué digo dineros, cuando muchas veces no tuvo ni siquiera el necesario alimento ni el vestido con qué cubrirse? Y que tampoco era esclarecido en su arte lo manifiesta su discípulo cuando dice: Porque permanecía en la casa de Aquila y Priscila a causa de que eran de su misma arte: porque eran ambos fabricantes de tiendas de campaña?

No era, pues, noble por sus antepasados, puesto que se le comprueba ejerciendo una arte tan humilde; ni por su patria o su linaje; y sin embargo, apenas aparece y se presenta al medio, perturba a sus enemigos y a todos los confunde; y a la manera de un fuego echado sobre pajas o sobre heno, consumió todas las obras de los demonios e hizo en

todas las cosas lo que le pareció. Ni solamente es de admirar que siendo el que era haya alcanzado tan grande poder; sino que, además, la mayor parte de sus discípulos eran pobres, imperitos y ajenos a toda erudición, y vivían en hambres y necesidades, y no eran nobles sino nacidos plebeyos. Cosa que el mismo Pablo publicó; y no se avergonzó de mencionar su pobreza de ellos; más aún, ni tampoco de pedir limosnas para ellos: Marcharé, dice, a Jerusalén a servir a los santos! 10 Y también: El día primero de la semana, cada uno ponga aparte en su casa lo que bien le pareciere; de modo que no se hagan las colectas cuando yo vaya} 11

II Cor. XI, 6. / Cor. IV, 11. Hechos XVIII, 3.

Y que la mayor parte de sus discípulos fueran personas ignorantes, lo dice escribiendo a los Corintios: Mirad vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne. 12 Y que no eran gente noble lo afirma: ni muchos poderosos ni muchos nobles; 13 sino que fueron incluso harto oscuros de linaje y plebeyos. Porque: Eligió Dios, dice, la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo que nada es, para destruir lo que es. 14 ¿Dirás que era un idiota e ignorante, pero capaz de hablar y de persuadir? Pues ni esto tampoco. Porque él mismo lo confirma cuando dice: Yo llegué a anunciaros el testimonio de Cristo no con sublimidad de elocuencia o sabiduría; porque nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado. Mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de humana sabiduría. 15 Dirás que el motivo mismo de la predicación era idóneo para arrastrar a los oyentes. Pues oye acerca de esto al mismo Pablo: Porque los judíos piden milagros, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles. 16

Pero dirás: ¡Pablo gozó de seguridad y libertad! ¡Al revés! ¡Nunca tuvo descanso entre los peligros! Porque yo, dice, anduve entre vosotros en debilidad, temblor y mucho temor. 17 No sólo él, sino también sus discípulos estaban sujetos a los sufrimientos: ¡Recordad, les dice, los días pasados, en los cuales, después de iluminados, soportasteis una grave lucha de padecimientos! Por una parte fuisteis dados en espectáculo a las públicas afrentas y persecuciones; y por otra, os habéis hecho participantes de los que así están. Pues habéis tenido compasión de los presos y recibisteis con alegría el despojo de vuestros bienes

10 Rom. XV, 25.

11 I Cor. XVI, 2.

12 Ibid. I, 26.

13 Ibid.

14 Ibid. I, 27-28.

15 Ibid. II, 1-4.

16 Ibid. I, 22-23.

17 Ibid. II, 3.

nes. 18 Y de nuevo, escribiendo a los tesalonicenses, dice: Vosotros habéis padecido de vuestros conciudadanos lo mismo que ellos de los judíos, de aquellos que dieron muerte al Señor Jesús y persiguieron a los profetas, y nos persiguieron a nosotros y no agradan a Dios y están en contra de todos los hombres. 19 Y también a los de Corinto: Así como abundan los padecimientos de Cristo en vosotros, y como sois compañeros en sus padecimientos, así lo seréis en las consolaciones. 20 Y a los Gálatas: ¿Tanto habéis

padecido sin motivo? ¡Si es que sin motivo! 21 Siendo, pues, Pablo un predicador imperito y pobre y sin nobleza en su linaje; y siendo la doctrina que predicaba no solamente vacía de recomendación en sí misma, sino además repelente y repleta de escándalo; y siendo los oyentes rudos, pobres y débiles y cosa de nada; y abundando los peligros que amenazaban a maestros y discípulos; y siendo el anunciado uno que había sido puesto en cruz ¿cómo lograron que éste triunfara? ¿No aparece manifiesto que había ahí una fuerza divina e inefable? ¡Esto es completamente claro! ¡Y puede deducirse de sus mismos enemigos! porque, cuando ves a sus contrarios de ellos que juntamente y a la vez se les oponen; o sea la riqueza, la nobleza, la patria esclarecida, la pompa del arte oratorio y la seguridad y paz, y la grande cultura dentro de la superstición, y cómo al punto se apagan las otras nuevas invenciones dime ¿cuál es la causa de esto?

Porque resulta semejante a si un rey perfectamente armado y apoyado en su ejército, formara delante de su enemigo en escuadrones poderosos y con todo no pudiera vencerlo; en tanto que un hombre desnudo de armas, pobre, solo y que no lleva ni siquiera un corto dardo o a lo menos vestido con una simple vestimenta, emprendiera la batalla y llevara a cabo lo que los otros no lograron hacer ni con todas sus armas y pertrechos y miles de fortificaciones. Así pues: no te aferres a tu torcido parecer, sino da a cada uno lo suyo y venera la fuerza del Crucificado. Si vieras a alguno que se prepara contra excelsas ciudades y las rodea de fosos y aplica contra sus muros las máquinas de combate y lleva innumerable multitud de guerreros y armas resplandecientes, y riquezas infinitas; y a pesar de todo eso no es capaz de apoderarse ni de una sola de las ciudades del enemigo, y vieras a otro que peleara sin armas y usando solamente de las manos; y que con todo, velozmente recorriera no una, ni dos, ni algunas pocas ciudades, sino innumerables y esparcidas por todo el orbe, y que a todas las capturara, dirías que eso no es propio del humano poderío.

18 Heb. X, 32-34. 18 I Tesal. II, 14-15.

20 / Cor. I, 7.

21 Gálat. III, 4. El griego dice: ¿Tantos dones habréis recibido en vano? ¡Sí que sería en vano! El santo interpreta de otro modo.

Pues sin duda que también en el asunto presente es así como debes juzgar. Porque por esto permitió Dios que los ladrones fueran crucificados con el Salvador; y que antes de su venida aparecieran algunos engañadores, para manifestar la excelencia de la verdad también por este medio de la comparación con los que fueron del todo insensatos; y para que tú así conocieras no ser Jesús uno de aquéllos, sino que hay una distancia infinita entre El y los otros. Puesto que nada pudo oscurecer su gloria: ni la comunidad de los padecimientos ni el haber vivido en las mismas épocas. Porque si los demonios hubieran temido a la cruz y no al poder del crucificado, la comparación con los ladrones cerraría las bocas de quienes tales cosas afirmaran. Y si fue la condición de los tiempos la que todo lo llevó a cabo, para rechazar a quienes opondan esto están los que rodearon a Teudas y a Judas, quienes existieron más o menos al mismo tiempo que Cristo y procuraron atacar la verdad también con ciertos milagros aparentes; pues todos ellos acabaron y perecieron. Y por esto, como ya antes dije, Dios permitió que de vez en cuando se obraran falsos milagros, para que por la comparación hubiera mayores pruebas de los suyos.

Y por lo mismo permitió que aparecieran juntamente con los profetas otros



pseudoprofetos, y con los apóstoles otros pseudo-apóstoles: para que vieras que jamás puede oscurecer una cierta sombra y apariencia de virtudes los milagros suyos que por doquiera resplandecen. Pero, ¡ea! demosremos con otros argumentos que el poder de la predicación fue singular y admirable. ¿Te demostraré cómo además la gloria misma de Cristo ha crecido con la impugnación de sus enemigos? Porque como algunos persiguieran al bienaventurado Pablo, algunas veces predicaban en Roma su misma enseñanza, con el objeto de que más se irritara Nerón y se enardeciera en combatirlo. Con este fin echaron sobre sí el trabajo de la predicación, para que, extendiéndose más aún la palabra de Dios, y aumentándose el número de los discípulos, el ánimo del tirano se volviera más terrible y la bestia se enfureciera más aún. Y Pablo, escribiendo esto a los filipenses, les decía: Quiero, hermanos, que sepáis que mi actuación ha contribuido al progreso del Evangelio; y la mayor parte de los hermanos en Cristo, alentados por mis cadenas, sienten ánimos para hablar sin temor la palabra de Dios. Hay quienes predicán a Cristo por espíritu de envidia y de competencia; otros lo hacen con buena intención; unos por caridad, otros por emulación y no con sinceridad, pensando que así añaden tribulación a mis cadenas; y otros por caridad, porque saben que estoy puesto para la defensa del Evangelio. Pero ¿qué importa? ¡Sea hipócritamente, sea sinceramente, que Cristo sea anunciado! 22

¿Ves cómo había algunos que predicaban por emulación? Pero con todo la verdad dominaba mediante los enemigos. Pero, aparte de eso, otras cosas había que se oponían. Porque las leyes antiguas no solamente no ayudaban sino que en realidad se oponían y peleaban en contra; además de la malicia y la ignorancia de los que acometían. Decían éstos: ¡tienen por Rey a Cristo! Porque no conocían su reino celestial, terrible y sin términos; y por esto los acusaban como si anduvieran introduciendo una nueva tiranía en el orbe: ¡y todos en conjunto y cada uno en particular, luchaban! En común, como en contra de quienes destruían los preceptos de la pública disciplina y las leyes; en particular, como en contra de quienes anduvieran deshaciendo, mediante disensiones y divorcios, las familias.

En ese tiempo, el padre impugnaba al hijo y el hijo negaba a su padre; al marido lo odiaba la mujer, y a la mujer el marido; también las hijas andaban en desacuerdo con sus madres, los parientes con sus parientes y los amigos peleaban contra los amigos. Y por todas las casas existía este vario y múltiple combate que dividía a los parientes, dispersaba las Curias, conturbaba los tribunales. Era un tiempo en que las patrias costumbres desaparecían, se lanzaba fuera el culto antiguo y las festividades de los demonios: ¡cosas que los primitivos legisladores habían cuidado de que antes que nada se guardaran! Todo esto, juntamente con la suspicacia de que se fuera a introducir una nueva tiranía odiosa, los hacía estallar de odio.

No hay quien pueda decir que estas cosas provenían de los gentiles, pero que de parte de los judíos había una plena quietud; sino que éstos eran los que con mayor violencia acometían, y le achacaban a Pablo que destruía la Ley: Porque no cesa, decían, de hablar contra la Ley y el lugar santo.<sup>2\*</sup> De manera que una vez encendido el fuego en las casas, en las ciudades, en los campos, en el desierto, en la tierra y en el mar, entre los gentiles y los judíos, entre los príncipes y los plebeyos, entre los parientes y los reyes y los ministros de los reyes; como todos a una se exhortaran a la crueldad y se levantaran en contra con suma ferocidad y dureza, con todo, el bienaventurado Pablo, saltando al medio de tan grandes incendios y presentándose en medio de tales lobos, aunque recibía los golpes de todos, no solamente no fue derrocado, sino que a todos ellos los atrajo al

partido de la verdad.

Recordaré, además, otras batallas no menos crueles. Por ejemplo, la que movían los pseudoapóstoles, y que era la que más lo atormentaba, y las emboscadas de los conciudadanos, y la ruina de los que andaban tambaleando. Porque muchos de los fieles caían. Pero también de esta lucha Pablo salió victorioso. ¿Por qué medios, por cuál poder? Porque, dice el mismo, las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas, destruir consejos y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios.<sup>24</sup> Por eso todo se cambiaba en contrario y se mudaba de repente. Y así como una vez encendido el fuego, las espinas ceden y se consumen y son superadas por las llamas y quedan limpios los campos novales, así al sonido de la lengua de Pablo que se adelantaba con mayor vehemencia que cualquier fuego, todo cedía, y desaparecía todo culto y todas las festividades de los demonios y sus celebraciones, lo mismo que las costumbres patrias y el furor de los pueblos y las amenazas de los tiranos y las asechanzas de los compatriotas y las malignas maquinaciones de los pseudoapóstoles.

Filip. I, 12-18.

"<sup>23</sup> Hechos VI, 13. 24 II Cor. X, 4-5.

Y así como a los rayos del sol naciente se disipan las tinieblas y las fieras se ocultan y se esconden en sus cuevas y los bandoleros se apartan y los homicidas se refugian en sus antros y los piratas se alejan y echan a huir los violadores de sepulcros y desaparecen los adúlteros y los rateros y los taladradores de paredes, alcanzados todos ellos por el sol, y puestos en peligro de ser aprehendidos, y así van a ocultarse por allá en partes lejanas, y todas las cosas aparecen brillantes y llenas de claridad al tiempo en que los rayos del sol iluminan desde las alturas la tierra y el mar, los montes y las ciudades y todas las regiones: así sucedió en aquel tiempo, al brillo de la predicación, cuando Pablo diseminaba por todas partes el Evangelio. ¡Huía el error y volvía la verdad! Y se acabaron las cenizas adivinatorias y el humo de los templos y todos los tímpanos y címbalos y las embriagueces y las comilonas y los estupro y los adulterios, y muchas otras cosas feas de nombrar, que acostumbraban celebrarse; y se consumieron como la cera al calor del fuego que se le acerca, y como las pajas que en un incendio amontonadas se queman.

Y en medio de todo, la llama de la verdad surgía clara y resplandeciente, subiendo hasta la sublimidad misma de los cielos, llevada sobre todo precisamente por aquellos que intentaban oprimirla, y recibiendo especialmente de ellos su incremento; ¡de ellos, que eran los que más deseaban extinguirla! Porque ni los peligros pudieron detener su progreso y sus ímpetus, ni la inveterada costumbre de las tiranías, ni la autoridad de las patrias costumbres, ni el poder de las leyes, ni la dificultad misma de guardar lo que el Evangelio ordenaba; ni otra cosa alguna de las que pueden servir de impedimento, logró detener o siquiera retardar el curso de la verdad que velozmente se adelantaba.

Y para que veas cuánta fuerza tiene este argumento, anda y conmina a los gentiles, no digo ya peligros, hambres, muertes, sino siquiera un pequeño daño, y los verás repentinamente cambiados de sus supersticiones.

¡No son así nuestras cosas! ¡Sino que muertos y despedazados todos, y en todas partes

combatidos con diversos géneros de guerras, nuestras cosas florecen continuamente y cada vez más!

Y ¿para qué traigo ahora a la memoria a los gentiles de nuestro tiempo, de poco valer y despreciados! ¡Traigamos al medio a los otros, que en otro tiempo fueron entre ellos admirables ya por el honor de su filosofía, como Platón, Pitágoras, Diágoras, Anaxágoras de Clazomene y otros muchos semejantes, y entonces finalmente verás la fuerza del Evangelio! Porque, tras del envenenamiento de Sócrates, unos se fueron a Megara por el miedo de sufrir algo semejante; otros fueron privados de su patria y de su libertad y a nadie dominaron con sus estudios filosóficos, excepto a una mujer. Y el citio, <sup>25</sup> habiendo dejado escrita en sus libros la forma de república que había ideado, murió.

Y ciertamente, en aquel tiempo no los impedían ni los peligros ni la necesidad ni la impericia del lenguaje; sino que eran poderosos en la palabra y estaban colmados de riquezas y se gloriaban de la nobleza de sus patrias. ¡Pero nada pudieron! ¡Porque tal es la condición del error, que aunque nadie se le oponga, envejece y desaparece! ¡Y por el contrario, tal es la situación de la verdad, que aun impugnándola muchos, se despierta y crece! Y esto lo proclama la verdad misma de los hechos. Ni se necesitan palabras ni discursos, puesto que todo el mundo, en cierta manera lanza su voz: las ciudades, los campos, la tierra y el mar, lo habitado y lo desierto, y aun las cumbres de las montañas. Porque ni al desierto dejó la verdad sin participación suya y de sus beneficios; sino que a él en especial lo llenó de bienes que, bajando del cielo, nos trajo por medio de la lengua de Pablo y por la gracia que en él depositó.

Llevaba en sí tan grande fervor, digno de semejante don, que por esto brilló en él copiosamente la gracia, y la mayor parte de las maravillas indicadas, por medio de su lengua las llevó a cabo rectamente. Así pues: ya que Dios en tal modo ennobleció nuestro linaje que se dignó a un solo hombre hacerlo causa de tan grandes bienes, anulémoslo nosotros, imitémoslo, apresurémonos a ser como él y no creamos ser esto imposible. Porque no cesaré de repetir lo que ya tengo dicho muchas veces: que Pablo cuanto al cuerpo, cuerpo era como nosotros, e igual cuanto al alma, e iguales eran sus alimentos. Sólo que en él había una firmeza de voluntad admirable y un excelente fervor, y esto fue lo que lo hizo tal como es. De manera que nadie desconfíe, nadie desespere. Si preparas tu ánimo y lo dispones, nada hay que pueda impedir que goces de los mismos bienes y dones de esa gracia: no es Dios aceptador de personas. Un mismo Dios fue el que los formó a él y a ti; y tan Dios es de él como tuyo. Y así como a él con razón lo hizo preclaro, del mismo modo te ofrece a ti la corona.

25 El citio fue Zenón, natural de Citió, en Chipre, nacido en 336, a. C. Enseñó en la 2roá noixíXr), o Pórtico de las pinturas, en Atenas, llamada así por las pinturas de Polignoto; y de ahí, el epíteto de estoicos dado a los discípulos de Zenón, quien ahí enseñaba. No sabemos a qué se refiere eso de que los filósofos no ganaron sino "a una mujer". Sin duda que el gran influjo que el platonismo y neoplatonismo ejercieron en las herejías, hizo que el santo cobrara ese como horror y desprecio a los filósofos paganos; y también por sus bajas costumbres. Pero los trabajos de la investigación de la humana verdad no fueron despreciables.

¡Entreguémonos, pues, a Dios y purifiquémonos! Para que así, tras de recibir también nosotros gracia abundante, obtengamos los mismos bienes, por gracia y benignidad de

nuestro Señor Jesucristo a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.  
Amén.<sup>26</sup>

39

## **XXXIX HOMILÍA quinta en honor del santo apóstol PABLO.**

¿DÓNDE ESTÁN AHORA LOS QUEJUMBROSOS PERPETUOS que SUElen andar constantemente doliéndose de la muerte, y diciendo que este cuerpo corruptible y pasible les es impedimento para la virtud? ¡Escuchen las preclaras empresas de Pablo y cesen ya de su maligna acusación! Porque ¿en qué daño la muerte al género humano? ¿en qué ha impedido el cuerpo corruptible al ejercicio de la virtud? ¡Considera a Pablo y verás que el ser mortales incluso nos ha sido de grandísima utilidad! Porque si Pablo no hubiera sido mortal no habría podido exclamar durante su existencia y menos lo habría podido demostrar con los hechos aquello de ¡Cada día muero, os lo aseguro, por la gloria que en vosotros tengo en Jesucristo nuestro Señor!<sup>1</sup> Porque así en todas partes necesitamos del aliento del ánimo y del fervor de la voluntad; y estar colocados en primera fila no es impedimento alguno. ¿Acaso Pablo no era mortal? ¿no era plebeyo? ¿No era pobre y se procuraba el alimento con el diario trabajo? ¿Acaso no tuvo un cuerpo sujeto también a todas las naturales necesidades?

26 Esta primorosa Homilía propiamente trata del poder de Jesucristo, de su cruz y de su predicación, el cual se prueba brillantemente. Algunos de sus párrafos han sido muy citados a través de todos los siglos.

1 / Cor. XV, 31.

Y de todo eso ¿qué fue lo que le impidió llegar a ser lo que fue? ¡Nada! Así pues, ninguno pierda el ánimo, ningún plebeyo se entristezca, nadie se duela de ser gente de ningún valer! ¡Duélanse solamente aquellos que son de ánimo irresoluto, muelle y sin energía! Porque sólo esto es impedimento para la virtud: la maldad del alma y la flojedad en los propósitos. ¡Fuera de estas cosas, ningunas otras! Y esto se demuestra partiendo de las proezas del bienaventurado Pablo, quien ahora aquí nos ha congregado. Porque así como a éste en nada le dañaron tales cosas, así a los que están fuera de nuestra religión en nada les ayudarán las cosas opuestas: ni la agudeza de los discursos, ni la abundancia de las riquezas, ni lo ilustre del linaje, ni la alteza de su gloria, ni el que estén constituidos en el poder. Pero ¿qué digo de los hombres? Más aún: ¿hasta cuándo retengo mi discurso en las cosas de la tierra pudiendo hablar de las virtudes celestes, es a saber de los Principados y las Potestades, y de los que gobiernan el mundo de las tinieblas de este siglo? ¿Qué les aprovechó a todos éstos el haber tenido semejante incorpórea naturaleza? ¿Acaso no todas estas Virtudes y las a ellas semejantes van a ser juzgadas por Pablo? ¿No sabéis, dice, que juzgaremos a los ángeles, cuanto más las cosas seculares?<sup>2</sup>

En consecuencia no nos dolamos por otros motivos que el de los vicios únicamente. ¡Pésenos de la maldad sólo y no de otra cosa! ¡alegrémonos y regocijémonos únicamente de la virtud! ¡Si ésta la procuramos con fervor, nada nos impedirá ser como Pablo! Porque él, no únicamente ayudado de la gracia de Dios, sino ayudándose de su

buena voluntad, llegó a ser tal como fue; y precisamente ayudado de la gracia, por haberse él ayudado de su buena voluntad. Porque ambas cosas fueron en él plenas y perfectas: los dones de Dios y la cooperación de su buena voluntad. ¿Quieres conocer los dones de Dios? ¡Aun los vestidos de Pablo aterrorizaban a los demonios! Pero yo lo que admiro es lo otro. Como tampoco admiro que la sombra de Pedro echara fuera las enfermedades de los cuerpos. Lo grande es lo que Pablo llevó a cabo, grande desde los comienzos y desde los principios de su fe, antes de la gracia; puesto que no ilustrado aún por los dones que después poseyó y sin tener aún la gracia del apostolado, de tal manera se inflamó su celo por Cristo que conmovió contra sí a todo el pueblo judío.<sup>3</sup>

2 Ibid. VI, 3.

Como viera él que estaba en tan grande peligro y que la ciudad estaba sitiada por causa suya, por el muro fue descolgado en una espuerta; y así, una vez puesto en tierra, no cayó en timidez ni en pereza; sino que concibió mayores ánimos y más presteza, y se expuso con frecuencia a diversos peligros por la salvación de los demás. Y no abandonó su empeño en enseñar, sino que portando cada día la cruz, iba siguiendo al Señor. Y lo hizo, por cierto, cuando aún tenía delante de los ojos el reciente ejemplo de Esteban; y cuando veía excitados en contra suya a todos los judíos que respiraban matanzas y casi ansiaban devorar sus carnes.<sup>4</sup>

Con todo, Pablo ni imprudentemente se precipitaba en los peligros, ni huyéndolos se mostraba débil. Amaba grandemente la vida presente por el lucro que de ella sacaba; y grandemente la despreciaba por la sabiduría a donde lo iba conduciendo ese mismo desprecio; o más bien porque vehementemente era empujado hacia Cristo. Porque como he dicho siempre acerca de Pablo y no ceso de repetirlo, no ha habido nadie que como él se empeñara en cosas entre sí contrarias y que las llevara todas a la utilidad suya y las aprovechara. Nadie de entre los que más aman la vida presente la ha amado como él; y nadie ni aun de los que voluntariamente se privan de ella, la ha despreciado como él. Hasta este punto estaba Pablo limpio de toda pasión y no se dejaba dominar por la codicia de las cosas presentes, sino que en todo unía su deseo a la voluntad de Dios. Y unas veces decía ser la vida presente más necesaria que la misma compañía y conversación con Cristo; y otras confesaba que le era tan molesta y pesada que aun gemía y se veía obligado a desear la muerte.

3 Como se ve, aquí el santo Doctor, al decir "antes de la gracia", en tiende de las gracias gratis datas que luego se siguieron; pero en ninguna manera quiere decir que Pablo obrara sin necesidad de la gracia.

4 Hechos IX, 22-26.

De manera que solamente deseaba aquellas cosas que le podían traer alguna ganancia en lo referente a Dios, aunque parecieran ser entre sí contrarias a las que antes deseaba. De manera que constantemente era vario y múltiple, no ciertamente por hipocresía y disimulación ?—¡lejos de él tal cosa!— sino para llevar a cabo cuantas cosas parecía exigir la salvación de los hombres; de manera que también en esto era un imitador de su Señor. Porque éste apareció como Dios y como hombre, según iba siendo conveniente que apareciera. Antiguamente apareció en fuego, cuando la ocasión lo pedía; otras veces como hoplita y en figura de soldado; ahora en forma de anciano; ahora en forma de soplo de viento; ahora como caminante; ahora finalmente como verdadero hombre en cuya forma no rehusó el morir. Pero —es necesario recalcarlo—, cuando esto afirmo

ninguno vaya a pensar que tal proceder de Dios era por necesidad, sino piense sólo en el amor de Dios para con el hombre.

Unas veces se asienta sobre un trono, otras sobre los Querubines. Pero todo lo hacía según sus divinas ordenaciones. Por lo cual dijo por el profeta: ¡Yo multipliqué las visiones y me asimilé en las manos de los profetas! 5 Del mismo modo Pablo, imitando a su Señor, evidentemente que no queda culpado por haberse hecho ora judío, ora como si estuviera fuera de la Ley, la cual ahora guardaba, ahora se desentendía de ella. Del mismo modo, ahora procuraba conservar la vida presente, ahora la despreciaba; ahora pedía dineros, ahora rechazaba los que le ofrecían. Así procedió a celebrar el sacrificio y a la purificación como se acostumbraba y se rasuró la cabeza; pero también anatematizó a quienes eso mismo hacían. De manera que unas veces circuncidaba con su propia mano, y otras en absoluto proscribía la circuncisión. De este modo, los hechos eran varios y entre sí encontrados, pero la determinación de la mente, de donde los hechos partían, era enteramente una y constante y fija. Una sola cosa era la que anhelaba: la salvación de quienes tales hechos oían o veían.

5 Oseas XII, 10.

Y por este motivo, unas veces ensalza la Ley, otras la abate y deprime. Porque no solamente en sus acciones sino también en sus palabras era, como ya dije, variado y múltiple. No porque cambiara de parecer ni porque fuera ahora uno y ahora otro; sino porque permaneciendo perpetuamente el mismo que era, usaba de los medios dichos y los iba variando según la necesidad y las oportunidades. Así pues: ¡no lo reprendas por estas cosas por las que más bien debes enaltecerlo y coronarlo! Porque también al médico, cuando lo ves que ora quema, ora proporciona alimento, ora usa del hierro, ora de la medicina, algunas veces quita al enfermo toda comida y bebida y otras ordena se le suministren en abundancia, y unas veces lo cubre y arropa del todo y otras ordena que al que estaba completamente ardiendo le den de beber una copa de agua del todo fría, no lo acusas por estas variaciones y cambios frecuentes, sino que más bien te admiras de su arte, al ver que las cosas que a nosotros nos parecen contrarias y dañosas, él las suministra con entera confianza: ¡porque esto es lo propio del perito y buen conocedor del arte médica!

Si, pues, aprobamos al médico las cosas contradictorias que hace, ¡cuánto más debemos ensalzar el ánimo de Pablo, que se acomodaba a tantas y tan variadas dolencias y enfermos! Porque no menos necesitan los que están oprimidos por la enfermedad corporal que los que lo están por la espiritual del arte y variedad en el tratamiento y curación. Si a éstos quieres acercarte de improviso y repentinamente, huirán de ti, y de toda esperanza de sanarlos. Mas aún: ¿cómo ha de ser cosa admirable que los hombres hagan esto, cuando Dios, que es todopoderoso, usa de esa misma costumbre y modo de curar y no dice todas las cosas directa y uniformemente? Porque quiere que seamos buenos espontáneamente y por voluntad y no por necesidad y violencia, tiene necesidad de ir mudando la curación. Y no por alguna imposibilidad suya ¡lejos de nosotros afirmarlo! ¡sino a causa de nuestra fragilidad! Porque El con sólo insinuar y aun con sólo querer puede ver realizado lo que quiere. En cambio nosotros, una vez que somos señores de nosotros mismos, no sufrimos el estar enteramente sujetos a El. Si nos arrastrara contra nuestra voluntad El mismo nos arrebataría lo que nos dio, o sea el libre albedrío. Y para no tener que hacer eso, fue necesaria la variedad de medicinas.

No en vano hemos entrado en esta discusión, sino por pedirlo el variado y sabio proceder de Pablo. Para que cuando lo veas que huye de los peligros no lo admires menos que cuando se goza en exponerse a ellos: ¡lo primero es propio de la prudencia, esto otro lo es de la fortaleza! Y cuando lo oigas decir de sí grandes cosas lo admires igualmente que cuando lo veas despreciarse a sí mismo: ¡esto es propio de la humildad, aquello otro de la magnanimidad! ¡Admíralo cuando lo veas que se gloria, pero igualmente alábalo cuando lo oyes decir de sí cosas humildes y despreciables! Porque aquello está exento de arrogancia y esto está lleno de amor y de benevolencia. Pues todo lo hacía para la administración de la salud de muchos; por lo cual dice: ¡Porque si hacemos el loco es por Dios y si mostramos juicio y sabiduría es por vosotros!<sup>6</sup>

Ningún otro tuvo tantas no diré ocasiones sino necesidades de mostrarse arrogante, ni hubo otro alguno que estuviera tan limpio de jactancia. Considera esto con ánimo más atento: La ciencia, dice, hincha.<sup>7</sup> Esto también nosotros lo diríamos con facilidad, como él. Pero, en él había tanta ciencia como en ningún otro ha habido, y sin embargo no se elevó a la insolencia; sino que por eso mismo se humilla y deprime, y dice: ¡En parte conocemos y en parte profetizamos!<sup>8</sup> Y luego: ¡No creo haber alcanzado (la perfección).<sup>9</sup> Y también: ¡Si alguno cree saber algo, aún no sabe lo que conviene saber.<sup>10</sup> Porque también el ayuno hincha, como lo manifestó el fariseo que dijo: ¡Yo ayuno dos veces por semana!<sup>11</sup> X En cambio Pablo, no solamente ayunando sino sufriendo hambres por Cristo, se llamaba a sí mismo hijo abortivo.

Pero ¿para qué referirme a la ciencia y al ayuno, cuando aun teniendo tan alta y frecuente comunicación con Dios, cuanta no tuvo ninguno de los profetas ni de los apóstoles, por ella misma se tornaba más humilde? ¡Ni me alegues lo que acerca de eso hemos leído! Porque fueron muchas más las cosas que ocultó, y no dijo todas las que tenía, para no verse envuelto en una gloria mayor. Pero tampoco las calló todas para no abrir contra sí las bocas de los pseudoapóstoles. Porque nada hacía en vano, sino con muy justa causa y razón. Y con tanta razón hacía tantas y tan diversas y contrarias cosas, que por todas partes se le colmaba de alabanzas. Nótaló bien, ahora que lo vamos a explicar más claramente.

2Cor. V, 13.

I Cor. VIII, 1.

Ibid. XIII, 9.

Filip. III, 13. D / Cor. VIII, 2. 1 Luc. XVIII, 12.

¡Grande virtud es no hablar de sí cosas grandes! Pero Pablo lo hacía con tan grande rectitud y oportunidad, que merecía más alabanza cuando hablaba de sí que cuando callaba. Y si esto no hubiera hecho y de esa manera, sería más culpable que los que han aprendido a alabarse inoportunamente. Si no se hubiera gloriado habría perdido a todos aquellos que le habían sido encomendados; y al humillarse a sí mismo habría ensalzado las cosas de sus adversarios. Así, sabía él usar en todas partes de la oportunidad y hacer con recta intención y prudencia las cosas que a primera vista parecen reprobables; y lo hacía con tanta utilidad, que no menos complacía que cuando cumplía con las cosas que estaban mandadas. Porque más agradó Pablo gloriándose que cualquiera otro ocultando sus méritos; y nadie llevó a cabo tantas cosas buenas ocultando sus méritos, como Pablo declarando los suyos. Y esto es, en verdad, lo más admirable: que no solamente habló de sí, sino que lo hizo únicamente en cuanto eso tenía alguna utilidad.

Porque no se tomó una libertad excesiva, como quien aprovecha una ocasión oportuna de usar de sus propias alabanzas, sino que tuvo en cuenta hasta dónde convenía adelantarse en eso. Ni le bastó. Sino que a fin de no viciar a otros y hacer con su ejemplo que vanamente se predicaran a sí mismos, se llamaba necio al tocar sus alabanzas, a pesar de que las tocaba sólo cuando el asunto lo requería. Porque era obvio que otros al oírlo se dejaran llevar de su ejemplo vana y temerariamente. Cosa que con frecuencia les sucede a los médicos. Muchas veces la medicina que uno oportunamente aplicó, el otro, por aplicarla inoportunamente, le echa a perder su virtud, y la hace desmerecer. Pues a fin de que esto no sucediera, advierte cómo, habiendo de gloriarse, usa de tan grande cuidado. Porque, habiendo de gloriarse, no una, ni dos, sino muchas veces lo difiere y duda y dice: ¡Ojalá soportéis un poco de mi demencia! 12 Y luego añade: ¡Lo que voy a decir no lo digo según Dios sino

u 2Cor. XI, 1-2.

como en locura! ¡En aquello en que cualquiera ose gloriarse, en locura lo digo, también osaré yo! 13 Y tras de haber dicho todo eso, aún no le bastó, sino que, teniendo de nuevo que embarcarse en sus alabanzas, se oculta y dice: ¡Conozco a un hombre.. . ! " Y más aún: ¡En tales cosas me gloriaré, pero no en mí mismo! 15 Y, después de todo, añade: ¡He hecho el loco! ¡vosotros me habéis obligado! 16

¿Quién, pues, quién será tan necio e insensato y loco que viendo a este santo dudoso y temeroso de decir de sí alguna cosa grande, a pesar de que tan urgente necesidad se presentaba; y que a la manera de un corcel que habiendo llegado hasta la orilla de un precipicio horrendo, repetidas veces se retrae y se aparte de él; y todo eso al tiempo en que Pablo lo iba a hacer con inmenso provecho de los demás; quién, repito, será tan necio que no huya de sus propias alabanzas con mayor cuidado aún, y solamente toque algo de ellas cuando fuere oportunísimo y la ocasión lo exija? ¿Quieres que te muestre otro caso semejante de Pablo? Porque es cosa del todo admirable que no se contentaba con el testimonio de su propia conciencia, sino que además enseñaba la regla según la cual debemos proceder en semejante asunto; y no sólo cuidando de su defensa por causa de la necesidad y la ocasión, sino además enseñando a los otros con cuánta precaución, cuando el tiempo lo pide, ni han de huir de alabarse ni tampoco hacerlo inoportunamente.

Puesto que por esas cosas que dijo, declaró equivalentemente también esto otro: Grande mal es decir uno de sí mismo algo grande y admirable, y cosa propia de locura extremada el querer ensalzarse con las alabanzas propias cuando los asuntos no lo exigen con grave necesidad. Porque esto no es hablar según Dios; sino que más bien es señal de locura, ya que nos priva de todo el premio que con tantos sudores y trabajos hemos andado buscando. Porque todo esto y más aún parece haber dicho a todos cuando ensalzó sus alabanzas propias, aunque lo hiciera por necesidad. Y mayor cosa es aún que, aun exigiéndolo la necesidad, no echó todo al público; sino que las cosas más altas y numerosas, las ocultó. ¡Vengo, dice, a las visiones y revelaciones del Señor! ¡Pero me abstengo para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve u oye de mí! 16

13 Ibid. XI, 17.

14 Ibid. XI, 17-21.

15 Ibid.

16 Ibid.



Esto dijo, enseñando a todos que, ni aun existiendo la necesidad, expongamos en público todo lo que de nosotros sabemos, sino solamente las cosas que sean de utilidad común para los oyentes. Puesto que también Samuel. . . ¡Porque nada tiene de inconsecuencia el que traigamos a la memoria a este santo, ya que sus alabanzas pueden acarrear algún provecho! Así pues: también aquel santo en alguna ocasión se glorió, y profirió sus propias buenas obras. Pero, pregunto yo, ¿cuáles fueron ellas? ¡Las que convenía que los oyentes conocieran! Porque no se extendió sobre su prudencia largamente, ni sobre su humildad, ni de cómo sabía olvidar las injurias, sino ¿sobre qué? Sobre aquello que entonces más convenía que supiera el rey: ¡sobre la justicia y sobre tener las manos limpias de dones!

Y también David al gloriarse se gloria de aquellas cosas que pueden enderezar los pasos del oyente. Porque no trajo a la memoria otra virtud suya, sino que habló del oso y del león y nada más.<sup>17</sup> Puesto que el hablar más altamente de sí es propio del vanidoso y del que insolentemente se jacta; mientras que decir sólo aquello que ha de aprovechar al negocio presente, es propio de quien tiene caridad y se preocupa por el provecho de la multitud. Y esto fue lo que hizo Pablo. Como los pseudo-apóstoles murmuraran de él, como si no fuera apóstol aprobado, ni tuviera de parte de Cristo potestad alguna, a causa de las falsas calumnias se vio obligado a lanzarse a las propias alabanzas, que principalmente comprobaban su dignidad de apóstol.

¿Ves, pues, de cuántas maneras enseñó al oyente a no vanagloriarse? En primer lugar, declarando haberlo hecho él obligado de la necesidad. En segundo lugar, llamándose a sí mismo, a pesar de todo, insensato, y temperando sus alabanzas con muchas excusas. En tercer lugar no echando en público todas las cosas, sino omitiendo las más grandes, y esto precisamente cuando se veía obligado a alabarse por la necesidad. En cuarto lugar, diciendo en persona de otro conozco a un hombre. . . En quinto lugar, no trayendo al medio todas sus virtudes sino solamente aquella parte que entonces el tiempo exigía. Y no se mostraba así únicamente en lo de gloriarse, sino también cuando tenía que mostrarse alterado era lo mismo.

11 / Sam. XVII, 34.

Porque también injuriar al hermano es de las cosas prohibidas. Mas también esto usó de tal manera, tan oportuna y tan debidamente, que fue por ello apreciado más aún que por lo que de sí alababa. Así llama a los gálatas, insensatos; a los cretenses, vientos perezosos y malas bestias; y con todo, por esto mismo es alabado. Porque así nos daba el término y regla para no tratar con blandura a quienes descuidan cumplir con la voluntad de Dios, sino usar con ellos de un lenguaje un tanto más hiriente. Puestas están en él las medidas de todas las cosas; y por esto, a la verdad, es alabado en lo que dice y en lo que hace, cuando se irrita y cuando alaba, cuando acusa y cuando trata con suavidad, cuando se humilla y cuando se enaltece, cuando se gloria y cuando se llama miserable.

Pero ¿por qué ha de ser cosa admirable que tanto la injuria como el insulto motiven la alabanza, cuando así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, han motivado alabanza el asesinato, el dolo y el engaño? (18) Considerando, pues, diligentemente y con atención estas cosas, admiremos a Pablo y glorifiquemos a Dios, a fin de que también nosotros consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro

Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.(19)

(18) Se refiere el Crisóstomo a diversos casos de muertes como la que dio Finés a los adúlteros (Núm. XXV, 7-8) ; el dolo de Judit contra Holofernes (Judit XI, y sgts.), etc.: casos justificados por motivos de orden superior, aunque aquí el santo no lo explica.

(19) La forma de acabar esta Homilía parece indicar, por el corte abrupto, que le urgía al santo poner término a su discurso: tal vez iba a predicar en seguida San Flaviano.

40

## **XL HOMILÍA sexta en honor del santo apóstol PABLO.**

¿QUERÉIS, AMADÍSIMOS, que en el día de hoy, dejando a un lado los grandes y maravillosos hechos de Pablo, traigamos al medio aquellas cosas que algunos juzgan como si fueran cierta mancha? ¡Porque encontraremos que éstas, no menos que aquellas otras, lo hacen preclaro y excelente! ¿Qué es, pues, lo que parece contener alguna mancha? ¡Algunas veces, dirás, pareció temer los azotes! Porque a la verdad así pareció cuando los soldados le prepararon expeditas las correas! Ni solamente entonces, sino también allá en la casa de la vendedora de púrpura, cuando se defendió de los que lo querían llevar prisionero. Porque haciendo eso no hacía otra cosa que preparar su defensa, y proveía, si acaso podía escapar de estas ocasiones, para no caer en otras.

¿Qué responderemos a esto? ¡Que nada como esas mismas cosas declaran su grandeza y lo hacen admirable! Es a saber: que teniendo tal alma, no atrevida ni neciamente precipitada, y un cuerpo tal que cedía a los azotes y temblaba de las correas, con todo, a la par de las Virtudes incorpóreas, despreció todo lo que parece terrible, cuando la ocasión lo exigió. Así pues: cuando lo veas que, extendido para los azotes, teme, acuérdate de aquellas palabras por las que traspasó los cielos y compitió con los ángeles: ¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo? ¿la tribulación o la angustia o la persecución o el hambre o la desnudez o el peligro o la espada? 1 Y acuérdate también de aquellas otras, en las que declara ser cosa de nada todo cuanto padece: Pues la ligera y momentánea tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable, y no ponemos nosotros los ojos en las cosas visibles sino en las invisibles.2

1 Rom. VIII, 35.

1 II Cor. IV, 17-18.

Añade a esto las cotidianas tribulaciones. Más aún: las muertes de cada día. Y considerándolas, admira a Pablo y deja de desesperar de ti mismo. Porque esas cosas que parecen debilidades de la naturaleza, son el mayor indicio de su virtud; puesto que se mostraba tal, a pesar de que se veía atormentado por infinitas necesidades. Porque a muchos la enormidad de los peligros les hizo concebir acerca de él esta sospecha: que era tan grande porque marchaba por encima de las fuerzas naturales y ya fuera de las leyes de la naturaleza. Pero permitía Dios que fuera atribulado, para que tú aprendieras que, siendo él uno de tantos por su naturaleza, en cambio por la energía de su voluntad no solamente estaba sobre muchos de los hombres, sino que era uno de los ángeles. Con la misma alma y con el mismo cuerpo que tú, toleraba miles de muertes, despreciaba las

cosas de este mundo y tenía en poco los acontecimientos futuros. Por lo cual decía aquellas maravillosas palabras y para muchos increíbles: ¡Porque desearía yo mismo ser anatema por mis hermanos, mis deudos según la carne!<sup>3</sup>

Luego sí es posible cumplir con los mandamientos divinos, con tal de que queramos nosotros vencer esforzadamente, mediante la virtud, todo el temor de la naturaleza. Nada hay imposible de cuanto Cristo ordena a los hombres. Si queremos aprovechar todas las energías que tenemos, también Dios nos dará su auxilio máximo; y de este modo, aunque concurran en nosotros todas las cosas contrarias, nos conservaremos seguros e intactos en medio de los peligros. Por otra parte, ningún reproche merece eso de temer los azotes; sino el hacer, por temor de los azotes, algo indigno de la piedad. Porque por lo mismo de temer los azotes aquel que, con todo, no se deja vencer en la pelea, es más admirable que aquel que no los teme. Puesto que más resplandece la virtud en éste, ya que venció lo que temía.

¡El temer los azotes es cosa natural! Pero el no hacer nada inconveniente por temor de los azotes, eso es propio de la voluntad que auxilia y endereza a la naturaleza débil y que supera con su virtud aquella debilidad. Del mismo modo, estar triste no es culpa ninguna; pero sí el hacer o decir algo de lo que a Dios desagrade, a causa de la tristeza. Si yo alegara que Pablo no fue un hombre, con razón me opondrías tú esas debilidades de la naturaleza, para poder refutar mi discurso. Pero si yo mismo te digo y pruebo que fue un hombre, y que no fue más excelente que nosotros por lo que mira a la condición de la humana naturaleza, en vano me opones esas cosas. O más bien: no en vano sino enteramente en favor de Pablo, y sobre todo por aquí mismo declaras cuánto fue excelente, puesto que viviendo en tal naturaleza pudo en cierto modo elevarse sobre la naturaleza.

3 Rom. IX, 3.

Pero, con eso, no solamente lo engrandeces a él, sino que además cierras las bocas de los desidiosos que se entregan a la pereza y no les permites acudir a refugiarse en la eminencia de la naturaleza de Pablo, sino que los obligas e impeles al fervor de la voluntad.

Pero dirás que también alguna vez temió la muerte. Sí, mas esto también es propio de la naturaleza; y con todo, ese que temió la muerte, decía: ¡Porque mientras estamos en este tabernáculo, gemimos oprimidos!" Y también: ¡Gemimos dentro de nosotros mismos. . . !<sup>5</sup> ¿Ves cómo puso el contrapeso de la virtud delante de la debilidad natural? Porque también muchos mártires, al ser conducidos a la muerte, palidieron y se llenaron de terror y temblor. Pero precisamente por esto comprueban ser admirables: puesto que esos mismos que habían temido a la muerte, con todo, no la rehuyeron por Cristo. Del mismo modo Pablo, aunque temía la muerte, no rehuía ni aun el infierno; y aunque temía la muerte, por amor a Cristo deseaba ardientemente morir.

Y no solamente él fue así; sino también el que fue cabeza de los apóstoles, y que dijo muchas veces encontrarse preparado para dar su vida por Cristo, temió grandemente la muerte. ¡Oye, pues, lo que acerca de esto le dice Cristo! ¡Cuando llegues a ser anciano otro te ceñirá y te conducirá a donde tú no quieres! ,<sup>6</sup> indicando con esto la debilidad de la naturaleza y no de la voluntad. Porque la naturaleza manifiesta su modo de ser aun contra nuestro querer; y sus deficiencias no las podemos superar aunque mucho y

fervorosamente lo queramos. Ni ponemos culpa en eso, porque en nada nos daña. Más aún: por eso mismo somos dignos de admiración. Porque no es crimen ninguno temer la muerte. Al contrario: ¡cuan grande alabanza es para ti el que, aun temiendo la muerte, no sufras el hacer algo torpe o vil a causa de ese temor! ¡Lo culpable no es tener una naturaleza sujeta a debilidades, sino ser esclavos de esas debilidades ! ¡De manera que con razón se tiene por grande y admirable a quien supera con su virtud las debilidades de la naturaleza !

4 2Cor. V, 4.

5 Rom. VIH, 23.

6 Juan XXI, 18.

Porque con eso mismo ese tal demuestra cuánto es el poder de la voluntad libre; y cierra las bocas de los que dicen: "¿por qué no hemos sido hechos buenos por naturaleza? ¿por qué no hemos sido engendrados con una virtud connatural?" Pero ¿qué importa ser por naturaleza lo que podemos ser por la energía de la voluntad? ¡Más aún: tanto es mejor ser voluntariamente buenos que no serlo por el natural, cuanto es más excelente el ser honrados con coronas y altísimas alabanzas a no merecer nada! Dirás que la naturaleza es firme. Pero si quieres tener una voluntad fuerte y robusta, esto resulta más firme que la naturaleza. ¿No te has fijado en que los cuerpos de los mártires han sido destrozados y ceden al hierro, mientras que en nada cede ni es vencida la voluntad?

¿No te has fijado en Abraham, quien superó con su voluntad los impedimentos de la naturaleza, cuando le fue mandado que inmolar a su hijo Isaac, ocasión en que en cierto modo la naturaleza hubo de ceder a la voluntad que era más fuerte que ella? ¿No te has fijado en que lo mismo aconteció a los tres jóvenes del horno? ¿No has oído aquel antiguo y secular proverbio que dice que la costumbre hace una segunda naturaleza? ¡Pues yo diría que aun hace una primera, como lo demuestra lo que antes dijimos! ¿Ves cómo es posible poseer la firmeza de la naturaleza si la voluntad es fuerte y vigilante? ¿Ves cómo es digno de mayor alabanza el que quiere ser bueno que quien es obligado a serlo? Y así, cuando dice Pablo: Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, porque temo no sea que mientras predico a otros yo caiga en reprobación,<sup>1</sup> entonces es cuando yo lo honro sobre todo con los merecidos elogios, al ver que no ha logrado la virtud sin trabajo; y esto a fin de que los que habían de venir después no sacaran de su facilidad para el bien un argumento en favor de la desidia.

7 / Cor. IX, 27.

Y cuando en otra ocasión dice: ¡Estoy crucificado al mundo!, yo pongo una corona a su voluntad. Porque puede, ¡puede! repito, la virtud de la voluntad imitar la firmeza de la naturaleza. Y si traemos al medio a este Pablo, imagen ideal de la virtud, observaremos que los bienes que tenía por el esfuerzo de su voluntad, cuidó de injertarlos honda y firmemente en la naturaleza. Se dolía de ser azotado, pero despreciaba los dolores no menos que las Potestades incorpóreas, como puede advertirse por sus mismas palabras, que no parecen salidas de una naturaleza como la nuestra. Porque cuando dice: ¡El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!;<sup>8</sup> y también cuando dice: ¡Pero ya no vivo yo, sino que vive en mí Cristo!,<sup>9</sup> ¿qué otra cosa querrá decir sino que al parecer ha salido del cuerpo a causa de la virtud? Y ¿qué le concede a la carne cuando afirma: ¡Fueme dado el aguijón de mi carne, el ángel de Satanás!?<sup>10</sup> ¡Esto no es otra cosa que demostrar cómo desprecia el dolor que siente en el cuerpo; no porque ese dolor no le

llegue al alma, sino porque con la firmeza de la voluntad lo aleja y despide de sí.

Pues qué, cuando dice otras cosas, y más admirables que éstas, y se alegra de ser azotado, y se gloria de sus cadenas, ¿acaso afirma algo diverso de lo que ya tengo dicho? Es a saber que al clamar: ¡Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, porque temo no sea que mientras predico a otros yo quede reprobado, muestra la debilidad de la naturaleza; y por lo que llevo declarado muestra la nobleza de la voluntad! Pues por esto se dijeron ambas cosas: para que ni por aquellas grandezas lo juzgues de naturaleza distinta y así desesperes de alcanzar la virtud, ni por estas pequeneces vayas a reprender aquella santa alma; y que echando fuera de ti la desesperación por tal motivo, cobres mejores esperanzas. Y por esto añade luego lo que confiesa ser propio de la gracia, y por cierto acumulándolo y exagerándolo; o más bien no exagerándolo, sino mostrándose agradecido, a fin de que pienses que nada es propio de él. Pero añade también lo que es propio de su voluntad, a fin de que no le dejes todo a Dios y te entregues al sueño y a roncar.

\* Gálat. IV, 14. " Ibid. II, 20. 10 II Cor. XII, 7.

Porque encontrarás en Pablo la regla y la medida para todas las cosas. ¿Dirás que también alguna vez maldijo al herrero en bronce, de nombre Alejandro? Pero esto ¿qué tiene de vicio? Porque no fue con lenguaje de ira sino más bien de dolor, nacido de la injuria que se hacía a la verdad; puesto que no se dolía por lo que le tocaba, sino porque el otro se resistía a la predicación: Porque en gran manera, dice, ha resistido (y no dice a mí, sino) a nuestras palabras} <sup>1</sup> Para declarar por una parte su cariño a la verdad, y por otra consolar no solamente a aquel a quien escribía, sino también a sus discípulos. Y como era natural que todos se escandalizaran, por eso lo dijo. Pero también al que había resistido a Dios lo conminó con la venganza; y rogó al Señor contra otros, como cuando dijo: Pues es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulaciones a los que os atribulan.<sup>12</sup> Pero no lo hizo por el deseo de que aquéllos fueran castigados, sino para consolar a quienes eran atribulados. Y por esto añade: Y a vosotros, atribulados, (retribuir con) descanso en compañía nuestra.<sup>13</sup>

En cambio cuando algo padece, oye con cuan alta sabiduría y paciencia discurre y vuelve bien por mal a sus enemigos: ¡Afrentados, bendecimos; y perseguidos, lo soportamos; y difamados, consolamos!<sup>14</sup> Y si acaso las cosas que ha dicho o hecho en contra de otro por alguna ocasión, las tomas como fruto de la ira, tendrás que decir que también aquel mago Ely-mas fue cegado y corregido por ira y con injuria; y has de exclamar que también Ananías y Zafira fueron muertos por Pedro a causa de la ira. Pero ¿quién hay tan estulto e insano que se atreva a sospechar esto? Encontraremos además otras muchas cosas de Pablo, que parece haberlas dicho o hecho pesadamente. Pero precisamente son las que demuestran su modestia. Porque cuando entregó a Satanás al hombre aquel de Corinto que había fornicado, lo hizo con suma caridad y con un ánimo lleno de amor; lo cual se manifiesta claramente en su segunda carta. Y cuando amenaza a los judíos y dice: ¡La ira de Dios está para llegar hasta ellos!,<sup>15</sup> lo hace no repleto de ira (puesto que lo oyes continuamente rogando por ellos), sino con el deseo de atemorizarlos y hacerlos más prudentes.

<sup>11</sup> 2Tim. IV, 14-15. M 2Tesal. I, 6.

<sup>13</sup> Ibid. I, 7.

<sup>14</sup> / Cor. IV, 12.

15 1Tesal. II, 16.

Pero dirás: al sacerdote le hizo grave injuria, cuando le dijo: ¡Te herirá el Señor, pared blanqueada! 16 Sabemos que algunos, queriendo justificar este pasaje ¡lo han interpretado de una profecía ! ¡No culpo a los que lo afirman, porque en verdad así sucedió y así murió aquel sacerdote! Pero si se nos presenta algún enemigo más agudo en su discurso e insta de nuevo en la cuestión y dice que si eso era una simple profecía ¿por qué Pablo luego se excusaba de haberlo dicho, al afirmar?: No sabía yo que era el sumo sacerdote" le contestaremos que, enseñando e instruyendo a otros a portarse de un modo reverente con los que mandan, procedía Pablo al modo de Cristo. Porque Cristo habiendo dicho contra los Escribas y Fariseos lo decible y lo indecible,<sup>18</sup> sin embargo añadió: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y los Fariseos: haced, pues, todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras.<sup>19</sup> Pues del mismo modo procede aquí Pablo: mostró reverencia al Pontífice, pero al mismo tiempo predijo de antemano lo que había de suceder.

Cuanto a que separó a Juan de su compañía,<sup>20</sup> rectísima-mente lo hizo, por motivo del común oficio de predicar. Porque quien toma este oficio no ha de ser un hombre débil e irresoluto, sino al revés firme y resuelto a todo. Puesto que este oficio preclaro nadie debe ni siquiera tocarlo a no ser que se prepare a entregar su alma a la muerte millares de veces y a todos los peligros. Pues dice el mismo Señor: El que quiera venir en pos de Mí, niegúese a sí mismo, tome su cruz y sígame.<sup>21</sup> De manera que quien no es así, a muchos otros pierde con su ejemplo, y es cosa más útil que no se mueva, y que solamente cuide de sí que no salir al medio y tomar una carga superior a sus fuerzas: entonces no solamente aprovechará a sí mismo, sino que será provechoso para la salud de otros muchos que le están encomendados.

16 Hechos XXIII, 3.

17 Ibid.

18 Expresión helena que significa todo lo que puede decirse, literalmente lo decible y lo indecible: *ἡτις ἐστὶν ἀπὸ τοῦ ἀποκρίναι*.

19 Mat. XXIII, 2-3.

20 Act. Apost. XV, 38.

21 Mat. XVI, 24.

Y ciertamente ¿cómo no ha de ser absurdo que quien no sabe el arte de pilotear y luchar contra las olas, aunque miles de circunstancias lo aprieten, con todo, elija sentarse al timón; mientras que el que se entrega al oficio de predicar, con simplicidad y a como salga se acerque a él y tome sobre sí, sin la menor reflexión, el cuidado de infinitas cosas? Porque ni el piloto, ni el que lucha contra las fieras ni el destinado a los juegos gladiatorios necesita tener el ánimo hecho a la muerte y estar preparado para ella, como el que toma sobre sí el oficio de predicar. Acá los peligros son mayores y los enemigos más crueles, y además hay que afrontar la muerte por cosas que son de sumo interés. Y no amenaza un solo género de muerte, ni hay otra parte alguna en que se haya de combatir en condiciones semejantes. Porque aquí se nos propone como premio el cielo y como castigo la gehenna; es decir la eterna salvación o la condenación eterna del alma.

Pero no solamente aquel que se dispone para la predicación conviene que esté así preparado, sino todos, aunque sólo se trate de un cristiano; porque a todos se les ordena

tomar la cruz y seguir a Cristo. Pero si a todos, mucho más a los Doctores y Pastores del pueblo; de cuyo número era aquel Juan por ese tiempo: ese Juan a quien se le llama también Marcos. A éste, pues, porque puesto en el frente mismo del escuadrón se portaba menos varonilmente, con razón Pablo lo rechazó; para que no sucediera, por su ejemplo, que las fuerzas de los demás, como con un contagio, se enervaran. Y Lucas refiere que tuvo lugar entre ellos una especie de contienda; pero no imagines que esto constituyó un delito. Porque lo malo no es conmoverse pasionalmente, sino conmoverse irracionalmente, y conmoverse sin que lo exija ningún justo negocio. Porque la ira injusta, dice, no se justificará.<sup>22</sup> De manera que no se culpa simplemente a la ira, sino a la ira injusta. Y dice también: El que se irritare contra su hermano sin motivo...<sup>23</sup> y no simplemente el que se irritare. Y el profeta a su vez: ¡Encolerizaos y no queráis pecar!<sup>24</sup>

- Sirac. I, 21.

<sup>23</sup> Mat. V, 22. El santo sigue aquí la lectura con eixfj, o sea, sin razón, injustamente.

<sup>24</sup> Salmo IV, 5; y Efes. IV, 20.

Y si acaso es necesario no dejar que se explye este afecto, ni aun cuando la ocasión lo exija, me parece que en vano se le habría dado a la naturaleza. Pero, a la verdad, no en vano se la dio nuestro providente Creador, sino a fin de sacar de su desidia e inercia a las almas irresolutas. Porque a la manera que a la espada el filo, así a nuestro corazón le impuso el filo de la ira, para que lo usemos a su tiempo oportuno. Por esto Pablo usó con frecuencia de este afecto; y resultaba que cuando más se irritaba era cuando más lo echaban de menos y lo deseaban aquellos que con modestia procedían; porque todo lo hacía a sus tiempos debidos y oportunos y en bien del Evangelio. La suavidad no es buena sencillamente, sino cuando la ocasión la pide; pero cuando la ocasión no la pide, incluso es un vicio y también la ira se convierte en contumacia.

Todo esto no lo he dicho por defender a Pablo, puesto que él no necesita de nuestro discurso; su alabanza no procede de los hombres sino de Dios. Lo he dicho para enseñar a los oyentes a usar de todos los afectos en su oportunidad, como ya antes lo declaré. Así podremos obtener de todos lados incrementos de gracias espirituales, y llegar segurísimos al puerto y con grandes riquezas, y conseguir las coronas indeficientes. Las cuales ojalá nos acontezca a todos merecer por gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

41

## **XLI HOMILÍA séptima en honor del santo apóstol PABLO.**

CUANDO LOS QUE PORTAN LOS ESTANDARTES REALES entran en las poblaciones, mientras delante de ellos se van tocando las trompetas y los precede un escuadrón de soldados, acostumbra el pueblo correr en masa y aglomerarse, ya sea para escuchar el sonido de las trompetas, ya para contemplar los estandartes levantados en alto, ya también la fortaleza del que los lleva. Pues bien, como Pablo el día de hoy entra no en una ciudad sino en el universo entero, ¡jea! ¡concurramos todos! Porque él es el portador de la insignia del rey, no de acá abajo, sino de la cruz de Cristo, quien está en las alturas; y lo preceden ejércitos no de hombres sino de ángeles; y esto no solamente

para honrar la señal que porta, sino también para ayudar al que la porta. Porque si para custodia de quienes no tienen otro reino que cuidar sino su vida privada, y no hacen cosa alguna que ceda en utilidad general, son deputedos los ángeles por el Señor común de todos, como lo dijo uno de los justos: ¡El ángel que me defiende desde mi juventud! ;x mucho más para la custodia de aquellos a quienes se ha encargado que cuiden de todo el orbe y lleven el peso de tales dones, están presentes las Potestades del cielo.

Y por cierto, en los ejércitos de acá abajo, a quienes han recibido semejante honor se les revisten preciosas vestiduras y al cuello se les enrollan collares de oro que brillan de todos lados y por todos lados refulgen. Pablo, en cambio, ceñido, en vez del oro con una cadena, así va portando la cruz y sosteniendo de todos lados la persecución, y en todas partes sufriendo hambres. Pero... ¡no llores, oh amadísimo! Porque este ornato es mejor y más espléndido que aquel otro, y más amado de Dios, y por esto Pablo al portarlo no trabajaba. Porque es precisa mente lo más admirable que con sus ataduras, azotes y llagas iba más resplandeciente que con una diadema y una brillante púrpura.

Y que en realidad fuera más resplandeciente, y que no sean simples palabras, lo declararon sus propios vestidos. Porque aunque pongas encima del que lucha con la fiebre mil diademas y otras tantas púrpuras, todo eso no podrá apagar ni si quiera un poco el ardor de la fiebre, en cambio los pañuelos de Pablo, aplicados a los cuerpos enfermos, hacían huir todas las dolencias. Pues si los ladrones con sólo ver las insignias del rey no se atreven a acercarse, sino que dando las espaldas huyen rápidamente, con mayor razón los demonios y las enfermedades, al aparecer la señal de Cristo, huían. Y de tal manera portaba Pablo este signo que no lo llevaba solo, sino que a todos los demás los adiestraba y hacía que lo portaran.

1 Gen. XLVIII, 16.

Por esto clama y dice: ¡Sed imitadores míos según el modelo que en nosotros tenéis! ([Ph 3,17](#)) Y también: Lo que habéis visto y oído de mí, eso haced! 3 Y finalmente: A vosotros se os ha concedido no solamente que creáis en El, sino además que por El padezcáis! 4 Porque las dignidades humanas tanto suelen ser más esclarecidas cuanto se reúnen en mayor número en una sola persona; pero en las cosas espirituales, por el contrario, los honores tanto más resplandecen cuanto son más los que entran en comunión con ellos; ni es uno solo el que de los honores participa, sino que va acompañado de otros muchos que comparten los mismos honores.

¿Observas, pues, cómo todos ellos son signíferos; y cada uno porta el nombre de Cristo delante de los gentiles y de los reyes; y él, Pablo, lo hace aun teniendo delante la gehenna y los suplicios? ¡Pero esto último no lo ordenó a todos, porque ciertamente los otros no lo podían sobrellevar! ¿Observas además de cuánta virtud sea capaz nuestra naturaleza? ¡Nada hay en el hombre más precioso que ella! Porque ¿cuál cosa es mayor que ésta? Más aún: ¿cuál otra que siquiera sea igual puedes tú nombrar, a pesar de ser mortal el hombre? ¿Del honor de cuántos ángeles y arcángeles no es digno aquel que pudo decir las palabras que he referido?

Pero, quien aun estando constituido en cuerpo mortal y que acaba con el tiempo, no dudó en ofrecer a Cristo aun lo que éste no poseía, si hubiera sido de naturaleza incorpórea ¿qué habría dejado por decir o por hacer? Yo a los ángeles los admiro, no por haber sido creados con una naturaleza incorpórea, sino por la presteza de su servicio



a Dios y porque fueron hallados dignos de ese honor; pues también el demonio es incorpóreo e invisible y sin embargo es el más infeliz de todos los seres, puesto que se levantó contra su Dios y Creador. Del mismo modo a los hombres yo los llamo infelices no cuando los veo revestidos de la carne, sino cuando no usan de ella como deben; porque también Pablo circundado estaba de su carne. Pues entonces ¿de dónde logró llegar a ser tal como es? ¡Tanto de parte suya como de Dios; y precisamente de parte de Dios porque lo fue de parte suya! 5 Dios no es aceptador de personas. Y si me

3 Ibid. IV, 9.

\* Ibid. I, 29.

Toca otra vez el santo Doctor el problema de las relaciones entre la voluntad libre y la gracia. Como afirman los teólogos, hay una gracia antecedente que excita al alma a las buenas obras y otra concomitante que preguntas cómo será posible imitarlo, oye lo que él mismo dice: ¡Sed imitadores míos como yo de Cristo!

El fue imitador de Cristo: tú en cambio ni siquiera lo eres de este tu consiervo. El emulaba al Señor, tú ni siquiera al consiervo. Pues ¿con qué sombra podrás ocultar tu desidia? ¿qué defensa tendrás? Y ¿cómo lo imitó?, dices. Considera esto desde sus principios y desde sus mismos comienzos. Porque cuando Pablo salió de aquellas fuentes divinas todo inflamado, salió tal que no esperó maestro. No esperó a Pedro ni se dirigió a Santiago ni a ningún otro; sino que, arrebatado del propio fervor, al punto inflamó con su predicación a toda la ciudad de Damasco, en donde había sido bautizado, en tal manera que concitó contra sí una batalla fortísima de parte de los judíos.

Porque él, siendo judío, iba mucho más allá de lo que podían sus facultades; puesto que ataba, y arrastraba y expulsaba a los cristianos. Así lo había hecho Moisés; el cual, aunque nadie del pueblo lo había constituido magistrado, con todo se puso a defender a sus hermanos y conciudadanos de la injusticia de los bárbaros. Porque estas son las pruebas de una alma varonil y fuerte; esta es la señal de la libertad de pensamiento, que no puede soportar en silencio los males ajenos, aunque nadie lo haya constituido magistrado. Y porque tan justamente él se había arrogado la magistratura, por eso Dios después le confirió la potestad. Del mismo modo procedió Pablo. Porque Dios, con haberlo elevado muy presto a la dignidad de Doctor de las gentes, demostró cuan rectamente había obrado Pablo al tomar por su cuenta al principio la predicación y enseñanza. Puesto que si esos varones, por la ambición de alcanzar

le ayuda en las buenas obras. La gracia inicial es totalmente gratuita y don entero de Dios, según los planes de su eterna sabiduría; luego ayuda a la cooperación de la criatura y en esa cooperación tiene su parte la voluntad libre y el mérito de la obra. Pero es evidente que para conceder las gracias y determinar, como si dijéramos, su número y su alcance atiende a la cooperación de la voluntad libre ya sea a gracias anteriores ya a la que el alma dará a la gracia de que se trate; cooperación que según algunas escuelas depende en absoluto del libre albedrío ayudado de la misma gracia, y según otros (así parece) depende sólo de la gracia. Hay pues que ver en las palabras del santo Doctor la expresión vaga de las relaciones dichas, tal como en sus días se tenía entendida. Para toda esta cuestión, complicada al mismo tiempo con la voluntad salvífica de Dios respecto de los hombres, la vocación a la fe de los paganos, la conversión de los pecadores, la predestinación a la gloria, etc. véanse los Tratados especiales.

el magisterio y la primacía, se hubieran lanzado a tan arduo negocio, serían razonablemente culpables de ambición. Pero, como ambos amaban los peligros, y de todos lados se procuraban la muerte con el objeto de conquistar a otros para la salvación, ¿quién habrá tan necio que tan grande fervor lo estime como grande crimen de ambición?

Y que por amor de la salvación de los demás hayan hecho aquellos varones lo que hicieron, lo declaró la sentencia de Dios y a la vez la perdición de otros que perversamente ambicionaron semejantes honores. Porque sucedió que entonces se arrojaran otros también a esa principalía; pero todos acabaron mal. Porque al uno lo consumió el fuego que del cielo bajó; al otro la tierra con un súbito abrirse, lo tragó. Porque no hacían lo que hicieron por amor al pueblo, sino por la ambición de la dignidad. También se atrevió Ozías, pero fue castigado con la mancha de la lepra; se atrevió Simón, pero fue reprobado y estuvo a punto de muerte; se atrevió Pablo y fue coronado no con el sacerdocio y su honor, sino con el ministerio y sus trabajos y peligros. Por haberse atrevido a lo que hizo a causa del ardiente celo y crecido fervor, por eso Pablo fue proclamado y desde sus principios esclarecido. Porque así como sucede que si el que ha sido nombrado príncipe no administra bien el oficio que se le ha encomendado es merecedor de mayores castigos, así, otro cualquiera, aunque no sea nombrado, pero que tome el principado y lo desempeñe como se debe (y no me refiero ya al sacerdocio, sino a la solicitud y cuidado de las multitudes), ése se hace dignísimo de todo honor.

Pablo ni un solo día pudo estar en ocio y en descanso; sino que más vehemente que el fuego en eso de predicar, apenas subió de aquella fuente de salud, ya no temió los peligros ni se avergonzó de las burlas y oprobios de los judíos, ni se indignó porque ellos rechazaran su predicación: sino que, sin entrar en otros pensamientos semejantes a éstos, lo miró todo con otros ojos, es a saber con los ojos de la caridad, y con otra mente; y se lanzó con grande ímpetu al modo de un torrente que arrastraba y deshacía toda oposición de los judíos; y por las Escrituras mismas les demostraba con toda evidencia que Jesús es el Cristo.

No brillaban aún en él tantos dones de la gracia; aún no se le había comunicado tan grande luz del Espíritu Santo; pero con todo, aquella voluntad continuamente inflamada y aquel ánimo mortificado, llevaba a cabo todas las cosas; y, como si constantemente estuviera satisfaciendo a Dios por su vida pasada, así procedía en todo, y de todas partes recogía ganancias espirituales, y se arrojaba confiado a todo sitio en donde la guerra estuviera en todo su punto y más llena de trabajos y peligros.

Y es aún más digno de admiración que, como fuera tan audaz y estuviera siempre como preparado al combate y respirando un cierto fuego belicoso, de tal manera se mostraba asequible y de suave genio para con los maestros, que nunca jamás, ni aun en el ímpetu de aquel su fervor, los ofendía. Así pues, a él que ardía en celo y casi estaba loco, le ordenaron que partiera hacia Tarso y a Cesárea; y no se negó. Le dijeron ser necesario descolgarse por el muro en Damasco y lo llevó bien; le aconsejaron que se rasurara la cabeza y no se opuso; le indicaron que no entrara en la reunión y cedió. De tal manera se había entregado al apostolado que todo lo recibía con buena voluntad por la salud de los fieles; y para edificación de los mismos amó la paz y el estar de acuerdo y conservarse siempre igual a sí mismo para bien de la predicación.

Así pues: cuando oyes que al hijo de su hermano lo envió al tribuno, por librarse de los peligros; y que apeló al César; y que se apresuró a salir para Roma, no pienses en modo alguno que sus palabras son de temor. Porque, quien gemía por estar aún en esta vida ¿acaso no prefería estar con Cristo? Quien despreciaba los cielos y a los ángeles por Cristo ¿cómo podía amar las cosas presentes? Entonces ¿por qué hacía todo eso? ¡Sin duda para poder insistir en la predicación por más tiempo y para salir de este mundo con una mayor multitud de creyentes y triunfadores! Porque a la verdad, temía no fuera a salir de aquí pobre y sin recursos en lo referente a la salvación de muchas almas. Por esto decía: ¡Permanecer en la carne es necesario por vosotros! 6

Filip. I, 24.

Por esto, aunque vio que en el juicio la sentencia se le tornaba favorable, pues el mismo Festo decía: ¡Podía darse libre a este hombre si no hubiera apelado al César!,<sup>7</sup> con todo no tuvo vergüenza de ser conducido con ataduras en medio de otros muchos también atados por criminales responsables de mil crímenes, y de ir ligado con ellos. Más aún: tomó el cuidado de todos los que navegaban con él, seguro de sí mismo y certísimo de estar él en plena seguridad. Y como, así atado, fuera llevado por un mar tan inmenso, se gozaba de tal manera como si lo fueran conduciendo al más elevado mando. Porque se le ponía delante de los ojos de la mente, como un premio no pequeño, la conversión de la ciudad de Roma.

Ni creyó que debía despreciar a los que juntamente con él navegaban. Sino que también a ellos los encantó con la suavidad de la verdad, al narrarles la visión que había tenido, por la que supieron que todos serían salvos y esto por respeto de él. Ni hacía esto exaltándose a sí mismo, sino preparándolos para que aceptaran la fe.

Por ese motivo permitió Dios que el mar se encrespase, a fin de que mediante las cosas, oídas y no oídas, se mostrara la gracia de Pablo. Puesto que él aconsejó que no se echaran a alta mar y no fue escuchado, por lo que luego se encontraron en peligros extremos. Mas él ni por esto se les mostró irritado; sino que de nuevo, como un padre a sus hijos, proveía y hacía cuanto estaba en su mano para que nadie pereciera. Y una vez que entró en Roma, también ahí con cuánta modestia anunció la verdad; pero al mismo tiempo con cuánta libertad de espíritu cerró la boca de los impíos. ¡Y no contento con residir ahí, pasó hasta España! Y como se viera envuelto en diversos peligros, cada vez confiaba más y se hacía más atrevido. Y no sólo él sino también los discípulos que con su ejemplo se fortalecían. Porque del mismo modo que si lo hubieran visto algún tanto remiso y perezoso, quizá también ellos habrían descaecido por la tristeza, así los que advertían que él estaba cada día más firme y crecía en la virtud con la frecuencia de los azotes y las injurias, con mayor libertad predicaban el Evangelio.

Significando esto, decía Pablo: ¡Y la mayor parte de los hermanos en Cristo, alentados por mis cadenas, sienten mayores ánimos para hablar sin temor la palabra de Dios! 8 Porque si el jefe de la milicia fuere fuerte y robusto, no solamente derribando y matando, sino también cuando se encuentra herido, hace a sus subditos más fuertes también; y aun mejor consigue esto herido que matando. Porque en cuanto los que militan a las órdenes de tal caudillo vieren las heridas que se le han causado y la sangre que le chorrea, y que aún así no cede ni por un momento a los enemigos, sino que permanece esforzado y vibra la lanza y con frecuentes y acertados golpes acomete a los adversarios y en absoluto no cede al dolor, sin duda que ellos con mucha mayor presteza

obedecen a jefe semejante.

Hechos XXVI, 32. Filip. I, 14.

Así le aconteció a Pablo. Porque, como lo vieran atado con cadenas y a pesar de todo seguir predicando en la cárcel; como lo vieran azotado y con todo conquistar con sus palabras a los mismos que lo azotaban, ciertamente tomaban de esto una mayor confianza. Y por esto no dijo él simplemente "confiados", sino "sienten mayores ánimos para hablar sin temor la palabra de Dios". Como si dijera: "Mucho más confiadamente predicán los hermanos ahora que cuando yo estaba libre de las cadenas". Y esto, porque entonces también tenía él una mayor presteza y más llena de seguridad, y se lanzaba contra los adversarios con mayor vehemencia; y el acrecentarse la persecución a él le resultaba motivo de mayor constancia.

Encerrado fue en la cárcel, y brilló de tal manera la virtud suya, que aun se estremecieron los fundamentos de la cárcel y las puertas se abrieron. Y atrajo a la fe al guarda mismo de la cárcel. Y en otra ocasión por poco persuade al juez, quien le dijo: ¡Por poco me persuades a hacerme cristiano!<sup>9</sup> Y luego, una vez que fue apedreado, entró en la ciudad en donde lo habían apedreado y la convirtió a la fe. Los judíos lo llamaban para juzgarlo, y en otra ocasión hicieron lo mismo los atenienses; pero los jueces acabaron en discípulos, y los adversarios en subditos. Porque así como el fuego cuando cae en un montón de diversas maderas, se aumenta y crece con la sustancia misma que se le pone debajo, así la lengua de este apóstol, a quienquiera que fuera llevada, al punto los atraía hacia sí. Sus mismos impugnadores, rápidamente conquistados por su palabra, se volvían como pábulo de este fuego espiritual, y por ellos mismos crecía la fama del Evangelio. Por esto decía: ¡Encadenado estoy, pero la palabra de Dios no está encadenada!<sup>10</sup> Con frecuencia los enemigos lo hacían huir y en realidad aquello era una persecución; pero, en cuanto a las consecuencias, era un enviar maestros. De modo que lo que habrían hecho sus amigos y compañeros, eso hacían sus enemigos; y no lo dejaban establecerse en una región, sino que lo llevaban a la manera de un médico, de un lado a otro, mediante sus asechanzas y sus persecuciones; y lo echaban fuera de las ciudades a fin de que todos escucharan su lengua.

Act. Apos. XXVI, 28.

Lo encadenaron, pero con eso excitaron más aún a sus discípulos en la defensa de la fe. Lo persiguieron, pero con eso no hicieron otra cosa que enviar maestro a quienes no lo tenían. Lo condujeron al supremo tribunal, con lo que aprovecharon a una más grande ciudad. Por esto los judíos, doliéndose de los apóstoles, decían: ¿Qué hacemos con estos hombres?<sup>11</sup> Porque, se decían, por los mismos medios que tomamos para quitarlos de en medio, por esos mismos los acrecentamos. Lo entregaron al guarda de la cárcel a fin de que diligentemente lo atara, pero éste fue más fuertemente atado por Pablo. Lo enviaron juntamente con los reos y encadenados para que no se fugara; pero él enseñó a los encadenados la doctrina de Cristo. Lo echaron en una nave con el objeto de que, aun sin quererlo ellos, más velozmente adelantara Pablo en su camino. Y como sobreviniera el naufragio, esto mismo ayudó al apóstol y le dio oportunidad de predicación y enseñanza. Lo amenazaban con infinitos suplicios, con el objeto de extinguir el fuego de la predicación, pero de eso mismo tomaba mayor incremento.

Y como dijeron del Señor: ¡Matémoslo para que no vengan los Romanos y destruyan

nuestra ciudad y pueblo ;12 y sucedió todo lo contrario, pues precisamente porque lo mataron por eso vinieron los Romanos y destruyeron su pueblo y ciudad; y lo que ellos juzgaban ser impedimento para la predicación les resultaba el más poderoso auxiliar de ella; así les sucedió con Pablo cuando éste predicaba: porque las cosas que los adversarios pusieron en práctica para destruir la predicación, esas mismas la levantaron a una altura inefable.

10 2Tim. II, 9.

11 Act. Apost. IV, 16.

12 Juan XI, 48.

¡Demos, pues, gracias a Dios por todos estos bienes! ¡a Dios, el bondadoso Autor de cosas tan excelentes! ¡Glorifiquemos también a Pablo, por cuyo medio se llevaron a cabo! ¡Oremos, en fin, por nosotros mismos, a fin de que gocemos de esos mismos bienes, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

42

## **XLII DISCURSO en honor del apóstol PEDRO y del profeta ELIAS.**

Parece que esta Homilía fue predicada en Antioquía, porque indica al principio que la fiesta de los mártires se celebra en el campo, cosa que era frecuente en Antioquía y no en Constantinopla. El estilo parece inferior al del Crisóstomo; aunque es bien advertir que el Crisóstomo no siempre se mantiene a la misma altura; de todos modos, el de ésta difiere de las grandes Homilías del santo. Hay diversas cosas que parecen indicar que el orador no ha cuidado del discurso. Particularmente llama la atención la seguridad en llamar meretriz a la esclava que interrogó a Pedro en el atrio de Caifas. Lo mismo el que acuse a Elias de falta grave por haber huido cuando lo quería matar la reina Jezabel. Queda, pues, esta Homilía entre las dudosas.

¡Pocos SON LOS QUE HOY HAN CONCURRIDO! ¿Cuál es el motivo? ¡Celebramos la memoria de los mártires y nadie nos acompaña! ¿Acaso el largo camino los hizo perezosos? ¡Pero no! ¡no fue el impedimento del camino, sino la desidia! Porque así como a un varón diligente y alerta nada lo detiene, así al remiso y perezoso todo le es impedimento Los mártires dieron su propia sangre por la verdad ¿y tú ni siquiera acometes un poco de camino? Ellos ofrecieron su cabeza por Cristo ¿y tú por Cristo ni siquiera sales de la ciudad? El Señor murió por ti ¿y tú te muestras perezoso para con el Señor? Se presenta la memoria de los mártires ¿y tú permaneces en la desidia? ¡Conviene que estés presente para que veas vencido al demonio y vencedor al mártir; a Dios gloriosamente celebrado y a la Iglesia coronada!

Pero ellos se excusan diciendo: "¡Pecador soy y por lo mismo no puedo acercarme!" Pues precisamente porque eres pecador acércate, a fin de que no decaigas de la justicia. Pero ¡dime! ¿cuál de los hombres está sin pecado? Mas, por eso existen el sacrificio y la Iglesia, por eso las oraciones y el ayuno: porque las llagas del alma son muchas. Por eso se han encontrado muchos remedios, y se han preparado para cada herida los que a cada herida convienen. Tienes a la Iglesia, que ofrece sacrificios; tienes las oraciones de los

sacerdotes, la administración del Espíritu Santo, el recuerdo de los mártires, las reuniones de los fieles y otras muchas cosas de este género, que pueden desde el pecado volverte a la justicia. Pero no te acercaste a las oraciones de los mártires. ¿Tienes algún perdón?

No se interpone cosa alguna difícil ¿y con todo te has abstenido de concurrir a la reunión de los mártires? ¿Es que te detuvo algún cuidado propio del siglo? ¡Pues mayor es la acusación! ¿No has querido poner a rédito ante Dios ni siquiera una hora, con lo que lucrarías el día entero? ¡Pecador soy, repites, y por eso no puedo! Pues ¡precisamente porque eres pecador, ven acá! ¿Ignoras acaso que también los que están sentados junto al altar son pecadores? ¡De carne están vestidos, de sangre están hechos, con huesos están fabricados! ¡Y nosotros mismos los que nos sentamos en el trono y somos Doctores, estamos enredados en pecados! Pero, no desesperamos de la divina benignidad ni achacamos a Dios dureza o inclemencia. Porque todos somos hombres y estamos compuestos de los mismos elementos. Y no nos negamos a enseñar, mirando al piélago de la benignidad divina.

Si vosotros entráis acá aunque seáis pecadores, la acusación no es tan grave, puesto que aún estáis bajo la enseñanza. Nosotros, en cambio, cuanto más sobresalimos por la dignidad, tanto más expuestos estamos a la acusación. Porque es cosa distinta que peque el discípulo a que peque el Doctor. Y con todo, no lo rehusamos, a fin de no caer en pereza, bajo las apariencias de humildad. Y es providencia de Dios que los sacerdotes mismos caigan en pecado. Escucha cómo es la cosa. Porque si los maestros y sacerdotes no cayeran en pecado ni estuvieran sujetos a las pasiones de la vida, se volverían inhumanos con los demás y no concederían el perdón a los que pecan. Por esto, quiso Dios que los sacerdotes y los príncipes estuvieran sujetos a las pasiones, para que por sus propias enfermedades se inclinaran a conceder el perdón a otros.<sup>1</sup>

Y de esta manera templó Dios las cosas, no solamente en estos tiempos sino también en los tiempos pasados, en los que permitió que cayeran en pecado aquellos a quienes iba a entregar la Iglesia y el pueblo, a fin de que por sus propias caídas fueran humanos para con los demás. Porque si no pecaran tampoco concederían el perdón a los que pecan; sino que inhumanamente a todos los echarían de la Iglesia. Y que esto sea así y que yo no hablo por meras conjeturas, ¡ea! ¡vayamos adelante en nuestro discurso y lo veremos, considerando los hechos!

Las llaves de la Iglesia habían de entregarse a Pedro. Más aún: se le entregaban las llaves del Reino de los cielos, y se le entregaría después toda la multitud del pueblo. Porque ¿qué dice el Señor?: Cuanto ligares sobre la tierra quedará ligado en el cielo; y cuanto desatares sobre la tierra quedará desatado en el cielo.<sup>2</sup> Pues bien: Pedro era un tanto duro. Entonces, si además hubiera sido impecable ¿qué perdón iban a tener aquellos a quienes él debía enseñar? Por esto dispuso la gracia divina que cayera en cierto pecado; a fin de que por lo que él había experimentado, se volviera más humano con los otros.

Y considera en qué clase de pecado permitió la gracia que cayera siendo el jefe de los apóstoles, el fundamento incommovible, la piedra que no puede quebrarse, el príncipe de la Iglesia, el puerto inexpugnable, la torre firmísima. Este es aquel Pedro que dijo a Cristo: ¡Aunque sea necesario que yo muera contigo, no te negaré! <sup>3</sup> Es el Pedro que por revelación divina confesó la verdad y dijo: ¡Tú eres Cristo el Hijo de Dios vivo!i

1 Como se ve, el predicador va mucho más allá de la realidad en su argumentación: para que el sacerdote conozca la debilidad humana, le basta con sentir la fragilidad de la propia naturaleza, sin necesidad en modo alguno de la experiencia de las caídas. La historia lo demuestra en hombres como San Alfonso María de Ligorio, el santo Párroco de Ars, etc., etc.

2 Mat. XVI, 19.

3 Ibid. XXVI, 35.

4 Ibid. XVI, 16.

Pues a este Pedro, como hubiera entrado en el palacio aquella noche en que Cristo fue entregado, y estuviera sentado junto al fuego para calentarse, se le acercó una criada y le dijo: ¡También tú estabas ayer con este hombre! 5 Y Pedro respondió: ¡No conozco a ese hombre! 6

Hace poco, oh Pedro, exclamabas: "¡Aunque fuera necesario morir contigo no te negaré!", y ahora en cambio dices: "¡No conozco a ese hombre!" ¡Oh Pedro! ¿es esto lo que habías prometido? ¡Aún no experimentas los tormentos ni los azotes, ni las llagas, ni el furor de los verdugos, ni el de los príncipes, ni las espadas agudas, ni los decretos lanzados por los reyes, ni a los reyes mismos, ni la muerte, ni la cárcel, ni los precipicios, ni el mar, ni cosa alguna de éstas ¿y ya negaste?: "¡No conozco a ese hombre!" Y la criada de nuevo enseguida: "¡También tú estabas ayer con este hombre!" Y Pedro de nuevo le responde: "¡No conozco al hombre que dices!"

¿Quién es el que habla contigo para que así niegues a Cristo? ¡Ninguno de tus parientes, sino una criada y esa portera y abyecta esclava y despreciable! ¿Habla ella y tú niegas? ¡Oh cosa más nueva! ¡Se acerca a Pedro aquella muchacha, a Pedro aquella meretriz, y lo conturba en su fe! ¡Aquella columna, Pedro, aquel torreón, no soportó las amenazas; sino que apenas habló la muchacha y la columna se sacudió y el torreón se bamboleó! ¿A quién viste, oh Pedro, que así niegas? ¡A una vil chiquilla, a una despreciable portera! ¡A esa viste y negaste! Y por tercera vez: "¡Tú también estabas ayer con este hombre!" Entonces finalmente, habiéndolo visto Jesús, le trajo a la memoria lo que le había ya dicho. Y Pedro, habiéndolo entendido, comenzó a llorar y a hacer penitencia por su pecado.

Pero el benignísimo Señor permitió que cayera, porque sabía que, como a hombre que era, le acontecía algo propio del hombre. Mas, como ya dije, permitió la divina providencia que Pedro pecara, porque se le había de entregar y poner a su cuidado un gran pueblo; y para que así no se mostrara severo con él, en el caso de no haber antes experimentado el pecado, y sucediera que no quisiera conceder el perdón a sus hermanos. Cayó en pecado a fin de que reflexionando sobre su pecado y el perdón que Dios le había concedido, él a su vez también lo concediera a los demás, en una forma conveniente con lo dispuesto por Dios. Se permitió que cayera en pecado aquel que había de tener encomendada toda la Iglesia, la columna de las iglesias, el puerto de la fe. Se permitió que Pedro, el Doctor del orbe, pecara, a fin de que esta permisión fuera un argumento de benignidad para con los demás.

Ibid. XXVI, 69-70. Ibid.

Mas, ¿por qué he referido estas cosas? ¡Porque nosotros, sacerdotes, que nos sentamos

en la cátedra y enseñamos, también estamos ligados con el pecado! Por esto el sacerdocio no se encomendó a un ángel ni a un arcángel (ellos ciertamente son impecables), para que no, llevados de su severidad, hirieran al punto con el rayo a quienes de entre el pueblo pecaran. Sino que esta cátedra y trono se encomendó y otorgó a un hombre nacido de hombre y que también estaba atado por el pecado y la concupiscencia, para que si acaso se encontraba con algún pecador, por la experiencia de los propios pecados se le mostrara benigno. Pues si el sacerdote fuera un ángel y se encontrara con un fornicario, sin estar él mismo sujeto a semejante enfermedad, al punto daríale sentencia de muerte. De manera que si un ángel hubiera recibido la potestad sacerdotal, no habría enseñado sino matado, movido de ira, por no ser él así. Por esto, pues, se le confió la potestad al sacerdote: a fin de que como conocedor de los pecados y experimentado en ellos, perdonara a los pecadores, y no se dejara llevar de la ira y no convirtiera la Iglesia en Sinagoga.

Mas ¿por qué me detengo en Pedro y me alargo en este asunto y no paso a otra persona? ¡Ea! ¡traigamos al medio a otro, al profeta Elias, a ese ángel en la tierra y hombre celeste! ¡al que caminaba por la tierra y gobernaba los cielos! ¡al hombre de tres codos de altura, que con todo, marchaba por las alturas, sublimado hasta la bóveda misma del cielo! ¡al distribuidor de las aguas, cuya lengua era tesoro de ellas y llave del cielo! El era pobre y rico, idiota y sabio. Pobre porque nada poseía; pero rico porque tenía una lengua que mandaba en las nubes a la lluvia.

Pues bien: éste era a su vez áspero con los pecadores, tanto que alguna vez llegó a rogar que no descendiera la lluvia. Y ¿qué dice?: ¡Vive el Señor que no habrá lluvia, sino por mandato de mi boca! ¿Qué dices y qué haces, oh Elias? A lo menos ruega primero al Señor y luego di: ¡Vive el Señor que no habrá lluvia, sino por mandato de mi boca! 7

¿Dónde están los herejes que afirman que el Hijo de Dios suplica? ¡Hombre infeliz y miserable e impudente! ¿Elias es el que pronuncia las palabras y el Hijo de Dios es el que suplica? ¿El siervo ordena y el Hijo suplica? ¡Ni siquiera le concedes un honor igual al de Elias! ¿Acaso no quieres conceder al siervo y al Señor una dignidad igual? ¡Aquél no ruega ni suplica, sino que profiere una palabra de verdad y con ella cierra los cielos! ¡Ruega primero, oh Elias! Pero ¿qué responde Elias? ¡Yo sé que mi Señor me oirá! ¡hago esto movido! ¡movido por su celo! ¡Oh cosa nueva y admirable! ¡El Señor superado en la benevolencia por su siervo! ¡Porque Elias hizo eso por celo de su Señor!

Veía él que se cometían muchos pecados. Veía la fornicación unida a la mucha malicia. Era una noche que cubría a todo el orbe; una nube densísima que envolvía todas las cosas. Porque todos se lanzaban al mal y era universal el naufragio, no de aguas sino de concupiscencias. Quitada de en medio la temperancia, triunfaba la intemperancia. La virtud era echada fuera y florecía el vicio. Manchados estaban los collados, los montes, los bosques, los caminos, los dispensarios y el aire. Andaba el sol oscurecido, la tierra emporcada, el cielo en desprecio, y todas las criaturas enfermas a causa de la idolatría. Como en una noche, así caminaban todos sin atender a la naturaleza de las cosas. Veían una piedra y la adoraban como a Dios; observaban un árbol y también creían que éste era dios: ¡envueltos estaban en una noche densísima en la que veían al Creador, pero adoraban a las criaturas!

Elias era el único que poseía la lámpara de la verdad y estaba asentado en la sabiduría como en la cumbre de un monte; y ahí se ejercitaba a sí mismo, armado con la lámpara



de la piedad. Pero esta luz a nadie ayudaba, porque todos estaban entregados al sopor y enredados en la idolatría. Así pues, Elías se irritaba, se consumía, se lamentaba: ¡hablaba y nadie le escuchaba! ¡exhortaba y nadie le atendía! Finalmente, movido del celo, quiso castigarlos y al mismo tiempo enseñarlos, a fin de que, consumidos por el hambre, dirigieran sus preces al Señor, y el hambre les sirviera de motivo para la piedad.

1 / Reg. XVII, 1.

Nada puede enmendarlos, se dijo, si no es el hambre. Así, cercados por todas partes por las aflicciones, se refugiarán en el Creador de todos. ¿Qué hace, pues, Elías? ¡Vive el Señor, dice, que no habrá lluvia sino por mandato de mi boca! Apenas pronunció estas palabras y el aire se inmutó y el cielo se hizo de bronce; no porque cambiara de naturaleza, sino porque quedó frenada su virtud. Al punto quedaron cambiados los elementos. ¡Cayó la palabra del profeta a la manera de una fiebre sobre las entrañas de la tierra y al punto quedaba todo seco, todo desolado, todo destruido! Veían los hombres las hierbas al punto marchitadas y también las plantas y los árboles, aun los fructíferos lo mismo que los infructuosos, y lo mismo los de los campos que los que estaban cercanos al mar.<sup>8</sup> Todo estaba seco y todo ser viviente de cualquier edad languidecía y moría. Gemían los niños y lloraban las madres y todo era desesperación.

Una palabra dijo el profeta y mira cuántas cosas obró. Todos los seres vivientes se morían, así las bestias feroces como los animales domésticos, los niños y los hombres, los vivientes todos y las aves del cielo. Un universal naufragio y desgracia llenaba el orbe todo a la vez. Nadie se salvaba, sino que todos al faltar el agua se morían. Se secaban las plantas, las fuentes, los ríos, los lagos: en una palabra todos se morían. Un universal naufragio llenaba todo el orbe y no de agua sino de escasez de lluvias. El cielo estaba como atado y del todo impedido y se había cambiado de todo en todo su natural. De manera que todos morían y perecían a causa de la ira enviada desde el cielo. Y Elías no se preocupaba porque el celo lo tenía como embriagado.

Perecía todo en edad aún no madura. ¿Qué haces, oh Elías? ¡Pase que los adolescentes hayan pecado y se les castigue! Pero ¿por qué son castigados los niños pequeños? ¡Pase que hayan pecado los hombres! Pero ¿por qué mueren también los animales domésticos? ¿De tan grande crueldad te has revestido? ¡No te cuidas de los hombres! ¡no tienes mujer! ¡no tienes hijos! ¡por esto no te preocupas de los que mueren! Y ¿qué le dice Dios? ¡Anda, le dice, hasta el río Querit, y yo ordenaré a los cuervos que ahí te sustenten.<sup>9</sup> Con gusto preguntaría yo a un judío que ahora se me presentara aquí delante, con el objeto de demostrarle que la Ley destruyó a la Ley en lo que ésta mandaba, y que la Ley misma no procedía correctamente, sino que se contradecía; porque no era ella la verdad sino la sombra: aquellas cosas sombra eran, las actuales son la verdad; aquéllas eran la figura, éstas son los objetos mismos.

8 La lección de la Vulgata no dice que al punto se secara todo.

Pues bien, oh judío: ese Elías a quien tú veneras y esperas que vendrá y de quien tanto hablas y lo llamas profeta, ese digo ¿de qué manera fue alimentado por el cuervo? Porque según la ley el cuervo es animal impuro: la Ley misma lo establece así, que el cuervo sea animal impuro. ¿Cómo, pues, el profeta era sustentado por el cuervo impuro? ¡Porque, si la Ley ordenó que el cuervo fuera impuro, el que fuera sustentado por el

cuervo también quedaba impuro! Pero las cosas no iban por ahí, ¡ni de lejos! El cuervo nutría a Elías, y Elías no juzgaba impuro nada de cuanto ha criado Dios.

Pasado algún tiempo, como también aquel río se secara, Dios excita al profeta a buscar el sustento: ¡Anda, le dice, a Sarepta de Sidón! ¡Yo ordenaré a una viuda que ahí te sustente! 10 Y esto lo hacía Dios con una particular providencia. Puesto que Elías no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo (puesto que estaba solitario en un sitio y no veía aquella desgracia del orbe todo, y cómo se habían secado lagunas, fuentes, ríos, plantas, árboles frutales e infructuosos, los que había cerca de las fuentes y los que estaban cerca de los estanques de agua, y habían muerto los volátiles, las bestias domésticas y los demás animales, y los niños, y cómo lloraban las madres, y en fin toda esa desgracia del orbe entero), Dios lo incita y le ordena recorrer una gran distancia, desde ahí hasta la tierra de Sidón; a fin de que de este modo, viendo personalmente cómo estaban las cosas, rogara con porfía al Señor que concediera la lluvia. Por esto, pues, lo envía a recorrer un tan largo camino. No porque no pudiera Dios alimentarlo ahí, sino porque quería mostrarle toda aquella calamidad, y que así Elías le rogara desatar la lluvia. Dios podía hacerlo sin que Elías le rogara; pero no quiso hacer injuria a su siervo al hacerlo aparecer como causante del mal y a Sí mismo como causante del bien, sino que esperó la oración de su siervo.

8 / Reg. XVII, 3. Los códices ponen Corrat; el hebreo dice Querit. 10 Ibid. XVII, 8.

Pero éste ni aún así quiso doblegarse, sino que seguía su camino, como llevado de cierta arrogancia, y sin moverse ni a un poco de misericordia, y sin cuidarse de nadie; movido, como ya dije, por el celo que lo tenía embargado. ¡Oh Elías! ¿por qué enloqueces? ¿por qué te has revestido de tan grande inhumanidad? ¡Espera un poco, y algo más adelante tú mismo te encontrarás culpable de un pecado! ¡Por los pecados de los habitantes atrajiste la sequía, cerraste los cielos, enfrenaste la tierra, impediste el natural curso de la naturaleza! ¿Y no quieres ahora rogar para que cese todo esto? ¡Dentro de poco tú mismo serás convencido de pecado, y alcanzarás el perdón de tu Señor para que te vuelvas más humano para con tus consiervos !

He emprendido el día de hoy mi discurso acerca de estas cosas, para demostrar que por esto, el sacerdote no es un ángel, sino un hombre nacido de otro hombre; con el objeto de que los pecadores no vayan a ser condenados por quien ignora el pecado. Porque si el sacerdote fuera un ángel exento del pecado, castigaría al punto a los pecadores. Pues por esto es un hombre, a fin de que, consciente de sus propias debilidades, perdone a quienes tienen la misma naturaleza. Enseguida expliqué cómo Dios, aun a los varones excelsos a quienes había de encomendar un gran pueblo, permitió que cayeran en pecado y luego los perdonó; para que después ellos, así enseñados, se hicieran más humanos. Y traje el ejemplo del gran apóstol Pedro. Se permitió que éste cayera en pecado, aunque luego, por la bondad de Dios, labó su pecado con la penitencia. ¡Ea, pues! ¡volvamos a Elías! ¡mostremos el piélago de sus buenas obras! ¡Quería Dios usar de benignidad, pero él no quería! ¡Quería Dios mandar la lluvia, pero requería los ruegos del profeta su siervo! ¿Qué fue pues lo que sucedió?

Terminó Elías su caminata y llegó a Sarepta de Sidón, y vio ahí a una viuda que recogía unos leños. ¡Considera ahora la sabiduría y la fe de Elías! ¡Un nuevo piélago de virtudes encontró allá! No dijo a Dios: ¿A quién me envías? ¿me obligas a pasar tantos peligros y me envías a una viuda cuando ya el hambre ha llegado a su extremo? ¿Acaso no hay

otros varones más ricos que puedan aliviarme el hambre? ¿Tan grande espacio de tierras he de recorrer para venir a encontrarme con esa viuda, como quien dice al conjunto de todas las calamidades, y no solamente viuda sino por añadidura pobre? ¡Considera cómo nada de esto dijo aquel siervo de Dios, porque se fiaba del Señor que hace fáciles las cosas que parecen imposibles.

"¡Anda, le dice, a Sarepta de Sidón y encontrarás una viuda que junta unos leños!" ¿Por qué caminas, oh Elías? ¿Por qué te diriges a una viuda? ¿Tú conoces los vestíbulos de los pobres: no preguntes cuan grande sea su pobreza! ¿Has visto las puertas de los pobres: no preguntes lo que hay allá dentro! ¿A qué casa entras, oh Elías! ¿Has visto a esa mujer recogiendo unos leños y le vas a pedir que te sustente? ¡Pero como llevaba la palabra de Dios en prenda, se dirigió a hablar con la viuda! Y ¿qué le dijo?: "¡Dame un poco de agua para beber!" ¿Adviertes la prudencia de Elías? ¿Ves cómo no pide desde luego lo que era más sino aquello que era de precio menor? ¡No dijo: dame pan, sino dame agua! Primero pide el agua, conjeturando que si la viuda tiene agua también podrá tener pan! "¡Dame, le dice, un poco de agua!" Y la viuda partió y trajo el agua y aquél bebió.<sup>11</sup> Cobrada con esto la confianza, añadió: "¡Tráeme también un bocado de pan para que yo coma!"

Aquella le respondió: "¡Vive el Señor que no tengo pan subcinericio, sino un puñado de harina en la olla y un poco de aceite en el vaso, que voy a preparar, y lo comeremos yo y mi hijo para luego morir!" Y ¿qué hace Elías? "¡Anda, le dice, y prepárame aparte para mí un pan subcinericio y que yo lo coma, y luego prepararás para tus hijos y comerán!" ¿Qué haces, oh Elías? ¡Pase que pidas para ti el pan! Mas, ¿por qué exiges que se te aparte primero a ti? ¿Acaso no deberías dar gracias de que lo comieras juntamente con sus hijos? ¿Quieres comer tú solo y matar de hambre a los hijos? No quiero matarlos, dice, sino aumentar el beneficio; porque yo conozco la liberalidad y abundancia de mi Señor.

11 El hebreo dice que, cuando la mujer volvía las espaldas para ir por el agua, Elías añadió la petición del pan; y no después de beber.

Y la viuda no se turbó ni pensó nada necio, ni dijo: "¿Quien eres tú que produjiste esta hambre, y ahora, en los extremos de ella, vienes a pedirme que te sustente? Ni dijo: ¿para esto recorriste tan grande distancia, para llegarte a mí y matar de hambre a mis hijos? ¿y eso siendo tú mismo el autor y causante de esta hambre? Sino que aquella mujer, digna de la fe de Abra-ham, entró en su casa e hizo lo que el profeta le decía. ¡Y era cosa de ver a aquella viuda más hospitalaria que Abraham! Porque éste, cuando abundaba en riquezas, hospedó a los ángeles; aquella, en cambio, cuando esperaba la muerte por hambre, hospedó al profeta.

Pudo ahí verse despreciada la naturaleza y honrada la hospitalidad y hecho a un lado el afecto maternal y recibido el profeta. Y abrió aquella mujer el sepulcro para toda la turba de sus hijos. Porque, por lo que hace al propósito que aquella mujer tuvo, todos ellos murieron; aunque por la benignidad de Dios sucedió que vivieran y quedaran salvos. ¡No sé con qué alabanzas ensalzar a esta viuda! ¡hizo a un lado a sus hijos y abrazó la hospitalidad! ¿Cómo su naturaleza no se paralizó? ¿cómo su matriz no se inmutó? ¿cómo sus entrañas no se deshicieron al ver que enseguida todos sus hijos perecerían por el hambre, sino que, haciéndose superior a todo, recibió en hospedaje al profeta?

Mas el profeta, una vez que hubo gustado el pan que había recibido, entonces hizo el pago. La viuda sembró la hospitalidad y enseguida cosechó los frutos completos de la hospitalidad. Porque le dijo Elias: ¡Vive el Señor que la olla de harina no quedará exhausta ni el vaso de aceite se disminuirá!<sup>12</sup> Así la mano diestra de la viuda se hizo lagar y la izquierda se hizo era; y produjeron los manojos que trajeron el fruto en el momento de la necesidad, y nutrieron a la viuda, gracias a la palabra del profeta. La casa de la viuda se tornó en lagar y en era. Ni la lluvia, ni la llovizna, ni la primavera, ni el otoño, ni el verano, ni el calor, ni la fuerza de los vientos, ni los cambios de las estaciones, sino una sola palabra proferida por determinación del profeta, suministró a la viuda en abundancia todas las cosas.

12 / Reg. XVIII, 14. También aquí el hebreo pone la promesa del profeta antes de que la viuda vaya a su hogar y no después de la comida.

De ahí luego (¡para terminar brevemente!) se fue al rey Acab. Y ahora explicaré sus hazañas preclaras, para que cuando lo veas pecar, afirmes que la gracia de Dios es benigna para con el hombre. ¿Qué fue lo que le dijo Acab? ¿Tú eres el que perviertes a Israel? Y el profeta le contestó: ¡No soy yo sino tú y la casa de tu padre!<sup>13</sup> ¿Adviertes la libertad de hablar del profeta y cómo confunde al rey? Y luego, como aquél estuviera sentado en un monte, se le acercó un centurión y le dijo: ¡Hombre de Dios! ¡desciende! ¡el rey te llama! " Pero el profeta le dijo: ¡Si soy hombre de Dios, baje juego del cielo y te consuma juntamente con esos cincuenta tuyos! Por segunda vez, otro jefe con cincuenta soldados, le dice: ¡Hombre de Dios! ¡desciende! ¡el rey te necesita! Y ¿qué le contesta Elias?: ¡Si soy hombre de Dios, baje juego del cielo y te consuma y juntamente a los cincuenta tuyos!

Después, cuando se presentó en cierto sitio, para la prueba concertada de la oración, provocó a los sacerdotes del infame ídolo Baal, y les dijo: ¡Construios un altar aparte y elegios dos bueyes y poned uno sobre la leña del sacrificio, pero no le pongáis juego; yo sacrificaré el otro y haré otro tanto. Luego, invocad el nombre de vuestros dioses y yo invocaré el nombre de mi Dios. Y el Dios que oyere y enviare el juego, ese es el verdadero Dios.<sup>15</sup> Entonces aquellos infames sacerdotes construyeron un altar y comenzaron a invocar a Baal: ¡Óyenos, Baal, óyenos! Y como tras de mucho rogar no hubiera quien los escuchara (porque no resonaba ni se oía voz alguna), Elias esperaba con grande paciencia, mientras ellos rogaban. Y como viera el grande empeño que ponían, pero que nadie los oía, se burlaba de ellos con estas palabras: ¡Gritad con fuerza! ¡no sea que vuestro dios esté dormido! <sup>16</sup>

Mas, cuando llegó el mediodía y avanzó el tiempo, les dijo: ¡Apartaos ahora y yo procederé a mi holocausto! E hizo un altar y colocó en él la leña, y dijo: ¡Traed agua y echadla en torno del altar! Y la trajeron. ¡Poned el doble de ella! Y lo pusieron. ¡Poned el triple! ¡y la triplicaron! Pero, notad la razón porque hace esto Elias. Porque es propio del error revestirse de aquello que es característico de la verdad: ¡que es lo que hacen las meretrices, pues cuando se injurian, se adelantan a llamar meretrices a las mujeres honradas, a fin de que éstas no tengan ya injuria que lanzarles!

13 Jbid. XVIII, 17-18.

14 // Reg. I, 9-10.

15 / Reg. XVIII, 23-24.

16 Ibid.

Pero en este caso Elias fue prudente. ¿Por qué? ¡Lo que voy a deciros lo he visto yo, con mis propios ojos! En los altares de los ídolos hay, en la parte inferior del altar, ciertos agujeros, y debajo del altar una cueva oculta. Y los fabricantes de la mentira descienden a la cueva, y así desde debajo, soplan fuego hacia arriba por los agujeros, para que queme el sacrificio, de manera que muchos con eso se engañen y crean que aquel fuego es fuego del cielo. Pues Elias, a fin de que no recayera en él semejante sospecha, de que hubiera maquinado algo parecido, mandó derramar el agua, para que se viera que no había cueva alguna. Porque el agua, si encuentra una cueva, no se detiene, sino que corre hacia abajo.

Llenó, pues, el altar, y suplicó con estas palabras: ¡Óyeme hoy, oh Señor, por medio del fuego! ¡me oíste acerca del agua, óyeme también acerca del fuego! 1T Y he aquí que al punto, cuando él aún invocaba, bajó fuego del cielo y consumió el sacrificio y lamió las piedras del altar y el agua. ¿Qué dijo entonces el profeta al pueblo? ¡Aprehended a los sacerdotes infames!: ¡no quede ninguno de ellos! Y los aprehendieron y mataron a los cuatrocientos y cincuenta sacerdotes de Baal y a los cuatrocientos sacerdotes de los montes. Oyó Jezabel, la mujer de Acab, lo que había sucedido y envió un recado a Elias, y le dijo: ¡Esto me hagan y esto me añadan los dioses, si mañana no hago contigo lo que tú hiciste con ellos! Y Elias, cuando oyó aquellas cosas, huyó.

¿Dónde está aquel Elias tan grande y tan excelente? Porque me propongo demostraros que cometió un pecado. Pecado, digo, no por acusar al justo, sino por procurarte materia de salvación. Para que cuando veas a esos justos pecar, y que con todo no desesperan de su salvación, sino que alcanzan el favor divino, también tú, aunque caigas en pecado, a pesar de todo no desesperes de tu salvación. Cuando dijo Jezabel: "¡Esto me hagan y esto me añadan los dioses, si no hago mañana contigo lo que tú has hecho con ellos!", lo oyó Elias y huyó por espacio de cuarenta días. ¡No uno, ni dos, ni tres! ¡Sino que, en cuanto llegó a sus oídos la voz de la mujer, no sabiendo qué partido tomar a causa del miedo, emprendió aquella grande fuga!

" Ibid. XVIII, 37.

¡Oh Elias! ¿qué es esto? ¿Eres tú aquel que cerró los cielos, enfrenó la lluvia, mandó a los vientos, hizo bajar fuego del cielo, mató a los sacerdotes y dijo a Acab: "¡Tú eres el que destruyes a Israel, y la casa de tu padre!", y eres el que dijo: "¡Vive el Señor que no lloverá sino por mandato de mi boca!" y el que convirtió en lagar y en era y en manojos de grano la casa de la viuda, y el que imperó a los elementos? ¿Tú el que al solo oír la palabra de una meretriz huyó y en cierta forma fue hecho prisionero por una mujer? ¡Las dos fortalezas de la Iglesia temieron: Pedro a una criada, éste a Jezabel! ¡Cayeron ambos en el mismo pecado! 1S

Y huyó Elias durante cuarenta días de camino. ¿Dónde está ahora, oh Elias, aquel tu celo con que clamabas: "¡Vive el Señor que no lloverá sino por mandato de mi boca!", y cuando confundías a Acab, y cuando hacías bajar el fuego del cielo? ¿Tan grandes hazañas hiciste y no soportaste la voz de una mujer? ¿Dónde está aquella tu constancia de cuando te negaste a rogar al Señor que mandara la lluvia sobre la tierra? Porque El claramente te lo daba a entender; como si te dijera: "¡Ruégame por la lluvia! Porque, aunque yo puedo enviarla sin ti, pero no quiero; para que así como fuiste consejero en

los males, así seas la causa y principio de los bienes". ¿Por qué hiciste, oh Elias, una cosa tan llena de inhumanidad? Pero Dios se movió a misericordia al ver la desgracia; porque es El el Creador y el que ha fabricado todas las cosas; y tiene providencia de ellas; y por esto quiso suavizar tu inhumanidad; pero tú perseveraste en ella.

El te decía: "¡Conozco la calamidad que ha sobrevenido! ¡conozco el llanto de las madres! ¡conozco los gemidos de los infantes! ¡veo desolada la tierra que yo crié! Pero quiero tra ls No es exacta la frase: Pedro cayó en el pecado gravísimo de negar al Señor; Elias no parece que haya cometido falta alguna en huir de Jezabel. Más aún: el ángel del Señor lo alimenta para el camino de huida y le señala el sitio a donde ha de ir. Nótese que el número de cuarenta días es un número general para indicar algo indefinido, como ya lo había observado San Agustín. Horeb no dista tanto. Significa pues sólo un largo camino.

tarla con benignidad. Con todo, no quiero hacerte injuria, ni enviar la lluvia sin tu consentimiento, a fin de que no seas tú causa de los males sino de los bienes. ¡Quiero honrarte! ¡Oh humanidad de Dios, superada por la benignidad para con su siervo! Pero ¡Elias era muy arrogante, como si él fuera impecable! En cambio ahora se nos muestra caído en pecado, permitiéndolo así la providencia de Dios con el objeto de que, de aquellas cosas de que él luego logró el perdón, sacara como provecho el no ser inhumano para con los demás.

Y huyó Elias, dice, durante cuarenta días. ¿Dónde están ahora aquellas palabras que dijo a los jefes de cincuenta soldados, y bajó fuego del cielo y los consumió? Pues, como quisiera manifestar Dios que cuando se producían los milagros, no se hacían por virtud de Elias, sino por su poder de El, ve lo que hace. Cuando Dios obraba caían por tierra los reyes, los príncipes y los pueblos; pero se apartó Dios y entonces la débil naturaleza humana fue vencida. Y habiendo huido Elias durante cuarenta días, llegó a un cierto sitio y se durmió. Y entonces vino a él Dios, el Señor al siervo; Aquel, digo, que tiene providencia y amor de todos los hombres.

Y ¿qué hace? Conocedor de la causa porque Elias había llegado a ese sitio, con todo le pregunta: ¿Qué haces aquí tú, oh Elias? ¿Qué haces?<sup>19</sup> Respondió Elias: ¡Señor! ¡han dado muerte a tus profetas y han derribado tus altares! ¡He que dado yo solo y andan asechando contra mi vida para quitármela!

Y ¿qué le contesta Dios? ¡Al punto le arguye en contrario! ¡No, Elias, no has huido por eso! ¡porque no eres tú solo el que no has adorado a Baal! Y confundiéndolo, añade: ¡Me he reservado siete mil hombres que no han doblado su rodilla de lante de Baal.<sup>20</sup> De manera que lo acusa de que no fue la causa de su fuga sino el miedo a una mujer. De esta manera una sola mujer hizo huir a un tan grande y excelente varón a fin de que aprendas, oh Elias, que cuando alguna maravilla llevas a cabo, esa no se ha de atribuir a tu poder, sino al de Dios.

<sup>18</sup> Estas palabras, según el hebreo, se las dijo el Señor a Elias, cuando ya había terminado su viaje y se había refugiado en una cueva del monte Horeb. Ahí le explicó cuál es el Espíritu de Yavé, y lo devolvió a Israel a que ungiera rey a Jehú.

¿Habéis visto cómo, en separándose la gracia, fue vencida la naturaleza? "¡Huyó Elias durante cuarenta días!" ¡Oh temor excesivo! ¡oh fuerza del terror! ¡No huyó durante un día, ni durante dos o tres, sino durante cuarenta; y se marchó a una región completamente distante y desierta, sin llevar consigo ningún alimento ni manjar! ¡Como ebrio por el temor, ni siquiera se cuidó de eso; sino que buscó el desierto! ¡Entró en el profeta la palabra de una mujer; y a la manera que un viento huracanado soplando sobre el velamen de un navio lo empuja con ímpetu, así la palabra de una mujer, habiendo entrado en el profeta, lo arrojó violentamente al desierto.

¿Dónde está, oh Elias, aquella tu libertad de hablar? ¿dónde aquella tu boca terrible? ¿dónde aquella lengua que administraba las lluvias? ¿dónde está el que mandaba a ambos elementos, y unas veces cerraba los cielos y otras hacía descender fuego para el sacrificio? ¡Pero, como dije, todos esos prodigios los hacía obrándolos la gracia; y por esto el mismo Dios lo convence de ello. ¿Ves cómo permitió Dios que cayera en aquel pecado pequeño 21 a fin de que se revistiera del vestido completo de la benignidad? ¡Finalmente, oh Elias, Dios te ha enseñado! ¡Sé tú benigno como lo es Dios, como has sido enseñado por El, como de tu Señor lo has aprendido!

¿Has visto cómo permitió Dios que cayeran en un pequeño pecado aquellas fortalezas, columnas y torres, a fin de que no sucediera que si estaban del todo exentos de pecado a todos los arrojaran de la Iglesia? Y para que cuando vieran a alguno caer en pecado y se sintieran movidos a no mostrarle misericordia al recibirlo, se acordaran de sus pecados y ejercitaran con él la benignidad que habían alcanzado del Señor.

Todo esto lo hemos dicho, no para acusar a aquellos justos, sino para abrirlos a vosotros el camino de la salud. Para que si caéis en pecado no desesperéis de vuestra salvación, acordándoos de aquellos varones que cayeron; pero mediante la penitencia, permanecieron, sin menoscabo alguno, en el mismo grado y honor. En primer lugar os declaramos sus virtudes y luego

21 Es notable la inconsistencia que el predicador muestra en sus afirmaciones. Ahora para él son pequeños los pecados de Pedro y de Elias; y a ambos aplica la misma expresión *fiixgco á/zagr^ftazi*. Por otra parte, toda la Homilía está llena de amplificaciones que tienen, según creemos, un sabor marcado de infantilismo. Con todo, en el giro material de la frase sí parece tener empeño en seguir las formas del Crisóstomo.

sus pecados. Tú, pues, si eres pecador, no faltes de la Iglesia; y si eres justo, tampoco te apartes. Todo con el objeto de que, teniendo delante la narración de las Escrituras, sigas siendo justo, y recuerdes el reino de los cielos, y los bienes que Dios ha preparado para los que le aman. Porque a El pertenece la gloria, con el Hijo y con el divino Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

antioquena. Dos son las Homilías que se conservan acerca de esta santa mártir. Cuanto a la fecha en que fue predicada, no hay certeza. También hay muchas discusiones sobre los pormenores del martirio y si fue en tiempo de Diocleciano o de Maximino.

¡BENDITO SEA DIOS ! ¡También las mujeres juegan con la muerte y las jóvenes hacen burla de ella y las doncellitas tiernas e inexpertas saltan del matrimonio hacia los peligros mismos del infierno y no sufren detrimento alguno! ¡Todos estos bienes se nos han derivado de Cristo, el Hijo de la Virgen! Porque, tras de aquel bienaventurado parto y de aquel admirabilísimo nacimiento, se quebrantaron los nervios de la muerte y la fuerza del demonio quedó destrozada, y finalmente se quedó hecho la burla no solamente de los varones sino también de las mujeres; ni solamente de las mujeres sino además de las doncellitas. Porque, a la manera de un excelente pastor, que habiendo atrapado a un león que aterrorizaba los rebaños y devastaba todo el redil y habiéndole cortado los dientes y habiéndole hecho pedazos las uñas y habiéndole trasquilado la melena, lo vuelve despreciable y risible, y finalmente lo entrega a los niños de los pastores para que lo burlen, y más aún a las niñas para que jueguen con él, así Cristo, a la muerte, que era terrible para nuestra naturaleza, y aterrorizaba a todo nuestro linaje, habiéndola atrapado, acabó con su terror todo, hasta el punto de que juegan con ella las mismas vírgenes jovencitas.

Por eso la bienaventurada Pelagia corrió hacia la muerte con tanto placer que ni siquiera esperó las manos de los verdugos, ni a entrar en los tribunales; sino que movida de su propio excesivo fervor, se adelantó a su crueldad. Se encontraba preparada para los tormentos y las pruebas y toda clase de castigos, pero temía no fuera a perder la corona de su virginidad. Y para que comprendas que lo que temía era la impureza de los verdugos impíos, se adelanta y se sustrae a cualquier vergonzoso insulto, cosa que ningún varón ni siquiera intentó, puesto que todos ellos habían seguido a los verdugos hasta el tribunal, y ahí habían mostrado su firmeza. Las mujeres en cambio, como por su misma naturaleza se encontraban expuestas a semejante oprobio, inventaron para sí este otro género de muerte.

Porque esta santa, si hubiera podido al mismo tiempo conservar su virginidad y obtener la palma del martirio, no habría recusado el presentarse a los tribunales. Pero, puesto que se veía en la necesidad de perder una cosa u otra, pensó que sería el colmo de la locura el que estando en su mano alcanzar ambas victorias, saliera solamente con una corona. Por esto no quiso entrar al tribunal ni ser espectáculo de ojos lascivos ni dar a las miradas incontinentes el placer de la contemplación y que se deleitaran con su vista y que insultaran su santo cuerpo, sino que desde su tálamo y recámara se encaminó hacia otro tálamo, el del cielo.

¡Espectáculo maravilloso es ver a los verdugos rodear el cuerpo de un mártir y destrozarle los costados; pero en nada es menor este otro! Porque los mártires, una vez que por la diversidad de los tormentos han perdido el sentido de ellos, ya no les parece temible la muerte, sino más bien un cambio y partida de los presentes dolores. Pero esta jovencita, no habiendo padecido nunca nada semejante, y teniendo aún puro su cuerpo y no habiendo experimentado nunca dolor alguno, necesitó de un ánimo más levantado y generoso para sustraerse de la presente vida, mediante una muerte violenta. De manera que cuando admires la firmeza de aquéllos, admira también la fortaleza de ésta. Cuando quedes suspenso por la resistencia de aquéllos, que también te suspenda ésta por su generosa determinación, puesto que se atrevió a semejante género de muerte.



Y no pases de largo lo sucedido, sino medita en qué disposición era obvio que se encontrara aquella tierna virgen que no conocía sino su recámara, cuando se presentaron delante en bloque todos los soldados, y guardaron todas las puertas y la instaban a presentarse ante los tribunales, y la arrastraban hacia la plaza para tan terribles asuntos. ¡No estaba dentro de la casa su padre; no estaba presente su madre; no estaban ni la nodriza, ni la esclava, ni vecina alguna, ni alguna amiga, porque fue aprehendida por aquellos verdugos cuando se encontraba sola! ¿Cómo no ha de ser cosa de estupor el que ella pudiera salirles al encuentro, y responder a las preguntas de aquellos soldados convertidos en verdugos, abrir su boca y lanzar voces y verlos de frente y tenerse en pie y aun sólo respirar? ¡No era eso propio de la humana naturaleza! ¡la parte principal la puso ahí el peso de la gracia de Dios! ¡Y esto no sucedió permaneciendo ella en aquellos momentos inactiva, sino que puso de su parte todo lo que podía: el fervor, la generosa determinación, la nobleza, la presteza, el propósito, la presura, el anhelo! Pero estas cosas obtuvieron su resultado gracias a la benevolencia y al auxilio divinos. Dignamente, pues, la admiramos y la llamamos bienaventurada: bienaventurada a causa del concurso divino; admirable por su propio fervor y prontitud.

Porque ¿quién no quedará suspenso de estupor justamente al oír que en un instante tomó tan grave resolución, se confirmó en ella y la llevó a cabo? Sin duda que vosotros habéis caído en la cuenta de que cuando llega la ocasión de la prueba experimental, aun en las cosas que tenemos durante largo tiempo pensadas, se apodera de nosotros y llena nuestra mente aunque no sea sino un pequeño terror, con lo que echamos a rodar todo lo que habíamos pensado, grandemente acobardados por el combate. Esta doncella en cambio, en un momento pudo concebir, determinar y poner por obra un tan temible y escalofriante propósito. Y ni el terror por los que estaban presentes, ni lo rápido de la oportunidad, ni la soledad mientras la rodeaban las asechanzas, ni el haber sido aprehendida cuando se encontraba enteramente sola, ni otra alguna de esas circunstancias, perturbó a esta bienaventurada virgen, sino que procedió en todo sin el menor miedo, como si estuvieran presentes todos los amigos y conocidos.

Y ¡con razón! ¡porque no se encontraba sola en el interior de su casa, sino que ahí tenía como consejero a Jesús! ¡El estaba presente delante de ella! ¡El tocaba su corazón! ¡El fortalecía su espíritu! ¡El solo echaba fuera todo temor! ¡Aunque esto no lo hacía El sin más ni más, sino una vez que de antemano la mártir se había preparado para ser digna de semejante auxilio!

En consecuencia, salió de su recámara y pidió a los soldados la gracia de volver a entrar para cambiar su vestidos; y una vez de nuevo en su aposento, en vez de la corrupción se vistió de la incorrupción, y en vez de la mortalidad, de la inmortalidad, y echó sobre esta vida transitoria aquella otra vida sin término. ¡Por mi parte, además de las cosas que ya dije, me admiro de que los soldados le concedieran aquel favor! ¿Cómo una mujer engañó a aquellos hombres? ¿Cómo aquellos soldados nada sospecharon de las cosas que iban a suceder? ¿Cómo no cayeron en la cuenta del dolo? ¡Porque no puede afirmarse que nadie nunca haya hecho una cosa semejante! ¡Muchas sin duda se lanzaron a los precipicios o se arrojaron al mar o llevaron la espada a través de sus pechos o se suspendieron de un lazo! ¡Porque el tiempo aquél lleno estuvo de dramas semejantes!

¡Sin duda que Dios cegó los corazones de los esbirros a fin de que no presintieran el

engaño! Por esto ella se escapó de enmedio de las redes. Y a la manera de una cervatilla que ha caído en las manos mismas de los cazadores, escapa de entre ellos enseguida y se acoge a la cumbre de una inaccesible montaña a donde no llegan ni los pies de los cazadores ni el lanzamiento de sus dardos, y ahí finalmente se detienen en su carrera y contempla sin temor a quienes le ponían asechanzas, así esta doncella, habiendo caído entre las manos mismas de los cazadores, y encerrada dentro de aquellas paredes como en una red, huyó, no precisamente a la cumbre de una montaña, sino hasta la cumbre de los cielos, a donde ciertamente ellos en manera alguna podían acercarse. Y luego, contemplándolos desde ahí y viendo cómo regresaban con las manos vacías, se alegraba intensamente pues aquellos infieles iban cubiertos de vergüenza.

¡Deseo yo que ponderéis cuan dura cosa fue aquélla! ¡Sentado el juez al tribunal, presentes ya los atormentadores, preparados los suplicios, reunida la multitud toda en espera de los soldados y embriagados todos con la esperanza del placer de aquel espectáculo, cuando esperaban ya tener en las manos la presa, en ese momento, hubieron de volver y presentarse los comisionados para traerla, con las miradas clavadas en el suelo, sólo para narrar cómo se había desarrollado el drama! ¡Y cómo fue natural y razonable que volvieran con los ojos en el suelo y envueltos en suma vergüenza aquellos que por las obras habían aprendido que la guerra no era entre ellos y los hombres, sino contra Dios!

José, cuando su ama le ponía asechanzas, habiendo abandonado el manto en las malvadas manos de aquella bárbara mujer, porque ella lo retenía, salió huyendo ligeramente vestido. Esta, en cambio, ni siquiera permitió que las manos lascivas tocaran su cuerpo; sino que, habiendo subido al cielo con el alma desnuda del cuerpo, a este cuerpo sagrado lo abandonó entre los enemigos, y a ellos los puso en la mayor incertidumbre. Porque ni siquiera sabían qué hacer de aquellas reliquias.

¡Estas son divinas hazañas! ¡sacar a sus siervos de enmedio de las angustias y conducirlos a la suma tranquilidad! Porque ¿cuál angustia mayor que aquella en que la joven había caído? ¿Qué facilidad podía haber mayor que aquella que los soldados tenían? Presa y sola tenían a la mártir en el interior de la casa, que hacía de cárcel; y con todo hubieron de regresarse tras de perder la presa hecha. Por otra parte, la virgen, cuando estaba privada de aliados y auxiliares y no veía salida por parte alguna de aquellas calamidades; cuando estaba ya próxima a las fauces de aquellas bestias, escapó, arrebatada de la garganta misma de ellas, como podría justamente decir alguno; y huyó de sus asechanzas, y superó a los soldados, a los jueces, a los magistrados. ¡Mientras vivió, esperaban poder vencerla; pero, una vez que murió, entonces quedaron en la mayor indecisión, para que aprendieran así que la muerte de los mártires es la victoria de los mártires!

Aconteció como si una nave cargada de preciosas mercancías y piedras valiosísimas, estando ya en la entrada misma del puerto, y escapando de una ola impetuosa que había de hundirla y echarla a pique, por el empuje mismo de la ola más velozmente se entrara en el puerto. Tal fue el suceso de la bienaventurada Pelagia. Porque el asalto de los soldados, el miedo de los futuros tormentos y las amenazas del juez, cayendo sobre ella con mayor empuje que el de una oleada, la condujeron con mayor velocidad a volar a los cielos, y la oleada que había de echar a pique la nave, esa misma la condujo con mayor prisa a la tranquilidad del puerto. Y aquel cuerpo, más resplandeciente que el rayo, era llevado deslumbrando los ojos del demonio.<sup>1</sup> Porque no nos es tan temible a

nosotros un rayo que se descarga desde el cielo, como lo es el de un mártir a la falange de los demonios, a los cuales aterroriza más reciamente que cualquier rayo.

Y para que aprendas que esto no sucedió sin una inspiración divina, lo verás con especial claridad si atiendes a la presteza y fervor de la mártir, y también porque no cayeron en la cuenta los soldados de aquel dolo, y por haberle ellos concedido el favor que pedía, y por haber podido ella llevar su obra hasta el fin. Aunque, no menos que por todas esas cosas ya dichas, puede verse por el género mismo de muerte. Porque ha habido muchos que, habiéndose caído de un techo, no han sufrido mal alguno; otros aunque se rompieron algún miembro de su cuerpo, con todo vivieron largo tiempo después de su desgracia. En cambio a esta virgen no permitió Dios que le sucediera nada de eso. Sino que ordenó que al instante el alma abandonara al cuerpo, como quien había mostrado ya haber combatido suficientemente y haber cumplido con todo. Puesto que no por la naturaleza de la caída se siguió la muerte, sino por una determinación divina.

Así quedó aquel cuerpo tendido, no en su lecho sino en la tierra. Pero no por estar tendido en la tierra era eso una deshonra, sino que la tierra misma se volvió venerable por haber recibido semejante cuerpo. Y el cuerpo, por el hecho de estar tendido en el suelo, era más venerando; porque las injurias por Cristo nos proporcionan un aumento de gloria. ¡Yacía, pues, en el suelo, en un sitio estrecho, aquel cuerpo virginal y más puro que el oro todo; y los ángeles lo rodeaban, y los arcángeles todos lo honraban y el mismo Cristo estaba presente! Porque si los dueños a sus criados más honorables cuando éstos mueren los acompañan en sus funerales, y no se avergüenzan, mucho mejor Cristo, a la que por El había exhalado el ánima y tan grande peligro había corrido, no se avergonzaba de honrarla con su presencia.

1 He aquí uno de los infinitos casos en que aparece claramente que el Crisóstomo improvisaba y que no corregía después sus discursos. Tiene el santo delante en su imaginación el modo del martirio de la santa; y del arrojarle ésta del techo abajo saca inmediatamente la imagen del rayo que se desprende de las nubes brillantísimo para comparar en un rasgo solo la caída de la mártir del techo abajo con la del rayo. Pero, como a los oyentes nada les ha dicho aún del modo del martirio, la imagen podía quedar para ellos un tanto oscura y como sin sentido, a no ser que les fuera ya muy conocida la historia de la santa.

Yacía, pues, así; y tenía solemnísimos funerales en su martirio, embellecida con el adorno de su confesión de fe, revestida de una vestidura mucho más preciosa que toda la púrpura real y que cualquier rico vestido. Y esa vestidura era doble: la de la virginidad y la del martirio. ¡Y con estos funerales se presentará al tribunal de Cristo! Cuidemos nosotros de estar vestidos en la vida y en la muerte con una vestidura semejante, sabedores de que quien adorne su cuerpo con áureos arreos ninguna utilidad reportará de eso, sino que más bien incurrirá en muchas acusaciones, como quien ni aun en la muerte se aparta de los vanos honores. Pero, si va revestido de virtudes, encontrará muchos que lo alaben aun después de su muerte.

El sepulcro en donde yazga el cuerpo de quien haya vivido con virtud y piedad, será brillante más que las aulas reales. Y de esto sois vosotros testigos, puesto que pasáis de largo ante los sepulcros de los ricos, como quien pasa delante de unas cavernas, aunque estén adornados con velos de oro; y en cambio, corréis llenos de fervor a la presencia de

esta bienaventurada mártir; porque, tras de revestirse, en vez de ricas vestiduras, con el martirio, la confesión de la fe y la virginidad, abandonó la vida presente. ¡Imitémosla, pues, según nuestras fuerzas! ¡Despreció ella la vida, despreciemos nosotros los placeres, despreciemos con burla las suntuosas magnificencias, huyamos del vino, apartémonos de los excesos de la comida!

Y no hablo así sin motivo. Sino porque veo a muchos que una vez disuelta la reunión espiritual, irán corriendo a la bebida y a las tabernas y las mesas de las hostelerías y a cualquiera otra inconveniencia. Por esto, os ruego y os suplico encarecidamente que tengáis presente todo el tiempo en vuestro pensamiento y en vuestra mente a esta virgen; y no deis un mentís a esta reunión, ni nos privéis de la franqueza en el hablar que la festividad presente nos ha concedido. Porque no al acaso nos gloriamos cuando hablamos con los infieles de lo concurrido de esta solemnidad, y los avergonzamos alegándoles cómo una jovencita muerta ya, cada año atrae a la ciudad toda y a un tan grande concurso de pueblo, que a través de tantos años en ningún tiempo ha olvidado esta costumbre. Pero, si llegan a darse cuenta de las cosas que suceden en este concurso, habremos perdido uno de nuestros más grandes encomios. Mientras que si la multitud que ahora está aquí presente se porta con el orden debido, será para nosotros un bello decoro. En cambio, si se conduce con pereza y notable descuido, será para nosotros vergüenza y desdoro.

Con el objeto, pues, de que nos gloriemos a causa de vuestra abundante caridad, regresemos a nuestros hogares con el mismo buen orden con que es conveniente que regresen quienes han estado en compañía de esta mártir bienaventurada. Si alguno no regresara con esa modestia, no sólo no sacaría provecho alguno, sino que se acarrearía un grave peligro. Sé bien que vosotros no padecéis de semejante defecto; pero no basta para vuestra defensa, sino que es necesario que a los hermanos que no proceden con buen orden los atraigamos a una vida del todo arreglada y a un modo honorable de proceder.

¿Honraste a la mártir con tu presencia? ¡Hónrala también con poner en recto orden todos tus miembros! Si acaso observas alguna risa descompuesta, un modo de andar inconveniente, una marcha no propia de un hombre noble, una presentación indigna, acércate y mira a los que tales cosas practican con ojos torvos y terribles. Dirás que más bien se burlarán y reirán. Pues toma contigo a dos o tres o más hermanos, a fin de que por su número sean más dignos de respeto. Y si ni de este modo logras reprimir la locura de esos tales, avísalo a los sacerdotes. Aunque no es posible que esas gentes lleguen a un tal grado de intratable desvergüenza, que no cedan ante los reproches y las exhortaciones, y que no retrocedan y se aparten de las danzas desordenadas y ligeras.

Aunque solamente ganaras a diez, o a tres, o a uno solo, regresarías a tu hogar tras de haber conseguido una grande merced. ¡Largo es el camino! ¡aprovechemos pues el largo camino para ir recapitulando lo que hemos dicho! ¡Llenemos la senda de suaves aromas! Porque no parecerá el camino tan adornado y agradable si alguno llena el ambiente de suaves olores, y esparce a lo largo de él infinita clase de aromas, como aparecerá ahora, si es que todos, el día de hoy, al recorrerlo, nos vamos recordando mutuamente los combates de la bienaventurada mártir, y de este modo regresamos a nuestros hogares, haciendo cada uno de su lengua un incensario.

¿No habéis visto cómo, cuando el rey entra en la ciudad, los soldados formados con

toda corrección a los lados y con sus armas van avanzando y se animan unos a otros a caminar suavemente y con toda reverencia, con el objeto de hacerse dignos de ser contemplados por los espectadores? ¡Pues imitémoslos! ¡Porque también nosotros conducimos a un Emperador! ¡a un Emperador no sensible ni terreno, sino al Señor de los ángeles! ¡Marchemos, pues, también nosotros del mismo modo en buen orden y exhortándonos unos a otros a caminar acompasada y ordenadamente; con el objeto de que no sólo por el número, sino además por el buen orden, admiremos a los que nos contemplan !

Más aún: aunque nadie esté presente y nosotros recorramos solos el camino, ni aun así conviene ir en forma menos decente, a causa del Ojo aquel insomne que está presente en todas partes y todo lo mira. Recordad también que muchos herejes irán ahora mezclados con nosotros; y si acaso nos vieran ir caminando así, riendo y gritando, como ebrios, echándonos en cara las cosas peores se apartarían de nosotros. Y si a quien escandaliza a uno solo le está reservado un juicio terrible, quienes a tantos escandalizan ¿qué castigo recibirán? ¡Ojalá que después de esta exhortación y discurso no se encuentre alguno culpable de los crímenes que hemos enumerado. ¡Porque, si anteriormente semejantes atrevimientos no eran dignos de perdón, después de esta reunión y de esta exhortación increpatoria, será mucho más inevitable la pena, tanto para quienes tales cosas hagan, como para quienes las tengan en poco.

Así pues: para que a aquéllos los apartéis del castigo y hagáis mayor vuestro premio, tomad el cuidado de vuestros hermanos y empujadlos a formar grupos y a referir de nuevo las cosas que hemos dicho, con el objeto de que, meditando en ellas durante todo el camino y llevando a los que en los hogares se han quedado los relieves de esta mesa, tengáis también allá un magnífico banquete.

Penetraremos así mejor el profundo sentido de la presente festividad, y nos atraeremos una mayor benevolencia de parte de esta mártir bienaventurada, honrándola con la honra verdadera. Porque mayor gozo será para ella que salgamos de aquí habiendo sacado algún fruto espiritual y alguna utilidad, que el presentarnos tumultuosamente. ¡Sucedá, por las oraciones de esta santa y de los que padecieron parecidos certámenes, que retengáis cuidadosamente en la memoria estas y las demás cosas que os hemos dicho; y que, llevándolas todas a la práctica, agradéis en todo a Dios, a quien sea la gloria y poder por los siglos de los siglos! Amén.<sup>2</sup>

44

## **XLIV HOMILÍA segunda encomiástica en honor de la santa mártir PELAGIA,**

antioquena. Esta segunda Homilía está tomada de Metafraste y pasada al latín tal como la trae Surio. No se ha encontrado el texto en griego, pero lleva el nombre del Crisóstomo como autor. Y al parecer no sin justicia, porque tiene todo el modo característico de la predicación del santo. Algunos han alegado su brevedad como signo de no auténtica, pero no es argumento.

DIGNA SERÍA LA BIENAVENTURADA PELAGIA de un concurso mayor, puesto que los combates de esta doncella fueron grandes, y por esto piden un mayor concurso

de fieles. Pero a ella le basta con Cristo, el único que por todo ornamento engalana aquí la presente festividad y panegírico de esta virgen: ¡porque en donde está Cristo ahí está también todo el coro de los ángeles!

2 Conviene hacer notar en esta brillante joya literaria, del tipo del panegírico, que luego los tratadistas llamarían panegírico francés, por oposición al italiano (que se detiene todo en las alabanzas del héroe sin aplicaciones morales sino de paso), el arte tan bello y acabado con que el orador mantiene al auditorio en esa tensión psicológica que en los tratados denominan suspensión. Por medio de imágenes, comparaciones y ejemplos y diversas amplificaciones, va llevando adelante el discurso en forma de entrecortada narración, cuyo desenlace aparece hasta el fin con el género de martirio. Si desde el comienzo lo hubiera declarado habría perdido mucho la Homilía en novedad e interés.

Todos los mártires han demostrado tener un cuerpo que es superior a los tormentos, y por este hecho se han preparado un gran espectáculo delante del demonio, pues han superado con su cuerpo a los mismos espíritus incorpóreos, y han presentado su carne peleando fuertemente contra el hierro. Pero cuando contemplo a las doncellas que procuran morir por Cristo crucificado, entonces es cuando más aún me burlo de las audacias del demonio. Este, tras de escogerse muchos sitios para proferir sus vaticinios, como si en ellos hubiera de declarar las cosas futuras, con todo no previo ni vaticinó cuánta ignominia y cuánta burla había de sufrir aquí el día de hoy.

Porque ¿qué cosa más digna de burla podría alguno encontrar que lo que hoy el demonio ha sufrido en este lugar? ¡Tenía ya a esta virgen entre sus redes, y perdió la presa, y no pudo retener en ellas a la doncella que había aprehendido, como si hubiera aprehendido no a una doncella sino a una sombra! Unió ella en sí la sencillez de la paloma con la prudencia de la serpiente; por esto fue aprehendida como una paloma sencilla, pero escapó por la prudencia de la serpiente. Aun ya aprehendida no desesperó de la victoria; y aunque fue corporalmente aprehendida, pero nunca en su mente y en su determinación fue detenida. Sino que ideó una cierta arte y un consejo mediante el cual burlara la audacia de los que la habían aprehendido y los dejara estupefactos.

Pero ¿cuál fue ese artificio? ¿Fingió la doncella haber cambiado de determinación? Y para hacer esto creíble, aunque se encontraba puesta en tan grave peligro de oleadas y naufragios, con todo se presentó con un rostro lleno de alegría. Engañados con esto los milites, comenzaron a tratarla con más humanidad. Y ella, habiéndoles rogado que le permitieran ausentarse para revestirse de las galas convenientes a una esposa, logró que se lo concedieran. Pensaban ellos que con aquello únicamente daban un gusto a la doncella y que por ello serían más alabados del juez, puesto que le conducían una doncella ataviada como esposa.

Pero la virgen, en cuanto obtuvo el permiso, se revistió de una vestidura que verdaderamente era preciosa. Se revistió de una grande firmeza de ánimo y de una segurísima esperanza de la resurrección, y corrió luego hacia el techo de su morada y de ahí se precipitó hacia abajo. Escogió para sí un tal género de palestra como aquel que el demonio, como una gran cosa, se atrevió a proponer al mismo Señor cuando le dijo: ¡Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo!1 ¡Verdaderamente me sobrecogen de estupefacción en absoluto la fe y la magnanimidad de esta doncella. Porque, en semejantes circunstancias, otra virgen ¿qué otra cosa habría pensado? ¡Se habría dicho a sí misma: "me arrojaré de este precipicio, ya que me veo obligada a hacerlo, porque

temo que me hagan violencia!"

"Cosa laudable será esto, con tal de que se siga en realidad la muerte, porque aun en el caso de que luego los enemigos se ensañen con mi cuerpo yo no tendré ya sentido ninguno y lo harán sin yo saberlo. Y si acaso los miembros se destrozan al caer en tierra, pero el alma permanece entera en el cuerpo, llevaré con pena el dolor, llevaré con pena y dolor el entorpecimiento del cuerpo; pero luego seré llevada ante el juez y ahí padeceré lo que siempre he temido: saciarán en mi cuerpo, destrozado en sus miembros, sus pasiones; y una vez violada, me abandonarán. Sufriré entonces una doble miseria: destrozada en mis miembros y despojada de mi virginidad".

Todas estas consideraciones hubieran sido suficientes para conturbar el ánimo de otra doncella. Pero ésta de tal manera confió, como si tuviera alguno que saliera fiador del éxito; y por esto, con toda prontitud se arrojó a ponerlo por obra. Así que, oh demonio, fuiste vencido por la fortaleza de una doncella y por la audacia de una virgen.

De este modo, con lo que tú en otro tiempo propusiste al Señor, con eso te provocó una doncella, sierva de aquel mismo Señor. Habiendo, pues, corrido al alero del techo, desde ahí se precipitó ella misma. Y como hubiera sido llamada por el juez a quien tú sugeriste que la llamara, ella no te obedeció, sino que acometió una lucha engañosa. Porque ella conoció tus pensamientos dolosos. ¡Tú tienes costumbre de citar a las vírgenes para delante de los jueces, como para ser azotadas; pero luego, sin batalla, las arrojas a los que llegaron para luchar con ellas deteniéndolas entre tus garras con mayor acerbidad.

1 Mat. IV, 6. 640

Si es que con sinceridad provocas al certamen y a entrar al estadio a esta virgen, lucha con ella ahora que se arroja desde el techo: ¡detenía mientras va cayendo! ¡atrévete a enfrentarte y a experimentar el combate! Pon en juego la astucia que quieras : ¡tienes la tierra toda como campo de batalla! ¡mueve las espadas y dale muerte! ¡pon debajo de su cuerpo los instrumentos terribles que hacen pedazos a los hombres! ¡prepara el destrozo del cuerpo a la doncella que cae! Porque ella ha vencido, como cosas levísimas, todas tus artes, aun las más intrincadas y ocultas. Y lo que es aún más: ni siquiera pidió a Dios aquello que está escrito: ¡Ordena, Señor, a tus ángeles a fin de que no reciba daño mi cuerpo al chocar contra la piedra! 2 ¡Más bien, suplicó al Señor que con aquella caída el alma se apartara del cuerpo!

¡Oh doncella, por tu nacimiento y sexo mujer, pero por tu fortaleza verdadero varón!  
¡oh virgen que has de ser ensalzada por un doble título! ¡serás contada en el escuadrón de las vírgenes y en el coro de los mártires! ¡Oh doncella, de tal manera continente que no diste al juez intemperante ni siquiera la oportunidad de gozarse con tu aspecto!  
¡Imitemos nosotros la continencia de esta joven y levantemos un trofeo de victoria contra los malos placeres! ¡quebrantemos el ímpetu de la incontinencia y de la intemperancia, y fortalezcamos nuestro ánimo para conservar la piedad! ¡Apartemos a los jueces mismos de las tentaciones, y cuando acaso llegue la ocasión no nos presentemos decaídos de ánimo sino audaces! ¡Mortifiquemos, en fin, nuestros miembros que viven acá en la tierra, para que el Señor en persona a este cuerpo nuestro, ahora abatido, lo vuelva tal y lo transforme en tal condición que le comunique la forma de su cuerpo! A Dios sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

## **XLV HOMILÍA primera encomiástica en honor del santo mártir ROMANO.**

Esta Homilía, en la que dice el santo que el concurso fue mayor, mayores los aplausos y mayor el clamoreo de los que lo aclamaban que en la de San Eustacio, se tuvo pocos días después de la que predicó en honor de este santo. Se ignora el año y el día. Se discutió largamente si este santo era el diácono de Cesárea que padeció el martirio en Antioquía, u otro distinto. Pero parece que los Romanos de Eusebio de Cesárea, Prudencio y el Crisóstomo son un solo y único Romano.

NUEVAMENTE RECURRE LA MEMORIA DE LOS MÁRTIRES. Nuevamente recurre una festividad y una reunión espiritual. ¡Aquéllos trabajaron y nosotros nos alegramos! ¡aquéllos lucharon y nosotros exultamos de gozo! ¡la corona y la gloria de aquéllos es común con nosotros, o mejor dicho es común de toda la Iglesia! Preguntará alguno: ¿cómo puede ser eso? Pues porque los mártires son parte nuestra y miembros nuestros. Y si padece un miembro todos padecen con él; y si uno es glorificado, los demás miembros se alegran.<sup>1</sup> ¡Es coronada la cabeza y todo el cuerpo se regocija! ¡triumfa uno en los juegos olímpicos y todo el pueblo se goza y lo recibe con grandes elogios! Pues si en los juegos olímpicos tanto gozo experimentaban aquellos que en nada habían ayudado a los que en el certamen sudaban, mucho mejor ha de suceder esto con los atletas de la piedad.

¡Pies somos nosotros! ¡cabeza son los mártires! Pero la cabeza no puede decir a los pies: ¡no tengo necesidad de vosotros! Gloriosos son los miembros, pero la alteza de su gloria no los hace ajenos a la unión que existe entre ellos y las otras partes del cuerpo. Precisamente por aquí se hacen gloriosos, porque no rompen la unión que tienen con nosotros. Así el ojo, aunque sea más brillante que el resto del cuerpo, sólo entonces conserva su esplendor cuando no está separado del resto del cuerpo. Pero ¿qué digo los mártires? Pues si el Señor no se avergonzó de hacerse nuestra cabeza, mucho más ellos no se avergüenzan de ser miembros nuestros. Porque tienen arraigada la caridad, y la caridad acostumbra unir y juntar las cosas dispersas y no rebusca cuidadosamente lo que se refiere a la dignidad.

1 / Cor. XII, 26.

Así pues, del mismo modo que ellos se conmueven de nuestros pecados, del mismo modo nosotros nos alegramos juntamente con ellos por sus hazañas. Pablo ordenó que así se hiciera: Alegrarse con quien se alegra, llorar con los que lloran.<sup>11</sup> Sólo que llorar con los que lloran es cosa fácil, mientras que gozar con los que gozan no es tan excesivamente fácil: porque es un hecho que más fácilmente nos dolemos con quienes andan entre dolores que nos alegramos con quienes están en buena fortuna. En el primer caso, la naturaleza misma de la desgracia es capaz de llevar a la simpatía aun a una piedra; mientras que en el segundo, de la buena fortuna, la envidia y la mala voluntad impiden, a quien no profundiza, unirse al gozo del que se alegra. Pues así como la



caridad une y junta todas las cosas separadas, así, al revés, la envidia a las que ya estaban unidas las separa.

Por esto, os exhorto a que procuremos unirnos a los que gozan para purificar nuestra alma de la envidia y de la mala voluntad. Nada echa fuera esta enfermedad pesada y difícil en su curación como el alegrarse con aquellos que viven conforme a la virtud. Escucha cuan extremado es Pablo en una y otra cosa: ¿Quién, dice, se enferma y yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me inflamo? 3 No dice: yo no me entristezco, sino "y yo no me inflamo", queriendo con la palabra "inflamo" ponernos delante lo sumo del dolor. Luego, escribiendo a otros, les dice: ¡Sin nosotros reináis! ¡y ojalá hubierais reinado, a fin de que también nosotros reináramos con vosotros!4 ¡Advierte cuánto procuraba el bienestar de los hermanos quien ni siquiera pensaba que vivía si ellos no estaban salvos!

2 Rom. XII, 15.

3 2Cor. XI, 29.

4 1Cor. IV, 8.

El hombre arrebatado hasta el tercer cielo y llevado al paraíso de misterios inenarrables, y que gozó ante Dios de tan grande confianza, no tenía grande sentimiento de esos bienes si no veía juntamente con él a salvo a sus hermanos. Porque sabe él, sabe muy bien, que nada hay ni mayor ni igual a la caridad, ni siquiera el martirio mismo, que es ciertamente el mayor de los bienes. Y cómo sea esto, escúchalo: porque la caridad sin el martirio hace discípulos de Cristo, mientras que el martirio sin la caridad no los podría hacer. ¿Por dónde queda esto claro? Por las palabras de Cristo. Porque El a sus discípulos decía: En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis mutuamente: '¡Mira cómo la caridad sin el martirio hace discípulos de Cristo! Y que el martirio sin la caridad no solamente no hace discípulos de Cristo, pero ni siquiera trae consigo utilidad alguna al que lo sufre, óyelo de labios de Pablo, quien dice: Aunque entregue mi cuerpo para ser quemado, pero si no tengo caridad, ningún provecho saco.6

Pues por esto precisamente amo yo al santo que hoy aquí nos ha reunido, al bienaventurado Romano: porque juntamente con el martirio mostró una grande caridad; caridad por la que le fue cortada aquella veneranda lengua. Puesto que también esto es digno de examinarse: ¡por qué el demonio no lo llevó a otro género de tormentos, suplicios y penas, sino que le cortó la lengua! Porque no lo hizo al acaso, sino con redomada malicia. ¡Bestia astuta y malvada es el demonio y no deja por mover piedra alguna en contra de nuestra salvación! ¡Ea, pues! ¡examinemos por qué acudió a cortarle la lengua! Pero tomemos el agua de más arriba. Así conoceremos por una parte la bondad de Dios y por otra la paciencia del mártir y la maldad del demonio. Y una vez que conozcamos la bondad de Dios le daremos gracias; y una vez conocida la paciencia del mártir, imitaremos a este consiervo nuestro; y finalmente, conocida la maldad del demonio, aborreceremos en absoluto a ese enemigo nuestro. Para eso nos dio Dios conocimiento de sus maquinaciones: para que aborreciéndolo más, mejor y más fácilmente lo venzámos. Y acerca de que podemos conocer sus intenciones, oye lo que dice Pablo de aquel hombre que había caído en fornicación. Porque escribiendo a los de Corinto, les dice: Afirmad en él la caridad para que no seamos enredados por el demonio, puesto que no ignoramos sus maquinaciones.7

' Juan XIII, 35. 6 / Cor. XIII, 3. 1 2Cor. II, 8-11.

¿Cuál es pues la causa por la que a este mártir le cortó la lengua? ¡Concededme que tome el asunto de más arriba! Guerra grande se levantó en otro tiempo contra las iglesias; y no porque los bárbaros hicieran incursiones en las ciudades, ni extranjeros algunos; sino porque aquellos que estaban al frente de estas regiones se portaron con los que los obedecían de una manera más cruel que cualquier tirano; tiempo fue aquél en que no solamente estaban en peligro la libertad y la patria, los dineros y la vida presente, sino el reino de los cielos y los bienes que están preparados para los justos y la vida inmortal y la fe en Jesucristo. Entonces se inventó un nuevo modo de cautividad, puesto que no se expatriaba de la ciudad que acá existe, sino que se esforzaban en privar a los hombres de la Jerusalén aquella de allá arriba en donde reina toda libertad. Y obligaban a cada uno a ofrecer en sacrificio en los altares su propia alma, y abjurar de su Dios y sujetarse a la tiranía del diablo y dar culto a los demonios, enemigos dañinos de nuestra salvación : ¡cosa que a las almas generosas y amantes de Dios les resultaba aún más intolerable que mil muertes y que cualquier infierno!

Entonces, pues, cuando muchos eran sepultados en las olas y éstas se levantaban hasta los cielos y muchos naufragaban, este bienaventurado Romano, avanzando al medio de la tormenta, no se puso a considerar primero la forma en que él afrontaría los peligros; sino que ante todo reunió, animó, preparó a combatir de nuevo a quienes primeramente habían caído y traicionado su salvación, levantando a los derribados, confirmando mediante sus oraciones a los que se sostenían, y con sus consejos y exhortaciones acerca de los bienes futuros, y discurriendo ampliamente sobre las cosas presentes y mostrando lo pasajero de éstas, lo eterno de aquéllas, y contraponiendo los premios a los trabajos, las coronas a las pruebas, la recompensa a los dolores, y enseñándoles cuál sea la naturaleza de la vida presente y cuál la de la futura y cuánta la diferencia de ambas; cómo eso de morir era cosa en absoluto necesaria, ya que, si no terminamos nuestra vida por el martirio, por la ley natural pronto nos veremos obligados a dejarla y abandonar estos cuerpos nuestros.

Con estos razonamientos y otros parecidos, puso en tensión los brazos remisos, llenó de fortaleza las rodillas débiles, hizo regresar a los fugitivos, apartó la cobardía, echó fuera el temor, infundió alientos, y los convirtió a todos de temerosos en atrevidos, y de cervatillas y gacelas sacó leones que respiraban abundante esfuerzo, y puso en línea al ejército de Cristo, y convirtió la vergüenza que amenazaba a nuestras cabezas en contra de los enemigos. Observando, pues, el demonio el gran cambio que se había verificado, y que los que ayer y anteayer le temblaban y le temían, ahora se burlaban de él y se le enfrentaban y afrontaban los peligros y se lanzaban a los suplicios, como se hubiera dado cuenta de quién era el causante de todo, dejó a un lado a los otros y se echó sobre éste con todas sus fuerzas y desató los torrentes enteros de su locura en contra del bienaventurado.

¿Qué es pues lo que hace? ¡Ved su malicia! ¡No lo arrastra a los tormentos, no le corta la cabeza, porque el tiempo pasado le advertía ser todo inútil y cosa vana, ya que con eso no había logrado reprimir la prontitud de los creyentes, antes bien la había aumentado y hecho mayor y más fervorosa: "¡Yo extendí alfombras de brasas, se dijo, y éstos corrían hacia ellas como si fueran rosas; encendí hogueras, y éstos a ellas se arrojaban como a fuentes de frescas aguas; yo destrocé sus costados y les abrí hondos surcos y saqué de ahí ríos de sangre; pero ellos se gloriaban como si por todas partes estuvieran rodeados de ríos de oro; yo los eché a los precipicios y los sumergí en el mar;

pero ellos no como si descendieran al profundo sino como si subieran a los cielos mismos, así se mostraban y daban saltos de gozo y se llenaban de alegría; y como si acompañaran los coros de una sagrada procesión o anduvieran jugando en un pensil cubierto de verdor, así se portaba cada uno en los tormentos; y no les parecían tormentos, sino andar recogiendo flores primaverales y coronándose con ellas; y aun se adelantaban a mis suplicios por el fervor insigne de sus almas.

"Qué haré, pues, ahora?, se preguntaba. ¿Acaso cortaré su cabeza? ¡Pero si esto es precisamente lo que él desea y será eso una más amplia exhortación para sus discípulos, puesto que él ya los previno diciéndoles que la muerte de los mártires no es muerte sino vida que no tiene fin, y que por esta vida está bien despreciar la muerte y tolerar toda clase de padecimientos!

Si, pues, le corto la cabeza y él lo soporta con fortaleza, los habrá amonestado con sus hechos más claramente que con las palabras, acerca de que es necesario despreciar la muerte, y levantará más los espíritus, y una vez muerto les comunicará mayor prontitud. Entonces ¡le cortaré la lengua! ¡Privados así los discípulos del mártir de aquella su voz, con que se gozaban, y destituidos de sus consejos y de sus exhortaciones, se volverán más cobardes, y volverán a sus anteriores tristezas y dudas, por no tener quién les dé ánimo ni quién los excite y los arme para la lucha!

Pero ¡advierte ya la malicia del demonio! Es verdad que He-rodas cortó la cabeza a Juan. Este, en cambio, no cortó la cabeza sino solamente la lengua. ¿Por qué? ¡Por su excesiva malicia y perversidad! "¡Si le corto la cabeza, se decía, y muere de este modo, no presenciara la muerte de sus hermanos y se irá así. Pero yo ansio que sea testigo de la derrota de sus soldados y de su desgracia, a fin de que se consuma de dolor mientras ve a los que sucumben sin poder ayudarlos ni poder darles los consejos que solía, puesto que al privarlo de la lengua lo habré privado de la palabra!" ¡Pero Aquel que revuelve contra los sabios sus astucias, revolvió contra el demonio su propia invención. De manera que no solamente no los privó de sus consejos, sino que hizo que disfrutaran de una mayor exhortación y participaran de una más abundante doctrina espiritual.

Una vez que este pensamiento hubo dominado al demonio, fue llamado el médico para que hiciera el corte, con lo que éste se convirtió de médico en sayón: ¡no sanaba un miembro que estuviera enfermo, sino que destrozaba a uno que estaba sano! Mas, aunque lo privó de la lengua, no pudo privarlo de la voz. Porque le fue cortada la lengua de carne, pero la lengua de la gracia divina fue volando a posarse en la boca del mártir bienaventurado Romano. De manera que la naturaleza, obligada por el hierro, perdió uno de sus miembros; pero la gracia divina no permitió que con él desapareciera también el uso de la voz. Por lo cual gozaban ahora los discípulos de una doctrina más espiritual; pues no oían precisamente una voz humana como antes y palabras humanas, sino otras divinas y espirituales y que superaban a la humana naturaleza. Y concurrían todos, deseosos de observar aquella boca sin lengua y oírla hablando en esa forma los ángeles desde las regiones superiores, los hombres desde las inferiores.

¡Cosa era verdaderamente maravillosa y nunca oída aquella boca que sin lengua peroraba, y colmaba de deshonra al demonio y al mártir de gloria ingente, y daba a los discípulos enorme consuelo y grande argumento de paciencia! Porque desde el principio de los tiempos antiguos fue costumbre de Dios revolver contra la cabeza del demonio todas cuantas cosas éste maquina contra nosotros, y utilizarlas para nuestra salvación.

¡Considerad cómo al hombre el demonio lo echó del paraíso, pero Dios le abrió las puertas del cielo; aquél lo arrojó del imperio terreno, pero Dios le concedió el reino de los cielos, y colocó en regio trono a nuestra humana naturaleza. Así Dios concede siempre a los hombres dones mayores que aquellos de que el demonio intentaba privarlos. Y esto es con el objeto de hacerlo más tardo en ponernos asechanzas y de enseñarnos que sus asechanzas nunca son temibles: ¡cosa que sucedió exactamente con este mártir. ¡Porque Dios le obsequió una voz mucho más fuerte y clara que aquella de que el demonio creyó haberlo privado!

No es de igual estimación poder hablar con lengua, que poder hacerlo sin ella. Porque lo primero es cosa común a todos y que se sigue de la misma naturaleza; pero esto otro era cosa sobrenatural y exclusiva del mártir. El mártir, aun en el caso de amputársele la lengua y quedar mudo, todavía habría consumado su certamen y le estaría preparada la corona: porque era grande vencimiento para el demonio y demostración clara de su derrota el haberle cortado la lengua. Si no temías, oh demonio, la lengua del mártir, tú el más exsecrable de todos los seres, ¿por qué la cortaste? ¿Por qué no dejaste en pie la causa e instrumento de las luchas, sino que echaste llave al estadio? Del mismo modo que si alguno, teniendo que luchar en el pan-cracio recibiera indecibles heridas; y luego, por no poder ya resistir, ordenara que a su adversario se le amputaran las manos, y una vez así lo colmara de golpes, no se necesitaría de ninguna otra demostración para adjudicarle la victoria al que le habían sido amputadas las manos, así en el caso de este mártir, fue argumento manifestísimo de victoria contra el diablo el corte de la lengua. Porque, aunque la lengua era mortal, pero como al demonio le infligió heridas incurables, por esto contra ella derramó el demonio su veneno, y se cargó con una mayor deshonor e hizo más brillante la corona del mártir. Porque así como sería cosa admirable contemplar un árbol sin raíces o un río sin manantial, así lo es oír una voz que no procede de una lengua.

¿Dónde están ahora los que no creen en la resurrección? ¡He aquí que la voz había muerto y ha resucitado; y ambas cosas sucedieron en un mismo instante! Más grande cosa es ésta que no la resurrección de los cuerpos: porque en la resurrección permanece la materia del cuerpo y solamente se separan sus componentes; pero en aquella otra, se había suprimido el fundamento mismo de la voz, y con todo la voz se había hecho más penetrante. Si de una flauta quitas las lengüetas, el instrumento queda del todo inútil. Pero no sucedió lo mismo con esta flauta espiritual. De modo que, aunque fue privada de su lengua, no sólo no quedó por eso con detrimento, sino que emitía de sí un canto más armonioso y más misterioso y que causaba mayor admiración. Otro ejemplo: si alguno quita de la cítara el plectro, el artista se queda sin oficio y su arte es inútil y su instrumento inservible. Pero, en nuestro caso, nada de eso sucede, sino todo lo contrario. Porque cítara era la boca, plectro la lengua, artista el alma y el arte la confesión de la fe. Y con todo, arrancado el plectro o sea la lengua, no quedaron inútiles ni el artista, ni su arte, ni su instrumento.

¿Quién obró semejantes maravillas? ¿Quién produjo tales milagros que superan a cuanto pudiera creerse? ¡Dios, que es el único que hace maravillas! De El afirma David: ¡Oh Señor, nuestro Señor! ¡cuan admirable es tu nombre en toda la tierra! ¡Tu magnificencia se ha elevado por encima de los cielos: de la boca de los infantes y de los que aún toman el pecho perfeccionaste tu alabanza!<sup>8</sup> Y por cierto, en el caso del profeta fue de la boca de los infantes y de los que aún toman el pecho, pero en el nuestro fue de la boca de quienes no tienen lengua. En aquel caso la naturaleza aún no daba tiempo; en

éste la boca estaba sin lengua. En aquel caso existía en los niños la raíz aunque tierna aún, pero con fruto ya maduro; en éste, aun la raíz misma había sido extirpada, y con todo no se impedía la producción del fruto: porque fruto de la lengua es la voz. De manera que en verdad son más admirables estas segundas cosas que aquellas primeras.

Salmo VIII, 2-3.

Por si a éstas no les dais fe, precedieron aquéllas, a fin de que luego éstas no nos conturbaran, acostumbrado ya el ánimo a aquéllas. Y para esto sobrevinieron las actuales, para que aquellas ocultas y más antiguas sean creídas por éstas que son más claras y más recientes. Así, en otro tiempo, la vara de Arón germinó, como ahora germinó la boca de este mártir. Mas ¿por qué entonces germinó la vara de Arón? Porque el sacerdote era injuriado. Y ¿por qué causa germinó ahora la boca de este mártir? Porque era blasfemado Jesucristo, el sumo Sacerdote. ¡Advierte cuan grande sea el parentesco de este milagro con aquél y cuánta su excelencia!

Porque así como aquella vara, sin estar unida a su raíz ni sacando la savia de la tierra, sino enteramente privada de ésta y habiendo ya perdido la fuerza vital y frugífera, de repente dio fruto, así también esta voz, privada de su raíz y sin tener la fuerza que ella toma de su órgano propio, germinó de repente en la boca reseca e improductiva. Por aquí se ve el parentesco de ambos milagros. Pero la excelencia del segundo se ve en esto otro. Pues distan mucho un fruto de otro: aquél era sensible, éste espiritual; y tal que abría los mismos cielos al que daba las voces.

Por todas estas cosas, felicitemos al mártir, glorifiquemos a Dios, que hace estos milagros, imitemos la paciencia de nuestro consiervo y demos gracias a Dios por este favor, y consolémonos suficientemente en las tentaciones con lo dicho. Y, admirando el poder y la providencia de Dios, que nos ha creado, pongamos todo lo que está de nuestra parte, y se seguirá todo lo que está de la suya. Ya peleen contra nosotros los hombres o los demonios o el diablo en persona,<sup>9</sup> en nada aprovecharán los que nos combatan, con tal que demos diligencia y fervor de ánimo, y quitemos de nosotros todo lo que conviene quitar. De esta manera atraeremos sobre nosotros el auxilio de Dios en la vida presente y conquistaremos grande gloria en la futura y alcanzaremos nuestra salvación. La cual ojalá se nos conceda obtener a todos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con el cual sea al Padre y al Espíritu Santo la gloria, el honor y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

<sup>9</sup> Conviene notar, una vez por todas, que el Crisóstomo hace constantemente una distinción entre Satanás o Lucifer o el Príncipe de las tinieblas, al cual denomina Diablo diáoloxo\$, y los otros ángeles malos que forman como su corte y sus satélites, a los cuales llama demonios Saífiovs^. En la literatura ascética castellana con mucha frecuencia la palabra demonio se usa para significar ya a Luzbel o Lucifer o Satanás, ya a los otros espíritus cuando se habla de ellos en singular o sea de alguno en concreto.

Dudan algunos de la autenticidad de esta Homilía a causa de que el estilo no parece el propio del Crisóstomo : es redundante en inoportunos tropos y un tanto extraño y lleno de exclamaciones como el de la Homilía en honor de San Basso. Y dicen que tal vez la predicó algún presbítero antioqueno que alternaría con el Crisóstomo en la cátedra sagrada, y a continuación del cual habló el obispo Flaviano.

LAS PALESTRAS FORTIFICAN LOS CUERPOS y confieren habilidad en el arte del atletismo. En cambio, el recuerdo de los mártires arma a las almas contra las artes de los demonios y las entrena para los combates contra ellos. Porque pone en público el esfuerzo atlético y la lucha continua contra los azotes, y despierta y anima a la piedad; y la narración de sus padecimientos nos propone, como en un estadio, la pista tendida y recorrida por cada uno de los mártires. ¡Y tal es la memoria del atleta que hoy fue coronado! Porque ¿quién no saldrá valientemente al estadio a luchar contra el demonio, una vez que haya entrenado su alma mediante la memoria de las luchas del mártir, al que tan grande cantidad de peligros en absoluto no conmovió? En aquel tiempo, una inmensa tiranía de impiedad danzaba en todo el mundo; y la vida de los hombres semejaba un mar conmovido desde sus profundidades y cuyas olas se arrojaban sobre la tierra en triples encrespamientos, de los que el último

era el más poderoso; y la vehemente tormenta de la impiedad se echaba encima de la nave de la piedad: tempestad en la que muchos de los pilotos perecían y un pequeño número de navegantes quedaban hundidos, y todas las regiones estaban llenas de naufragios y de horrendos temores. Los reyes soplaban con mayor ímpetu la tempestad, los tiranos producían temibles oleajes, se ponían en conmoción los tribunales de los magistrados; y los jueces promulgaban que se había de renegar de Jesucristo, y los legisladores amenazaban con terribles suplicios, y los hombres eran arrastrados a los sacrificios en honor de los demonios, y las mujeres a las abominaciones de los altares y a los simulacros, y a la misma locura eran empujadas las vírgenes, y los sacerdotes eran expatriados o amenazados con destierros y muertes, y los fieles eran sacados de los sagrados edificios.

Para un tan grande combate se armaba el mártir, y se enfrentaba con tan enormes peligros; y aquella campaña le parecía una sombra de certamen y se burlaba; y como si puesto en la plataforma del estadio despreciara a los príncipes con su fe, como si fueran simple polvo, de esa manera excitaba el ánimo del que entonces hacía de juez; y con esto lo refrenaba al tiempo en que aquél se preparaba para asaltar a la Iglesia. Por este motivo aquel varón generoso fue arrastrado de pronto al suplicio y se prepararon contra él varios géneros de tormentos. Pero el mártir era semejante a una cítara pulsada con el plectro de los tormentos y que así emitía su sonido. Los verdugos lo rodeaban, lo golpeaban y le herían su cuerpo; pero él, a la manera de un tímpano de bronce, al ser golpeado producía el canto de la piedad. Lo desgarraban suspendido en el ecúleo, pero él abrazaba el ecúleo como si fuera el árbol de la vida. Le destrozaban las mejillas a la manera de los costados del justo;<sup>1</sup> pero él, como si hubiera adquirido muchas bocas, así multiplicaba sus preces y avergonzaba al adversario con cada derrota que le infligía.

1 La expresión helena es oscura. ἀ>g nXsvgag rov Sixaίov rag nagsiái; SiEOnágatTOv. Podría significar: "Como los costados del justo así hacían piezas las mejillas", en referencia al mismo mártir; o bien en referencia lejana a Cristo en la cruz: así como al Justo le rasgaron el costado, así al mártir las mejillas.

Y como viera que los jueces lo provocaban al culto de los demonios, pidió que le llevaran de la plaza un pequeñuelo que hiciera de juez justo acerca de las cosas sobre que el juez le interrogaba. Habiéndole pues llevado uno de los niños, él lo interrogó acerca de las cuestiones que entonces se traían entre manos: "¡Oh hijo! le dice: ¿es justo que sea adorado Dios o que lo sean los que éstos llaman dioses?" Grande, en verdad, fue la excelencia de la sabiduría de este mártir. ¡A un niño lo constituyó juez de su juez! Y el niño al punto dirimió la cuestión en favor de Cristo; a fin de que los infantes se mostraran más sabios que los jueces que impíamente procedían: más aún, con el objeto de que no solamente el mártir apareciera verdadero mártir, sino además maestro y admonitor de los mártires. Con todo, ni aun esto echó por tierra la rabia del juez, sino que al punto fue el mártir arrastrado hacia el ecúleo juntamente con el infante. Y al suplicio del ecúleo se seguía el de la cárcel; y al de la cárcel, la sentencia del juez que señalaba a los atletas los varios castigos: ¡al niño lo condenó a muerte y al mártir en cambio a que le sacaran la lengua!

¿Quién ha oído semejante género de juicio? Los jueces azotan a los reos para obligarlos a confesar lo que saben. Pero este juez de la iniquidad hizo cortar la lengua al mártir, con el fin de obligarlo a callar lo que sabía. ¡Oh invención ingeniosa del arte del malvado! "¡No he podido, se dijo, derribar al alma que una vez ha tomado sabor a las cosas de Cristo! ¡Pero a lo menos arrancaré la lengua del que habla de Cristo!" ¡Corta, oh tirano, la lengua, a fin de que conozcas que la naturaleza, aun sin la lengua, se vuelve elocuente para testificar a Cristo! ¡Extirpa de la boca la lengua para que conozcas ser veraz Aquel que prometió el don de lenguas! Porque fue extirpado el instrumento de la lengua, pero la palabra brotaba con mayor fuerza aún, como si la lengua le hubiera sido impedimento del cual se encontrara ya libre. ¡Espectáculo nuevo y admirable! ¡Un hombre, hecho de carne, a otros hombres hechos también de carne, les habla sin lengua de carne!

Conviene, por lo mismo, a este mártir la palabra del profeta : ¡Nuestra boca se ha llenado de alegría y nuestra lengua de gozo! ([Ps 125,2](#)) Se llenó de gozo su boca porque ofrecía a Cristo la lengua, con un nuevo género de sacrificio; y con todo, la lengua estaba repleta de alegría a la manera de un mártir que corre y se adelanta al martirio. ¡Oh lengua que se adelantó al alma misma a entrar en los ejércitos de los mártires! ¡Oh boca que engendró dentro de sí a ese otro mártir oculto! ¡Oh lengua a la que sirvió la boca de altar! ¡Oh boca a la que sirvió la lengua de víctima! ¡Ignorábamos, oh mártir generoso, que tenías un templo en tu boca! ¡templo en el que, como a una oveja consanguínea tuya, sacrificaste tu lengua!

Pues ¿qué orador podrá enaltecer dignamente con alabanzas tus virtudes? ¡Recibiste de la naturaleza tu lengua, pero tú la educaste para el martirio! ¡recibiste la boca como defensa de tu lengua, pero tú la hiciste altar de tu lengua! ¡recibiste ese plectro para hablar, pero tú una vez cortada la lengua, la exhibiste como una espiga fecunda! ¡recibiste la lengua como instrumento de la palabra, pero tú la ofreciste como cordera inmaculada en sacrificio a Cristo! Pues ¿con qué palabras que sean dignas declararé el decoro de tu boca? ¿con qué palabras podré glorificarla? ¡Le acercaban los verdugos el hierro, pero ella no se resistía, como lo hiciera Isaac ;3 sino que permaneciendo quieta en la boca, esperaba con deleite la herida; y enseñaba que, por Cristo, las lenguas de los hombres no solamente debían hablar sino también ser arrancadas. ¡Obtuviste el mismo sacrificio que el Patriarca, oh mártir generoso, cuando en vez del hijo unigénito ofreciste en sacrificio el germen único de tu lengua! ¡Justamente Cristo plantó de nuevo

en ti otra lengua, porque te encontró buen cultivador de la primera! ¡Bellamente te dio otra lengua no de carne, porque para efectos angélicos no convenía la de carne! ¡rectamente te devolvió ese pago por tu lengua! ¡Porque tú entregaste a rédito tu lengua a Jesucristo para que El la sacrificara; pero El, a su vez, te devolvió como rédito la voz necesaria para la elocuencia! ¡Se verificó un intercambio entre tu lengua y Jesucristo, cuando por Jesucristo ella fue cortada y ahora Cristo habla por ella!

¿Dónde está ahora aquel Macedonio, que alzó guerra contra el Espíritu Santo en aquello de que había El concedido el don de lenguas? ¡Y de que no miento al atribuir a la divinidad del Paráclito los dones carismáticos, me es testigo el bienaventurado Pablo, quien en este momento satisface vuestro deseo de oír con estas palabras: ¡Todas estas cosas las obró el único y solo Espíritu, repartiendo a cada uno como le parece! \* ¡Como a El le parece, dice el bienaventurado Pablo, y no como le es mandado! Mas, para que no suceda tal vez que si añadimos algo a esa sentencia ahora recarguemos vuestra memoria con la abundancia de las cosas, pasemos adelante, pero manteniendo en la memoria este pasaje, en que se trata del Espíritu Santo, con entera firmeza y certidumbre; y gloriándonos por encima de aquellos herejes, pero perdonándolos en lo que yerran adoremos la divinidad del Paráclito.

3 La Sagrada Escritura no refiere que Isaac se haya resistido a Abraham, sino al revés: como figura de Jesús iba mansamente al sacrificio.

La trompeta profética, anunciando de antemano la fe de todo el orbe en Jesucristo, decía cosas concordantes con éstas: Porque me entenderán, dice, desde el pequeño hasta el grande de ellos;<sup>5</sup> y luego: Toda lengua confesará al Dios verdadero? El profeta, como decíamos, encerró como en una red del conocimiento divino a toda lengua; pero nosotros en este día escucharemos las preces sin lengua de quien patrocina la piedad: porque a la manera de una cítara sin plectro alaba al Creador. Diga pues el bienaventurado Romano: ¡Mi lengua es pluma del escriba que escribe rápidamente! 7 Pero ¿cuál lengua? ¡No por cierto la que cortó el hierro, sino la que fabricó el Espíritu Santo; porque al ser cortada aquella lengua la sustituyó la gracia del Espíritu Santo! También los apóstoles tenían lenguas; pero, para hacer notar la virtud que operaba, callaba el barro y hablaba el fuego del cielo.

Tiene la Sagrada Escritura a su vez una semejanza de esto que sobrepasa al discurso. Porque delante de Moisés la zarza también fue fuego. El fuego apostólico prefiguraba en la zarza las voces de la predicación y por esto a una cosa inanimada se le concedió el don de la palabra, para que al ponerse en contacto con instrumentos animados, se le diera crédito.<sup>8</sup> Pues si el contacto del fuego dio palabra a una cosa inanimada ¿no era acaso razonable que, cuando llenara las almas dotadas de razón, con su contacto levantara un sonido del todo armonioso? Pues de esta virtud participó este glorioso mártir Romano; el cual, con la lengua cortada, reprendía con una voz aún más penetrante, al tirano. Ni se hubiera apresurado el tirano a cortar aquella lengua si no hubiera temido las avenidas de la reprensión, si no lo hubieran aterrorizado los ríos de la predicación evangélica, si no hubiera sospechado que las olas de elocuencia sagrada lo arrastrarían. Pero veamos ya qué fue lo que empujó al tirano a semejante crimen y lo obligó a efectuarlo.

4 1 Cor. XII, 11.

5 Jerem. XXXI, 34.



6 Rom. XIV, 11.

7 Salmo XLIV, 1.

8 En el cap. III del Éxodo se cuenta el milagro de la zarza; pero no se dice que la zarza hablara o el fuego de la zarza, sino Dios.

Tras de haber sacrificado aquel impío a los demonios, y estando repleto de humo y de olor a grasas y manchado con las gotas de la impiedad, velozmente se encaminó a la Iglesia; y buscaba el altar para el sacrificio incruento, mientras llevaba en las manos la segur que destilaba sangre. No se le ocultó a nuestro mártir la rabia del tirano. Por esto, saltó de pronto y se presentó ante el vestíbulo; y detuvo ahí la inundación de la impiedad que se echaba encima. Y, a la manera de un solícito piloto, cuando ve que el mar acomete por la proa, no puede permanecer inactivo, sino que recorre con veloces pies la nave toda, y haciendo levantar mediante el timón la popa, logra que la nave presente su punta opuesta a las olas, y habiendo así salvado lo que peligraba con levantarlo en alto, luego parte por medio la triple ola que se echaba encima, y con arte especial cruza el ponto embravecido, así se comportó el bienaventurado Romano.

Al tiempo en que el mar de la idolatría rebramaba con blasfemias y se enfurecía contra la nave del Clero, y vomitaba espumas de sangre sobre los altares, él solo se arma contra el piélago enfurecido, y como advirtiera que la navecilla quedaba casi sumergida, él despertaba al Señor, que dormía dominado por el sueño de la longanimidad. Mira el mar perturbado por los soplos de encontrados vientos y revuelto con las tempestades, y toma en sus labios las palabras de los discípulos cuando se encontraban en un peligro semejante: ¡Maestro! ¡sálvanos porque perecemos!<sup>9</sup> ¡Los piratas rodean por todas partes la navecilla; los lobos circundan el aprisco; los ladrones perforan tu habitación; en torno de tu esposa suenan voces de adúlteros; de nuevo la serpiente quebranta los muros del paraíso; es golpeada la piedra fundamental de tu Iglesia! ¡echa pues desde el cielo Tú el áncora evangélica y confirma la piedra angular sacudida! ¡Maestro! ¡sálvanos porque perecemos!

Lucas VIII, 24.

¡El peligro común divide la atención del mártir! ¡Se dirige confiadamente al Señor, pero al mismo tiempo desata la elocuencia de su lengua contra el tirano: "¡Deten, le grita, tu carrera, oh loco tirano! ¡date cuenta de tu pequenez! ¡teme la amplitud del Crucificado! ¡Su amplitud no se contiene en las paredes de la iglesia, sino que su término son los confines de la tierra! ¡sacude las sombras de tu furor! ¡vuelve los ojos hacia la tierra y considera la debilidad de tu naturaleza! ¡Levántalos al cielo y advierte la grandeza del combate! ¡desprecia el débil auxilio de los demonios! ¡mira que ellos, heridos por la cruz, quieren echarte por delante a la manera de un defensor de sus altares! ¿Por qué persigues lo que es imposible alcanzar? ¿por qué pugnas contra el viento? ¿Acaso Dios se encuentra circunscrito por los muros? ¡Es Divinidad incircunscrita! ¿Acaso nuestro Dios ve con los ojos materiales? ¡Es una Esencia invisible y sin figura, aunque en su Humanidad se le pinte y se le vea! ¿Habita acaso en la piedra o en el leño y vende su providencia por ovejas y rebaños? ¿Acaso en sus pactos está interpuesto el altar y se necesita de éste? ¡Exigencia de golosos es ésta, de parte de tus demonios! ¡Mi Señor, o mejor dicho el Señor del universo, Jesucristo, habita el cielo y gobierna la tierra! ¡sus sacrificios son el alma que levanta a El sus ojos! ¡todo su alimento es la salvación de los creyentes!

"¡Deja ya de combatir a la Iglesia! ¡La grey se encuentra en la tierra, pero el Pastor está en los cielos! ¡En la tierra están los sarmientos, pero la vid en el cielo! ¡Si cortas los sarmientos multiplicas la vid! ¡Tus manos destilan sangre, tu espada está teñida con la sangre de sacrificios irracionales! ¡Deja ya esas ovejas inocentes y vuelve tu espada contra nosotros que te reprendemos! ¡Perdona a las ovejas que callan y danos muerte a nosotros que te acusamos! ¡No temo yo el hierro homicida sino la segur que está al servicio del altar! ¡Porque el hierro de los homicidas mata al cuerpo, pero la segur del altar mata el alma! ¡El hierro del homicida mata las víctimas del sacrificio, pero la segur del altar mata lo que se sacrifica y también al sacrificante juntamente! ¡Corta mi cabeza, pero no manches el altar! ¡Aquí tienes una víctima voluntaria! ¿para qué vas a buscar al toro maniatado? ¡Si deseas matar, mata en el vestíbulo mismo de la iglesia a esta víctima racional!" 10

No soportó el tirano aquella amplia libertad del mártir en hablar; y por esto, al punto comenzó el sacrificio por la lengua. Así cayó cortada aquella lengua, no porque el tirano intentara cortarla, sino porque él luchaba contra la predicación del Evangelio; ni fue precisamente porque odiara al predicante, sino porque odiaba al predicado. ¡Pero Aquel que enreda a los sabios en sus propias astucias, restituyó desde el cielo aquel instrumento de la voz al mártir, y sostuvo, con una lengua invisible, la voz que perecía; y dio voz a quien no tenía lengua, y mostró de esta manera al tirano el hecho de la creación del hombre. Y a la manera que los poceros, mientras abren excavando los conductos del agua, hacen con eso que las aguas salgan con mayor libertad, así el tirano, al excavar la lengua con el hierro se encontraba cada vez más oprimido por más vehementes raudales de reprensiones.

Hubiera yo querido llevar hasta el fin mi discurso en alabanza de este mártir. Pero se ha terminado el justo espacio de tiempo, y esto nos exhorta a callar. Por otra parte, lo dicho os basta para vuestra utilidad; y además son necesarias también las instrucciones de nuestro Padre, para que se lleven a la práctica las cosas que hemos dicho. Por parte nuestra, guardemos en los senos de la memoria lo que se ha dicho; y abramos los surcos del campo de nuestra alma a lo que se va a decir. Y sobre todo, adoremos al Autor de todo milagro, Cristo Jesús, puesto que a El se debe la gloria juntamente con el Padre y el santísimo Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.<sup>11</sup>

(10) Naturalmente que esta larga arenga y tan rebuscada, es obra del orador y no del mártir.

(11) Es curioso notar cierta ansia del predicador de asemejarse en las antítesis al estilo del Crisóstomo y cierto conceptualismo exagerado. Puede notarse además la impericia en la disposición de la pieza oratoria, en la que es difícil ir siguiendo el orden del martirio del santo. Se pone al fin lo que parece debía haber servido para comienzo.

## **XLVII HOMILÍA encomiástica en honor de la santa protomártir y apóstol TECLA.**

Esta Homilía, de buen estilo, composición y elocuencia, se tiene, por crítica interna de la pieza, como dudosa en su autenticidad. Muchos y doctos varones así la han juzgado. Quizá sea más propia de algún no imperito orador contemporáneo del santo. En cuanto

a la mártir, se trata de Tecla, discípula del apóstol San Pablo (aunque hubo otras muchas Teclas notables). Su fiesta se celebraba en la Iglesia latina el 23 de septiembre, entre los griegos el 24 de ese mes. Algunos, apoyados en las Actas apócrifas del martirio de esta santa, sostuvieron que había enseñado, al modo de los Doctores, en la Iglesia de Dios. No consta nada de eso. Se le daba el título de apóstol porque con su santa conversación, el ejemplo de su vida y la doctrina que enseñó a muchos en privado, llevaba las almas al cielo. En el Meno-logio griego se la llama "protomártir entre las mujeres".

¡BELLAS IMÁGENES DE LOS SANTOS nos ha puesto delante la gracia del Espíritu Santo en las celebraciones anuales de ellos! Con esto nos conserva fresca la memoria de sus hechos, la cual, con el progreso de los tiempos, va siempre al olvido. Porque cada cual, al encontrarse, como con una imagen, con el recuerdo de los santos, contempla ahí como en un espejo, la hermosura de sus acciones y las considera así impresas por la imagen en su memoria. Cuanto a mí, me parece que el día de hoy, miro, como en una imagen grabada en mi memoria, a la bienaventurada doncella, la cual me presenta delante en una mano las victorias obtenidas sobre los placeres y en otras las obtenidas en los peligros; de manera que, con una ofrece al Señor íntegra su virginidad y con la otra su martirio.

Poseía la virginidad, que para aquellos que consideran atentamente las cosas es como un gran martirio antes del martirio. Porque las delicias son ciertos verdugos del cuerpo, y aún más crueles que los otros verdugos. Ellas atormentan bajo ataduras no fabricadas con las manos. Ellas por los ojos hieren el alma y por los oídos aplican al vigor de la mente y a la virtud de la constancia, las teas encendidas de la concupiscencia; aparte de que al entendimiento lo azotan con látigos de un nuevo género. De manera que nos oprimen con mil nuevas luchas. Si alguno impone a sus ojos la ceguedad para que no se fijen en las formas de la mujer, entonces llegan los deleites y abren lo que estaba cerrado y lo franquean mediante las cantilenas lascivas a través de los oídos. Y si encuentran cerrados los oídos a las cantilenas lascivas, entonces tratan de engañar con imágenes lujuriosamente adornadas. Y, para decirlo con una palabra, cuando en todos los sentidos los vencemos mediante la vigilancia, entonces luchan en el sueño y molestan mediante los ensueños. Con esto, nos obligan a una lucha continua y a periódicas batallas, que ni comienzan con la salida del sol ni se adormecen con la noche.

Y si acaso acometen en la juventud, entonces se suma un fuego a otro, y la paja se junta con el horno. Porque la juventud fácilmente se enciende con las delicias, como si fuera más grasosa y a la manera de aceite, y más apta, por lo mismo, para inflamarse; así como, por el contrario, es más delicada para el trabajo de la templanza. Todas estas cosas hacían de la virginidad un largo martirio para esta mártir; porque tenía que luchar a la vez contra las delicias como contra las bestias lucha un mártir. Luchaba contra los malos pensamientos como el mártir contra los tormentos. Entraba en combate contra las imaginaciones libidinosas como contra los suplicios de los verdugos. Pero salía victoriosa de aquel combate interior y tan variado, porque llevaba en su ánimo un fuego santo y más ardiente que el fuego natural. La naturaleza era vencida, y el ardor que en otros se enfurece para la unión conyugal y los domina, a la bienaventurada Tecla únicamente la hacía ejercitarse más en la virtud de la virginidad.

Ignoraban los padres el pacto que su hija había hecho con la virginidad, y que Cristo desde el cielo le había dado su diestra para unirla consigo con los lazos de esposa, y por esto la incitaban al matrimonio con muchas y repetidas exhortaciones. Pero ya los oídos

de la joven resonaban con el canto de Pablo: ¡La que no está casada se ocupa en pensar las cosas que pertenecen a Dios, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu!\* ¡La corona de la virginidad muy pronto le será concedida! ¡Este es el primero de sus cuidados! ¡Porque está llena de esa solicitud, llena está también de bendiciones! ¡Anda solícita con un cuidado más libre que ninguna desocupación! ¡el de cómo ser santa en el cuerpo y en el espíritu! ¡Nada tiene ya de común con esta tierra! ¡ningún parentesco con las necesidades conyugales, como son el tolerar al esposo que resulta fornicario, soportar las falsas sospechas, estar privada con frecuencia de la facultad de ocuparse útilmente en público, andar buscando los alimentos, estar expuesta por sus adornos a las envidias, ser despreciada antes de dar a luz como quien no ha sido aún hecha esposa, ser reprochada por sus mismos hijos después que ha dado a luz!

¿Le ha nacido una niña? ¡El marido pone el rostro triste porque el recién nacido no es varón! ¿Se ha añadido además un varón? ¡Sí! ¡ha dado a luz, pero el hijo no resulta hermoso! ¿Son de linda presencia los gemelos? ¡Se aumentan los cuidados, puesto que tienen que ser para niños hermosos! ¿Se les ha destetado ya? ¡Sobrevienen los cuidados para su educación! ¡Si están sanos existe el temor de que enfermen! ¡Si enferman, el de que vayan a morir! ¡Si mueren, el de carecer de prole en adelante y ser por eso despreciada! ¡Si no mueren, sobrevienen los cuidados necesarios acerca de los vivos, o sea de cómo se proveerá a su educación y sus gastos, que es el mayor cuidado! ¡Y luego, de dónde se tomará para el ornato conyugal, para la decencia de los vestidos, y la distribución de los criados para cada uno y cuánto de bienes se le dará al mayor y cómo se suavizará la envidia del menor!

En cambio, la que no está casada piensa en las cosas de Dios para ser santa en el cuerpo y en el espíritu. ¡No trato de deshonorar al matrimonio! ¡El es una providencia común del género humano! ¡Solamente publico los cuidados añadidos al matrimonio, y antepongo los cuidados del cielo a los del matrimonio! ¡prefiero a lo bello lo que es más bello! ¡La que es virgen evade y se hace superior a la pena impuesta a Eva! Porque aquello de que te volverás a tu varón y él dominará sobre ti<sup>2</sup> no tiene fuerza sobre las doncellas, puesto que no están sujetas al dominio de ningún varón. Y aquello de que entre dolores darás a luz tus hijos,<sup>3</sup> tampoco tiene aplicación en las que cultivan la virginidad, puesto que la que no da a luz está exenta de la sentencia de graves dolores en el parto.

1 / Cor. VII, 34.

\* Gen. III, 16.

¡Ya te deleitas, oh virgen, con las prendas de la vida futura; la santidad de la resurrección ya te es familiar! Porque en la resurrección, dice el Señor, ni se casan ni se casarán.<sup>4</sup> Mas, precisamente por todo esto, la caída en ese estado es sumamente grave, precisamente por ser tan eminente la empresa. Por esto la impureza de la que cultiva la virginidad es mucho más pecaminosa que no la de una meretriz. Porque no es igual la corrupción de una meretriz a la de una virgen que cultiva la virginidad. No es igual la corrupción de una mujer privada que la de una reina. No es igual el hurto de un vaso destinado a los usos sagrados y el de los destinados a usos vulgares.

Porque la virgen es un vaso destinado a usos sagrados; es un vestido de púrpura que no puede ser usado por otro sino por el Rey de todas las cosas; es una esposa que perpetuamente mantiene unos virgíneos esponsales. ¡Bienaventurados desposorios aquellos cuyo tálamo es la virginidad! ¡Y hubo esta virgen de superar tantos peligros

para conseguirlos! ¡Había conocido la belleza del eterno Esposo y ya no apartaba de El sus miradas! ¡Instaba su madre que la impelía al matrimonio! pero ella invocaba al celestial Esposo con estas palabras: ¡He levantado mis ojos a Ti que habitas en los cielos! 5 Se le acercaba el pretendiente 6 y la empujaba suavemente con frases nupciales. Pero ella calladamente se unía con Cristo, y le decía: ¡Mi alma se ha adherido a Ti!7 ¡Venía la turba de los parientes y trataba de doblegarla mediante las adulaciones! Pero ella tenía delante el pensamiento de Pablo en el que afirma: ¡Te he desposado con un varón, para que te presentes como casta esposa delante de Cristo! 8 ¡Le suplicaban con lágrimas los esclavos! Pero ella decía amorosamente a su Esposo Cristo: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? 9 ¡Con tormentos la aterrorizaban los jueces! Pero ella, echándolos a todos por tierra, clamaba con ánimo grande: ¡Los príncipes no son para temor de las buenas obras, sino de las malas!10

3 Ib id.

1 Mat. XXII, 30. ' Salmo I, 22.

' La palabra griega  $\pi\alpha\rho\alpha\gamma\alpha\gamma\epsilon\iota$ , propiamente significa el que anda en busca de matrimonio.

' 2Cor. XI, 2; Ibid. LXIII, 9. 8 Rom. VIII, 35.

Y, como era necesario que también en los caminos se erigieran estatuas a la virginidad, le aconteció a esta joven también ese género de tentaciones. Porque una vez que la dejaron libre en el juicio, se dio a buscar a Pablo, como quien busca una presa. Y se atrevió a emprender el camino que a él la conducía, fiada de los rumores (acerca de en dónde moraba el apóstol). Pero el diablo observaba a la doncella. Y cuando la vio que había emprendido el camino, envió detrás a un malvado, como un ladrón de la virginidad en pleno desierto. Y cuando ella estaba para terminar su jornada, el infame desvergonzado, el cuidadoso investigador, comenzó a clamar a espaldas de la doncella que ya la tenía en sus manos. Entonces a la virgen por todas partes la rodeaban las dificultades molestas. ¡Robusto era el hombre que le declaraba la guerra, y débil ella a quien aquél la hacía! ¿En dónde podría encontrar un asilo en aquellos sitios carentes de todo asilo?

Entonces la doncella, vuelta al cielo, que en todas partes y siempre atiende a quienes lo invocan, clamaba y gemía: ¡Señor Dios mío! ¡en Ti he esperado! u . . ,12

9 Rom. VIII, 35.

10 Ibid. XIII, 3.

11 Salmo VII, 2; LXX, 1 y XXX, 2.

12 Hasta aquí los códices. Es lástima que no se nos haya conservado íntegra esta pieza, pues ciertamente es de valor. El estilo, como se ve, no tiene la frescura casi poética del Crisóstomo, sino más bien cierta madurez reposada y severa.

## APÉNDICE Los FAVORITOS DE ARCADIO 1

El emperador Teodosio (379-395) dirigió su política a dos objetivos que le parecían esenciales: la unidad religiosa y la defensa del imperio contra los bárbaros. Para lo primero procuró aniquilar al arrianismo, que era un foco de perpetuas turbaciones. Para lo segundo quiso que los bárbaros fueran estableciéndose en el territorio mismo del imperio ya como subditos, ya como aliados. De manera que para combatir a los bárbaros echaba luego mano de los mismos bárbaros. Cuando llegó a punto de muerte,

confió algo así como el Protectorado sobre el Imperio a Estilicón, un General bárbaro de grandes cualidades, casado con una sobrina e hija adoptiva suya de nombre Serena. Pero además repartió el imperio entre sus dos hijos Honorio y Arcadio. Parece que no estimaba en mucho las cualidades de éstos. Pues, aun cuando los puso al frente del imperio, a Honorio, que había de gobernar el Occidente, le dejó como tutor al vándalo afortunado Estilicón, bajo el título de *Magister utriusque militiae*, o sea la infantería y la caballería. Y a Arcadio, en Oriente, lo dejó en manos de su antiguo mentor Rufino, hombre profundamente perverso, bajo el título de Prefecto del Pretorio.

1 Esta narración, complemento de la biografía breve del Crisóstomo, que va en el texto, está combinada con los datos de Paladio, Sozomeno, Teodoro, Sócrates y Focio y sobre todo las cartas del mismo Crisóstomo desde el destierro, entre los antiguos autores: y entre los modernos, con los de La-combrade, Demougeot, Grumel, Baur, Lazzati, Puech<sup>3</sup> etc. No hemos creído pertinente llenar de notas y citas este apéndice, dada nuestra finalidad. Por la misma, como era obvio, al tratar de los validos del emperador Arcadio nos hemos alargado en lo que se roza con los sufrimientos del Santo. Pero todo lo hemos hecho abreviando lo posible dentro de la necesaria claridad.

Respecto de Estilicón, Teodosio tenía en él una grande confianza porque le había sido muy fiel en las campañas; aparte de que, como bárbaro de nación, no había peligro de que pudiera aspirar al trono en contra de Honorio. Estilicón se dio cuenta de sus propias ventajas y procuró de diversos modos ganarse la confianza del Senado Romano, que como a bárbaro no lo miraba con muy buenos ojos. Para consolidar su posición, casó a Honorio con su primogénita María en 398; y a la muerte de María, en 408, con su segunda hija Termancia. Cuanto al imperio de Oriente, en modo alguno renunció a esa especie de Protectorado que Teodosio le confiara. Pero muy pronto hubo de experimentar que allá no aceptaban de buen grado aquella supremacía. Más aún: ella dio origen a que en la corte de Constantinopla se acrecentara el aborrecimiento a los bárbaros.

El gobierno de Oriente, por la debilidad de Arcadio, quedó prácticamente en manos de Rufino, que no pensaba en subordinarse a Estilicón. Y este primer privado de Arcadio arrastró al emperador a romper con el General vándalo que, según él, contra todo derecho se arrogaba el Protectorado de Oriente. Pronto estalló la discordia. Por consejo de Rufino, Arcadio exigió para su imperio las provincias de Dalmacia y Macedonia. Estilicón, alegando, según parece, las voluntades últimas de Teodosio, se negó a cederlas. Para obligarlo, Rufino se puso en relaciones con Alarico, jefe de los godos, que se rebelaron en febrero o marzo de 395 y devastaron la Península Balcánica y llegaron hasta junto a los muros de Constantinopla. Rufino alcanzó de Alarico que se retirara a Macedonia. Logró con esto dos cosas. Una, hacer que Estilicón renunciara a la Iliria oriental so pena de tener, en caso contrario, a los godos en Dacia y Macedonia, que no lo dejarían en paz; otra, que los godos, mediante ese arreglo, respetaran el imperio de Oriente.

Estilicón se halló en circunstancias difíciles. Ya durante la rebelión de Eugenio (392-393), Teodosio había tenido que llamar, para hacerle frente, a las tropas de Oriente. Cuando murió Teodosio, la mayor parte de esas tropas estaban aún en Italia. Viendo esto los bárbaros, aprovecharon la falta de guarniciones del lado oriental y se arrojaron sobre él. Los hunos cruzaron el bajo Danubio e invadieron Tracia; otros de la misma familia cruzaron el Cáucaso y Armenia y se dirigieron contra el Asia Oriental y Siria,

sin encontrar resistencia. Otros, en especial los marcomanos, por el Danubio medio se arrojaron sobre Panonia y devastaron el Adriático. Todo al tiempo en que Alarico y sus hordas llegaban hasta frente a Constantinopla.

Como se ve, el golpe de Rufino fue certero. Con todo, Estilicón era un hombre de grande energía y buen táctico, y no se intimidó. En la primavera de 395 reunió las tropas y marchó contra Alarico, antiguo conmlitón suyo en las filas de Teodosio. Sólo que se vio obligado a formar su ejército en gran parte con los soldados orientales que aún había en Italia, para no desguarnecer el Occidente. Venciendo una serie de obstáculos, tardó algo en llegar frente a su adversario, al cual encontró en el norte de Tesalia. Rufino estaba a la mira. Y en aquel momento decisivo, hizo que Arcadio ordenara a Estilicón remitir las tropas orientales a Constantinopla y evacuar la Iliria oriental. El general vándalo sintió la orden a par de muerte, pero obedeció a Arcadio como soberano de Oriente. En cambio juró la ruina de Rufino.

Este valido de Arcadio, con el plan de consolidar su posición como Prefecto del Imperio de Oriente, trazó un plan parecido al de Estilicón: casar con Arcadio a su propia hija. Adelantando en sus proyectos, hizo que Arcadio nombrara un Procónsul para Acaya y un Comandante militar para las Termopilas, en cuanto Estilicón, desarmado por sus intrigas, se retiró de frente a Alarico sin empeñar la batalla. Todo iba pues bien para el astuto Rufino. Pero no contaba con un temible adversario que en la corte andaba también intrigando. Era Eutropio, de quien en el texto dimos ya algunas noticias. Eutropio se manejó de tal manera que Arca-dio rechazó la mano de la hija de Rufino y se desposó, el 27 de abril del 395, con la bella Elia Eudoxia, hija de un bárbaro de nombre Bauton. Tras de este triunfo, Eutropio se puso al habla con Estilicón para eliminar a Rufino. Por su parte el General vándalo se ilusionó con que Eutropio le podía servir para obtener en Oriente una influencia decisiva; y para tenerlo contento cedió la Iliria oriental, aunque, según parece, se reservó la occidental.

Mientras tales arreglos se llevaban a cabo, las tropas orientales, que al mando de Estilicón habían ido de Italia para combatir a Alarico, llegaron a Constantinopla. Arcadio y su corte salieron a recibirlas con grande solemnidad. Iban bajo el mando del Prefecto de milicias, Gainas, un bárbaro godo de todas las confianzas de Estilicón. Cuando se encontraron con Arcadio, a cuyo lado iba Rufino, los soldados, a una señal de Gainas, se lanzaron sobre el valido y lo asesinaron, a los pies del emperador, el 27 de noviembre de 395. El pueblo, que aborrecía a Rufino por sus tropelías, exacciones e injusticias, profanó su cadáver. Sus bienes fueron al fisco, por de pronto; porque muy luego pasaron a poder de Eutropio, el nuevo valido.

Era Eutropio esclavo e hijo de esclavos, pero gracias a sus dotes personales y a sus intrigas, ya para entonces había logrado escalar el puesto de Praepositus Sacri Cubículi. Enseguida se entendió con Estilicón para desterrar a dos de los grandes generales formados en la escuela de Teodosio, que anteriormente habían sido cónsules y podían hacerle sombra. Eran Timasio, que había sido jefe de la infantería y tenido en algún tiempo a sus órdenes al mismo Estilicón, y Abundancio. A Rufino le sucedieron en el cargo Cesario, que deseaba, como Estilicón, aprovecharse de los bárbaros en bien del imperio, y un tal Eutiquiano, político incoloro que supo mantenerse en el puesto hasta el año 405.

Es probable que al entenderse Estilicón y Eutropio, pensaran en hacer de Alarico un

nuevo aliado del imperio. Pero Alarico, en cuanto Estilicón se retiró de frente a él, y Gainas con las tropas orientales evacuó Tesalia y las Termopilas, corrió a echarse sobre la Grecia Central. No logró dominar a Tebas, pero sí se apoderó de Atenas y Corinto, y devastó el Peloponeso durante un año. Estilicón no pudo oponérsele, pues hubo de reclutar nuevas tropas y de acudir inmediatamente al Rin para arreglar las paces con los germanos, en tanto que el gobierno de Oriente tenía que pelear contra los hunos en Tracia (397). Pero, una vez arregladas las cuestiones con los germanos, Estilicón corrió en auxilio de Grecia.

Ahora temió Eutropio que aquel gran hombre dominara la situación y su influencia en Oriente quedara bien asentada. Pero no se acobardó. Dio dos pasos que iban a alejar a Estilicón por varios años de los negocios de Oriente y dejar así este imperio en manos del valido. El primero consistió en animar a la sublevación contra el imperio de Occidente a Gildon, jefe bárbaro de África. Ante el peligro de que Gildon se fortaleciera demasiado y se arrojara sobre Italia, Estilicón hubo de regresar a toda prisa al Occidente. El otro paso de Eutropio consistió en obtener del Senado de Constantinopla un decreto por el que se declaraba al Regente de Occidente enemigo público del imperio, y en consecuencia se le confiscaron a Estilicón todos los bienes que allá poseía.

Estilicón respondió a los dos pasos haciendo que el Senado Romano declarara enemigo público del imperio, no a Eutropio, pues el golpe hubiera sido directamente sobre Arcadio, sino a Gildon. La razón fue porque Gildon, apenas declarada su rebelión acudió a pedir auxilio a Arcadio; y éste, manejado por Eutropio, le abrió los brazos. Y luego Estilicón, como supiera que Gildon tenía un hermano de nombre Mascezel, que lo odiaba a muerte, le encomendó las fuerzas militares que habían de combatir a Gildon. Mascezel batió a su hermano en abril de 398; y Gildon, en su fuga, fue hecho prisionero y ejecutado. Pero enseguida Estilicón, se cree que por envidias, hizo desaparecer a Mascezel, y hasta el año 408, a la muerte de Arcadio, no volvió a querer manejar los negocios de Oriente.

No carecía Eutropio ni de energía ni de astucia política. Pero su origen de esclavo, y el haber dado entrada en la corte a todos los advenedizos de su ralea, hizo que desde muy al principio se le apartaran las clases sociales distinguidas. Por su parte él, con su comportamiento altivo y sin escrúpulos morales, aumentó el odio y se echó encima incluso a las turbas. Dio algunas leyes útiles como las de 22 de julio de 396, la del 10 de marzo de 399 y la de 25 de mayo de ese mismo año, en favor de los colonos para defenderlos de los amos déspotas. En 398 partió personalmente a la guerra contra los hunos, que continuaban siendo un azote de las provincias de Asia; y los obligó a desalojar las fronteras de Armenia. Esto le valió un honor jamás concedido a un eunuco, y que Estilicón se negó a reconocerle: el Consulado para el año 399. Más aún: hacia la mitad del 398 tenía ya de tal manera dominado al débil Arcadio, que obtuvo el nombramiento de Patricio o Parens Principian, que no había logrado nunca ni el mismo Estilicón.

Con esto, su soberbia e impositivismo no tuvieron ya límites, ni siquiera ante la emperatriz Eudoxia, a la cual, según parece, llegó a echarle en cara que a él le debía su encumbramiento. Así las cosas, se suscitó una dificultad a causa de la rebelión del jefe de los ostrogodos instalados en Frigia de nombre Trebigildo. Los ostrogodos instalados en Frigia habían pensado en rebelarse ya desde 386, cuando formaban parte de las fuerzas de Odoteo. Pero su plan fue descubierto y huyeron hacia las marismas unos, y



otros hacia las montañas de Macedonia. Los que no huyeron de Frigia quedaron al mando de Trebigildo. Pero Eutropio hubo de pactar con ellos ciertas condiciones que luego no les cumplió. Por esto Trebigildo se lanzó a la revuelta. Eutropio quiso entrar en nuevas negociaciones, mas el jefe bárbaro, fuerte por la notable cantidad de esclavos que corrían a engrosar sus filas, se negó. Exigía simplemente la libertad.

Se formaron entonces en el imperio de Oriente dos ejércitos para combatirlo. Uno fue puesto al mando de Gainas, para impedir que los bárbaros se corrieran hacia Europa,- el otro, quedó al mando de León (una de las hechuras de Eutropio), quien debía marchar sobre Trebigildo. Pero éste huyó a Pisidia y Panfilia. Allí la población, en defensa propia, lo derrotó y a duras penas logró él salvarse. Mas, cuando se le acercó León, que lo seguía, muchos de los soldados se le unieron, pues también eran bárbaros; y en un ataque nocturno León murió en el combate. Con esto, Gainas, que había pasado al Asia Menor, y desde la muerte de Rufino anhelaba la privanza ante Arcadio, creyó llegado el momento de entrar en acción contra Eutropio. Alegó no estar muy seguro de sus tropas y prefirió entrar en arreglos con Trebigildo. Como éste andaba resentido contra Eutropio, exigió como una de las condiciones para los arreglos la eliminación del privado. Arcadio comenzó a vacilar.

Pronto se añadió una nueva circunstancia. Había subido al trono de Persia un sasanida enérgico, Yezdgar I el Pecador (399-420), y en Constantinopla comenzó a temerse una nueva guerra con Persia. Pero en caso de guerra, era indispensable contar con Estilicón, cuyo auxilio no podría obtenerse sin la caída de Eutropio. Juntamente la emperatriz Eudoxia, que no soportaba ya la altivez del favorito, iba trabajando el ánimo de Arcadio. Finalmente vino a llenar la medida la posición de Eutropio ante el arzobispo de Constantinopla, Juan, llamado más tarde el Crisós-tomo. El valido, pensando en halagar la opinión pública y ganarse a los católicos, había hecho consagrar arzobispo a Juan, que venía a constituir por su elocuencia una gloria para la ciudad. Pronto se llevó la misma desilusión que Teófilo de Alejandría, el consagrante. Aquel hombrecillo de baja estatura, complexión débil y enfermiza, flaco, pálido, de sensibilidad exquisita, ascetismo viviente, no era manejable. Rectilíneo en sus normas de conducta, desde el primer día dedicó sus energías de santo a la reforma de las costumbres. Y la corte tenía muchas cosas que reformar.

Eutropio hubo de sufrir diversas veces las amonestaciones, llenas de suave dulzura cristiana, del prelado, aunque inútilmente. El pueblo se daba cuenta, y esto acababa de enajenar su ánimo contra el valido. Por último Eutropio, para asegurar, según se cuenta, sus venganzas contra ciertos personajes, hizo que Arcadio promulgara, a fines de julio del 398, una ley por la que se prohibía terminantemente al Clero y monjes proteger a los criminales que hubieran sido legalmente condenados, y se hacía a los obispos responsables de la conducta del Clero y los monjes a este respecto. Además se prohibía admitir en el Clero a personas que tuvieran lazos de unión obligatorios que los ataran a otra clase social; y finalmente se quitaba a las iglesias el derecho de asilo, y se advertía a los obispos que su jurisdicción debía limitarse en los juicios civiles a los casos en que ambas partes contendientes voluntariamente quisieran sujetar a ellos su proceso.

El revuelo fue muy grande. Intervino la emperatriz. Arcadio decidió la deposición del privado a principios de agosto de 399, y lo despojó de todos sus títulos. Gainas y Trebigildo se echaron sobre el desvalido: turbas y soldados lo pidieron para la muerte. Y Eutropio no encontró modo de salvarse sino refugiándose, como sitio de asilo, en la

catedral. Durante muchos días el prelado hizo frente a la guarnición, al populacho, a Gainas y Trebigildo, a la emperatriz y a Arcadio, y mantuvo a salvo al refugiado. El jefe de la guarnición se presentó con una orden del emperador para que se le entregara el reo, pero el Crisóstomo se negó. Más aún: predicó una bellísima Homilía que movió a piedad al pueblo. Por algunas frases parece que o él personalmente o por medio de algunos delegados, logró del emperador que aplacara la cólera de los soldados.

Pero Eutropio no se sentía seguro de las insidias de sus enemigos y huyó de la catedral. Hacia el 17 de agosto fue de nuevo capturado y conducido a Chipre en destierro. No mucho después fue trasladado a Calcedonia y ejecutado como reo de lesa majestad. Eudoxia no sabía perdonar. Inmediatamente se preocupó la emperatriz de llenar ella el hueco del valido ante Arcadio, lo que disgustó sobremanera a Gainas. Logrado esto, arremetió contra Aureliano, Prefecto del Pretorio, sucesor de Cesario y hermano de éste. Luego comenzó a sentirse fuertemente el movimiento antibárbaro, a pesar de ser Eudoxia hija de un germano. Se quiso reorganizar el ejército, pero eliminando al elemento de los bárbaros. Gainas advirtió que el tiro iba contra él, y se alió con Trebigildo para imponerse por el terror. Trebigildo con los suyos se movió hacia el Helesponto mientras Gainas se situaba en Calcedonia. Arcadio tuvo miedo, pues el único cuerpo de milicias que le quedaba disponible era el de Tracia, y precisamente lo comandaba Gainas. Por otra parte, también Alarico, a quien había nombrado Magister Militum per Illyricum se le mostraba adverso. Prefirió pactar y se entrevistó con Gainas en la iglesia de Santa Eufemia mártir, en las afueras de Calcedonia.

Pero el pacto, por el lado de Gainas fue leonino. Entre las varias condiciones para sujetarse, puso la de ser nombrado Magister Militum Praesentalis, o sea General en jefe de las tropas que se situaran en el lugar en donde residiera el Gobierno. Exigió además que se le entregaran varios de los jefes antibárbaros de mayor influencia, entre los cuales señaló desde luego a Aureliano y Saturnino. Lo hizo con el objeto de quitar de delante a todos los personajes que podían hacerle sombra en su omnipotencia. A todo se avino el débil Arcadio; y así, tras de una reconciliación confirmada con juramento, Gainas al fin entró en Constantinopla al frente de unas 35,000 personas, entre soldados y familias.

Entendió el Crisóstomo el peligro en que se encontraban Aureliano y Saturnino, pues Gainas meditaba darles muerte. Pero logró arrancarlos de la pena de muerte y que se les conmutara por el destierro, tras de muchas vueltas y sudores, como lo indicó el santo en una de sus Homilías. Luego quiso Gainas que se cediera a los godos arrianos una iglesia en la ciudad. A los godos católicos ya el Crisóstomo les había asignado una. Arcadio no se atrevió a oponerse. Pero el Crisóstomo afrontó la situación y logró conjurar aquel peligro, y Arcadio, tras de la visita hecha por el santo personalmente a Gainas, negó el permiso. Gainas se puso furioso y corrieron rumores de que pensaba en incendios y matanzas. Aumentó el terror un cometa que apareció por entonces. De manera que aunque Gainas dominaba militarmente la plaza de Constantinopla, el pueblo se hallaba exasperado y lo odiaba.

Por fin la noche del 11 al 12 de julio del año 400, bajo el pretexto de ir a venerar la cabeza de San Juan Bautista, que se decía estar depositada en la iglesia dedicada en su nombre, a siete millas, Gainas, con una parte de sus soldados, su familia y otras personas abandonó la ciudad. Iban a seguirlo los otros godos, porque ya sospechaban la catástrofe que se les echaba encima. Pero una riña que se suscitó inflamó al populacho,

que logró cerrar las puertas de la ciudad, y quedaron dentro prisioneros unos 7,000 godos. De éstos, unos fueron asesinados y otros se refugiaron en la iglesia que el Crisóstomo había cedido a los godos católicos para el culto. Arcadio y Eudoxia vieron la oportunidad de vengarse, y el emperador ordenó incendiar la iglesia, en donde murieron quemados vivos los refugiados.

Todavía Cesario intentó una reconciliación entre Arcadio y Gainas, que se había retirado a Tracia y la devastaba, pero fracasó. Entonces Arcadio con expresa aprobación del Senado envió fuerzas contra Gainas al mando de un buen militar de la escuela de Teodosio, llamado Fravitas. Gainas intentó pasarse a Asia, pero Fravitas le hundió las barcas en el Helesponto. Con el resto de sus bárbaros se retiró Gainas hasta el otro lado del Danubio. En la ribera misma, el jefe huno Uldino le dio muerte y envió su cabeza a Constantinopla. Fravitas, en recompensa, fue designado Cónsul para 401. Unos meses después revocó Arcadio la orden de destierro que pesaba sobre Aureliano, quien tomó de nuevo la Prefectura del Pretorio. Luego Fravitas fue condenado a muerte bajo la acusación, según parece, de andar procurando un entendimiento con Estilicén.

Comenzó entonces la reorganización del ejército, pero eliminando al abundantísimo elemento bárbaro: política que duró hasta la muerte de Arcadio, acontecida el 10 de mayo de 408. Con esa eliminación, el imperio quedó militarmente muy debilitado, porque sus poblaciones no tenían espíritu guerrero. Llegó hasta el punto de que ya ni siquiera lograba contener las incursiones de los bárbaros por la Cirenaica y el sur y oriente del Asia Menor. En esta última parte, sobre todo de 404 a 408, los isauros cometieron infinitas tropelías que grandemente molestaron al Crisóstomo en su destierro.

#### r.4.1

Libre, pues, el imperio de los desórdenes causados por los favoritos y sus ambiciones y sin enemigos poderosos exteriores que lo pusieran en peligro, pudo Eudoxia ocupar el puesto de primacía en el manejo de Arcadio y entregarse a una vida de lujo, pompas y vanidades a su capricho. Tras de sus elegantísimos vestidos y ruidosas fiestas, siempre quedaba a retaguardia la bárbara con todas sus pasiones y con toda la omnipotencia que le prestaba la sujeción de Arcadio a sus voluntades. Era obvio que, con semejante línea de conducta, pronto encontraría dificultades con el Prelado, celoso de la pureza de las costumbres. La prudencia del santo evitó un rompimiento durante casi tres años. Pero en el ánimo de Eudoxia bullía el resentimiento oculto y ella no sabía perdonar.

Le dolió la conducta del Prelado cuando salvó a Eutropio; le dolió la forma en que trató a Gainas; pero sobre todo le dolía mucho que perorara contra las liviandades y desórdenes femeniles, pues se creía aludida. Por su parte, el Crisóstomo nunca mantuvo rencor contra nadie. Más aún: siempre que se ofreció la ocasión, nunca dejó de alabar a los príncipes y en particular a la emperatriz, en previsión de males mayores. Ya en 399, cuando Eudoxia acompañó a pie las reliquias de los mártires desde Constantinopla, en el mes de septiembre, por un trayecto de nueve millas, hasta Drypias, en la Homilía predicada allá, la colmó de elogios. En abril de 401, el día 10, le bautizó al futuro Teodosio II, que al año siguiente fue proclamado Augusto. Y así trató de mantener pacíficas relaciones con ella. Pero todo resultó inútil.

Cuando en 401 el Santo hubo de ir a Efeso, como el viaje iba a ser de alguna duración,

dejó encargada su iglesia de Constanti-nopla al obispo Severiano. Pero Severiano era uno de los que ambicionaban la sede constantinopolitana; y empleó los tres meses de ausencia del Crisóstomo en ponerlo en mal con Eudoxia y el Clero. El pueblo se puso furioso, y en un arranque expulsó de la ciudad a Severiano, quien se refugió en Calcedonia, al lado del obispo Cirino, que era enemigo del Crisóstomo. Estaba el Crisóstomo muy al tanto de las intrigas de Severiano. Pero intervino Eudoxia, y el Santo hubo de recibir de nuevo, aunque contra su voluntad, al intrigante. Luego, el año 402, prevalida la emperatriz de su posición, se apoderó de un terreno contra toda justicia, cosa que el Santo no pudo menos de reprocharle. El terreno era de una pobre viuda que en su abandono acudió al Crisóstomo. También se incautó de un dinero perteneciente a otra viuda de nombre Calítrope. Y de nuevo intervino el Santo. Y el bloque de oposición fue aprovechando las circunstancias.<sup>2</sup>

Los cabecillas de aquel partido político-eclesiástico, decidido a echar de su sede al prelado, eran Severiano, obispo de los gabalos; Acacio, obispo de Berea; Antíoco, obispo de Ptolemaida, e Isaac, sirio de nación, y abad de unos monjes. Detrás de ellos y como jefe supremo estaba Teófilo, quien desde Alejandría no perdía de vista la sede de Constantinopla. Como el partido se sintiera apoyado por la valida Eudoxia, se puso en movimiento. Envio unos delegados a Antioquía con el objeto de buscar datos sobre la juventud del Crisóstomo con que condenarlo; pero no encontraron nada reprehensible. Acudió entonces a Teófilo de Alejandría, a quien por su opulencia y sus formas solemnes apodaban El Coturno. Juntamente comenzaron los del partido a llenar los oídos de Eudoxia con miles de hablillas acerca de que en su predicación el Santo la injuriaba.<sup>3</sup> Arcadio seguía en todo a Eudoxia. Diversos palaciegos al notar el movimiento se sumaron a los descontentos. También se sumaron clérigos y obispos sufragáneos a quienes el Santo había advertido de sus faltas. Finalmente engrosaron el grupo varias mujeres de alta posición social y de influencia en la corte, por resentimientos contra el prelado, como ya indicamos en el texto.

Por su parte, Teófilo, advertido de todo, iba preparando muy bien desde Alejandría el golpe decisivo. Había vejado sin motivo a un presbítero octogenario de nombre Isidoro, el cual se acogió a unos monjes. Teófilo, enfurecido, hizo echar del monasterio a varios de los principales. Entonces Ammonio, anciano venerable, encabezó una comisión que fue a entrevistarse con Teófilo y su 2 Eudoxia cometió otra serie de excesos. Los atropellados generalmente recurrían al prelado como a padre común, y él antepuso siempre la caridad y la justicia a quedar bien con los príncipes.

3 En muchas Homilías encontramos trozos dedicados a combatir el exceso de lujo, el amor a las riquezas, la avaricia, la vanidad de las mujeres, etc.

Pero era obvio que sus exhortaciones parecieran reprimendas a quienes andaban manchados con esos vicios.

plicarle alguna explicación sobre la expulsión de los perseguidos. El prelado se llenó de cólera, cargó de golpes a Ammonio, y para evitar hablillas contra sí, acusó a los monjes de origenistas, que era el error que por entonces andaba armando revuelo. Más aún: convocó un Sínodo de obispos circunvecinos contra los origenistas, y en él excomulgó a tres de los más notables monjes, uno de los cuales fue Ammonio. Enseguida envió emisarios que echaran de sus monasterios a todo monje origenista que encontraran. Quiso quitarles los escritos de Orígenes, pero ellos alegaban que sabían bien discernir el

error de la verdad.

Había entre los monjes cuatro a quienes por su estatura denominaban Los Hermanos Largos. Estos fueron a refugiarse, con otros 50, a Palestina. No se sintieron seguros y se trasladaron a Constantinopla. Teófilo advirtió la buena ocasión para sus ambiciones, y astutamente se dedicó a aprovecharla. Los refugiados rogaron al Crisóstomo que les ayudara a reconciliarse con Teófilo; pero le añadieron que, en caso de no ser ayudados, recurrirían al emperador. El Santo les prometió escribir a Teófilo, y por mientras les señaló como residencia la iglesia de Santa Anastasia. Los monjes comenzaron a vivir del trabajo de sus manos y también algunas personas piadosas les ayudaban.

Escribió el Crisóstomo a Teófilo una carta llena de humildad. Mientras, como estuvieran en Constantinopla algunos clérigos enviados por Teófilo para el arreglo de varios asuntos, el Santo inquirió de ellos si conocían a los dichos monjes. Contestaron que sí; pero aconsejaron al prelado no admitirlos en su comunión para no exacerbar a Teófilo. Cosa que hizo el Santo. Por su parte no procedió igualmente Teófilo, porque se persuadió de que el Crisóstomo los había admitido a la comunión. Se negó pues a recibirlos de nuevo en Alejandría, y además redactó un libelo en que grandemente los calumniaba como a hechiceros, etc. Como esto lo supieron, a su vez escribieron otro libelo contra Teófilo, y lo entregaron al Crisóstomo. El prelado les suplicó que no escribieran contra Teófilo; pero al mismo tiempo hizo llegar a éste el libelo a fin de que conociéndolo procediera en la forma que mejor le conviniera. Al mismo tiempo le hacía saber que no había recibido en la comunión a los monjes refugiados, y que les había suplicado salieran de Constantinopla, a lo que ellos se habían negado.

Teófilo se exaltó. Escribió al Santo en tono soberbio asentando qjue él no tenía quien le juzgara sino el Sínodo de los obispos de Egipto, y no un prelado de Constantinopla que distaba de Alejandría 75 días de camino. Además, expulsó de su territorio a un obispo de nombre Dióscoro por haberse mostrado amigo de los monjes refugiados. Dióscoro huyó a su vez a Constantinopla. Entonces Teófilo pensó en utilizar directamente la cuestión origenista en su favor. Escribió pues a todos los obispos que pudo cartas anti-origenistas y envió a Constantinopla otros monjes que lo defendieran ante el emperador. La ciudad se convirtió en un campo de batalla de los contendientes. En vano se esforzó el Crisóstomo en que mantuvieran la paz. Se negaron unos y otros, por lo que el prelado se salió fuera del negocio.

Al ver esto los refugiados escribieron varios libelos contra Teófilo en que lo acusaban de muchos crímenes y los entregaron al emperador y a la Augusta. Luego personalmente se presentaron a esta última mientras andaba visitando el martirio de San Juan; y le suplicaron que hiciera examinar por el Prefecto de la ciudad los libelos de los adversarios y que hiciera venir a Constantinopla a Teófilo para ser juzgado delante del Crisóstomo; y que si los monjes contrarios no demostraban la verdad de sus afirmaciones, se les castigara como a calumniantes. Accedió la emperatriz. Pero los monjes que Teófilo había enviado para que lo defendieran, suplicaron no ser juzgados hasta que Teófilo estuviera presente. Entonces el Prefecto ordenó que entretanto los custodiaran en la cárcel. Parece que el desaire definitivo del Crisóstomo a los refugiados inclinó a favor de ellos el ánimo de la emperatriz como una forma de vengarse del Santo. Arcadio por su parte veía las cosas a través de lo que su esposa le sugería, aunque a veces no dejaba de andar vacilando.

Entre esas tardanzas, los carceleros, por hacer gracia a Eudoxia, trataron mal a los monjes encarcelados; de manera que algunos murieron en la prisión. Pero otros fueron convencidos de calumnia y relegados al Proconeso. Arcadio al fin se decidió a mandar llamar a Teófilo y le ordenó que se presentara solo. Teófilo dio largas al asunto. Pero mientras procuró ganarse al obispo de Salamina de Chipre, San Epifanio. Se acusaba a éste de sostener el error de los antropomorfistas que decían tener Dios figura corporal como los hombres. Teófilo por de pronto simuló estar de acuerdo con él, y le escribió que condenara a los origenistas. San Epifanio reunió un Sínodo en Chipre y procedió a la condenación. Luego Teófilo rogó a San Epifanio que se trasladara a Constantinopla y examinara de cerca al Crisóstomo, pues estaba tocado de origenismo. Era san Epifanio una alma muy virtuosa pero en exceso sencilla, y cayó en el lazo. Con buen celo partió a Constantinopla, ya prevenido a causa de las hablillas de Teófilo.

Antes de entrar en Constantinopla se detuvo en la iglesia de san Juan, que estaba en la séptima piedra miliaria, es decir a siete millas, y ahí celebró los divinos misterios y ordenó de diácono a cierto sujeto, sin las facultades del propio prelado del ordenando que era el Crisóstomo. Pero el Santo disimuló aquella irregularidad, e invitó a san Epifanio a hospedarse en su casa. Epifanio lo rehusó para no molestar a Teófilo. Pero enseguida reunió a los obispos que se encontraban en la ciudad, les mostró los decretos antiorigenistas de su Sínodo de Salamina y les rogó que los suscribieran, cosa que sólo hicieron algunos. Como el Crisóstomo le instara de nuevo a hospedarse en su casa, Epifanio le contestó que no lo haría hasta que expulsara de la ciudad al obispo Dióscoro y firmara también él lo decretado en Salamina.

Cuando los partidarios de Teófilo vieron a Epifanio tan inclinado en favor del alejandrino, determinaron aprovecharlo. En consecuencia lo exhortaron a que celebrara los misterios en la iglesia de los Apóstoles, y condenara delante de todo el pueblo los libros de Orígenes y excomulgara a Dióscoro y amonestara al Crisóstomo como fautor del origenismo. Era el plan de Teófilo. No perdía de vista el Santo las maniobras. Y cuando Epifanio estaba ya dentro de la iglesia, dispuesto a todo, le envió un mensajero con la súplica de no proceder a tantas irregularidades en contra de las leyes eclesiásticas. Epifanio se aterrorizó, salió inmediatamente de la iglesia y al punto se embarcó camino de Chipre. Murió en el viaje un día del mes de mayo de 403.(4)

(4) Hemos ido siguiendo las fechas con la probabilidad posible. Hay entre los mejores autores y biógrafos del Santo muchas divergencias que no estamos llamados a resolver. Por ejemplo: según Stein (Vol. I, pág. 242) el viaje del Santo a Efeso tuvo lugar en el invierno del 401-402; según Gregoire (Byzantion III, 1927), ha de colocarse en el invierno del 400-401, y lo mismo afirma Baur. Acerca de las diferencias entre Severiano y el Santo, Stein las coloca después del viaje a Efeso, pues de otro modo el Crisóstomo

Ido Epifanio, los adversarios del Crisóstomo buscaron el apoyo de Eudoxia y continuaron representándole las predicaciones del Santo como alusiones a su persona. Entonces la emperatriz pensó en tomar definitivamente el asunto por su cuenta y urgió a Teófilo a cumplir con el decreto de Arcadio que lo llamaba a Constantinopla. Quería que se reuniera un Sínodo en que el Santo fuera juzgado. Andaban ya trabajando en lo mismo Severiano y los del grupo. El de Alejandría comprendió que el negocio estaba maduro y emprendió el camino de Constantinopla, aunque no solo, según lo disponía Arcadio, sino con todo un cortejo numeroso y cargado de regalos para los emperadores

y otros influenciables. Hizo el viaje por tierra, y así llegó hasta Calcedonia, en donde se le unieron los obispos que él había convocado y los convocados por el emperador, ya con la idea del Sínodo para juzgar al Crisóstomo.

Así, gracias a la esposa y valida de Arcadio, Teófilo se había convertido de acusado en acusador. A todos les atendió el obispo Ci-rino, de esa ciudad, enemigo del Santo. Teófilo, para mejor llegar a su objetivo, hizo las paces con los monjes que había desterrado; y se procedió enseguida a forjar ahí mismo todo el plan para deponer al Crisóstomo.<sup>5</sup> Una vez combinado, los obispos, menos Girino, que estaba enfermo, cruzaron el Bosforo y entraron solemnemente en la metrópoli. Ninguno de los clérigos salió a recibirlos, por respeto al prelado. En cambio, los marinos de la nave frumentaria de Alejandría, que estaba anclada en el puerto, les tributaron aclamaciones. Era el mes de junio del 403.

Había el Crisóstomo preparado alojamiento para todos. Pero Teófilo se negó incluso a entrar en su iglesia; y fue a hospedarse en una casa imperial que llamaban la Placidiana. El Santo inteno no habría encargado su iglesia a ese obispo; en cambio Demougeot quiere que hayan sido antes, etc.

5 A propósito de Cirino se cuenta una anécdota curiosa (Sozomeno y Sócrates). Se dice que como estuvieran reunidos los obispos adversos al Santo allá en Calcedonia, en una de las juntas previas al Sínodo, Marutas, obispo de Mesopotamia, inadvertidamente dio un pisotón a Cirino, ya enfermo de las piernas. El golpe se le inflamó, por lo cual Cirino se abstuvo de pasar a Constantinopla con los otros obispos cuando las primeras juntas. Marutas era un varón probo que había sido engañado por Teófilo y sus secuaces. Pero Dios lo tomó como instrumento para hacer sentir a Cirino su castigo. Pues en tal manera le afectó el golpe la pierna, que un poco después, como no pudiera Cirino soportar los dolores, él mismo pidió a los médicos que se la amputaran, como se hizo; y de eso murió.

tó varias veces que Teófilo le explicara el motivo de su enemistad y le prometía la enmienda en lo que le hubiera faltado. Pero Teófilo nada le contestó.<sup>6</sup> Todavía Arcadio hizo un débil conato para zafarse del enredo de su mujer. Llamó al Crisóstomo y le indicó que procediera a juzgar a Teófilo. El Santo le respondió que eso no le tocaba a él, sino a un Concilio o Sínodo de los obispos de Egipto. Y no porque ignorara que podía sujetar a Teófilo al juicio de un Sínodo general de los obispos de todo el Oriente, sino porque preveía que todo habría de ser inútil con aquel hombre obcecado.

Por su parte, supo Teófilo de dos diáconos a quienes el Crisóstomo había depuesto: a uno por adulterio y a otro por asesinato. Los llamó y les encomendó escribir un libelo difamatorio, con la promesa de que los restituiría a su grado. Escribieron lo que Teófilo les dictó; y con esos escritos en la mano, reunió el alejandrino a los adversarios del Santo en la casa llamada Eugrafia. Uno de los invitados sugirió que los escritos debían entregarse al emperador, con el objeto de que obligara al prelado a presentarse y responder de aquellas acusaciones. Lograron de Arcadio lo que querían y lo que ansiaba Eudoxia. Con lo cual determinaron trasladarse a Calcedonia para mayor seguridad, pues temían un tumulto del pueblo de Constantinopla.

Repasaron el estrecho y fueron a reunirse en una quinta de campo, en las orillas de Calcedonia, llamada La Encina, en latín Quercus, que dio su nombre al conciliábulo.

Tuvieron las sesiones en la iglesia de los apóstoles Pedro y Pablo que había construido Rufino. Presidieron el conciliábulo Acacio, Severiano y An-tíoco. Pero en él no se dijo nada de las acusaciones de origenis-mo contra el Crisóstomo ni de la cuestión de los Hermanos Largos. Cirino acudió a las juntas aunque estaba enfermo. Acudió también un joven, sobrino de Teófilo, que después brilló como una lumbrera de Alejandría: era Cirilo. Se tuvieron 13 sesiones, de las que 12 se dedicaron al Crisóstomo y la última a la discusión sobre la legitimidad del obispo Heraclides, a quien el Crisóstomo había consagrado en su viaje a Efeso. El Sínodo no pudo demostrar la invalidez de la consagración. Era el mes de septiembre.

c Así lo dice expresamente el Crisóstomo en su carta primera al Papa Inocencio. La versión del Epistolario del Santo la encontrará el lector en el Vol. III nuestro, de aparición próxima.

El acusador del Crisóstomo fue el diácono Juan, que era uno de los enemigos del Santo. Presentó 29 acusaciones, que se nos han transmitido en la forma siguiente. Primera: Que a él (el diácono acusador) lo había depuesto por haber azotado a un criadito que tenía. Segunda: Que a él un cierto monje Juan lo había azotado por orden del prelado y lo había sacado de su casa y lo había encadenado y arrojado entre los posesos. Tercera: Que había dado a contrata por una suma exorbitante la fábrica de los cimientos de la iglesia. Cuarta: Que había vendido los mármoles que Nectario dejó para adornar la iglesia de Santa Anastasia. Quinta: Que a los clérigos los llama viles, corrompidos e inútiles y que no valen tres óbolos. Sexta: Que al venerable Epifanio lo llamó delirante y pequeño demonio. Séptima: Que puso asechanzas al obispo Severiano e incitó contra él a los Decanos. Octava: Que había escrito un libro lleno de calumnias contra el Clero. Novena: Que habiendo reunido a todo el Clero, citó a comparecer a tres diáconos, Acacio, Edafio y Juan, y los acusó de haberle robado su humeral y anduvo investigando si acaso lo habían utilizado para alguna otra cosa. Décima: Que ordenó obispo a Antonio, violador de sepulcros. Once: Que a su compañero Juan lo traicionó y lo entregó a los soldados. Doce: Que no rezaba ni al entrar ni al salir de la iglesia. Trece: Que había hecho ordenaciones de diáconos y presbíteros sin altar. Catorce: Que en una ordenación única había creado cuatro obispos a la vez. Quince: Que recibía a las mujeres solas y estando él solo, tras de echar fuera a todos los demás. Dieciséis: Que por medio de Teódulo había vendido la heredad de Tecla. Diecisiete: Que no se sabía a dónde iban a parar los réditos de la iglesia. Dieciocho: Que ordenó presbítero a Serapión, estando éste sujeto a juicio. Diecinueve: Que había despreciado a quienes estaban en comunión con todo el orbe, y que por sentencia suya habían sido detenidos en la cárcel y habían muerto en ella, y que ni siquiera se había dignado dar sepultura a los cadáveres. Veinte: Que había injuriado al santísimo varón Acacio y que no lo habían sido detenidos en la cárcel y habían muerto en ella, y que tregado en manos de Eutropio al presbítero Porfirio para que lo enviara al destierro. Veintidós: Que lo mismo había hecho con Venerio, tras de golpearlo gravemente. Veintitrés: Que para él solo se calienta el baño, y que una vez que se ha bañado, Serapión cierra la puerta a fin de que nadie más se bañe ahí. Veinticuatro: Que ha ordenado a muchos sin testigos. Veinticinco: Que come solo y de modo intemperante y lleva una vida de Cíclope. Veintiséis: Que hace a la vez de acusador, juez y testigo, como consta por lo que se cuenta que hizo con el protodiácono Martirio y con Proheresio, obispo de Licia. Veintisiete: Que a Memnón lo golpeó con el puño y que, mientras aún manaba la sangre, así celebró los divinos misterios. Veintiocho: Que se reviste y se desviste en el trono y se come una pastilla.<sup>7</sup> Veintinueve: Que a los obispos que ordenaba luego les



daba dinero para poder oprimir al Clero por su medio.

Luego se presentó el abad Isaac y formuló 18 acusaciones. Se nos han conservado en la forma siguiente. Primera: Acerca del monje Juan, ya nombrado, al cual había mandado azotar y encadenar, para favorecer así a los<sup>1</sup> origenistas. Segunda: Que el bienaventurado Epifanio no había querido comunicar con el Cri-sóstomo porque éste tenía a su lado a los origenistas Ammonio, Eu-timio, Eusebio, Heraclides y Paladio. Tercera: Que diariamente comía solo con desprecio de la hospitalidad. Cuarta: Que había dicho en la Iglesia que la mesa sagrada estaba llena de furias. Quinta: Que había dicho en la Iglesia con vanagloria / hablaré! y ¡enloquezcó!, palabras que siempre ha ignorado la Iglesia.<sup>8</sup> Séptima: Que se mostraba laxo con los pecadores y les decía: "Si otra vez pecaste, otra vez haz penitencia; y cuantas veces pecares ven a mí y yo te sanaré". Octava: Que ha blasfemado en la Iglesia diciendo que cuando Cristo oraba no había sido escuchado por su Padre, porque no oraba como convenía. Novena: Que excitaba al pueblo a la sedición y en contra del Sínodo. Décima: Que había recibido en la Iglesia y retenía y defendía a los gentiles que ha ' Recuérdese que en la Iglesia griega la comunión se daba y tomaba bajo las dos especies y el pan que se consagraba era con levadura. De aquí que para mejor purificar la boca acostumbrara el Santo tomar una pastilla después de la comunión. Aun ahora se toma un pedazo de pan bendito para lo mismo.

8 La alusión no puede referirse sino a la Homilía del Santo predicada con ocasión de haber acompañado la emperatriz, a pie y sin insignias reales, las reliquias de los mártires cuando fueron trasladadas desde la Iglesia mayor hasta Drypias. Mostró el Santo inmenso regocijo, pero eso no puede constituir culpa alguna. Véase la versión de esa Homilía y lo que sobre ella anotaremos en nuestro Vol. III de las Obras Completas del Crisóstomo de aparición próxima.

bían perpetrado muchos males contra los cristianos. Once: Que invadía las provincias de otros prelados y en ellas hacía ordenaciones de obispos. Doce: Que procedía en forma contumeliosa contra los obispos y ordenaba echar de su casa a los 'entyárov.<sup>9</sup> Trece: Que injuriaba en forma desusada a los clérigos. Catorce: Que se apoderaba por la violencia de los dineros depositados por otros. Quince: Que sin la reunión y contra la voluntad del Clero confería órdenes sagradas. Dieciséis: Que recibía a los origenistas, y en cambio, a quienes estaban en comunión con la Iglesia, aun cuando llevaran cartas comendaticias no los libraba de la cárcel; y que ni siquiera los visitaba cuando estaban encarcelados y ya moribundos. Diecisiete: Que había ordenado obispos a esclavos ajenos aún no manumitidos,' y aun acusados de crímenes. Dieciocho: Que al mismo Isaac muchas veces lo había maltratado.

El Sínodo comenzó por examinar las 29 acusaciones del diácono Juan; luego siguió con las 18 del abad Isaac. Finalmente entró a considerar también las que se hacían contra Heraclides, cuyo acusador fue Macario, obispo de Magneto. Contra este Heraclides, Isaac había afirmado que era origenista y que en Cesárea de Palestina le había robado las vestiduras al diácono Aquilino, y que a pesar de todo, el Crisóstomo lo había consagrado obispo de Efeso. Terminado el examen de las acusaciones, el Sínodo determinó citar al Santo a comparecer ante él y sincerarse de ellas. Fueron comisionados para hacer la citación Dióscoro y Pablo, originarios de Libia, ordenados hacía poco.

Cuando éstos se presentaron ante el Crisóstomo, estaba éste a la mesa juntamente con

los 40 obispos que se habían reunido espontáneamente en Constantinopla con el fin de defenderlo; y comentaban en esos momentos el arte y la audacia de Teófilo, quien, habiendo sido citado por el emperador como reo, se había convertido en acusador. Los emisarios del Sínodo llevaban por escrito la citación. El Santo quiso que ahí públicamente la leyeran. Decía: "El santo Sínodo congregado en Quercus. Hemos recibido libelos contra ti que contienen infinitos crímenes. En consecuencia, preséntate y trae contigo a Serapión y a Tigrio presbíteros por \* Parece que esa palabra griega fue corrompida en los manuscritos, pues no se encuentra en los Diccionarios. No se puede conjeturar cuál sería la auténtica.

que son necesarios". El Santo contestó: "Si retiráis de entre los jueces a los que son enemigos míos manifiestos, estoy pronto a presentarme. Y si alguno me acusa me defenderé. Pero si no lo hacéis, aunque me citéis muchas veces no acudiré". Se refería a Teófilo, Severiano, Acacio y Antíoco.

Los obispos que estaban a la mesa con él optaron por enviar al Sínodo una comisión de tres de ellos que fueron Lupiciano, Demetrio y Eulysio, con dos presbíteros, Germano y Severo: todos varones notables por su virtud. Con ellos enviaron al Sínodo una respuesta un tanto agria: "No perturbes a la Iglesia ni la divides (se referían a Teófilo), pues por ella Dios se hizo carne. Mejor, ven tú a nosotros y no nos provoques a salir fuera, como lo hizo Caín con Abel; ven para que primero nosotros te oigamos, porque tenemos contra ti setenta libelos llenos de acusaciones y somos más numerosos que los congregados en tu Sínodo. ..."

Los obispos congregados en Quercus eran, en efecto, según las noticias más probables, 36. Estos recibieron a los emisarios de los 40 de mala manera. A uno lo azotaron, a otro le rasgaron las vestiduras, a otro le echaron al cuello las cadenas que tenían preparadas para el Crisóstomo, porque pensaban encadenar al Santo, ponerlo en una nave y relegarlo a algún lugar ignoto. Con esto, por motivo del terror, algunos de los emisarios ya no regresaron a verse con el Santo. Sólo volvió fielmente Demetrio. Pero Eudoxia ardía en ansias de la deposición y destierro del prelado y apretaba en ese sentido a Arcadio. Por esto, apenas habían partido hacia el Sínodo los emisarios de los 40, cuando llegó corriendo y sudando un enviado del palacio real que al mismo tiempo era Notario oficial, y a nombre del emperador urgió al Crisóstomo a presentarse ante el conciliábulo.<sup>10</sup> El Santo respondió lo que ya había dicho al Sínodo, y no se movió.

El Sínodo sin más lo declaró depuesto de su Sede sin alegar otro motivo que la contumacia en no presentarse. El plan de Teófilo estaba, pues, perfectamente realizado. El Sínodo envió al punto una carta al Clero de Constantinopla, avisándole que su prelado había sido depuesto, y lo mismo comunicó oficialmente al emperador. A éste le suplicaba además que procediera a desterrar al Crisóstomo e imponérsele las penas debidas al crimen de lesa majestad por haber llamado a Eudoxia jezebel.<sup>1</sup> El débil Arcadio cedió, pero a medias. Confirmó la deposición del Santo, mas no quiso imponerle las penas que el Sínodo ansiaba. Fue en las horas de la tarde cuando se hizo pública la deposición del prelado, y el pueblo inmediatamente se amotinó y formó guardia en torno a la iglesia durante toda la noche, con el objeto de impedir que sacaran al pastor: ¡se decía entre el pueblo que por lo menos debía ventilarse su causa en un Sínodo mucho más numeroso!

10 Los epítetos puestos al mensajero indican de por sí la agitación que en el palacio

reinaba. Se le llama ζαχvSgo/iog xai xaxvyeaKpoi;, o sea veloz para correr y para escribir.

Como viera el Santo que Arcadio perseveraba en su determinación, al tercer día se entregó voluntariamente al jefe de la escolta, por bien de la paz y sin que el pueblo se diera cuenta. Así fue conducido entre soldados al puerto de Hierón y de ahí a los campos de Prénite, en Bitinia, que quedaban enfrente de Nicomedia hacia el suroeste. Entonces Teófilo se apresuró a entrar en la iglesia con los suyos. Pero, como el pueblo no cedía, fue necesario desalojarlo por medio de las armas, y el Bautisterio, según parece, se manchó de sangre. Severiano subió al pulpito y quiso defender lo hecho, pero el pueblo se irritó más aún, y muchos corrieron al palacio a pedir al emperador que revocara la orden. Mientras, Teófilo volvió a su grado antiguo al diácono adúltero y al otro asesino, y redactó un rescripto por el cual nombraba, sin tener jurisdicción, a otro prelado para suceder a Juan en la sede.

Pero sucedió que esa misma noche sobreviniera un terremoto que sacudió a la ciudad. Eudoxia al sentir cómo el palacio parecía querer hundirse sintió un miedo pánico. Y dándose cuenta de ser ella la autora principal de la deposición y destierro del prelado, voló a suplicar a Arcadio que revocara la orden. Este obedeció al punto a su esposa y válida. Y con la orden en la mano salió a toda prisa, por mandato de Eudoxia, el eunuco Brisos a llamar al

11 La Homilía en que se encuentran esas palabras referentes a Jezabel en forma realmente injuriosa para la emperatriz, tiene dos partes muy diferentes cuanto al estilo, etc. La primera sí parece del Santo. La segunda actualmente se tiene como ciertamente espuria. En esta segunda parte es en donde se encuentra esa brevísima comparación o mejor alusión a Jezabel y luego otra a Herodías. Parece que la fingió algún griego inepto ya antes de que escribieran sobre este asunto Sócrates y Sozomeno, quienes la tomaron como auténtica. Por lo demás en el resto de las obras que conservamos del Crisóstomo no se encuentra rastro alguno de que en esa forma tratara a los príncipes.

Santo. El eunuco lo encontró en Prénite y le comunicó la orden de regresar inmediatamente a Constantinopla. Lo supo el pueblo y cubrió de barcas la Propóntide para recibir a su pastor: llevaban todos cirios en las manos. Pero el Crisóstomo, considerando la forma en que se le había expulsado, caminó lentamente, y aun prefirió detenerse en el suburbio llamado Mariana, o según Sozomeno Anaplon. Dudan los autores acerca de si se le envió al Santo a Prénite un solo emisario o si fueron tres, uno tras otro.

Todavía andaba Teófilo procurando que se pusiera a discusión el caso de Heraclides de Efeso, a quien se acusaba de haber encadenado a algunos y haberlos paseado así por enmedio de la ciudad. Con esto se suscitó un grande alboroto entre alejandrinitas y partidarios del Crisóstomo, y hubo muchos heridos y algunos muertos. Al notar el tumulto, Teófilo huyó rápidamente hacia Alejandría. Todavía el Santo insistió en no entrar en su sede si un Sínodo en número mayor que el de Quercus no lo declaraba inocente. El pueblo comenzó a maldecir al emperador, y el prelado, otra vez en bien de la paz, entró en su sede. Los constantino-politanos buscaron en vano a Teófilo: ¡querían arrojarlo al mar! Como él, huyeron Severiano y los obispos egipcios que habían venido al Sínodo con Teófilo, excepto unos pocos. Pero el Santo continuó insistiendo ante el emperador en que se reuniera un gran Sínodo en el cual estuviera presente el alejandrino

y ante el cual pudiera sincerarse él de su conducta. Arcadio lo concedió. Pero Teófilo no quiso regresar a Constantinopla, alegando que el Crisóstomo preparaba tumultos entre el pueblo.

A pesar de la derrota, los enemigos siguieron trabajando. Eudoxia muy pronto olvidó el terremoto. De manera que apenas habían transcurrido dos meses, cuando en noviembre de 403 recomenzó la tempestad. La ocasión fue la dedicación de una estatua de plata que se le erigió a Eudoxia, fiesta en que hubo graves desórdenes. El Santo los reprendió desde el pulpito, y Eudoxia tomó aquellos avisos como una reprensión personal.

Inmediatamente se puso a trabajar en la convocación de un gran Sínodo, pero con la perversa idea de acabar definitivamente con el predicador, que en el fuego de su celo quizá pudo dejar escapar alguna frase menos prudente. Los enemigos del Crisóstomo, en cuanto notaron el ambiente de la corte, trataron de que Teófilo regresara a la ciudad. Pero Teófilo era astuto y no quiso precipitar los pasos. Envío por delante a tres obispos (Pablo, Pemenes y otro), y les dio algunos cánones del Sínodo anterior antioqueno, celebrado en 341. En ellos se contenía que si un prelado era depuesto de su sede por un Concilio o por decreto imperial, o de propia voluntad dejaba su sede, por el hecho mismo quedara perpetuamente depuesto y no se le admitiera ni aun a defenderse: cánones redactados por los arríanos contra San Atanasio.

Eudoxia se sintió segura por aquellos cánones. Y al tiempo de la fiesta de la Navidad logró que Arcadio no se presentara en la iglesia, contra la costumbre establecida, sino que mandara decir al Crisóstomo que no comunicaría con él si primero no se justificaba de sus crímenes. El escándalo fue grande. Inmediatamente comenzaron a reunirse muchos obispos de ambos partidos, y así se formó un nuevo Sínodo, conforme al decreto del emperador enviado con ese fin desde que regresó el Santo a su sede y a ruegos del mismo. Entre los varios prelados se presentó también Teodoro de Tyana, varón de excelsa virtud y muy recto. Pero, al enterarse de la conspiración que se urdía contra el Crisóstomo, se regresó a su diócesis sin siquiera saludar a los obispos.

Reunidos todos en Constantinopla, desde luego asistieron con el prelado legítimo a los misterios divinos, cosa que a Eudoxia le pareció muy mal, y lo mismo a Arcadio, asesorado por la emperatriz. Al Sínodo, según parece, se presentaron las acusaciones debatidas en el de Quercus. Pero los prelados las encontraron tan vacías de culpa, que quedaron desilusionados. Con todo, los alejandrinitas insistieron en los cánones del Sínodo Antioqueno. Entonces hubo una gran discusión; y como no se pusieran de acuerdo los obispos, comenzaron a acudir unos tras otros al emperador. No ha quedado en claro en los autores antiguos cuál fue la sentencia que el Sínodo pronunció finalmente, ni si pronunció alguna.

Eudoxia no renunciaba a su proyecto. Por lo cual, según se cree, empujó a Acacio y Antíoco, cuando ya se acercaban las fiestas de la sagrada Pascua, a pedir del emperador sin más la orden de expulsión del prelado. Arcadio no resistió a Eudoxia y dio la orden. El Crisóstomo se contentó con decir esta vez que "tenía él su sede por mano de Dios y que sólo Dios podía arrojarlo de ella", aludiendo, sin duda, a la irregularidad de los dos conciliábulos.

Los obispos favorables al Santo acudieron también a los Augustos mientras éstos andaban visitando las iglesias, por ser el tiempo cuaresmal. Pero nada lograron de Eudoxia. Ante esta maniobra, los obispos enemigos temieron sin duda que Arcadio,

dada su conocida debilidad de carácter, revocara la orden. Se armaron, pues, de fuerzas militares, y el sábado santo, por la tarde, se lanzaron sobre la iglesia del Crisóstomo, en donde él se encontraba rodeado de su Clero. Echaron de ahí a los clérigos y cercaron con soldados la iglesia. Las mujeres que ya se habían puesto en paños menores para el bautismo 12 huyeron sin dárseles tiempo de vestirse decentemente. Muchas fueron heridas y las piscinas bautismales se llenaron de sangre. Los soldados se metieron incluso hasta el sitio en que se guardaban las Sagradas Especies, y aun el Sanguis divino se derramó sobre los vestidos de los milites. De éstos los había que ni siquiera estaban iniciados en los misterios.

El vulgo se dio a la fuga y las iglesias quedaron vacías. Los obispos amigos del prelado huyeron. Los presbíteros, expulsados de la iglesia, convocaron al pueblo al baño público llamado "Termas Constantinianas", y ahí prosiguieron las ceremonias de la festividad. Entonces Severiano, Acacio y Antíoco rogaron al jefe de las fuerzas militares que también de ese sitio se echara a los presbíteros. Se negaba el jefe, pero al fin, urgido por los obispos dichos, envió a un varón pagano, Lucio, a desalojar el sitio con un pelotón de soldados. El pueblo se negó a salir de ahí. Lucio regresó a pedir órdenes. Entonces Acacio envió con Lucio a sus propios clérigos y así acometieron al pueblo. A los presbíteros más ancianos los golpearon con palos en la cabeza y se los llevaron a la cárcel. Y corrían de un lado a otro los pregoneros de edictos que amenazaban con las más graves penas a quienes no se apartaran de la comunión con el prelado.

El intento de Acacio era que el pueblo volviera a la iglesia catedral para poder él enseguida celebrar ahí los santos misterios. Pero la ciudad en masa, al amanecer se dirigió a un sitio extra muros llamado Pempton, y ahí comenzó la celebración de la Pascua.

12 Para entender lo del desorden en las pilas bautismales y lo que sigue del aspecto del campo llamado Pempton, recuérdese que el bautismo se administraba entonces por inmersión en la fuente, y para eso se usaban vestidos ligeros. Los que se iban a bautizar llevaban vestidos blancos, señal de la inocencia adquirida con el bautismo, y eran verdaderos candidati.

Los iniciados iban aún vestidos con sus túnicas blancas y eran unos 3,000. Entre tanto Arcadio había salido a hacer un poco de ejercicio al campo. Y cuando vio aquella multitud preguntó a algunos qué significaba aquello. Como los partidarios de Acacio habían cuidado de rodear al príncipe, le dijeron que eran herejes que andaban en sus ceremonias. E inmediatamente echaron sobre aquella masa humana a los soldados.<sup>13</sup> Muchos de los fieles fueron conducidos a las cárceles y se repitieron los desórdenes.

A raíz de estos sucesos escribió el Crisóstomo su primera carta al Papa Inocencio I, a la que siguió otra de los obispos fieles al prelado, y luego una tercera de parte de los Clérigos leales. Llevaron estas cartas a Roma los obispos Demetrio, Pansofio, Pappo y Eugenio. Iban con ellos los diáconos Pablo y Ciríaco. Cuando llegaron, ya el Papa había recibido carta de Teófilo en la que contaba las cosas a su manera. Dudoso Inocencio, optó por exhortarlos a todos a la paz, pero reprobó la condenación del Santo hecha sin oírlo por el conciliábulo de Quercus; y remitió la solución de la querella a un Concilio universal de Oriente y Occidente que debía celebrarse de acuerdo con Honorio y Arcadio.

Temieron Arcadio y Eudoxia semejante paso, y según los autores antiguos, por artes de Eudoxia "quae ad nutum suum Arcadii consilia moderabatur", ese concilio no llegó a reunirse. También influyó en eso el carácter aniñado de Honorio. Mientras tanto, el Santo permanecía en su iglesia, aunque amenazado de muerte. Los fieles le formaban guardia día y noche. Esta situación se prolongó por dos meses. Pero al quinto día después de la fiesta de Pentecostés, o sea el 9 de junio de 404 (según Baur), Acacio, Severiano, Antíoco y Cirino se presentaron al emperador; y apoyados por Eudoxia le exigieron perentoriamente el destierro del Crisóstomo. Envío Arcadio a un notario patricio que le conminara de nuevo la orden al Santo. Este dijo entonces a los obispos que lo rodeaban: "¡Venid! ¡Hagamos oración! ¡Digamos adiós al Ángel custodio de esta Iglesia!" Se despidió de algunas piadosas mujeres que no se apartaban del templo, entre ellas de Olimpias, Pentadia, Procla y Silvina, y salió por el lado oriente de la ciu 13 Si hemos de dar en esto fe a Paladio, en verdad nada hay que nos pinte tan al vivo el infantilismo de aquel emperador Arcadio, famoso en la historia por su debilidad de carácter y volubilidades.C44

dad, tras de haber enviado su cabalgadura por el de occidente a fin de que el pueblo hacia esta parte se arremolinara. Porque había el peligro inminente de que se entablara una lucha entre la plebe y el ejército.

Luego se le puso en una nave pequeña y se le condujo a Bitinia con toda cortesía de parte de sus guardias. Salió, como indicamos, el 9 de junio o según otros el 20 (Stein). Fue llevado hasta Nicea, en donde permaneció hasta el 4 de julio. En Constantinopla, siguióse a su salida el incendio de la iglesia y del Senado, que estaba adyacente; y Acacio y los suyos lo atribuyeron a los partidarios del Santo o al mismo Santo. Los juanistas fueron puestos en la cárcel y atormentados, otros se ocultaron o huyeron. A los encarcelados el Santo les escribió una carta consolatoria el 27 de junio. Y "curante Eudoxia Imperatrice", fue designado como sucesor del Crisóstomo Arsacio, hermano de Nectario, ya de 80 años de edad, que se dejó gobernar por los clérigos. Por su parte la emperatriz procedió a una cruel persecución: obispos echados de la ciudad, fieles encarcelados y torturados, etc. El obispo Serapión de Heracles, en Tracia, ordenado por el Santo, fue muerto entre tormentos. Los obispos simoníacos que el Santo había depuesto volvieron a sus sedes. El mismo Honorio, al tener noticias de los sucesos, se conolió del prelado y escribió a su hermano Arcadio que hubiera sido mejor esperar la determinación del Papa; pero en Constanti-nopla de nada sirvió todo eso: "Arcadio semper uxoris et aulico-rum optata sequen te". Más aún: a los Legados del Papa que tiempo después fueron a Constantinopla con el objeto de inquirir directamente los sucesos y ver de arreglar el asunto, la corte los recibió muy mal y nada pudo conseguirse.

Mientras tanto el Crisóstomo, en manos de sus guardias, que no se le apartaban, iba su camino. Varios de los obispos de los sitios por donde debía pasar, llenos de terror ante la posición de la corte, lo persiguieron, lo maltrataron y aun lo amenazaron de muerte. Así, por ejemplo, el de Ancyra de Galacia. Pero el que se portó quizá con mayor saña fue el de Cesárea de Bitinia, un tal Fa-retrio. Acerca de él nos dejó noticias pormenorizadas el mismo Crisóstomo en su carta XIV a Olimpias. Faretrio hacía correr la voz de que ansiaba ver al Crisóstomo y recibirlo, pero todo era ficción para que el Santo no se le ocultara. Consumido de fatigas y muerto de cansancio entró al fin en Cesárea, pero Faretrio no se presentó para nada. Hubo de buscar hospedaje en una barriada de arrabal, con alta fiebre y sin poder ver algún médico. Cuando mejoró un

poco, se presentó un "ejército de monjes", dice el Santo, a la aurora delante de su morada, y quería incendiarla, y amenazaban con la muerte a los guardias del Santo si no salían inmediatamente de la ciudad. Los soldados y la gente, cuando entendió ser Faretrio el que detrás maniobraba, se abstuvieron de auxiliar al desterrado. Hubieron pues los guardias de salir con él en pleno mediodía. Todavía una buena matrona, Seleucia, le ofreció hospedaje en su finca de campo. Allí fue el Crisóstomo. Pero Faretrio amenazó a la matrona, y ésta temió que los monjes asaltaran su finca. Un ardid hizo salir de ahí a media noche al prelado, pues sus acompañantes, para librar a la matrona, fingieron una acometida de los isauros, y sacaron por entre barrancos, en una litera acomodada en un mulo, al desterrado. En una ocasión resbaló el mulo y arrojó al Santo al suelo; por lo que luego hubo de caminar a pie un buen trecho a oscuras y llevado de la mano por el presbítero Evecio. Así llegó a Cúculo, en donde pudo al fin acomodarse un poco, y desde ahí escribió grande cantidad de cartas. Ahí se sentía más seguro porque, según dijo, temía a los obispos más que a los isauros.

Como ya indicamos, entre los años 404 y 408 los isauros cometieron en esas regiones mil tropelías, de manera que apenas pasado el invierno se derramaban por las comarcas y todo lo robaban y lo destruían. Con eso los correos escaseaban y una grave pena del desterrado era la soledad. Luego hubo de ser trasladado, como a lugar fuerte y menos expuesto a los ataques de los bárbaros, a Arabisus, en donde estuvo encerrado como en una cárcel, según él dice. Con todo, la correspondencia del Santo y las visitas que recibía en cuanto era posible y la fama de santidad que había dejado tenían en, vilo a la corte de Constantinopla, siempre temerosa del regreso del prelado; pero más que a todos asustaba su vuelta a los partidarios de Teófilo y a los intrusos. Para consolar y consolarse escribió entonces el Crisóstomo sus dos bellos Tratados acerca de que nadie que no se dañe a sí mismo puede ser dañado por otros y acerca del escándalo padecido por las almas buenas con ocasión de los miserables sucesos de Constantinopla.

Pero ni aun teniendo así encerrado al Santo se sentían seguros sus adversarios, por lo cual cuidaron de que fuera alejado más aún. Se le señaló como residencia Pityunte, en los bordes del mar. Pero, cuando se le trasladaba hacia allá, murió en el camino, junto a Co-mana del Ponto, el 14 de septiembre del año 407.<sup>14</sup> La terrible Eudoxia había muerto de un mal parto desde el 6 de octubre del 404, tres meses después de su victoria sobre el Crisóstomo. Pero Arcadio no podía pasarse sin un tutor o valido. A Eudoxia le sucedió Ante-mio, hecho Prefecto de Oriente en 404 y Cónsul en 405, y enseguida patricio. Dirigió los negocios hasta el año 414. Arcadio murió el 10 de mayo de 408.<sup>15</sup>

## ÍNDICE ANALÍTICO

### INTRODUCCIÓN GENERAL

14 Para darse cuenta de los gravísimos sufrimientos del Crisóstomo en su destierro son un documento insustituible sus cartas. La amargura con que algunas están escritas nos deja entrever un temperamento ya gastado por las penitencias, el trabajo y las enfermedades. Véase la versión en el Vol. III de esta obra que aparecerá pronto.

16 Para todo lo referente a los conflictos entre Eudoxia y el Crisóstomo puede verse Balducci, Atti del IV Congr. Naz., di Studi Romani (35-45), 1938. Para la interesante figura de Teófilo de Alejandría, hermano del padre de San Cirilo de Alejandría, véase Lazzati, Teófilo d'Alessandria, 1935.

El Crisóstomo clasicista.-El género homilético.-Oratoria sacra y oratoria profana.-Plan de esta Introducción.-Finalidad de nuestra versión 9

1. La bella Antioquía.-Situación geográfica.-Antioquía en el tiempo de San Juan Crisóstomo.-Dafne.-La muralla.El valle.-El Silpio.-Los terremotos 13

2. Los Antioquenos.-Orígenes de la población.-Comercio.Carácter: ansia de placer; juegos, teatro, supersticiones.Indole religiosa.-Situación política y eclesiástica.-Movimiento monacal.-Elementos de seriedad en la vida social . 19

3. Los Disidentes.-Carácter general del siglo IV.-Peligros para la vida de la Iglesia: paganismo solapado y abierto; sacerdocio corrompido; monjes revoltosos; invasión de la política en el santuario y del santuario en la política.-Las herejías que combatió el Crisóstomo.-El sincretismo grecoromano.-Ideas paganas sobre la comunicación con Dios y la justificación del pecador.-Sistemas filosóficos predominantes y sus aplicaciones a la moral.-El judaísmo: Filón.Los judíos en Antioquía.-Comienzos de la cristiandad antioquena 24

4. Los errores en Antioquía.-Gnosticismo.-Maniqueísmo.Arrianismo.-Subordinacionismo: Novaciano 32

5. El Arrianismo antioqueno.-Luiciano y Arrio.-Las escuelas teológico-escriturarias de Alejandría y Antioquía; sus caracteres.-Eustato y Eufronio: treinta años de arrianismo.Los homoeousios, homoiouous y anomeos.-Eustathios.-Expulsión de Eustato 37

6. El Cisma antioqueno.-Eudoxio y Melecio.-Los varios partidos.-Intervención del Pbro. Lucífero.-Juliano el Apóstata en Antioquía: incendio del templo de Apolo en Dafne.-El apolinarismo 41

7. Mirada de conjunto. -Los Padres de la Iglesia: su influencia.-San Basilio, San Gregorio Nazianzeno, San Gregorio de Nissa.-Otros varios.-Anécdota sobre San Basilio Magno 46

8. Sol que se levanta.-Nacimiento del Crisóstomo.-Su educación: Libanio, Andragacio, Melecio, Diodoro de Tarso, Carterio.-Dos incidentes de la vida del Crisóstomo.-Se retira, al desierto.-Mayor soledad: enferma y regresa a Antioquía 50

9. El Predicador de Antioquía.-YX Crisóstomo ordenado diácono. Sus primeros escritos.-Muere Melecio y Flaviano destina al Crisóstomo a la predicación, una vez ordenado éste de presbítero.-La revuelta de Antioquía llamada de las Estatuas.-Doce años de ministerio sacerdotal.-Muere Nectario de Constantinopla y el emperador hace ir con engaño al Crisóstomo a esta ciudad 58

10. Constantinopla.-Situación geográfica.-Su fundación.-Carácter de su población.-El Clero y los monjes.-Ligereza intelectual y sutilezas de ingenio.-Nivel moral: religiosidad de superficie, juegos.-Situación política y eclesiástica.-Fracaso de San Gregorio Nazianzeno.-Trata de suplantar a éste un tal Máximo.-Se reúne el Concilio II de Constantinopla.-Nazianzeno dimisionario de Constantinopla.-Le sucede Nectario,



quien muere en septiembre de 397 . . 64

11. Comienza el Calvario.-La controversia origenista. -Actuación de San Jerónimo y de Rufino.-Interviene Teófilo de Alejandría, quien se convierte en enemigo irreconciliable del Crisóstomo.-Incidentes de la consagración de éste en Constantinopla.-El Crisóstomo reformador de las costumbres 72

12. El Asunto de Eutropio y otros.-Quién era Eutropio.-Sus ascensos en política y sus ambiciones.-El favorito, el Cónsul.-Caída de Eutropio y su refugio en la catedral.-Perora el Crisóstomo al pueblo y salva a Eutropio de las iras populares.-Eutropio abandona el refugio y es capturado, llevado a Chipre y luego ejecutado en Calcedonia.-El favorito Gainas y el Crisóstomo.-Eusebio de Valentinópolis y el Crisóstomo: la causa de Antonino de Efeso.-Viaje del Crisóstomo a Efeso y brillante actuación suya 75

13. La Tormenta Final.-Ambiciones de Severiano, obispo de los gábalos y sus conexiones con Teófilo de Alejandría.-Se forma el partido contra el Crisóstomo y lo capitanea Teófilo de Alejandría.-El Sínodo de Quercus y primer destierro del santo.-Regresa y cae en desgracia de la emperatriz Eudoxia.-Segundo destierro: Bitinia, Cúcus.-Recurso inútil a los Pontífices Inocencio I y Honorio.-Comana, Pityunte, y muerte del santo.-Traslado de sus cenizas a Constantinopla ... 82

14. El Arte del Crisóstomo.-Aspectos que no estudiamos aquí.El elemento intelectual: ¿incurrió el santo en inexactitudes teológicas?-La forma oratoria: estilo, imaginación, espíritu de observación, expresión verbal, pectus oratorium, elemento pasional.-Defectos del Crisóstomo a la luz de las preceptivas retóricas del siglo XVIII 93

15. Efemérides.-Escritos anteriores a su ordenación de diácono.-Homilías y escritos de los años 386 a 388.-Escritos y Homilías del tiempo restante en Antioquía.-Escritos y cartas desde Constantinopla y en el destierro.-Nota final . . 106

16. Nuestra Versión.-Su dificultad.-Seguiremos la segunda edición de la selección hecha por el R. P. Fr. Bernardo de Montfaucon.-Omitiremos las piezas que parecen manifiestamente apócrifas.-Otras advertencias 117

## ALGO DE BIBLIOGRAFÍA 123

### HOMILÍAS ENCOMIÁSTICAS O PANEGÍRICOS

I. Homilía Primera del Crisóstomo, predicada cuando fue ordenado sacerdote; y trata de sí mismo, del Prelado que lo ordenó y de la multitud del pueblo 129

II. Discurso acerca del bienaventurado Abraham.-Que la ancianidad no obsta para el ejercicio de la virtud.-Cuál sea el premio de la obediencia en Abraham.-Por qué se guardó de comunicar su determinación a su mujer y a sus criados.-Su gran afecto paterno.-El sacrificio de Isaac figura del de Jesucristo, como lo fue también el del Cordero pascual .... 139

III. Homilía primera acerca de Anna.-Que es conveniente acordarse del ayuno también después de Pentecostés y en otro tiempo cualquiera, porque el ayuno es útil no solamente cuando se presenta sino también cuando se recuerda; y acerca de la

providencia de Dios y que grande parte de ella está, entre otras cosas, en el amor de los padres para con sus hijos; y que no solamente a los padres sino también a las madres se les ha puesto el precepto de educar a sus hijos; y finalmente acerca de Anna 152

IV. Homilía segunda acerca de Anna.-De la fe de Anna, y de su sabiduría y moderación de ánimo, y de su modestia, y de honrar a los sacerdotes, y de hacer oración al principio y al fin de las comidas 170

V. Homilía tercera acerca de Anna.-Sobre la educación y la lactancia de Samuel, y que es útil que los partos sean tardíos, y que es peligroso descuidarse de los niños 185

VI. Homilía cuarta acerca de Anna.-Cemita, los que, tras de abandonar las reuniones sagradas, se van a los teatros; y que no solamente es más útil entrar en la iglesia que en el teatro, sino también más agradable; y acerca de la segunda parte de la oración de Anna; y que conviene orar sin, intermisión y en todo "lugar, aun en la plaza y en los caminos y en el lecho 197

VII Homilía quinta acerca de Anna.-Contra los que solamente acuden a la iglesia en las fiestas, y qué cosa sea una festividad; y contra los que acusan a la divina providencia porque en esta vida unos son ricos y otros son pobres; y que la pobreza es útilísima; y que en todas partes ella trae consigo gozo y seguridad, más que las riquezas; y finalmente acerca de Anna 210

VIII. Homilía acerca del hieromártir Babylas.-Que la parte de la vida y consagración episcopal del mártir la tratará el prelado Flaviano; y que él va a tratar de las hazañas del mártir después de su muerte; y de la persecución de Juliano el Apóstata y cómo mandó retirar de Dafne la urna del santo, y cómo esto no solamente no le valió al demonio sino que ha sido en mayor confirmación del poder del mártir . 221

IX. Discurso acerca del bienaventurado Babylas y contra Juliano y contra los gentiles.- De cuan grande es el poder de mostrativo de los milagros verdaderos para la fe; y de la malignidad del rey que asesinó al joven que tenía en rehenes y enseguida quiso entrar en la iglesia; y de cómo San Babylas se lo impidió y por este motivo fue martirizado; y de cómo el mártir después hizo enmudecer el oráculo de Apolo en Dafne; y del fin desastrado de Juliano y sus auxiliares . 230

X. Homilía encomiástica acerca del hieromártir BarlaánQue se ha de imitar a los mártires dominando las concupiscencias; y cómo el mártir mantuvo en la mano el fuego para no ofrecer sacrificios a los demonios; y que debemos mostrar fortaleza en la batalla espiritual y apartarnos de los deleites 293

XI. Homilía en el día de la Conmemoración de san Bassos, mártir.-Que los mártires no necesitan de nuestras alabanzas; y del recuerdo de la misericordia de Dios en el aniversario del gran terremoto; y cómo en medio de su furor Dios de mostró su mucha mansedumbre 303

XII. Homilía encomiástica en honor de las santas mártires Bernice, y Prosdoce, vírgenes, y Domnina su madre.-Que la muerte, por medio de la cruz se ha tornado amable y no temible como antes lo era, como se ve en Abraham y Elías y Jacob en contraposición con Pablo; y cuan grave fue la persecución en el tiempo de estas

mártires; y cómo se arrojaron al río antes que sufrir la deshonra; y que debemos confiar mucho en las reliquias de los mártires 312

XIII. Homilía primera acerca de David y Saúl.-Que es necesario al predicador insistir por algún tiempo en la misma materia para lograr el fruto y que ahora lo hará sobre la ira y el perdón de los enemigos; y de la mansedumbre de David ante su enemigo Saúl desde la batalla contra Goliat hasta cuando se encontró con su enemigo en la caverna . . 330

XIV. Homilía segunda acerca de David y Saúl.-Que es un gran bien no solamente ejercitar la virtud sino también alabarla; y de que David erigió un trofeo más espléndido perdonando a Saúl que postrando en tierra a Goliat; y que haciendo eso más aprovechó a sí mismo que a Saúl; y de las excusas que presentó a Saúl; y que así ganamos más nosotros con nuestros enemigos para conseguir la vida eterna . 346

XV. Homilía tercera acerca de David y Saúl.-Que es peligroso asistir a los espectáculos; y que esto hace consumados adúlteros, de donde nacen la tristeza y los altercados; y cómo David, en todo lo que hizo por Saúl, superó todo género de paciencia; y finalmente que el llevar en paz el robo de los propios bienes no es menor virtud que el dar limosna . . . 359

XVI. Encomio de Diodoro, Obispo Tarsense.-Humildad del Crisóstomo, quien durante los elogios que Diodoro le tributaba, estaba pensando en el día del juicio; y que la corona de alabanzas no le viene bien a él sino a Diodoro; y que aun que Diodoro lo comparó con Juan el Bautista, no lo merece sino más bien el mismo Diodoro.-  
Fragmento de Otra Homilía.-Que Diodoro realmente mereció la corona del mar tirio aunque no derramó su sangre 381

XVII. Encomio de la santa y gran mártir Drosis.-Que es un deleite salir fuera de la ciudad a los sepulcros de los mártires; y de la grande utilidad del recuerdo de la muerte de los mártires; y que su combate es un gran excitante para el ejercicio de la virtud; y como santa Drosis padeció el martirio por el fuego; y de no andar cuidando en exceso de nuestros cadáveres para después de la muerte 386

XVIII. Homilía encomiástica en honor de nuestro Padre entre los santos Eustacio, Arzobispo de la Gran Antioquía.-Que no conviene alabar a los que aún viven, conforme al testimonio de Salomón; pero que esto no se dice para que se aborrezca la vida presente sino para que se viva bien; ejemplo del mártir Eustacio y cómo mereció la corona del martirio sin derramar su sangre; cómo se opuso a las herejías que llegaban desde Egipto; cómo fue desterrado y murió en el destierro; y por qué permitió Dios que este santo fuera desterrado 402

XIX. Homilía en honor del bienaventurado Filogonio.-Que de abogado fue hecho obispo; y acerca de que nada nos hace tan aceptos delante de Dios como el ser cuidadosos de las cosas que conducen a la utilidad pública; y que quienes se acercan a los divinos misterios con negligencia sufrirán un gravísimo castigo, aunque solamente una vez en el año co metan este crimen 415

XX. Homilía en honor del hieromártir Focas.-Y contra los herejes; y acerca del salmo CXLI que dice: "¡Clamé al Señor con mi voz, con mi voz he rogado a Dios!"; que es

necesario acompañar todos la festividad que va a celebrarse allá al otro lado del mar; y que los herejes eunomeos no tienen razón al hacer al Hijo de Dios menor que el Padre; y que todos lleven a sus casas el recuerdo de la doctrina en señalada 428

XXI. Homilía encomiástica en honor del santo hieromártir Ignacio Deífero, consagrado Obispo de la Gran Antioquía. Que la iglesia sirve ahora un nuevo banquete espiritual con el combate de este mártir; y que a este combate se admite toda clase de gente sin distinción de edad ni de sexo ni de fortuna; y de las coronas que obtuvo Ignacio por causa de su cargo episcopal; y de su brillante martirio en Roma; y del regreso de sus cenizas a Antioquía 439

XXII. Homilía encomiástica en honor del santo mártir Juliano. -De los grandes honores de los mártires en el cielo y cómo Dios tiene una deuda con ellos; y por qué Dios adelantó en esta vida los sufrimientos y dejó la felicidad para la otra; tormentos y muerte del mártir metido en un saco lleno de arena y reptiles venenosos y arrojado al mar; y que no se profane la memoria del mártir con los desórdenes de! su burrio de Dafne; y que todos se empeñen en estorbarlos . . 454

XXIII. Homilía encomiástica en honor de los mártires bien aventurados Juvencio y Maximino. -Que la belleza de los mártires no se marchita; y cómo fueron aprehendidos los dos mártires por los soldados; y cómo fueron encarcelados y dieron testimonio de la fe; y cómo fueron r.acados de noche y degollados y quedaron con el rostro luminoso; y que conviene visitar con frecuencia su sepulcro 468

XIV. Homilía encomiástica en honor del santo mártir Luciano. -Que no dejará su exhortación a pesar de la escasez de oyentes; y que los bienes espirituales son de muy distinta naturaleza que los temporales; y de las bendiciones que llevarán los que acudan al sepulcro del mártir; y del horrible tormento del hambre a que sujetaron a Luciano; y cómo murió clamando "¡soy cristiano!" 476

XXV. Homilía Primera en honor de los santos Macabeos y en alabanza, de su madre. -Que el esplendor de los mártires alegra la ciudad y los cielos; y que no obstó a la madre de los mártires su edad avanzada para entrar valerosamente en el certamen; y que no descansó hasta ofrecer las siete víctimas; y que ya nadie podrá excusarse alegando la edad y sus debilidades para no ejercitar la virtud 484

XXVI. Homilía segunda en honor de los santos macabeos. Dificultad de agotar las alabanzas de estos mártires; y que ahora alabará al séptimo y más joven de los hijos; pero habrá de reservar una buena parte a las alabanzas de la madre por su heroísmo y entereza 492

XXVII. Homilía tercera en honor de los mártires Macabeos. Que dada la inmensa concurrencia es preferible omitir la acostumbrada instrucción y ocuparse de los mártires; y que se va a fijar en Eleazar; y luego en los otros siete mártires y su madre de ellos; y que se haga a Dios el sacrificio de la limosna 498

XXVIII. Fragmento de otra Homilía sobre el mismo asunto, perdida. -Que la materia no es la que da valor a las imágenes sino la figura que representan 500

XXIX. Homilía acerca de Eleazar y los siete jóvenes Macabeos. -Que después de haber

predicado un presbítero anciano debería el predicador joven guardar silencio, pero que se doblega a la voluntad de los mismos oyentes; y de la docilidad del auditorio en los días precedentes; y que es mayor la gloria de estos mártires por haber luchado cuando aún no estaba dada la ley de gracia y los ejemplos posteriores; y que en verdad murieron por Cristo 501

XXX. Homilía primera en honor de todos los santos Mártires.-Que el defecto de nuestra mortalidad fue convertido en lucro y ventaja para los mártires; y que el martirio es una batalla verdadera entre los tiranos y las víctimas; cuáles fueron los tormentos de éstas; cómo triunfar en el cielo; cómo debemos imitarlos 512

XXXI. Homilía segunda sobre todos los santos Mártir es.-Que son dispares las fiestas del teatro y las de los mártires; y por qué sus reliquias están fuera de la ciudad, en el campo; y que se las debe honrar para no dar justo motivo de queja a los santos de allá; y por qué motivo nos dejó Dios en el mundo las reliquias de los mártires; y que es necesario recurrir a sus sepulcros y aborrecer el pecado; y de los grandes bienes de la penitencia y de adornar el alma con las virtudes 521

XXXII. Homilía tercera en honor de los santos Mártires.-En qué consiste propiamente la celebración de la festividad de los mártires; y de cómo ante los sepulcros de los mártires huyen todas las tentaciones y vicios y contra los desórdenes subsiguientes a la celebración de la festividad en la campiña, en particular contra los ebrios 532

XXXIII. Homilía encomiástica en honor de los mártires egipcios.-Que ya Egipto también ha tenido sus mártires y en tal abundancia como para repartir a las otras ciudades; y que las reliquias de los mártires son la mejor muralla de de fensa de las ciudades; y cuan excelsas son las victorias de los mártires; y cómo fueron al fin condenados a las minas; y que debemos imitarlos y esforzarnos 537

XXXIV. Homilía encomiástica en honor de nuestro bien aventurado Padre Melecio, Arzobispo de la Gran Antioquía.Del fervor grande de los que han concurrido a la celebración ; y del cariño grande de los antioquenos a su antiguo prelado; y de su destierro; y de su regreso y ministerio episcopal; y de su ida a Constantinopla y su muerte; y cómo Dios proveyó un sustituto digno en Flaviano 543

XXXV. Homilía primera en honor del santo apóstol Pablo.Que el alma de Pablo es un prado de todas las virtudes; y que ahora lo alabará por ser superior a todos los demás: Abel, Abraham, Isaac, Jacob, José, Job, Moisés, Elias y el Bautista; y finalmente aun a los coros celestiales es superior 551

XXXVI. Homilía segunda en honor del santo apóstol Pablo.Que Pablo no era de distinta naturaleza que la nuestra; sino que abrazaba fervorosamente todas las dificultades de la virtud; y del grande celo y caridad del apóstol; y por qué no se encomendó a los ángeles el ministerio de la predicación; y que imitemos al santo apóstol 560

XXXVII. Homilía tercera en honor del santo apóstol Pablo.Que Pablo ejercitó todas las virtudes; en especial con los judíos y con los pecadores; y que no descuidó las obras de misericordia corporal 566

XXXVIII. Homilía cuarta en honor del santo apóstol Pablo.Acerca de la vocación de

Pablo; y del misterio inescrutable de la vocación; y cómo unos corresponden y otros no; y del maravilloso apostolado de Pablo; y de los impedimentos que se le opusieron 572

XXXIX. Homilía quinta en honor del santo apóstol Pablo.-Que no debemos quejarnos de nuestros cuerpos corruptibles sino de nuestros vicios; y que la variada manera de proceder de Pablo no implica contradicciones sino adaptación a las necesidades espirituales: ejemplos de esto en lo tocante a la Ley, a la circuncisión, a la vanagloria 586

XL. Homilía sexta en honor del santo apóstol Pablo.-Que Pablo fue excelente aun en aquellas cosas que algunos le achacan como defectos; por ejemplo que pareció temer los azotes, la muerte; que pareció irritarse; que injurió al sumo sacerdote en Jerusalén; que se negó a llevar en su compañía a Juan para el apostolado; y que en todo esto mantuvo el término medio y nos enseñó a usar de los afectos pasionales discretamente 596

XLI. Homilía séptima en honor del santo apóstol Pablo.-Que Pablo es el portandarte de la cruz; y es el gran imitador de Cristo; y de su grande celo y caridad en varios pasos de su vida y en su muerte; y que en todo esto debemos imitarlo 604

XLII. Discurso acerca del apóstol Pedro y del Profeta Elías.-Que el ser pecador no excusa de acudir a la iglesia, puesto que los sacerdotes mismos son pecadores; y que por esto permitió Dios que Pedro pecara negándolo, para que este apóstol fuera luego humano con los pecadores; y que lo mismo" sucedió en el caso de Elías, quien huyó cobardemente de la reina Jezabel; y que no hay que desesperar si se cae en pecado 613

XLIII. Homilía primera en honor de la santa mártir antioquena Pelagia.-Que la muerte, gracias a Cristo, no es ya temible; y que la santa Pelagia la afrontó con suma alegría; y cómo procuró alcanzar las dos coronas del martirio y de la virginidad; y del santo engaño con que logró burlar a los esbirros; y contra la embriaguez y desórdenes subsiguientes a la festividad; y que todos se apresten a evitarlos 629

XLIV. Homilía segunda encomiástica acerca de la santa mártir antioquena Pelagia.-Que los cuerpos de los mártires se hacen superiores a todos los tormentos; y que esta santa hizo burla grande del demonio; y que debemos imitarla en la continencia 638

XLV. Homilía primera encomiástica en honor del santo mártir Romano.-Que la gloria de los mártires es común a todos nosotros como miembros de un mismo cuerpo; y de la grande caridad del mártir Romano en ayudar a los demás en la persecución; y del tormento de cortarle la lengua y el milagro de seguir él hablando sin ella; y que debemos felicitar al mártir e imitar su fortaleza 642

XLVI. Homilía segunda encomiástica en honor del santo mártir Romano.-Que el recuerdo de los mártires arma contra las pasiones; y de la terrible persecución contra la Iglesia; y cómo el mártir acudió al testimonio de un niño que luego fue también martirizado; y de la libertad de espíritu del mártir y su tormento 651

XLVII. Homilía encomiástica en honor de la santa protomártir y apóstol Tecla.-Que las fiestas de los mártires nos refrescan la memoria de sus combates; y que es muy difícil el combate por la virginidad sobre todo durante la juventud; y que la virginidad es mucho más excelente que el matrimonio; y de las luchas de Santa Tecla en su hogar y con sus

pretendientes; y cómo salió libre de los tribunales y partió en busca del apóstol Pablo; y de la tentación que le salió al paso en ese camino. (Incompleta) 659

Apéndice.-Los favoritos de Arcadio 665